

Los Buddenbrook

Thomas Mann

Nueva traducción al castellano de Isabel García Adánez

pocket  edhasa



«La mejor novela del siglo XX»
WILLIAM FAULKNER

Inspirada en la historia de su propia familia y ambientada en una ciudad del norte de Alemania que retrata con pocos cambios su Lübeck natal, Thomas Mann recrea en *Los Buddenbrook* más de cuarenta años (de 1835 a 1876) y cuatro generaciones de una saga que, en palabras del propio autor, es una auténtica «historia del alma de la burguesía alemana».

Si los personajes principales (los integrantes de la familia) resultan inolvidables, el talento de Mann, realista en la observación y delicado en sus matices, hace que incluso la aparición más fugaz de cualquier secundario adquiera consistencia. Más que una novela, todo un mundo.

Thomas Mann (1875—1955) es un clásico indiscutible de la literatura alemana, en cuya extensa obra narrativa destacan, entre otros títulos, *Los Buddenbrook* (1901), *La muerte en Venecia* (1912), *La montaña mágica* (1924), *Carlota en Weimar* (1939), *Doktor Faustus* (1947) y *Confesiones del estafador Félix Krull* (1954). En 1929 obtuvo el Premio Nobel de Literatura, «principalmente por su gran novela *Los Buddenbrook*, que ha conquistado un reconocimiento cada vez mayor como una de las obras clásicas de la literatura contemporánea».

THOMAS MANN

LOS BUDDENBROOK

Decadencia de una familia

Traducción de Isabel García
Adánez

Título original: *Buddenbrooks*
Verfall einer Familie

Diseño de la cubierta: edhasa
Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: noviembre de 2008
Primera reimpresión: noviembre de 2009

© 1901 by S. FischerVerlag Berlin.
All rights reserved by S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main
© de la traducción: Isabel García Adánez, 2008
© de la presente edición: Edhasa, 2008
Avda. Diagonal, 519—521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1792-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o

préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Impreso por Brosmac Depósito legal: M—43.733—2009 Impreso en España

Índice

Árbol genealógico de los Buddenbrook ..p 6

Plano de Lübeck ...p 7

PRIMERA PARTE

Cap. Ip 9
Cap. IIp 13
Cap. IIIp 16
Cap. IVp 17
Cap. Vp 20
Cap. VIp 23
Cap. VIIp 25
Cap. VIIIp 26
Cap. IXp 30
Cap. Xp 31

SEGUNDA PARTE

Cap. Ip 37
Cap. IIp 42
Cap. IIIp 46
Cap. IVp 48
Cap. Vp 51
Cap. VIp 54
Cap. VIIp 57

TERCERA PARTE

Cap. Ip 63
Cap. II.p 68
Cap. III.p 72
Cap. IVp 75
Cap. Vp 77
Cap. VIp 82
Cap. VIIp 85
Cap. VIIIp 88
Cap. IXp 92
Cap. Xp 95
Cap. XIp 96

Cap. XIIp 100
Cap. XIIIp 101
Cap. XIVp 103
Cap. XVp 107

CUARTA PARTE

Cap. Ip 111
Cap. IIp 114
Cap. IIIp 117
Cap. IVp 125
Cap. Vp 127
Cap. VIp 129
Cap. VIIp 134
Cap. VIIIp 140
Cap. IXp 145
Cap. Xp 147
Cap. XIp 154

QUINTA PARTE

Cap. Ip 159
Cap. IIp 164
Cap. IIIp 168
Cap. IVp 173
Cap. Vp 175
Cap. VIp 178
Cap. VIIp 180
Cap. VIIIp 183
Cap. IXp 187

SEXTA PARTE

Cap. Ip 192
Cap. IIp 195
Cap. IIIp 198
Cap. IVp 202
Cap. Vp 209
Cap. VIp 214
Cap. VIIp 222
Cap. VIIIp 227
Cap. IXp 231
Cap. Xp 235
Cap. XIp 242

SÉPTIMA PARTE

Cap. Ip 246
Cap. IIp 251
Cap. IIIp 253
Cap. IVp 257
Cap. Vp 260
Cap. VIp 265
Cap. VIIp 268
Cap. VIIIp 271

OCTAVA PARTE

Cap. Ip 274
Cap. II.p 281
Cap. IIIp 286
Cap. IVp 291
Cap. Vp 296
Cap. VIp 306
Cap. VIIp 314
Cap. VIIIp 323
Cap. IXp 338

NOVENA PARTE

Cap. Ip 343
Cap. IIp 351
Cap. IIIp 361
Cap. IVp 364

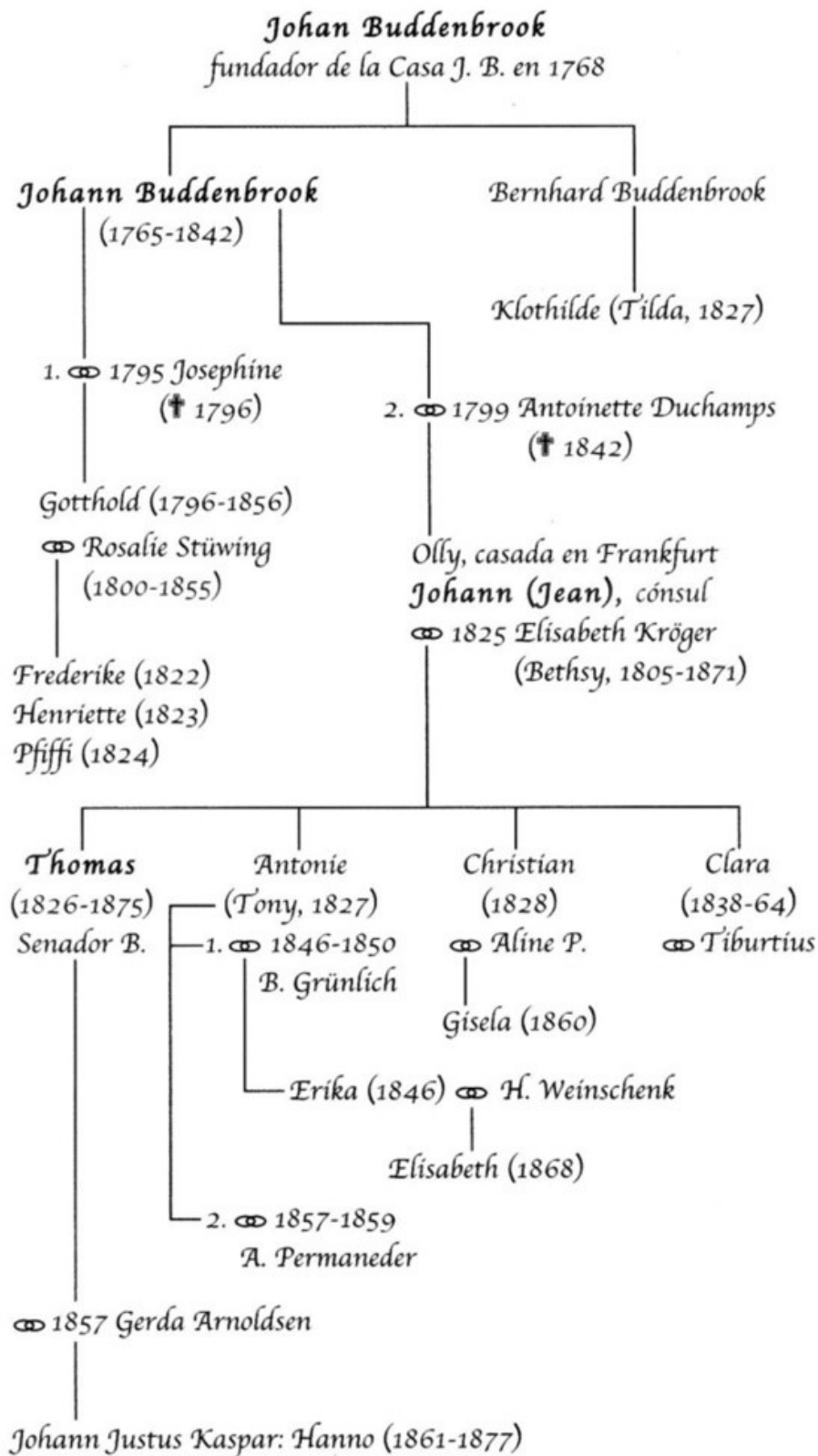
DÉCIMA PARTE

Cap. Ip 376
Cap. IIp 381
Cap. IIIp 387
Cap. IVp 393
Cap. Vp 395
Cap. VIp 406
Cap. VIIp 412
Cap. VIIIp 417
Cap. IXp 422

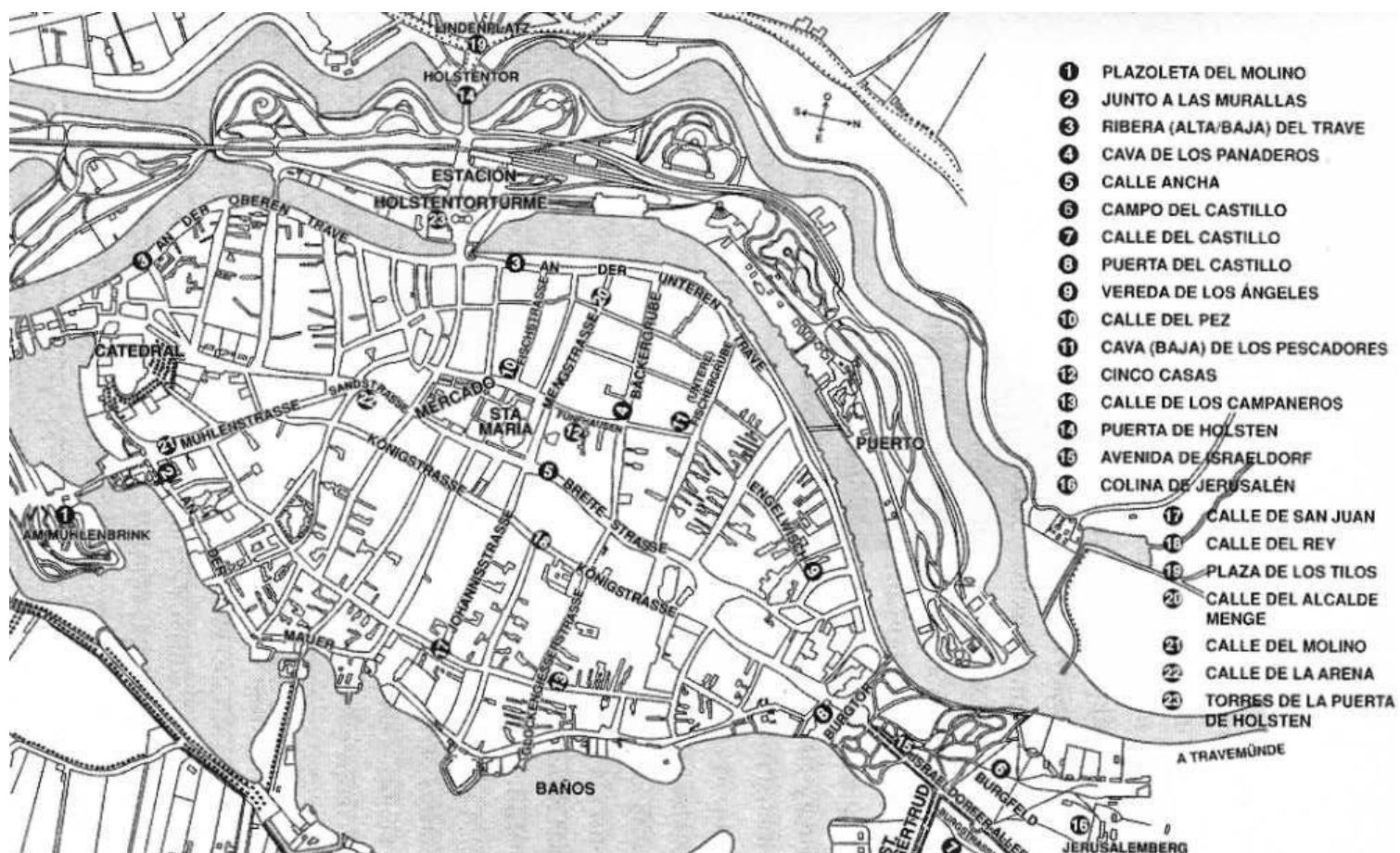
UNDÉCIMA PARTE

Cap. Ip 427
Cap. IIp 430

Cap. IIIp 460
Cap. IVp 462



Plano de la ciudad de Lübeck



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

—¿Cómo era eso? ¿Cómo... era...?

—¡Ay, demonio! ¿Cómo era? *C'est la question, ma très chère demoiselle!*

La consulesa Buddenbrook, sentada al lado de su suegra en el sofá de líneas rectas, lacado en blanco, tapizado en amarillo claro y adornado con una cabeza de león dorada en lo alto del respaldo, dirigió una mirada a su esposo, instalado junto a ella en un sillón, y salió en ayuda de su hija pequeña, a quien el abuelo sostenía sobre las rodillas, junto a la ventana.

—A ver, Tony —dijo—. «Creo que Dios...»

Y la pequeña Antonie, una niña de ocho años de complexión delicada, ataviada con un vestidito de seda tornasolada muy ligero, apartando un poco la hermosa cabecilla rubia de la cara de su abuelo, clavó sus ojos azul grisáceo en el fondo de la habitación con gesto de esforzarse en hacer memoria pero sin ver nada, repitió una vez más «¿Cómo era?» y empezó a decir lentamente:

—«Creo que Dios...» —y luego, al tiempo que se le iluminaba la carita, se apresuró a añadir—: «me ha creado junto con todas las demás criaturas.»

De pronto, había encontrado el hilo y, exultante e imparable, tiró de él y recitó de corrido el artículo entero, al pie de la letra según el catecismo que, con la aprobación de un Senado ilustre y sabio, acababa de ser revisado y publicado de nuevo en aquel año de 1835. Una vez se cogía velocidad, pensó, era una sensación muy parecida a la de deslizarse en trineo por el *Jerusalemberg*¹ nevado en compañía de sus hermanos: casi se le borran a una las ideas y era imposible parar por mucho que quisiera.

—«Y me ha dado vestido y calzado —dijo—, comida y bebida, casa y hacienda, mujer e hijo, tierras y ganado...»

Al llegar a estas palabras, el viejo Monsieur Johann Buddenbrook no pudo evitar echarse a reír, con aquella risa suya tan característica, aguda y ahogada, que tenía preparada en secreto desde hacía rato. Reía de placer por tener ocasión de mofarse del catecismo y, sin duda, había iniciado aquel pequeño examen con ese único fin. Preguntó a Tony por sus tierras y ganado, se informó de cuánto pedía por una saca de trigo y se ofreció a hacer negocios con ella. Su cara redonda, suavemente sonrosada y de gesto bondadoso, en la que no había lugar para el menor asomo de malicia, estaba enmarcada por unos cabellos blancos como la nieve, empolvados; y una discretísima coletita, apenas una insinuación, caía sobre el amplio cuello de su levita gris ceniza. A sus setenta años, seguía siendo fiel a la moda de su juventud; únicamente había renunciado a los galones en la botonadura y en

¹ Para todos los nombres de lugares y calles, con su traducción, véase el mapa incluido en esta edición en la p. 7. (*N de la T*).

los grandes bolsillos y, eso sí, jamás había llevado pantalones largos. Su barbilla, con una hermosa papada, descansaba holgada y plácidamente sobre la blanca chorrera de encaje.

Todos habían reído con él, sobre todo por deferencia hacia el cabeza de familia. La risita de Madame Antoinette Buddenbrook, de soltera Duchamps, era exactamente igual que la de su esposo. Era una dama corpulenta, con gruesos tirabuzones blancos sobre las orejas, un vestido de rayas negras y gris claro, sin ningún tipo de adorno, que daba muestra de sencillez y modestia, y unas manos blancas todavía muy bonitas, entre las que sostenía sobre el regazo un bolsito Pompadour de terciopelo. Con el paso de los años, sus facciones se habían ido asimilando a las de su esposo de una forma asombrosa. Tan sólo el corte y la vivaz oscuridad de sus ojos revelaban algo de sus orígenes medio románicos; por parte de su abuelo, procedía de una familia franco-suiza, si bien era nacida en Hamburgo.

Su nuera, la consulesa Elisabeth Buddenbrook, de soltera Kröger, reía con la risa típica de los Kröger, que se iniciaba con una especie de pequeña explosión de una consonante labial y luego la llevaba a apoyar la barbilla en el pecho. Como todos los Kröger, era la elegancia personificada, y, aunque no podía decirse que fuese una belleza, por su voz cantarina y serena y sus gestos sosegados, seguros y dulces, producía en todo el mundo una impresión de equilibrio y confianza. Su cabello rojizo, que llevaba recogido en un moño alto en forma de coronita o con unos grandes tirabuzones no naturales sobre las orejas, correspondía por entero con su tipo de piel, extraordinariamente blanca y salpicada de pequeñas pecas. Lo característico de su rostro, con una nariz quizá demasiado larga y una boca pequeña, era que no tenía curva alguna entre el labio inferior y la barbilla. El corpiño corto, con mangas de farol, que hacía conjunto con una falda ajustada de vaporosa seda de florecillas de color claro, dejaba al descubierto un cuello de una belleza perfecta, adornado con una cinta de satén sobre la que relucía una alhaja formada por gruesos brillantes.

El cónsul se inclinó hacia delante en su sillón, con un movimiento un tanto nervioso. Llevaba una levita de color canela, con grandes solapas y mangas acampanadas que no se ceñían hasta pasado el hueso de la muñeca. Los pantalones eran de una tela blanca lavable, con ribetes negros en las costuras exteriores. Alrededor del cuello de la camisa, alto y muy almidonado, sobre el cual reposaba la barbilla, se anudaba la corbata de seda, cuya gruesa lazada, con mucha caída, llenaba todo el escote que dejaba el chaleco de colores... Tenía los ojos azules muy despiertos y un poco hundidos de su padre, aunque su expresión tal vez era algo más soñadora; en cambio, sus facciones eran más duras y serias, la nariz muy prominente y ganchuda, y las mejillas, cubiertas hasta la mitad por rubias patillas rizadas, no se veían tan llenas como las del padre.

Madame Buddenbrook se volvió hacia su nuera, le apretó el brazo con una mano y, fijando la vista en el regazo de ésta, dijo entre risitas ahogadas:

—Siempre el mismo, *mon vieux*, ¿verdad, Betsy? —su forma de hablar revelaba un inconfundible acento del norte.

La consulesa, sin pronunciar palabra, se limitó a levantar una de sus delicadas manos, haciendo tintinear muy suavemente su pulsera de oro; luego realizó un gesto muy característico en ella: llevó la mano desde la comisura de los labios hasta el moño en forma de coronita, como si se retirase algún cabello díscolo que se hubiese soltado y posado allí indebidamente.

El cónsul, en cambio, con una mezcla de buen humor y cierto tono de reproche, replicó:

—Pero, padre, ya está usted otra vez burlándose de lo más sagrado...

Estaban sentados en el «salón de los paisajes», en el primer piso de la gran casona antigua de la Mengstrasse que la Casa Johann Buddenbrook había adquirido por compraventa hacía algún tiempo y en la que la familia no llevaba mucho residiendo. Los gruesos y elásticos tapices que adornaban las paredes, colgados de manera que quedaba un hueco hasta tocar el muro, representaban vastos paisajes, de colores tan suaves como el de la fina alfombra que cubría todo el piso: escenas idílicas al gusto del siglo XVIII, con alegres viñadores, laboriosos campesinos y pastoras, lindamente adornadas con cintas, que sostenían esponjosos corderitos en el regazo en alguna orilla cristalina o se besaban con dulces pastores. En estos cuadros predominaba una luz crepuscular de tonos amarillentos, que hacía perfecto juego con la tapicería amarilla de los muebles blancos lacados y con las cortinas de seda amarilla de ambos ventanales.

Para el tamaño de la estancia, los muebles no eran muchos. La mesita redonda, de delgadas patas rectas y sutilmente ornamentadas con incrustaciones de pan de oro, no estaba delante del sofá, sino en la pared opuesta, enfrente del pequeño armonio, sobre cuya tapa se veía el estuche de una flauta. Aparte de las sillas de brazos y de respaldo recto, sistemáticamente repartidas junto a las paredes, no había más mobiliario que una mesita de costura junto al ventanal, frente al sofá, y un delicadísimo secreter de lujo lleno de bibelots.

A través de una puerta cristalera, frente a los ventanales, se adivinaba la penumbra de una sala de columnas, mientras que, a la izquierda de quien entrase por ella, otra puerta, blanca de doble hoja, conducía al comedor. En la pared opuesta, en una chimenea semicircular, tras una portezuela de hierro forjado muy reluciente y con artísticos calados, chisporroteaba el fuego.

Porque el frío se había anticipado aquel año. Fuera, al otro lado de la calle, las hojas de los pequeños tilos que bordeaban el patio de la Marienkirche ya se habían puesto amarillas —y eso que aún estaban a mediados de octubre—, el viento azotaba las imponentes aristas y saledizos góticos de la iglesia, y caía una lluvia tan fina como fría. Por deferencia hacia Madame Buddenbrook, ya se había mandado instalar los postigos dobles.

Era jueves y, según el orden preestablecido entre ellos, un jueves de cada dos se reunía la familia; ese día, sin embargo, además de los parientes residentes en la ciudad, estaban invitados a una sencilla comida unos cuantos amigos de confianza. Así pues, allí estaban sentados los Buddenbrook, hacia las cuatro, viendo caer la tarde y esperando a los huéspedes...

A pesar de las bromas del abuelo, la pequeña Antonie no había interrumpido su imaginario descenso en trineo por el Jerusalemberg, aunque se había ido enfurruñando progresivamente, ella que, de por sí, ya tenía el labio superior algo más abultado y montado sobre el inferior. Había llegado al pie de la montaña, pero, incapaz de poner fin de un golpe a tan feliz viaje, se aventuró un poco más allá de la meta.

—Amén —dijo—. ¡Abuelo, sé una cosa!

—*Tiens!* ¡Sabe una cosa! —exclamó el abuelo, e hizo como si se muriese de curiosidad—. ¿Has oído, mamá? ¡La niña sabe una cosa! ¿Es que nadie puede decirme...?

—Si hay un golpe de aire caliente —dijo Tony, acompañando cada palabra con una inclinación de cabeza—, cae un rayo. Pero si el aire es frío, hay un trueno.

Acto seguido, se cruzó de brazos y lanzó una mirada a los sonrientes adultos, como quien cuenta con un éxito seguro. El abuelo Buddenbrook, sin embargo, se enfadó ante tal muestra de sabiduría popular y exigió saber quién le había enseñado a la niña semejante estupidez; y, cuando se descubrió que había sido Ida Jungmann, la niñera de Marienwerder recién contratada para Tony, fue necesario que el cónsul saliera en defensa de Ida.

—Es usted demasiado severo, papá. ¿Por qué se le iba a prohibir a uno, a esas edades, imaginar sus propias historias sobre ese tipo de cosas?

—*Excusez, mon cher!... Mais c'est une folie!* ¡Sabes que no puedo con esas tonterías que ofuscan las mentes infantiles! ¿Qué es eso de que cae un rayo? ¡Pues que caiga y nos parta a todos! A mí esa prusiana vuestra...

La cuestión era que el viejo Buddenbrook no se llevaba nada bien con Ida Jungmann. Monsieur era todo menos estrecho de miras. Había visto bastante mundo; en el año 1813 había partido hacia el sur de Alemania en un carro de cuatro caballos para comprar cereales en calidad de proveedor del ejército prusiano, había estado en Ámsterdam y en París y, como hombre ilustrado, no consideraba que todo cuanto procedía de allende las puertas de aquella ciudad de capiteles góticos en que había nacido fuera condenable por principio. No obstante, con excepción del trato comercial, en lo respectivo a las relaciones sociales era mucho más proclive que su hijo, el cónsul, a trazar límites muy claros y a mostrarse reticente hacia cuanto viniese de fuera. Así pues, cuando, un buen día, sus hijos regresaron de un viaje a la Prusia Oriental trayendo a la casa familiar, cual si fuese un niño Jesús, a aquella muchacha —ahora acababa de cumplir veinte años—, una huérfana, hija del dueño de una hostería que había muerto justo antes de llegar los Buddenbrook a Marienwerder, el arrebato de caridad del cónsul le había costado algo más que unas palabras con su padre (palabras que, en el caso del viejo Buddenbrook, habían sido todas en francés o en *Plattdeutsch*²). Por otra parte, Ida Jungmann había demostrado ser muy eficiente en las tareas del hogar y tener muy buena mano con los niños, y, por su incondicional lealtad y su prusiano sentido de la jerarquía, en el fondo resultaba la persona más adecuada para ser contratada en aquella casa. Mamsell Jungmann era una mujer de principios aristocráticos que sabía distinguir con suma precisión entre la clase alta de primera y la de segunda, entre la clase media y la clase media baja, estaba orgullosa de formar parte del fiel servicio de la clase más alta y no veía con ningún agrado que Tony, por ejemplo, se hiciese amiga de una compañera del colegio que en su escala sólo se clasificase en la categoría de clase media alta.

En ese momento, la prusiana había entrado en escena y atravesaba la puerta cristalera: era una muchacha bastante alta y huesuda, vestida de negro, con el cabello liso y cara de persona honrada. Llevaba de la mano a la pequeña Clotilde, una niña extremadamente flaca, de cabello ceniciento y sin brillo y taciturno gesto de solterona, ataviada con un vestidito de algodón de flores. Procedía de una rama de la familia muy secundaria, sin posesiones:

² El *Plattdeutsch* o “bajo alemán” es el dialecto que se habla en el norte frente al alemán estándar, que se consolida a finales del siglo XV a partir del *Hochdeutsch* o “alto alemán”. Puesto que, en Alemania, hablar en dialecto se considera vulgar y propio de personas incultas, los giros en dialecto se trasladarán, cuando sea posible, a vulgarismos del castellano, ya que la situación lingüística no es equivalente. (*N de la T*).

era hija de un sobrino del viejo Buddenbrook, empleado como inspector de aduanas en Rostock, y, como tenía la misma edad que Antonie y era una niña muy buena, la habían traído de allí para educarla en la casa.

—Ya está todo preparado —dijo Mamsell, poniendo mucho cuidado en articular con propiedad las erres, ya que al principio había sido incapaz de pronunciarlas—. Clotildita ha ayudado en la cocina con mucha diligencia, a Trina apenas le ha quedado nada por hacer...

Monsieur Buddenbrook, burlón, se sonrió para los adentros de su chorrera de puntillas ante la peculiar forma de pronunciar de Ida; el cónsul, en cambio, acarició la mejilla de su sobrinita y dijo:

—Muy bien, Tilda. Ora y labora, dicen. Nuestra Tony debería tomar ejemplo. Con demasiada frecuencia tiende al ocio y la soberbia...

Tony dejó caer la cabeza y, desde abajo, lanzó una mirada al abuelo porque sabía muy bien que, como de costumbre, él la defendería.

—Bueno, bueno —dijo—. Levanta la cabeza, Tony. Courage! No todo el mundo sirve para lo mismo. Cada cual vale para lo que vale. Tilda es muy buena, pero nosotros tampoco estamos mal. ¿Digo cosas *raisonnables*, Bethsy?

Se volvió hacia su nuera, que solía suscribir sus opiniones, mientras que Madame Antoinette, más por cuestiones de estrategia que por convicción, generalmente se ponía de parte del cónsul. De esta manera, las dos generaciones, en *chassé croisé*³, se daban las manos.

—Es usted muy bueno, papá —dijo la consulesa—. Tony se esforzará en convertirse en una mujercita inteligente y eficiente... ¿Han llegado ya los chicos del colegio? —preguntó a Ida.

Pero Tony, quien, desde las rodillas del abuelo, miraba por el espejuelo móvil de la ventana, exclamó casi al mismo tiempo:

—Tom y Christian están subiendo por la Johannisstrasse... y el señor Hoffstede... y el doctor...

Las campanas de la Marienkirche comenzaron a tocar juntas —«Dang... ding, ding, dung...»— con bastante poco ritmo, con lo cual no se reconocía muy bien la melodía; eso sí, con gran solemnidad. Y mientras la campana grande informaba alegre y majestuosamente de que eran las cuatro de la tarde, la campanilla de la puerta de abajo empezó a resonar en el vestíbulo, y, en efecto, eran Tom y Christian, que llegaban con los primeros invitados: Jean Jacques Hoffstede, el poeta, y el doctor Grabow, el médico de la familia.

CAPÍTULO II

El señor Jean Jacques Hoffstede, el poeta de la ciudad, que, sin duda, también traía algunos versos en el bolsillo para el día de hoy, no era mucho más joven que Johann Buddenbrook padre y, excepto por el color verde de su levita, vestía según el mismo gusto que éste. Sin embargo, era más delgado y ágil que su viejo amigo y tenía unos ojillos verdosos muy despiertos y la nariz larga y puntiaguda.

—Mi más sincero agradecimiento —dijo tras haber estrechado las manos de los caballeros y expresado a las damas, sobre todo a la consulesa, por

³ En juego cruzado. (*N de la T*).

quien sentía especial devoción, algunos de sus más escogidos cumplidos; cumplidos que la nueva generación simplemente ya no era capaz de hacer y que iban acompañados de una agradable sonrisa, tan serena como obsequiosa—. Mi más sincero agradecimiento por su amable invitación, queridísimos míos. A estos dos jovencitos —prosiguió, y señaló a Tom y a Christian, que permanecían de pie junto a él con su atuendo de ir al colegio: una especie de blusón azul ceñido con un cinturón de cuero— nos los hemos encontrado el doctor y yo viniendo de la escuela por la Königstrasse. Excelentes muchachos... ¿Señora consulesa? Thomas posee una cabeza bien amueblada, un chico serio; será comerciante, no me cabe ninguna duda. Christian, por el contrario, me parece un poco más disperso, ¿no es cierto? Un poquito *incroyable*...⁴ En fin, ya ven que no oculto mi *engouement*⁵. Irá a la universidad, creo; es ingenioso y brillante...

El señor Buddenbrook echó mano a su petaca de oro.

—¡Demonio de chaval! ¿No será mejor que se haga poeta directamente, Hoffstede?

Mamsell Jungmann cerró las cortinas de los ventanales, y la estancia no tardó en quedar iluminada por la luz agradable y discreta, aunque un tanto vacilante, de las velas de la araña de cristal y de los candelabros dispuestos sobre el secreter.

—Bueno, Christian —dijo la consulesa, cuyo cabello se había iluminado ahora con reflejos dorados—, ¿qué has aprendido esta tarde?

Y resultó que Christian había tenido clase de lectura, cálculo y canto. Era un muchachito de siete años que ya se parecía a su padre hasta un extremo casi cómico. Tenía sus mismos ojos, bastante pequeños, redondos y hundidos, ya se adivinaba su misma nariz prominente y curvada, y ciertos surcos bajo los pómulos anunciaban que el óvalo de su rostro no siempre conservaría la redondez de su infancia.

—Nos hemos reído muchísimo —empezó a contar con gran soltura en tanto sus ojos revoloteaban de uno a otro de los presentes—. Fijaos en lo que el señor Stengel le ha dicho a Siegmund Köstermann. —Se inclinó hacia delante, meneó la cabeza y se dirigió en un petulante tono de reproche a un alumno imaginario—. «Por fuera estás todo limpio y pulido, sí, pero por dentro, hijo mío, estás negro...» —Y dijo esto último pronunciando la «r» como una «d», con una especie de frenillo, y poniendo una cara que imitaba el estupor ante aquel alumno limpio y pulido pero sólo «pod fueda» con una comicidad tan convincente que todo el mundo se echó a reír.

—¡Demonio de chaval! —repitió el viejo Buddenbrook con su típica risa y su típico *Plattdeutsch*.

El señor Hoffstede, por su parte, estaba fuera de sí de entusiasmo.

—*Charmant!* —exclamó—. ¡Insuperable! ¡Es que hay que conocer a Marcellus Stengel! ¡Ha dado en el clavo! ¡Qué acierto más divino!

Thomas, que carecía de aquel talento, seguía de pie junto a su hermano pequeño y reía de corazón, sin ninguna envidia. Sus dientes no eran precisamente bonitos, sino pequeños y amarillentos. En cambio, su nariz tenía un perfil notoriamente refinado y, en los ojos y el corte de la cara, se parecía mucho a su abuelo.

Todos habían tomado asiento en las sillas y en el sofá, charlaban con los niños, hablaban del frío, que aquel año se había adelantado, de la casa... El

4

Increíble. (*N de la T*).

5

Aquí, preferencias. (*N de la T*).

señor Hoffstede admiró un precioso tintero de porcelana de Sévres en forma de perro de caza blanco con motas negras que había sobre el secreter. En cambio, el doctor Grabow, un hombre de la edad del cónsul, cuyo rostro dulce y de buena persona sonreía entre unas patillas muy paco pobladas, contemplaba los múltiples bizcochos, panes de pasas y saleritos de diversas formas expuestos sobre la mesa. Simbolizaban «el pan y la sal» que la familia había recibido de amigos y parientes como regalo por el traslado a la casa. Mas, como había de quedar bien claro que tales ofrendas no procedían de familias precisamente modestas, el pan venía en forma de repostería muy especiada y consistente y la sal en recipientes de oro macizo:

—A ver si me vais a dar trabajo... —dijo el doctor a los niños señalando los dulces con gesto de advertencia. Luego, meneando suavemente la cabeza, levantó un pesado artilugio para sal, pimienta y mostaza.

—Regalo de Leberecht Kröger —dijo Monsieur Buddenbrook con una sonrisa—. Siempre tan cumplido, mi señor pariente. Yo no le regalé nada parecido cuando se construyó su villa frente al Burgtor. Claro que él siempre ha sido... noble. ¡Dadivoso! Un caballero *à la mode*.

Varias veces había resonado ya la campanilla por toda la casa. Entró el reverendo Wunderlich, un hombre mayor, rechoncho, con larga sotana negra, cabello empolvado y una cara muy blanca, agradable y alegre, en la que brillaba la mirada vivaz de sus ojos grises. Era viudo desde hacía muchos años y se contaba a sí mismo entre los felices solteros de los viejos tiempos, al igual que el espigado señor Grätjens, el corredor de fincas, que había venido con él y que constantemente se ponía las esqueléticas manos delante de un ojo, como si formase un catalejo y estuviera examinando una pintura; era un entendido en arte que contaba con el reconocimiento general.

También llegaron el senador Langhals y señora, amigos de la familia de toda la vida, sin olvidar a Köppen, el comerciante de vinos, de cara grande y coloradota, como encajada entre las abultadas hombreras, acompañado de su igualmente corpulentísima esposa.

Eran ya pasadas las cuatro y media cuando, por fin, aparecieron los Kröger, mayores y niños: el cónsul Kröger con sus hijos Jakob y Jürgen, que eran de la misma edad que Tom y Christian. Casi a la vez, llegaron los padres de la consulesa Kröger, junto con el señor Oeverdieck, que se dedicaba al comercio de madera al por mayor, y su señora: un entrañable matrimonio de avanzada edad que, ante los oídos de todos, solía llamarse por unos apodos de una melosidad digna de cualquier pareja de recién casados.

—La gente fina llega tarde —dijo el cónsul Buddenbrook besando la mano a su suegra.

—¡Pero cuando llega, llega en buena representación! —y Johann Buddenbrook hizo un amplio gesto con el brazo señalando a los Kröger en pleno, al tiempo que estrechaba la mano del anciano.

Leberecht Kröger, el caballero *à la mode*, un hombre muy alto y distinguido, aún llevaba el cabello ligeramente empolvado, aunque iba vestido a la última. Sobre su chaleco de terciopelo destacaba una doble botonadura de piedras preciosas. Justus, su hijo, con patillas pequeñas y las puntas de los bigotes retorcidas hacia arriba, se parecía mucho a su padre en la figura y las maneras; también él movía las manos con notoria suavidad y elegancia.

Ya nadie volvió a sentarse, sino que se quedaron todos de pie, charlando entre sí en tono informal y relajado, mientras esperaban que se diese paso a la parte central de la reunión. Johann Buddenbrook padre, a su vez, ofreció el brazo a Madame Köppen al tiempo que decía en voz bien alta:

—En fin, si todos tenemos apetito, *mesdames et messieurs*...

Mamsell Jungmann y la doncella habían abierto la puerta blanca de doble hoja que conducía al comedor, y, lentamente, en amistosa compañía, el grupo se desplazó hasta allí. Tratándose de los Buddenbrook, era de esperar que la comida fuese tan rica como copiosa.

CAPÍTULO III

Cuando los invitados comenzaron a avanzar hacia el comedor, el joven señor de la casa se llevó la mano a la parte superior izquierda de la levita, donde se oyó el leve crujido de un papel que, en un instante, borró la sonrisa de reunión social de su cara para dar paso a un gesto de preocupación, y, como si estuviera apretando los dientes, se tensaron algunos músculos de sus sienes. Por guardar las apariencias, avanzó unos cuantos pasos hacia el comedor, pero luego retrocedió un poco y buscó con la mirada a su madre, que se disponía a cruzar el umbral entre los últimos, del brazo del reverendo Wunderlich.

—*Pardon*, querido reverendo... Son dos palabras, mamá.

Y mientras el reverendo le respondía asintiendo con la cabeza con gesto afable, el cónsul Buddenbrook pidió a su madre que pasara otra vez al salón de los paisajes y se dirigiera hacia el ventanal.

—Para ser breves, ha llegado una carta de Gotthold —le dijo muy deprisa y en voz baja, mientras miraba a los ojos oscuros e interrogantes de su madre y sacaba del bolsillo el papel doblado y lacrado—. Es su letra... Ya es la tercera carta, y papá sólo respondió a la primera. ¿Qué debemos hacer? La tengo desde las dos de la tarde y hace rato que debería habérsela dado a papá, pero ¿iba a estropearle la reunión de hoy? ¿Qué piensa usted? Aún estamos a tiempo de pedirle que venga un momento.

—No, tienes razón, Jean, espera —dijo Madame Buddenbrook y, como tenía por costumbre, cogió a su hijo por el brazo con un movimiento rápido—. ¿Qué dirá esa carta? —preguntó preocupada—. Ese chico no quiere dar su brazo a torcer. Sigue empecinado en esa indemnización por su parte de la casa... No, no, Jean, no se la entregues todavía. Tal vez esta noche, antes de irnos a la cama.

—¿Qué debemos hacer? —repitió el cónsul, meneando la cabeza después de inclinarla—. Muchas veces he pensado en pedirle a papá que cediera... No quiero que parezca que yo, su hermanastro, me he afincado en casa de los padres y estoy intrigando en contra de Gotthold... También a los ojos de papá quiero evitar a toda costa esa imagen. Claro que, si he de ser sincero..., después de todo, soy socio de la empresa. Y, además, por el momento, Betsy y yo pagamos un alquiler de lo más razonable por la segunda planta. En lo que respecta a mi hermana de Frankfurt, está todo arreglado. Su marido va a recibir muy pronto, en vida de papá, una cantidad compensatoria, una cuarta parte del precio de compra de la casa... Es un negocio ventajoso que papá ha cerrado con gran facilidad y acierto, y que resulta realmente favorable pensando en la empresa. Cuando papá se muestra tan reticente ante las propuestas de Gotthold será porque...

—Oh, no, eso son tonterías, Jean. Tu posición en todo esto está clara. Pero Gotthold cree que yo, su madrastra, sólo miro por mis propios hijos y pretendo alejarle de su padre. Eso es lo triste.

—¡Pero es culpa suya! —dijo el cónsul casi gritando, y luego moderó el volumen de su voz y dirigió una mirada hacia el comedor—. Es culpa suya que la relación haya alcanzado extremos tan lamentables. Juzgue usted misma. ¿Por qué no puede ser sensato? ¿Por qué tuvo que casarse con esa Demoiselle Stüwing? Y lo de la tienda... —el cónsul rió con fastidio y un cierto bochorno al pronunciar tal palabra—. Es una debilidad de papá haberse opuesto a lo de la tienda, pero Gotthold debería haber respetado esa pequeña muestra de vanidad.

—Ay, Jean, lo mejor sería que papá cediera.

—Pero, ¿acaso puedo ser yo quien se lo aconseje? —susurró el cónsul llevándose la mano a la frente con gesto de excitación—. Tengo un interés personal en este asunto y, por lo tanto, debería decir: «Padre, dale el dinero». Sin embargo, también soy socio de la empresa, tengo que representar sus intereses, y si papá no cree que se deba restar esa suma al capital de la empresa por obligación para con un hijo desobediente y rebelde... Se trata de más de once mil táleros en efectivo. Es una cantidad importante... No, no, yo no puedo aconsejarle eso... ni desaconsejárselo tampoco. No quiero saber nada. Únicamente, se me hace *désagréable* la escena con papá.

—Esta noche, a última hora Jean. Ahora, vamos; nos están esperando.

El cónsul guardó el papel en el bolsillo superior izquierdo de la levita, le ofreció el brazo a su madre y, los dos juntos, atravesaron el umbral hacia el comedor, muy bien iluminado para la ocasión, donde los invitados acababan de colocarse en sus respectivos sitios alrededor de la larga mesa.

Pintadas sobre el fondo azul cielo de las paredes, resaltaban con enorme plasticidad diversas estatuas blancas de divinidades clásicas sobre esbeltas columnas. Los pesados cortinajes rojos de los ventanales estaban cerrados, y en cada rincón de la habitación ardían, además de los candelabros de plata que había sobre la mesa, ocho velas en un candelabro de pie bañado en oro. Encima del aparador macizo que quedaba frente a la puerta del salón de los paisajes tenían colgado un cuadro de grandes dimensiones, algún golfo de Italia, cuyos tonos azules nebulosos producían un efecto especialmente impactante con aquella iluminación. Pegados a las paredes había varios sofás de respaldo recto tapizados en damasco rojo, de considerable tamaño.

Todo vestigio de preocupación e inquietud había desaparecido del rostro de Madame Buddenbrook cuando tomó asiento entre el viejo Kröger, que presidía la mesa del lado de los ventanales, y el reverendo Wunderlich.

—*Bon appétit!*—dijo con un gesto muy suyo, una rápida y cordial inclinación de cabeza, que, no obstante, le permitió pasar una breve revista a la mesa entera, incluidos los niños.

CAPÍTULO IV

—Como le dije, Buddenbrook, ¡todo mi respeto! —La potente voz del señor Köppen se impuso sobre la conversación general cuando la doncella, de brazos colorados y desnudos, con su gruesa falda de rayas y su pequeña

cofia, ayudada por Mamsell Jungmann y la doncella de la consulesa, venida del piso de arriba, hubo servido la sopa a las finas hierbas con pan tostado, y todo el mundo comenzó a comer con refinamiento—. ¡Todo mi respeto! Esta amplitud, esta *noblesse*... tengo que decir que aquí sí que se vive bien, tengo que decir...

El señor Köppen no se trataba con los anteriores dueños de la casa; no hacía mucho tiempo que era rico, no procedía precisamente de una familia distinguida y, por desgracia, no era capaz de desprenderse de algunas muletillas dialectales, como la constante repetición de aquel «tengo que decir». Para colmo, decía «repeto» en vez de «respeto».

—Su buen dinero les ha costado —apuntó secamente el señor Grätjens, que debía de saberlo bien, y se puso a contemplar el golfo italiano del cuadro a través de su peculiar catalejo.

Los anfitriones habían intentado, en la medida de lo posible, sentar a sus invitados bastante mezclados, intercalando amigos de la familia entre la cadena de parientes. Con todo, este criterio tampoco se había cumplido con excesivo rigor, de modo que los ancianos Oeverdieck estaban sentados juntos (y más que juntos, como de costumbre: casi uno encima del otro), intercambiando cariñosos gestos con la cabeza. El viejo Kröger, en cambio, estaba sentado muy tieso, como en un trono, entre la senadora Langhals y Madame Antoinette, y repartía sus redondeados movimientos de manos y sus escogidas bromitas entre las dos damas.

—¿Cuándo dice que se construyó esta casa? —preguntó el señor Hoffstede a Buddenbrook padre, que estaba ubicado justo en el otro extremo de la mesa y conversaba con Madame Köppen en tono jovial y un tanto burlón.

—En el año..., un momento... Hacia mil seiscientos ochenta si no me equivoco. Por cierto, mi hijo está mucho más al tanto de este tipo de datos.

—Ochenta y dos —confirmó el cónsul, inclinándose hacia delante, desde su sitio, al lado del senador Langhals, bastante al final de la mesa y sin dama a la derecha—. Se terminó en mil seiscientos ochenta y dos, en invierno. Por aquel entonces comenzó el ascenso imparable de Ratenkamp & Cía. ¡Qué triste cómo se ha venido abajo esta casa en los últimos veinte años!

En la mesa se hizo un silencio general que duró medio minuto. Cada cual mantenía la mirada fija en su plato y recordaba a aquella en otros tiempos tan próspera familia que había mandado construir la casa, había vivido en ella y, venida a menos, en la pobreza, había tenido que abandonarla...

—Bueno, triste —dijo Grätjens, el corredor de fincas—, cuando uno piensa en el desatino que les trajo la ruina... ¡Si Dietrich Ratenkamp, en su día, no se hubiese asociado con aquel tipo, Geelmaack! Dios sabe que me llevé las manos a la cabeza cuando él comenzó a administrar la empresa. Y sé de la mejor tinta, señores míos, cuán vilmente estuvo especulando a espaldas de Ratenkamp, firmando cambios aquí, letras allá, en nombre de la empresa. Al final se fue todo a pique. Los bancos desconfiaban, no tenían ninguna garantía. Ustedes no se lo imaginan... ¿Y quién controlaba el almacén? ¿Geelmaack tal vez? ¡Se fueron estableciendo allí como las ratas, año tras año! Pero Ratenkamp no se preocupaba de nada...

—Estaba como paralizado —dijo el cónsul. Su rostro había adoptado una expresión melancólica y taciturna. Inclinado hacia delante, removía su sopa con la cuchara y, de vez en cuando, dejaba escapar una mirada fugaz hacia el extremo opuesto de la mesa desde sus ojillos redondos y hundidos—. Todo sucedió bajo presión, y creo que tal presión es comprensible. ¿Qué le indujo a asociarse con Geelmaack, que aportó un capital irrisorio y de quien nadie

hablaba bien? Debió de ser porque se vio en la necesidad de descargar una parte de aquella terrible responsabilidad sobre alguien, porque sentía que su fin se acercaba de forma implacable... Aquella empresa estaba sentenciada, y aquella antigua familia, *passée*. Wilhelm Geelmaack, sin duda, no hizo sino darle el último empujón hacia la ruina.

—¿Significa eso que usted opina, mi querido señor cónsul —dijo el reverendo Wunderlich con una discreta sonrisa al tiempo que llenaba de vino tinto la copa de su dama, amén de la suya propia—, que aquello habría tenido el mismo desenlace sin la incorporación de Geelmaack y sus desatinos?

—Eso no —respondió el cónsul con aire reflexivo y sin dirigirse a nadie en concreto—. Sin embargo, creo que Dietrich Ratenkamp ciertamente no tuvo más remedio que asociarse con Geelmaack para que se cumpliera el destino... Debió de actuar bajo el peso de una necesidad inexorable... En fin, yo estoy convencido de que sí estaba más o menos al tanto de los tejemanejes de su socio en la empresa, de que no es tan cierto que no supiera nada de nada. Pero estaba bloqueado...

—Bueno, bueno, *assez*, Jean —dijo el viejo Buddenbrook dejando su cuchara a un lado—. Ésa es otra de tus *idées*...

El cónsul, con una sonrisa vaga, alzó la copa hacia su padre. Pero Leberecht Kröger intervino:

—¡Dejen ya eso, y disfrutemos del feliz presente! —Con cuidado y elegancia, agarró por el cuello una botella de vino blanco, cuyo corcho estaba decorado con un pequeño ciervo plateado, la giró un poco y examinó atentamente la etiqueta. «C. E. Köppen» leyó, saludando al comerciante de vinos con la cabeza—. ¡Ay, qué sería de nosotros sin usted!

Las doncellas, con los ojos de Madame Antoinette clavados en cada uno de sus movimientos, cambiaron los platos de porcelana de Meissen con borde de oro, y Mamsell Jungmann dio algunas órdenes a la cocina a través de la campana del intercomunicador que unía aquélla con el comedor. Empezaron a pasar las fuentes con el pescado; mientras se servía cuidadosamente, el reverendo dijo:

—Ese feliz presente, después de todo, no es algo que podamos dar por sentado. A la gente joven que está aquí sentada, disfrutando con nosotros, los mayores, ni se le ocurre pensar que las cosas pudieran haber sido distintas en otro tiempo... Puedo decir que, en no pocas ocasiones, he tomado parte personalmente en los destinos de nuestros Buddenbrook. Cada vez que veo estos objetos —y se volvió hacia Madame Antoinette al tiempo que levantaba de la mesa una pesada cuchara de plata—, me pregunto si no serían parte de las piezas que, en el año seis, tuvo en sus manos nuestro amigo el filósofo Lenoir, sargento de su majestad el emperador Napoleón... y me viene a la memoria aquel nuestro encuentro en la Alfstrasse, Madame.

Madame Buddenbrook bajó los ojos con una sonrisa que revelaba cierta turbación y, a la vez, el peso de los recuerdos. Tom y Tony, que no querían comer pescado y habían seguido la conversación de los mayores con suma atención, exclamaron casi al unísono desde un extremo de la mesa:

—¡Oh, por favor, cuéntenoslo, abuela!

Pero el pastor Wunderlich, que sabía lo poco que le gustaba a ella hablar de aquel suceso un tanto embarazoso, tomó la palabra en su lugar para contar una vez más la vieja historia que los niños estaban deseando oír por enésima vez y que tal vez alguno de los presentes todavía no conocía:

—En pocas palabras, pongámonos en situación: una tarde de noviembre, con un frío y una lluvia espantosos, vengo yo de hacer una diligencia y subo

por la Alfstrasse, pensando en los difíciles tiempos que corren. El príncipe Blücher se había marchado y los franceses ocupaban la ciudad, aunque apenas se percibía la excitación reinante. Las calles estaban en calma, la gente se quedaba en sus casas como precaución. Al maestro carnicero Prah!, que se había plantado en su puerta con las manos en los bolsillos y había exclamado a pleno pulmón: «¡Pos sí que estamos buenos, esto es lo que faltaba!», le habían disparado, así sin más, una bala en la cabeza. Bien, entonces pienso: «Pásate a ver a los Buddenbrook, unas palabras de aliento podrían sentarles bien; el marido está en cama con erisipela, y Madame estará muy atareada con el acantonamiento de los soldados». ¿Y a quién veo venir en ese mismo momento? A nuestra venerada Madame Buddenbrook. Ahora bien, ¿en qué estado? Corriendo bajo la lluvia sin sombrero, sin siquiera un echarpe sobre los hombros, dando tumbos más que caminando, y con su *coiffure* del todo desmadejada. ¡Ay, no, Madame, eso sí que es cierto! Allí, *decoiffure* no quedaba ni rastro. «¡Cuán agradable *surprise!*», exclamo, y me permito sujetar de una manga a Madame, que ni me ve, pues no auguro nada bueno... «¿Adónde va tan deprisa, querida mía?» Ella se percata de que estoy allí, me mira y acierta a decir: «Es usted... ¡Adiós! ¡Todo ha terminado! ¡Voy a arrojarme al Trave!». «¡Por Dios bendito!», digo yo, y me noto palidecer. «Éste no es lugar para usted, querida mía. Pero ¿qué ha pasado?» Y la sostengo con toda la fuerza que el respeto permite: «¿Que qué ha pasado?», exclama ella temblando. «¡Le están echando el guante a la plata, Wunderlich! ¡Eso es lo que ha pasado! ¡Y Jean está con erisipela y no puede ayudarme! ¡Y tampoco podría ayudarme si estuviese levantado! ¡Me roban mis cucharas, mis cucharas de plata! Eso es lo que ha pasado, Wunderlich, así que voy a arrojarme al Trave.» Entonces yo sostengo a nuestra querida amiga, y le digo lo que suele decirse en estos casos: «¡*Courage*, querida mía!», le digo. Y «Todo se arreglará», y «Vamos a hablar con esa gente, seréne, mujer, se lo ruego, vamos para allá». Y la conduzco calle arriba, de nuevo a su casa: En el comedor nos encontramos con la milicia, tal y como la había dejado Madame: unos veinte hombres desvalijando el gran baúl donde se guardaba la plata. «¿A quién de ustedes, caballeros», pregunto cortésmente, «puedo dirigirme?». Entonces todos empiezan a reírse y responden: «¡A todos nosotros, papá!». Pero entonces uno se adelanta y se presenta, un hombre alto como un árbol, con un bigotillo negro engominado y grandes manazas rojas que asoman por los puños galoneados de la levita. «Lenoir», se presenta, y saluda con la izquierda, puesto que con la derecha sostiene un manojo de cinco o seis cucharas de plata. «Sargento Lenoir. ¿Qué desea el caballero?» «¡Señor oficial!», digo yo, apelando a su *point d'honneur*. «¿Es acaso compatible con su brillante cargo el apoderarse de estos objetos? La ciudad no ha opuesto resistencia al Emperador.» «Pero, ¿usted qué quiere?», responde. «¡Es la guerra! Esta gente también necesita cubiertos...» «Debería usted tener en cuenta una cosa», le interrumpo porque se me acaba de ocurrir una idea. «Esta dama», digo, porque ¿qué otra cosa va uno a decir en semejante situación?, «la señora de esta casa, no vaya a usted a creer que es alemana, pues casi es compatriota suya: es francesa...». «¿Qué me dice, francesa?», repite él. ¿Y qué creen que añadió aquel gamberro larguirucho? Va y dice: «¿Una emigrante? Pero... ¡pero entonces es una enemiga de la filosofía!». Yo me quedo atónito, pero me trago la risa. «Veo, caballero», le digo, «que es usted un hombre cabal. Le repito que no me parece de recibo que un hombre de su categoría se dedique a estos menesteres». Guarda silencio un instante, pero luego se sonroja, lanza sus seis cucharas de vuelta al baúl y exclama: «¿Y quién le

dice a usted que pretendo yo otra cosa con estos objetos que contemplarlos un poco? ¡Son cosas bien bonitas! Si alguno de mis hombres se llevara alguna pieza como souvenir...»

«En fin, a pesar de todo se llevaron bastantes souvenirs, no hubo apelación a la justicia humana o divina que pudiera impedirlo... Si no conocían otro dios que aquel tipo bajito tan horrible...

CAPÍTULO V

—¿Llegó usted a verlo alguna vez, reverendo?

De nuevo, cambiaron los platos. Apareció en la mesa un jamón empanado colosal, de color rojo teja, previamente ahumado y luego cocido, con una salsa marrón de chalotas, un poquito ácida, y tal cantidad de verduras que una sola fuente habría bastado para que todos los comensales quedasen ahítos. Leberecht Kröger se hizo cargo del trinchado. Con los codos hábilmente levantados y sus largos dedos índices bien estirados, el uno sobre el canto del cuchillo y el otro sobre el tenedor, ponía gran esmero en cortar las jugosas lonchas. También se sirvió la obra maestra de la consulesa Buddenbrook, el «dulce ruso», una mezcla de frutas en conserva de rico gusto a licor y con un poquito de aguja.

No, el reverendo lamentaba no haber visto nunca a Bonaparte. Johann Buddenbrook padre, en cambio, así como Jean Jacques Hoffstede, se habían encontrado con él cara a cara; el primero, en París, justo antes de la campaña de Rusia, con motivo de un desfile en el patio del castillo de las Tullerías; el segundo, en Danzig.

—Ay, por Dios, no era nada agradable —dijo Hoffstede, mientras alzaba las cejas y se llevaba a la boca una composición de jamón, col de Bruselas y patata que había acertado a ensartar en el tenedor—. Y eso que dicen que estuvo la mar de alegre aquella vez en Danzig. Por entonces, contaban una anécdota divertida: se pasaba el día apostando dinero con los alemanes, y no poco, por cierto; por las noches, en cambio, jugaba con sus generales. «*N'est-ce pas, Rapp*», dijo cogiendo un puñado de monedas de oro de la mesa, «*les Allemands aiment beaucoup ces petits napoléons?*»; «*Oui, Sire, plus que le Grand!*», le respondió Rapp⁶.

En medio de la hilaridad y el estruendo general, pues Hoffstede había contado la anécdota con mucha gracia, imitando incluso los gestos del Emperador, Johann Buddenbrook padre dijo:

—Bueno, bueno, bromas aparte, todo mi respeto ante su grandeza personal... ¡Qué personaje!

El cónsul meneó la cabeza con gesto serio.

—No, no, nosotros, los más jóvenes, ya no comprendemos que se venerase al hombre que asesinó al duque de Enghien, que masacró a ochocientos prisioneros en Egipto...

—Es probable que todo eso haya sido exagerado y falseado —dijo el reverendo Wunderlich—. Puede que el duque fuese un hombre alocado y rebelde, pero, en lo que respecta a los prisioneros, sin duda su ejecución fue

⁶ «¿No es cierto, Rapp, que a los alemanes les gustan mucho estos pequeños napoleones?» «Sí, señor, mucho más que el Grande.» (*N de la T*).

fruto de una decisión necesaria y bien sopesada por parte de un consejo de guerra como mandan los cánones... —y habló de un libro que se había publicado algunos años atrás y que él había leído, la obra de un secretario del Emperador, digno de la mayor atención.

—Da lo mismo —insistió el cónsul, despabilando una vela que temblaba en su candelabro delante de él—. No lo entiendo. ¡No entiendo la admiración que despertaba ese monstruo! Como cristiano, como persona religiosa, no encuentro espacio en mi corazón para un sentimiento como ése.

Su rostro había adoptado una expresión serena y soñadora, incluso había ladeado un poco la cabeza... Mientras tanto, su padre y el reverendo Wunderlich parecían sonreírse mutuamente en silencio.

—Bueno, bueno —bromeó Johann Buddenbrook—, pero los pequeños *napoléons* no estaban nada mal, ¿verdad? A mi hijo quien le entusiasma es Louis Philippe —añadió.

—¿Le entusiasma? —repitió Jacques Hoffstede con cierta guasa—. ¡Curiosa combinación! Philippe Égalité y el entusiasmo...

—Bien, a mí me parece que, vive Dios, tenemos mucho que aprender de la Monarquía de julio —el cónsul hablaba con seriedad y gran entusiasmo—. La excelente y útil relación entre el constitucionalismo francés y los nuevos ideales e intereses prácticos de la época... es algo, sin duda, muy de agradecer.

—Ideales prácticos... Bueno, bueno... —El viejo Buddenbrook, concediendo un descanso a sus maxilares, jugueteaba con una petaquita de oro—. Ideales prácticos... Nada, eso no es para mí. —De puro hastío, se había pasado al dialecto—. Así salen como hongos las instituciones de formación profesional y las instituciones técnicas y las escuelas de comercio y, de repente, el bachillerato y la formación clásica se consideran *bétises*⁷ y el mundo entero no piensa más que en minas y en industrias y en ganar dinero... ¡Bien, bien! Todo eso está la mar de bien. Claro que, por otro lado, es un poco tonto, así a largo plazo, ¿no? No sé por qué me cae tan mal... En fin, no he dicho nada, Jean... La Monarquía de julio es una buena cosa.

El senador Langhals, sin embargo, además de Grätjens y Köppen, estaban de parte del cónsul. Sí, ciertamente, el gobierno francés y las iniciativas similares en Alemania merecían el mayor de los respetos... El señor Köppen volvió a decir «repeto». Con la comida, se había puesto mucho más colorado todavía y resoplaba de forma notoria; el rostro del reverendo Wunderlich, permanecía blanco, fino y despierto, a pesar de que bebía una copa tras otra con la mayor naturalidad del mundo.

Las velas se iban consumiendo lenta, lentamente, y a veces, cuando la corriente de aire inclinaba sus llamas hacia un lado, un suave olor a cera se extendía por la mesa.

Todos estaban sentados en pesadas sillas de respaldos altos, con pesados cubiertos de plata comían pesadas y sabrosas viandas, las acompañaban de pesados y buenos vinos, y exponían sus opiniones. Pronto pasaron a hablar de negocios y, sin querer, también fueron pasando cada vez más al dialecto, a esa forma de expresión, cómodamente pesada, que parecía aunar la concisión propia de los comerciantes con cierto relajamiento propio de los acomodados, y que aquí y allá exageraban con bienintencionada autoironía. No decían ya «para la Bolsa» sino «*pa'* la Bolsa», y relajaban los finales de las sílabas poniendo cara de satisfacción.

⁷ Tonterías. (*N de la T*).

Las damas no habían seguido el debate durante mucho tiempo. Madame Kröger había tomado la iniciativa en la conversación femenina explicando, en los términos más apetitosos imaginables, la mejor manera de preparar las carpas al vino tinto.

—Una vez cortadas en buenos pedazos, querida, hay que echarlas a la cacerola con cebollas, clavo y un poco de bizcocho, y luego han de romper a cocer añadiendo una pizca de azúcar y una cucharada de mantequilla... Pero nada de lavarlas y quitar toda la sangre, por Dios...

Al viejo Kröger se le ocurrían las bromas más divertidas. En cambio, el cónsul Justus, su hijo, sentado junto al doctor Grabow, en un lugar mucho menos preferente y cerca de los niños, había iniciado una conversación jocosa con Mamsell Jungmann; ella guiñaba sus ojillos marrones y, como tenía por costumbre, sostenía el cuchillo y el tenedor en alto al tiempo que se balanceaba ligeramente. Incluso los Oeverdieck habían alzado la voz y habían cobrado más vida. La anciana consulesa había encontrado un nuevo calificativo amoroso para su esposo: «Mi corderito manso», le decía, y estaba tan contenta que se le meneaba la cofia.

La conversación confluyó en un único asunto cuando Jean Jacques Hoffstede sacó a colación su tema favorito: el viaje a Italia que había realizado quince años atrás con un pariente rico de Hamburgo. Contó cosas de Venecia, de Roma y del Vesubio, habló de la Villa Borghese, donde el difunto Goethe había escrito una parte de su *Fausto*, se entusiasmó recordando las fuentes renacentistas en las que había tenido ocasión de refrescarse, las hermosamente ajardinadas avenidas en las que tan a gusto se paseaba... Y entonces alguien mencionó el gran jardín asilvestrado que los Buddenbrook poseían justo detrás del Burgtor.

—¡A fe mía! —dijo el viejo—. ¡Todavía me irrita no haber sido capaz de conseguir que, en su día, le dieran una apariencia un poco más humana! Hace poco volví a pasar por allí... ¡Qué vergüenza, esa selva virgen! Cuán grata posesión sería si el césped estuviese cuidado, los árboles bien podaditos en forma de conos y de cubos...

El cónsul, sin embargo, protestó enérgicamente.

—¡Por Dios, papá! A mí me encanta pasear por entre la maleza en verano; para mí, si esa bella naturaleza dejada a su libre albedrío fuese recortada y repodada de ese modo tan lamentable, perdería.

—Sí, ya, pero si esa naturaleza dejada a su libre albedrío me pertenece, tendré todo el derecho del mundo a darle la forma que a mí me guste...

—Ay, padre, cuando me tumbo sobre esa hierba crecida y bajo los matorrales salvajes, siento como si fuera yo quien pertenece a la naturaleza y no tuviera derecho alguno sobre ella.

—¡Christian, no seas comilón! —exclamó de pronto el abuelo Buddenbrook—. A Tilda no le hace daño... Traga como un pozo sin fondo, la nenita...

Ciertamente, las destrezas que aquella niña tímida y escuálida desarrollaba a la hora de comer eran un prodigio. A la pregunta de si deseaba un segundo plato de sopa había respondido humildemente, como estirando las palabras: «Sí-í, por fa-vor». Había repetido tanto del pescado como del jamón empanado, todas las veces con considerables cantidades de guarnición; en su habitual actitud solícita y miope, se inclinaba sobre su plato y daba cuenta de lo que fuera, sin prisa ninguna, con discreción y a grandes bocados. A las palabras del anciano señor de la casa se había limitado a responder estirando las palabras, con amabilidad, sorpresa y pocas luces: «Di-os... ¿Tí-o?». Pero no se dejó intimidar; comía —le gustase el plato o no,

se burlasen de ella o no— con la instintiva voracidad de los parientes pobres invitados a la mesa de los ricos, sonreía impasible y se llenaba el plato de cosas ricas; paciente, tenaz, hambrienta y escuálida.

CAPÍTULO VI

En dos grandes cuencos de cristal tallado se sirvió entonces el *Plettenpudding*, un postre elaborado con sucesivas capas de almendras, frambuesas, bizcocho, crema pastelera y merengue; en el extremo inferior de la mesa, en cambio, de pronto se armó una enorme algarabía, pues a los niños les habían preparado su postre favorito: pudín de ciruelas flambeado.

—Thomas, hijo mío, ten la bondad —dijo Johann Buddenbrook sacando su enorme manojo de llaves del bolsillo del pantalón—: en el segundo sótano, a la derecha, en la segunda balda, detrás del tinto de Burdeos, hay dos botellas, ¿vas a por ellas?

Y Thomas, entendido en aquel tipo de encargos, salió corriendo y regresó con dos botellas harto polvorientas, recubiertas de una redecilla metálica. Mas, apenas se hubo servido de aquel continente, de apariencia tan poco gloriosa, el dorado y dulce vino añejo de malvasía en las copitas de postre, el reverendo Wunderlich se puso en pie y, copa en mano, mientras todos guardaban silencio, comenzó el brindis con agradables palabras. Hablaba con la cabeza un poco ladeada, una fina y divertida sonrisa en su blanco rostro, moviendo la mano que le quedaba libre con encantadores y recogidos gestos, en el tono desenfadado y afable que tanto le gustaba emplear también en el púlpito.

—Y ahora tened a bien, mis buenos amigos, vaciar conmigo una copa de este exquisito licor a la salud de nuestros veneradísimos anfitriones en este su nuevo y esplendoroso hogar. Por la familia Buddenbrook, tanto por los presentes como los ausentes... *Vivant!*

«Los ausentes... —pensó el cónsul, mientras hacía una reverencia ante las copas que le tendían—. Se referirá únicamente a los de Frankfurt y quizá, también, a los Duchamps de Hamburgo... ¿O acaso el viejo Wunderlich lo ha dicho con segundas intenciones?». Se levantó para chocar su copa con la de su padre, mirándole a los ojos con cariño.

Entonces se levantó de su silla para tomar la palabra Grätjens, el corredor de fincas; como punto y final a su intervención, su voz un tanto chillona pidió un brindis por la Casa Johann Buddenbrook y su futuro crecimiento, florecimiento y esplendor para mayor honor de la ciudad.

Y Johann Buddenbrook dio las gracias a todos por sus amables palabras en calidad de cabeza de familia, en primer lugar, y de miembro más antiguo de la dirección de la Casa Buddenbrook, en segundo; y envió a Thomas a buscar una tercera botella de vino, pues se había equivocado al calcular que bastaría con dos. También Leberecht Kröger habló. Se permitió permanecer sentado, actitud que consideraba todavía más deferente, y se limitó a desplegar su más obsequioso repertorio de gestos con la cabeza y las manos para dedicar su brindis a las dos señoras de la casa, Madame Antoinette y la consulesa.

Cuando hubo terminado y casi ya no quedaba *Plettenpudding*, fue el señor Jean Jacques Hoffstede quien se levantó con un carraspeo y fue

coreado por un «¡Oh!» general. Los niños, en el otro extremo de la mesa, estuvieron a punto de romper a aplaudir de alegría.

—En fin, *excusez!* No he podido resistirme a... —empezó a decir, rozando ligeramente la punta de su puntiaguda nariz al sacar un papel del bolsillo de la levita. Un profundo silencio invadió la sala.

El pliego que sostenía entre sus manos estaba iluminado con los más vivos colores y tenía un óvalo central rodeado por un marco de flores rojas en la parte exterior y toda suerte de volutas doradas, del cual leyó las siguientes palabras: «Con motivo de la cordial participación en la feliz fiesta de inauguración de la recién adquirida casa de la familia Buddenbrook. Octubre de 1835». Luego volvió la página y, con voz algo trémula, comenzó:

*Hoy que estamos todos juntos
en vuestra nueva mansión,
honoros quiere rendiros
esta mi humilde canción.
A ti quede dedicada,
de pelo cano mi amigo,
y a tu venerable esposa
y a tus hijos tan queridos.
Teson, trabajo y belleza
en sus muros se han aunado:
de Venus Anadiomene
feliz obra, y de Vulcano.
Que ningún futuro enturbie
la dicha de vuestras vidas,
que cada día os regale
renovadas alegrías.
Yo brindaré con vosotros
por vuestra infinita gloria.
Cuánto bien he de desearos
mi mirada os dice ahora.
Sed muy felices aquí,
y en el corazón guardad
a quien con sincero afecto
hoy os quiso así cantar.*

Saludó al público y todos al unísono prorrumpieron en fervientes aplausos.

—*iCharmant, Hoffstede!* —exclamó el viejo Buddenbrook—. ¡A tu salud! Bueno, bueno..., ha sido magnífico.

Ahora bien, cuando la consulesa brindó con el poeta, un ligerísimo rubor coloreó su rostro de porcelana, pues había captado la graciosa reverencia que él había hecho hacia donde estaba sentada ella al aludir a «Venus Anadiomene»⁸.

CAPÍTULO VII

⁸ Se refiere a la Venus que emerge de las aguas, desnuda o casi, símbolo de la belleza erótica. (N de ta T).

El alborozo general había alcanzado su punto culminante, y el señor Köppen sintió la clara necesidad de desabrocharse un par de botones del chaleco; pero aquello hubiera ido en contra del decoro, pues ni siquiera los caballeros de más edad se permitían nada semejante. Leberecht Kröger seguía sentado en su silla igual de erguido que al principio de la comida, el reverendo Wunderlich seguía igual de blanco y compuesto, el viejo Buddenbrook se había recostado un poco en el respaldo, eso sí, pero conservaba las más refinadas formas, y el único al que se veía un poco ebrio era Justus Kröger.

¿Dónde estaba el doctor Grabow? La consulesa se levantó con suma discreción y se dirigió hacia la puerta, pues en el extremo menos preferente de la mesa habían quedado vacías las sillas de Mamsell Jungmann, el doctor Grabow y Christian, y desde la sala de columnas llegaba el eco como de un sollozo ahogado. Abandonó la sala de prisa, detrás de la doncella, que acababa de servir mantequilla, queso y fruta; y, en efecto, allí, en la penumbra, en el banco acolchado que se extendía en redondo a lo largo la columna central, encontró sentado, o más bien acurrucado, al pequeño Christian, quien, en voz baja, se deshacía en unos gemidos que partían el corazón.

—¡Ay, por Dios, Madame! —dijo Ida, de pie junto al niño, con el doctor—. ¡Qué malito se nos ha puesto el pequeño!...

—¡Estoy malo, mamá! ¡Estoy malo *del demonio!*—lloriqueaba Christian, y sus ojillos redondos y hundidos por detrás de una nariz demasiado grande se revolvían de un lado para otro.

—Si decimos esas palabras tan feas, el buen Dios nos castigará y hará que nos pongamos peor todavía.

El doctor Grabow le tomó el pulso; su rostro bondadoso parecía haberse vuelto aún más alargado y más dulce.

—Una pequeña indigestión..., nada importante, señora consulesa —consoló a la madre. Y luego prosiguió en su tono funcional, lento y pedante—: Lo más pertinente sería llevarlo a la cama... Un vasito de sales digestivas, tal vez una tacita de manzanilla para que sude... y dieta estricta. ¿Consulesa? Lo dicho, dieta estricta: un poco de pichón, un poco de pan francés...

—¡Pichón no! —chilló Christian fuera de sí—. ¡No quiero volver a comer nada nunca jamás! ¡Estoy malo, estoy malo *del demonio!* —Parecía que la palabrota le producía cierto alivio, tanta era la pasión con que la pronunciaba.

El doctor Grabow sonrió para sí, con una sonrisa indulgente e incluso algo melancólica. ¡Ay, claro que volvería a comer aquel jovencito! Viviría como todo el mundo. Como sus padres, parientes y conocidos, habría de pasar sus días sentado, interrumpiéndolos cuatro veces al día para ingerir comidas tan exquisitamente pesadas y sabrosas como aquéllas. Pero, ¡bendito sea Dios! Él, Friedrich Grabow, no era quién para derrocar las costumbres de todas aquellas respetables, acomodadas y felices familias. Él acudiría cuando lo llamasen, y recomendaría guardar una dieta estricta durante un día o dos (un poco de pichón, un poco de pan francés..., en fin...), y sin ningún cargo de conciencia afirmaría que, por esa vez, no se trataba de nada importante. A pesar de lo joven que era, ya había tenido varias ocasiones de sostener entre sus manos la de algún honorable burgués que había estado comiendo su última pierna de carne ahumada, su último pavo relleno, y al que luego se lo había llevado el Señor, o bien de repente, sorprendiéndolo en el sillón de su

despacho, o bien después de un rato de agonía en su sólida cama antigua. Un ataque, se decía en tales casos, una apoplejía, una muerte repentina e imprevista.... en fin... Y él, Friedrich Grabow, habría sido capaz de enumerar todas aquellas veces en las que «no había sido nada importante», en las que ni siquiera lo habían llamado, en las que el hombre, al levantarse de la mesa y volver al despacho, tal vez había sentido un pequeño y extraño mareo... Pero, ¡bendito sea Dios! Él, Friedrich Grabow, tampoco era precisamente quién para desdeñar los pavos rellenos. El jamón empanado con salsa de chalotas de esa noche había sido cosa fina..., ¡demonios! Y luego, cuando a uno ya le costaba respirar, el pudín: castañas, frambuesas y merengue... En fin...

—Lo dicho: dieta estricta. ¿Consulesa? Un poco de pichón, un poco de pan francés...

CAPÍTULO VIII

En el comedor, había llegado el momento de levantar la mesa.

—*Mesdames et messieurs*, ¡buen provecho! En el salón nos esperan un puro para quienes gusten y un sorbo de café para todos... Y si Madame quisiera obsequiarnos, una copita de licor... Los billares de la parte de atrás están a su entera disposición. Jean, por favor, ¿te encargas de conducir a los invitados a las dependencias de atrás?... Madame Köppen, hágame el honor...

En amistosa charla, satisfechos y deseándose mutuamente, con el mejor humor, que el ágape les sentase bien, todos se dispusieron a volver al salón de los paisajes a través de la gran puerta blanca de doble hoja. El cónsul, sin embargo, no se apresuró hacia allí, sino que enseguida reunió a su alrededor a los caballeros con ganas de jugar al billar.

—¿No se aventura a una partida, padre?

No, Leberecht Kröger se quedaba con las señoras, pero Justus bien podía ir a las dependencias de atrás si quería... También el senador Langhals, Köppen, Grätjens y el doctor Grabow se quedaron con el cónsul, mientras que Jean Jacques Hoffstede anunció que acudiría más tarde:

—Luego, luego... Johann Buddenbrook va a tocar la flauta, no quiero perdermelo... *Au revoir, messieurs!*

Al atravesar la sala de columnas, los seis caballeros aguzaron el oído para percibir cómo, en el salón de los paisajes, sonaban ya las primeras notas de la flauta, acompañadas al armonio por la consulesa; una melodía sencilla, desenfadada y graciosa que iba recorriendo con delicadeza los vastos espacios de la mansión.

El cónsul le prestó oídos en tanto pudo oírse algo. Mucho le hubiera gustado quedarse en el salón de los paisajes para sumirse en sus sueños y sentimientos, sentado en una cómoda butaca; de no ser por sus obligaciones de anfitrión...

—Trae unas tazas de café y puros a la sala de billar —dijo a la doncella que pasaba por la antesala.

—Eso, Line, café, ¿me oyes? ¡Café! —repitió el señor Köppen con una voz que delataba su estómago bien lleno, e intentó darle un pellizco al colorado

brazo de la muchacha. Pronunció la «c» muy desde el fondo de la garganta, bien sonora, como si ya lo estuviera tragando y saboreando.

—Estoy seguro de que Madame Köppen estaba mirando a través de los cristales de la puerta —comentó el señor Kröger.

El senador Langhals preguntó:

—Y ahí arriba es donde tú vives, ¿verdad, Buddenbrook?

A la derecha, la escalera conducía a la segunda planta, en la que se hallaban los dormitorios del cónsul y su familia, aunque también en la parte izquierda de la antesala había una serie de habitaciones. Los caballeros, fumando, bajaron por la amplia escalera con barandilla de madera tallada y lacada en blanco. En el rellano, el cónsul se detuvo un momento.

—Esta entreplanta aún mantiene tres habitaciones —explicó—: la sala del desayuno, el dormitorio de mis padres y otro cuarto que apenas se utiliza y que da al jardín; hay un estrecho pasillo que conduce a ellas... Pero, bueno, ¡sigamos! Como ven, por el portal pueden pasar los vehículos de abastos y cruzar la finca entera, directos hasta la Bäckergrube.

El amplio portal estaba pavimentado con grandes baldosas cuadradas de piedra. Junto a la cancela, así como en el lado opuesto, había diversas estancias que se utilizaban como despachos, mientras que la cocina, de la que todavía emanaba el suave olor ácido de la salsa de chalotas, se encontraba a la izquierda de la escalera junto con la bajada a los sótanos. Enfrente de la escalera, a una altura considerable, sobresalían de la pared unos extraños cubículos de madera, toscos pero lacados con esmero: los aposentos de las sirvientas, a los que sólo se podía acceder desde el portal por una especie de escalera recta y sin barandillas. Al lado se veían dos aparadores sumamente antiguos y un baúl de madera tallada.

A través de una alta puerta cristalera, bajando unos cuantos escalones muy suaves, practicables incluso para los vehículos, se salía al patio, en cuya parte izquierda se alzaba una especie de casita: el lavadero. Desde allí se veía el jardín, bellamente dispuesto aunque ahora húmedo y bañado por el gris del otoño, con los arriates cubiertos con esterillas para protegerlos del frío, delimitado en la parte del fondo por lo que llamaban el «quiosco»: un pabellón de fachada rococó. Desde el patio, los caballeros tomaron el camino de la izquierda, que, entre dos muros, desembocaba, a través de un segundo patio, en las dependencias traseras de la casa.

Una vez allí, unos resbaladizos escalones llevaban a una estancia abovedada con suelo arcilloso que se utilizaba como almacén y en cuya parte más alta habían instalado una polea y un cable para levantar las sacas de cereales. Esta vez, los caballeros tomaron el camino de la derecha, para acceder a la escalera, siempre muy pulcra, que subía al primer piso, donde el propio cónsul abrió a sus invitados la puerta blanca de la sala de billar.

El señor Köppen, exhausto, se arrojó a una de las sillas, de respaldo muy recto, que estaban alineadas en las paredes de aquella estancia de apariencia austera y fría.

—Yo, de momento, me quedo de mirón —exclamó, sacudiéndose las finas gotas de lluvia de la levita—. ¡Que el diablo me lleve! ¡Menudo periplo por vuestra casa, Buddenbrook!

Al igual que en el salón de los paisajes, el fuego ardía tras la rejilla de la chimenea. Tres ventanas altas y estrechas ofrecían una vista de tejados de color rojo húmedo, patios grises y frontispicios de las casas vecinas.

—¿Una carambola, senador? —preguntó el cónsul al tiempo que sacaba los tacos de sus soportes. Luego dio una vuelta por la sala y abrió los candados de los dos billares—. ¿Quién juega con nosotros? ¿Grätjens? ¿El

doctor? All right. Grätjens y Justus; entonces, los demás al otro billar. Köppen, no tienes más remedio que jugar tú también...

El comerciante de vinos se puso en pie y escuchó, con la boca llena del humo del puro, cómo un fuerte golpe de viento llegaba silbando por entre las casas, hacía chocar las gotitas de lluvia contra el cristal e iba a exhalar su último aullido en la chimenea.

—¡Madre de Dios! —dijo echando el humo—. ¿Crees que el *Wullenwewer* podrá llegar al puerto, Buddenbrook? Vaya tiempo de perros...

En efecto, las noticias de Travemünde no eran precisamente las mejores; así lo confirmó también el cónsul Kröger mientras entizaba la punta de cuero del taco. Tormentas en todas las costas. Sabía Dios que la cosa no pintaba mucho peor en el año veinticuatro, cuando la gran inundación de San Petersburgo. En fin, entonces llegó el café.

Se sirvieron, tomaron un sorbo y empezaron a jugar. Pero, al poco, también empezaron a hablar de la Unión Aduanera. ¡Ay, el cónsul era un ferviente partidario de la Unión Aduanera!

—¡Qué gran idea, caballeros! —exclamó tras darle un golpe a la bola, volviéndose con viveza hacia el otro billar, que era donde había salido a colación el tema—. A la primera ocasión, deberíamos entrar a formar parte de ella.

El señor Köppen no compartía su opinión; no, sus resoplidos eran de protesta.

—¿Y nuestra independencia? ¿Y nuestra independencia? —preguntó ofendido, apoyándose en su taco en actitud belicosa—. ¿Qué va a ser de ella? ¿Acaso Hamburgo iba a consentir colaborar con semejante invento de los prusianos? Para eso, más valdría que nos dejásemos absorber por ellos directamente, ¿o no, Buddenbrook? ¡Dios nos libre, no! ¿Qué pintamos nosotros en la Unión Aduanera? Vamos, digo yo... ¿Es que no nos va bien así?

—A ti con tu vino tinto, sin duda sí. Y quizá también con los productos rusos, sobre eso no digo nada. ¡Pero es que no se importa nada más! Y en lo que respecta a la exportación..., bueno, sí, enviamos unos pocos cereales a Holanda e Inglaterra, claro... ¡Pero no! Por desgracia, no todo va bien. Dios sabe que aquí, en tiempos, se hacían otros negocios... En cambio, con la Unión Aduanera se nos abrirían las zonas de Mecklemburgo y Schleswig-Holstein... Y ni que decir tiene lo que eso supondría para la empresa privada...

—Hágame el favor, Buddenbrook —intervino Grätjens, inclinándose largo rato sobre el billar y moviendo el taco entre sus huesudos dedos de un lado a otro para afinar el golpe—. Eso de la Unión Aduanera... no lo entiendo. Con lo sencillo y práctico que es nuestro sistema. ¿O no? Una declaración de aduanas basada en un juramento cívico...

—Una institución tan bella como antigua —tuvo que reconocer el cónsul.

—¡Desde luego, señor cónsul!, mire que decir que es «bella»... —el senador Langhals estaba casi indignado—. Yo no soy comerciante, pero si he de serle sincero... En fin... mire: no. Lo del juramento cívico es una tontería: a lo largo de los años, eso sí he de decirlo, se ha convertido en una mera formalidad que se cumple con bastante ligereza... y el Estado da el visto bueno. Se cuentan cosas que, desde luego, van demasiado lejos, Ahora bien, yo estoy convencido de que, por parte del Senado, el ingreso en la Unión Aduanera...

—¡Pues tenemos un conflicto! —El señor Köppen, iracundo, dejó caer el taco al suelo. Había dicho «gonfligto» y ahora ponía especial esmero en

seguir articulando una consonante sonora—. ¡Un *gonfligto*! Y mire que yo entiendo de estas cosas. Ay, no, con mi más sincero *repeto*, señor senador, no sabe *usté'* lo que acaba de decir. ¡Válgame Dios! —y siguió hablando acaloradamente de comisiones y resoluciones y del bien público y del juramento cívico y de los estados independientes...

¡Gracias a los cielos que apareció Jean Jacques Hoffstede! Entró del brazo del reverendo Wunderlich, dos alegres y desenfadados caballeros de los viejos tiempos, mucho más libres de preocupaciones.

—Bueno, queridos amigos —comenzó a decir—, tengo una cosa para ustedes; una anécdota, una cosa graciosa, una coplilla traducida del francés... Presten atención —se acomodó en una silla, frente a los jugadores de billar, que se apoyaban en sus respectivos tacos junto a las mesas, sacó una hojita del bolsillo, se llevó el largo dedo índice, en el que lucía un hermoso sello, a la punta de la puntiaguda nariz y leyó lo siguiente en un tono divertido, con el típico soniquete de los niños cuando les mandan recitar —:

*El mariscal de Sajonia sacó un día de paseo
a Madame de Pompadour en su carruaje más nuevo.
Vio Frelón a la pareja y exclamó con alborozo:
«¡Mirad: la espada del rey! ¡Y viene con vaina y todo!»*

El señor Köppen quedó desconcertado unos instantes, luego se olvidó del *gonfligto* y el bien público y se sumó a la carcajada general que resonaba en la sala. El reverendo Wunderlich se había dirigido hacia una ventana y, a juzgar por el movimiento de sus hombros, se reía para sus adentros con una risita ahogada.

El grupo permaneció un buen rato más allí, en la sala de billar de la parte trasera de la casa, ya que Hoffstede había traído consigo una buena provisión de chanzas de aquel tipo. El señor Köppen terminó desabrochándose todos los botones del chaleco y estaba de un humor excelente, pues allí se encontraba mucho más a gusto que en la mesa del comedor. Decía toda suerte de cómicas expresiones dialectales y, de vez en cuando, se alborozaba él también recitando para sí: «El mariscal de Sajonia...».

La coplilla sonaba realmente peculiar en su áspera voz de bajo.

CAPÍTULO IX

Era bastante tarde, hacia las once, cuando el grupo de invitados, que habían vuelto a reunirse en el salón de los paisajes, empezaron a despedirse, prácticamente todos al mismo tiempo. La consulesa, en cuanto su mano hubo sido besada por la totalidad de los presentes, subió presurosa a sus habitaciones para ver cómo se encontraba el pequeño Christian, delegando en Mamsell Jungmann la tarea de supervisar la recogida de la vajilla por parte de las sirvientas; Madame Antoinette se retiró a la entreplanta. El cónsul, en cambio, acompañó a los invitados escaleras abajo y a través del portal hasta la calle.

Un fuerte viento hacía caer la lluvia de lado, y los Kröger padres, envueltos en gruesos abrigos de piel, se apresuraron a entrar en el majestuoso carruaje, que llevaba largo rato esperándolos. Los faroles de aceite que, en la fachada de la casa, ardían colgados de sus postes y, en el resto de la calle, pendían de gruesas cadenas tendidas de lado a lado de la calzada, difundían una luz amarillenta y trémula. Aquí y allá, los antecuerpos de las casas se metían en la calle que, en pronunciada pendiente, conducía hasta el Trave; algunas de estas construcciones tenían incluso bancos o escaleras salientes. Entre los adoquines en mal estado crecía la hierba, ahora húmeda. La Marienkirche, justo enfrente, estaba sumida en sombras, oscuridad y lluvia.

—*Merci* —dijo Leberecht Kröger y estrechó la mano del cónsul, que permanecía de pie junto al coche—. *Merci*, Jean, ha sido una velada encantadora.

Acto seguido, se escuchó el latigazo del cochero y el carruaje salió traqueteando. También el reverendo Wunderlich y Grätjens, el corredor de fincas, emprendieron su camino tras expresar su agradecimiento al anfitrión. El señor Köppen, con una esclavina de cinco capas, una chistera gris de ala muy ancha y su corpulenta esposa del brazo, dijo con la más respetable voz de bajo que acertó a poner:

—Adiós, muy buenas noches, Buddenbrook. Anda, entra, no te vayas a resfriar. Muchas gracias, ¿eh? He cenado como no cenaba en mucho tiempo... Y dices que te interesa mi tinto a cuatro marcos, ¿verdad? Muy buenas noches otra vez...

La pareja tomó la cuesta abajo hacia el río, junto con el cónsul Kröger y su familia, mientras que el senador Langhals, el doctor Grabow y Jean Jacques Hoffstede marchaban en la dirección opuesta.

El cónsul Buddenbrook, con las manos embutidas en los bolsillos de su pantalón claro y algo estremecido por el frío bajo su levita de paño, permaneció a escasos metros de la puerta de su casa y escuchó cómo el eco de los pasos se perdía en las calles desiertas y mojadas bajo aquella luz mortecina. Luego se dio la vuelta y levantó la vista hacia el frontispicio de la fachada gris. Sus ojos se detuvieron en la frase grabada en caracteres antiguos sobre la puerta de entrada: DOMINUS PROVIDEBIT⁹. Inclinando un poco la cabeza, entró y cerró con cuidado la puerta, que chirriaba pesadamente. Luego dejó que la cancela se cerrase por sí sola y cruzó el portal con paso despacioso. La cocinera bajaba las escaleras envuelta en el tintineo de las múltiples copas que llevaba en una bandeja. Le preguntó:

—¿Dónde está el señor, Trina?

—En el comedor, señor cónsul —su rostro se tornó tan colorado como sus brazos, pues procedía del campo y se turbaba con facilidad.

El cónsul subió y, mientras aún estaba en la oscura sala de columnas, se llevó la mano hacia el bolsillo superior de la levita, y se oyó el suave crujido de un papel. Entonces entró en el comedor, en uno de cuyos rincones todavía ardían los cabos de las velas de uno de los candelabros que iluminaban la mesa, ya despejada. Aún persistía en el aire el suave olor ácido de la salsa de chalotas.

Al fondo, donde estaban las ventanas, Johann Buddenbrook se paseaba relajadamente con las manos a la espalda.

⁹ “El Señor proveerá”. (*N de la T*).

CAPÍTULO X

Johann, hijo mío, ¿adónde vas? —le dijo en dialecto. Se detuvo y tendió la mano a su hijo, la mano típica de los Buddenbrook: una mano blanca, tal vez demasiado corta, pero finamente torneada. Su figura robusta se dibujaba sobre el rojo oscuro de los cortinajes y, con aquella iluminación mortecina y temblorosa, sólo el blanco de la peluca empolvada y la chorrera de puntillas irradiaba cierta claridad—. ¿Aún no tienes sueño? Yo aquí estoy, paseándome y escuchando el viento... ¡Qué horror de tiempo! Y el capitán Kloht está en camino desde Riga...

—Ay, padre, todo saldrá bien, con la ayuda de Dios.

—¿Se puede contar con eso? Claro, admitiendo que te tratas de tú a tú con Dios nuestro Señor...

El cónsul se sintió mejor a la vista del buen humor de su padre.

—En fin, yendo al grano —comenzó—, no sólo quería comunicarle buenas noticias, papá, sino que... Pero no se enfade, ¿de acuerdo? No he querido molestarle con esta carta... que ha llegado hoy al mediodía... hasta este momento. Era una velada tan alegre...

—Monsieur Gotthold, *voilà*. —El viejo Buddenbrook se mostró totalmente tranquilo al ver el papel azulado y lacrado, que recogió de manos de su hijo —.

« Al señor Johann Buddenbrook senior, en persona...» . ¡Un hombre *de conduite*¹⁰, tu señor hermanastro, Jean! ¿Llegué a contestar a su segunda carta, la que llegó hace poco? Ahora va él y escribe una tercera...

En tanto su rostro sonrosado se ensombrecía más y más, rompió el lacre con un dedo, se apresuró a desplegar el fino papel, se volvió de medio lado para que las velas del candelabro iluminasen las letras y le dio un golpe energético con el revés de la mano. Hasta la propia caligrafía parecía revelar una rebeldía recalcitrante, pues si los Buddenbrook solían escribir con una letra diminuta, ágil y ligeramente inclinada, como si se deslizase suavemente sobre el papel, estos caracteres eran altos y rectos y hacían patente la presión con que estaban trazados; muchas palabras estaban subrayadas con un trazo de pluma muy rápido, casi en forma de curva.

El cónsul se había retirado hacia un lado, casi hasta la pared en la que se alineaban las sillas; pero no se había sentado puesto que su padre permanecía de pie, y, con gesto nervioso, se agarraba a uno de aquellos altos respaldos mientras observaba al anciano, quien, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido, moviendo los labios con rapidez, leía:

Padre mío,

Espero, y parece ser que en vano, que su sentido de la justicia sea lo bastante grande como para poder estimar la *indignación* que sentí al quedar sin contestar la segunda y en verdad *urgente* de mis cartas en relación con el asunto que bien conocemos, después de que sólo la primera recibiera respuesta (iy más vale no mencionar en qué términos!). No puedo sino manifestarle que la manera en que su obstinación ahonda cada vez más el abismo —cuán lamentablemente— abierto entre nosotros es un *pecado* por el cual habrá usted de rendir *las más duras* cuentas ante el juicio de Dios. Ya es hartamente triste que, en su día, cuando, nuevamente en contra de la voluntad de

¹⁰

De buenas maneras. (*N de la T*).

usted, siguiendo la llamada de mi corazón, tomé por esposa a la que ahora lo es y le ofendí en su *desmesurado* orgullo al hacerme cargo de una tienda, usted se mostrase tan sumamente cruel y se apartase del todo de mí; ya sólo el modo en que me trata usted ahora clama al cielo, mas si por ventura hubiera de creer que tengo intención de darme por contento y no reaccionar a su silencio, se equivoca usted *por completo*. El precio de compraventa de su recién adquirida casa en la Mengstrasse ha sido de cien mil marcos, y he sabido, asimismo, que el hijo de sus segundas nupcias, Johann, que además es socio de la empresa, también reside en ella en calidad de realquilado y que está previsto que, a la muerte de usted, se convierta en el único dueño de la casa, así como de la empresa. Con mi hermanastra de Hamburgo y su esposo ha llegado usted a una serie de acuerdos en los que no deseo inmiscuirme. En lo que atañe, sin embargo, a mi persona, al que es su primogénito, a la vista está que su cólera *ciertamente muy poco cristiana* se resiste a que yo perciba algún tipo de indemnización por la parte de dicha casa que me corresponde. Dejé pasar en silencio el que usted zanjase el asunto de mi matrimonio y el establecimiento de mi negocio con una suma de cien mil marcos y que, en su testamento, no me legase más que la cantidad de otros cien mil. Por aquel entonces, yo ni siquiera contaba con suficientes conocimientos sobre sus posibilidades económicas. Ahora, no obstante, veo las cosas con mayor claridad y, puesto que, en principio, no tengo motivos para considerarme desheredado, exijo que, en este particular, se me abone la suma de 33.335 marcos, es decir, un tercio del mencionado precio de compra, a modo de compensación. No quiero hacer conjeturas acerca de *las más que condenables* influencias a las que se debe el trato que, hasta el momento, me he visto obligado a tolerar; ahora bien, protesto contra semejante trato con el pleno derecho de *todocristiano* y *todo hombre de negocios* y le aseguro por última vez que, en el caso de que no terminara usted de decidirse a respetar mis justas exigencias, no podré seguir profesándole respeto alguno, ni como cristiano ni como padre ni como *hombre de negocios*.

GOTTHOLD BUNDENBROOK

—Discúlpame si no tengo el placer de recitarte toda esta letanía otra vez. *Voilà!* —y con un gesto lleno de rabia, Johann Buddenbrook casi le lanzó la carta a su hijo.

El cónsul atrapó el papel cuando flotaba en el aire casi a la altura de sus rodillas y, con ojos tristes y consternados, siguió los movimientos de su padre. El viejo agarró el gran apagavelas que estaba apoyado en la pared junto a la ventana y, con él en ristre, furioso, atravesó el comedor entero a lo largo de la mesa hasta el rincón opuesto, donde estaba el candelabro de pie.

—*Assez! N'en parlons plus! Punctum!* ¡A la cama! *En avant!*¹¹

Bajo el capuchón de metal, sujeto al extremo del apagavelas, las llamitas se extinguieron una tras otra sin resurrección posible. Sólo quedaban dos encendidas cuando el viejo se volvió de nuevo hacia su hijo, apenas distinguible ya al fondo del comedor.

—¿Y bien? ¿A ti qué te parece? ¿Tú qué dices? ¡Algo tendrás que decir!

—¿Qué podría decir yo, padre? No sé qué hacer.

—¡Eso te pasa a ti mucho, lo de no saber qué hacer! —le espetó Johann Buddenbrook en tono malicioso, a pesar de que él mismo sabía bien que tal

¹¹ “¡Ya basta! ¡No se hable más del asunto! [...] ¡Vamos!” (*N de la T*).

comentario no era demasiado cierto, y que, en más de una ocasión, su hijo y socio le había aventajado a la hora de tomar una iniciativa con decisión.

—«Malas y más que condenables influencias...» —prosiguió el cónsul—. ¡Ésa es la primera línea que descifro! ¿Se imagina usted cómo me atormentan esas palabras, padre? ¡Y aun nos tacha de ser malos cristianos!

—¿No irás a dejarte intimidar por estos miserables garabatos? ¡Estamos buenos! Johann Buddenbrook se le acercó furibundo, arrastrando tras de sí el apagavelas—. ¡Que somos muy poco cristianos! ¡Ja! ¡Qué buen gusto: esas ansias de dinero en nombre de Dios! Hay que reconocerlo. ¡Pero, bueno, vaya panda estáis hechos la gente joven! ¡Tenéis la cabeza llena de bobadas cristianas y de fantasías... y de... idealismo! Y luego resulta que nosotros, los mayores, somos unos blasfemos sin corazón... y luego venís con la Monarquía de julio y los ideales prácticos... ¡y con que más vale enviarle a casa al querido padre las más groseras estupideces que renunciar a unos pocos miles de táleros!...Y dice que, como hombre de negocios, va a dejar de profesarme respeto... ¡Estamos buenos! Yo sí que sé, como hombre de negocios, lo que son los *faux frais*... *Faux frais!*¹² —repitió pronunciando una furiosa erre a la parisina—. No conseguiré que ese cretino exaltado que tengo por hijo atienda a razones si agacho la cabeza y cedo...

—¡Querido padre! ¿Y qué voy a contestar yo? ¡No quiero que se salga con la suya cuando hable de «influencias»! Afecta a mis intereses en cuanto socio de la empresa, y por eso mismo no puedo aconsejarle que se mantenga usted firme en su postura, lo que no quita... Y yo soy tan buen cristiano como Gotthold, lo que no quita...

—¡Claro que no quita nada! A fe mía que tienes razón cuando dices que lo uno no quita lo otro, Jean. Vamos a ver, ¿cómo está la situación? En su día, cuando Gotthold andaba loco de amor por su Mamsell Stüwing, cuando me hacía una escena tras otra y, al final, a pesar de mi estricta prohibición, decidió contraer tan desafortunado matrimonio, le escribí lo siguiente: «Mon très cher fils, te casas con tu tienda. Punctum. No te desheredo, no hago de ello ningún spectacle, pero esto pone fin a nuestra amistad. Aquí te entrego cien mil marcos a modo de dote, y te legaré otros cien mil en mi testamento, pero con eso basta, con eso queda saldada tu cuenta, ni un chelín más».Y a eso no respondió. ¿Qué viene a pedir ahora que hemos prosperado en los negocios? ¿Qué le importa si tú y tu hermana recibís una sustanciosa parte más? Si con la herencia que os corresponde se compró una casa...

—¡Si acertase usted a comprender, padre, el dilema en que me encuentro! En aras de la armonía familiar debo aconsejarle que... pero... —suspiró el cónsul en voz baja, apoyado en su silla.

Johann Buddenbrook padre, descansando el peso en el apagavelas, lanzó una mirada escrutadora a través de la trémula penumbra para poder ver la expresión del rostro de su hijo. La penúltima vela se había consumido y apagado sola; ya sólo ardía una, al fondo del todo. De cuando en cuando, una figura alta y blanca parecía emerger sonriendo del tapizado de la pared... para luego desaparecer de nuevo.

—Padre, esta relación con Gotthold me llena de aflicción —dijo el cónsul con voz queda.

—¡Tonterías, Jean, déjate de sentimentalismos! ¿Qué es lo que te llena de aflicción?

—Ay, padre... Hoy hemos estado aquí todos juntos tan contentos, hemos celebrado un feliz día, nos hemos sentido orgullosos y dichosos en la

12

Gastos adicionales. (*N de la T*).

conciencia de haber llevado a cabo algo, de haber conseguido algo..., de haber conseguido que nuestra empresa, que nuestra familia ascendiese hasta donde despierta el más alto grado de reconocimiento y respeto... Pero, padre, esta enemistad tan mala con mi hermano, con su primogénito... Ninguna grieta interna debería extenderse por el edificio que con la misericordiosa ayuda de Dios hemos construido... Una familia debe estar unida, debe mantenerse unida, padre. Si no, el mal llamará a su puerta...

—¡Bobadas, Jean! ¡Pamplinas! Qué muchacho más obstinado...

Se hizo un silencio; la última vela ardía cada vez más baja, y más baja...

—¿Qué haces, Jean? —preguntó Johann Buddenbrook—. Ya no te veo.

—Estoy echando cuentas —dijo el cónsul seco. La vela recuperó fuerzas y se vio lo erguido que estaba ahora y cómo sus ojos, más fríos y atentos de lo que habían estado en toda la tarde, se clavaban en la llama danzarina—. Por un lado: si le entrega 33.335 a Gotthold y 15.000 a los de Frankfurt, suman 48.335 en total. Por otro lado: si sólo les da 25.000 a los de Frankfurt, eso supone una ganancia de 23.335 para la empresa. Pero eso no es todo. Poniendo por caso que le entregara una suma compensatoria a Gotthold por su parte de la casa, rompería con su palabra de otro tiempo, no podría considerarse definitivamente zanjada la cuenta con él y, por lo tanto, a la muerte de usted, él podría reclamar una herencia de las mismas proporciones que la de mi hermana o la mía, lo cual supondría a la empresa una pérdida de cientos de miles de marcos con la que no puede contar, con la que yo, como su futuro dueño único, no puedo contar... ¡No, papá! —decidió, haciendo un enérgico gesto con la mano, y se irguió más todavía—. ¡Debo aconsejarle que no ceda!

—Pues, ¡tan contentos! *Punctum! N'en parlons plus! En avant!* ¡A la cama!

La última llamita murió bajo el capuchón de metal. En la más profunda oscuridad, padre e hijo atravesaron la sala de columnas y, en el rellano de la entreplanta al segundo piso, se dieron un apretón de manos.

—Buenas noches, Jean. *Courage, ¿eh?* En fin, son las contrariedades de la vida... Hasta mañana en el desayuno.

El cónsul subió las escaleras hasta su vivienda y el viejo Buddenbrook bajó hasta la entreplanta a tientas, guiándose por la barandilla. Entonces, la antigua casona quedó toda envuelta en la oscuridad y el silencio. El orgullo, las esperanzas y los temores cayeron dormidos mientras que, fuera de sus muros, en las silenciosas calles, caía una lluvia fina y el viento del otoño azotaba los remates y aristas de las casas.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Dos años y medio más tarde, hacia mediados de abril, la primavera se había adelantado más que nunca, y ello coincidía con otro evento que hacía canturrear de alegría a Johann Buddenbrook y conmovía de gozo a su hijo.

Un domingo, a las nueve de la mañana, el cónsul se encontraba en la sala del desayuno, sentado ante el gran secreter de color marrón que había junto a la ventana y cuya tapa curvada había descorrido y sujetado por medio de un curioso mecanismo. Tenía delante una gruesa carpeta de cuero, llena de papeles; sin embargo, había sacado un cuaderno con cubierta estampada y canto dorado e, inclinado sobre él muy diligente, escribía con su caligrafía diminuta, de trazo muy fino y ligero, como si se deslizase ágilmente sobre el

papel; con verdadera fruición, sin pausa..., excepto para mojar la pluma de ganso en el pesado tintero metálico.

Las dos ventanas estaban abiertas y, desde el jardín, donde un agradable solecillo alumbraba los primeros capullos y las agudísimas voces de algunos pájaros dialogaban despreocupadamente entre sí, le llegaba el aire de la primavera, que, de vez en cuando, muy suave y sin ruido, hacía flotar un poco las cortinas. Al otro lado del cuarto, sobre la mesa del desayuno, el sol resplandecía en el blanco mantel de lino, salpicado aquí y allá de migas de pan, y sus rayos juguetones y saltarines se reflejaban sobre el canto dorado de las tazas en forma de pequeños morteros.

Las dos hojas de la puerta que daba al dormitorio estaban abiertas, y desde allí se oía la voz de Johann Buddenbrook padre, que canturreaba para sí una vieja coplilla:

*Un hombre valiente y cabal,
un hombre como Dios manda,
alimenta y mece a su niño
y tiene olor a naranja...*

Estaba sentado junto a una cunita con cortinillas de seda verde (dispuesta, a su vez, junto a la alta cama con dosel de la consulesa), y con una mano la mecía con ritmo acompasado. La consulesa y su esposo se habían instalado por un tiempo en la entreplanta, dado que al servicio le resultaba mucho más fácil atenderlos allí, y su padre y Madame Antoinette, que llevaba un delantal sobre el vestido a rayas y una cofia de puntillas sobre los gruesos tirabuzones blancos y en ese momento estaba trajinando en la mesa del fondo con paños y pañitos de franela y de lino, habían ocupado como dormitorio la tercera habitación de esa zona.

El cónsul Buddenbrook apenas alcanzaba a dedicar alguna mirada a la habitación contigua de tan enfrascado como estaba en su tarea. Su rostro mostraba una expresión seria y, de pura devoción, casi sufriente. Tenía la boca entreabierta y la barbilla le colgaba un poco; de cuando en cuando, se le nublaban los ojos. Escribía:

Hoy, 14 de abril de 1838, a las seis de la mañana, mi amada esposa Elisabeth, de soltera Kröger, muy felizmente y con la misericordiosa ayuda de Dios, ha dado a luz a una niñita, que en sagrado bautismo recibirá el nombre de Clara. Sí, en verdad ha sido misericordiosa la ayuda de Dios, pues, según ha afirmado el doctor Grabow, el parto se ha adelantado un poco y, además, no todo se ha presentado de la mejor manera y Bethsy ha debido padecer grandes dolores: ¡Ay, dónde encontrar un Dios como Tú, oh, Señor Sabaoth, que prestas tu ayuda en toda necesidad y todo peligro y nos enseñas a reconocer correctamente tu voluntad para que sepamos cómo profesarte temor y cumplir fielmente tu voluntad y tus designios! ¡Oh, Señor, condúcenos y guíanos a todos mientras dure nuestra vida en este mundo!...

La pluma seguía deslizándose por el papel a toda prisa, con gran decisión y destreza, trazando aquí o allá algún arabesco típico de la letra de los comerciantes, y seguía hablando con Dios línea tras línea. Dos páginas más adelante se leía:

He hecho a mi hija menor una póliza de ciento cincuenta táleros. Guíala Tú, ¡oh, Señor!, por tus caminos, y regálale un corazón puro para que, en su día, tenga entrada en las moradas de la paz eterna. Pues sabemos bien cuán difícil resulta creer con toda nuestra alma que el dulce y buen Jesús siempre está con nosotros, puesto que nuestro pequeño y débil corazón terrenal...

Tres páginas más allá el cónsul llegaba a un «Amén», pero la pluma siguió deslizándose con un suave crujido por algunas hojas más, y dedicó palabras a las «tranquilas fuentes en que se conforta el caminante cansado», a las sacrosantas llagas sangrantes del Salvador, a «los caminos angostos y los caminos vastos» y a la suma grandeza de Dios. No se puede negar que el cónsul, tras esta o aquella frase, sentía la necesidad de parar, de soltar la pluma, pasar a ver a su esposa o marcharse a la oficina. Mas ¡cómo iba a hacer eso! ¿Tan pronto iba a cansarse de parlamentar con el Creador y eterno sostén de su alma? ¡Qué forma sería ésa de robarle el tiempo a Él, el Señor, si dejase de escribir ya!... No, no, y casi a modo de castigo por esas apetencias tan poco piadosas, decidió citar fragmentos todavía más largos de las Sagradas Escrituras, rezó por sus padres, por su esposa, por sus hijos y por sí mismo, rezó incluso por su hermano Gotthold... y, por fin, después de un último versículo de la Biblia y un último y triple «Amén», espolvoreó el papel con arenilla secante y se reclinó en el asiento a tomar aire.

Con las piernas cruzadas, se puso a hojear el cuaderno para leer algunos de los fragmentos escritos de su puño y letra en ocasiones anteriores y así, de nuevo muy agradecido, constatar mediante aquellos datos y consideraciones cómo era patente que la mano de Dios le había bendecido siempre y ante cualquier peligro. Había tenido viruela, y además tan fuerte que todo el mundo le había pronosticado la muerte, pero se había salvado. Una vez, siendo todavía niño, había asistido a los preparativos de una boda para la que se estaban elaborando grandes cantidades de cerveza (pues se conservaba la antigua costumbre de fabricar la cerveza en la casa), y con ese fin tenían un enorme barril delante de la puerta. Pues bien, el barril se había volcado y había ido a dar contra la cabeza del niño, con un golpetazo y una fuerza tales que los vecinos habían salido a la puerta, y había hecho falta la intervención de seis de ellos para ponerlo de pie otra vez. El pobre niño tenía la cabeza aplastada y la sangre corría profusamente por todo su cuerpo. Lo metieron en un almacén y, como aún quedaba un soplo de vida en él, mandaron a buscar al doctor y al cirujano. Al padre le dijeron que aceptase la voluntad de Dios, que era imposible que el niño se salvara... Pero he aquí que Dios Todopoderoso bendijo los remedios y logró que volviese a sanar por completo.

Al revivir en su interior aquel terrible incidente, el cónsul tomó de nuevo la pluma y, tras el último «Amén», aún añadió: «¡Oh, sí, Señor, te alabamos eternamente!».

En otra ocasión, también de muy joven, en un viaje a Bergen, Dios le había salvado de morir tragado por las aguas. «Una vez —rezaba el cuaderno—, en que habían venido los marineros del norte en época de tormentas y nosotros teníamos grandes dificultades para abrirnos paso entre sus yates y llegar al nuestro en una gabarra, sucedió que me quedé en el borde de ésta, con los pies apoyados sobre los toletes y la espalda contra el casco del yate; para mi desgracia, los toletes de madera donde tenía los pies se rompen y me caigo al agua. Salgo a la superficie por primera vez, pero no hay nadie lo bastante cerca como para agarrarme y sacarme; salgo a la superficie por segunda vez, pero lo único que veo por encima de mi cabeza es la gabarra. No faltaban allí hombres dispuestos a salvarme, pero antes tenían que cambiar la posición para que no se me echasen encima ni el yate ni la gabarra, y todos sus esfuerzos habrían sido vanos si, justo en ese momento, no se hubiera soltado solo un cabo de uno de los yates de los marineros del norte, haciendo que se apartase de tal suerte que, como por designio divino, quedase cierto espacio abierto para mí; y aunque la tercera vez asomé tan

poco la cabeza que sólo se me veían los pelos, como todas las cabezas estaban asomadas a lo largo de la gabarra pendientes del agua, uno que estaba muy adelantado, con el cuerpo casi fuera, me agarró precisamente por los pelos y yo le agarré a él de un brazo. Mas, como él también se vio a punto de sucumbir, empezó a gritar y a berrear tan alto que los demás le oyeron y corrieron a sujetarlo por las caderas con la fuerza suficiente para que aguantase. Yo, a mi vez, me aferraba a él con todas mis energías, aunque él me mordía el brazo; y así fue cómo, después de todo, también consiguieron salvarme a mí ...» Y, a continuación, venía una larga oración de agradecimiento, que el cónsul relejó fugazmente con los ojos húmedos.

«Podría añadir muchas cosas más —decía en otra página— si tuviera la intención de revelar mis pasiones; no obstante...» En fin, esta parte prefirió saltársela el cónsul, y fue en busca de algunas líneas sueltas sobre su boda y sobre la primera vez que había sido padre. Si tenía que ser sincero, esta unión no había sido precisamente lo que se llama un matrimonio por amor. Su padre le había dado unas palmaditas en el hombro y había llamado su atención sobre la hija del acaudalado Kröger, que aportaría a la empresa una dote muy considerable; él se había mostrado de acuerdo sin pensárselo dos veces y, a partir de entonces, había honrado a su esposa como a la compañera que Dios le había dado en la vida...

Después de todo, el segundo matrimonio de su padre no había sido muy distinto.

«Un hombre valiente y cabal, un hombre como Dios manda...» tarareaba éste en voz baja en el dormitorio. Era una lástima lo poco dado que era a esos asuntos de las anotaciones y los viejos papeles. Tenía ambos pies en el presente y no se interesaba demasiado por el pasado de la familia, si bien en su momento también él había añadido algún que otro párrafo en el grueso cuaderno de canto dorado, para ser más exactos, sobre todo alguna línea en relación con su primer matrimonio.

El cónsul examinó esas páginas, que eran de un papel más fuerte y áspero que los pliegos añadidos por él mismo, y ya comenzaban a amarillear... En efecto, Johann Buddenbrook debía de haber amado de una forma conmovedora a aquella primera esposa, hija de un comerciante de Bremen, y aquel único y breve año que había podido vivir junto a ella parecía haber sido el más hermoso de su vida. «*L'anée la plus heureuse de ma vie*», decía en el cuaderno, subrayado con una línea ondulada, con el peligro de que lo leyera Madame Antoinette.

Pero entonces había nacido Gotthold y con el niño se había consumido la vida de Josephine. Singulares comentarios, los que recogía al respecto el áspero papel. Parecía que Johann Buddenbrook hubiera odiado a aquel nuevo ser, de todo corazón y con toda su amargura, desde el mismo instante en que sus primeros y osados movimientos comenzaron a ocasionar espantosos dolores a la madre, y al fin había nacido, sano y lleno de vida, mientras Josephine exhalaba su último suspiro, exangüe entre las almohadas revueltas; y parecía que jamás hubiera perdonado a aquel intruso sin escrúpulos que luego había ido creciendo, robusto y despreocupado, haber nacido asesinando a su madre. El cónsul no lo comprendía. Ella había muerto, pensaba, cumpliendo con el más alto deber de la mujer, y él, en el lugar de su padre, con toda ternura habría transferido el amor que sentía por su esposa a aquella criatura a la que ella había regalado la vida y que dejaba en sus manos al despedirse... Su padre, sin embargo, nunca había visto a su primogénito sino como al infame destructor de su felicidad. Luego, más adelante, se había casado con Antoinette Duchamps, hija de una acomodada

y sumamente respetada familia de Hamburgo, y habían vivido el uno junto al otro en el respeto y la armonía.

El cónsul hojeó el cuaderno al azar. Casi al final, leyó las pequeñas historias de sus propios hijos: de cuando Tom había tenido el sarampión y Tony la ictericia, y de cuando Christian había superado la varicela; leyó el relato de los diversos viajes, a París, a Suiza y a Marienbad, que había realizado con su esposa, y luego se remontó hasta las páginas apergaminadas, rasgadas y con manchas amarillentas escritas por el anciano Johan Buddenbrook, el padre de su padre, con una caligrafía de amplísimas volutas y una tinta gris, ya toda descolorida. Estas anotaciones daban comienzo con una amplia genealogía que seguía la línea principal de la familia: atestiguaban cómo, a finales del siglo XVI, un Buddenbrook, el más antiguo del que se tenía noticia, había vivido en Parchim y cómo su hijo había llegado a ser concejal en Grabau; cómo otro Buddenbrook más cercano en el tiempo, sastre de profesión, había gozado «de una muy buena posición» (y esto estaba subrayado) y había tenido una imponente cantidad de hijos, entre los vivos y los muertos; cómo un tercer Buddenbrook, que ya se había llamado Johann, había permanecido en Rostock dedicándose al comercio, y cómo, por último, al cabo de no pocos años, el abuelo del cónsul se había establecido en la ciudad y había fundado la empresa de exportación de cereales. De este antepasado ya se conocían todos los datos: se sabía cuándo había pasado la fiebre miliar y cuándo la viruela; se sabía que se había caído encima del horno para secar el cereal desde el tercer piso de un almacén y que había salido con vida pese a las numerosas vigas que había en el camino; y se sabía cuándo había enfermado de otras fiebres tan terribles que había llegado a delirar... Todo había sido fielmente consignado en el cuaderno. Y también había añadido algunas notas con buenos consejos para sus sucesores, de entre los cuales destacaba una máxima escrita en esbeltos caracteres góticos y con un marco dibujado alrededor: «Hijo mío, atiende con placer tus negocios durante el día, pero emprende sólo los que te permitan dormir tranquilo durante la noche». Y luego, con un lenguaje harto enrevesado, mencionaba que la Biblia antigua, impresa en Wittenberg, era de su propiedad y que deseaba que la heredase su primogénito y, más tarde, el primogénito de su primogénito...

El cónsul Buddenbrook se acercó la carpeta de cuero para sacar y releer algunos de los papeles que le quedaban. Había cartas muy, muy antiguas, amarillas, ajadas, que las madres amantísimas habían enviado a sus hijos mientras se encontraban trabajando lejos del hogar y en las que los destinatarios habían añadido el comentario: «Felizmente recibida. He tomado buena nota de su contenido». Había cartas oficiales con el escudo y el sello de la ciudad (Ciudad Libre y Hanseática), pólizas, poemas de felicitación y cartas de padrinos a sus ahijados. Ahí estaban también algunas cartas comerciales conmovedoras, en las que, por ejemplo, un hijo escribía a su padre y socio desde Estocolmo o Ámsterdam y añadía, a las tranquilizadoras palabras acerca de la seguridad con que se había cerrado el correspondiente trato referente al trigo, el ruego encarecido de que al mismo tiempo transmitiese sus saludos a su esposa y sus hijos... La carpeta contenía también un diario muy especial que el cónsul había escrito durante su viaje por Inglaterra y Brabante, un cuaderno en cuya cubierta se veía el castillo de Edimburgo con el gran mercado a sus pies. Como documentos tristes, ahí estaban las odiosas cartas de Gotthold a su padre y, finalmente, como despedida feliz, el último poema laudatorio de Jean Jacques Hoffstede.

Se oyó el suave tintineo de una campanilla. La torre de la iglesia representada en la pintura de colores apagados que tenían colgada encima del secreter (la plaza de un mercado de un tiempo anterior) tenía en su interior un reloj de verdad, y ahora, a su manera, daba las diez. El cónsul cerró la carpeta familiar y la guardó con cuidado en un compartimento trasero del secreter. Luego se dirigió hacia el dormitorio.

Las paredes estaban tapizadas con una tela oscura de grandes flores, la misma con que estaban hechos los cortinajes de la cama de la parturienta. Una sensación de paz y reposo, la que suele experimentarse tras haber superado dolores y miedos, se respiraba en el aire, un aire que, suavemente caldeado por la estufa, estaba impregnado por una mezcla de olores a agua de colonia y medicamentos. Las cortinas corridas sólo dejaban que entrase una luz muy velada.

De pie, inclinados sobre la cuna, estaban los abuelos, el uno junto al otro, contemplando a la niña dormida. La consulesa, en cambio, con una elegante mañanita de encaje y el cabello rojizo perfectamente arreglado, todavía un poco pálida pero con una sonrisa de felicidad, tendió a su esposo su bonita mano, haciendo tintinear suavemente (también ahora) una pulsera de oro. Como tenía por costumbre hacer, abrió la palma de la mano todo lo posible, lo que parecía conferir aún mayor cordialidad al gesto.

—Y bien, Bethsy, ¿cómo estás?

—De maravilla, de maravilla, mi querido Jean.

Con la mano de su esposa en la suya, el cónsul, situado frente a sus padres, acercó su cara a la de la niña, quien justo en ese momento tomaba aire rápida y ruidosamente, y, durante un minuto, respiró el aliento calentito, benéfico y conmovedor que emanaba.

—Dios te bendiga —le dijo en voz baja, besando la frente de la criaturita, cuyos deditos amarillos y arrugados guardaban un cierto parecido con las patas de una gallina.

—Ha tomado la leche estupendamente —comentó Madame Antoinette—. Fíjate, lo hermosa que está...

—¿Queréis creer que le veo parecido con Nette? —La cara de Johann Buddenbrook hoy casi resplandecía de felicidad y orgullo—. Tiene los ojos negros como el azabache... ¡Qué demonios!

La abuela lo negó discretamente:

—¿Quién puede hablar de parecidos a estas alturas? ¿No querías ir a la iglesia, Jean?

—Sí, son las diez... Es hora de marchar, estoy esperando a los niños.

Y ya se oía venir a los niños. Bajaban por la escalera armando un alboroto impropio, y al mismo tiempo se oía el siseo de Tilda intentando calmarlos; luego, sin embargo, entraron en la habitación (con sus abriguitos de piel, pues, naturalmente, en la Marienkirche todavía hacía un frío invernal) con absoluto sigilo; en primer lugar, para ver a la hermanita recién nacida y, en segundo, porque tenían que reunirse todos antes de ir al servicio religioso. Sus caras estaban rojas y excitadas. ¡Qué día de celebración! La cigüeña (una cigüeña con muy buenos músculos, sin lugar a dudas) había traído toda suerte de regalos magníficos además de la hermanita: una nueva cartera para el colegio, de piel de foca, para Thomas, una muñeca con pelo de verdad (y eso era lo extraordinario: con pelo de verdad) para Tony, un libro con ilustraciones en color para Clotilde (quien, no obstante, en actitud callada y agradecida, dedicaba casi toda su atención a las bolsas de dulces que también habían recibido), y, para Christian, un completo teatrillo de guiñol: hasta con marionetas del Sultán, la Muerte y el Diablo.

Todos besaron a su madre y recibieron permiso para, rápidamente y con mucho cuidado, asomarse por la cortinilla de seda verde de la cuna; después emprendieron el camino hacia la iglesia en silencio y con paso tranquilo en compañía de su padre, que se había echado sobre los hombros el abrigo con esclavina de piel y llevaba en la mano el libro de cánticos... Y a esto siguió el estridente llanto del nuevo miembro de la familia, que acababa de despertarse.

CAPÍTULO II

En verano, o a veces antes, en el mes de mayo, o en junio, Tony Buddenbrook se trasladaba a casa de sus abuelos, al otro lado del Burgtor, y lo hacía encantada. Se vivía a las mil maravillas allí, al aire libre, en aquella villa amueblada con todo lujo, con amplias dependencias, viviendas para la servidumbre y cocheras, con aquellos espléndidos jardines con flores y árboles frutales y aquellas huertas que se extendían por toda la pendiente hasta el Trave. Los Kröger vivían a lo grande y, a pesar de que existían otras diferencias entre aquella forma de riqueza deslumbrante y la riqueza sólida aunque también un tanto pesada de la casa paterna de Tony, saltaba a la vista que, en casa de los abuelos, todo lucía con dos grados de esplendor más que en la suya; y eso causaba impresión a la joven Demoiselle Buddenbrook.

Cooperar en cualquier tarea del hogar, por no hablar de la cocina, era algo impensable allí, en tanto que, en la Mengstrasse, aunque mamá y el abuelo tampoco le concedían demasiada importancia, papá y la abuela la exhortaban no pocas veces a que limpiase el polvo, poniéndole como ejemplo a la dócil, piadosa y diligente prima Tilda. Las ínfulas feudales de la familia materna salían a la luz en la joven señorita cuando, por ejemplo, daba una orden desde el columpio a la doncella o al criado. Además de éstos, dos muchachas y un cochero completaban el servicio de los ancianos señores.

A decir verdad, es agradable que lo primero que encuentre nuestra mano al despertar por la mañana en el dormitorio tapizado en tela de color claro sea un edredón de satén; y es digno de mención que para el primer desayuno, en el salón con terraza de la parte delantera, mientras la brisa de la mañana viene desde el jardín a acariciarnos a través de la puerta cristalera abierta, en lugar del café o té de siempre nos sirvan una taza de chocolate; sí: cada mañana una taza de chocolate de cumpleaños con un buen pedazo de un esponjoso bizcocho incluso aunque no fuera su cumpleaños.

Naturalmente, este desayuno había de tomarlo Tony sin compañía de nadie, a excepción de los domingos, puesto que los abuelos no solían bajar hasta mucho después de la hora de irse ella al colegio. En cuanto se terminaba el bizcocho que acompañaba al chocolate, cogía la cartera con los libros, bajaba desde la terraza con un suave trotecillo y atravesaba el cuidado jardín de la parte delantera de la casa.

La pequeña Tony Buddenbrook era verdaderamente encantadora. Bajo el sombrerito de paja se veía una espléndida mata de pelo, con rizos naturales de un rubio que se iba oscureciendo con los años, y aquel labio superior un

poco abultado daba a su rostro, lozano y de vivos ojos azul grisáceo, cierta expresión de picardía muy acorde con su figura menuda y grácil; su esbeltas piernecillas, con medias blancas como la nieve, pisaban el suelo con tanta agilidad como confianza. Mucha gente conocía y saludaba a la joven hija del cónsul Buddenbrook cuando salía a la Kastanienallee por el portón del jardín. Quizás, una vendedora de verduras con sombrero de paja atado con cintas verdes que justo llegaba al pueblo en su carreta le dedicaba un amable: «*iMu'* buenos días, *Mamsell!*», o quizás era Matthiesen, el cochero de la empresa, un hombre muy alto con uniforme negro (pantalones bombachos, medias blancas y zapatos con hebilla), quien se cruzaba en su camino y hasta se quitaba su tosca chistera para presentarle sus respetos.

Tony solía detenerse un momento para esperar a su vecina Julchen Hagenström, con quien solía recorrer el camino hasta el colegio. Julchen era una niña con los hombros demasiado altos y unos grandes ojos negros y brillantes, que vivía en la villa de al lado, una casa completamente cubierta de parras. Su padre, el señor Hagenström, cuya familia se había establecido en el lugar no hacía mucho, había contraído matrimonio con una joven de Frankfurt, una dama de cabello extraordinariamente negro y espeso que llevaba unos pendientes con el brillante más grande de toda la ciudad, y que, por cierto, de soltera se apellidaba Semlinger. El señor Hagenström, socio de una empresa de exportación, Strunck & Hagenström, ponía gran entusiasmo y ambición en todos los asuntos públicos, pero su matrimonio había escandalizado un poco a familias de tradiciones más severas como los Móllendorff, los Langhals o los Buddenbrook, y, al margen de su constante actividad como miembro de comisiones, colegios, consejos administrativos y similares, no gozaba de especial aprecio. Parecía que su objetivo fuese oponerse a los miembros de las familias de rancia alcurnia de la ciudad con ocasión y sin ella, rebatiendo sus opiniones con hábil astucia para luego imponer las propias y quedar así como un ciudadano mucho más eficiente e imprescindible que ellos. El cónsul Buddenbrook decía de él:

—Hinrich Hagenström es un verdadero incordio: siempre crea dificultades para todo... Se diría que la tiene tomada conmigo personalmente; en cuanto puede, me pone algún obstáculo... Hoy hemos tenido una escena en la junta de la Diputación Central de la Beneficencia, hace unos días en el Consejo de Finanzas...

Y Johann Buddenbrook padre añadía:

—¡Menudo pájaro!

En otra ocasión, padre e hijo se sentaron a comer indignados y deprimidos. ¿Qué había pasado? En fin, nada... Habían perdido la oportunidad de enviar un gran cargamento de centeno a Holanda; Strunck & Hagenström se la había robado en sus mismísimas narices; un zorro, el tal Hinrich Hagenström... Tony había oído comentarios parecidos las suficientes veces como para no sentir precisamente la mayor de las simpatías hacia Julchen Hagenström. Iban juntas porque eran vecinas, pero por lo general se hacían rabiarse mutuamente.

—Mi padre tiene mil táleros —decía Julchen, convencida de estar diciendo una mentira tremenda—. ¿Y el tuyo?

Tony callaba de envidia y humillación. Luego, muy tranquila y como de pasada, decía:

—Pues el chocolate que acabo de tomarme estaba riquísimo... ¿Y tú qué desayunas, Julchen?

—Ay, antes de que se me olvide —respondía Julchen—, ¿te apetece una de mis manzanas? ¡Anda, pues no te doy! —y apretaba con fuerza los labios y sus ojos negros se humedecían de placer.

A veces también las acompañaba en el camino al colegio con ellas el hermano de Julchen, Hermann, unos años mayor. Tenían otro hermano llamado Moritz, pero estaba muy delicado de salud y recibía las clases en casa. Hermann era rubio, pero tenía una nariz como aplastada que casi se le montaba sobre el labio superior. Además, hacía constantemente un ruido muy feo con los labios, ya que sólo respiraba por la boca.

—¡Vaya tontería! —decía—. ¡Papá tiene mucho más de mil táleros!

Lo interesante del muchacho, sin embargo, era que como segundo desayuno para la hora del recreo no llevaba un bocadillo como el de todos, sino un bollo de limón: una especie de pan de leche, blandito y ovalado, con pasas, que para colmo solía ir relleno de fiambre de lengua o pechuga de ganso... Tales eran sus gustos. Para Tony Buddenbrook, aquello era toda una novedad. Bollo de limón con pechuga de ganso... ¡Qué rico debía de estar! Cuando Hermann dejaba que la niña echase un vistazo al interior de su fiamblera de lata, ella le confesaba su deseo de probar un trozo. Una mañana, Hermann le dijo:

—Mira, Tony, yo no puedo renunciar a nada, pero mañana traeré un pedazo más y será para ti, si me das algo a cambio.

En efecto, a la mañana siguiente, Tony salió a la avenida y esperó cinco minutos, sin que Julchen llegara: Esperó un minuto más, y apareció Hermann solo: balanceando su fiamblera, colgada de una correa, y haciendo un leve chasquido con los labios.

—Bueno —dijo—, aquí está el bollo de limón con pechuga de ganso; y no lleva nada de grasa, todo carne... ¿Qué me das a cambio?

—Pues... ¿un chelín tal vez? —preguntó Tony. Estaban los dos parados en medio de la avenida.

—Un chelín... —repitió Hermann; luego tragó saliva y dijo—: No, lo que quiero es otra cosa.

—¿Y qué es? —preguntó Tony. Estaba dispuesta a dar lo que fuera por aquella delicia.

—¡Un beso! —dijo Hermann Hagenström, que le echó los brazos al cuello y, a ciegas, le dio un beso... que no llegó a tocar la cara de la niña, puesto que ella, con una agilidad asombrosa, apartó hacia atrás la cabeza, hizo tope con la mano izquierda, cartera de libros incluida, apoyándola contra el pecho del chico, y con la derecha le propinó tres o cuatro bofetadas con todas sus fuerzas. Hermann retrocedió tambaleándose, pero en ese mismo momento, como un diablillo negro, salió Julchen de detrás de un árbol, se abalanzó sobre Tony, le arrancó el sombrero y le arañó las mejillas de un modo espantoso... Aquel suceso prácticamente puso fin a su amistad.

Por otra parte, si Tony se había negado a darle el beso al joven Hagenström, sin duda no había sido por timidez. Era una niña bastante atrevida, y su carácter desenfadado causaba cierta preocupación a sus padres, sobre todo al cónsul, y aunque tenía una buena cabecita y en el colegio aprendía deprisa cuanto se exigía de ella, también era cierto que la nota que sacaba en «comportamiento» solía ser hasta tal punto insatisfactoria que, al final, se había presentado en la Mengstrasse la directora del colegio, la señorita Agathe Vermehren, sudando un poco por el apuro, para rogar a la consulesa en los términos más corteses que hiciese el favor de reprender seriamente a su hijita, puesto que ésta, pese a las

incontables advertencias que con todo cariño y por su bien se le habían hecho ya, había vuelto a ser artífice de alguna travesura.

Nada tenía de reprochable que Tony, cuando iba por la ciudad, conociese a todo el mundo y charlase con todo el mundo; el cónsul, sobre todo, estaba de acuerdo con ello, porque lo consideraba una muestra de amor al prójimo y espíritu solidario, en lugar de arrogancia. Tony, junto con Thomas, trepaba por los montones de avena y trigo repartidos por las plantas altas de los almacenes que la familia poseía a orillas del Trave; conversaba con los trabajadores y escribanos que ocupaban la planta baja, sentados en los cubículos oscuros que se utilizaban como oficinas; es más, hasta ayudaba a izar las sacas de cereales en el exterior. Conocía a los matarifes que recorrían la Breite Strasse con sus delantales blancos y sus artesas; conocía a las mujeres que venían del campo con sus grandes lecheras de hojalata, y a veces incluso se subía al carro con ellas para que la llevaran un trecho; conocía a los maestros orfebres de barba gris de las tiendecillas de madera que se instalan bajo los soportales del mercado, a las vendedoras de pescado, frutas y verduras de los puestos y también a los chicos de los recados que mascaban tabaco en las esquinas... Todo eso estaba muy bien.

En cambio, un hombre pálido e imberbe, de una edad imposible de determinar, que acostumbra a pasear cada mañana por la Breite Strasse, con una sonrisa triste, no tiene culpa ninguna si se estremece tanto cada vez que alguien le da una voz (por ejemplo: ¡ah! o ¡iea!) que se queda apoyado sobre una pierna; sin embargo, Tony se divertía haciéndolo bailar así en cuanto lo veía. Tampoco es demasiado bonito importunar constantemente a una señora muy bajita y menudita y con una cabeza muy grande que en cuanto caen cuatro gotas suele cubrirse con un paraguas enorme y lleno de agujeros, con epítetos como: «¡Doña Paraguas!» o «¡Champiñón!». Y, sin duda, es reprochable presentarse con dos o tres amiguitas de la misma índole en la casita donde vive Liese, la señora que vende muñecas de trapo en un angosto callejón que sale de la Johannisstrasse (y que, en cualquier caso, tiene unos ojos rojos muy extraños), llamar a la campanilla de la puerta con gran ímpetu y, cuando sale a abrir la anciana, preguntar con falsa amabilidad si por ventura es ésa la residencia del señor y la señora *Spucknapf*¹³, para luego salir corriendo entre chillidos y risotadas.

Pues bien, Tony hacía todo eso y, además, según parecía, con la conciencia muy tranquila. Si recibía algún tipo de amenaza por parte de alguna de las víctimas de sus bromas, era digno de ver cómo retrocedía un paso, echaba hacia atrás su linda cabecita, con el labio superior un poco abultado, y lanzaba un «¡Bah!» entre indignado y burlón, como diciendo: «Atrévete a chistar. Soy la hija del cónsul Buddenbrook, por si no lo sabías...».

Se paseaba por la ciudad como una pequeña reina que se reserva el derecho a ser amable o cruel según su capricho y humor del momento.

CAPÍTULO III

¹³ Escupidera. (*N de la T*).

El juicio sobre los dos hijos del cónsul Buddenbrook que había emitido en su día Jean Jacques Hoffstede había sido, sin duda, más que acertado. Thomas, quien desde su nacimiento estaba destinado a ser comerciante y el futuro dueño de la empresa y, por consiguiente, había optado por la rama de formación profesional en el antiguo liceo de bóvedas góticas, era un chico inteligente, despierto y sensato, lo cual no quitaba, por otra parte, que se divertiera enormemente cuando su hermano, que hacía el bachillerato y no era menos dotado, pero sí bastante menos serio, imitaba con verdadero arte a los profesores, sobre todo al bueno de Marcellus Stengel, que les impartía canto, dibujo y otras amenas materias similares.

El señor Stengel, de cuyo bolsillo del chaleco asomaban siempre media docena de lapiceros afilados como lanzas, llevaba una peluca pelirroja como cola de zorro, una levita abierta de color marrón claro, larga hasta casi los tobillos, usaba unos cuellos rígidos tan altos que le subían casi hasta las sienes, y era un tipo muy gracioso, amante de las disquisiciones filosóficas del tipo: «Te he dicho que hicieras una línea, hijo mío, ¿y qué es lo que has hecho? ¡Una raya!». (Y decía «daya» en vez de «raya».) O, por ejemplo, a un alumno vago le decía: «No vas a tardar una eternidad en hacer la Reválida, mira lo que te digo, vas a tardar dos eternidades». (Y no decía «reválida» sino «deválida», y no decía «eternidad» sino casi «eten-nidad».)

Su clase favorita consistía en ensayar la bonita canción *El verde bosque* durante la hora de música, y, una vez bien afinada la parte coral que reza: «Alegres marchamos por bosques y campos», mandaba salir al pasillo a algunos alumnos para que, muy bajito y con gran sutileza, repitiesen la última palabra a modo de eco. Ahora bien, si los enviados al pasillo eran Christian Buddenbrook, su primo Jürgen Kröger o su amigo Andreas Gieseke, hijo del jefe de bomberos, en lugar de cantar el delicado eco se divertían tirando el cajón del carbón escaleras abajo y terminaban castigados a quedarse por la tarde, después de las cuatro, a hacer alguna tarea en la vivienda del señor Stengel. No obstante, eran unos castigos bastante agradables. El señor Stengel solía haberse olvidado del motivo, y mandaba a su ama de llaves que les preparase una taza de café a los alumnos Buddenbrook, Kröger y Gieseke —«una para cada uno, claro»— y a continuación los dejaba marchar.

De hecho, los brillantes eruditos que, bajo las afables órdenes de un director muy mayor y muy humano, aficionado al rapé, desempeñaban sus cargos bajo las bóvedas de aquel liceo, que en otro tiempo había sido una escuela conventual, eran personas bellísimas y sin ninguna mala intención, unánimes en la opinión de que la ciencia y la diversión no tienen por qué estar reñidas, y dispuestos a cumplir con su labor educativa de buen grado y con buen provecho. Los cursos intermedios correspondían a un antiguo predicador que impartía latín, un tal reverendo Hirte, un caballero espigado de ojos vivos y patillas castañas, cuya mayor dicha en la vida era precisamente la coincidencia entre su nombre y su cargo¹⁴ y que nunca se cansaba de mandar traducir el vocablo latino al alemán y viceversa. Su calificativo favorito era: «¡Eres ilimitadamente cerrado!», y nunca se llegó a aclarar si esta broma era consciente o no. Ahora bien, cuando quería dejar

¹⁴ *Hirte* significa «pastor», con los mismos usos que en castellano (por ejemplo, el «Buen Pastor» bíblico), excepto el de «pastor protestante». En cambio, existe en alemán la palabra latina *Pastor*, que se usa única y exclusivamente para el cargo eclesiástico. En el original, el personaje se llama «Pastor Hirte» (es decir: el «pastor Pastor»), y el juego de palabras sería: «¿Cómo se dice "pastor"?» «Hirte.» «¿Cómo se dice "Hirte"?» «Pastor.» (N de la T).

totalmente estupefactos a sus alumnos, recurría al arte de apretar y meter los labios hacia dentro y luego volver a despegarlos con un ruido igual al del corcho que salta al abrir el champán. Le encantaba pasear por la clase a grandes zancadas y ponerse a contarle a algún alumno cómo sería su vida futura, cosa que hacía con una viveza increíble y con el fin declarado de estimular un poco su imaginación. Luego, en cambio, pasaba a la materia de clase con mucha seriedad, es decir: preguntaba a los muchachos los versos para aprender las reglas gramaticales y toda suerte de construcciones difíciles que, con verdadero ingenio, había compuesto él mismo; unos versos que el «pastor» declamaba poniendo un énfasis en el ritmo y la rima de un dramatismo inenarrable.

La adolescencia de Tom y Christian... no hay nada significativo que contar al respecto. En aquellos días el sol brillaba en la Casa Buddenbrook, en cuyas oficinas los negocios marchaban viento en popa. Y, a veces, había alguna tormenta, algún pequeño incidente como el que sigue:

El señor Stucht, un sastre cuya esposa compraba ropa usada y, de ese modo, tenía trato con las clases más altas...; el señor Stucht, que vestía su barriga con una camisa de franela que le caía sobre el pantalón trazando una curva asombrosa...; el señor Stucht, en fin, había confeccionado dos trajes para los jóvenes señores Buddenbrook que, en total, costaban setenta marcos. Ahora bien, los chicos le habían pedido que pusiera ochenta en la factura y luego les diese el sobrante a ellos en mano. Así hacían un pequeño negocio... no muy limpio, desde luego, pero no por ello menos frecuente. El incidente se produjo cuando, por algún fatal capricho del destino, la cuenta fue a saldarse justo el día en que el señor Stucht, con su levita negra encima de la camisa de franela, tenía que ir a la oficina del cónsul, y Tom y Christian hubieron de responder a un severo interrogatorio en su presencia. El señor Stucht, de pie junto al sillón de oficina del cónsul, con las piernas un poco abiertas pero con la cabeza ladeada y en actitud de máximo respeto, pronunció un discurso muy bien sonante que venía a decir que: «mire *usté*, la cosa está como está», y que él se daría por satisfecho si cobraba sus setenta marcos aunque «la cosa» se hubiera «torció». El cónsul se enfadó muchísimo con aquella travesura. Sin embargo, tras una seria reflexión, el resultado fue que aumentó la paga a sus hijos; porque estaba escrito: no nos dejes caer en la tentación.

Aparentemente, el futuro de Thomas prometía más que el de su hermano. Mostraba un comportamiento equilibrado y su viveza no le restaba sensatez. Christian, en cambio, era caprichoso: por una parte, tenía cierta tendencia a hacer payasadas muy infantiles; por otra, se las ingeniaba para dar unos sustos de muerte a la familia entera.

Están sentados a la mesa, han llegado a la fruta y comen al tiempo que charlan relajadamente. De repente, Christian devuelve al platito un melocotón mordido; su cara está pálida, sus ojillos redondos y hundidos por encima de una nariz demasiado grande se han abierto como platos.

—No pienso comer ningún melocotón más en mi vida —dice. —¿Por qué no, Christian? ¡Qué tontería!... Pero, ¿qué te pasa? —Imaginad que, sin querer, me trago ese hueso tan gordo... y que se me queda atorado en la garganta... y que no me entra el aire... y entonces me levantaré de golpe sin poder respirar, y también todos vosotros os levantaréis de golpe... —y, de repente, añade un breve suspiro, «¡oh!», lleno de espanto, se endereza en la silla sobresaltado y se vuelve hacia un lado como si quisiera salir corriendo.

La consulesa y Mamsell Jungmann, en efecto, se levantan de un salto.

—¡Dios del cielo! Christian... ¿No te habrás atragantado de verdad? — porque de verdad parecía que había sido así.

—No, no —dice Christian y se tranquiliza poco a poco—, pero ¡poned por caso que me atragantara!

El cónsul, que también está pálido del susto, empieza a regañarle, y hasta el abuelo golpetea la mesa indignado y no quiere volver a presenciar ninguna bufonada semejante. Eso sí: Christian no vuelve a comerse un melocotón en mucho tiempo.

CAPÍTULO IV

No fue solamente la debilidad propia de su edad lo que hizo que la anciana Madame Antoinette Buddenbrook, unos seis años después del traslado a la Mengstrasse, en un frío día de enero, se metiese en la alta cama con dosel del dormitorio de la entreplanta para no volver a salir de ella. La anciana señora se había mantenido lozana y había lucido sus gruesos tirabuzones blancos con gran dignidad hasta hacía muy poco; había asistido a las veladas más importantes de la ciudad junto con su esposo e hijos, y no había quedado a la zaga de su elegante nuera a la hora de representar a los Buddenbrook en las reuniones que celebraban en su casa. Un buen día, sin embargo, muy repentinamente, había sentido un malestar de origen indefinido, un ligero trastorno intestinal para el que el doctor Grabow había recomendado un poco de pichón y un poco de pan francés, y luego había sufrido un cólico con vómitos que, con una rapidez incomprensible, había traído consigo una pérdida de fuerzas, un estado de debilidad extrema y muy preocupante.

Cuando el doctor Grabow tuvo una breve pero seria conversación con el cónsul en el rellano de la escalera, cuando un segundo médico, nuevo en la ciudad, empezó a frecuentar la casa junto con Grabow, también la fisonomía de la casa cambió. Todos andaban de puntillas, susurraban en tono grave, y se prohibió a los vehículos de abastos que circularan por el portal. Algo nuevo, extraño, extraordinario parecía flotar en el ambiente, un misterio que cada uno leía en los ojos de los demás; la idea de la muerte se había abierto paso y reinaba, muda, en aquellas espaciosas salas.

Además, no se podía celebrar ninguna reunión social, aunque sí se recibieron varias visitas.

La enfermedad se prolongó unos catorce o quince días; a la semana acudió desde Hamburgo el anciano senador Duchamps, hermano de la moribunda, en compañía de su hija, y algunos días más tarde llegaron la hermana del cónsul y su esposo, el banquero de Frankfurt. Los señores se alojaban en la casa, e Ida Jungmann estaba muy atareada atendiendo las respectivas habitaciones y preparando buenos desayunos, con gambas y vino de oporto, mientras en la cocina se preparaban asados y pasteles en abundancia.

Johann Buddenbrook permanecía sentado junto a la cama de la enferma y, con la apagada mano de su Nette en la suya, miraba al vacío con las cejas un poco levantadas y la boca algo entreabierta. El tic—tac del reloj de pared se oía como ahogado y con largas pausas, aunque mayores eran las pausas

entre las cortas y superficiales respiraciones de la enferma. Una religiosa vestida de negro, junto a la mesa, se afanaba en preparar un *beeftea*¹⁵ que aún intentarían darle; de cuando en cuando entraba y luego desaparecía sigilosamente algún miembro de la familia.

El anciano se acordaba de cómo, cuarenta y seis años atrás, había pasado las horas junto al lecho mortuorio de una esposa por primera vez, y comparaba la furiosa desesperación que se había desatado en su interior entonces y el pesar sereno con el que ahora, también él de avanzada edad, contemplaba el rostro cambiado, inexpresivo y terriblemente indiferente de aquella anciana que jamás le había procurado ni una gran felicidad ni un gran sufrimiento, pero que había sabido permanecer a su lado con sabio decoro y ahora se despedía de la misma forma.

No pensaba mucho; como si lo hiciese desde fuera, meneando la cabeza con suavidad, miraba atrás hacia su vida y hacia la vida en general, y ahora, de repente, se le antojaba muy lejana y extraña: aquel trajín innecesariamente ruidoso en cuyo centro se había hallado y que, sin darse cuenta, se había ido alejando de él, llegaba ahora a sus oídos asombrados como un eco casi perdido. A veces decía para sí a media voz: «Curioso..., ¡muy curioso!».

Ni siquiera cuando Madame Buddenbrook exhaló su último suspiro, muy corto y sin angustia, o cuando los empleados de pompas fúnebres levantaron el ataúd cubierto de flores para llevárselo con gran esfuerzo del comedor, donde tuvo lugar el velatorio, cambió en nada su estado de ánimo, ni siquiera lloró; sin embargo, tampoco le abandonó ya el gesto de menear la cabeza con suavidad, y aquel «Curioso...» casi alegre se convirtió en su palabra favorita. Sin lugar a dudas, también el fin de Johann Buddenbrook estaba cerca.

A partir de entonces, permaneció mudo y ausente en las reuniones familiares, y cuando, alguna vez, sentaba en sus rodillas a la pequeña Clara, quizá para cantarle alguna de sus viejas y divertidas coplillas, como «Va por las calles— el autobús...» o «Mira, mira, un bichito en la pared... », de pronto se callaba y luego, como si regresara de un largo y casi inconsciente viaje mental, volvía a dejar a su nietecita en el suelo con un «Curioso...» que pronunciaba meneando la cabeza, y se quedaba ensimismado. Un día dijo: «Jean..., assez. ¿Tú...?Y poco después comenzaron a circular por la ciudad unos folletos pulcramente impresos y rubricados con dos firmas en los que Johann Buddenbrook *senior* se permitía anunciar que su avanzada edad le obligaba a abandonar la actividad comercial que había llevado hasta el momento, a consecuencia de lo cual la Casa Johann Buddenbrook, fundada por su difunto padre en el año 1768, pasaba en sus efectos activos y pasivos y con el mismo nombre a manos de su hijo y hasta entonces socio Johann Buddenbrook en calidad de único dueño; y rogaba se depositara en éste toda la confianza de la que había gozado él. Con sus mayores respetos, Johann Buddenbrook *senior*, cuya firma no volvería a aparecer en lo sucesivo. Entonces, después de llevar a cabo esta notificación y de que el anciano se negara a volver a poner un pie en las oficinas, su apático ensimismamiento aumentó de un modo estremecedor y un insignificante resfriado primaveral, a mediados de marzo, sólo unos meses después de la muerte de su esposa, bastó para postrarlo en la cama; al poco tiempo, una noche, llegó la hora en la que, estando toda la familia congregada alrededor de su lecho, le dijo al cónsul:

—Mis mejores deseos, ¿eh? ¿Jean? Y siempre: *Courage!*

¹⁵ El *beef-tea* es un caldo de buey. (*N de la T*).

Y a Thomas:

—Ayuda a tu padre.

Y a Christian:

—A ver si llegas a ser algo como Dios manda...

Y entonces guardó silencio, los miró a todos y, con un último «Curioso...», se volvió hacia la pared.

No había querido mencionar el nombre de Gotthold ni en sus últimos momentos, y el primogénito, a su vez, había dado el silencio por respuesta a la nota donde el cónsul le rogaba que acudiese ante el lecho de muerte de su padre. A la mañana siguiente, sin embargo, muy temprano, cuando aún no se habían enviado las esquelas y el cónsul acababa de salir a las escaleras para solucionar los asuntos imprescindibles en la oficina, sucedió lo inaudito: Gotthold Buddenbrook, propietario de la tienda de tejidos Siegmund Stüwing & Cía. en la Breite Strasse, cruzaba con paso rápido el portal de la casa familiar. Tenía cuarenta y seis años, era bajito y orondo y lucía unas pobladas patillas de un rubio ceniciento ya entrecano. Además era paticorto y llevaba unos pantalones anchos como un saco, de un áspero paño a cuadros. Al subir las escaleras se topó de frente con el cónsul y, aunque había arqueado las cejas hasta tocar el ala del sombrero, frunció el ceño.

Johann —dijo sin tenderle la mano a su hermano, con una voz de timbre agudo y agradable—, ¿en qué situación estamos?

—¡Esta misma noche se lo ha llevado el Señor! —dijo el cónsul conmovido, y cogió la mano de su hermano la cual sostenía un paraguas—. ¡Él, el mejor padre del mundo!

El ceño de Gotthold se frunció tanto que las cejas casi le cerraron los párpados. Tras un silencio, dijo en tono enérgico:

—¿Y no cambió nada en el último momento, Johann?

De inmediato, el cónsul retiró la mano, es más: hasta retrocedió un escalón, y mientras sus ojillos redondos y hundidos se tornaban más transparentes respondió:

—Nada.

Las cejas de Gotthold volvieron a arquearse hasta tocar el ala del sombrero, y, con gran esfuerzo, sus ojos se dirigieron hacia su hermano.

—¿Y qué puedo esperar de tu sentido de la justicia? —dijo bajando la voz.

El cónsul, por su parte, bajó la vista; luego, en cambio, sin volver a levantarla, hizo aquel típico gesto de determinación con la mano, de arriba abajo, y respondió con voz queda y firme:

—En este momento tan difícil y de tanta gravedad, te he tendido una mano de hermano; ahora bien, para cualquier asunto de negocios, sólo puedo actuar como el jefe de la respetable empresa en cuyo único dueño acabo de convertirme hoy. No puedes esperar de mi parte nada que vaya en contra de las obligaciones que me confiere esta mi condición; los sentimientos que, por otra parte, yo pudiera albergar deben callar.

Gotthold se marchó... Al entierro, en cambio, sí acudió, para sincera alegría del cónsul; apareció cuando un aluvión de parientes, conocidos, amigos de la profesión, delegaciones de organismos públicos y trabajadores de los almacenes, de la flota de transportes y de las oficinas de la empresa llenaban las salas, escaleras y pasillos de la casa, y la hilera formada por sus respectivos coches de alquiler se extendía a lo largo de toda la Mengstrasse; es más, acudió con su esposa, de soltera Stüwing, y sus tres hijas ya adultas: Friederike y Henriette, ambas muy altas y muy delgadas, y Pfiffi, de dieciocho años, que, en cambio, era demasiado bajita y entrada en carnes.

Y luego, junto a la sepultura en el panteón familiar en la linde de los jardines del cementerio, al otro lado del Burgtor, cuando el reverendo Kölling de la Marienkirche, un hombre robusto de cabeza grande y brusca manera de hablar, hubo terminado su sermón, en el que ensalzó el comedimiento y la religiosidad con que había vivido el difunto, no como otros «lujuriosos, tragones y borrachuzos» (tales fueron sus palabras, y ahí hubo más de uno que meneó la cabeza al recordar la discreción del recientemente fallecido reverendo Wunderlich), cuando hubieron concluido las exequias y formalidades y los setenta u ochenta coches de alquiler emprendieron el camino de regreso al centro de la ciudad, entonces Gotthold Buddenbrook se ofreció a acompañar al cónsul, pues deseaba hablar con él en privado. Y ahí estaba, sentado junto a su hermanastro en la parte trasera de aquel coche de caballos, alto, amplio y destartalado, con sus cortas piernas cruzadas, mostrándose conciliador y amable. Se daba cuenta, dijo, cada vez más, de que el cónsul no tenía otra elección que adoptar esa postura, y no quería guardar un mal recuerdo de su padre. Renunciaba a sus exigencias y, además, lo hacía tanto más a gusto cuanto que tenía la intención de retirarse definitivamente de los negocios y vivir en paz de lo que la herencia y sus propios bienes le rentasen, pues su comercio no le deparaba ni grandes satisfacciones ni grandes beneficios y, por lo tanto, no se planteaba invertir más en ello... «La enemistad con el padre no ha sido ninguna bendición para él», pensó el cónsul, y un sentimiento piadoso surgió en su interior; probablemente, Gotthold pensaba lo mismo.

Al llegar a la Mengstrasse, subió con su hermano a la sala del desayuno, donde ambos caballeros, que venían con frío por haber pasado tantas horas de pie vestidos de frac cuando ni siquiera había llegado la primavera, tomaron juntos una copa de coñac añejo. Después, tras intercambiar algunas palabras amables y también serias con su cuñada y acariciar la cabeza de los niños, Gotthold se marchó, para aparecer de nuevo en la primera «reunión familiar» que los Kröger organizaron en su villa. Y enseguida empezó a liquidar su negocio.

CAPÍTULO V

El cónsul sintió mucho que su padre no llegase a ver el ingreso, de su nieto mayor en el negocio familiar, acontecimiento que tuvo lugar en la Pascua de ese mismo año.

Thomas tenía dieciséis años cuando dejó la escuela. Había crecido mucho en los últimos tiempos y, desde su confirmación, en la que el reverendo Kölling, con su brusca manera de hablar, le había recomendado «¡Mesura!», vestía auténticos trajes de caballero, con lo cual parecía aún más alto. Llevaba colgada del cuello la larga cadena de oro que el abuelo le había dejado en herencia, y de la que pendía un medallón con el escudo de la familia, aquel melancólico escudo compuesto por una superficie de textura rugosa que representaba un terreno llano y pantanoso con un sauce solitario y desnudo en la orilla. El aún más antiguo anillo, el sello con una piedra verde que, sin duda, ya había lucido aquel sastre de Rostock de «muy buena

posición», y la gran Biblia de Wittenberg habían pasado, en cambio, a manos del cónsul.

El parecido con el abuelo que había desarrollado Thomas era tan grande como el de Christian con respecto a su padre; sobre todo la barbilla redonda y firme y la nariz de perfil bien dibujado eran iguales a las del anciano. El cabello, peinado con raya y con unas entradas que ya dejaban al descubierto unas sienas estrechas llamativamente surcadas de venas, era rubio oscuro, mientras que las largas pestañas y las cejas —solía levantar un poco una de ellas—, en cambio, se veían claras y faltas de color. Sus movimientos, su forma de hablar y su risa, que hacía patente su mala dentadura, eran sosegados y juiciosos. Se iniciaba en su oficio con seriedad y empeño.

Una solemnidad especial marcó el día en que el cónsul, después del primer desayuno, bajó con él a las oficinas para presentarle al señor Marcus, el apoderado, al señor Havermann, el cajero, y al resto del personal, de quienes, por otra parte, ya era amigo desde hacía mucho; el día en que, por primera vez, se vio sentado en su sillón giratorio y su mesa de trabajo, poniendo sellos, ordenando y copiando papeles con mucho afán, y en que el padre, después de comer, bajó con él hasta los almacenes a orillas del Trave (que, como los barcos, tenían nombres: Tilo, Roble, León y Ballena), y donde igualmente estaba familiarizado con todo desde siempre, si bien ahora se presentaba en calidad de miembro de la plantilla.

Se mostraba muy entregado e imitaba la tenaz diligencia de su padre, que trabajaba con los dientes apretados y, de vez en cuando, escribía alguna oración en su diario pidiendo a Dios que lo apoyase en su tarea; pues era fundamental recuperar los sustanciosos recursos que, con la muerte del anciano, había perdido la «Casa», sagrado concepto, éste. Una noche, muy tarde ya, en el salón de los paisajes, el cónsul acabó sincerándose con su esposa acerca de la situación.

Eran las once y media, y tanto los niños como Mamsell Jungmann dormían ahora en las habitaciones del pasillo, pues la segunda planta estaba vacía y sólo se utilizaba de cuando en cuando para alojar a alguna visita. La consulesa estaba sentada en el sofá amarillo al lado de su esposo, quien, con un puro en la boca, estudiaba los índices bursátiles en el *Städtische Anzeigen*, la gaceta local. Ella se inclinaba sobre el bordado de seda que estaba haciendo y movía los labios mientras contaba por lo bajo una hilera de puntos con la aguja. A su lado, sobre la coqueta mesita de costura con ornamentos de pan de oro, ardían seis velas en un candelabro; la gran araña del techo no se utilizaba.

Johann Buddenbrook, que frisaba los cuarenta y cinco, había envejecido visiblemente en los últimos años. Sus ojillos redondos parecían aún más hundidos que antes; su narizota ganchuda, y también los pómulos, resultaban aún más prominentes, y una borla impregnada de talco parecía haber pasado unas cuantas veces por los cabellos, de un rubio ceniciento y cuidadosamente peinados con raya, de sus sienas. La consulesa, por su parte, ya estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero conservaba su mismo esplendor de siempre, aunque nunca había sido una gran belleza, y su cutis de marfil salpicado de pecas no había perdido un ápice de suavidad. El resplandor de las velas iluminaba su melena rojiza y artísticamente recogida. Mientras sus ojos, de un azul muy claro, huían un poco hacia un lado, dijo:

—Me gustaría que considerases algo, mi querido Jean: ¿no sería conveniente contratar un criado? Yo he llegado a la conclusión de que sí. Cuando pienso en mis padres...

El cónsul dejó caer el periódico sobre sus rodillas y, mientras se retiraba el puro de la boca, sus ojos se pusieron alerta, ya que ello comportaba un gasto.

—En fin, mi querida y respetada Bethsy... —comenzó a decir, alargando el comienzo para ganar tiempo y ordenar bien sus objeciones—. ¿Un criado? Después de la muerte de mis queridos padres conservamos en la casa tres doncellas, además de Mamsell Jungmann, y yo creo que...

—Pero la casa es tan grande, Jean, que casi resulta una carga. Yo ya le digo a la doncella: «Line, hija mía, hace siglos que no se limpia el polvo en las dependencias traseras», pero no me gusta abusar de la gente, pues su buen esfuerzo les cuesta ya que todo esté limpio y bonito en la parte delantera... Un criado nos vendría a las mil maravillas para hacer recados y demás... Podríamos encontrar a algún hombre del campo, honrado y sin demasiadas exigencias... Pero, antes de que se me olvide, Jean: Louise Móllendorff va a despedir a su buen Anton; yo le he visto servir la mesa con mucha soltura...

—Tengo que reconocer —replicó el cónsul, rebullendo en su asiento con cierta desazón— que semejante idea me parece del todo inapropiada. Ahora no vamos a ninguna fiesta, ni tampoco las damos aquí en casa...

—No, claro; pero sí que recibimos visitas con bastante frecuencia, y eso no es culpa mía, querido, aunque bien sabes que me encanta que venga gente. Un día se presenta algún comerciante amigo tuyo del extranjero, le invitas a comer, resulta que aún no ha encontrado alojamiento en ningún hostel y, por supuesto, termina pasando la noche en casa. Luego se presenta algún misionero que se queda otros ocho días... Dentro de dos semanas esperamos al reverendo Mathias de Kannstatt... En fin, resumiendo: con lo bajos que son los salarios...

—¡Pero se acumulan, Bethsy! Pagamos el sueldo de cuatro personas aquí, en casa, y te olvidas de los muchos hombres que tengo contratados al servicio de la empresa.

—¿De verdad no podemos permitirnos contratar un criado? —preguntó la consulesa sonriendo y mirando a su marido con la cabeza ladeada—. Cuando pienso en el servicio que tienen mis padres...

—Eso: tus padres, mi querida Bethsy. Y yo tengo que preguntarte una cosa: ¿acaso puedes hacerte una idea de la situación en que estamos?

—No, eso es cierto, Jean, sin duda no estoy al corriente...

—Pues te pongo al corriente ahora mismo —dijo el cónsul.

Se irguió en el sofá, cruzó las piernas, dio una calada al puro y, guiñando un poco los ojos, comenzó a dar cifras con una fluidez pasmosa:

—En resumen: mi querido padre, que en paz descanse, contaba en su día, antes de la boda de mi hermana, con novecientos mil marcos redondos, netos, sin contar, se entiende, los bienes inmuebles y el valor de la empresa. Ochenta mil se enviaron como dote a Frankfurt y cien mil se le fueron cuando Gotthold se estableció por su cuenta, con lo que nos quedan setecientos veinte mil. Luego vino la compra de esta casa, la cual, a pesar de la minucia que compensamos con la venta de la Alfstrasse, entre reformas y nuevas adquisiciones salió por sus cien mil, y nos quedan: seiscientos veinte mil. A Frankfurt se enviaron veinticinco mil a modo de compensación, y nos quedan: quinientos noventa y cinco mil, y éste sería el saldo a la muerte de papá si, en el curso de los años, no hubiésemos conseguido unos ingresos de unos doscientos mil marcos. Bien, nuestro capital era entonces de setecientos noventa y cinco mil. De ahí, cien mil correspondieron a Gotthold y otros doscientos sesenta y siete mil a los de Frankfurt; en suma, añadiendo

unos pocos miles más de pequeñas donaciones que dejó escritas en su testamento, por ejemplo al Hospital del Espíritu Santo, al Fondo para las viudas de comerciantes, etc., nos quedan unos cuatrocientos veinte mil, que son cien mil más si sumamos tu dote. En números redondos y al margen de las múltiples pequeñas oscilaciones habituales del capital, ésta es nuestra situación económica. No somos tan tremendamente ricos, mi querida Bethsy, y, sobre todo, hemos de tener en cuenta que, si bien la empresa es ahora más pequeña, sus gastos siguen siendo los mismos, puesto que los recortes en el negocio no implican la disminución de los gastos básicos. ¿Has podido seguirme?

La consulesa asintió con la cabeza un tanto vacilante, con el bordado en el regazo.

—De maravilla, mi querido Jean —dijo, a pesar de que no lo había entendido todo y, desde luego, seguía sin ver por qué aquellas ingentes cantidades de dinero habrían de impedirle contratar un criado.

El cónsul chupó el puro hasta que la punta se puso al rojo, echó el humo inclinando la cabeza hacia atrás y prosiguió:

—Tú crees que, cuando tus queridos padres sean llamados a la gloria del Señor, aún recibiremos una herencia más que considerable, y en eso tienes razón. Claro que... tampoco podemos contar con ello así a la ligera. Me consta que tu padre ha sufrido unas pérdidas terribles, como todo el mundo sabe: por Justus. Justus es una bellísima persona, pero no es un buen comerciante, y además ha tenido muy mala suerte sin que fuera culpa suya en absoluto. Varios clientes le han hecho perder unas cantidades muy notables, ha pagado muy caro este debilitamiento del capital en diversas transacciones con banqueros y, en varias ocasiones, tu padre ha tenido que intervenir y saldar sus deudas para que no ocurriese ninguna desgracia. Esto puede repetirse, y mucho me temo que se va a repetir, puesto que..., y perdóneme, mi querida Bethsy, si te lo digo con toda sinceridad..., esa especie de ligereza con la que lo toma todo tu padre, que ya no se dedica a negocio ninguno, desde luego no es lo más indicado en tu hermano, que sí debe vivir como hombre de negocios... Ya me entiendes. Justus no es lo que se dice un hombre prudente, ¿verdad? Es tan impulsivo, tan desmesurado... Por lo demás, y me alegro sinceramente de ello, tus padres no renuncian a nada, viven a lo grande, como..., en fin, como corresponde a su posición.

La consulesa le dedicó una sonrisa indulgente; conocía muy bien los prejuicios de su marido respecto a la inclinación al lujo de su familia.

—Ya basta —dijo éste, dejando el resto del puro en el cenicero—. Por mi parte, confío en que el Señor conservará mis fuerzas para trabajar y que, con su misericordiosa ayuda, lograré devolver la empresa a las cumbres en que estuvo en su día... Espero que ahora sí puedas hacerte una idea de la situación, mi querida Bethsy.

—De maravilla, Jean, de maravilla —se apresuró a responder la consulesa, viendo que aquella noche no había nada que hacer con el asunto del criado—. Bueno, bueno, vayámonos a la cama. ¡Qué tarde se nos ha hecho!

Eso sí: al poco tiempo, un día que el cónsul llegó a comer de la oficina de buen humor, se tomó la decisión de contratar a Anton, el que antes fuera criado de los Móllendorff.

CAPÍTULO VI

—Tony irá a un internado, al de la señorita Weichbrodt para ser exactos — dijo el cónsul Buddenbrook, y lo dijo con tanta determinación que así se hizo.

Porque a diferencia de Thomas, quien, como acabamos de exponer, se iba integrando en el negocio con mucho talento, de Clara, que crecía fuerte y sana, y de la pobre Clotilde, cuyo apetito era una alegría para cualquiera, Tony y Christian tenían mucho menos contentos a sus padres. En cuanto a este último, el menor de los males era que casi todas las tardes terminase castigado a tomar café en casa del señor Stengel; y, a pesar de todo, llegó un momento en que la consulesa consideró que ya era demasiado y envió un delicado billetito al señor profesor rogándole que acudiese a la Mengstrasse para hablar con ella. El señor Stengel se presentó con su peluca de los domingos, con el cuello almidonado más alto que tenía y pertrechado con todos los lapiceros afilados como lanzas que le cabían en el bolsillo del chaleco, y se sentó con la consulesa en el salón de los paisajes, mientras Christian espiaba la conversación escondido en el comedor. El excelente educador expuso sus opiniones con elocuencia, aunque un tanto cohibido, habló de la sustancial diferencia entre una «línea» y una «daya», mencionó el «verde bosque», así como el cajón del carbón y, por lo demás, si durante su visita no recurrió cien veces a la expresión «por consiguiente», que se le antojaba la más indicada en aquel entorno tan distinguido, no recurrió a ninguna. Al cuarto de hora apareció el cónsul, echó a Christian de su escondite y manifestó al señor Stengel su más vivo pesar porque su hijo fuera motivo de descontento.

—¡Por Dios, señor cónsul, se lo ruego! Un muchacho despierto, lleno de vida, el alumno Buddenbrook... Por consiguiente... Bueno, un poquito soberbio, si me permite decirlo... y, bueno... por consiguiente...

El cónsul, con mucha educación, enseñó la casa al profesor y éste, a continuación, se despidió. Pero todo eso no fue lo malo. Lo malo fue que se llegó a saber lo siguiente: una tarde, al alumno Christian Buddenbrook se le permitió ir al Stadttheater en compañía de un buen amigo suyo; se representaba el Guillermo Tell de Schiller y el papel del niño, Walter, lo interpretaba una joven, una tal Demoiselle Meyer de la Grange, que daba mucho que hablar. La razón era que ésta, resultase o no adecuado para el papel que interpretaba, siempre lucía en el escenario un broche de brillantes ostensiblemente auténtico, pues, como todo el mundo sabía, era un regalo del joven cónsul Peterd Döhlmann, hijo del difunto Döhlmann, comerciante de maderas al por mayor en la Erste Wallstrasse, al otro lado del Holstentor. El cónsul Peter era uno de los caballeros que en la ciudad recibían el nombre de *suitiers* (también, por ejemplo, Justus Kröger), es decir, que llevaban una vida un tanto disoluta. Estaba casado e incluso tenía una hija pequeña, pero hacía mucho que no se llevaba bien con su esposa y vivía completamente como si estuviese soltero. La fortuna que le había dejado en herencia su padre, de cuyo negocio se suponía que se había hecho cargo, era bastante considerable, pero corría el rumor de que estaba empezando a consumir el capital. Solía ir al Club o al Ratskeller a desayunar, siempre había alguien que le veía por alguna calle a las cuatro de la mañana, y realizaba frecuentes viajes de negocios a Hamburgo. Ahora bien, ante todo era un gran amante del teatro, no se perdía ninguna función y se tomaba un notorio interés personal por los correspondientes miembros del reparto. Demoiselle Meyer de la Grange era la última joven artista a la que había obsequiado con brillantes el año anterior.

Yendo al grano: la joven, en su papel de Walter Tell —también en esta ocasión lucía su broche de brillantes—, estaba realmente encantadora, y lo interpretaba de un modo tan conmovedor que al alumno Buddenbrook se le saltaron las lágrimas de entusiasmo y fervor; es más: se vio impulsado a una acción que sólo puede ser fruto de una emoción desaforada. En uno de los descansos corrió a la floristería de enfrente y adquirió un bouquet por un marco y ocho chelines y medio; con él en ristre, el caballere de catorce años, con su narizota y sus ojillos hundidos, emprendió el camino hacia los camerinos y, como nadie le impidiera el paso, ante una puerta se topó con la señorita Meyer de la Grange, que se hallaba conversando con el cónsul Peter Dóhlmann. El cónsul casi se cae de risa al ver llegar a Christian con su ramo; sin embargo, el nuevo *suitier* dedicó su mejor cumplido a Walter Tell, muy serio, le entregó las flores y, meneando lentamente la cabeza, dijo en un tono tan sincero que casi sonaba doliente:

—Señorita, su interpretación ha sido maravillosa...

—*Mí*a tú por dónde nos sale el Christian Buddenbrook! —exclamó el cónsul Dóhlmann con su relajada forma de articular las palabras.

La señorita Meyer de la Grange, en cambio, arqueó sus bellas cejas y preguntó:

—¿Hijo del cónsul Buddenbrook? —y, con muy buenas intenciones, le acarició la mejilla a su nuevo admirador.

Ésos fueron los hechos consumados que Peter Dóhlmann hizo públicos esa misma noche en el Club, que se extendieron con la velocidad del viento por toda la ciudad e incluso llegaron a oídos del director del liceo, el cual, a su vez, los convirtió en objeto de una conversación con el cónsul Buddenbrook. ¿Cómo reaccionó éste? Más que enfadarse, se mostró abrumado por las circunstancias, abatido. Cuando se lo contó a la consulesa en el salón de los paisajes, casi se habría dicho que estaba destrozado.

—Éste es nuestro hijo, así se está desarrollando...

—Jean, por Dios, tu padre se habría reído de una cosa así... Y yo pienso explicarlo el domingo en casa de mis padres. A papá le va a hacer muchísima gracia.

Aquí el cónsul se encolerizó:

—¡Ya! ¡Desde luego! ¡Estoy seguro, Bethsy, de que le va a hacer muchísima gracia! Estará encantado de que su frivolidad innata y sus inclinaciones impías no sólo pervivan en Justus, en ese... *suitier*, sino, como salta a la vista, también en su nieto... ¡Válgame el cielo, tú misma me obligas a decir estas cosas! ¡Él ha ido a ver a esa mujer! Se ha gastado su paga en esa... como—se—llame. No, no sabrá bien lo que hace; pero ciertas inclinaciones ya se hacen patentes. ¡Ciertas inclinaciones se hacen patentes!

Sí, era un asunto grave; y el cónsul estaba tanto más indignado cuanto que tampoco Tony, como hemos dicho, parecía ir por el mejor camino. Cierto es que, con el paso de los años, había dejado de asustar al hombre pálido para que bailase sobre una pierna y de llamar a la puerta de Liese, la anciana de las muñecas, pero, en cambio, cada vez era mayor la impertinencia con que echaba la cabeza hacia atrás, y mostraba, sobre todo después de haber pasado el verano en casa de los abuelos, una fuerte tendencia a la soberbia y la vanidad.

Un día el cónsul, para su disgusto, la sorprendió leyendo *Mimili*, la obra de Claurens, en compañía de Mamsell Jungmann; hojeó el opúsculo, guardó silencio y lo cerró para siempre. Poco después, Tony —Antonie Buddenbrook—, se fue a pasear más allá del Burgtor ella sola en compañía de un amigo de sus hermanos, un muchacho que estudiaba el bachillerato. La señora

Stuht, la mujer del sastre que tenía cierto trato con las clases altas, los vio y cuando fue a comprar ropa usada a casa de los Móllendorff, hizo un comentario sobre «Mamsell Buddenbrook, que desde luego ya tiene una edad en la que... ». La senadora Móllendorff, a su vez, se lo contó al cónsul en tono jocoso. Los paseos en semejantes compañías quedaron prohibidos. Más tarde, sin embargo, se descubrió que Mademoiselle Tony, a través de los huecos del tronco de los vetustos árboles del otro lado del Burgtor, malamente rellenos con masilla, recogía cartitas, o las depositaba ella misma, escritas por el susodicho o dirigidas a él. Cuando esto salió a la luz, se impuso también confiar a Tony, de quince años, a una tutela más severa: el internado que dirigía la señorita Weichbrodt, sito en la plazoleta Am Mühlenbrink número 7.

CAPÍTULO VII

Therese Weichbrodt era jorobada, tan jorobada que su cabeza apenas llegaba a la altura de una mesa. Tenía cuarenta y un años pero, como nunca había concedido importancia a la apariencia externa, se vestía como una señora de sesenta o incluso setenta. Cubría sus tirabuzones grises y esponjosos con una cofia con cintas verdes que caían sobre sus estrechos hombros de niña, y jamás se vio nada parecido a un ornamento en sus vestiditos negros, de un tamaño estremecedor, con excepción de un gran broche ovalado que nunca se quitaba: una porcelana pintada con el retrato de su madre.

La diminuta señorita Weichbrodt tenía unos ojos castaños inteligentes y certeros, una nariz ligeramente ganchuda y unos labios finos que comprimía en un gesto de suma firmeza cuando era necesario. En general, su pequeño cuerpo y todos sus movimientos denotaban una firmeza que, aun siendo un tanto teatral, suscitaba un gran respeto. A ello también contribuía en alto grado su forma de hablar. Hablaba con un enérgico movimiento de la mandíbula inferior, como a golpes, y meneando la cabeza de un modo tan rápido como convincente, con palabras precisas y sin el mínimo rasgo dialectal, con claridad, determinación y una cuidada articulación de todas y cada una de las consonantes. Las vocales, en cambio, las pronunciaba tan abiertas que, por ejemplo, no decía «tarrito de crema» sino «tarrito de crama» o, si cabe, «tarreta da crama», y no llamaba a su perrito, animal cuya única razón de ser era ladrar como un poseso, *Bobby* sino *Babby*. Causaba un gran efecto cuando, por ejemplo, decía a una de sus alumnas: «Hija mía, no sea-s tan tonta» (y sonaba: «tanta»), y daba dos golpes secos en la mesa con su dedito retorcido; desde luego que sí. Y cuando Mademoiselle Popinet, la francesa, se echaba demasiado azúcar en el café, la señorita Weichbrodt tenía una manera tan especial de quedarse mirando al techo, mover los dedos de una mano sobre el mantel como si estuviese tocando el piano y decir: «Yo que tú me ponía el tarro de azúcar entero» (y sonaba: «tarra da azócar antara»), que Mademoiselle Popinet se ruborizaba de un modo imposible de disimular.

De niña —¡Señor, cuán diminuta debía de haber sido de niña!—, Therese Weichbrodt se había apodado a sí misma «Sesemi», y había conservado esta variación de su nombre al permitir que la llamasen así sus mejores y más aplicadas alumnas, externas o internas.

—Llámame Sesemi, hija —le dijo el primer día a Tony Buddenbrook, dándole un beso en la frente que produjo un suave chasquido—, me gusta oírlo. —A su hermana mayor, Madame Kethelsen, la llamaba siempre Nelly.

Madame Kethelsen, que tendría unos cuarenta y ocho años, había quedado sin recursos a la muerte de su esposo; ocupaba una pequeña habitación en el piso superior de la casa de Sesemi y bajaba a comer con las alumnas. Se vestía de un modo muy similar al de su hermana, aunque, a diferencia de ésta, ella era inusualmente alta, solía abrigar sus esqueléticas muñecas con mitones de lana. No era profesora, no sabía lo que era el rigor, y toda su persona era pura ingenuidad y callada alegría de vivir. Cuando alguna alumna de la señorita Weichbrodt hacía alguna trastada, Nelly Kethelsen se echaba a reír con tan poca malicia y tan de corazón que casi lloraba; hasta que Sesemi daba golpecitos en la mesa y le lanzaba un «¡Pero, Nelly!» (que sonaba como «Nally») tan enérgico que, intimidada, guardaba silencio.

Madame Kethelsen obedecía a su hermana menor, dejaba que la regañase como a una niña, y el caso era que Sesemi, en el fondo de su corazón, la despreciaba. Therese Weichbrodt era una mujer muy culta, es más, casi erudita, y había tenido que librar muchas batallas, quizá pequeñas pero no por ello menos serias, para conservar su fe infantil, su religiosidad, en el sentido más positivo del término, y la convicción de que, allá en el otro mundo, sería recompensada por una vida tan difícil y tan falta de esplendor. Madame Kethelsen, por el contrario, era un ser ignorante, inocente y más bien con pocas luces. «¡La buena de Nelly! —decía Sesemi—. Por Dios, es como una niña, nunca se ha enfrentado a ninguna duda sobre nada, nunca ha tenido que luchar por nada, ella es feliz...» Tales palabras encerraban tanto desprecio como envidia, y ése era un punto flaco, si bien disculpable, en el carácter de Sesemi.

En el elevado entresuelo de su casita de ladrillo rojo, a las afueras de la ciudad y rodeada de un agradable jardín, se encontraban las aulas y el comedor, mientras que el piso de arriba y la buhardilla estaban destinados a los dormitorios. Las alumnas de la señorita Weichbrodt no eran muy numerosas, pues el pensionado sólo aceptaba a adolescentes, y no ofrecía a las externas más que los tres primeros cursos de la secundaria; además, Sesemi era muy estricta en que sólo acudiesen a su casa alumnas de las familias más distinguidas. Tony Buddenbrook, como hemos dicho, fue acogida con cariño; es más, aquella noche para cenar Therese había preparado un ponche rojo y dulce que se tomaba frío y que llamaban *Bischof*¹⁶, y al que sabía dar el toque maestro.

—¿Otro poquito de *pancha*? —preguntaba meneando la cabeza con gesto cariñoso; y sonaba tan apetecible que nadie se resistía.

La señorita Weichbrodt se sentaba, sobre dos grandes cojines, en un extremo de la mesa y controlaba el desarrollo de la comida con tanta determinación como tacto; enderezaba su cuerpecillo contrahecho cuanto podía, daba golpecitos de advertencia sobre la mesa, reprendía cuando era menester *¡Nally!* y a *¡Babby!* y lograba, con una mirada, que Mademoiselle Popinet se avergonzase cuando se disponía a servirse toda la jalea destinada a acompañar el asado de ternera. A Tony le correspondió sentarse entre

¹⁶ Literalmente, «obispo,>. (*N de la T*).

otras dos internas. Entre Armgard von Schilling, una rubia corpulenta hija de un terrateniente de Mecklemburgo, y Gerda Arnoldsen, oriunda de Ámsterdam, un personaje elegante y exótico, de espeso cabello pelirrojo oscuro, ojos marrones muy, muy juntos y bonita cara de cutis blanco y gesto algo arrogante. Enfrente de ella parloteaba la francesa, que parecía una negrita y llevaba unos pendientes de oro enormes. En el extremo de la mesa opuesto a Sesemi se sentaba una escuálida inglesa llamada Miss Brown, que también residía en la casa.

Gracias al *Bischof* de Sesemi, las jóvenes se hicieron amigas enseguida. Mademoiselle Popinet contó que, la noche anterior, había vuelto a tener pesadillas. «*Ah, quel horreur!*», decía en tales casos. «*iElfós, elfós! iLadronés, ladronés!*», gritaba con su acento francés, y las sacaba a todas de la cama. También se supo que Gerda Arnoldsen no tocaba el piano como las demás, sino el violín, y que su papá —la madre ya no vivía— le había prometido un Stradivarius auténtico. Tony no estaba nada dotada para la música; a la mayoría de los Buddenbrook y a todos los Kröger les sucedía lo mismo. Ni siquiera era capaz de distinguir un coral de otro de los que tocaban en la Marienkirche... Oh, el órgano de la Nieuwe Kerk de Ámsterdam tenía una *vox humana*, sonaba a las mil maravillas... Armgard von Schilling contaba cosas de las vacas de su tierra.

Armgard causó una grandísima impresión en Tony desde el primer momento, pues era la primera muchacha de la nobleza con la que se codeaba. Apellidarse Von Schilling, ¡qué gran suerte! Cierto era que sus padres poseían la casa antigua más bonita de su ciudad y sus abuelos eran gente distinguida, pero se llamaban Buddenbrook y Kröger a secas, lo que era una verdadera lástima. La nieta del refinado Leberecht Kröger ardía de admiración por la nobleza de Armgard, y a veces pensaba en secreto que, en el fondo, esa espléndida preposición «von» le hubiera ido mucho mejor a ella... porque Armgard..., ¡por Dios!, ni siquiera sabía valorar su gran suerte: iba por la vida con su gruesa trenza y sus ojos azules sin maldad ninguna, y con su acento de Mecklemburgo; no se daba ni la más mínima importancia y era obvio que no tenía ningún sentido de la distinción. Esta palabra, «distinción», estaba muy firmemente arraigada en la cabecita de Tony, y le gustaba aplicársela a Gerda Arnoldsen en señal de reconocimiento manifiesto.

Gerda era un poco especial y en ella había algo diferente, exótico; pese a las objeciones de Sesemi, le encantaba peinar su espléndida melena pelirroja de manera un tanto llamativa, y muchas consideraban «una tontería» que tocara el violín (y aquí es preciso aclarar que el calificativo de «tontería» constituía una dura sentencia). En cuanto a que Gerda Arnoldsen era una muchacha distinguida, sin embargo, había que concederle toda la razón a Tony. Su figura, plenamente desarrollada para su edad, sus costumbres, las cosas que poseía..., todo en ella era distinguido: por ejemplo, el juego de tocador de marfil traído de París que tan bien sabía apreciar Tony, puesto que su casa estaba llena de objetos que sus padres o abuelos habían traído de París y consideraban de gran valor.

Las tres jovencitas no tardaron en estrechar sus lazos de amistad, iban a la misma clase y ocupaban el mayor de los dormitorios del piso de arriba. Qué bien se lo pasaban cuando, a las diez de la noche, tenían que irse a la cama y charlaban mientras se desvestían..., pero sólo a media voz, porque en el dormitorio de al lado Mademoiselle Popinet empezaba a soñar con los ladronés. Ella compartía el cuarto con la pequeña Eva Ewers, de Hamburgo, cuyo padre, entusiasta coleccionista de arte, se había establecido en Múnich.

Los estores de rayas marrones estaban bajados, la lamparilla de pantalla roja ardía encima de la mesa, y un suave aroma de violetas y ropa limpia impregnaba la habitación, en la que también se percibía una apacible y dulce atmósfera de cansancio, despreocupación y sueños de futuro.

—Ay, Dios —decía Armgard sentada en el borde de su cama a medio desvestirse—, ¡qué bien habla el doctor Neumann! Llega a clase, se pone de pie junto a su mesa y empieza a hablar de Racine...

—Tiene una frente ancha muy bonita —añadía Gerda mientras se peinaba la melena a la luz de dos velas frente al espejo, colgado entre las dos ventanas.

—Sí —se apresuraba a decir Armgard.

—Y está claro que has empezado a hablar de él sólo para oír eso, Armgard, porque no haces más que mirarle con esos ojos azules que tienes, como si...

—¿Le amas? —preguntaba Tony—. Ay, no me puedo desatar el cordón del zapato, *por favor*, Gerda... Ya está, gracias. ¿Le amas, Armgard? Pues cástate con él, es un buen partido, llegará a ser catedrático en el instituto.

—¡Por Dios, sois terribles! Claro que no le amo. Seguro que no me caso con ningún profesor, sino con un hombre del campo.

—¿Un noble? —Tony dejaba caer la media que tenía en la mano y clavaba la vista en la cara de Armgard, mientras dejaba volar su imaginación.

—Eso todavía no lo sé, pero ser dueña de una hacienda muy grande... ¡Ay, qué ilusión me hace, niñas! Me levantaré a las cinco de la mañana para administrar la casa... —Se tapaba con el edredón y miraba al techo con aire soñador.

—En su imaginación ya está viendo quinientas vacas... —decía Gerda, y contemplaba a su amiga a través del espejo.

Tony aún no había terminado, pero recostaba la cabeza en la almohada, cruzaba las manos en la nuca y también se ponía a mirar al techo y a soñar.

—Yo, por supuesto, me casaré con un comerciante —decía—. Eso sí, deberá tener muchísimo dinero para que podamos vivir con distinción; se lo debo a mi familia y a la empresa —añadía en tono serio—. Sí, sí, ya lo veréis, así lo haré.

Gerda había terminado de hacerse el peinado para dormir y se cepillaba los dientes, muy blancos, mirándose en su espejito de mano con marco de marfil.

—Pues yo, *probablemente*, no me casaré —decía con cierta dificultad, pues los polvos de menta le impedían hablar—. No veo para qué. No me apetece nada. Me iré a Ámsterdam, tocaré a dúo con papá y, más adelante, viviré con mi hermana casada.

—¡Qué pena! —exclamaba Tony muy animada—. ¡No, eso es una pena, Gerda! Deberías casarte aquí y quedarte aquí para siempre. Oye, podrías casarte, por ejemplo, con uno de mis hermanos.

—¿Con el de la narizota? —preguntaba Gerda, y bostezaba dejando escapar un encantador suspiro mientras se tapaba la boca con el espejo.

—O con el otro, da lo mismo. ¡Madre mía, qué casa tendríais! Tendría que decorarla Jakobs, el tapicero de la Fischstrasse, que tiene un gusto exquisito. Yo iría a visitaros todos los días...

Pero entonces se oía la voz de Mademoiselle Popinet:

—*Ah, voyons, mesdames! A la cama, s'il vous plait!* Esta noche ya no se va a casar ninguna...

No obstante, Tony pasaba los domingos y las vacaciones en la Mengstrasse o en casa de los abuelos. ¡Qué felicidad si hacía buen tiempo el

domingo de Pascua y podían salir a buscar los huevos y conejitos de mazapán escondidos en el gigantesco jardín de los Kröger! ¡Qué vacaciones de verano en la costa, alojándose en el Casino, comiendo en la *table d'hôte*¹⁷, bañándose en el mar y montando en burro! Algunos años, si el cónsul había hecho buenos negocios, incluso realizaban viajes más largos. Y, sobre todo, ¡qué Navidades!, con aquel triple reparto de regalos: en casa, en casa de los abuelos y en casa de Sesemi, donde, incluso en una noche tan señalada, había Bischof a raudales... La más espléndida, con todo, era la Nochebuena de casa de los padres, pues el cónsul concedía gran importancia a que la sagrada fiesta cristiana se celebrase con solemnidad, esplendor y profundo espíritu navideño. Cuando se reunían todos con la mayor solemnidad en el salón de los paisajes, mientras en la sala de columnas se agolpaban los criados y toda suerte de gente anciana y pobre a la que el cónsul estrechaba la mano —manos amoratadas—, y cuando, luego, desde la calle, empezaba a oírse un coral a cuatro voces, ejecutado por los niños del coro de la Marienkirche... a uno le daban palpitaciones de tan solemne como era la celebración. Más tarde, mientras el fragante olor del abeto de Navidad se filtraba en la habitación por la rendija de la puerta de doble hoja del comedor, la consulesa leía en voz alta, lentamente, el capítulo correspondiente a la Navidad en la antigua Biblia de la familia, con aquellas letras tan enormes, y en cuanto fuera se extinguía la última nota del último coral de la iglesia, todos empezaban a cantar O Tannenbaum al tiempo que atravesaban la sala de columnas para entrar en el amplio salón comedor de las estatuas clásicas pintadas y las paredes azul cielo, donde el árbol adornado con lirios blancos que llegaba hasta el techo resplandecía y lo iluminaba todo e impregnaba la estancia con su olor, y donde la mesa llena de regalos se extendía desde los ventanales hasta la puerta. Fuera, en cambio, los organilleros venidos de Italia tocaban sus melodías por las calles, cubiertas por una capa de hielo que antes había sido nieve, y desde la plaza del mercado llegaba el eco del revuelo que reinaba en el mercadillo de Navidad. A excepción de la pequeña Clara, también los niños participaban en la festiva cena en la sala de columnas a avanzadas horas de la noche, en la que se servían carpa y pavo relleno en cantidades desmesuradas.

De aquellos años, cabe mencionar también que Tony Buddenbrook visitó dos haciendas de Mecklemburgo. Pasó varias semanas con su amiga Armgard en las posesiones del señor Von Schilling, que se extendían a lo largo de la costa frente a Travemünde, más allá de la bahía. La segunda, viajó con su prima Tilda a las tierras en que el señor Bernhard Buddenbrook estaba destinado como inspector. Era una hacienda llamada Malaventura y que no rentaba ni un céntimo, aunque, eso sí, como destino de vacaciones no era nada despreciable. Así fueron pasando los años y, en resumidas cuentas, aquella época de adolescencia de Tony fue una época feliz.

¹⁷ Se refiere al comedor de una hostería donde se sirven las comidas a una hora fija. (*N de la T*).

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Una tarde de junio, poco después de las cinco, estaba la familia sentada en el jardín, en lo que llamaban el «quiosco», donde acababan de tomar el café. En el interior del pabellón (un recinto de paredes encaladas con un altísimo espejo de pared cuyo marco estaba decorado con pájaros en pleno vuelo y, al fondo, dos puertas dobles lacadas que, al mirarlas de cerca, resultaban ser un trampantojo), el aire era demasiado caliente y húmedo, y habían mandado sacar al jardín los muebles de madera sencillamente trabajada y barnizada. Sentados en semicírculo alrededor de la mesa redonda, de la que todavía no se había recogido el servicio de café, estaban el cónsul, su esposa, Tony, Tom y Clotilde, mientras que Christian, un poco más allá, de lado, preparaba la segunda *Catilinaria* de Cicerón con cara de pocos amigos. El cónsul estaba ocupado con su puro y la gaceta local, *Städtische Anzeigen*. La consulesa había dejado el bordado de seda unos momentos y contemplaba sonriendo a la pequeña Clara, que buscaba violetas entre el césped con Ida Jungmann, pues a veces crecían por allí. Tony, con la cabeza apoyada en ambas manos, estaba absorta en la lectura de *Los hermanos de San Serapio*, una de las colecciones de cuentos de Hoffmann, en tanto Tom le hacía cosquillas en la nuca con una brizna de hierba, provocación de la que ella, muy sabiamente, hacía caso omiso. Y Tilda, escuálida y con el aire de viejita que le daba su vestido de algodón de flores, leía un relato titulado «Ciega, sorda, muda y, aun así, feliz», y al mismo tiempo iba haciendo un montoncito con las migas de bizcocho que quedaban dispersas por el mantel y luego se lo comía con mucho cuidado, recogéndolo con los cinco dedos.

El cielo, en el que se distinguían, inmóviles, algunas nubes blancas, comenzaba a palidecer poco a poco. El jardín de la casa, muy bien arreglado con caminos y arriates de flores en disposición simétrica, lucía sus múltiples colores al sol de la tarde. De cuando en cuando, la brisa traía consigo el olor de las resedas que rodeaban los arriates.

—Bueno, Tom —dijo el cónsul de buen humor, retirándose el puro de la boca—, el asunto del centeno con Van Henkdom & Cía. del que te hablaba el otro día está en marcha.

—¿Cuánto ofrece? —preguntó Tom con interés, y dejó de intentar fastidiar a Tony.

—Seis táleros los mil kilos... No está mal, ¿verdad?

—¡Es magnífico! —Tom sabía que era muy buen negocio.

—Tony, esa postura tuya no es nada *comme il faut* —apuntó la consulesa, tras lo cual Tony, sin levantar la vista del libro, retiró un codo de la mesa:

—En ella no importa —dijo Tom—. Puede sentarse como quiera, siempre será Tony Buddenbrook. Tilda y ella son, sin duda, las más guapas de la familia.

Clotilde no cabía en sí de asombro.

—Di-os... ¿To-om? —fue todo lo que acertó a decir, estirando aquellas escasas sílabas de un modo increíble.

Tony guardaba un paciente silencio, pues sabía que Tom era más listo que ella, en eso no había nada que hacer; hiciese lo que hiciese, él volvería a encontrar una réplica brillante y tendría todas las risas de su parte. Se limitó a respirar profundamente, abriendo mucho las fosas nasales, y se encogió de hombros. Pero cuando la consulesa mencionó el próximo baile en casa del cónsul Huneus y algo referente a unos zapatos de charol nuevos, Tony retiró también el segundo codo de la mesa y mostró un vivo interés por la conversación.

—Vosotros ahí, sin parar de hablar —exclamó Christian en tono lastimero—, y esto es terriblemente difícil. ¡Ojalá fuera comerciante yo también!

—Cada día quieres ser una cosa distinta —dijo Tom.

En ese momento llegó Anton, atravesando el patio; traía una tarjeta de visita en la bandeja, y todos se volvieron a mirarle en actitud expectante.

—«*Grünlich*¹⁸, agente de negocios» —leyó el cónsul—. De Hamburgo. Es un hombre agradable y con buenas recomendaciones, hijo de un pastor protestante. Tengo algún negocio con él. Y hay un asunto que... Anton, dile al caballero... Te parece bien, ¿verdad, Betsy?... Que tenga la bondad de acercarse hasta aquí. A través del jardín, andando a pasitos muy cortos y adelantando un poco la cabeza, con el sombrero y el bastón en la misma mano, llegó, pues, un hombre de unos treinta y dos años, de mediana estatura, ataviado con un traje de franela, de faldones largos, entre verde y amarillo y guantes de hilo grises. Su cara, coronada por un cabello rubio claro y bastante escaso, era sonrosada y sonriente; junto a una de las aletas de la nariz, sin embargo, tenía una verruga muy llamativa. Llevaba la barbilla y el bigote afeitados y barba larga en las mejillas, a la moda inglesa; estos ornamentos pilosos, sin embargo, eran de un definido tono amarillo oro. Cuando aún estaba lejos, ya se había quitado su enorme sombrero gris claro para saludar con un reverente gesto. Con el último paso, éste muy largo, se acercó, describió un semicírculo hacia atrás con la parte superior de su cuerpo y luego se inclinó ante todos.

—Vengo a importunarles, a interrumpir una reunión familiar. —Habla con voz suave y refinada discreción—. Estaban ustedes aquí leyendo buenos libros, conversando felizmente... Les ruego que me disculpen.

—Es usted bienvenido, mi querido señor Grünlich —dijo el cónsul, quien, al igual que sus dos hijos, se había puesto de pie para estrechar la mano del invitado—. Es un placer saludarle fuera de la oficina, aquí, junto a mi familia. El señor Grünlich... Betsy; mi buen amigo de la profesión... Mi hija Antonie... Mi sobrina Clotilde... A Thomas ya lo conoce... Y éste es mi otro hijo, Christian, está haciendo el bachillerato.

El señor Grünlich había hecho una nueva reverencia ante cada nombre.

—Como les decía... —prosiguió—, no deseaba interrumpirles... Venía por una cuestión de negocios, y si el señor cónsul tuviese a bien dar un paseo por el jardín conmigo...

La consulesa respondió:

—Sería para nosotros un verdadero honor si, en lugar de llevarse enseguida a mi marido para hablar de negocios, primero se sentase un poquito en nuestra compañía. Tome asiento, por favor.

—Mil gracias —dijo el señor Grünlich conmovido. Acto seguido, se sentó en el borde de la silla que acababa de acercarle Tom, colocó el bastón y el

¹⁸ Literalmente, «verdoso». (*N de la T*).

sombrero sobre las rodillas, se pasó la mano por uno de los lados de la barba y carraspeó como queriendo decir: «Hasta aquí la introducción. ¿Y ahora, qué?».

La consulesa inició de nuevo la conversación.

—¿Vive usted en Hamburgo? —le preguntó, ladeando la cabeza y dejando descansar el bordado sobre el regazo.

—Sí, señora consulesa —respondió el señor Grünlich con una nueva reverencia—. Claro que paso mucho tiempo de viaje, estoy muy ocupado, mi negocio marcha viento en popa... eh— ejem... En fin..., si se me permite decirlo.

La consulesa arqueó las cejas, como si en un tono muy respetuoso le dijera: «¿Ah, sí?»

—La actividad incesante es condición vital para mí —añadió el señor Grünlich medio vuelto hacia el cónsul, y carraspeó otra vez cuando advirtió la mirada que la señorita Antonie había posado sobre él (esa mirada fría y escrutadora con que las jovencitas calibran a un joven caballero), y cuya expresión parecía que iba a tornarse en desprecio en cualquier momento.

—Tenemos parientes en Hamburgo —comentó Tony por decir algo.

—Los Duchamps —explicó el cónsul—, la familia de mi madre, que en paz descanse.

—Oh, sí, me situó perfectamente —dijo presto el señor Grünlich—. Tengo el honor de conocer un poco a esa familia. Es gente extraordinaria, en suma, gente de gran corazón y espíritu... eh... ejem. De hecho, si en todas las familias reinase el mismo espíritu que en ésta, el mundo sería un lugar mucho mejor. En ellos veo la fe en Dios, la caridad, la religiosidad sincera..., en pocas palabras: el verdadero espíritu cristiano que yo mismo tengo como ideal. Y a tales valores añade esta familia un noble cosmopolitismo, una distinción y una elegancia tan deslumbrante que, señora consulesa, he de confesar que, a mí personalmente, me cautiva por completo.

Tony pensaba: «¿De qué conocerá a mis padres? Les está diciendo justo lo que ellos desean oír».

El cónsul, sin embargo, dijo en tono de aprobación:

—Esa doble faceta es la mayor virtud de todo hombre.

Y la consulesa no pudo menos que dedicarle a su invitado un suave tintineo de la pulsera de oro al tenderle la mano, abriendo mucho la palma para hacer todavía más cordial el gesto.

Aquí el señor Grünlich hizo otra reverencia, se volvió a sentar bien en la silla, se acarició un lado de la barba y carraspeó como queriendo decir ahora: «Sigamos».

La consulesa dejó caer algunas palabras sobre lo terrible que había sido el mes de mayo del cuarenta y dos para la ciudad natal del señor Grünlich.

—Ciertamente —añadió el señor Grünlich—, aquel incendio fue una terrible desgracia, un tristísimo azote del destino. Pérdidas por el valor de ciento treinta y cinco millones... Sí, ha sido calculado con gran exactitud. Por lo que a mí respecta, debo dar gracias a Dios de todo corazón: la catástrofe no me afectó en absoluto. El fuego se extendió sobre todo por las parroquias de

San Pedro y San Nicolás... ¡Qué jardín tan encantador tienen ustedes! — se interrumpió al tiempo que aceptaba muy agradecido uno de los puros que le ofrecía el cónsul—. Y para ser el jardín de una casa de la ciudad es inusualmente grande. ¡Y qué cantidad de flores multicolores! Ay, Señor, confieso mi debilidad por las flores y por la naturaleza en general... Esas amapolas de allí son un gozo para la vista...

El señor Grünlich alabó la distinguida estructura de la casa, alabó la ciudad en general, alabó también el puro del cónsul y encontró una palabra amable para cada uno.

—Me permite preguntarle qué está leyendo, Mademoiselle Antonie — preguntó con una sonrisa.

Tony, por algún motivo, de repente frunció el ceño y, sin mirar al señor Grünlich, respondió:

—*Los hermanos de San Serapio*, de Hoffmann.

—¡Ciertamente! Este escritor tiene obras en verdad extraordinarias — apuntó—. Oh, discúlpeme, señora consulesa, he olvidado el nombre de su segundo hijo.

—Christian.

—¡Bonito nombre! Me encantan, si se me permite decirlo —y una vez más se volvió hacia el cónsul—, los nombres que de entrada revelan que su portador es cristiano. En su familia, por lo que sé, es tradición el nombre de Johann... ¿quién no pensaría enseguida en el discípulo predilecto de nuestro Señor? Yo, por ejemplo, si se me permite el comentario —prosiguió con gran elocuencia—, me llamo, como la mayoría de mis antepasados, Bendix, un nombre que, al fin y al cabo, no es sino la contracción popular de Benedikt. ¿Y qué lee usted, joven señor Buddenbrook? Ah, Cicerón... Difícil lectura, la obra de ese gran orador romano. *Quousque tandem, Catilina*... eh... ejem, ya ven que todavía no he olvidado del todo mis conocimientos de latín... El cónsul dijo:

—A diferencia de mi padre, que en paz descansa, yo siempre he sentido cierto recelo hacia esa constante dedicación de las mentes jóvenes al griego y al latín. Hay tantas cosas serias e importantes que resultan necesarias en su preparación para la vida práctica...

—¡Me lee usted el pensamiento, señor cónsul! —se apresuró a decir el señor Grünlich—. Usted mismo lo ha dicho antes de que yo alcanzase a ponerlo en palabras. Difícil lectura y como olvidé añadir antes, *harto discutible*. Por otra parte, recuerdo algunos pasajes de esos discursos ciertamente escandalosos.

Se hizo un silencio y entonces Tony pensó: «Ahora me toca a mí», pues las miradas de Grünlich se posaban en ella. Y en efecto, le tocó a ella. El señor Grünlich, de pronto, se irguió un poco en la silla, hizo un rápido movimiento con la mano (un tanto compulsivo aunque no por ello menos elegante) en dirección hacia donde estaba la consulesa y dijo, en un murmullo arrebatado:

—Tenga la amabilidad, consulesa..., ¿se ha fijado usted? Se lo suplico, señorita —dijo entonces en voz bien alta, como si quisiera que Tony sólo oyera esto último—, no se mueva, es un momento... ¿Se ha fijado usted, consulesa... —prosiguió—, en cómo juega el sol con los reflejos del cabello de su hija? ¡Jamás vi cabello más bonito! —exclamó ensimismado y con una repentina seriedad, como si se lo dijese al aire o como si hablara con Dios desde el fondo de su corazón.

La consulesa sonrió muy complacida, el cónsul dijo:

—Más vale que no le llene usted la cabeza de pájaros a la muchacha...

Y Tony volvió a guardar silencio con el ceño fruncido. A los pocos minutos, el señor Grünlich se levantó.

—No voy a importunarles más, oh, no, por Dios, señora consulesa, no les importuno más. Yo había venido por un asunto de negocios..., pero, claro, ¡quién podía resistirse! El deber me llama. Si el señor cónsul me permitiera...

—Ni que decir tiene —dijo la consulesa— que sería un gran placer para mí si, durante su estancia en nuestra ciudad, quisiera usted alojarse en nuestra casa...

El señor Grünlich permaneció unos instantes mudo de agradecimiento.

—Le estoy agradecido con toda mi alma, señora consulesa —dijo con gesto emocionado—. Pero, por supuesto, no debo abusar de su amabilidad. Me alojo en *unas* habitaciones del hostel Stadt Hamburg.

«*Unas*, en plural», pensó la consulesa, y eso era justo lo que el señor Grünlich pretendía que pensara.

—En cualquier caso —concluyó ella, tendiéndole la mano con gesto cordial una vez más—, espero que ésta no sea la última vez que nos veamos.

El señor Grünlich besó la mano a la consulesa, esperó un momento por si también Tony le tendía la suya, cosa que no sucedió, describió un semicírculo con la parte superior de su cuerpo para hacer mejor la reverencia, retrocedió un gran paso, se inclinó una vez más, se puso el sombrero gris con un solo gesto rápido, echando la cabeza hacia atrás, y se marchó, con sus típicos pasitos, en compañía del cónsul.

—¡Qué hombre tan agradable! —repitió éste cuando regresó junto a su familia y tomó asiento donde estaba antes.

A mí me parece *un tonto* —se permitió comentar Tony, con especial énfasis, además.

—¡Tony, por Dios! ¡Qué sentencias son ésas! —exclamó la consulesa un tanto indignada—. Un joven tan cristiano...

—Un hombre tan bien educado y con tanto mundo... —completó el cónsul—. No sabes lo que dices, hija.

Algunas veces, los padres, por pura cortesía, buscaban argumentos respectivamente distintos; de ese modo, tenían una mayor seguridad de no estar en desacuerdo.

Christian arrugó la narizota y dijo:

—¡Qué importancia se da al hablar!... «Conversando felizmente»: nosotros no conversábamos de ninguna manera. «Las amapolas son un gozo para la vista»... A veces parecía que hablara por el mero placer de escucharse. «Vengo a importunarles», «Les ruego me disculpen», «Jamás vi cabello más bonito»... —Y Christian se puso a imitar a Grünlich con tanto acierto que incluso el cónsul terminó riéndose.

—Desde luego, se da demasiada importancia —insistió Tony—. Habla de sí mismo todo el tiempo. *Su* negocio marcha viento en popa, a *él* le entusiasma la naturaleza, *él* prefiere tales o cuales nombres, *él* se llama Bendix... ¡Qué nos importa eso a nosotros! Vamos, digo yo. ¡Sólo lo cuenta para darse tono! —exclamó, de repente furiosa—. ¡Sólo os ha dicho, a ti, mamá, y a ti, papá, lo que os gusta oír para ganarse vuestro favor!

—Eso no es malo, Tony —dijo el cónsul con severidad—. Cuando uno está entre gente que no conoce, muestra su mejor cara, mide sus palabras e intenta agradar. Eso es normal...

—A mí me parece que es una buena persona —dijo Clotilde con dulzura y estirando las palabras, a pesar de que era la única a la que Grünlich no había prestado atención alguna. Thomas se abstuvo de opinar.

—Ya basta —dictaminó el cónsul—. Es un hombre cristiano, trabajador, emprendedor y bien educado; y tú Tony, ya eres una jovencita de dieciocho años, diecinueve dentro de poco, con la que él se ha mostrado muy educado y galante, así que deberías reprimir esa manía tuya de criticarlo todo. Todos somos débiles por naturaleza, y tú, perdona que te lo diga, en verdad eres la menos indicada para lanzar la primera piedra... Tom, vamos a trabajar.

Tony farfulló:
—¡Don Barbas Amarillas! —y frunció el ceño como ya había hecho varias veces en el curso de la tarde.

CAPÍTULO II

—¡Cuán sinceramente desolado estaba por no haber coincidido con usted, señorita! —le dijo el señor Grünlich, unos días más tarde, a Tony, que volvía de un paseo y se lo encontró en la esquina de la Breite Strasse y la Mengstrasse—. Me he tomado la libertad de ir a presentar mis respetos a su señora mamá, y la he echado tantísimo de menos... ¡Cómo me alegro de haberla encontrado, después de todo!

La señorita Buddenbrook se había visto obligada a detenerse, ya que el señor Grünlich había comenzado a hablar; no obstante, sus ojos, que había entornado y que de pronto se habían ensombrecido, querían mirar más arriba de la pechera del señor Grünlich, y en sus labios se dibujaba la sonrisa burlona y totalmente despiadada con que las jovencitas calibran y desprecian a un hombre... Sus labios se movieron de manera mecánica. ¿Qué podía responderle? ¡Ja! Tenía que ser algo que espantase al tal Bendix Grünlich de una vez por todas, que lo aniquilase..., pero tenía que ser algo acertado, brillante, demoledor, algo que, además, le hiriese en su orgullo y le impusiese...

—No puedo decir lo mismo —replicó Tony, sin levantar la vista de la pechera de Grünlich; y tras haber lanzado esta flecha sutilmente envenenada, lo dejó allí plantado, echó la cabeza hacia atrás y roja de orgullo por tan sarcástica muestra de elocuencia, se marchó a su casa, donde se enteró de que el señor Grünlich estaba invitado a comer con ellos el asado de ternera el domingo siguiente.

Y así fue. Llegó vestido con una levita plisada y de forma acampanada, no precisamente a la última moda aunque sí elegante, que le confería cierto aire de seriedad y solidez; se mostraba tan sonrosado y sonriente como siempre, con su escaso cabello cuidadosamente peinado con raya y las barbas bien cepilladas y perfumadas. Comió ragú de mejillones, sopa juliana, lenguado rebozado, asado de ternera con guarnición de patatas en salsa de nata y coliflor, pudin al marrasquino y pan negro con roquefort, y encontró para cada plato una frase de alabanza que también acertó a pronunciar con gran refinamiento. Por ejemplo, con una cucharilla de postre en alto, se quedaba mirando a una de las estatuas de la pared y, como quien piensa en voz alta, decía:

—Que Dios me perdone, pero no puedo evitarlo. Ya he disfrutado de una hermosa ración, pero este pudin está tan sumamente logrado que no puedo por menos que rogarle a la amable anfitriona que me sirva otro pedacito... — y entonces miraba a la consulesa con ojillos de complicidad.

Con el cónsul habló de negocios y de política, dando muestras de ser un hombre de principios serios y sólidos; con la consulesa, de teatro, reuniones sociales y moda; y tuvo palabras amables para con Tom, Christian, la pobre Clotilde e incluso la pequeña Clara y Mamsell Jungmann... Tony se mostró muy callada todo el tiempo, y él, por su parte, tampoco hizo ningún intento de acercarse a ella, sino que se limitó a observarla de cuando en cuando, con

la cabeza ladeada y una mirada que denotaba pesar..., aunque también nuevos ánimos.

Cuando el señor Grünlich se despidió aquella noche, la impresión que causara en su primera visita se había reforzado.

—¡Qué hombre tan educado! —dijo la consulesa.

—Cristiano y respetable —dijo el cónsul.

Christian imitaba sus movimientos y su forma de hablar todavía mejor que antes, y Tony dio las buenas noches con gesto sombrío, pues de algún modo sospechaba que aquélla no sería la última vez que vería a aquel caballero que con tan asombrosa rapidez había conquistado los corazones de sus padres.

Efectivamente, una tarde, al volver de una reunión de amigas, encontró al señor Grünlich instalado en el salón de los paisajes, leyéndole a la consulesa un pasaje de Wavevley de Walter Scott; y, por cierto, con una pronunciación perfecta, del manual, gracias a que, según contó, su próspero negocio también le había llevado a viajar a Inglaterra. Tony se sentó apartada de ellos, a un lado, con otro libro, y el señor Grünlich, con voz suave, le preguntó:

—¿Acaso no coincide con sus gustos lo que estoy leyendo, mi querida señorita?

A lo cual ella, echando la cabeza hacia atrás, respondió algo de un sarcasmo verdaderamente hiriente del tipo:

—¡Ni por asomo!

Pero él ni se inmutó; se puso a hablar de cómo había quedado huérfano siendo todavía niño, y de su padre, que había sido predicador, pastor protestante, un hombre de profundos valores cristianos a la par que todo un hombre de mundo... Tiempo después, sin que Tony tuviese el placer de presenciar su visita de despedida, el señor Grünlich regresó a Hamburgo.

—¡Ilda! —dijo la joven a Mamsell Jungmann, en quien tenía una buena amiga—. ¡Ya se ha marchado ese hombre!

Ida Jungmann, sin embargo, le respondió:

—Ay, niña, ya veremos...

Ocho días más tarde, en el salón del desayuno, tuvo lugar la siguiente escena: Tony bajó a las nueve y comprobó con asombro que su padre seguía sentado a la mesa junto a su esposa. Tras recibir el habitual beso en la frente por parte de sus padres, Tony ocupó su sitio tan contenta, con apetito y los ojos enrojecidos de tanto dormir, se acercó el azúcar y la mantequilla y se sirvió un poco de queso a las finas hierbas.

—Qué alegría desayunar contigo por una vez, papá —dijo mientras cogía el huevo con la servilleta para no quemarse y rompía la cáscara con la cucharilla.

—Hoy quería esperar a nuestra señorita dormilona —dijo el cónsul fumando un puro y dando un ligero pero firme golpe en la mesa con el periódico doblado.

La consulesa, por su parte, acabó su desayuno con refinados movimientos y luego fue a recostarse un rato en el sofá. —Tilda ya está en la cocina —prosiguió el cónsul subrayando sus palabras—, y yo también debería estar en mi oficina de no ser porque tu madre y yo queremos tener una seria conversación con nuestra hijita.

Tony, con la boca llena de pan con mantequilla, miró a su padre y después a su madre con una mezcla de curiosidad y temor en el rostro.

—Primero desayuna, hija —dijo la consulesa.

Pero como Tony, a pesar de todo, dejó el cuchillo en la mesa y exclamó «¡Por favor, papá, suéltalo de una vez!», el cónsul, sin dejar de jugar con el periódico, tuvo que repetirlo:

—Tú desayuna, hija.

Mientras tomaba el café, el huevo y el pan con queso a las finas hierbas en silencio y sin apetito, Tony comenzó a intuir de qué se trataba. La frescura de recién levantada se esfumó de su rostro, se puso un poco pálida, dio las gracias cuando le pasaron el tarro de miel y no tardó en anunciar, en voz baja, que ya había terminado.

Mi querida niña —dijo el cónsul tras unos instantes de silencio—, la cuestión de la que deseamos hablar contigo está en esta carta —y ahora, en lugar de dar un golpecito en la mesa con el periódico, lo hizo con un sobre azul muy grande—. En pocas palabras: el señor Bendix Grünlich, a quien todos nosotros hemos conocido y tenemos por un hombre respetable y encantador, me escribe que, durante su estancia entre nosotros, han despertado en su interior unos sentimientos muy especiales por nuestra hija, y me pide su mano con todas las formalidades. ¿Qué piensa al respecto nuestra buena hijita?

Tony se había apoyado en el respaldo de la silla con la cabeza agachada y, con la mano derecha, hacía girar el servilletero de plata sobre sí mismo. De pronto, abrió mucho los ojos, ojos que se habían oscurecido por completo y estaban llenos de lágrimas. Con voz ahogada exclamó:

—¿Qué quiere de mí ese hombre? ¿Qué le he hecho yo? —y rompió a llorar.

El cónsul lanzó una mirada a su esposa y luego clavó la vista en su taza vacía sin saber muy bien qué hacer.

—Tony, querida —dijo la consulesa en tono dulce—, ¿a qué viene tanto *échauffement*?¹⁹. Puedes estar segura, y lo sabes, de que tus padres sólo desean lo mejor para ti, y de que no pueden aconsejarte que rechaces la proposición que has recibido. Claro, hija, ya imagino que todavía no sientes nada por el señor Grünlich, pero todo llega, eso puedo asegurártelo, todo llega a su debido tiempo... Una criatura tan joven como tú nunca ve claro lo que quiere en realidad... Su cabeza está tan revuelta como su corazón... Hay que darle tiempo al corazón y conservar la cabeza y hacer caso a los consejos de la gente con experiencia que piensa bien las cosas y se preocupa de garantizar nuestra felicidad...

—No sé nada de él —fue todo lo que logró decir Tony en su desconuelo, secándose los ojos con la servilletita de batista manchada de huevo—, excepto que tiene unas barbas amarillas y un negocio que marcha viento en popa...

Ver cómo el labio superior le temblaba al hablar ciertamente partía el corazón. El cónsul, en un gesto de repentina ternura, arrimó su silla a la de su hija y le acarició el pelo.

—Mi pequeña Tony —dijo—, ¿y qué más querrías saber de él? Eres una niña, ya lo ves, y tampoco llegarías a saber nada más de él aunque pasara aquí cincuenta y dos semanas en lugar de las cuatro que ha estado. Eres una chiquilla que todavía no tiene ojos para ver el mundo y que ha de confiar en los ojos de otras personas que no buscan sino lo mejor para ella...

—No lo comprendo..., no lo comprendo —sollozaba Tony consternada, pegando la cabeza a la mano que la acariciaba, como un gatito—. Se presenta aquí, nos dice un cumplido a cada uno, se marcha otra vez... y

¹⁹ Acaloramiento, excitación. (*N de la T*).

escribe que siente por mí... No lo entiendo... ¿cómo es posible? Pero ¿qué le he hecho yo?

El cónsul volvió a sonreír.

—Eso ya lo has dicho antes, Tony, y muestra que todavía eres una niña y no sabes qué hacer. No quiero que mi hijita piense que voy a meterle prisa ni a obligarla... Ya consideraremos todo esto con calma, debemos considerar todo esto con calma, pues se trata de un asunto serio. Eso mismo es lo que de momento voy a responderle al señor Grünlich, sin rechazar ni aceptar todavía su propuesta. Hay muchos factores que tener en cuenta... Bien, ¿estamos de acuerdo? Pues no se hable más. Y, ahora, papá tiene que irse a trabajar... *Adieu*, Bethsy.

—Hasta luego, Jean, querido... Deberías tomar un poco más de miel, Tony —dijo la consulesa cuando se quedó a solas con su hija, que permanecía inmóvil en su silla, con la cabeza agachada—. Hay que comer lo suficiente...

Las lágrimas de Tony se fueron secando. Sentía que la cabeza le ardía, con mil ideas dándole vueltas. ¡Madre de Dios! ¡Qué situación! Ella siempre había sabido que, algún día, se convertiría en la esposa de un comerciante, y que se casaría bien, en un matrimonio tan ventajoso como correspondía al honor de la familia y de la empresa... Pero ahora, de pronto, por primera vez se veía en la situación de poder casarse de verdad y en serio. ¿Cómo había de comportarse? De pronto, ella, Tony Buddenbrook, se veía enfrentada a todos aquellos conceptos de tan tremendo peso y que, hasta el momento, sólo conocía a través de los libros: el «sí-quiero» y «la mano» y «para toda la vida»... ¡Madre de Dios! ¡Qué situación tan nueva, y tan de repente!

—¿Y tú, mamá? —dijo—. ¿Tú también me aconsejas que... le dé «el sí»?

Vaciló un instante antes de pronunciar «el sí», puesto que se le antojaba una expresión altisonante y ridícula, pero luego la pronunció con dignidad por primera vez en su vida. Empezó a sentir cierta vergüenza por su reacción inicial. No es que le pareciese menos disparatado que diez minutos antes casarse con el señor Grünlich, pero la posición tan importante en que se encontraba comenzaba a procurarle una gran satisfacción. La consulesa dijo:

—¿Aconsejarte, hija? ¿Acaso papá te ha aconsejado nada? No te lo ha desaconsejado, eso es todo. Pretender hacer eso sería una falta de responsabilidad, tanto por su parte como por la mía. La unión que se te ofrece es justamente lo que se denomina «un matrimonio ventajoso», mi querida Tony. Irías a vivir a Hamburgo en unas condiciones excelentes y vivirías a lo grande...

Tony seguía sentada sin moverse. En su imaginación empezó a ver cortinajes de seda como los del salón de los abuelos... ¿Desayunaría chocolate si se convirtiese en Madame Grünlich? No le pareció de recibo preguntar esto último.

—Como ha dicho tu padre, tienes tiempo para pensarlo —prosiguió la consulesa—. Pero has de darte cuenta, y en eso sí podemos abrirte los ojos, de que no todos los días se presenta una oportunidad semejante de hacer fortuna, y de que esa boda es justo lo que el deber y el destino prescriben para ti. Y ese camino que hoy se te abre es el que te corresponde desde siempre, tú misma lo sabes muy bien.

—Sí —respondió Tony pensativa—. Desde luego.

Era muy consciente de sus obligaciones para con la familia y la empresa, y se sentía orgullosa de tales obligaciones. Ella, Antonie Buddenbrook, ante quien Matthiesen, el cochero de la empresa, se quitaba su tosca chistera para saludarla con profundo respeto; ella, que se paseaba por la ciudad como una pequeña reina, llevaba muy dentro la historia de su familia. Ya aquel

sastre de Rostock había gozado de una «muy buena posición», y desde aquellos tiempos la familia no había hecho sino ascender. Su cometido en la vida, por no llamarlo incluso profesión, era contribuir al esplendor de la familia y de la Casa Johann Buddenbrook accediendo a contraer matrimonio con un hombre rico y distinguido. A esas mismas obligaciones se debía que Tom trabajase en las oficinas... Sí, no cabía duda: el buen partido que había encontrado era, a ojos vistas, de la categoría más adecuada..., pero ¡mira que tratarse del señor Grünlich! Era como si estuviera viéndolo, con aquellas barbas amarillas, aquel rostro sonrosado y sonriente con la verruga a un lado de la nariz, aquellos pasitos cortos... Era como si estuviera tocando aquel traje de franela y oyendo aquella voz dulce...

—Ya sabía yo —intervino la consulesa—, que accederías a pensarlo con más calma... ¿Es posible que hayas tomado ya una decisión?

—¡Ay, Dios me libre! —exclamó Tony, y confirió al «ay» un tono de indignación repentina—. ¡Qué disparate, casarme con Grünlich! Si no he hecho más que burlarme de él con comentarios hirientes... No me explico cómo puede sentir nada por mí. Debería tener un poco de orgullo en el cuerpo...

Y, después de eso, comenzó a prepararse una rebanada de pan regándola con gotitas de miel.

CAPÍTULO III

Aquel año, los Buddenbrook no realizaron ningún viaje de recreo, ni siquiera durante las vacaciones escolares de Christian y Clara. El cónsul afirmó que el trabajo exigía su presencia constante y, sin duda, también el hecho de que la respuesta de Antonie todavía estuviera en el aire contribuyó a que todos permaneciesen a la espera en la Mengstrasse. Al señor Grünlich le habían enviado una carta sumamente diplomática, escrita de puño y letra del cónsul; sin embargo, las cosas no progresaban, pues lo impedía la obstinación de Tony, expresada en los términos más infantiles:

—¡Dios me libre, mamá! —decía—. ¡Es que no le aguanto! —y acentuaba la segunda sílaba de esta última palabra con especial inquina y hasta relajaba la articulación de las consonantes finales, algo que nunca hacía. O declaraba con gran solemnidad—: Padre —normalmente, Tony solía llamar al cónsul «papá»—, jamás le daré «el sí».

Aquella situación hubiera podido prolongarse mucho tiempo de no ser porque, unos diez días después de la conversación en el salón del desayuno —a mediados de julio—, se produjeron los acontecimientos que siguen.

Era por la tarde, una tarde azul y calurosa; la consulesa había salido, y Tony estaba sola, leyendo una novela junto al ventanal del salón de los paisajes, cuando apareció Anton con una tarjeta de visita. Sin apenas darle tiempo a leer el nombre, entró en el salón un caballero con levita acampanada y pantalones de color verde guisante: era, por supuesto, el señor Grünlich, con una expresión de suplicante ternura en el rostro.

Tony dio un respingo en la silla e hizo ademán de querer salir huyendo al comedor... ¿Cómo iba a volver a dirigir la palabra a un hombre que había pedido su mano? Pensó que el corazón iba a explotarle en el pecho, y se había puesto muy pálida. En tanto había sabido al señor Grünlich bien lejos,

aquellas serias negociaciones con los padres y la importancia que, de repente, habían adquirido su persona y su decisión hasta habían divertido a la joven. ¡Pero ahora él había aparecido otra vez! ¡Estaba allí, frente a ella! ¿Qué iba a pasar? De nuevo se creyó a punto de echarse a llorar.

El señor Grünlich fue hacia ella con paso rápido, los brazos abiertos y la cabeza un poco ladeada, en la actitud de un hombre que quiere decir: «Aquí estoy, mátame si quieres».

—¡Qué feliz casualidad! —exclamó—. ¡La encuentro en casa a usted, Antonie! —La llamaba «Antonie».

Tony, muy erguida delante de su silla, con la novela en la mano derecha, frunció los labios y, moviendo la cabeza de abajo arriba después de cada palabra, que pronunciaba en un tono de profunda exasperación, dijo:

—¡Có-omo se a-a-treve us-ted!

A pesar de todo, tenía un nudo en la garganta.

El señor Grünlich estaba demasiado exaltado como para prestar atención a semejantes reparos.

—¿Acaso podía seguir esperando? ¿No estaba abocado a regresar aquí? —preguntó con énfasis—. Hace una semana que recibí, la amable carta de su señor padre, esa carta que me ha llenado de esperanza. ¿Acaso podía seguir esperando en la incertidumbre, señorita Antonie? No podía soportarlo más... Me he subido a un coche..., he corrido hasta aquí..., he tomado unas habitaciones en el hostel Stadt Hamburg... y aquí me tiene, Antonie, para escuchar de sus labios la última y decisiva palabra, la que me hará más feliz de lo que seré capaz de expresar.

Tony estaba paralizada; sus lágrimas se interrumpieron de pura estupefacción. Ése había sido, pues, el efecto de la precavida carta de su padre, la que supuestamente había aplazado la decisión por un tiempo indefinido. Tres o cuatro veces balbució:

—Se equivoca usted... Se equivoca...

El señor Grünlich había arrimado una butaca muy cerca de la silla en la que estaba ella, junto al ventanal; se sentó y le rogó que volviera a sentarse también ella, y mientras sostenía la mano de la joven (inerte, pues su dueña se encontraba totalmente desarmada) en la suya, se inclinó hacia delante y prosiguió:

—Señorita Antonie... Desde el primer momento, desde aquella tarde..., ¿recuerda usted aquella tarde?..., en que la vi por primera vez entre sus seres más queridos, en que vislumbré a una criatura tan distinguida, tan encantadora como un sueño..., su nombre quedó escrito en mi corazón con letras que ya no pueden borrarse... —y se corrigió: «grabado en mi corazón»—. Desde aquel día, señorita Antonie, mi único y ardiente deseo es que me conceda su bella mano para toda la vida, y confío en que la esperanza que ha despertado en mí la carta de su querido padre se convierta ahora en feliz certeza de sus labios... ¿Estoy en lo cierto? ¿Puedo contar... puedo tener la certeza de que corresponde usted a mis deseos?

Y entonces cogió la mano de Antonie entre sus manos y clavó sus ojos en los de la joven, muy abiertos de espanto. Ese día, Grünlich no llevaba guantes de hilo; tenía unas manos largas, blancas y surcadas por marcadas venas azules.

Tony le miró fijamente a la cara, sonrosada y con la verruga en la nariz, y a los ojos, tan azules como los de los gansos.

—No, no —acertó a decir apresuradamente y llena de temor. Y añadió—: ¡No pienso darle «el sí»! —Se esforzó por hablar pero ya estaba llorando.

—¿Qué he hecho para merecer estas dudas y vacilaciones por su parte? preguntó él con voz muy grave y casi en tono de reproche—. Es usted una criatura protegida con todo amor y cuidado, y mimada también.... pero yo le juro, es más, le doy mi palabra de caballero, de que la trataré como a una reina, de que no le faltará de nada siendo mi esposa, de que llevará una vida más que respetable en Hamburgo...

Tony se levantó de un salto, liberó su mano y, mientras un mar de lágrimas brotaba de sus ojos, le gritó totalmente desesperada:

—¡No, no! ¡Le he dicho que no! ¡Le estoy dando calabazas! ¡Por Dios! ¿Es que no lo entiende?

Entonces también el señor Grünlich se levantó. Retrocedió un paso, abrió los brazos de manera que las palmas de sus manos quedaron mirando hacia Tony, y dijo con la seriedad de un hombre firme y de honor:

—¿Sabe usted, Mademoiselle? No puedo permitir que me ofenda de esta manera.

—Pero yo no le ofendo, señor Grünlich —dijo Tony, arrepentida de haber sido tan vehemente.

¡Por Dios, tenía que sucederle eso precisamente a ella! No se había imaginado que la declaración de un pretendiente fuese nada parecido a aquello. Había creído que bastaba con responder: «Su proposición me halaga, pero no puedo aceptarla», y que así quedaba todo solucionado.

—Su proposición me halaga —dijo todo lo tranquila que pudo—, pero no puedo aceptarla... Bien, ahora tengo que... dejarle, discúlpeme, pero ahora no dispongo de más tiempo...

Pero el señor Grünlich le cerró el camino.

—¿Me rechaza? —dijo en tono mecánico.

—Sí —respondió Tony, y por precaución añadió—: Lo lamento. Entonces el señor Grünlich dio un enorme suspiro, retrocedió dos pasos, inclinó el tronco hacia un lado, señaló la alfombra con el dedo y exclamó con una voz aterradora:

—¡Antonie!

Durante un instante permanecieron así, de pie, frente a frente; él en una postura que denotaba verdadera rabia y autoritarismo; Tony pálida, llorosa y temblorosa, con el pañuelo húmedo en la boca. Por fin, él se apartó de ella y atravesó varias veces el salón a zancadas con las manos cruzadas a la espalda, como si estuviera en su casa. Luego se detuvo junto al ventanal y se quedó mirando el incipiente atardecer a través de los cristales.

Tony se dirigió lenta y un tanto sigilosamente hacia la puerta cristalera, pero no había llegado al centro de la estancia cuando de nuevo encontró al señor Grünlich a su lado.

—Tony —dijo muy bajito, tomándola tiernamente de la mano; y cayó... poco a poco cayó de rodillas en el suelo. Sus barbas amarillas fueron a dar justo encima de la mano de Tony—. Tony —repitió—, míreme. Mire a lo que he llegado... ¿Es que no tiene corazón, un corazón que late? Escúcheme... Aquí ve usted a un hombre postrado, que estará hundido, aniquilado..., es más, que morirá de pena —y se interrumpió con cierta prisa—, si usted desprecia su amor. ¡Aquí me tiene, a sus pies! ¿Será capaz su corazón de decirme: «le aborrezco»?

—No, no —dijo Tony, de pronto intentando consolarle.

Ya no sentía ganas de llorar, la emoción y la compasión habían surgido en su interior. ¡Madre de Dios! Cuánto debía de amarla aquel hombre para llevar tan lejos un asunto que a ella misma, en el fondo de su corazón, le resultaba totalmente ajeno e indiferente. ¿Era posible que aquello le estuviese

sucedendo realmente a ella? En las novelas se leían cosas parecidas, pero encontrarse así, en la vida real, a un caballero con levita arrodillado a sus pies y suplicando... La idea de casarse con él le había parecido disparatada por el mero hecho de que el señor Grünlich se le antojaba «un tonto». ¡Pero, por Dios, en aquel momento se hubiera dicho de él cualquier cosa menos eso! Su voz y su rostro revelaban un miedo tan sincero, una súplica tan sincera y tan desesperada...

—No, no —repitió, inclinándose sobre él muy conmovida—. No le aborrezco, señor Grünlich. ¡Cómo puede decir nada parecido! Vamos, levántese.... por favor.

—¿No quiere matarme? —volvió a preguntar él, y ella volvió a consolarle en un tono casi maternal:

—No, no...

—¡Eso ya es una respuesta! —exclamó el señor Grünlich, poniéndose de pie. Al punto, como se dio cuenta del gesto sobresaltado de Tony, volvió a echar la rodilla en tierra y la tranquilizó con palabras más sosegadas—: Bueno, bueno..., no diga nada más, Antonie. Ya ha sido suficiente por esta vez... Le ruego que este asunto... Ya seguiremos hablando de ello... en otra ocasión... En otra ocasión. Me despido de usted por hoy... Volveré... Adiós, adiós.

Se levantó, recogió bruscamente su enorme sombrero gris de la mesa, besó la mano de Tony y salió a toda prisa por la puerta de cristalera.

Tony vio cómo cogía su bastón de la sala de columnas y desaparecía por el pasillo. Y allí quedaba ella, absolutamente confundida y agotada, de pie en medio de la habitación, con el pañuelo húmedo en una de las manos, que colgaban inertes.

CAPÍTULO IV

El cónsul Buddenbrook dijo a su esposa:

—¡Ojalá encontrase algún motivo de peso por el que Tony pudiera decidir no aceptar este matrimonio! Pero no es más que una niña, Bethsy, tiene ganas de divertirse, le gusta ir a los bailes, deja que los jóvenes le hagan la corte, y además lo hace de muy buen grado, pues se sabe bonita y de buena familia... Tal vez ella misma esté buscando a un candidato, pero la conozco y, como suele decirse, todavía no ha entregado su corazón a nadie. Si se lo preguntásemos, movería la cabeza de un lado a otro y se lo pensaría un buen rato..., pero no sabría dar ningún nombre... Es una niña, un gorrión, una cabeza de chorlito... Si acepta, habrá encontrado el lugar que le corresponde; se instalará en una bonita casa, como siempre ha deseado, y, sin duda, amaré a su esposo en pocos días... Él no es un Adonis, ¡desde luego que no! Un Adonis no es... pero, bueno, sigue siendo muy presentable, y, después de todo, tampoco se le pueden pedir peras al olmo, si me permites decirlo con esta expresión que tanto usamos entre los comerciantes... Si pretende esperar hasta que llegue alguien que, además de guapo, sea un buen partido..., pues nada, ¡vaya con Dios! Tony Buddenbrook siempre encontrará a alguien. Claro que, por otra parte..., eso no deja de ser un riesgo ya que, expresándolo de nuevo en términos comerciales, todos los días se sale a pescar pero no todos los días hay buena pesca... Ayer por la mañana, en una

larga conversación que tuve con Grünlich, quien, desde luego, se mantiene firme en su propósito con verdadero tesón, vi sus libros de cuentas... Me los traje para enseñármelos. Unos libros de cuentas, Bethsy, ¡como para enmarcarlos! Le expresé mi más sincera satisfacción al verlos. Para ser un negocio tan joven, marcha muy bien, muy bien. Su fortuna asciende a unos ciento veinte mil táleros, y eso, obviamente, no es más que una base provisional, puesto que alcanza una hermosa media de ingresos anuales... Lo que dicen los Duchamps, a quienes pregunté por él, tampoco suena nada mal: no conocían sus orígenes, pero sí podían asegurar que vivía como un caballero, que frecuentaba los mejores ambientes y que su negocio marchaba viento en popa, con múltiples ramificaciones... Y lo que he sabido por otra gente de Hamburgo, como, por ejemplo, el banquero Kesselmayer, también ha sido muy satisfactorio... En pocas palabras, como bien sabes, Bethsy, no puedo sino desear ardientemente este matrimonio que tan ventajoso sería para la familia y para la empresa. Lamento muchísimo, y eso lo sabe Dios, que la niña se encuentre en una situación tan angustiada, que se sienta acosada por todas partes, lamento verla apesadumbrada, que casi no hable; pero tampoco puedo decidirme tan fácilmente a rechazar a Grünlich sin más... Porque, otra cosa, y no me cansaré de repetirlo: sabe Dios que, en los últimos años, no hemos prosperado como para celebrarlo a lo grande. Cierto es que no nos falta su bendición, eso tampoco, no; la diligencia en el trabajo recibe su buena recompensa. Pero el negocio progresa con calma... ay, con demasiada calma, y si progresa es gracias a que soy sumamente precavido antes de cerrar o iniciar cualquier trato. No hemos incrementado el capital en nada, en nada sustancial, desde que mi padre fuera llamado a la gloria del Señor. En verdad no corren buenos tiempos para los comerciantes... Resumiendo, nuestras perspectivas no son muy brillantes. Nuestra hija está en edad casadera y en disposición de conseguir un buen partido que a todos se nos antoja ventajoso y loable. ¡Qué va a hacer! Esperar no es nada aconsejable, nada aconsejable, Bethsy. Habla otra vez con ella; esta tarde he intentado yo hacerla entrar en razón...

Tony se hallaba en una situación angustiada, en eso tenía razón el cónsul. Ya no decía «no», pero sus labios tampoco alcanzaban a articular «el sí». ¡Ojalá Dios la ayudase! Ella misma no comprendía por qué, en su interior, se resistía a aceptar aquella proposición.

Entretanto, su padre la llamaba a un lado y hablaba seriamente con ella, la madre la llamaba a sentarse con ella y la exhortaba a tomar una decisión de una vez... Al tío Gotthold y a su familia no les habían contado nada sobre el tema, pues siempre se mostraban un tanto sarcásticos con los de la Mengstrasse. No obstante, hasta Sesemi Weichbrodt se había enterado del asunto y, con su cuidada pronunciación, le había aconsejado que aceptase lo que, por su bien, más le convenía. Incluso Mamsell Jungmann decía:

—Tony, mi nenita, no tienes de qué preocuparte; así seguirás entre las clases más altas.

Y no había visita a aquel salón con cortinajes de seda de la casa al otro lado del Burgtor que tanto fascinaba a Tony en la que la anciana Madame Kröger no empezase:

—Á *propas*, me he enterado de un asunto... Espero que seas *raisonable*, pequeña...

Un domingo, durante el servicio religioso en la Marienkirche, al que Tony asistía con sus padres y hermanos, el reverendo Kólling se puso a comentar con sus bruscas palabras el pasaje que habla de que la mujer ha de abandonar a su padre y a su madre para seguir al marido... y, de repente, se

tornó demasiado directo. Tony, horrorizada, se le quedó mirando fijamente. ¿La estaría mirando también él? No, gracias a Dios. Su gran cabeza estaba vuelta hacia otro lado y simplemente pronunciaba su sermón, hablando en general y mirando por encima de la masa de feligreses; a pesar de todo, era demasiado obvio que lo que había dicho era una nueva invectiva y que cada palabra era una alusión a ella.

—Una mujer joven, casi una niña todavía —decía el reverendo—, que todavía carece de voluntad propia y no comprende cómo es el mundo y, aun así, se opone a los bienintencionados consejos de los padres, merece ser castigada; así quiere expresarlo el Señor por boca de su siervo...

Y con aquella expresión, que era una de las favoritas del reverendo Kölling y que pronunció con un fervor tremendo, acompañándolo de una mirada fulminante y un terrible movimiento con el brazo, alcanzó a Tony. La joven vio cómo su padre, sentado junto a ella, alzaba una mano como queriendo decir: «Ya está bien. Tampoco hay que ser tan violento...». Pero no cabía ninguna duda: el reverendo Kölling se había puesto de acuerdo con él o con la madre. Toda colorada y encogida en su asiento, tenía la sensación de que todos los ojos del mundo estaban clavados en ella, y el domingo siguiente se negó en rotundo a ir a la iglesia.

Se había vuelto muy callada, había perdido el apetito, y a veces daba unos suspiros que partían el corazón, como si aquella decisión le estuviese costando una durísima lucha, y luego se quedaba mirando a los suyos con profunda tristeza... Inspiraba compasión. Adelgazó visiblemente y su rostro perdió gran parte de su frescura. Por fin, el cónsul dijo:

—Esto no puede seguir así, Bethsy, no podemos atormentar así a la niña. Le conviene salir un poco, tener un poco de paz y reflexionar; ya verás como entra en razón. Yo no puedo librarme de mis compromisos, y ya casi han terminado las vacaciones..., pero los demás podemos quedarnos en casa sin problemas. Da la casualidad de que ayer estuvo aquí el viejo Schwarzkopf de Travemünde, Dietrich Schwarzkopf, el práctico de puerto. Dejé caer el asunto, y se mostró encantado de acoger a la niña una temporada en su casa... Ya le daré una pequeña compensación... De ese modo podrá disfrutar de un ambiente hogareño, bañarse en el mar, respirar aire fresco y poner en claro sus ideas. Tom la acompañará en el viaje, y así quedará todo resuelto. Y mejor mañana que más adelante.

Esta idea gustó mucho a Tony, que aceptó muy contenta. Ciertamente es que no había vuelto a ver a Grünlich, pero sabía que se encontraba en la ciudad, que estaba negociando con los padres y se mantenía a la espera... ¡Madre de Dios, en cualquier momento podía presentarse otra vez ante ella, gritando y suplicándole! En Travemünde y en una casa ajena estaría mucho más a salvo de él... Así pues, hizo su equipaje con tanta rapidez como ilusión y, uno de los últimos días de julio, subió con Tom al majestuoso carruaje de los Kröger, dijo adiós a la familia de un humor excelente y partió allende el Burgtor con un respiro de alivio.

CAPÍTULO V

Para llegar a Travemünde había que ir todo recto, luego cruzar el río en barca y luego otra vez todo recto; los dos hermanos conocían muy bien el

camino. La avenida gris se deslizaba ágilmente bajo el rítmico trote de los cascos de los recios bayos de Mecklemburgo de Leberecht Kröger, a pesar de que el sol quemaba y una nube de polvo enturbiaba la ya de por sí reducida perspectiva. Haciendo una excepción, la familia había almorzado a la una para que los hermanos emprendiesen el viaje a las dos en punto y llegasen a su destino poco después de las cuatro, pues si cualquier calesa tardaba tres horas, al cochero de los Kröger, Jochen, no le faltaba amor propio para recorrer el mismo trecho en tan sólo dos.

Tony iba dando cabezadas en un duermevela bajo su gran pámela de paja y su sombrilla, ribeteada con un volante de encaje de color crema (la sombrilla era de un tono gris cáñamo, a juego con el vestido, de corte sencillo y recto) y apoyada en la capota del asiento trasero. Llevaba medias blancas y zapatos atados con cintas, y tenía un pie graciosamente cruzado sobre el otro; en fin, iba recostada con tanta comodidad y elegancia que en verdad parecía hecha para aquel lujoso carruaje.

Tom, que ya había cumplido los veinte años, vestía un traje azul grisáceo de elegante paño y corte; se había echado hacia atrás el sombrero de paja y fumaba cigarrillos rusos. En realidad, no era muy alto, aunque el bigote, más oscuro que sus pestañas y cejas, le crecía cada vez más espeso. Con una ceja levantada, según tenía por costumbre, se entretenía contemplando la nube de polvo y viendo pasar los árboles de la avenida. Tony dijo:

—Nunca he ido a Travemünde con tantas ganas como esta vez... En primer lugar, por muchos motivos, y desde luego, Tom, lo que menos falta hace es que ahora añadas una de tus bromitas, y porque me gustaría poder dejar ciertas barbas amarillas a muchas más millas de distancia... Pero luego también me hace ilusión porque voy a ver un Travemünde totalmente nuevo viviendo en casa de los Schwarzkopf, en la Vorderreihe, en el pueblo, por así decirlo. No tendré ni que ver a la gente del Casino... Todo eso ya lo conozco de sobra... y no me siento con ánimos... Además, allí estarían todas las puertas abiertas a ese... hombre, y no se deja amedrentar por nada; un buen día me lo iba a encontrar al lado con esa amable sonrisa suya.

Tom se deshizo del cigarrillo y sacó uno nuevo de la petaca, cuya tapa estaba decorada con una artística estampa de una troica asaltada por los lobos: regalo de algún cliente ruso al cónsul. Aquellos cigarrillos fortísimos con boquilla amarilla eran la debilidad de Tom; fumaba uno tras otro y tenía la pésima costumbre de inhalar el humo hasta el fondo de los pulmones para luego echarlo muy poco a poco mientras hablaba.

—Es verdad —dijo—; ciertamente, en el Casino te encuentras a todo Hamburgo. Por ejemplo, al cónsul Fritsche, el que compró el complejo del Casino entero. Por lo visto, últimamente le van los negocios de maravilla, eso dice papá... Claro que también te perderás algunas cosas divertidas si no te mezclas un poco con la gente... Peter Döhlmann estará allí, por supuesto, por estas fechas es inútil buscarlo en la ciudad; parece que su negocio también marcha bien... ¡por sí solo! ¡Es increíble! En fin, y el tío Justus seguro que se anima a pasar allí algún domingo para hacerle una pequeña visita a la ruleta... Y luego estarán los Möllendorff y los Kistenmaker, según creo, en pleno..., y los Hagenström.

—¡Ay, claro! ¿Cómo podríamos pasar sin Sarah Semlinger?

—Se llama Laura, por cierto. Tampoco hay que ser injustos, querida.

—Con Julchen, naturalmente... Dicen que Julchen se quiere prometer con August Möllendorff este verano, y no me cabe duda de que lo hará. ¡Y entonces al fin serán de los nuestros! ¿Sabes, Tom? ¡Es indignante! Esa familia de advenedizos...

—Sí, ya, pero Strunck & Hagenström va subiendo en la escala; eso es lo principal.

—¡Por supuesto! Y todo el mundo sabe cómo consiguen abrirse camino. A codazos. Sin ningún miramiento, sin ninguna distinción... El abuelo decía de Hinrich Hagenström: «A ése hasta los olmos le dan peras», con esas palabras.

—Sí, sí... pero eso no es más que una parte de la jugada. El dinero abre muchas puertas. Y, en lo que respecta a ese compromiso, es un trato perfecto. Julchen será una Móllendorff y August ocupará un excelente puesto en la empresa.

—Sólo quieres hacerme rabiar, Tom, eso es todo... Desprecio a esa gente. Tom se echó a reír:

—¡Ay, por Dios! Pues no habrá más remedio que hacerse a ellos, ¿sabes? Como dijo papá hace poco: ahora son los que van cuesta arriba. Mientras que, por ejemplo, los Móllendorff... Además, no se puede negar que los Hagenström son muy trabajadores. Hermann ya es casi imprescindible en la empresa, y Moritz, pese a estar tan delicado de los pulmones, ha terminado el bachillerato con unas calificaciones excelentes. Por lo visto es muy inteligente y está estudiando leyes.

—Qué bien... Aunque también me alegra saber, Tom, que, gracias a Dios, todavía quedan familias que no necesitan inclinarse ante ellos, y que, por ejemplo, nosotros, los Buddenbrook, todavía...

—Bueno, bueno —dijo Tom—, no empecemos a alardear ahora. Ovejas negras hay en todas las familias —prosiguió en voz más baja, tras lanzar una mirada hacia las anchas espaldas de Jochen, el cochero—. La situación exacta del tío Justus, por ejemplo, sólo Dios debe de saberla. Papá siempre menea la cabeza al hablar de él y, según creo, el abuelo Kröger ha tenido que ayudarle con grandes sumas de dinero en más de una ocasión... Y de los primos tampoco se puede presumir mucho. Jürgen, que pretende ir a la universidad, aún no ha hecho la reválida... Y tampoco deben de estar muy contentos con Jakob, que trabaja en Dalbeck & Cía. en Hamburgo. Nunca le alcanza el dinero, a pesar de que le envían bastante; y lo que el tío Justus le niega se lo da la tía Rosalie... No, no creo que ninguno de nosotros esté en condiciones de lanzar la primera piedra. Y, por cierto, si quieres compensar el ascenso de los Hagenström, deberías acceder de una vez a casarte con Grünlich.

—¿Es que hemos subido a este coche para hablar de eso? ¡Sí, sí, tal vez debería hacerlo! Pero ahora no quiero pensar en ello. Quiero olvidarlo, sencillamente. Vamos a casa de los Schwarzkopf. No los he visto nunca. Serán gente simpática, ¿verdad?

—Ay, Dietrich Schwarzkopf «e' viejo sorro de lo mejó' que hay»... Bueno, no siempre habla así, sólo cuando ha bebido más de cinco vasos de grog. Un día que estuvo en las oficinas, fuimos después a la cantina de la Compañía Naviera... Bebe como una esponja. Su padre nació en un barco que hacía el trayecto hasta Noruega y después fue capitán en esa flota. Dietrich ha hecho una carrera excelente, la comandancia del puerto es una gran responsabilidad, y está bastante bien remunerado. Es un viejo lobo de mar..., pero siempre muy galante con las damas. Ten cuidado, seguro que te hace la corte...

—¡Ja! ¿Y su mujer?

—A su mujer no la conozco. Me extrañaría que no fuera encantadora. Y luego tienen un hijo que, en mis tiempos, hacía primero o segundo de

bachillerato y que ahora creo que va a la universidad... ¡Mira! ¡El mar! Ya apenas queda un cuarto de hora...

Siguiendo una avenida bordeada de hayas jóvenes, recorrieron un trecho paralelo a la costa, muy cerca de un mar azul y apacible bajo los rayos del sol. Apareció en el horizonte el faro redondo y amarillo, vieron la rada y los muelles, y atisbaron los tejados rojos de la ciudadela y el pequeño puerto con sus múltiples velas, mástiles y jarcias de las barcas. Luego, el coche giró por entre las primeras casas, dejó atrás la iglesia y recorrió la Vorderreihe, la calle que se extendía a lo largo del río, para detenerse en una linda casita, cuya veranda estaba cubierta por un denso entramado de parras.

El comandante Schwarzkopf estaba de pie en el umbral y, al ver acercarse el coche, se quitó la gorra de marinero. Era un hombre rechoncho, y tenía unos ojos azules como el agua y una barba hirsuta, de color gris hielo, que le enmarcaba la cara coloradota de oreja a oreja, como un abanico. La expresión de su boca, con una pipa de madera entre los labios y la zona del bigote afeitada, dura, roja y curva, revelaba su dignidad y bonhomía. Un chaleco de piqué blanco resplandecía bajo la levita con galones dorados, que llevaba desabrochada. Así los recibía: de pie, con las piernas un poco abiertas y sacando un poco la barriga.

—Es un verdadero honor para mí, Mamsell, en verdad se lo digo, que se hospede en nuestra casa durante un tiempo. —Con mucho cuidado, ayudó a Tony a bajar del coche—. Mis respetos, señor Buddenbrook. ¿Cómo se encuentra su señor padre? ¿Y la señora consulesa? Es un auténtico placer para mí... En fin, pasen, pasen los señores. Mi esposa les tiene preparado un pequeño refrigerio... Usted puede ir a la hostería de Peddersen —le dijo en dialecto al cochero, que acababa de llevar la maleta al interior de la casa—, los caballos estarán muy bien allí... Usted se quedará a pasar la noche con nosotros, ¿no es cierto, señor Buddenbrook? ¿Y cómo no? Esos caballos tienen que descansar... y, de todas formas, no llegarían a la ciudad antes del anochecer.

—¿Sabe una cosa? Aquí se está como mínimo igual de a gusto que ahí fuera, en el Casino —decía Tony un cuarto de hora más tarde, cuando todos estaban sentados en la veranda alrededor de la mesa con el café—. ¡Qué aire tan magnífico se respira! ¡Hasta aquí llega el olor a algas! Me alegra tremendamente estar de nuevo en Travemünde.

A través de los postes cubiertos de plantas de la veranda se veía el río, con sus botes y pasarelas entre los mil reflejos del sol, y más allá todavía, el embarcadero de la zona conocida como Priwall: el saliente de la península de Mecklemburgo. Las enormes tazas —o, casi mejor, tazones— con borde azul resultaban sumamente toscas en comparación con la porcelana antigua a la que Tony estaba acostumbrada; sin embargo, la mesa, con un ramo de flores silvestres en el sitio destinado a la joven, invitaba a tomar asiento, y el viaje le había abierto el apetito.

Ya verá, Mamsell, lo bien que se repone aquí —dijo la señora de la casa—. No trae *usté' mu'* buen aspecto, si me permite que se lo diga así; eso es culpa del aire de la *ciudad'*, y de todas esas fiestas...

La señora Schwarzkopf, hija de un pastor protestante de Schlutup, aparentaba unos cincuenta años y era una cabeza más baja que Tony, además de muy flaca. Llevaba el cabello, liso y todavía negro, pulcramente recogido en una redecilla, y un vestido marrón oscuro con un pequeño cuello de ganchillo blanco, al igual que los puños. Era una mujer limpia, cordial y de maneras dulces, e insistió a Tony en que no dejase de probar el pan de pasas que ella misma había hecho, dispuesto en un cestillo con forma de barca y

rodeado de tarros con nata fresca, azúcar, mantequilla y miel en panal. El borde del cestillo estaba decorado con una tira de bordado de perlas hecha por la pequeña Meta: una graciosa niña de ocho años que permanecía sentada junto a su madre, con una trenza rubísima y tiesa y un vestidito escocés.

La señora Schwarzkopf se disculpó por la habitación en la que iba a alojarse Tony y donde ésta ya había deshecho parte del equipaje. Era tan sencilla...

—Bah, está muy bien —dijo Tony.

Tenía vistas al mar y eso era lo principal. Ella se disponía a mojar en el café la cuarta rebanada de pan de pasas. Tom hablaba con el comandante acerca del Wullenwewev, que estaba siendo reparado en la ciudad.

De repente, llegó a la veranda un joven de unos veinte años con un libro en la mano, se quitó el sombrero de fieltro gris y se sonrojó al hacer una reverencia un tanto desmañada.

—Hombre, hijo... —dijo el comandante—, ¡qué tarde llegas! —E hizo las presentaciones—: Este es mi hijo... —y añadió un nombre que Tony no entendió—. Estudia para médico y está pasando las vacaciones con nosotros.

—Encantada —dijo Tony, tal como le habían enseñado.

Tom se levantó y le estrechó la mano. El joven Schwarzkopf hizo otra reverencia, dejó su libro a un lado y, sonrojándose de nuevo, se sentó a la mesa.

Era de estatura media, bastante estrecho de hombros y todo lo rubio que se puede ser. Su incipiente bigote, tan incoloro como el cabello, muy corto, que cubría su cabeza alargada, apenas se veía, y también su piel era extraordinariamente clara: una piel que parecía hecha de porcelana porosa y que, a la mínima ocasión, podía adquirir un tono rojo suave. Sus ojos eran de un azul algo más oscuro que los del padre, de expresión no muy vivaz pero bondadosa e inteligente; el rostro, de rasgos regulares y bastante agradables. Cuando empezó a comer, se vio que tenía unos dientes inusualmente bonitos y bien alineados, blancos y brillantes como el marfil pulido. Llevaba una especie de zamarra cerrada, con bolsillos con tapa y cinturón elástico en la espalda.

—Sí, les pido disculpas, llego tarde —dijo. Hablaba con cierta lentitud, como renqueando un poco—. Había bajado a la playa a leer un rato y no he mirado el reloj a tiempo. —Luego se puso a masticar en silencio y, muy de cuando en cuando, examinaba a Tom y a Tony sin levantar la cabeza. Más adelante, cuando Tony, animada por la señora de la casa, volvió a servirse más pan de pasas, dijo—: Puede estar segura de que esa miel en panal es de lo mejor, señorita Buddenbrook, es un producto completamente natural. Así sabe uno lo que come... Hay que alimentarse bien, ¿sabe? El aire de aquí consume mucha energía, acelera el metabolismo: Si no come usted bastante, adelgazará... —Al hablar se inclinaba hacia delante de una forma que resultaba ingenua y simpática, y a veces hablaba mirando a una persona distinta de la destinataria de sus palabras.

Su madre le había escuchado enternecida, y luego estudió el rostro de Tony para ver el efecto que esas palabras le habían producido. El viejo Schwarzkopf, en cambio, dijo en su campechano alemán del norte:

—Tú déjate de metabolismos... ¡No queremos saber nada de esas cosas!

El joven se echó a reír y, sonrojándose por tercera vez, miró el plato de Tony.

Varias veces había pronunciado el comandante el nombre de su hijo, pero Tony seguía sin entenderlo. Era algo así como «Moor» o «Mord»....²⁰ imposible averiguarlo con aquella pronunciación del viejo, que relajaba los finales, alargaba las vocales y sonorizaba las consonantes, como es típico del Plattdeutsch.

Al terminar la merienda, mientras Dietrich Schwarzkopf (sentado cómodamente mirando al sol, con la chaqueta muy abierta y luciendo el chaleco blanco) y su hijo encendían sus cortas pipas de madera y Tom volvía a echar mano de sus cigarrillos, los jóvenes entablaron una animada conversación sobre sus años escolares y las anécdotas de entonces, en la que también Tony intervino de buen grado. Citaron, cómo no, al señor Stengel. «Te dije que hicieras una línea, hijo..., ¿y qué me haces? ¡Una daya!» Era una lástima que Christian no hubiese venido con ellos; él sabía imitarlo mucho mejor...

En cierto momento, Tom señaló las flores que su hermana tenía delante y le dijo:

—El señor Grünlich diría: «Son un gozo para la vista».

Tony, roja de ira, le dio un golpe en el costado y lanzó una tímida mirada de reojo al joven Schwarzkopf.

Aquel día habían tomado el café mucho más tarde que de costumbre y llevaban largo rato charlando. Ya eran las seis y media, y la tarde comenzaba a caer por detrás de Priwall cuando el comandante se levantó de la mesa.

—Me disculparán los señores —dijo—, todavía tengo trabajo en la comandancia. Cenamos a las ocho, si les parece bien. Hoy un poco más tarde tal vez... ¿Qué te parece, Meta?... Y tú... y volvió a pronunciar el nombre del hijo— no te quedes por aquí como un pasmarote. Salte fuera y sigue estudiando los huesos esos que estudias. Mamsell Buddenbrook tendrá que deshacer el equipaje... O si los señores desean bajar a la playa... En fin, no incordies.

—Dietrich, por Dios, ¿por qué no iba a quedarse aquí un rato más? —intervino la señora Schwarzkopf en tono de reproche—. Y si los señores quieren bajar a la playa, ¿por qué no iba a acompañarles? Está de vacaciones, Dietrich... ¿Por qué no iba a disfrutar él también de nuestros huéspedes?

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, Tony se despertó en su habitación, pequeña y muy limpia, con los muebles cubiertos por una tela clara de algodón de florecillas, y sintió la emocionada alegría de quien abre los ojos a una vida nueva.

Se sentó en la cama y, abrazándose las rodillas con las manos, echó hacia atrás la cabeza, toda despeinada, guiñó los ojos para mirar los cegadores rayos de luz del día que se colaban en la habitación por entre las rendijas de los postigos, y se deleitó rememorando todas las experiencias que había vivido el día anterior.

²⁰ *Moor* significa literalmente «pantano, ciénaga»; *nord*, «asesinato». (*N de la T*).

Ni en uno solo de sus pensamientos hubo lugar para la persona del señor Grünlich. La ciudad y su horrible escena en el salón de los paisajes y las exhortaciones de la familia y del reverendo Kölling habían quedado muy atrás. Ahora despertaría allí cada mañana sin ninguna preocupación... Los Schwarzkopf eran gente adorable. La noche anterior le habían preparado ponche de naranja y todos habían brindado por una feliz convivencia. El viejo Schwarzkopf les había obsequiado con algunas historias del mar y los marineros, y el joven había contado cosas de Gotinga, donde estudiaba... Lo que no dejaba de ser curioso es que siguiera sin saber cuál era su nombre de pila. Había prestado mucha atención, pero no habían vuelto a pronunciarlo durante la cena, y no le había parecido de recibo preguntarlo. Se esforzó en descifrar lo que había entendido ¡Por Dios! ¿Cómo se llamaba? ¿Moor? ¿Mord? Por cierto, le había gustado mucho el tal Moor o Mord o como fuera. Qué sonrisa tan pícaro y a la vez tan bonachona había puesto cuando, para pedir agua, lo había expresado con unas letras y unos numeritos detrás, haciendo enfadar al viejo. Pero es que ésa era la fórmula química del agua..., ahora bien, no del agua de allí, porque la fórmula para aquel fluido que bebían en Travemünde debía de ser mucho más compleja... Claro que la máxima autoridad tenía sus propias ideas acerca del agua dulce ...Y ahí había recibido una nueva amonestación paterna por hablar de la autoridad en un tono irreverente. La señora Schwarzkopf se había pasado la velada buscando señales de admiración en el rostro de Tony y, en efecto, era un placer escuchar al joven: era divertido y a la vez muy culto... Y se había mostrado muy atento con ella... Ella se había quejado de que, después de comer, se notaba la cabeza muy caliente, quizá porque le llegaba demasiada sangre... ¿Y qué había respondido él? La había examinado con la mirada y había confirmado que las arterias de las sienes se veían bien colmadas; ahora bien, eso no excluía la posibilidad de que no le llegase suficiente sangre o suficientes glóbulos rojos a la cabeza... Incluso era posible que estuviese un poco anémica...

El cuco del reloj salió disparado de su ventanita de madera tallada y su voz aguda y hueca cantó repetidas veces: «Siete, ocho, nueve —contó Tony—. ¡Arriba!».Y, acto seguido, saltó de la cama y abrió los postigos. El cielo estaba algo cubierto pero lucía el sol. Más allá del Leuchtenfeld, la lengua de tierra donde estaba el faro, se veía una amplia franja de mar rizada que, delimitada a la izquierda por la curva de la costa de Mecklemburgo, se extendía en jirones verdosos y azules hasta confundirse con el horizonte neblinoso. «Luego bajaré a darme un baño —pensó Tony—, pero antes he de desayunar fuerte, no vaya a ser que el metabolismo acelerado me haga perder más peso.»Y se dispuso a lavarse y vestirse, siempre sonriendo y con rápidos y alegres movimientos.

Serían las nueve y media pasadas cuando salió del dormitorio. La puerta de la habitación donde había pasado la noche Tom estaba abierta; él había regresado a la ciudad muy temprano. Hasta el piso de arriba, con lo alto que era, llegaba el aroma del café.

Éste parecía ser el olor característico de aquella casita; se hacía más intenso a medida que Tony bajaba por la escalera (provista de una sencilla barandilla de madera lisa) y, ya en la planta baja, recorría el pasillo, que daba al salón comedor y al despacho del comandante. Descansada y de excelente humor, ataviada con su vestido de piqué blanco, llegó a la veranda.

La señora Schwarzkopf y su hijo estaban sentados solos en la misma mesa donde habían tomado el café el día anterior, y de la que ya habían

retirado sus platos del desayuno. La madre se había puesto un delantal de cuadros azules encima del vestido marrón. Tenía delante un cestillo en el que guardaban las llaves.

—Mil perdones —dijo, poniéndose de pie de inmediato— por no haberla esperado, Mamsell Buddenbrook. La gente sencilla acostumbramos a madrugar. Hay tantas cosas que hacer... Schwarzkopf ya está en su oficina... No se ha enfadado, ¿verdad, Mamsell?

Tony, a su vez, también se disculpó:

—No crea que siempre duermo hasta tan tarde. Me remuerde la conciencia. Es que el ponche de anoche...

Aquí, el joven Schwarzkopf se echó a reír. Estaba de pie, con la pipa de madera en la mano, detrás de la mesa. Tenía delante el periódico.

—Sí, usted tiene la culpa —dijo Tony—, buenos días. Como no hacía más que brindar conmigo... Ahora me merezco que se me haya enfriado el café. Ya tendría que haber desayunado y haber bajado a bañarme...

—No, no, eso sería demasiado temprano para una joven señorita. A las siete estaba todavía muy fría el agua, ¿sabe? Once grados... es un cambio demasiado brusco después del calor de la cama.

—¿Cómo sabe usted que me gusta bañarme en agua más templada, monsieur? —Y Tony se sentó a la mesa—. ¡Qué detalle, señora Schwarzkopf! Si me ha conservado caliente el café... Ya me sirvo yo, muchas gracias.

La señora se quedó mirando cómo su invitada tomaba los primeros bocados del desayuno:

—¿Ha dormido bien Mamsell en su primera noche? ¡Ay, madre! Los colchones están hechos con algas secas... Somos gente sencilla... En fin, le deseo buen provecho y una feliz mañana. Seguro que Mamsell encuentra a numerosos conocidos en la playa... Si quiere puede acompañarla mi hijo. Le ruego que me disculpe por no quedarme a hacerle compañía, pero debo ocuparme de la comida... Tengo salchichas si usted... Le ofreceremos lo mejor que tengamos.

—Me mantengo fiel a la miel en panal —dijo Tony cuando los jóvenes se quedaron a solas—. Ya ve, así sabe uno lo que come... El joven Schwarzkopf se levantó y dejó la pipa sobre la barandilla de la veranda.

—Fume si quiere. No se preocupe, no me molesta. Cuando bajo a desayunar en casa, ya está el salón lleno del humo de los puros de mi padre... Dígame una cosa —preguntó de repente—, ¿es cierto que un huevo alimenta lo mismo que un cuarto de libra de carne?

El joven se iba sonrojando cada vez más.

—¿Me está tomando el pelo, señorita Buddenbrook? —preguntó medio en broma, medio enfadado—. Ayer aún tuve que soportar una regañina de mi padre por darme importancia con mis pedanterías médicas, como él dice.

—¡Pero si se lo he preguntado con la mejor intención del mundo! —Tony dejó de comer por un instante—. ¿Darse importancia? ¡Cómo puede decir eso! Yo quería aprender algo... ¡Ay, qué tonta soy! Ya lo ve. En el internado de Sesemi Weichbrodt siempre estaba entre las más vagas. Y usted, según creo, sabe tantas cosas... —y, para sus adentros, recordaba: «¿Darse importancia? Cuando uno está entre gente que no conoce, muestra su mejor cara, mide sus palabras e intenta agradar, eso es normal...».

—Bueno, en cierto modo su pregunta es acertada... —explicó él entonces, muy halagado—, en lo que respecta a determinadas sustancias...

Y, a continuación, mientras Tony desayunaba y el joven Schwarzkopf seguía fumando su pipa, comenzaron a hablar de Sesemi Weichbrodt, de la época que la joven había pasado en el internado, de sus amigas, Gerda

Arnoldsen, que había vuelto a Ámsterdam, y de Armgard von Schilling, cuya casa blanca se veía desde la playa, al menos cuando hacía buen tiempo...

Más tarde, cuando Tony hubo terminado y se estaba limpiando los labios con la servilleta, señaló el periódico y preguntó:

—¿Y bien? ¿Alguna noticia?

El joven Schwarzkopf se echó a reír y meneó la cabeza con un gesto de compasión un tanto burlona.

—Ay, no... ¿Qué va a poner ahí? ¿Sabe usted? El *Städtische Anzeigen* es un periódico que podría ir directamente a la basura.

—Oh... Pues papá y mamá llevan toda la vida comprándolo.

—¿Y qué? —dijo él y se sonrojó—. Yo también lo leo, como puede ver, aunque sólo cuando no tengo otra cosa a mano. Pero enterarme de que el comerciante tal o cual tiene la intención de celebrar sus bodas de plata no me conmueve especialmente... Sí, sí, usted ríase... Pero debería leer otros periódicos, por ejemplo el *Königsberger Hartungsche Zeitung* o el *Rheinische Zeitung*... ¡Ya vería como encontraba otras cosas! Diga lo que diga el rey de Prusia...

—¿Qué es lo que dice?

—Ay, no..., lo siento pero no puedo citar eso delante de una señorita. —Y se sonrojó una vez más—. Es que ha hecho unos comentarios bastante duros contra este tipo de diarios —prosiguió con una sonrisa irónica un tanto exagerada que, por un momento, causó cierto apuro a Tony—. No son lo que se dice muy amables con el gobierno, ¿sabe? Ni con la nobleza ni con el clero ni con los terratenientes... Y se las ingenian muy bien para burlar la censura.

—Ya veo, ya... ¿Y usted? ¿También es usted poco amable con la nobleza?

—¿Yo? —preguntó él en un verdadero aprieto.

Tony se puso de pie.

—En fin, ya hablaremos de eso en otra ocasión. ¿Qué tal si ahora bajase a la playa? Mire, el cielo se ha despejado casi por completo. No creo que vaya a llover hoy. Me muero de ganas de tirarme al agua de nuevo... ¿Me acompaña?

CAPÍTULO VII

Tony se había puesto su gran pamelita de paja y había abierto la sombrilla, pues hacía mucho calor a pesar de la suave brisa del mar. El joven Schwarzkopf, con su sombrero de fieltro gris y un libro en la mano, caminaba a su lado y la miraba de reojo de vez en cuando. Recorrieron toda la *Vorderreihe*, fueron paseando por los jardines del Casino, cuyos senderos de gravilla a través de la rosaleda se encontraban a esa hora desiertos y a pleno sol, y vieron el quiosco de la música, escondido entre coníferas y ahora en absoluto silencio, que quedaba justo enfrente del edificio central del Casino, de la confitería y de las dos villas comunicadas por una larga galería común. Serían las once y media; los bañistas aún se encontrarían en la playa.

Los dos jóvenes dejaron atrás el parque infantil con sus bancos y su enorme columpio, pasaron junto al pabellón de los baños calientes y lentamente se adentraron en el *Leuchtenfeld*. El sol calentaba la hierba y hacía que del suelo brotase el característico olor a tréboles y a toda suerte de plantas silvestres, entre las cuales se escuchaba el zumbido de las

moscas azules que revoloteaban y se posaban aquí y allá. Desde el mar llegaba un murmullo apagado y monótono, y en la lejanía brillaba de tanto en tanto una nubecilla de espuma.

—¿Qué es lo que lee usted todo el tiempo? —preguntó Tony. El joven cogió el libro con las dos manos y lo hojeó rápidamente de atrás hacia delante.

—Bueno, nada que usted pudiera leer, señorita Buddenbrook. Sólo habla de sangre y vísceras y otros horrores parecidos... Mire, aquí habla del edema pulmonar, que viene a ser una forma de encharcamiento de los pulmones. Los alvéolos del pulmón se llenan de una sustancia acuosa; es algo muy grave que se produce con frecuencia al contraer una pulmonía. En casos extremos, impide respirar y el enfermo muere sin remedio. Y todo eso está tratado aquí con total frialdad, de principio a fin...

—¡Buf! Claro que si uno quiere ser médico... Haré lo posible para que se convierta usted en nuestro médico de cabecera cuando el doctor Grabow se retire. ¡Se lo advierto!

—Ja, ja... Y usted, señorita Buddenbrook, ¿qué lee, si me permite que se lo pregunte?

—¿Conoce a Hoffmann? —preguntó Tony.

—El de las historias del maestro de capilla Kreisler y «El caldero de oro». Sí, es bueno. Pero, ¿sabe una cosa? Me da un poco la sensación de que es una lectura para señoras. Los hombres de hoy en día deben leer otras cosas.

—Ahora sí que tengo que preguntarle una cosa —dijo Tony después de avanzar unos cuantos pasos más y decidirse por fin a formular la pregunta—. Dígame, ¿cuál es su nombre de pila? No he sido capaz de entenderlo ninguna de las veces... y me pone realmente nerviosa. He estado dándole vueltas...

—¿Ha estado dándole vueltas?

—Pues... ¡no me lo ponga más difícil todavía! Ya sé que no es correcto preguntárselo así, pero siento una gran curiosidad... También es cierto que puede usted no revelármelo jamás, no sería necesario.

—Bueno: me llamo Morten —dijo, y se sonrojó mucho más que ninguna de las veces anteriores.

—¿Morten? ¡Qué bonito!

—En fin, bonito...

—Por Dios, claro que sí. Mucho más bonito que llamarse Juan o Pedro. Tiene algo especial, como extranjero...

—Es usted una romántica, Mademoiselle Buddenbrook. Ha leído demasiado a Hoffmann. Verá, la explicación es muy sencilla: mi abuelo era medio noruego y se llamaba Morten. Me bautizaron así por él. Eso es todo.

Tony siguió caminando con cuidado por entre los juncos crecidos y punzantes que bordeaban la arena. Ante ellos se extendía la hilera de casetas de madera, con sus típicos tejados cónicos, y más allá, más cerca del agua, se veían múltiples sillones de mimbre con capota en torno a los cuales se agrupaban las familias: señoras con binóculos de sol de cristales azules leyendo libros tomados en préstamo de la biblioteca local, caballeros con traje claro haciendo dibujos en la arena con sus bastones, y niños bronceados con grandes sombreros de paja jugando con sus cubos y sus palas, revolcándose por la arena, cavando hoyos para sacar agua, construyendo túneles y castillos, haciendo flanes de arena con toda suerte de moldecitos de madera, chapoteando entre las olas de la orilla con las piernas desnudas o echando barquitos... A la derecha, el edificio de madera de la gran casa de baños parecía meterse en el mar.

—Así vamos directamente hacia la caseta de los Móllendorff —dijo Tony—; mejor será que nos desviemos un poco.

—Encantado..., pero querrá usted unirse a los señores. Yo iré a sentarme allí atrás, en aquellas rocas.

—¿Unirme? Sí, bueno, no tengo más remedio que ir a darles los buenos días. Pero sepa usted que lo hago muy a disgusto. He venido aquí para que me dejen en paz...

—¿Para que la dejen en paz? ¿Quién?

—¡Madre mía! ¡Quién!

—Verá, señorita Buddenbrook, yo también tengo que preguntarle una cosa... Pero más tarde, ya habrá ocasión en otro momento. Ahora permítame que le diga adiós. Me sentaré allí atrás, en las rocas.

—¿No quiere que le presente, señor Schwarzkopf? —preguntó Tony dándose importancia.

—No, ay no... —se apresuró a replicar Morten—. Se lo agradezco mucho. Yo apenas tengo nada que ver con ellos, ¿sabe? Me sentaré allí atrás, en las rocas.

El grupo hacia el que se dirigió Tony mientras Morten Schwarzkopf, con su libro en la mano, tomaba el camino hacia los grandes bloques de piedra bañados por el mar, junto a la casa de baños, era bastante numeroso: un grupo instalado ante la caseta de la familia Móllendorff y compuesto por miembros de ésta, así como de los Hagenström, los Kistenmaker y los Fritsche. Con excepción del cónsul Fritsche de Hamburgo, el dueño de todo aquello, y de Peter Döhlmann, el *suitier*, todo eran señoras y niños, pues era un día laborable y la mayoría de los caballeros estaban en la ciudad cumpliendo con sus respectivas ocupaciones. El cónsul Fritsche, un hombre de cierta edad y rostro distinguido, sin barba, estaba dentro de la caseta, que tenía las puertas abiertas, observando con su catalejo un velero que se distinguía en lontananza. Peter Döhlmann, con un sombrero de paja de ala ancha y una barba al estilo de los marineros, estaba de pie charlando con las señoras, acomodadas en la arena sobre alguna manta de viaje o en pequeñas tumbonas de lona: la senadora Móllendorff, de soltera Langhals, que no sabía cómo colocarse unos impertinentes de mango muy largo, con sus cabellos grises en desorden; la señora Hagenström con Julchen, que se había quedado muy bajita pero que, al igual que su madre, ya llevaba pendientes de brillantes; la señora consulesa Kistenmaker con su hijita y la consulesa Fritsche, una señora bajita y regordeta que se consideraba la anfitriona de todos los veraneantes (colorada y agotada, cumplía religiosamente con su obligación de organizar constantes reuniones sociales, fiestas infantiles, tómbolas y jornadas de vela). Su acompañante, contratada para leerle en voz alta, se sentaba a una cierta distancia. Los niños jugaban en la orilla.

Kistenmaker & Hijos era la empresa de vinos que, en los últimos años, había comenzado a relegar a un segundo plano a C. F. Köppen, antaño tan de moda. Los dos hijos, Eduard y Stephan, ya trabajaban en el negocio paterno. El cónsul Döhlmann carecía por completo de los exquisitos modales que caracterizaban, por ejemplo, a un Justus Kröger; él era un *suitier* campechano, por así decirlo, un *suitier* cuya especialidad consistía en cierta dosis de grosería sin malas intenciones y que se tomaba muchas libertades con sus contertulios porque tenía la seguridad de que, sobre todo las contertulias, le tenían en gran estima, por considerar que aquellas maneras desenfadadas, descaradas y ruidosas hacían de él «un tipo original». Una vez en que, durante una cena en casa de los Buddenbrook, uno de los platos

tardaba mucho en salir de la cocina, con el consiguiente apuro de la anfitriona y desasosiego de los comensales sin nada que hacer, Dóhlmann supo romper la tensión del momento gritando hacia el otro extremo de la mesa con aquel vozarrón suyo: «¡Bueno, consulesa, por mi parte, cuando quieran!». Ese mismo vozarrón se oía justo en ese instante, en que contaba diversas anécdotas picantes, aderezadas con giros en Plattdeutsch. La senadora Móllendorff, exhausta y fuera de sí de tanto reírse, no paraba de decir: «¡Ay, por Dios, señor cónsul, cállese usted un rato!». Tony Buddenbrook fue recibida con frialdad por parte de los Hagenström y con gran cordialidad por parte de todos los demás. Hasta el cónsul Fritsche bajó corriendo los escalones de la caseta, pues tenía la esperanza de que, si no ya aquel verano, al menos al siguiente, los Buddenbrook contribuyesen a que la playa se llenase de nuevo de gente.

—A sus pies, Mademoiselle —dijo el cónsul Dóhlmann articulando las palabras lo mejor que pudo, ya que sabía que la señorita Buddenbrook no sentía especial predilección por sus maneras. —¡Mademoiselle Buddenbrook!

—¡Usted aquí!

—¡Qué maravilla!

—¿Y desde cuándo?

—¡Y qué atuendo tan divino!

Y lo entonaban con acento del norte.

—¿Y dónde se aloja usted?

—¿En casa de los Schwarzkopf?

—¿En casa del práctico del puerto? —¡Qué original!

—¡Original sí que es!

De nuevo, con acento del norte.

—¿Dice que se aloja usted en el pueblo? —repitió el cónsul Fritsche, dueño del Casino, sin que se notase en absoluto lo penoso que eso resultaba para él.

—¿Nos hará el honor de acudir a nuestra próxima reunión? —preguntó su esposa.

—Oh, sólo ha venido a Travemünde por poco tiempo... —apuntó otra señora.

—¿No le parece a usted, querida, que los Buddenbrook son un poco... demasiado especiales? —le dijo por lo bajo la señora Hagenström a la senadora Móllendorff.

—¿Y cómo no se ha bañado todavía? —preguntó alguien—. ¿Alguna de las jóvenes damas tampoco se ha bañado todavía? ¿Mariechen? ¿Julchen? ¿Luischen? Ni que decir tiene que sus amigas la acompañarán encantadas, señorita Antonie.

Algunas jóvenes se apartaron del grupo para acompañar a Tony al agua, y Peter Dóhlmann no pudo resistirse a escoltarlas hasta allí.

—¡Madre de Dios! ¿Te acuerdas de cuando íbamos juntas al colegio? —preguntó Tony a Julchen Hagenström.

—Sí, usted siempre me hacía rabiarse —dijo Julchen con una sonrisa bondadosa.

Se dirigieron por la parte interior de la playa hacia la pasarela de madera (con listones alineados de dos en dos) de la casa de baños y, al pasar junto a las rocas donde estaba sentado Morten Schwarzkopf con su libro, Tony le saludó varias veces con un rápido movimiento de cabeza. Alguien preguntó:

—¿A quién saludas, Tony?

—Ah, era el joven Schwarzkopf. Me ha acompañado hasta aquí.

—¿El hijo del comandante? —preguntó Julchen Hagenström, y sus brillantes ojos negros lanzaron una mirada escrutadora a Morten, quien, a su vez, observaba a aquella gente elegante con gesto melancólico. Tony, sin embargo, dijo en voz bien alta:

—Pues yo lo que lamento es que no esté aquí, por ejemplo, August Móllendorff... La playa debe de estar la mar de aburrida los días de diario...

CAPÍTULO VIII

Así comenzaron unas felices semanas de veraneo para Tony Buddenbrook, las más divertidas y agradables que había vivido jamás en Travemünde. Floreció de nuevo, ningún peso oprimía ya su corazón; sus palabras y sus movimientos recuperaron la frescura y la despreocupada alegría de vivir que la caracterizaban. El cónsul se sentía muy complacido cuando acudía a visitarla los domingos en compañía de Tom y Christian. Iban juntos a comer a la *table d'hôte*, tomaban café bajo el toldo de la confitería, con la música del quiosco de fondo, y se entretenían mirando cómo, en el interior del Casino, la gente divertida como Justus Kröger o Peter Di;hlmann se agolpaba alrededor de la ruleta. El cónsul no jugaba jamás.

Tony tomaba el sol, se bañaba, comía salchichas con salsa de miga de pan de especias y daba largos paseos con Morten: por la avenida hasta el pueblo vecino, a lo largo de la playa hasta el «templo del mar», una especie de pabellón rústico con unas espléndidas vistas al mar y a todo el paisaje de la zona, o por el bosquecillo que se alzaba por detrás del Casino y en cuya cima estaba la gran campana con la que anunciaban la hora de comer en la *table d'hôte*... O bajaban remando por el Trave hasta Priwall, donde se podía encontrar ámbar.

Morten era un acompañante muy agradable, si bien sus opiniones eran un tanto radicales y pesimistas. Juzgaba todas las cosas con gran severidad y rectitud y expresaba sus veredictos con determinación, aunque siempre sonrojándose. Tony se afligía y le reprendía cuando él, con gesto un tanto desmañado pero tajante, declaraba que todos los nobles eran unos idiotas y unos miserables; aunque también se sentía muy orgullosa de que él sintiera con ella tanta libertad y confianza como para confesarle las opiniones que ocultaba a sus padres. Una vez, Morten le dijo:

—He de contarle una cosa más: en mi cuarto de Gotinga tengo un esqueleto completo..., ya sabe, un esqueleto humano, que mantengo precariamente armado con unos alambres. Un día..., ja, ja..., un día le puse un uniforme de policía. ¿No le parece genial? Eso sí, por Dios, ino se lo diga a mi padre!

Era inevitable que Tony se encontrase a menudo con sus conocidos de la ciudad, ya fuera en la playa o en el Casino, o que se viera obligada a asistir a tal o cual reunión social o jornada de vela. Morten, entonces, se quedaba sentado «en las rocas». Desde el primer día, aquellas rocas habían dado lugar a una expresión que sólo ellos dos entendían. «Sentarse en las rocas» era sinónimo de «quedarse solo y aburrirse». Si, por ejemplo, hacía un día de lluvia que envolvía todo el mar con un velo gris hasta tal punto que se confundía con el cielo, también gris y pesado, un día que transformaba la

arena en una esponja empapada e inundaba los caminos, entonces Tony decía:

—Hoy vamos a tener que quedarnos sentados en las rocas los dos..., mejor dicho, en la veranda o en el cuarto de estar. No le va a quedar otro remedio, Morten, que enseñarme esas canciones estudiantiles—suyas..., y mire que eso me aburre mortalmente.

—Sí —respondía Morten—, sentémonos. Pero sepa que, si está usted presente, dejarán de ser rocas.

Cabe señalar que sólo decía esas cosas cuando no estaba su padre cerca; su madre sí podía oírlas.

—¿Qué hay? —decía el comandante cuando, después de comer, Tony y Morten se levantaban de la mesa al mismo tiempo y se apresuraban a marcharse—. ¿Adónde van los señores esta tarde?

—La señorita Antonie me ha permitido que la acompañe al Seetempel.

—¿Ah, te lo ha permitido? Vamos a ver, hijo, ¿no sería más provechoso, a fin de cuentas, que te sentaras en tu cuarto a repasar el sistema nervioso? Para cuando regreses a Gotinga, se te habrá olvidado todo.

La señora Schwarzkopf, en cambio, decía con dulzura:

—Dietrich, por Dios, ¿por qué no iba a poder acompañarla? Si está de vacaciones, ¿por qué no iba a disfrutar él también de nuestra huésped? Y los jóvenes se marchaban.

Paseaban por la playa, muy cerca de la orilla, por esa zona donde la arena, siempre mojada por el agua, está muy lisa y dura y es ideal para caminar; donde se encuentran múltiples conchas comunes, blancas y pequeñas, y otras más grandes, alargadas y nacaradas; y brillantes algas de color amarillo verdoso con vesículas redondas y huecas que estallan al pisarlas; y medusas, tanto de las corrientes y transparentes como de las rojizas, que son venenosas y nos queman la piel si las rozamos con una pierna al bañarnos.

—No se imagina usted lo tonta que era yo antes —dijo Tony—. Quería sacar las estrellas de colores que se ven en el interior de las medusas. Así que me llevé un montón de medusas a casa, envueltas en un pañuelo, y las coloqué con mucho mimo en la terraza, al sol, para que se evaporase el agua y así quedaran sólo las estrellas. Eso creía yo... Cuando volví a mirar no había más que un inmenso charco... y cierto olor a algas podridas, eso sí...

Caminaban acompañados por el rítmico murmullo de las olas que rompían suavemente a lo largo de esa orilla, con esa brisa fresca y salada que allí sopla sin ningún obstáculo y nos da en la cara y envuelve nuestros oídos y trae consigo un agradable mareo, una suave sensación de aturdimiento... Arrullados por esta inmensa paz caminaban junto al mar, el mar que confiere a cualquier pequeño ruido, cercano o lejano, un significado misterioso.

A su izquierda se encontraban los abruptos acantilados de tierra arcillosa y rocalla, de un aburrido color amarillento y constantemente deformados por nuevas aristas que impedían ver el sinuoso perfil de la costa. En un punto en que la playa se tornaba demasiado pedregosa, treparon hasta lo alto del bosquecillo para seguir por allí el camino hacia el Seetempel. Este «templo del mar» era un pabellón redondo hecho de troncos huecos y tablas en cuyo interior se veían toda suerte de inscripciones sobre la madera: firmas, iniciales, corazones, poemas... Tony y Morten entraron en una de las pequeñas cámaras separadas que daban al mar, y en las que olía a madera como en las cabinas de la casa de baños, y se sentaron sobre el estrecho banco de tosca madera que había al fondo.

A aquella hora de la tarde reinaban allí arriba un profundo silencio y una atmósfera de solemnidad. Se oía gorjear a algunos pájaros y el suave murmullo de los árboles se confundía con el del mar, que se extendía mucho más abajo de donde se encontraban ellos y en cuyo lejano horizonte se dibujaba el mástil de un barco. Al ponerse a resguardo del viento, que se había adueñado de sus oídos hasta entonces, de pronto tomaron conciencia de aquel silencio que invitaba a la reflexión.

Tony preguntó:

—¿Viene o se va?

—¿Cómo? —dijo Morten con voz adormecida, y a continuación, como si despertase de su profunda ausencia, se apresuró a contestar—: ¡Se va! Es el Bürgermeister Steenbock que se dirige a Rusia. ¡No me gustaría ir a bordo! —añadió después de una pausa—. Allí las cosas deben de ser todavía más horribles que aquí.

—¡No siga! —dijo Tony—. Ni se le ocurra retomar una vez más el tema de los nobles, Morten..., lo estoy leyendo en su cara. No es nada bonito por su parte... ¿Acaso ha conocido a alguno?

—¡No! —exclamó Morten casi indignado—. ¡A Dios gracias!

—Ya, ¿lo ve? Pues yo sí. A una chica, en cualquier caso: Armgard von Schilling, la que vive allí enfrente y de quien ya le he hablado alguna vez. La verdad es que era más buena que usted y que yo, apenas tenía conciencia de que su apellido incluía un «von», y le gustaba comer salchicha ahumada y hablar de sus vacas...

—¡No me cabe duda de que habrá excepciones, señorita Tony! —añadió él acalorado—. Pero escuche, usted es una señorita y lo ve todo desde su perspectiva personal. Conoce a un noble y dice: «¡Pero si es una bella persona!». Y será cierto..., ¡pero no es necesario conocer a ninguno para condenarlos a todos! Porque se trata del principio, ¿me entiende? De la institución en sí. Claro, a esto no me puede replicar, ¿verdad? ¿Acaso basta con que un hombre nazca dentro de una determinada clase para que se le considere noble, un elegido que puede permitirse mirar con desprecio y por encima del hombro a los que intentamos llegar a su altura por nuestros méritos personales? —Morten hablaba con una indignación inocente y exenta de maldad; intentaba acompañarse de gestos con las manos y, como él mismo se daba cuenta de lo torpes que eran, desistía. Pero siguió hablando. Estaba inspirado. Estaba sentado inclinado hacia delante, con uno de los pulgares encajado entre los botones de su zamarra, y sus ojos bondadosos habían adoptado una expresión de rebeldía—. Nosotros, la burguesía, el tercer estado, como se nos ha llamado hasta ahora, queremos que sólo exista una nobleza cimentada en los propios méritos, no reconocemos a la nobleza ociosa, nos negamos a aceptar el sistema de clases imperante... Queremos que todos los hombres sean libres e iguales, que nadie esté sometido a otra persona, sino que todos seamos súbditos de la ley... ¡Que desaparezcan los privilegios y el despotismo! ¡Todos! los hombres deben ser hijos del Estado, todos con los mismos derechos, y del mismo modo que ya no existe mediación alguna entre el hombre y el buen Dios, todo ciudadano debe guardar una relación directa con el Estado! ¡Queremos la libertad de prensa, de industria, de comercio! ¡Queremos que todos los hombres puedan competir entre sí en igualdad de condiciones, y que sólo sean coronados por sus logros! Y, sin embargo, estamos sometidos, amordazados... ¿Qué iba a decir? Ah, sí, esté bien atenta: hace cuatro años se renovaron las leyes federales relativas a la universidad y la prensa... ¡Bonitas leyes! No está permitido escribir ni enseñar ninguna verdad que pueda chocar en algún

punto con el orden vigente... ¿Lo entiende? A la verdad se le cortan las alas, no llega a ser expresada... ¿y por qué? Por mor de ese orden idiota y pasado de moda que hace agua por todas partes y que, antes o después, terminará siendo abolido. Creo que no alcanza usted a comprender en qué consiste la vileza de esta medida... La violencia, esa violencia tonta y brutal que ejerce actualmente la policía, que carece por completo de la capacidad para ver lo espiritual y lo nuevo... No, al margen de todo esto quiero decirle una cosa más: ¡el rey de Prusia ha cometido una injusticia terrible! En tiempos, en el año trece, cuando los franceses habían ocupado gran parte de Alemania, nos llamó y nos prometió que tendríamos una Constitución... y fuimos y liberamos Alemania... —Tony, que le miraba de soslayo, con la barbilla apoyada en las manos, se paró un instante a pensar seriamente si era posible que Morten hubiese contribuido a expulsar a Napoleón de Alemania —. ¿Y cree que llegó a cumplir su promesa alguna vez? ¡Ah, no! El rey actual es todo él buenas palabras, un soñador, un romántico..., como usted, señorita Tony. Porque fijese en lo que sucede: los filósofos y los poetas consideran superada y obsoleta una verdad, una visión del mundo, un principio, y entonces viene un rey que justo acaba de descubrir esa verdad y considera que *justo* eso es lo más nuevo y lo mejor y, por lo tanto, que hay que obedecer a esa supuesta verdad en todo momento... ¡Así funciona la monarquía! Los reyes no son simples personas, sino personas sumamente mediocres que siempre se aferran a verdades más que superadas... Ay, con Alemania ha sucedido lo mismo que con aquellos que, en tiempos de las guerras de liberación, lucharon con todo su valor y entusiasmo juvenil en las hermandades estudiantiles, las *Burschenschaften*, y ahora, en cambio, se han convertido en despreciables conformistas aburguesados.

—Bueno, bueno —dijo Tony—. Lo que usted diga. Pero, permítame que le pregunte una cosa: ¿qué tiene que ver todo eso con usted? Si no es prusiano...

—¡Ay, viene a ser lo mismo, señorita Buddenbrook! Sí, la llamo por su apellido, y lo hago adrede... y, además, debería haber dicho «Demoiselle» Buddenbrook para hacer justicia a su posición... ¿Acaso cree que aquí somos más libres, más iguales o más hermanos que en Prusia? Barreras de clase, distancia, aristocracia... ¡lo mismo aquí que allá! Usted simpatiza con la nobleza. Oh, sí, ¿no lo sabía? Su padre es un gran señor y usted una princesa. Un abismo la separa a usted de nosotros, los otros, los que no pertenecemos a su círculo de familias pudientes y en el poder. Usted puede solazarse yendo a pasear un rato por la playa con uno de nosotros, pero cuando se integra de nuevo en su círculo de elegidos y privilegiados, ya puede uno ir a sentarse a las rocas... —el tono de su voz revelaba una excitación extraña.

—Morten —dijo Tony con tristeza—, después de todo, sí que se enfadó usted cuando fue a sentarse en las rocas... Pero yo le pedí que me dejase presentarle...

—¡Ay, no lo tome otra vez como algo personal, desde su perspectiva de señorita! Hablo del principio general... Digo que aquí no impera un sentimiento de hermandad o humanidad mayor que en Prusia... E incluso si hubiese hablado por mí personalmente —prosiguió después de un breve silencio y en una voz más baja de la que, sin embargo, no había desaparecido aquella extraña excitación—, no lo habría hecho refiriéndome al presente, sino quizás al futuro..., a cuando usted, convertida en Madame Lo-que-sea, desaparezca del todo en su distinguido círculo y... se quede uno en las rocas para el resto de su vida.

Guardó silencio, y también Tony calló. Había dejado de mirarle y ahora tenía la mirada clavada en la pared de troncos, al otro lado. Reinó un tenso silencio durante bastante tiempo.

—¿Se acuerda... —retomó la conversación Morten— de que una vez le dije que tenía que hacerle una pregunta? Sí, verá..., debe saber que llevo dándole vueltas desde la primera tarde, desde que llegó usted... ¡No quiero que lo adivine! Es imposible que sepa a qué me refiero. Se lo preguntaré en otra ocasión, cuando sea el momento; no corre prisa y, en el fondo, no me incumbe en absoluto, es pura curiosidad... No, hoy sólo le revelaré una cosa... una cosa distinta. Mire.

Morten sacó del bolsillo de su zamarra el extremo de una delgada cinta de rayas de colores y miró a Tony a los ojos en una actitud entre expectante y triunfal.

—¡Qué bonito! —dijo ella sin entender nada—. ¿Qué significa?

Morten se lo explicó en tono solemne:

—Significa que, en Gotinga, soy miembro de una hermandad estudiantil. Ahora ya lo sabe.

También tengo una gorra con estos colores, pero durante las vacaciones se la he dejado puesta al esqueleto con uniforme de policía... porque aquí no puedo dejarme ver con ella, ¿comprende? Puedo contar con que me guardará el secreto, ¿verdad? Si mi padre se enterase, podría ocurrir alguna desgracia...

—Ni una palabra, Morten. Por supuesto, puede confiar en mí. Pero yo no sé nada de esas cosas... ¿Están todos ustedes conjurados contra la nobleza? ¿Qué es lo que quieren?

—¡Queremos la libertad! —dijo Morten.

—¿La libertad? —preguntó ella.

—Sí, claro, la libertad..., ¿sabe? ¡La libertad! —repitió él, haciendo un vago gesto con la mano, un tanto desmañado pero lleno de entusiasmo: hacia fuera, hacia abajo, más allá del mar..., y no hacia el lado en que la costa de Mecklemburgo delimitaba la bahía sino hacia el otro, hacia donde se veía el mar abierto extendiéndose en franjas verdes, azules, amarillas y grises cada vez más estrechas, ligeramente rizado, grandioso e insondable, para ir al encuentro con el horizonte.

Tony siguió con los ojos la dirección de la mano de Morten; y cuando no faltaba mucho para que las manos de ambos, que descansaban una junto a la otra sobre el tosco banco de madera, se uniesen, ambos dirigieron la vista hacia la misma lejanía del horizonte. Guardaron silencio durante largo rato, y a sus oídos sólo llegaba el tranquilo y lento murmullo del mar... De pronto,

Tony creyó compartir con Morten una idea muy amplia, indefinida, llena de promesas y de anhelo de lo que significaba «libertad».

CAPÍTULO IX

—Es curioso que uno no se aburra nunca a la orilla del mar, Morten. Imagine lo que sería pasar tres o cuatro horas tumbado boca arriba sin hacer nada, ni siquiera pensar en nada, en cualquier otro lugar...

—Sí, es cierto..., aunque he de reconocer que antes sí que me aburría algunas veces, señorita Tony, pero eso era hace semanas... Llegó el otoño, y

pronto lo harían también las primeras tormentas. Finos jirones de nubes de color gris surcaban el cielo a gran velocidad. El mar, revuelto y turbio; estaba cubierto de espuma hasta donde alcanzaba la vista. Grandes y fuertes olas se levantaban con una calma implacable y aterradora, se inclinaban majestuosamente formando un arco verde oscuro y brillante como el metal y rompían con estrépito sobre la arena.

La temporada había terminado definitivamente. La parte de la playa que solían poblar los bañistas y donde ahora ya se habían desmontado parte de las casetas parecía casi muerta, con tan sólo algunas capotas de mimbre dispersas. Tony y Morten, sin embargo, pasaban las tardes en una zona más apartada: allí donde la arena lindaba con altas paredes de roca arcillosa y donde las olas rompían en espuma al estrellarse contra el Möwenstein, la «roca de las gaviotas». Morten había construido una especie de murete de arena, bien prensada con las manos, y así Tony, ataviada ya con su fina chaqueta de otoño de color gris y con grandes botones, podía sentarse apoyando la espalda y cruzar los pies, que lucían medias blancas y zapatos atados con cintas. Morten se tumbaba de lado, mirando a la joven, con la barbilla apoyada en la mano.

De cuando en cuando, pasaba alguna gaviota en dirección hacia el agua, y allí se oía su chillido de rapaz. Se quedaban mirando las inmensas paredes verdes, cuajadas de algas, que formaban las olas al acercarse amenazadoras y romperse en mil pedazos contra la roca que se les oponía como un escudo..., el fragor de esa batalla enloquecida y eterna que nos vuelve sordos y mudos y anula por completo el sentido del tiempo. Por fin, Morten hizo un movimiento, como si él mismo acabara de despertarse, y preguntó:

—Entonces, ¿se marchará usted pronto, señorita Tony?

—No, ¿por qué? —dijo Tony ausente, sin entender la pregunta.

—En fin, estamos a diez de septiembre... En cualquier caso, pronto terminan también mis vacaciones... ¡Mucho tiempo no nos queda! ¿Tiene ya ganas de volver a ver a sus amigos de la ciudad? Dígame... ¿A esos caballeros con los que baila..., sin duda encantadores? No, tampoco es eso lo que quería preguntar. Pero ahora tiene que responderme a una cosa —dijo él recolocando la barbilla en la mano con un gesto de repentina determinación y mirándola directamente—. Es la pregunta que llevo postergando todo este tiempo, ¿sabe? Vamos allá: ¿quién es el señor Grünlich?

Tony se estremeció, le miró a la cara fugazmente y luego sus ojos vagaron sin rumbo fijo, como quien rebusca en la memoria un sueño lejano. En su interior despertó la misma sensación que había experimentado después de la proposición de Grünlich: se sintió importante.

—¿Eso es lo que quiere saber, Morten? —dijo en tono serio—. Pues se lo diré. Sepa que me resultó muy embarazoso que Tom mencionase ese nombre la primera tarde, pero ya que no es nuevo para usted... Resumiendo: el señor Grünlich, Bendix Grünlich, es un hombre de negocios amigo de mi padre, un acomodado comerciante de Hamburgo que ha venido a la ciudad a pedir mi mano... ¡Pero, no! —reaccionó ella enseguida a un movimiento de Morten—, yo le he rechazado, no he podido decidirme a darle el sí para toda la vida.

—¿Y por qué no lo hace..., si me permite preguntárselo? —dijo Morten con torpeza.

—¿Por qué? ¡Por Dios! ¡Porque no podía soportarle!—exclamó ella casi indignada—. Debería usted haberle conocido, saber qué aspecto tenía y cómo se comportaba... Entre otras cosas, llevaba unas barbas a la inglesa de color amarillo..., ¡qué cosa más artificial! Estoy convencida de que se las

peinaba con los mismos polvos que se usan para dorar las nueces en Navidad... Además, era muy falso. Adulaba a mis padres y sólo les decía lo que ellos querían oír, con una desvergüenza...

Morten la interrumpió.

—Pero, ¿qué significa...? Hay otra cosa que tiene usted que explicarme... ¿Qué significa «es un gozo para la vista»?

Tony se echó a reír con la risa nerviosa de una colegiala.

—¡Es que hablaba así, Morten! Él no decía: «¡Qué bonito!» o «¡Cómo adorna la habitación!», sino: «Es un gozo para la vista»... ¡Así de tonto es, créame! Además, resultaba verdaderamente agobiante, no me dejaba en paz, aunque yo no hiciera sino tratarle con sarcasmo. Una vez, me hizo una escena en la que sólo le faltó echarse a llorar... ¡Por favor!, un hombre que llora...

—Sin duda, la adoraba —dijo Morten en voz baja.

—¡Y qué me importa a mí eso! —exclamó ella asombrada, volviéndose hacia un lado con la espalda aún pegada al murete de arena.

—Es usted cruel señorita Tony... ¿Siempre es tan cruel? Dígame... Usted no podía soportar a ese tal señor Grünlich, pero, ¿ha sentido usted un afecto especial hacia alguna otra persona? A veces pienso: ¿será que tiene un corazón de hielo? Quiero decirle una cosa, y es tan cierta que puedo jurárselo: un hombre no es ningún tonto si llora porque usted no quiere saber nada de él. No estoy seguro, no estoy seguro en absoluto de que yo no hiciera lo mismo... ¿Lo ve? Es usted una criatura mimada, distinguida... ¿Siempre se burla usted de la gente que tiene a sus pies? ¿Es que tiene un corazón de hielo?

Tras el breve momento de hilaridad anterior, ahora, de repente, el labio superior de Tony comenzó a temblar. Miró a Morten con unos ojos muy abiertos y apesadumbrados que empezaban a brillar por las lágrimas y dijo con un hilo de voz:

—No, Morten, ¿eso piensa usted de mí?... No debe pensar eso de mí.

—¡Si yo no lo pienso! —exclamó Morten, con una carcajada que revelaba emoción y una alegría a duras penas disimulada. Se dio la vuelta por completo, de forma que quedó boca abajo junto a ella, se apoyó sobre los codos, tomó la mano de la joven entre las suyas y, completamente fascinado, la miró a la cara con sus bondadosos ojos de color azul acero—. ¿Y entonces... no se burlará de mí si le digo que...?

—Lo sé, Morten —le interrumpió ella en un susurro, mientras miraba de soslayo la mano que le quedaba libre, que jugueteaba con la arena blanca y suave.

—¡Lo sabe! Y usted... usted, señorita Tony...

—Sí, Morten, le tengo a usted en muy alta estima. Le aprecio mucho. Le aprecio mucho más que a todos los que conozco.

Morten se estremeció, hizo varios movimientos con los brazos y luego ya no supo qué hacer. Se puso en pie de un salto, volvió a echarse al suelo junto a ella y primero tartamudeó, luego se le quebró la voz, luego soltó un gallo y finalmente recuperó la voz y exclamó exultante:

—¡Ay, le doy las gracias, le doy las gracias! Créame, me siento más feliz de lo que lo he sido en toda mi vida... y empezó a besarle las manos. De repente, bajó la voz y dijo—: Pronto volverá usted a la ciudad, Tony, y mis vacaciones tocan a su fin dentro de quince días..., luego tengo que volver a Gotinga. A pesar de todo, ¿querrá prometerme usted que no olvidará esta tarde en la playa hasta que yo regrese... y sea médico... y pueda pedirle su mano a su padre, por difícil que sea? ¿Y que entre tanto no prestará atención

a ningún Grünlich? ¡Ay, no se prolongará mucho tiempo, ya lo verá!
Trabajaré como un... Y tampoco es tan difícil...

—Sí, Morten —dijo ella, feliz y absorta, mientras contemplaba los ojos, la boca y las manos de Morten, que sostenían las suyas... Él acercó la mano de la joven todavía más hacia su pecho y, con voz queda y suplicante, le dijo:

—¿Y no va usted a darme...? ¿No me concede una prueba de...?

Ella no respondió, ni siquiera le miró; sólo acercó un poco su cuerpo al de él, sin separarse del murete de arena, y Morten la besó en la boca lenta y largamente. Luego ambos clavaron la vista en la arena, cada uno en una dirección, presas de una vergüenza tremenda.

CAPÍTULO X

Mi muy querida Demoiselle Buddenbrook:

¡Cuánto hace desde que quien firma la presente tuvo el placer de contemplar por última vez el rostro de la joven más encantadora del mundo! Sirvan estas muy escasas líneas para expresarle que ese rostro no ha dejado de flotar en la memoria de un servidor y que, durante estas semanas de penosa incertidumbre, no he hecho sino recordar aquella deliciosa tarde en el salón de sus padres en la cual dejara escapar de sus labios una promesa, promesa a medias todavía, pudorosa... y, sin embargo, de cuánta dicha portadora. Desde entonces han transcurrido largas semanas durante las cuales ha permanecido usted retirada del mundo con la intención de recogerse y reflexionar, y albergo, pues, la esperanza de que este período de prueba se haya cumplido ya. El que abajo le expresa sus respetos se permite, mi querida Demoiselle, enviarle la presente sortijita como prenda de su tan entregada como eterna ternura. Con los más devotos cumplidos, bésole a usted la mano con todo mi cariño.

Suyo afectísimo,

GRÜNLICH

Querido papá:

¡Oh, Dios, cómo me he enfadado! Acabo de recibir de parte de Gr. la carta y el anillo que con ésta te adjunto, y hastame ha dado dolor de cabeza de la excitación y no se me ocurre mejor cosa que hacer que enviártelos otra vez a ti. Gr. no quiere entenderme, y puesto que eso que él tan poéticamente denomina «promesa» no lo es en absoluto, te ruego encarecidamente que, en pocas palabras, le hagas ver tú que, si hace seis semanas no estaba en disposición de darle el sí para toda la vida, ahora lo estoy mil veces menos, y que debe dejarme en paz porque se está poniendo en ridículo. A ti, e1 mejor de todos los padres, puedo decirte que estoy comprometida con otra persona, a otro hombre que me ama y a quien yo amo, tanto que apenas puedo expresarlo. ¡Oh, papá! Podría escribir páginas y páginas al respecto... Me refiero al señor Morten Schwarzkop% que estudia medicina y que, en cuanto sea doctor, pedirá mi mano. Sé que es costumbre casarse entre las familias de comerciantes; sin embargo, Morten justo forma parte de ese otro tipo de caballeros respetables: los hombres con estudios. No es rico, lo cual sin duda es importante para ti y para mamá, pero he de decirte, papá, que a

pesar de lo joven que soy, ya sé que la riqueza no siempre trae consigo la felicidad. Con mil besos se despide tu obediente hija,

ANTONIE

P D. El anillo es de oro bajo y bastante delgado, por lo que veo.

Mi querida Tony:

He recibido y leído tu carta. Respecto a lo que me pides, te hago saber que, como correspondía a mi deber, no he dejado de informar al señor Gr., de un modo muy sutil, sobre tu visión de las cosas; el resultado, no obstante, ha sido tal que me ha conmovido profundamente. Eres una mujer adulta y te encuentras en una situación tan seria que me veo obligado a exponerte las consecuencias que para el resto de tu vida podría conllevar un paso tomado a la ligera por tu parte. Has de saber que el señor Gr., al oír mis palabras, cayó en la desesperación y exclamó que te amaba tanto y que le resultaría tan sumamente difícil superar tu pérdida que estaba dispuesto a quitarse la vida si persistías en tu actitud. Dado que no puedo tomar en serio lo que me escribes sobre tu vinculación a otra persona, te ruego domines la excitación que te causara el recibir ese anillo y vuelvas a reflexionar con calma sobre todo ello. Mis convicciones cristianas, hija mía, me dicen que es obligación de toda persona tener consideración con los sentimientos de otra, y no sabemos si tal vez no habrías de rendir cuentas por ello ante el juez de la corte más alta si terminara atentando contra su propia vida el hombre cuyos sentimientos desprecias tan fría y obcecadamente. Quiero, pues, traer de nuevo a tu memoria lo que ya tantas veces e intentado darte a entender de viva voz, y me alegro de tener la oportunidad de repetírtelo por escrito. Pues si bien la viva voz resulta más cordial y más directa, cierto es que la letra escrita tiene la ventaja de que es pensada y formulada con calma, de que permanece, y de que esta su forma bien escogida y expresada puede leerse una y otra vez y, por consiguiente, también surtir efecto. Mi querida hija, no hemos nacido para aquello que nuestros ojos cortos de vista consideran nuestra pequeña felicidad personal, pues no existimos en el mundo de manera aislada, independiente, desligada de los demás, sino que somos eslabones de una cadena, y, tal y como somos, no cabría pensar en nuestra existencia sin toda la cadena compuesta por los que nos precedieron y nos mostraron el camino y, obedeciendo ellos mismos a un máximo rigor y sin mirar a izquierda ni a derecha, nos marcaron una sólida y venerable tradición. Tu camino, según me parece, está más que claro desde hace muchas semanas, y no serías mi hija ni la hija de tu abuelo que descansa en la paz del Señor y ni siquiera un miembro digno de nuestra familia si considerases seriamente la posibilidad de emprender tú sola, con tu obstinación y tu veleidoso espíritu, un sendero propio y al margen del orden. Esto, mi querida Antonie, debes considerarlo en el fondo de tu corazón, te lo ruego. Tu madre, Thomas, Christian, Clara y Clotilde (quien ha pasado varias semanas en Malaventura con su padre), y también Mamsell Jungmann, te envían sus más cordiales recuerdos. Todos nosotros nos alegraremos de poder abrazarte de nuevo muy pronto.

Con todo mi amor,

TU PADRE

CAPÍTULO XI

Llovía a cántaros. El cielo, la tierra y el agua se confundían, mientras unas fuertes ráfagas de viento embestían la lluvia y la lanzaban contra las ventanas, y por los cristales no caían gotas sino verdaderos ríos que los empañaban por completo. A lamentos de desesperación sonaban los aullidos del viento en el interior de las chimeneas.

Cuando Morten Schwarzkopf, justo después de comer, salió a la veranda con su pipa en la boca para ver cómo evolucionaba el tiempo, se encontró frente a frente con un caballero vestido con un abrigo de estilo ruso largo y estrecho, de una tela de cuadros amarillos, y un gran sombrero gris; un coche cerrado, cuya capota brillaba de la cantidad de agua que contenía y cuyas ruedas estaban todas salpicadas de barro, permanecía estacionado delante de la casa. Morten, perplejo, miró la cara sonrosada del caballero. Llevaba unas barbas a la inglesa que parecían peinadas con los polvos que se usan para dorar las nueces en Navidad.

El caballero del abrigo a cuadros miró a Morten como quien mira a un criado, entornando un poco los ojos, sin verle en realidad, y le preguntó con voz suave:

—¿Podría hablar con el comandante del puerto?

—Por supuesto... —balbució Morten—, creo que mi padre... Entonces, el caballero le miró de verdad; sus ojos eran tan azules como los de los gansos.

—¿Es usted el señor Morten Schwarzkopf? —preguntó.

—Sí, caballero —respondió Morten intentando que su rostro adquiriese una expresión de firmeza—.

—¡Qué casualidad! De hecho... —comentó el caballero del abrigo a cuadros, y luego prosiguió—:Tenga la bondad de anunciarme a su señor padre, joven. Mi nombre es Grünlich.

Morten condujo al caballero a través de la veranda; en el pasillo, a la derecha, le abrió la puerta del despacho y se dirigió al comedor para avisar a su padre. Mientras el señor Schwarzkopf salía, el joven se sentó a la mesa redonda y, sin mirar a su madre, ocupada en zurcir calcetines junto al cristal empañado de la ventana, hizo como si se concentrase en aquel periódico «que podía ir directamente a la basura» y que sólo daba noticias sobre las bodas de plata del cónsul tal o cual. Tony estaba arriba, descansando en su habitación.

El comandante entró en su despacho con la expresión de quien ha quedado satisfecho con lo que acaba de comer. La levita del uniforme, sin abrochar, dejaba a la vista el chaleco blanco y la curva de la felicidad que cubría. La barba de marinero de color gris hielo se dibujaba con gran nitidez sobre su cara colorada. Venía pasándose la lengua por los dientes, lo que hacía que su boca de persona honrada adoptase las más peculiares formas. Hizo una rápida reverencia, como si diese un golpe muy preciso, como queriendo decir: «¡Así se hace!».

—Buen provecho —dijo—. Estoy a su servicio, caballero.

El señor Grünlich, por su parte, se inclinó con parsimonia y hasta las comisuras de sus labios se arquearon ligeramente hacia abajo. Luego añadió en voz baja:

—Eh... ejem.

El despacho era un cuarto bastante pequeño, con las paredes forradas de madera hasta media altura y el resto de la pared encalado, sin empapelar. Las cortinas de la ventana, contra la que no cesaban de tamborilear las gotas

de lluvia, habían amarilleado con el paso de los años y el humo de la pipa. A la derecha de la puerta había una mesa larga y tosca, toda cubierta de papeles; en la pared de encima, un gran mapa de Europa y otro más pequeño del mar Báltico. Del techo, en el centro de la habitación, colgaba la maqueta de un barco con las velas desplegadas muy bien construida.

El comandante rogó a su visitante que tomase asiento en el sofá —un tanto desvencijado y tapizado de lona negra ya ajadaque había frente a la puerta; él se acomodó en un sillón de madera, con las manos entrelazadas sobre la barriga, mientras que el señor Grünlich, con el abrigo abrochado hasta el cuello y el sombrero sobre las rodillas, permanecía sentado en el borde mismo del sofá, sin tocar el respaldo.

—Mi nombre —dijo— es Grünlich, se lo repito. Grünlich de Hamburgo. Para darle a usted referencias más, mencionaré que puedo considerarme un amigo íntimo y compañero de profesión del cónsul Buddenbrook.

—¡Un placer, un placer! Es un honor conocerle, señor Grünlich. ¿No desea el caballero ponerse más cómodo? ¿Un grog para recuperarse del viaje? Enseguida aviso a la cocina...

—Me permito comentarle —dijo el señor Grünlich muy sosegado— que tengo los minutos contados, que mi coche me espera y que únicamente he venido para tener una muy breve conversación con usted.

—A su servicio —repitió el señor Schwarzkopf un poco intimidado.

Se hizo un silencio.

—Señor comandante —comenzó el señor Grünlich sacudiendo la cabeza con decisión al tiempo que la echaba hacia atrás. Luego guardó silencio unos instantes a fin de aumentar el efecto del vocativo, y apretó la boca como si fuera un monedero de los que se cierran tirando de un cordón a cada lado—. Señor comandante —repitió, para añadir muy deprisa—: el asunto que me ha traído hasta usted atañe directamente a la joven que se hospeda aquí, en su casa, desde hace algunas semanas.

—¿Mamsell Buddenbrook? —preguntó el señor Schwarzkopf.

—En efecto —dijo el señor Grünlich en tono mecánico y con la cabeza baja; en torno a las comisuras de los labios se le formaron pequeñas arrugas de tensión—. Me veo... obligado... a hacerle saber que... —continuó en un tono casi cantarín, y sus ojos saltaron de un punto de la habitación a otro y luego a la ventana— hace algún tiempo pedí la mano de dicha señorita Buddenbrook, que dispongo del beneplácito de los padres y que la propia señorita, aunque el compromiso no haya llegado a formalizarse del todo, ha aceptado con palabras inequívocas convertirse en mi esposa...

—¿Qué me dice? —exclamó el señor Schwarzkopf muy animado—. ¡No sabía nada! ¡Enhorabuena, señor... Grünlich! ¡Mi más sincera enhorabuena! Desde luego, se lleva usted una perla, una verdadera...

—Muy agradecido —dijo el señor Grünlich con frialdad—. Lo que, sin embargo... —y su voz se tornó algo más aguda, como si fuese a cantar—, me ha traído hasta aquí para hablar con usted a este respecto, mi apreciado señor comandante, es la circunstancia de que, muy recientemente, han surgido ciertas dificultades en este mi camino, y que dichas dificultades proceden de esta su casa... —y pronunció estas últimas palabras con entonación interrogativa, como si quisiera decir: «¿Es posible que sea cierto lo que ha llegado a mis oídos?».

La única respuesta que acertó a dar el señor Schwarzkopf fue arquear sus cejas canosas hasta que se le arrugó la frente y agarrarse a los brazos de su sillón con las dos manos, unas manos bronceadas por el sol y llenas de pelos rubios.

—Sí. En efecto. Eso es lo que he oído —dijo el señor Grünlich con triste determinación—. He oído que su hijo, el señor studiosus medicinae, se ha permitido..., ignorando la situación, por supuesto..., entrometerse en mis derechos; he oído que ha aprovechado la presencia de la señorita aquí para arrancarle ciertas promesas... —¿Qué? —exclamó el comandante, levantándose de un salto tras tomar impulso en los brazos del sillón—. ¡Ahora mismo...!

¡Será posible...! —y en dos zancadas llegó a la puerta, la abrió de un golpe y, a través del pasillo, bramó a tal volumen que se le habría oído hasta con el más fiero oleaje—: ¡Meta! ¡Morten! ¡Venid aquí! ¡Venid aquí los dos!

—Lamentaría profundamente —dijo el señor Grünlich con una fina sonrisa — si, por hacer valer mis antiguos derechos, fuese yo a anular los planes de un padre, señor comandante...

Dietrich Schwarzkopf se dio la vuelta, y sus ojos azules, rodeados de muchas arrugas pequeñas, se clavaron en la cara del caballero como si no acertasen a comprender sus palabras.

—Caballero —dijo, y su voz sonó como si un fuerte trago de grog acabase de quemarle la garganta—, yo soy un hombre sencillo y no entiendo mucho de diplomacias ni de finezas..., pero si pretende usted decir que... ipues sólo faltaba! ¡Entonces sepa que está usted pero que muy equivocado, caballero, y que se confunde pero que muy mucho respecto a mis principios! ¡Sé muy bien quién es mi hijo, y sé quién es la señorita Buddenbrook, y tengo demasiado respeto y demasiado orgullo en el cuerpo, caballero, como para urdir semejantes planes! ¡A ver, vosotros! ¡Hablad! ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que oigo? ¡A ver!

La señora Schwarzkopfy su hijo estaban de pie en el umbral; la primera sin entender nada, intentando alisarse y colocarse el delantal, Morten con cara de pecador compungido. El señor Grünlich no se había molestado en levantarse al entrar ellos; permanecía muy tieso y tranquilo, sentado en el borde del sofá con el abrigo abrochado hasta el cuello.

—¿Así que te has comportado como un chiquillo? —increpó el comandante a Morten.

Al joven, con el dedo enganchado entre los botones de la zamarra, se le ensombreció el rostro; incluso tenía los carrillos inflados de tanto contener la rabia.

—Sí, padre —dijo—. La señorita Buddenbrook y yo...

—¡Mi'a que eres cabeza de chorlito! ¡Si es que eres bobo! ¡Más pánilo, ni hecho de encargo!... ¿Será posible? Y mañana sales pitando pa' Gotinga, ¿me oyes? ¡Mañana mismo! ¡To' esto no es más que una niñería, una niñería absurda! ¡Así que: punctum! —y no pudo reprimir el Plattdeutsch.

—Dietrich, por Dios —dijo la señora Schwarzkopf juntando las manos—, eso no se puede decir así, sin pensar. Quién sabe... —pero se calló, y pudo apreciarse cómo una bella esperanza se desvanecía en sus ojos.

—¿Desea usted hablar con la señorita? —dijo el comandante con voz ronca a Grünlich.

—¡Está en su cuarto! ¡Está durmiendo! —intervino la señora Schwarzkopf con mucha lástima, conmovida por la situación. —Qué lástima —dijo el señor Grünlich, respirando también con cierto alivio, y se puso de pie—. En fin, les repito que tengo los minutos contados, y que mi coche me espera.

Permítanme... —prosiguió, describiendo un movimiento de arriba abajo con el sombrero por delante del señor Schwarzkopf—. Señor Schwarzkopf, le expreso mi más profunda satisfacción y reconocimiento a la vista de su comportamiento tan viril y enérgico. Me despido. Ha sido un honor. Adieu.

Dietrich Schwarzkopf no le tendió la mano, eso no; sólo dejó caer su pesado cuerpo un poco hacia delante, como de un golpe muy preciso, como si quisiera decir: «¡Así se hace!».

Pasando por entre Morten y su madre, el señor Grünlich se dirigió hacia la puerta a paso ligero.

CAPÍTULO XII

Thomas apareció con el carruaje de los Kröger. Había llegado el día.

El joven llegó a las diez de la mañana y tomó un pequeño refrigerio en el comedor con la familia. Estuvieron todos juntos como el primer día; sólo que el verano había tocado a su fin, que hacía demasiado frío y demasiado viento para sentarse en la veranda, y que faltaba Morten... Estaba en Gotinga. Tony y él ni siquiera habían podido despedirse en condiciones. No habían estado solos sino, en presencia del comandante, que había dicho: —¡Hala! Punctum! ¡Tira!

A las once, los dos hermanos subieron al coche, en cuya parte trasera habían atado la maleta grande de Tony. Estaba pálida y, con su fina chaqueta de otoño, se estremecía de frío, de cansancio, de ese desasosiego febril que causan los viajes y de una tristeza que, de tanto en tanto, se inflamaba en su interior y le invadía el pecho, que le dolía como si se le fuera a romper. Dio un beso a la pequeña Meta, estrechó la mano de la señora de la casa y asintió con la cabeza cuando el señor Schwarzkopf le dijo:

—Bueno, no se olvide de nosotros, Mamsell. Y no se lo tome a mal, ¿eh? Adelante, feliz viaje y mis más cordiales recuerdos a su señor padre y a la consulesa...

Luego se oyó el portazo del coche, los recios bayos comenzaron a andar y los tres Schwarzkopf agitaron sus pañuelos. Tony arrimó la cabeza al rincón del coche para mirar por la ventanilla. El cielo estaba cubierto, de un color blanquecino, y en el Trave se formaban pequeñas olas que el viento barría a gran velocidad. De vez en cuando, algunas gotitas de lluvia salpicaban los cristales. Al final de la Vorderreihe se veía a la gente sentada a la puerta de sus casas remendando redes; algunos niños descalzos se acercaron corriendo a mirar el coche con curiosidad. Ellos se quedaban...

Cuando el coche dejó atrás las últimas casas, Tony se inclinó hacia delante para ver el faro una vez más; luego, se recostó y cerró los ojos, cansados y doloridos. Apenas había dormido aquella noche de tanta excitación, se había levantado temprano para terminar de arreglar la maleta y no había querido desayunar. Notaba la boca seca y como si hubiese perdido el gusto. Se sentía tan débil que ni siquiera se esforzaba en reprimir las lágrimas ardientes que a cada momento le inundaban los ojos.

En cuanto cerró los ojos se encontró de nuevo en la veranda de Travemünde. Era como si estuviese viendo a Morten Schwarzkopf en persona delante de ella: veía cómo hablaba con ella, cómo se inclinaba hacia delante como siempre hacía, cómo clavaba los ojos en una persona que no era la misma con la que estaba hablando, con aquella mirada suya, escrutadora y bondadosa al mismo tiempo; cómo, al reír, mostraba sus bonitos dientes, de cuya belleza no era consciente..., y entonces se sintió mucho más tranquila y contenta. Rememoró todo lo que había oído y aprendido de sus labios en las

muchas conversaciones que habían tenido, y le produjo una reconfortante satisfacción prometerse solemnemente a sí misma que guardaría como algo sagrado e intocable todo aquello: que el rey de Prusia había cometido una injusticia terrible, que el StddtischeAnzeigen podía ir directamente a la basura, incluso que cuatro años atrás se habían renovado las leyes federales relativas a la universidad. Todos aquellos recuerdos se convertirían, a partir de entonces, en verdades que podría honrar y que la consolarían, en un tesoro secreto que podría contemplar cuando ella quisiera. Pensaría en ellas en medio de la calle, estando con su familia, a la hora la comida... ¿Quién sabe? Tal vez emprendería aquel camino trazado para ella desde siempre y se casaría con Grünlich, todo eso le era indiferente; pero cuando éste le dirigiera la palabra, ella pensaría: «Sé algo que tú no sabes. Los nobles, hablando en general, por principio, son despreciables...».

Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro... pero entonces, de pronto, entre el ruido de las ruedas distinguió la voz de Morten con una claridad y una viveza increíbles: pudo diferenciar perfectamente el sonido de cada una de sus palabras, pronunciadas sin malicia, despacio y como renqueando un poco; oyó con sus propios oídos: «Hoy vamos a tener que quedarnos sentados en las rocas, señorita Tony...», y ese recuerdo puntual fue demasiado para ella. Su pecho se estremeció de tristeza y de dolor, y rompió a llorar sin ofrecer ninguna resistencia a las lágrimas... Encogida en su rincón del coche, se tapó la cara con el pañuelo, que sostenía con ambas manos, y lloró amargamente.

Tom, con un cigarrillo en la boca, miraba por la ventanilla sin saber muy bien qué hacer.

—¡Pobre Tony! —dijo finalmente, acariciando la chaqueta de j! su hermana—. Lo siento muchísimo por ti... ¡No sabes lo bien que te entiendo! Pero, ¿qué otra cosa se puede hacer? Estos tragos hay que pasarlos. Créeme..., yo también sé lo que es...

—¡Ay, tú no sabes nada, Tom! —sollozó Tony.

—No digas eso. Ahora, por ejemplo, está decidido que a principios del año que viene me marche a Ámsterdam. Papá ha conseguido un puesto para mí en Van der Kellen & Cía. ¡Tendré que despedirme de todo durante mucho, mucho tiempo!

—¡Ay, Tom! ¡Despedirse de los padres y hermanos! ¡Eso no es nada!

—Ya... —dijo alargando el momento. Tomó aire como si quisiera decir algo más, pero se calló. Levantó una ceja mientras se "llevaba el cigarrillo de un lado de la boca al otro y volvió la cabeza—. Y no será por mucho tiempo —continuó al cabo de un rato—. Todo pasa. Uno se olvida...

—¡Si olvidar es justo lo que no quiero! —exclamó Tony totalmente desesperada—. Olvidar..., ¿qué consuelo es ése?

CAPÍTULO XIII

Luego cruzaron el río en barco, llegaron a la Israeldorfer Allee, al Jerusalemberg, al Burgfeld. El coche atravesó el Burgtor, a la derecha del cual se alzaban los muros de la cárcel, recorrió la Burgstrasse y el Koberg... Tony contempló las casas con sus remates grises, los faroles de aceite colgados sobre cadenas tendidas de lado a lado de las calles, el hospital del

Espíritu Santo y los tilos de la entrada, ya casi sin hojas... ¡Ay, Dios, todo seguía exactamente igual que siempre! Todo había permanecido allí, inmutable y venerable, y, en cambio, ella lo recordaba como un sueño de otro tiempo y merecedor del olvido. Aquellos remates grises eran «la de siempre», lo acostumbrado y perpetuado «por tradición», lo que ella ahora debía retomar y donde habría de vivir el resto de su vida. Había dejado de llorar; miraba a su alrededor con curiosidad. El dolor de la despedida casi se había acallado al ver aquellas calles, conocidas de toda la vida, pobladas por aquellos rostros, también conocidos de toda la vida. En ese momento —el coche traqueteaba por la Breite Strasse— se cruzaron con el viejo Matthiesen, que hizo una profundísima reverencia con su tosca chistera, con un gesto de devoción tan torturado que parecía decir: «Qué canalla sería si no me inclinase...».

El carruaje dobló por la Mengstrasse y los recios bayos se detuvieron resoplando y piafando ante la casa de los Buddenbrook. Tom se mostró muy atento al ayudar a bajar a su hermana, mientras Anton y Line corrían a desatar y descargar la maleta. Pero aún tuvieron que esperar para entrar en la casa. En apretada fila entraban por el portón tres enormes tiros de mercancías, cargados hasta arriba de sacas de cereales en las que, con las gruesas letras negras de la empresa, se leía: «Johann Buddenbrook». Atravesaron el portal con renqueante estrépito y bajaron los escasos escalones hasta el patio. Parte de la carga sería almacenada en la parte trasera de la casa, el resto iría a las naves Ballena, León o Roble.

El cónsul, con la pluma en la oreja, salió de su oficina al oír entrar a los hermanos y abrió los brazos para recibir a su hija. —¡Bienvenida a casa, mi querida Tony!

Ella le dio un beso y le miró con unos ojos en los que todavía se adivinaban las muchas lágrimas derramadas y también algo que podía llamarse vergüenza. Sin embargo, el padre no estaba enfadado, no mencionó nada de lo sucedido. Lo único que dijo fue: Es un poco tarde, pero os estábamos esperando para el segundo desayuno.

La consulesa, Christian, Clotilde, Clara e Ida Jungmann se habían cóngregado en el rellano de la escalera para saludarles...

Tony durmió profundamente en su primera noche de vuelta en la Mengstrasse y a la mañana siguiente, el 22 de septiembre, bajó al salón del desayuno muy tranquila y con renovada frescura. Aún era muy temprano, iban a dar las siete. Sólo estaba allí Mamsell Jungmann, preparando el café.

—Tony, Tony, nenita mía... —dijo, mirándola con sus ojos castaños, pequeños y todavía medio soñolientos—. ¿Tan temprano te levantas?

Tony se sentó en el secreter, que tenía la tapa abierta, cruzó las manos detrás de la cabeza y, durante un rato, se quedó mirando por la ventana: el adoquinado negro del patio, muy brillante bajo la lluvia, y el jardín mojado, que ya lucía los tonos amarillos del otoño. Luego empezó a hurgar entre las tarjetas de visita y las cartas que estaban guardadas en el secreter.

Muy cerca del tintero estaba el gran cuaderno, ya conocido, de la cubierta ilustrada, el canto dorado y los distintos tipos de papel en su interior. Se veía que lo habían utilizado justo la noche anterior, y lo más curioso era que papá no lo hubiese guardado después, como siempre, en la carpeta de cuero y ésta, a su vez, en el correspondiente cajón con llave.

Tony lo cogió, lo hojeó, empezó a leer y enseguida quedó absorta en la lectura. Lo que encontraba eran, por lo general, cosas corrientes y que ya conocía; sin embargo, cada uno de los respectivos autores de las anotaciones había adoptado de sus predecesores, instintiva e involuntariamente, una forma de poner por escrito los acontecimientos de una solemnidad especial, un estilo propio de los cronistas que reflejaba el respeto —un respeto discreto y, por eso mismo, tanto más digno— que los miembros de una familia sentían por la propia familia, por su tradición y por su historia. Aquello no era nada nuevo para Tony; en más de una ocasión le habían permitido leer aquellas páginas. No obstante, su contenido jamás la había impresionado tanto como aquella mañana. La devoción con que se recogían y la relevancia que allí se concedía incluso a los hechos más nimios de la historia de la familia, la conmovieron. Apoyó los codos en el secreter y siguió leyendo con creciente entrega, orgullo y seriedad.

También su propia pequeña historia estaba reseñada sin faltar detalle: su nacimiento, las enfermedades que había tenido de niña, su primer día de colegio, su ingreso en el pensionado de Mademoiselle Weichbrodt, su confirmación... Todo estaba allí minuciosamente apuntado con la letra de comerciante del cónsul —pequeña y de trazo fino, como si se deslizase ágilmente por el papel—, con un respeto casi religioso hacia todos y cada uno de aquellos hechos; pues, ¿no hacía patente cada uno de ellos, por nimio que pareciese, la voluntad y la obra de Dios, Aquel que guiaba los destinos de la familia por el mejor camino? ¿Qué más se diría en el futuro de su nombre, heredado de su abuela Antoinette? Y todo aquello sería leído por los futuros miembros de la familia con la misma devoción con la que ahora seguía ella los acontecimientos pasados.

Se reclinó en el respaldo para tomar aliento; su corazón latía con gran fuerza en tan solemne momento. La invadió un sentimiento de profundo respeto hacia su propia persona, y, como un escalofrío, reforzado por el espíritu del que acababa de contagiarse, la hizo estremecer otro sentimiento que ya conocía: Tony se sintió importante. «Como un eslabón de una cadena», le había escrito su padre. ¡Sí, sí! Precisamente en cuanto eslabón de esa cadena, su persona tenía una grandísima importancia y responsabilidad; era su obligación y su misión contribuir con hechos y con decisiones a labrar la historia de la familia.

Retrocedió por las hojas del cuaderno hasta el principio, donde, en un pliego de papel grueso y áspero, figuraba la genealogía entera de los Buddenbrook, resumida con la letra del cónsul con sus correspondientes paréntesis y floridas rúbricas en las fechas señaladas: desde el matrimonio del primer Buddenbrook conocido con Brigitta Schuren, hija de un pastor protestante, hasta la boda del cónsul Johann Buddenbrook con Elisabeth Kröger en el año 1825. De aquel matrimonio, tal como constaba en el cuaderno, habían nacido cuatro hijos... A continuación, uno debajo de otro, figuraban los años y días de sus nacimientos y los nombres recibidos en sagrado bautismo; detrás del nombre del hijo mayor, además, ya se había añadido que había ingresado como aprendiz en la empresa paterna en la Pascua de 1842.

Tony miró largo rato su nombre y el espacio en blanco que había detrás. Y, entonces, de pronto, como de un chispazo, con ademanes nerviosos (tragó saliva y apretó los labios unos instantes), tomó la pluma, más que mojarla la hundió en el tintero como una lanza y, presionando tanto que se le curvaba el dedo y con la acalorada cabeza muy pegada a los hombros, escribió con su torpe letra de colegiala, inclinada hacia la izquierda: «Se prometió el 22 de

septiembre de 1845 con el señor Bendix Grünlich, comerciante de Hamburgo».

CAPÍTULO XIV

—Comparto enteramente su opinión, mi querido amigo. Esta es una cuestión de suma importancia y es necesario resolverla. En pocas palabras: la dote en efectivo que, por tradición, corresponde a una joven de nuestra familia es de setenta mil marcos.

El señor Grünlich lanzó a su futuro suegro una mirada de reojo, la breve y escrutadora mirada propia de los comerciantes. —De hecho... —dijo, y aquel «de hecho» fue exactamente tan largo como las barbas amarillas de su lado derecho, pues tardó en pronunciarlo lo mismo que en recorrerlas con los dedos en actitud circunspecta, y no soltó la punta hasta que no hubo concluido la expresión—. Ya conoce usted, honorable padre mío —prosiguió—, el profundo respeto que profeso a las venerables tradiciones y principios. Ahora bien..., ¿no podríamos considerar que ese bonito respeto a lo estrictamente establecido por la tradición sería una exageración en el presente caso? Un negocio crece..., una familia florece..., en resumen, las condiciones se van tornando distintas y mejores...

—Mi apreciado amigo —dijo el cónsul—. Me tiene usted por un comerciante muy hábil... ¡Por Dios, si no me ha dejado terminar de hablar! En ese caso, habría sabido que estoy dispuesto y, de muy buen grado, a favorecerle a usted como corresponde a las circunstancias añadiendo por las buenas otros diez mil a esos setenta mil.

—Ochenta mil, pues... —dijo el señor Grünlich; y luego hizo un gesto con la boca que parecía significar: «No es demasiado, pero es suficiente».

Llegaron a un acuerdo en los términos más cordiales, y el cónsul hizo tintinear el gran manojito de llaves que llevaba en el bolsillo del pantalón. En realidad, la dote en efectivo que, por tradición, correspondía a una joven de su familia eran justamente ochenta mil.

Acto seguido, el señor Grünlich se despidió y se marchó a Hamburgo: Tony no notó grandes cambios en su vida pese a su nueva situación. Nadie le impedía acudir a los bailes en casa de los Móllendorff, los Langhals y los Kistenmaker o en la suya propia, ni ir a patinar sobre hielo en el Burgfeld o en las riberas heladas del Trave, ni aceptar los cumplidos y honores que le rendían los jóvenes caballeros. A mediados de octubre tuvo ocasión de asistir a la fiesta de compromiso que se celebró en casa de los Móllendorff en honor del hijo mayor y de Julchen Hagenström.

—¡Tom! —dijo a su hermano—. No pienso ir. ¡Es indignante! Pero acudió a pesar de todo y disfrutó enormemente de la velada.

Por lo demás, aquellas líneas que en su día añadiera a la historia familiar trajeron consigo el permiso paterno para hacer compras de importancia, sola o acompañada por la consulesa, en todas las tiendas de la ciudad con el fin de completar su ajuar: un ajuar muy distinguido. Durante días, el salón del desayuno alojó a dos costureras que, sentadas junto a la ventana, no hicieron sino coser dobladillos, bordar iniciales y comer grandes cantidades de pan de pueblo con queso de hierbas.

—¿Han llegado las piezas de hilo para la ropa de cama, mamá? —No, hija, pero aquí tienes dos docenas de servilletas de merienda.

—Muy bien... Pues Lentfóhr prometió que las enviaría hoy después de comer, a más tardar. ¡Ay, Dios, hay que coser los dobladillos de esas sábanas!

—Mamsell Bitterlich pregunta dónde está la tira de encaje para las fundas de los almohadones, Ida.

—En el armario de la ropa blanca, en el zaguán, a la derecha, niña mía.

—¡Line!

—También podías acercarte tú misma, tesoro.

—¡Ay, Dios! Si voy a casarme para tener que bajar yo las escaleras...

—¿Has pensado en la toilette para el día del enlace, Tony? —¡Moiré antiguo, mamá! ¡No me caso si no es de moiré antiguo! Así transcurrieron octubre, noviembre... En Navidades apareció el señor Grünlich para pasar la Nochebuena con la familia Buddenbrook, y tampoco rechazó la invitación a la fiesta de los abuelos Kröger. Su comportamiento para con su novia mostraba tanta ternura como cabía esperar de él. ¡Nada de solemnidades innecesarias! ¡Nada de inoportunas muestras de afecto en público! ¡Nada de ternezas carentes de tacto! Un fugaz y discreto beso en la frente en presencia de los padres había sellado el compromiso. A veces, Tony se extrañaba un poco de que la felicidad que supuestamente sentía Grünlich ahora fuese tan poco proporcional a su desesperación ante la negativa inicial de la joven. Si acaso, la contemplaba con la risueña satisfacción de quien se sabe poseedor de algo. Naturalmente, si por casualidad se quedaba a solas con ella, podía suceder que le entrasen ciertas ganas de broma, podía suceder que hiciese algún intento de sentarla en sus rodillas para acercar sus barbas al rostro de la joven y preguntarle con una voz que le temblaba al reprimir una risita: «¿Así que te pillé? ¿Así que al final conseguí pescarte?». A lo cual Tony respondía: «¡Por Dios, no se propase usted!», y se las ingeniaba para escapar.

El señor Grünlich no tardó en regresar a Hamburgo pasada la Navidad, pues aquel negocio suyo que marchaba viento en popa exigía irremisiblemente su presencia, y los Buddenbrook, sin decir palabra, estuvieron de acuerdo con él en que Tony había tenido el suficiente tiempo para conocerle antes del compromiso.

La cuestión de la vivienda se resolvió por carta. Tony, a quien le hacía mucha ilusión vivir en una gran ciudad, expresó su deseo de instalarse en el centro de Hamburgo, donde, además, se encontraban las oficinas del señor Grünlich, en la Spitalerstrasse para más señas. No obstante, el novio, con la varonil insistencia que le caracterizaba, logró que se le autorizase a comprar una villa en las afueras de la ciudad, en Eimsbüttel; un lugar romántico y apartado del mundo... ¡Cuán adecuado cómo idílico nidito de amor para una joven pareja de recién casados!... *Procul negotüs*²¹, pues, en efecto, el señor Grünlich no había olvidado del todo sus conocimientos de latín.

Pasó el mes de diciembre, y la boda tuvo lugar a comienzos del año cuarenta y seis. Se celebró una despedida de soltera magnífica a la que asistió media ciudad. Las amigas de Tony, entre ellas Armgard von Schilling, que llegó en una carroza tan alta como una torre, bailaron en el comedor y en los pasillos (habían espolvoreado el suelo con talco para la ocasión), con los amigos de Tom y Christian, entre ellos también Andreas Gieseke, el hijo del jefe de bomberos y por entonces estudiante de leyes, y Stephan y Eduard Kistenmaker, de Kistenmaker & Hijos. De que no dejaran de cumplirse las

²¹ Lejos de los negocios. (*N de la T*).

tradiciones populares propias de la ocasión se encargó, en primera instancia, el cónsul Peter Dühlmann, que rompió contra los adoquines del portal todas las vasijas de barro con que pudo hacerse.

La señora Stuht de la Glockengiesserstrasse tuvo una nueva ocasión de tratarse con las clases más altas, porque acudió a ayudar a Mamsell Jungmann y a la modista con la toilette de Tony el día de la boda. Que Dios la castigase si mentía, pero jamás había visto a una novia más guapa; a pesar de lo gorda que estaba, la señora Stuht no vaciló en echarse al suelo de rodillas para prender las ramitas de mirto en el moiré antique blanco, alzando la vista hacia la novia con gesto de admiración. Esto sucedía en el salón del desayuno. El señor Grünlich esperaba en la puerta, vestido con frac de faldones largos y chaleco de seda. Su cara sonrosada mostraba una expresión seria y correcta; sobre la verruga de la aleta izquierda de la nariz se adivinaba un toque de polvos, y se había peinado las barbas amarillas con gran esmero.

Abajo, en la sala de columnas, pues allí iba a celebrarse el enlace, estaba la familia reunida. ¡Qué grupo tan elegante! Allí estaban los abuelos Kröger, ambos un tanto delicados de salud ya, pero siempre entre los más distinguidos del lugar. Estaban el cónsul Kröger y su esposa, con sus hijos Jürgen y Jakob, el último de los cuales había acudido desde Hamburgo, al igual que los parientes Duchamps. Estaban Gotthold Buddenbrook y señora, de soltera Stüwing, con Friedericke, Henriette y Pfiffi, ninguna de las cuales, por desgracia, se casaría ya... Estaba la rama secundaria de la familia, los de Mecklemburgo, representados por el padre de Clotilde, el señor Bernhardt Buddenbrook, quien, venido desde Malaventura, contemplaba la majestuosa casa de su acomodado pariente con los ojos como platos. Los de Frankfurt se habían limitado a enviar regalos, pues el viaje resultaba demasiado complicado... En su lugar, en cambio, como únicos invitados que no pertenecían a la familia, estaban el doctor Grabow, médico de la casa, y Mamsell Weichbrodt, amiga y casi como una madre para Tony: Sesemi Weichbrodt, con cintas verdes nuevas sobre los tirabuzones y su vestidito negro.

—Que seas muy feliz, mi buena niña —dijo a Tony cuando la vio aparecer al lado del señor Grünlich, y la besó en la frente con un suave chasquido. La familia se sintió satisfecha de la novia; Tony estaba guapa, relajada y contenta, aunque un poco pálida por la curiosidad y ese desasosiego febril que causan los viajes. La sala se había decorado con flores y, en la parte derecha, se había instalado un pequeño altar. El reverendo Kólling, de la Marienkirche, ofició la ceremonia, en la que, con sus bruscas palabras, apeló sobre todo a la «¡Mesura!». Todo transcurrió como mandan los cánones y la tradición. Tony balbució un ingenuo y honesto «sí», mientras que el señor Grünlich hizo antes «eh... ejem» para aclararse la garganta. Luego se comió extraordinariamente bien y en extraordinaria cantidad.

Mientras los invitados, con el reverendo sentado en el centro, seguían comiendo en el salón, el cónsul y su esposa acompañaron a la joven pareja, que acababa de arreglarse para el viaje, hasta la calle, sumida en ese blanco nebuloso del aire que anuncia nieve. Un gran coche de viaje, cargado hasta arriba de maletas y bolsos, se había detenido delante de la puerta.

Tras repetir varias veces, y con la sincera intención de hacerlo, que muy pronto volvería a casa de visita, así como que la visita de los padres a Hamburgo no debía hacerse esperar demasiado, Tony subió al coche de buen humor y dejó que la consulesa la envolviese cuidadosamente en la cálida manta de piel. También su flamante esposo tomó asiento.

—Y... Grünlich —dijo el cónsul—, los encajes nuevos están en el bolso pequeño de arriba del todo. Antes de llegar a Hamburgo, guárdese una parte debajo del abrigo, ¿de acuerdo? Esos impuestos de aduana... En fin, hay que intentar evitarlos siempre que se pueda. ¡Que les vaya muy bien! ¡Adiós, adiós otra vez, mi querida Tony! ¡Que Dios te acompañe!

—¿Encontrarán un buen sitio donde alojarse en Ahrensburg? —preguntó la consulesa.

—Ya está resuelto, querida mamá, eso ya está resuelto —respondió el señor Grünlich.

Anton, Line, Trina y Sophie se despidieron de «Madame Grünlich».

Ya estaban a punto de cerrar la portezuela cuando Tony, pese a lo complicado que resultaba, se desprendió de la manta de viaje con la que tan cuidadosamente la habían envuelto, no tuvo miramiento alguno en pasar por encima de las rodillas del señor Grünlich, que comenzó a refunfuñar, y se abrazó muy fuerte a su padre.

—Adieu, papá... ¡Mi buen papá! —y le susurró muy bajito—: ¿Estás contento conmigo?

El cónsul, sin palabras, la apretó un instante contra su pecho; luego la apartó un poco y le estrechó ambas manos con un gesto de profundo afecto.

Entonces sí estuvo todo listo. Se oyó el latigazo del cochero y el chasqueo de la lengua para que se moviesen los caballos; los caballos iniciaron el paso haciendo temblar y tintinear los cristales de las ventanillas, y la consulesa agitó su pañuelito de batista al viento hasta que el coche, que bajó la calle con gran estrépito y velocidad, comenzó a desaparecer en la neblina cargada de nieve.

El cónsul, meditabundo, permaneció de pie junto a su esposa, quien con gracioso gesto se arropó los hombros con su estola de piel.

—Se marcha, Betsy.

—Sí, Jean, la primera que sale de casa. ¿Crees que será feliz con él?

—Ay, Betsy, está contenta consigo misma; ésa es la dicha más sólida que podemos alcanzar en la tierra.

Y regresaron junto a sus invitados.

CAPÍTULO XV

Thomas Buddenbrook bajó por la Mengstrasse hasta Fünfhausen. Quería evitar ir por arriba, por la Breite Strasse, para no encontrarse con tantos conocidos y tener que quitarse el sombrero una y otra vez. Con las manos en los amplios bolsillos de su cálido abrigo gris marengo, caminaba bastante ensimismado sobre la nieve helada y brillante como el cristal, que crujía bajo sus botas. Seguía su propio camino, del que nadie sabía nada... El cielo resplandecía azul, claro y frío; el aire era fresco, casi cortante, estimulante, y hacía un día sin viento y sin nubes, con cinco grados: un día de febrero sin parangón.

Thomas descendió por Fünfhausen, atravesó la Bäckergrube y, por una callejuela transversal, llegó a la Fischergrube. Siguió unos cuantos pasos cuesta abajo por esta calle, que conducía hasta el Trave, paralela a la Mengstrasse, y se detuvo ante una casita, una modesta floristería con una puerta estrecha y un escaparate tan pequeño como poco vistoso en el que

había poco más que una hilera de macetas con flores de bulbo sobre un estante de cristal verde.

Al entrar, sonó la campanilla de latón de encima de la puerta, que advertía como un perrito alerta que había llegado alguien. En el interior, ante el mostrador, una señora mayor bajita y gruesa envuelta en un chal turco hablaba con la joven vendedora. Seleccionaba macetas, examinaba las plantas, olía, ponía pegos a esto y a aquello y hablaba tanto que constantemente tenía que limpiarse la boca con el pañuelo. Thomas Buddenbrook la saludó muy cortés y se apartó a un lado. Era una pariente sin recursos de los Langhals, una vieja solterona, bondadosa y parlanchina, que llevaba el apellido de unas de las familias más distinguidas sin pertenecer a ella, que no era invitada a las grandes cenas y bailes, sino sólo a tomar café en alguna pequeña reunión, y a quien todo el mundo, con muy pocas excepciones, llamaba «Tía Lottchen». La mujer se dirigió a la puerta con una maceta envuelta en papel de seda bajo el brazo, y Thomas, tras saludarla de nuevo, dijo en voz bien alta a la vendedora:

—Deme... unas rosas, por favor... Sí, es indiferente. «La France» está bien... —Pero, a continuación, en cuanto la Tía Lottchen hubo cerrado la puerta tras de sí, añadió en voz baja—: Deja eso, Anna... ¡Buenas tardes, mi pequeña Anna! Hoy sí que vengo con un terrible peso en el corazón...

Anna llevaba un delantal blanco encima de su sencillo vestido negro. Era muy, muy guapa. Era dulce como una gacela y tenía unos rasgos que casi parecían malayos: pómulos un poco marcados, ojos negros y rasgados, con un brillo muy suave, y un cutis mate del tono del marfil que nadie más poseía en muchas millas a la redonda. Sus manos, del mismo color, eran delgadas y de una belleza extraordinaria para una dependienta.

Ella, por detrás del mostrador, se dirigió hacia la parte derecha de la tienda, que no se veía a través del escaparate. Thomas la siguió por delante del mostrador, se inclinó por encima de éste y le besó los labios y los ojos.

—¡Pobrecito mío, estás helado! —dijo ella.

—Cinco grados —dijo Tom—. Ni lo he notado de lo triste que vengo. —Se sentó encima del mostrador y, con la mano de la muchacha entre las suyas, prosiguió—: Sí, ¿lo has oído, Anna? Hoy tenemos que ser razonables. Ha llegado el momento.

—¡Ay, Dios! —dijo ella en tono lastimero, y se levantó el delantal presa del temor y la pena.

—Alguna vez tenía que llegar, Anna. Bueno. ¡No llores! Vamos a ser razonables, ¿de acuerdo? ¿Qué íbamos a hacer? Estos tragos hay que pasarlos.

—¿Cuándo? —preguntó Anna sollozando. —Pasado mañana.

—¡Ay, por Dios! ¿Por qué pasado mañana? Una semana más... ¡Por favor! ¡Cinco días!

—No puede ser, mi pequeña y querida Anna. Todo está decidido y dispuesto... Me esperan en Ámsterdam... No podría retrasarlo ni un solo día, por mucho que quisiera.

—¡Pero está tan horriblemente lejos!...

—¿Ámsterdam? ¡No, mujer! Y pensar en la otra persona siempre es posible, ¿verdad? Y yo te escribiré. Mira, te escribiré en cuanto llegue.

—¿Te acuerdas... —le dijo ella— de aquel día, hace año y medio? ¿En las fiestas de la ciudad?

Él la interrumpió emocionado:

—¡Oh, Dios, claro! ¡Hace año y medio! Creí que eras italiana... Te compré un clavel y me lo puse en el ojal... Aún lo conservo. Me lo llevaré a Amsterdam... ¡Cuánto polvo había en aquella pradera, y qué calor hacía!

—Sí, y tú me trajiste un vaso de limonada de la caseta de al lado... ¡Me acuerdo como si hubiese sido esta mañana! Todo olía a bollos de manteca y a muchedumbre...

—¡Pero fue bonito de todas formas! ¿Acaso no nos leímos en los ojos lo que iba a suceder con nosotros?

—Tú querías subir conmigo al carrusel, pero yo no podía, tenía que vender flores. La señora me habría regañado...

—No, no podías, Anna. Soy plenamente consciente de ello. Y ella dice en voz baja:

—Y ha sido lo único a lo que te he dicho que no. Él volvió a besarle los labios y los ojos.

—¡Adieu, mi querida, mi buena, mi pequeña Anna! ¡Ay, sí! hay que empezar a decirse adiós.

—¿Pasarás mañana otra vez?

—Sí, seguro, sobre esta hora. Y también pasado mañana temprano, si consigo liberarme un momento de mis compromisos...

Pero ahora quiero decirte una cosa, Anna. Me voy bastante lejos, sí, después de todo, Ámsterdam está bastante lejos... Y tú te quedas aquí. No eches a perder tu vida, ¿me oyes? Porque hasta ahora no has echado a perder tu vida, ideo te lo aseguro!

Anna empapaba de lágrimas el delantal, que sostenía junto a la cara con la mano que no tenía Tom entre las suyas.

—¿Y tú? ¿Y tú?

—Sólo Dios sabe cómo irán las cosas, Anna. No se es joven toda la vida... Tú eres una muchacha inteligente, nunca has dicho nada de casarse ni cosas parecidas...

—¡Dios me libre! Cómo iba a exigirte yo eso...

—El destino nos arrastra, ¿lo ves? Si vivo para entonces, me haré cargo de la empresa, me casaré con una mujer que sea un buen partido... sí, soy sincero contigo en nuestra despedida... Y tú también..., así será. Te deseo toda la felicidad del mundo, mi querida, mi buena, mi pequeña Anna. Pero no eches a perder tu vida ¿me oyes? Porque hasta ahora no la has echado a perder, ideo te lo aseguro!

Allí dentro hacía calor. Un húmedo aroma a tierra y a flores impregnaba la tiendecilla. Fuera, el sol invernal comenzaba a ponerse. Un suave y transparente tono rojizo que parecía sutilmente pintado sobre una porcelana adornaba el cielo al otro lado del río. Con la barbilla escondida en el cuello subido del abrigo, la gente pasaba a toda prisa por delante del escaparate... y no veía a aquella pareja que se decía adiós en el rincón de la pequeña floristería.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

30 de abril de 1846

Mi querida mamá:

Mil gracias por tu carta, en la que me informabas del compromiso de Armgard von Schilling con el señor Von Maiboom en Pöppenrade. La propia Armgard me ha enviado la tarjeta de boda (muy elegante, con filo de oro) y una carta en la que se explaya entusiasmada sobre su novio. Por lo visto es un hombre guapísimo y una persona muy distinguida. ¡Qué feliz debe de ser! Todo el mundo se casa; también de Múnich me ha llegado la tarjeta de notificación de Ewa Ewers. A ella le ha correspondido el director de una fábrica de cerveza. Pero ahora he de preguntarte una cosa, querida mamá: ¿por qué nadie dice nada sobre una visita aquí por parte de los cónsules Buddenbrook? ¿Acaso esperáis una invitación oficial de Grünlich? No sería necesario, puesto que él, según creo, ni ha pensado en ello, y cuando se lo recuerdo dice: «Sí, sí, niña, pero tu padre tiene otras cosas que hacer». ¿Es que creéis que me vais a molestar? ¡Ay, no, ni lo más mínimo! ¿O es que creéis que al veros sentiré nostalgia de casa? ¡Por Dios! Soy una mujer sensata, estoy casi a la mitad de mi vida y he madurado.

Hace un rato he estado tomando café en casa de Madame Käselau, aquí cerca; son gente agradable, y también nuestros vecinos de la izquierda, los Gussmann (aunque las casas están bastante lejos entre sí), son personas muy tratables. Tenemos algunos buenos amigos que también viven aquí en las afueras: el doctor Klaassen (de quien ya te hablaré más adelante) y el banquero Kesselmeier, íntimo de Grünlich. ¡No te imaginas qué caballero — es ya mayor— tan peculiar es! Lleva unas patillas blancas muy cortas y, en la cabeza, apenas tiene unos pocos cabellos blancos y negros que parecen plumitas y que se agitan al menor soplo de aire. Además, como hace unos movimientos muy graciosos con la cabeza y es muy parlanchín, yo siempre le llamo «la urraca»; pero Grünlich me lo prohíbe, porque dice que las urracas roban y que el señor Kesselmeier es un hombre de honor. Al andar se encoge y parece que va remando con los brazos. Las plumitas sólo le llegan hasta la mitad de la coronilla y, a partir de ahí, se ve un cuello muy rojo y como agrietado. ¡Pero es un hombre tan sumamente alegre! A veces me da unos cachetitos en la mejilla y me dice: «¡Qué mujercita tan buena, qué bendición para Grünlich haberla encontrado!». Luego busca unos quevedos (siempre lleva tres pares encima, colgados de largos cordones que se le enredan constantemente en el chaleco blanco), se los pinza en la nariz, arrugándola por completo, y me mira con la boca abierta de una manera tan divertida que no puedo evitar echarme a reír en su cara. Pero no creas que se lo toma a mal.

El propio Grünlich está muy ocupado; se marcha por las mañanas en nuestro pequeño coche amarillo y no suele regresar a casa hasta tarde. A veces se sienta conmigo un rato a leer el periódico.

Cuando vamos a alguna fiesta, por ejemplo a casa de los Kesselmeier o del cónsul Goudstikker, en el Alsterdamm, o del senador Bock, en la Rathausstrasse, tenemos que alquilar otro coche. Ya le he dicho varias veces a Grünlich que deberíamos comprar un cupé, porque, viviendo aquí en las afueras, nos hace falta. Me lo ha prometido a medias, pero es curioso lo poco que le gusta mostrarse conmigo en sociedad y, por lo que veo, tampoco le hace demasiada gracia que me trate con la gente de la ciudad. ¿Estará celoso?

Nuestra villa, como ya te describí en detalle, querida mamá, es en verdad muy bonita, y ahora aún lo está más gracias a algunos muebles nuevos que hemos comprado. No tendrías nada que objetar al salón del entresuelo: todo en seda marrón. Toda la madera del comedor de al lado es preciosa; las sillas han costado veinticinco marcos cada una. Yo estoy sentada en el gabinete, que utilizamos como salita de estar. Luego hay una salita de fumar y una salita de juegos. En el salón que hay al otro lado del pasillo y que ocupa la otra mitad del entresuelo acabamos de poner unos estores amarillos que le dan un aire muy distinguido. Arriba están los dormitorios, baños, vestidores y cuartos del servicio. Para el coche amarillo tenemos una pequeña cochera. Con las dos doncellas estoy bastante contenta. No sé si son del todo honradas, pero gracias a Dios tampoco me hace falta prestar atención a cada céntimo. En resumen, todo es como corresponde al nombre de nuestra familia.

Y ahora, mi querida mamá, tengo que contarte algo que vengo reservando para el final, lo más importante. Hace algún tiempo, empecé a sentirme un poco rara, ¿sabes? Como si estuviese un poco enferma pero, al mismo tiempo, de una manera muy distinta. Cuando tuve ocasión se lo comenté al doctor Klaassen. Es un hombre muy, muy bajito con una cabeza grande y un sombrero más grande todavía. Con el bastón, que es una caña con una vértebra redonda a modo de empuñadura, se aplasta siempre la perilla, muy larga y casi verde de la cantidad de años que se la estuvo tiñendo de negro. ¡En fin, tendrías que verle! Ni siquiera me respondió; se enderezó mil veces las gafas, guiñó los ojillos enrojecidos, me hizo una especie de gesto de complicidad, como si dijera que sí con su narizota de patata, se echó a reír por lo bajo y se me quedó mirando con tal impertinencia que yo no sabía dónde meterme. Luego me examinó y dijo que todo marchaba a las mil maravillas, pero que tenía que beber agua mineral porque estaba un poquito anémica. Oh, mamá, díselo a mi buen papá con mucho tacto para que lo anote en el cuaderno de la familia. En cuanto pueda, te daré más noticias.

Saluda con todo mi cariño a papá, a Christian, a Clara, a Tilda y a Ida Jungmann. A Thomas le escribí a Ámsterdam hace poco.

Tu obediente hija,
ANTONIE

2 de agosto de 1846

Mi querido Thomas:

Ha sido un placer leer tu carta sobre tu encuentro con Christian en Ámsterdam; habrán sido unos días muy alegres. Todavía no he recibido noticias de tu hermano contando cómo ha continuado el viaje hasta Inglaterra pasando por Ostende, aunque confío en que, con la ayuda de Dios, todo haya concluido felizmente. Espero que Christian, después de abandonar la carrera científica, aún esté a tiempo de aprender un sólido oficio bajo las órdenes de Mr. Richardson, y ojalá su carrera mercantil esté llena de éxitos y bendiciones. Mr. Richardson (Threadneedle Street) es, como bien sabes, un buen amigo de los negocios de mi casa. Me considero dichoso por haber podido situar a mis dos hijos en empresas con las que me unen lazos de amistad. El fruto de esta feliz circunstancia empiezas a recogerlo ya: me siento enteramente satisfecho de que el señor Van der Kellen ya haya aumentado tu salario en estos cuatro meses y que, en un futuro, también vaya a concederte incentivos; no me cabe duda de que tu diligencia en el trabajo te ha hecho y te seguirá haciendo merecedor de esta amable disposición de su parte.

Lamento de corazón, en cambio, que tu salud no sea todo lo buena que debería ser. Lo que me escribes sobre ese estado de nerviosismo me recordó a mi propia juventud, cuando trabajaba en Amberes y tuve que ser enviado a Ems para someterme a una cura de reposo. Si vieras que es necesario algo similar en tu caso, hijo mío, ni que decir tiene que estoy enteramente dispuesto a apoyarte de palabra y de hecho, por más que intente evitar gastos semejantes en nuestra familia en estos tiempos de tanta inestabilidad política.

A pesar de ello, a mediados de junio tu madre y yo hicimos un viaje a Hamburgo para visitar a tu hermana Tony. Su esposo no nos había invitado formalmente, aunque nos recibió con gran cordialidad y nos dedicó por entero los dos días que pasamos en su casa, hasta el punto de que se los tomó libres y apenas me dejó tiempo para ir al centro y visitar a los Duchamps. Antonie se encontraba en el quinto mes; su médico aseguró que todo se estaba desarrollando con muy grata normalidad.

Quiero mencionarte una carta del señor Van der Kellen en la que, para mi alegría, pude leer que también en el círculo de su familia eres un huésped muy bien recibido. Te encuentras, hijo mío, en una edad en que comienzas a cosechar los frutos de la educación que recibiste de tus padres. Espero que te sirva de consejo saber que yo, a tu edad, tanto en Bergen como en Amberes, siempre me esforzaba en ser agradable y servicial para con las esposas de mis superiores, lo que siempre me resultó ventajoso en grado sumo. Al margen del agradable honor que supone un trato más íntimo con la familia de tu superior, en su consorte hallarás siempre una importante aliada que intercederá a tu favor si se diera el caso —obviamente muy poco probable, pero de todos modos posible— de que cometieras alguna equivocación en el negocio o de que, a ojos de tu jefe, tu trabajo dejara que desear en esto o en aquello.

En cuanto a tus planes profesionales para el futuro, hijo mío, también ha sido una alegría conocerlos por el vivo interés que reflejan, lo cual, por otra parte, no implica que los apruebe plenamente. Partes de la idea de que la distribución de aquellos productos procedentes de los alrededores de nuestra ciudad, como cereales, colza, aceite, crudo, pieles y cuero, lana y hueso, constituye el negocio más natural y sólido de tu ciudad, y, por lo tanto, crees poder emprender con ventaja un camino propio en cualquiera de estas ramas, al margen de la gestión de las comisiones. En otro tiempo, cuando la competencia en este ramo todavía era muy escasa (en tanto que ahora ha

umentado notablemente), yo mismo perfeñé esta idea y, en la medida en que dispuse de margen y de ocasión, también hice algunos experimentos. El objetivo principal de mi viaje a Inglaterra fue, precisamente, entablar algunos contactos en ese país para abrir el camino a ulteriores operaciones. Con este fin subí hasta Escocia y llegué a trabar algún que otro conocimiento de provecho, pero no tardé en darme cuenta también del riesgo que suponían los negocios de exportación a esas zonas y, por consiguiente, renuncié a seguir llevando a cabo aquellos planes, sobre todo porque siempre he tenido muy presente aquel consejo que nuestro predecesor, el fundador de la empresa, nos dejó escrito: «Hijo mío, atiende con placer tus negocios durante el día, pero emprende sólo los que te permitan dormir tranquilo durante la noche». Tengo la intención de mantenerme fiel a este principio hasta el fin de mis días, si bien es cierto que algunas veces podría llegar a dudar al ver que los negocios de otros que no guardan tales principios parecen marchar mejor. Pienso en Strunck & Hagenström, siempre en un ascenso fulgurante, cuando nuestros asuntos progresan a un ritmo demasiado lento. Sabes que nuestra empresa, tras las reducciones que trajo consigo la muerte de tu abuelo, no ha vuelto a prosperar, y rezo a Dios para que me sea posible pasar el negocio a tus manos en su estado actual. El señor Marcus, el apoderado, es para mí una gran ayuda gracias a su gran experiencia y sensatez. Ojalá la familia de tu madre acertase a conservar el dinero de sus arcas un poco mejor; esa herencia será de enorme importancia para nosotros.

El trabajo en la empresa y las instituciones públicas me desborda. Soy decano del Colegio de Armadores de Bergen, y he sido elegido representante municipal del Departamento de Finanzas, la junta de Comercio y la Diputación de la Auditoría de Cuentas, así como del Hogar de la Beneficencia de Santa Ana.

Tu madre, Clara y Clotilde te envían sus más cordiales saludos. También me transmiten recuerdos para ti varios caballeros: los senadores Móllendorff y el doctor Oeverdieck, el cónsul Kistenmaker, Gosch, el corredor de fincas, C. F. Kzippen y, de la oficina, el señor Marcus y los capitanes Kloot y Klñtermann. ¡Dios te bendiga, hijo mío! Reza, trabaja y ahorra. Con todo el cariño de quien se preocupa por ti,

TU PADRE

8 de octubre de 1846

Mis muy queridos y venerados padres:

El que firma la presente se halla en la feliz disposición de informarles de que, hace media hora, ha tenido lugar el alumbramiento de su hija. Ha querido el Señor que mi profundamente amada esposa Antonie haya tenido una niña, y no encuentro palabras para expresar lo gozosamente conmovido que me siento. El estado de la feliz parturienta y del bebé es excelente, y el doctor Klaassen se ha mostrado muy satisfecho del transcurso de todo el proceso. También la señora Grossgeorgis, el ama de cría, dice que no ha sido nada. La excitación me impide continuar empuñando la pluma. Me despido de los más dignos padres con el más respetuoso afecto.

B. GRÜNLICH

Si hubiese sido niño, sabría un bonito nombre para ponerle. Me gustaría llamarla Meta, pero Grünlich se inclina por Erika.

T.

CAPÍTULO II

—¿Qué te ocurre, Betsy? —preguntó el cónsul cuando se sentó a comer y levantó el plato con el que habían tapado su sopa para que no se enfriase —. ¿Es que te encuentras mal? ¿Qué te pasa? Parece que estuvieras sufriendo por algo...

La mesa redonda del vastísimo comedor estaba ahora muy poco concurrida. Las únicas que se sentaban allí a diario, además de los padres, eran Clara, de diez años, y la humilde y escuálida Clotilde, que seguía devorando en silencio cuanto caía en su plato. El cónsul miró a su alrededor... y todo eran caras largas y angustiadas. ¿Qué había pasado? Él mismo estaba nervioso y preocupado porque la Bolsa seguía muy inestable por culpa de aquel espinoso asunto de Schleswig-Holstein²². Y aún otro motivo de desasosiego flotaba en el aire: más tarde, cuando Anton hubo salido para traer el plato de carne, el cónsul se enteró de lo que había sucedido en la casa aquella mañana. Trina, la cocinera, una muchacha que, hasta el momento, sólo había dado muestras de fidelidad, honradez y sentido del deber, protagonizaba ahora, de repente, una especie de rebelión abierta. Para gran disgusto de la consulesa, hacía cierto tiempo que había trabado amistad, una especie de vínculo espiritual, con un aprendiz de matarife, y aquel tipo con las manos siempre llenas de sangre había debido de influir de un modo harto pernicioso en el desarrollo de sus ideas políticas. Cuando la consulesa la reprendió por la pésima elaboración de una salsa de chalotas, Trina, con los brazos desnudos en jarras, le había dado la respuesta que sigue:

—Usté' espérese, señ'á consulesa, que esto no va a durar mucho, que luego vendrá un orden nuevo de to'as las cosas, y seré yo la que se queda ahí sentá' en el sofa con un vestf'io de seda y usté' la que me viene a servir.

Naturalmente, la consulesa la había despedido de inmediato. El cónsul meneó la cabeza. Él mismo venía notando toda suerte de actitudes preocupantes en los últimos tiempos. Por supuesto, los trabajadores más antiguos de los almacenes y transportes de la empresa eran lo bastante honrados para no dejar que nadie les metiera ideas alocadas en la cabeza; sin embargo, entre los jóvenes sí que se había dado algún que otro caso que evidenciaba cómo el nuevo espíritu rebelde había logrado abrirse camino vilmente... En la primavera se había producido una pequeña revuelta callejera, aunque por entonces se había elaborado ya el borrador de una nueva constitución, más acorde con las exigencias de los nuevos tiempos,

²² Entre marzo y abril de 1848 se produjo un levantamiento popular en los ducados de Schleswig y Holstein, que pertenecían a la corona danesa. Prusia decidió apoyarlos, pero al carecer prácticamente de flota naval tuvo que recurrir a inversores y armadores de Hamburgo. Los daneses fueron derrotados en Schleswig y Holstein, pero por intervención diplomática de Inglaterra y Rusia, Prusia aceptó no continuar la guerra en el resto del país, y se firmó el armisticio de Malmö, según el cual estos territorios pasaban a depender de la corona prusiana. (*N de la T*).

que poco después había sido aprobado como ley orgánica por decreto del Senado, a pesar de la oposición de Leberecht Kröger y de algunos otros caballeros de avanzada edad, firmes defensores de la ley anterior. Se votaron representantes del pueblo y se formó un Consejo de ciudadanos. Pero el ambiente no se calmaba. El mundo entero estaba sumido en el desorden. Cada cual por su lado, pedía una revisión de la constitución y el derecho al voto, y los ciudadanos no se ponían de acuerdo. «¡Sistema representativo!», decían los unos; y también Johann Buddenbrook, el cónsul, lo decía. «¡Sufragio universal!», decían los otros; y también Hinrich Hagenström lo decía. Los terceros clamaban: «¡Voto representativo universal!», y tal vez ellos supieran qué querían decir con aquello. También flotaban en el ambiente ideas tales como la eliminación de las diferencias de clase entre los ciudadanos y los simples habitantes de una ciudad, la ampliación de las posibilidades de alcanzar el derecho de ciudadanía, incluso por parte de hombres no cristianos... No era de extrañar que la cocinera de los Buddenbrook hubiese salido aquel día con lo del sofá y el vestido de seda. ¡Ay, aún habrían de venir cosas peores! La situación amenazaba con dar un giro fatal...

Era el primer día de octubre de 1848 y, sobre un cielo azul, se dibujaban algunas nubes ligeras y esponjosas de un blanco plateado, traspasadas por los rayos de un sol cuya fuerza, por otra parte, ya no era tan grande como para que no chisporrotease el fuego tras la reluciente portezuela de hierro forjado del salón de los paisajes.

La pequeña Clara, una niña de cabello rubio oscuro y mirada bastante dura, estaba sentada en la mesita de costura, ante el ventanal, haciendo un bordado, mientras que Clotilde, ocupada en lo mismo, se encontraba en el soía al lado de la consulesa. Aunque Clotilde no era mucho mayor que su prima casada —tenía veintiún años recién cumplidos—, en su cara alargada ya se marcaban profundas líneas de expresión, y su cabello liso, que jamás había sido rubio, sino ceniciento y mate, contribuía a consolidar su imagen de solterona. Clotilde estaba satisfecha con ello, no hacía nada para remediarlo. Tal vez ella misma deseara envejecer pronto para descartar definitivamente toda duda y toda esperanza. Dado que no poseía ni un céntimo, sabía desde siempre que no habría ningún hombre en el mundo dispuesto a casarse con ella, y miraba con sumisa resignación su futuro, cuyo escenario sería algún cuartito en el que viviría de la pequeña renta que su poderoso tío habría de conseguir para ella de las arcas de alguna institución benéfica en apoyo de las hijas pobres de buena familia.

La consulesa, por su parte, leía dos cartas. Tony le contaba los felices progresos de la pequeña Erika, y Christian se explayaba sobre la vida y las costumbres londinenses, eso sí, sin dar ningún detalle de su actividad en la empresa de Mr. Richardson. La consulesa, que ya rondaba los cuarenta y cinco, se lamentaba amargamente de cómo las mujeres rubias estaban abocadas a envejecer muy deprisa. El fino cutis que acompaña a los cabellos rojizos, al llegar a esta edad, se torna apagado a pesar de todos los cosméticos, y hasta el cabello comenzaría a encanecer sin piedad de no ser por la receta de una tintura inventada en París que, de momento, gracias a Dios, lo estaba evitando. La consulesa había tomado la decisión de no lucir jamás cabello blanco. Cuando la tintura perdiese su eficacia, encargaría una peluca del color de su cabello de joven... En lo alto de su siempre artístico recogido llevaba ahora un lacito de seda ribeteado de puntilla blanca: el inicio, la primera insinuación de una cofia. La falda de seda de su vestido la envolvía con su espléndido vuelo; las mangas acampanadas llevaban un

forro de muselina almidonada, bien tiesa, y, como siempre, unas cuantas pulseras de oro tintineaban suavemente en sus muñecas.

Eran las tres de la tarde.

De repente, empezaron a oírse voces y gritos en la calle, una especie de clamor desaforado acompañado de silbidos y del estrépito de muchos pasos, un fragor que se acercaba e iba en aumento...

—Mamá, ¿qué es eso? —dijo Clara, mirando por el espejuelo móvil de la ventana—. Toda esa gente..., ¿qué les pasa? ¿Por qué están tan alegres?

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la consulesa, que dejó a un lado sus cartas, se levantó de golpe muy angustiada y corrió a la ventana—. A ver si... ¡Ay Dios mío!... Sí, es la revolución... Es el pueblo...

Sucedía que, a lo largo de todo el día, se habían producido diversos altercados en la ciudad. A primera hora de la mañana, en la Breite Strasse, una pedrada había hecho añicos el escaparate del señor Benthien, comerciante de tejidos. Sólo Dios debía de saber lo que el escaparate de Benthien tenía que ver con la alta política.

—¡Anton! —llamó la consulesa con voz temblorosa dirigiéndose al comedor, donde el criado trajinaba con la plata—. Anton, baja. ¡Cierra la puerta de la casa! ¡Ciérralo todo! Es el pueblo...

—Sí, señora consulesa —dijo Anton—. ¿Puedo permitirme correr ese riesgo? Soy un siervo de los gobernantes... Como vean mi librea...

—¡Qué gente tan mala! —dijo Clotilde triste, alargando las palabras, sin dejar de bordar.

En ese momento, entró el cónsul por la puerta cristalera desde la sala de columnas. Llevaba el abrigo al brazo y el sombrero en la mano.

—¿Pretendes salir a la calle, Jean? —preguntó la consulesa consternada.

—Sí, querida, tengo que ir al Consejo de ciudadanos. —Pero, el pueblo, Jean..., la revolución...

—¡Por Dios! No es para tanto, Bethsy... Estamos en manos de Dios. Ya han pasado de largo de nuestra casa. Saldré por la parte de atrás.

Jean, si de verdad me quieres... Pretendes exponerte a ese peligro, dejarnos aquí solas... ¡Oh, tengo miedo, tengo miedo! —Querida mía, te lo ruego, te estás alterando de una manera... Esa gente irá a alborotar un poco ante el ayuntamiento o la plaza del mercado. Y a lo mejor le cuesta unos cuantos cristales más al Estado, eso es todo.

—¿Adónde pretendes ir, Jean?

Al Consejo de ciudadanos... Ya casi llego tarde, me he entretenido con asuntos del negocio. Sería una vergüenza faltar precisamente hoy ¿Crees que tu padre va a dejarse convencer para no ir? ¿Tan mayor crees que está?

—Bueno, entonces ve con Dios, Jean... Pero ten cuidado, te lo suplico. ¡Ten mucho cuidado! Y no pierdas de vista a mi padre. Si le pasara algo...

—No te preocupes, querida mía...

—¿Cuándo volverás? —preguntó la consulesa cuando él ya salía.

—Depende, a las cuatro y media..., según vayan las cosas. Tenemos puntos importantes que tratar en el orden del día, todo depende...

—¡Ay, tengo miedo, tengo miedo! —repitió la consulesa, mientras iba de un lado a otro del salón con la mirada llena de angustia y siempre de soslayo.

CAPÍTULO III

El cónsul Buddenbrook atravesó su enorme finca a paso ligero. Al salir por la parte de atrás, por la Bäckergarbe, oyó pasos tras de sí y vio a Gosch, el corredor de fincas, que, envuelto en su abrigo largo de un modo un tanto pintoresco, también se dirigía a la reunión por aquella cuesta. Al tiempo que se quitaba el sombrero de jesuita con una de sus largas y huesudas manos y, con la otra, realizaba una pomposa reverencia, digna del súbdito de alguna corte, dijo con voz ahogada, como forzada:

—Señor cónsul..., mis respetos.

Sigismund Gosch, corredor de fincas, soltero de unos cuarenta años, era, pese a su aspecto y maneras, la persona más honrada y buena del mundo; eso sí: era un esteta, un hombre original. Su rostro, sin barba, se caracterizaba por una nariz ganchuda, una barbilla en punta bastante prominente, unos rasgos duros y una boca grande y curvada hacia abajo cuyos finos labios se fruncían en una mueca que resultaba enigmática y maliciosa. Ponía todo su empeño —y en buena medida lo conseguía— en representar el papel de intrigante sin mesura, bello y demoníaco a la vez; un personaje malo, taimado, interesante y aterrador, entre Mefistófeles y Napoleón... Se peinaba el cabello encanecido hacia delante, tapando la frente de un modo siniestro. Lamentaba en grado sumo no ser jorobado. Para los habitantes de aquella antigua ciudad de comerciantes era un tipo tan extraño como entrañable. Formaba parte de ellos porque, cumpliendo con todas las normas burguesas, llevaba un pequeño despacho que gozaba de solidez y, dentro de los modestos límites de su actividad, del respeto general; en su angosta y oscura oficina, sin embargo, tenía una enorme estantería llena de obras literarias en todos los idiomas, y corría el rumor de que, desde los veinte años, se dedicaba a la traducción de los dramas completos de Lope de Vega.

Una vez, en una representación de aficionados, había hecho el papel de Domingo en el Don Carlos de Schiller. Ése había sido el punto culminante de su vida. Jamás había salido de su boca una palabra malsonante, e incluso en las conversaciones de negocios hablaba siempre entre dientes y con una mímica muy exagerada, como si quisiera decir frases del tipo: «¡Bellaco, ah! ¡Maldigo a tus ancestros en su tumba!». En cierto modo, era el heredero del difunto Jean Jacques Hoffstede; sólo que Gosch era un personaje más sombrío y patético, y carecía por completo de la serena alegría de vivir que aquel buen amigo de Johann Buddenbrook padre había sabido rescatar del siglo anterior. Un día, en una única operación, había perdido en la Bolsa seis táleros y medio con dos o tres letras de cambio que había adquirido especulando. Entonces, se había dejado llevar por su pasión por el drama y había hecho una verdadera escena. Se había desplomado en un banco cual si acabase de perder la batalla de Waterloo y, llevándose el puño cerrado a la frente con una mirada blasfema, había exclamado repetidas veces: «¡Oh, maldición!». Como las pequeñas y seguras ganancias que obtenía sin mayores problemas mediante la compra de esta o aquella finca en el fondo le aburrían, aquella pérdida, aquel trágico golpe con el que el cielo había castigado a nuestro intrigante, había sido un verdadero placer, una verdadera alegría, a la que sacó partido durante semanas. Cuando le decían: «He oído que ha tenido usted mala suerte, señor Gosch. Lo lamento mucho...», él solía responder: «¡Oh, mi querido amigo! *iUomo non educato*

*dal dolore rimane sempre bambino!*²³. Como es de suponer, nadie lo entendía. ¿Sería de Lope de Vega?

Lo que estaba claro era que Sigismund Gosch era un hombre tan erudito como extravagante.

—¡Qué tiempos éstos que vivimos! —dijo al cónsul Buddenbrook mientras recorría la calle a su lado, encorvándose adrede y apoyándose en su bastón—. ¡Tiempos de tempestades y de agitación!

—En eso tiene usted razón —respondió el cónsul. En efecto, eran tiempos agitados. La reunión de aquel día los tenía a todos en ascuas. El principio de voto representativo...

—¡Calle, calle usted! —prosiguió el señor Gosch—. Llevo todo el día en la calle, he estado observando a la plebe. ¡Qué magníficos muchachos había entre ellos, con los ojos inyectados en sangre de odio y entusiasmo...!

Johann Buddenbrook se echó a reír.

—¡Lo que me faltaba por oír, amigo mío! Parece que se divierte usted con todo este asunto, ¿no? Mire, no... Permítame..., todo eso es una niñería y nada más. ¿Qué es lo que quiere esa gente? Un grupo de jóvenes sin educación que aprovechan la oportunidad para alborotar un poco...

—¡Sin duda! Claro que no se puede negar que ...Yo estaba presente cuando Berkemeyer, el aprendiz de matarife, destrozaba el escaparate del señor Benthien... ¡Parecía una pantera! —el señor Gosch pronunció esta última palabra con los dientes especialmente apretados y siguió—: ¡Oh, no se puede negar que todo ello también tiene su lado sublime! Por fin algo nuevo, ¿sabe? Algo que se sale de la rutina cotidiana, algo violento..., tempestad, desmesura... ¡Una tormenta! ¡Ay, el pueblo es ignorante, eso lo sé! Y, no obstante, mi corazón, este mi corazón, está con él...

Habían llegado ya al edificio, de sencilla fachada pintada con óleo de color amarillo, en cuya planta baja se encontraba la sala de juntas del Consejo de ciudadanos.

Aquella sala formaba parte de la cervecería y salones de baile de una viuda apellidada Sauerkringel, que ciertos días la dejaba a disposición de los caballeros del Consejo. Desde un estrecho pasillo con suelo de baldosas, que tenía a la derecha una serie de salones destinados a la restauración donde olía a cerveza y a comida, se pasaba, a la izquierda, por una puerta de tablones pintados de verde sin cerradura ni siquiera picaporte, tan estrecha y tan baja que nadie hubiera supuesto que tras ella se encontraba un salón tan grande. Era una especie de gran cobertizo, frío y desnudo, con un techo encalado, en el que se veían las vigas, y paredes también encaladas; las tres ventanas, bastante altas, tenían una cruz pintada de verde y en ninguna había cortinas. Frente a las ventanas estaban las filas de bancos corridos y en gradas, como en un anfiteatro; al pie de éstos, una mesa cubierta por un tapete verde y, sobre ella, una gran campana, libros de actas y útiles de escritorio para el portavoz, el encargado de redactar el acta de la reunión y los comisarios del Senado presentes en la sala. En la pared que quedaba frente a la puerta había varios percheros altos llenos de abrigos y sombreros.

Un agitado vocerío recibió al cónsul y su acompañante cuando entraron por la pequeña puerta verde. A la vista estaba que eran los últimos en llegar. El salón estaba lleno de ciudadanos que, con las manos en los bolsillos, cruzadas a la espalda o gesticulando en el aire, discutían entre sí de pie y en pequeños grupos. De los ciento veinte miembros del Consejo, habrían acudido al menos cien. Dadas las circunstancias, se había recomendado a los representantes de algunos distritos rurales que permaneciesen en sus casas.

²³ «El hombre que no se educa en el dolor nunca deja de ser niño.» (*N de la T*).

Nada más entrar había un grupo compuesto por gente poco importante: dos o tres dueños de comercios menores, un profesor del liceo, el director del orfanato, el señor Mindermann, y el señor Wenzel, barbero predilecto de muchos. El señor Wenzel, un hombre bajito y de complexión fuerte, con bigote negro, manos coloradas y rostro inteligente, había afeitado al cónsul aquella misma mañana; en el Consejo, sin embargo, era un igual. Sólo afeitaba a caballeros de la clase más alta, casi exclusivamente a los Móllendorff, los Langhals, los Buddenbrook y los Oeverdieck, y si había sido elegido como miembro de aquella institución era por su profundo conocimiento de todos los asuntos municipales, por su diplomacia y facilidad de trato y por su gran seguridad en sí mismo, no reñida con la conciencia de ser de una condición inferior a la de sus clientes.

—¿Ya se ha enterado de lo último el señor cónsul? —se apresuró a decir casi gritando y con mirada seria a su distinguido igual. —¿Cómo voy a saberlo, mi querido Wenzel?

—Esta mañana todavía no era posible saberlo... Discúlpeme el señor cónsul, ¡son las últimas novedades! ¡El pueblo no se dirige a las puertas del ayuntamiento ni a la plaza del mercado! ¡Viene hacia aquí y quiere amenazar al Consejo! El redactor Rüksam lo ha soliviantado...

—Pero, ¡no es posible! —dijo el cónsul. Se abrió paso como pudo entre los grupos y avanzó hasta el centro de la sala, donde había visto a su suegro junto a los senadores Langhals y James Móllendorff—. ¿Es cierto eso, caballeros? —preguntó mientras se estrechaban la mano.

En efecto, todo el Consejo hablaba de lo mismo: la turba se dirigía hacia allí, ya se les oía...

—La canaillé!—dijo Leberecht Kröger con frialdad y desprecio. Había acudido allí en su carruaje. La figura alta y distinguida, en otros tiempos, había sido todo un caballero á la mode, comenzaba a encorvarse por una circunstancia tan natural como el peso de sus ochenta años; aquel día, sin embargo, estaba allí de pie totalmente erguido, con los ojos semicerrados y con las comisuras de los labios, sobre las cuales salían perpendiculares las cortas puntas del bigote blanco, arqueadas hacia abajo en una mueca de dignidad y desprecio. En su chaleco de terciopelo negro brillaba una doble botonadura de piedras preciosas.

No muy lejos de aquel grupo se veía a Hinrich Hagenström, un hombre corpulento y de baja estatura, con patillas pelirrojas ya entrecanas, la levita desabrochada y una gruesa cadena de reloj sobre el chaleco de cuadros azules. Estaba con su socio, el señor Strunck, y, por supuesto, no saludó al cónsul.

Más allá, el señor Benthien, el comerciante de tejidos, un hombre de aspecto acomodado, había reunido a su alrededor a un gran número de caballeros a los que explicaba, con todo lujo de detalles, cómo había sido lo de la pedrada en el escaparate... —¡Un ladrillo... medio ladrillo, señores míos! ¡Zas! Y luego fue a caer encima de un rollo de reps verde... ¡Qué gentuza!... En fin, es un asunto del Estado...

En algún rincón se oía sin cesar la voz del señor Stucht, el de la Glockengiesserstrasse, quien, con una levita negra sobre la camisa de franela, participaba en una discusión a la que contribuía repitiendo una y otra vez con mucha rabia: «¡Qué infamia más indignante!» (y decía «indignante»).

Johann Buddenbrook dio una vuelta por toda la sala para saludar, por un lado, a su viejo amigo C. E. Kóppen, por el otro, a la competencia de éste, el cónsul Kistenmaker. Dio un apretón de manos al doctor Grabow e intercambió unas palabras con Gieseke, el jefe de bomberos, con Voigt, el

constructor, con el doctor Langhals, portavoz del Consejo, con un hermano del senador, con comerciantes, profesores, abogados...

Todavía no se había abierto la sesión, pero el debate ya era de lo más vivo. Todos los caballeros maldecían a aquel periodista de pacotilla, a aquel condenado redactor, Rüksam, de quien se decía que había agitado a las masas... ¿Y para qué exactamente? Ellos se habían congregado allí para decidir si el sistema de voto representativo debía conservarse también a efectos de la Asamblea Nacional o si, por el contrario, debía aprobarse el sufragio universal. El Senado ya había propuesto esto último. Entonces, ¿qué era lo que quería el pueblo? Querían tirarse al cuello de los señores, nada más que eso. ¡Por todos los demonios! Era la situación más espinosa en la que todos aquellos caballeros se habían encontrado jamás. Todos rodearon a los comisarios del Senado para saber su opinión. También rodearon al cónsul Buddenbrook, que debía de saber lo que opinaba el alcalde Oeverdieck de todo aquello, pues, to que, desde que el año anterior fuera nombrado alcalde el senador Oeverdieck, cuñado del cónsul Justus Kröger, los Buddenbrook estaban emparentados con el alcalde, lo que había aumentado notablemente su categoría a ojos de la opinión pública.

De pronto, el alboroto de la calle se hizo mucho más grande... ¡La revolución había llegado hasta debajo mismo de las ventanas del salón donde se reunía el Consejo! De golpe enmudecieron todas aquellas acaloradas voces expresando sus opiniones. Mudos de espanto, con las manos juntas sobre el regazo, se miraban entre sí o miraban por la ventana: allí abajo, se alzaban incontables puños y un eufórico, ininteligible y ensordecedor griterío, compuesto básicamente de «¡Va!» y «¡Ea!», llenaba el aire. Entonces, para sorpresa de todos, como si los propios rebeldes se hubiesen asustado de su comportamiento, en el exterior se hizo un silencio tan profundo como el del interior del salón; y luego, en medio de la tensa calma que lo invadió todo, una palabra, procedente de uno de los bancos de las primeras filas, donde se había sentado Leberecht Kröger, una palabra pronunciada con frialdad, lentitud y energía, lo rompió:

—Canaille!

A continuación, desde algún rincón, una voz quebrada y llena de rabia clamó:

—¡Qué infamia más indinante!

Luego se oyó la vocecilla temblorosa y apresurada del comerciante Benthien, que se dirigía al grupo entero como quien cuenta un gran secreto:

—Caballeros, caballeros..., escúchenme... Yo conozco este edificio... Si subimos a la buhardilla, encontraremos un tragaluz... De niño tiraba yo piedras a los gatos por ahí... Es fácil pasar al tejado de la casa vecina y ponerse a salvo...

—¡Indigna cobardía! —farfulló Gosch, el corredor de fincas. Permanecía de pie con los brazos cruzados, apoyado en la mesa del portavoz y, con la cabeza baja, miraba hacia las ventanas con unos ojos que daban escalofríos.

—¿Cobardía, caballero? ¿Cómo? ¡Por Dios bendito! ¡Esa gente tira ladrillos! ¡He podido comprobarlo en mis propias carnes! En ese momento se reanudó el griterío de la calle; aunque sin llegar al grado de desafuero inicial, se siguió oyendo tranquila e ininterrumpidamente un paciente zumbido, una especie de cantilena casi alegre, en la que de vez en cuando se distinguía algún silbido o alguna palabra suelta como «¡Principio!» o «¡Derechos civiles!». El Consejo permaneció a la escucha en actitud devota.

—Señores míos —dijo después de un rato el portavoz, el señor Langhals, a media voz y sin dirigirse a nadie en concreto—. Espero que estén de acuerdo conmigo en que ha llegado el momento de abrir la sesión...

Era una sugerencia un tanto inesperada, que, por otra parte, no fue secundada por nadie.

—Sí ya... ¡Estoy yo pa' eso! —dijo alguien con tanta convicción que nadie pudo objetar nada. Se trataba de un hombre con aspecto de campesino, llamado Pfahl, que venía del distrito rural de Ritzerau como diputado por el pueblo de Klein—Schretstaken. Nadie recordaba haber oído nunca su voz; en aquella situación, en cambio, su opinión influyó incluso en las mentes más brillantes... Sin dejarse intimidar y con un firme instinto político, el señor Pfahl había acertado a formular la opinión del Consejo entero.

—¡Que Dios nos proteja si lo hacemos! —dijo el señor Benthien furioso—. ¡Ahí sentados en los bancos más altos, se nos ve desde la calle! ¡Esa gente lanza ladrillos! ¡Ni hablar! ¡Por todos los demonios!

—¡Y que esa condenada puerta tenga que ser tan estrecha! —exclamó desesperado Kóppen, el comerciante de vinos—. Como quisiéramos salir, nos íbamos a aplastar... ¡nos íbamos a aplastar todos!

—¡Qué infamia más indinante! —dijo el señor Stuht con voz apagada.

—¡Caballeros! —retomó la palabra el portavoz intentando persuadirlos—. Les ruego que consideren la posibilidad... Dentro de tres días tengo que entregar el acta de la reunión de hoy al alcalde... Además, la ciudad espera que se haga pública por escrito. En cualquier caso, desearía someter a votación si hemos de abrir la sesión o no...

Sin embargo, con excepción de unos cuantos ciudadanos que apoyaron al portavoz, nadie mostraba disposición para pasar al orden del día. Cualquier votación habría resultado absurda. No se debía incitar al pueblo. Nadie sabía lo que quería. Había que tener mucho cuidado de no ofender a nadie con alguna resolución que implicase favorecer a alguna de las partes. Había que esperar sin hacer ningún movimiento. Se oyó cómo el reloj de la Marienkirche daba las cuatro y media...

Se fueron reafirmando en la decisión de resistir allí esperando pacientemente. Empezaron a acostumbrarse al zumbido procedente de la calle, que aumentaba, disminuía, cesaba un rato y comenzaba otra vez. Empezaron a tranquilizarse, a ponerse más cómodos, a sentarse en los bancos más bajos y en las sillas... El espíritu emprendedor de todos aquellos diligentes ciudadanos comenzó a bullir de nuevo. Empezaron a atreverse a hablar de negocios, incluso a hacer alguno... Los corredores de comercio empezaron a acercarse a los comerciantes al por mayor... Los caballeros encerrados en el salón charlaban entre sí como hacen quienes comparten el mismo techo durante un fuerte temporal y hablan de otra cosa, para de vez en cuando detenerse a escuchar los truenos con gesto serio y respetuoso. Dieron las cinco, las cinco y media, y empezó a caer la tarde. De cuando en cuando, alguno se lamentaba de que su señora le estaba esperando con el café en la mesa, tras lo cual Benthien se permitía recordar la existencia del tragaluz del tejado. Sin embargo, la mayoría pensaba lo mismo que el señor Stuht, quien, meneando la cabeza en actitud fatalista, había exclamado: «¡Pero si no iba a caber de gordo!».

El cónsul Buddenbrook, atendiendo al ruego de su esposa, había permanecido junto a su suegro, y le miró con cierta preocupación al preguntarle:

—¿No le estará afectando esta pequeña aventura, padre?

En la frente de Leberecht Kröger, bajo el tupé blanco como la nieve, dos venas azuladas se habían hinchado de forma preocupante, y mientras una de sus aristocráticas manos jugueteaba con los irisados botones del chaleco, la otra, adornada con un grueso brillante, temblaba sobre sus rodillas.

—Bobadas, Buddenbrook —replicó con un cansancio tremendo—. Estoy hastiado, eso es todo. —Pero él mismo se delató, pues de pronto estalló—: ¡Parbleu, Jean! ¡A esa gentuza infame abría que enseñarle el respeto a balazos!... Canaille!... La canaille!... El cónsul le susurró en tono conciliador:

—Claro, claro... Si tiene usted razón, todo esto es una farsa indigna... Pero, ¿qué podemos hacer? Hay que poner buena cara. Se está haciendo de noche. Esa gente se empezará a marchar...

—¿Dónde está mi coche? ¡Ordeno que me traigan mi coche! —gritó Leberecht Kröger completamente fuera de sí. Su rabia explotó, todo el cuerpo le temblaba—. ¡Lo había pedido a las cinco! ¿Dónde está?... La reunión no se celebra... ¿Qué hago yo aquí, entonces? ¡No estoy dispuesto a dejar que nadie me tome el pelo!... ¡Quiero mi coche! ¿Es que insultan a mi cochero?... ¡Buddenbrook, vaya a ver!

—Querido suegro, por el amor de Dios, tranquilícese usted. Se está alterando mucho..., eso no le conviene en absoluto. Por supuesto... Iré a preguntar por su coche. Yo también estoy harto de todo este asunto. Hablaré con esa gente, les exortaré a marcharse a sus casas...

Y a pesar de que Leberecht Kröger protestó, a pesar de que, en un tono de terrible frialdad y desprecio, ordenó: «¡Quieto, quédese aquí! ¡Guarde usted su honor, Buddenbrook!», el cónsul ya casi estaba en la otra punta del salón.

Muy cerca de la pequeña puerta verde, Sigismund Gosch le alcanzó y, agarrándole por el brazo con una de sus huesudas manos, le susurró con voz mefistofélica:

—¿Adónde va, señor cónsul?

El rostro del corredor de fincas se había transformado en un puro entramado de arrugas. En una mueca de desmesurada determinación, su barbilla sobresalía hacia arriba hasta casi tocar la punta de la nariz, el cabello gris le caía en forma de sombríos jirones por las sienes y la frente, y había encogido tanto la cabeza entre los hombros que ahora parecía jorobado de verdad. Entonces farfulló:

—Como ve, estoy dispuesto a hablar con el pueblo. El cónsul dijo:

—No, no, mejor deje que lo haga yo, Gosch. Es probable que yo encuentre más conocidos entre esa gente...

—¡Así sea! —respondió el corredor de fincas en tono mecánico—. Es usted un hombre más importante que yo. —Y, alzando la voz, prosiguió—: ¡Pero le acompañaré, estaré a su lado, señor Buddenbrook! Aunque la ira de los esclavos insurrectos me haga pedazos... ¡Ay, qué día! ¡Qué tarde! —dijo al salir. Sin duda, no se había sentido tan feliz en toda su vida—. ¡Ah, señor cónsul! ¡Ahí está el pueblo!

Recorrieron juntos el pasillo y saheron a la puerta de la calle, deteniéndose antes de bajar los tres estrechos escalones hasta la acera. La calle ofrecía un aspecto desconcertante. Estaba como muerta, y en las ventanas, ya iluminadas, de las casas vecinas se veía a gente asomada observando con curiosidad a aquella negruzca masa de rebeldes agolpados a las puertas del edificio. Los alborotadores no superaban en número a los caballeros reunidos en el salón, y eran en su mayoría jóvenes trabajadores del puerto y los almacenes, dependientes, alumnos de formación profesional, algunos marineros de barcos mercantes y otras gentes de las que

habitualmente moran en las zonas menos nobles de la ciudad: callejuelas, callejones, corralas y patios interiores. También había tres o cuatro mujeres, tal vez con la esperanza de que aquella iniciativa les reportase éxitos como los que se prometía la cocinera de los Buddenbrook. Algunos de los agitadores, cansados de estar de pie, se habían sentado en la acera, con los pies en el bordillo, y merendaban pan con mantequilla.

Faltaba poco para que dieran las seis y, aunque el sol estaba ya muy bajo, todavía no se habían encendido los faroles de aceite, colgados de cadenas tendidas de un lado al otro de la calle. Este hecho, esta manifiesta e insólita ruptura del orden fue lo primero que indignó realmente al cónsul, y a ello se debió que comenzase a hablar en un tono bastante cortante y ofensivo, además de en Plattdeutsch:

—¡Pero, bueno! ¿Qué es esta patochada que habéis organizado?

Los del pan con mantequilla se levantaron de la acera de un salto. Los que estaban al fondo, más allá del Fahrdamm, se pusieron de puntillas. Algunos de los trabajadores del puerto que eran empleados del cónsul se quitaron la gorra. La gente se daba codazos, llamaba la atención del compañero y murmuraba: «¡El cónsul Buddenbrook! ¡Es el cónsul Buddenbrook! ¡El cónsul Buddenbrook va a decir un discurso! ¡Cierra el pico, Krischan, que aquí se pué' armar una buena! ¡Ése es Gosch, el corredor de fincas! ¡Mí'a tú qué tipo tan raro!... ¡Huy! ¿Qué le ha dd'o?».

—¡Carl Smolt! —retomó la palabra el cónsul, y sus ojillos redondos y hundidos se clavaron en un trabajador de los almacenes de unos veintidós años que, con la gorra en la mano y la boca llena de pan, estaba justo al pie de los escalones—. ¡A ver, Carl Smolt, habla! ¡Ahora es el momento! Llevamos aquí toda la tarde oyéndoos gritar...

—Verá usté', señor cónsul —consiguió decir Carl Smolt con la boca llena —, así está la cosa... Pero..., mire usté'..., ya está bien y es que... estamos haciendo la revolución.

—Pero, ¿qué disparates son éstos, Smolt?

—Sí, señor cónsul, ya lo ve usté', es que ya está bien... y no hay que darle más vueltas a la cosa... Queremos un nuevo orden... y no es que sea, yo solo, ¿eh? Que si se ha monta'o to' esto es que...

—¡Escúchame bien, Smolt, y también todos los demás! El que sea sensato ya se está marchando ahora mismo a su casa, que ya está bien de revoluciones y de alterar el orden. ¡Será posible...! —¡El orden sagrado! — interrumpió Gosch entre dientes.

—¡El orden, he dicho! —concluyó el cónsul Buddenbrook—. ¡Ni los faroles se han encendido, por Dios! ¡Esto de la revolución está llegando demasiado lejos!

Carl Smolt, que por fin había tragado, seguía allí plantado, con la muchedumbre a la espalda y las piernas un poco abiertas, y tenía sus objeciones:

—Ya, señor cónsul, eso lo dice usté'. Pero aquí n'a más hemos vení'o por lo del principio universal de eso de los votos... —¡Por Dios bendito! ¡Botarate, más que botarate! —y de lo indignado que estaba se olvidó de seguir en Plattdeutsch—. Si es que no dices más que disparates...

—Ya, señor cónsul —dijo Carl Smolt un poco intimidado—, así está la cosa. Pero la revolución tié' que ser y tié' que ser. Es que la revolución está en to'as partes, en París, en Berlín...

—A ver, Smolt, ¿qué es lo que queréis? ¡Decidlo de una vez! —Mire, señor cónsul, así en resumí'as cuentas: queremos una república... En resumí'as cuentas.

—Pero, pedazo de alcornoque: ¡ya tenemos una república! —Ya, señor cónsul. Pos' es que queremos otra.

Algunos de los que estaban allí y que se creían más entendidos en el asunto no pudieron evitar soltar una buena risotada; y aunque eran minoría los que habían entendido la respuesta de Carl Smolt, la algazara se extendió hasta que la masa de republicanos en pleno terminó riendo a carcajadas, con desenfado y sin ninguna maldad. Por las ventanas del salón donde se reunía el Consejo se asomaron las caras de algunos caballeros con jarras de cerveza en las manos... El único al que decepcionó y dolió este giro de los acontecimientos fue Sigismund Gosch.

—Bueno, muchachos —dijo el cónsul para terminar—, creo que lo mejor será que os marchéis todos a vuestras casas.

Carl Smolt, absolutamente perplejo del efecto de sus palabras, respondió:

—Sí, señor cónsul, así está la cosa y así que vamos a dejar que la cosa se calme un poco. Y, mire, yo también m' alegro de que no me lo tome usté' a mal, así que nada, adiós también, señor cónsul...

La masa comenzó a dispersarse, todos de excelente humor. —Carl, un momento —exclamó el cónsul—. ¿No habrás visto el coche del señor Kröger, la calesa de la casa de las afueras del Burgtor?

—Sí, sí, señor cónsul. Ha vení'o. S' ha esta'o esperando, señor cónsul, y s' ha vuelto pa' la casa. Como no salía nadie... —Bueno, Smolt, pues entonces date una carrera hasta allí y dile a Jochen, el cochero, que se acerque otra vez, que su señor quiere volver a casa.

—Sí, señor cónsul —y, poniéndose presto la gorra, con la visera de cuero calada hasta los ojos, Carl Smolt marchó calle abajo a ágiles zancadas.

CAPÍTULO IV

Cuando el cónsul Buddenbrook regresó al Consejo con Sigismund Gosch, el salón ofrecía una imagen mucho más amable que un cuarto de hora atrás. Estaba iluminado por dos grandes lámparas de parafina dispuestas sobre la mesa del portavoz, y bajo su luz amarillenta se veía a los caballeros de pie, en grupos, sirviéndose cerveza de botella en brillantes jarras, brindando y charlando ruidosa y muy animadamente. La señora Sauerkringel, la viuda Sauerkringel, había estado allí y se había compadecido de la situación de encierro de sus pobres huéspedes en el salón; escogiendo las palabras, había sugerido que, dado que el asedio podía prolongarse bastante, les convenía tomar un pequeño tentempié, aprovechando así aquellos momentos de excitación para servir una importante cantidad de la cerveza de su local, una cerveza rubia y de elevado contenido alcohólico. En ese mismo momento, cuando los dos comerciantes entraban en el salón, el empleado, en mangas de camisa y con una sonrisa bonachona, distribuía una nueva ronda de botellas, y aunque la tarde estaba ya muy avanzada y ya no era hora de emprender la revisión de la constitución, nadie parecía dispuesto a interrumpir tan pronto aquella reunión y volverse a casa... En cualquier caso, lo que ya no cabía plantearse era el café con la esposa...

Tras recibir múltiples apretones de manos y felicitaciones por su éxito, el cónsul se dirigió sin demora hacia su suegro. Leberecht Kröger parecía ser el único cuyo estado de ánimo no había mejorado. Muy erguido, frío y reticente, seguía sentado en su sitio y, cuando fue informado de que, en ese momento, su coche estaba llegando para recogerlo, respondió con sarcasmo y con una voz que le temblaba más de rabia que por su avanzada edad: —¿Tiene a bien el populacho dejarme regresar a mi casa? Con movimientos envarados que ni por asomo recordaban a los gestos suaves y elegantes que le caracterizaban, dejó que le echasen el abrigo de piel sobre los hombros y, cuando el cónsul se ofreció a acompañarle, pasó el brazo por debajo del de su yerno con un despectivo «mercin».

El majestuoso carruaje, con dos grandes faroles en el pescante, se detuvo delante de la puerta, donde, aunque sólo fuera por complacer al cónsul, comenzaban a encender también los faroles de aceite de la calle. Los dos subieron al coche. Rígido, mudo, sin reclinarsse en el respaldo y con los ojos semicerrados, Leberecht Kröger, sentado a la derecha del cónsul, realizó el trayecto con la manta de viaje sobre las rodillas, y las comisuras de sus labios, curvadas hacia abajo, se convirtieron en dos profundos surcos que se proyectaban perpendicularmente a las cortas puntas del bigote blanco y llegaban hasta la barbilla. La rabia ante la humillación sufrida le carcomía. Derrotado y frío, miraba fijamente el asiento vacío de enfrente.

Las calles estaban más animadas que una tarde de domingo. Era evidente que reinaba un ambiente festivo. El pueblo, entusiasmado con el feliz transcurso de la revolución, recorría las calles de excelente humor. Incluso cantaban. En más de un punto hubo jóvenes que gritaron «¡Hurra!» al ver pasar el coche y lanzaron sus gorras al aire.

—Creo realmente que se está tomando esto demasiado a pecho, padre —dijo el cónsul—. Teniendo en cuenta que todo ha sido una mascarada. . . Una farsa... —y, para incitar al anciano a darle alguna respuesta o a decir alguna palabra, empezó a hablar animadamente de la revolución en general—. Como la masa sin posesiones tome conciencia de lo poco que sirve a su propia causa en estos tiempos... ¡Ay, Dios, si es que es lo mismo en todas partes! Esta tarde he tenido una breve conversación con Gosch, el corredor de fincas, ese hombre increíble que lo ve todo con los ojos de un poeta y dramaturgo... Fíjese, padre, en Berlín la revolución surgió de las tertulias de los estetas en torno a su mesa de té... Y luego el pueblo optó por tomar las armas y jugarse la vida violentamente... ¿Cree que les compensará?

—Haría usted bien en abrir la ventanilla de su lado —dijo el señor Kröger. Johann Buddenbrook lo miró fugazmente y se apresuró a bajar el cristal de la ventanilla.

—¿Es que no se encuentra bien del todo, querido padre? —preguntó preocupado.

—No. En absoluto —respondió Leberecht Kröger muy seco. —Necesita usted comer algo y reposar —dijo el cónsul y, por hacer algo, volvió a colocar la manta de piel sobre las rodillas de su suegro para ceñirla más.

De pronto —el carruaje iba traqueteando por la Burgstrasse—, sucedió algo estremecedor. Cuando, a unos diez pasos de las murallas de la ciudad, sumidas en la penumbra, el coche pasó junto a un grupo de golfillos que se divertían armando jaleo a los pies del Burgtor, una piedra entró volando por la ventanilla. Era una piedra inofensiva y no mayor que un huevo de gallina, que, seguramente sin ninguna mala intención —y, con toda probabilidad, tampoco dirigida al coche—, se habría escapado, a la salud de la revolución, de las manos de algún joven gamberro como Christian Snut o Heine Voss. Sin

hacer ningún ruido, se coló por la ventana, sin hacer ningún ruido chocó contra el pecho de Leberecht Kröger, envuelto en la gruesa manta, y sin hacer ningún ruido rodó por la manta hasta caer al suelo.

—¡Gamberros! —dijo el cónsul en tono de fastidio—. ¿Es que esta tarde ha perdido la cabeza todo el mundo? No ha llegado a lastimarle, ¿verdad, padre?

El viejo Kröger guardaba silencio, un silencio preocupante. El interior del coche estaba demasiado oscuro para distinguir la expresión de su rostro. Iba sentado muy erguido, todavía más tieso que antes, sin tocar el respaldo del asiento. Luego, sin embargo, con voz de ultratumba, salió de sus labios, lenta, fría y rotunda, una única palabra:

—Canaille!

Preocupado por no excitarle todavía más, el cónsul prefirió no responder. El coche atravesó el Burgtor, que les devolvió el eco de su paso, y, tres minutos más tarde, habían llegado a la amplia avenida y a la reja terminada en puntas doradas que rodeaba las posesiones de los Kröger. A cada uno de los lados del gran portón del jardín, de donde partía un camino bordeado de castaños que conducía hasta la terraza, ardía con potente luz un farol rematado con un brillante pomo dorado. El cónsul se estremeció al ver, ahora sí, la cara de su suegro. Estaba amarilla, marchita y toda surcada de arrugas. La expresión de frialdad, firmeza y desprecio que su boca había conservado hasta entonces se había transformado en la mueca débil, torcida, flácida e idiota de un viejo... El coche se detuvo al llegar a la terraza.

—Ayúdeme —dijo Leberecht Kröger, a pesar de que el cónsul, que había bajado primero, ya estaba retirando la manta y le ofrecía su brazo y su hombro para apoyarse. Muy despacio, guió a su suegro por el suelo de gravilla los escasos pasos hasta la escalinata de brillante piedra blanca que subía hasta el comedor. Al pie de los escalones, el anciano cayó de rodillas. La cabeza se desplomó sobre el pecho con tanta fuerza que se oyó el golpe de la mandíbula inferior contra la superior al cerrársele la boca. Sus ojos se extraviaron y se quedaron en blanco...

Leberecht Kröger, el caballero á la mode, había ido a reunirse con sus ilustres antepasados.

CAPÍTULO V

Un año y dos meses más tarde, en una mañana de enero de 1850 de niebla y aguanieve, el señor y la señora Grünlich y su hijita de tres años tomaban el primer desayuno en el comedor de espléndidas maderas claras, sentados en aquellas sillas que habían costado veinticinco marcos la pieza.

Los cristales de ambos ventanales estaban casi translúcidos por la niebla; al otro lado se adivinaban árboles y arbustos desnudos. En la estufa baja y con portezuela de cristal verde que había en el rincón, junto a la puerta, abierta, que conducía al gabinete, donde también se veían algunas plantas, chisporroteaban las brasas, envolviendo la estancia en un calor plácido y de una suave fragancia. En la pared opuesta, unos cortinajes verdes entreabiertos permitían ver el salón contiguo, tapizado enteramente en seda marrón, así como una puerta alta y de cristalera, cuyas rendijas se habían tapado con burletes de algodón y detrás de la cual una pequeña terraza se

perdía en el grueso manto de niebla blanco grisáceo. En un lateral, una tercera salida conducía al pasillo.

Sobre el mantel redondo de damasco blanco como la nieve se veía un camino de mesa bordado en verde y un servicio de porcelana con filo de oro tan transparente que, en algunos puntos, parecía nácar. Se oía el zumbido de una especie de samovar. En una pequeña panera de plata con forma de gran hoja dentada y ligeramente enrollada hacia dentro, había bollos y rebanadas de pan de leche. Bajo una campana de cristal se conservaban una torre de ricitos de mantequilla estriada, en otra, distintos tipos de queso: amarillo, blanco y azul veteado como el mármol. No faltaba tampoco una botella de vino tinto, pues al señor Grünlich le gustaba desayunar a la inglesa.

Con las barbas recién peinadas y una cara que, a aquella hora de la mañana, se mostraba más sonrosada que nunca, el señor Grünlich, ya vestido por completo, con levita negra y pantalones a grandes cuadros de color claro, estaba sentado de espaldas al salón y siguiendo su costumbre, desayunaba una chuleta poco hecha. Su esposa pensaba que aquello era en verdad distinguido, pero le resultaba tan sumamente repugnante que jamás había podido decidirse a cambiarlo por su habitual desayuno con huevo, pan y sus correspondientes aderezos.

Tony estaba en camisón; los camisonos eran su debilidad. Nada le parecía más distinguido que una elegante negligée, y como en casa de sus padres no había podido dar rienda suelta a tal capricho, lo cultivaba con tanta mayor pasión en su condición de mujer casada. Tenía tres de aquellas prendas que con tanta delicadeza se pegan al cuerpo y cuya confección se presta a desplegar aún mayor gusto, refinamiento y fantasía que para un traje de noche. Aquel día, sin embargo, llevaba puesta la bata de color rojo oscuro, que combinaba a la perfección con el tapizado de la parte superior de las paredes (hasta media altura estaban forradas de madera); era de una tela de grandes flores aún más suave que el algodón, toda bordada de abalorios de cristal del mismo tono y tan diminutos como gotitas de lluvia. Una apretada hilera de lacitos de terciopelo rojo cerraba la prenda desde el cuello hasta el bajo.

Sus espléndidos cabellos de tono rubio ceniza, adornados con una cinta de terciopelo rojo oscuro, caían en pequeños tirabuzones sobre la frente. Aunque la propia Tony sabía muy bien que su belleza física ya había alcanzado su máximo esplendor, aquella expresión infantil, ingenua y traviesa que le confería el labio superior un poco abultado se mantenía igual que antaño. Los párpados de sus ojos azul grisáceo estaban un poco enrojecidos por el agua fría. Sus manos —las manos típicas de los Buddenbrook: un poco cortas pero finamente torneadas—, con los suaves puños de terciopelo de la bata ciñéndole las delicadas muñecas, manejaban cuchillo, cuchara y taza con unos movimientos que, aquel día, por algún motivo, resultaban un tanto bruscos y agitados.

A su lado, en una sillita infantil alta como una torre y vestida con una graciosa faldita recta de grueso punto azul claro, estaba la pequeña Erika, una niña gordita de rizos cortos de color rubio claro. Con las dos manitas sostenía una taza muy grande en la que su carita desaparecía casi por completo, y se tomaba la leche dando pequeños suspiros de satisfacción.

La señora Grünlich hizo sonar una campanilla y Thinka, la doncella, entró por la puerta del pasillo para sacar a la niña en vilo de la sillita y llevarla al cuarto de juegos.

—Puedes ir a pasear con ella media hora, Thinka —dijo Tony—. Pero no más, y ponle la chaqueta más gruesa, ¿de acuerdo? Hay niebla.

Se quedó a solas con su marido.

—Te estás poniendo en ridículo —le espetó después de un silencio, obviamente retomando una conversación interrumpida—. ¿Tienes algún argumento en contra? ¡Dame algún argumento en contra! No puedo ocuparme de la niña el día entero...

—No te gustan los niños, Tony...

—Que no me gustan los niños... ¡Es que me falta tiempo! La casa me quita muchísimo. Me levanto pensando en las veinte cosas que hay que hacer cada día y, cuando me acuesto, tengo otras cuarenta de que preocuparme porque aún no se han hecho... —Tienes dos muchachas. Una mujer tan joven como tú... —Dos muchachas, de acuerdo. Thinka tiene que hacer la colada, limpiar, quitar el polvo y servir la mesa. La cocinera no puede más del trabajo que tiene... Contigo, que ya desayunas chuletas... ¡Piénsalo bien, Grünlich! Antes o después, Erika va a necesitar una institutriz, una persona que se ocupe de su educación...

—No corresponde a nuestra situación mantener a una niñera tan pronto.

—¿Nuestra situación? ¡Por Dios! ¡Te estás poniendo en ridículo! ¿Acaso somos mendigos? ¿Tan mal estamos que tenemos que prescindir de lo esencial? Que yo sepa, aporté a este matrimonio ochenta mil marcos.

—¡Tú y tus ochenta mil!

—¡Pues sí!... Hablas de ello con desprecio... Según tú, eso no era lo que te importaba... Te casaste conmigo por amor. De acuerdo. Pero, ¿me amas todavía? ¡Estás pasando por alto cosas que quiero y a las que tengo derecho! La niña no va a tener niñera; el cupé, que nos hace falta como el pan de cada día, ya ni se menciona... Entonces, ¿por qué nos instalamos permanentemente aquí en el campo, si no corresponde a nuestra situación tener un coche con el que desplazarnos decentemente para hacer vida social? ¿Por qué nunca te parece bien que yo vaya al centro? Lo que más te gustaría es que nos encerrásemos aquí para siempre y que yo no volviese a ver a nadie nunca. ¡Eres intratable!

El señor Grünlich se llenó la copa de vino tinto y levantó la campana de cristal para servirse un trozo de queso. No se dignó responder.

—¿Me amas todavía? —repitió Tony—. Tu silencio es de tan mala educación que me permito traer a tu memoria cierta escena en el salón de los paisajes, en casa de mis padres... ¡Por entonces te comportabas de un modo muy distinto! En cambio, luego, todo lo que has hecho, desde el primer día, es sentarte a mi lado un rato por las noches... ¡y sólo a leer el periódico! Al principio, al menos tenías un poco de consideración con las cosas que yo quería. Pero hace mucho que también eso se acabó. ¡Me tienes muy desatendida!

—¿Y tú? Tú me estás arruinando... —¿Yo? ¿Que te estoy arruinando?

—Sí, me estás arruinando con tu pereza, con ese gusto tuyo por el servicio y por el lujo...

—¡Oh! ¡Me echa en cara mi buena educación! En casa de mis padres jamás tuve necesidad de mover un dedo. Aquí me he visto obligada a adaptarme como he podido a la dura vida de ama de casa, así que cuando menos podré exigir que me ayudes con algunos medios más que los estrictamente imprescindibles. Mi padre es un hombre rico, ¡cómo iba a esperar él que jamás fuese a faltar servicio en mi casa!

—Pues, si pretendes contratar a una tercera muchacha, espera a que esa riqueza nos sirva de algo.

—¿Quiere decir eso que deseas la muerte de mi padre? Te estoy diciendo que somos gente pudiente, que yo no vine a este matrimonio con las manos vacías...

Aunque el señor Grünlich estaba ocupado en masticar, sonrió: con una sonrisa de superioridad y melancolía, sin decir palabra. Esto desconcertó a Tony.

—Grünlich—le dijo más tranquila—, sonrías, hablas de nuestra situación... ¿Acaso estoy engañada respecto a nuestra situación? ¿Es que has tenido mala suerte con los negocios? ¿Es que...?

En ese momento se oyeron unos golpecitos, un breve tamborileo en la puerta del pasillo, y entró el señor Kesselmeyer.

CAPÍTULO VI

El señor Kesselmeyer, como era un buen amigo de la casa, venía sin haberse anunciado, sin sombrero y sin abrigo; entró y se quedó de pie junto a la puerta. Su aspecto coincidía exactamente con el retrato que Tony había dado a su madre en una carta. Era de estatura más bien baja, ni gordo ni delgado. Llevaba una levita negra, ya con unos cuantos brillos, pantalones del mismo color, estrechos y cortos, y un chaleco blanco, sobre el que una fina cadena de reloj se enredaba con las cadenas de dos o tres pares de quevedos. Sobre su cara colorada se dibujaban unas patillas blancas muy cortas que cubrían las mejillas pero dejaban la barbilla y los labios al descubierto. La boca era pequeña, flexible y graciosa, y tenía tan sólo dos dientes en la mandíbula inferior. Cuando el señor Kesselmeyer se quedaba de pie reflexionando, confuso y ausente, con las manos metidas en vertical en los bolsillos del pantalón, se mordía el labio superior con aquellos dos dientes amarillos y cónicos. Las plumitas blancas y negras que tenía por cabellos a ambos lados de la cabeza se movían suavemente a pesar de que no corría ni el más mínimo soplo de aire.

Por fin sacó las manos de los bolsillos, se inclinó, abrió la boca dejando colgar la mandíbula inferior y, con gran esfuerzo, consiguió desenredar una de las cadenas de la maraña que llevaba en la pechera. Luego se pinzó los quevedos en la nariz de un rápido golpe, poniendo la mueca más grotesca, lanzó una mirada escrutadora al matrimonio y comentó: «¡Ajá!».

Dado que utilizaba esta interjección con una frecuencia extraordinaria, cabe mencionar aquí que lo hacía de maneras muy distintas y siempre muy peculiares. Podía decir «¡ajá!» con la cabeza echada hacia atrás, la nariz arrugada, la boca muy abierta y agitando las manos en el aire, con un sonido muy estirado, nasal y metálico que recordaba al sonido de un gong chino... Y, por otra parte —dejando al margen todo un abanico de matices—, podía dejar escapar un «¡ajá!» muy corto y suave, como de pasada, que quizá resultase aún más gracioso porque pronunciaba unas «aes» muy turbias y nasales. El de aquel día fue un «¡ajá!» de los fugaces, alegre y acompañado de un suave y compulsivo meneo de cabeza que parecía fruto de un humor excelente..., aunque uno no podía fiarse de aquello, pues era un hecho probado que, cuanto más alegre y divertido parecía el señor Kesselmeyer, más peligroso era. Cuando brincaba de un lado para otro con mil «¡ajás!», se ponía y se quitaba los quevedos, aleteaba con los brazos, parloteaba

exultante y parecía no haber en sí de contento, podía uno estar seguro de que la maldad hervía en su interior... El señor Grünlich lo miró entornando los ojos, sin disimular su desconfianza.

—¿Tan temprano viene? —preguntó.

—Sí—í —respondió el señor Kesselmeyer agitando en el aire una de sus manitas rojas y arrugadas, como si quisiera decir: «¡Tú espera y verás, traigo una sorpresa!»—. ¡Tengo que hablar con usted! ¡Tengo que hablar con usted sin demora, mi querido amigo!

Su forma de hablar era harto ridícula. Daba la sensación de que mascaba y remascaba cada palabra en la boca para luego soltarla con un esfuerzo absurdo por aquella boca pequeña, flexible y desdentada. Por cómo pronunciaba la erre se hubiera dicho que se había engrasado el paladar. La desconfianza de los ojillos entornados de Grünlich fue en aumento.

—Acérquese, señor Kesselmeyer —dijo Tony—. Siéntese. Qué bien que haya venido... Verá: tiene usted que arbitrar en una discusión que acabo de tener con Grünlich. Dígame usted: una niña de tres años, ¿debe tener una niñera o no? ¿Y bien?

Sólo que el señor Kesselmeyer parecía no prestarle atención alguna. Había tomado asiento. Abriendo su boquita diminuta todo lo que podía y arrugando la nariz, se rascaba suavemente las patillas con el índice (lo que producía una especie de rasquido bastante nervioso), y, con expresión sumamente alegre, observaba por encima de los quevedos la elegante mesa de desayuno, la panera de plata, la etiqueta de la botella de vino tinto...

—Porque —prosiguió Tony— Grünlich afirma que le estoy arruinando...

Entonces el señor Kesselmeyer se quedó mirándola... y luego miró a Grünlich... y luego se echó a reír con sonoras carcajadas.

—¿Usted le está arrui... arrui... que usted... usted le está arruinando...? ¡Ay, por Dios! ¡Por Dios! ¡Eso sí que es bueno!... ¡Qué divertido! ¡Eso es muy, muy, pero que muy divertido! —Y a esto siguió un verdadero torrente de «ajás» de todo tipo.

El señor Grünlich rebullía en su silla visiblemente nervioso. Alternativamente, se pasaba el dedo por el borde del cuello de la camisa y deslizaba los dedos por las barbas amarillas.

—Kesselmeyer —dijo—, ¡compórtese! ¿Es que no está en su sano juicio? ¡Deje de reírse! ¿Quiere una copa de vino? ¿Un cigarro? Pero, ¿de qué se ríe?

—¿Que de qué me río?... Sí, deme una copa de vino, deme un cigarro... ¿De qué me río? Así que piensa usted que su señora esposa le está arruinando...

—Su inclinación por el lujo es desmedida —dijo el señor Grünlich en tono avinagrado.

Tony ni se molestó en discutir aquello. Reclinada en su silla con absoluta calma, con las manos en el regazo, sobre los lacitos rojos de su bata, dijo con un gesto orgulloso que acentuaba aún más su labio superior un poco abultado:

—Pues sí... Así es como soy. Está claro. Lo heredé de mi madre. Todos los Kröger han sido siempre muy amantes del lujo.

Con la misma calma habría podido afirmar que era frívola, irascible y vengativa. Su acusado sentido del orgullo familiar hacía que conceptos como el libre albedrío y la autodeterminación fuesen ajenos a ella y, por lo tanto, constataba y reconocía sus rasgos de carácter con una indiferencia casi fatalista, sin ningún criterio y sin hacer ningún intento por corregirlos. Inconscientemente, creía que cualquier rasgo de su personalidad, sin

importar su índole, era algo heredado y un exponente de la tradición familiar que, como tal, era venerable y merecía ser respetado por encima de todo.

El señor Grünlich había terminado de desayunar, y el olor de los dos puros se mezclaba con el del vapor de la estufa. —¿Le queda aire, Kesselmeyer? — preguntó el señor de la casa—. Fúmese otro. Le serviré otra copa de tinto... ¿Y dice que quiere hablar conmigo? ¿Es urgente? ¿Importante?... ¿Acaso tiene calor en esta sala? Luego iremos los dos al centro de la ciudad... Por cierto, en la salita de fumar hace más fresco...

Pero el señor Kesselmeyer rechazó todos estos esforzados ofrecimientos y se limitó a agitar una mano en el aire, como queriendo decir: «Eso no lleva a ninguna parte, mi querido amigo».

Finalmente se levantaron de la mesa y, mientras Tony permanecía en el comedor para supervisar cómo quitaba la mesa la doncella, el señor Grünlich condujo a su amigo a través del gabinete. Él iba delante, con la cabeza baja, retorciéndose entre los dedos la punta de la barba del lado izquierdo en actitud reflexiva. Moviendo los brazos como si remara en el aire, el señor Kesselmeyer desapareció tras él en la salita de fumar.

Transcurrieron diez minutos. Tony se había quedado en el salón unos instantes para pasar —ella, personalmente— un plumero de colores por el brillante tablero de nogal del minúsculo secreter y por las patas torneadas de la mesa, y se dirigía hacia el gabinete a través del comedor. Caminaba despacio y con una inconfundible dignidad. Madame Grünlich no había perdido ni un ápice de la conciencia de sí misma que tenía cuando aún era Demoiselle Buddenbrook. Mantenía una postura erguida hasta la exageración, apoyaba un poco la barbilla sobre el pecho y miraba las cosas desde arriba. Con el coqueto cestillo lacado para guardar las llaves en una mano y la otra ligeramente metida en el bolsillo lateral, dejaba que los grandes y suaves pliegues de su bata rojo oscuro envolviesen aquel porte suyo tan serio, si bien la expresión ingenua e infantil de su boca delataba que toda aquella dignidad, en el fondo, era parte del eterno papel que interpretaba ante sí misma.

Recorrió el gabinete con la regadera de hojalata en la mano, humedeciendo la tierra negra de las macetas. Le encantaban las palmeras que crecían en ellas y que tan esplendorosa distinción conferían a la casa. Palpó con mimo un retoño que acababa de brotar en uno de los gruesos troncos redondos, examinó con ternura las hojas que crecían como majestuosos abanicos y cortó alguna que otra puntita amarilla con unas tijeras. De repente, se detuvo a escuchar. La conversación de la salita de fumar, que ya había alcanzado un tono bastante alto hacía unos minutos, se oía ahora tan fuerte que, desde donde ella estaba, se entendía todo perfectamente a pesar de la puerta de recia madera y de la gruesa cortina que la cubría.

—¡No grite! ¡Modérese, por Dios del cielo! —se oyó gritar a Grünlich, cuya voz poco potente no pudo soportar el esfuerzo y se transformó en un gallo—. Tome otro cigarro —añadió con una suavidad que denotaba desesperación.

—Con sumo placer, muchas gracias —respondió el banquero, tras lo cual se hizo un silencio, que, obviamente, correspondía al momento en que el señor Kesselmeyer se servía. A continuación, dijo—: En resumen: ¿quiere o no quiere? Una de las dos cosas. —¡Kesselmeyer, prolongue el plazo!

—¿Ajá? Oh... no. No, mi querido amigo, de ninguna manera, eso ni se plantea.

—¿Por qué no? ¿Qué más le da a usted? ¡Sea razonable, por amor del cielo! Ha esperado ya tanto...

—¡Ni un solo día más, mi querido amigo! Bueno, digamos ocho días, pero ¡ni una hora más! ¿Hay alguien que aún pueda fiar...?

—Nada de nombres, Kesselmeyer.

—Nada de nombres..., está bien. ¿Hay alguien que aún pueda fiar a su venerable señor suegr...?

—¡Ni lo mencione! ¡Por Dios todopoderoso! ¡No sea ingenuo!

—Bueno, bueno. Ni lo menciono. ¿Hay alguien que aún pueda fiar a la empresa en cuestión para la cual se le concedió el crédito que ahora le vence, mi querido amigo? ¿Cuánto perdió con la bancarrota de Bremen? ¿Cincuenta mil? ¿Setenta mil? ¿Cien mil? ¿Más todavía? Hasta los gorriones de los tejados saben que estaba implicada, tremendamente implicada... En fin, son cosas de la Bolsa. Ayer, por ejemplo... Está bien, nada de nombres. Ayer, la empresa en cuestión se cotizaba bien y, automáticamente, eso lo salvaguardaba a usted ante cualquier aprieto. Hoy vale muy poco, y menos aún vale el señor Grünlich, eso está claro. ¿Es que no se da cuenta? Usted es el primero que se resiente de estos altibajos. ¿Y cómo le han tratado los demás? ¿Con qué cara le miran? Parece ser que Bock & Goudstikker se muestra bastante deferente y le ha dado un voto de confianza, ¿no? ¿Qué va a hacer el Banco de Crédito? —Prolongar el plazo.

—¡Ajá! ¿No me estará mintiendo? Porque, que yo sepa, ayer ya le dio una buena patada... Una patada pero que muy alentadora... A ver, mire usted... Pero no se avergüence, eso no. Es obvio que a usted le interesa hacerme creer que los demás siguen tan tranquilos y confiados como siempre... Oh, no, mi querido amigo. Escriba al cónsul. Esperaré una semana.

—¡Pago fraccionado, Kesselmeyer!

—¡Déjese de pagos fraccionados! Eso se hace para comprobar de antemano la solvencia de alguien. ¿Cree usted que a estas alturas necesito comprobar eso? ¡Yo ya sé perfectamente cuanto hay que saber acerca de su solvencia! Ja, ja... ¡Ajá!... ¡Lo del pago fraccionado me parece muy, pero que muy gracioso!

—¡Baje la voz, Kesselmeyer! ¡No se ría todo el rato como un condenado! Mi situación es muy grave..., sí, lo reconozco, es grave; pero tengo una serie de negocios pendientes... Todo puede dar un giro para bien. Mire, atiéndame bien: prólongueme el plazo y le firmaré un veinte por ciento...

—¡Quite, quite..., eso es totalmente ridículo, mi querido amigo! Oh, no, yo soy partidario de vender en el momento justo. Me ofreció usted un ocho por ciento y le alargué el plazo. Me ofreció un doce y un dieciséis por ciento y volví a alargarle el plazo. Por mí, puede ofrecerme un cuarenta, que ni se me pasa por la cabeza prolongarle el plazo una vez más. Ni lo sueñe, mi querido amigo. Desde que los hermanos Westfahl se dieron el batacazo en Bremen, de momento todo el mundo trata de saldar los intereses de la empresa en cuestión que le corresponden y guardarse las espaldas. Como ya le he dicho, soy partidario de vender a tiempo. He mantenido sus avales mientras Johann Buddenbrook ofrecía una garantía incuestionable; entretanto, tenía la opción de sumar los intereses restantes a su capital y subirle a usted los porcentajes. Pero uno sólo conserva las cosas mientras están en alza o al menos se mantienen con cierta solidez... Cuando empiezan a caer, se vende... Lo que le quiero decir: exijo que me devuelva mi capital.

—¡Kesselmeyer, no tiene usted vergüenza!

—¡A—ajá!... ¡Que no tengo vergüenza! ¡Eso es pero que muy divertido! ¿Qué es lo que quiere usted? En cualquier caso, no tiene más remedio que

acudir a su suegro. En el Banco de Crédito están furiosos, y, además, su carrera no es lo que se dice intachable...

—No, Kesselmeyer... Se lo suplico, escúcheme con calma... Sí, le soy sincero, reconozco abiertamente que mi situación es seria. Usted y el Banco de Crédito no son los únicos... Me ofrecieron letras de cambio... Todo parece haberse conjurado para que... —Por supuesto. En semejantes circunstancias... Ahí es donde cabe plantearse una liquidación.

—No, Kesselmeyer, ¡haga el favor de escucharme! Hágame el honor de tomar otro cigarro...

—¡Pero si todavía me queda medio del anterior! ¡Déjeme en paz con sus cigarros! Págueme...

—Kesselmeyer, no me deje en la estacada ahora... Usted es mi amigo, se ha sentado usted a comer a mi mesa...

—¿Y usted en la mía no, querido amigo?

—Sí, sí... Pero no me niegue su crédito ahora, Kesselmeyer. —¿Crédito? ¿Y aún me habla de crédito? ¿Está loco? ¿Un nuevo préstamo?

—Sí, Kesselmeyer, le juro que... Poco, una minucia. Sólo tengo que hacer unos cuantos pagos aquí y allá para volver a ganarme el respeto y la paciencia... ¡Apóyeme y hará un gran negocio! Como le dije, tengo numerosos asuntos todavía en el aire... Todo dará un giro para bien... Sabe usted que soy despierto, listo...

—¡Sí, sí, listo! ¡Un iluso es lo que es usted, mi querido amigo! ¿Tendría la enorme amabilidad de decirme de dónde piensa sacar un solo céntimo más? ¿Queda algún banco sobre la faz de la tierra dispuesto a fiarle una mísera moneda de plata? ¿Es que tiene otro suegro? Ay, no..., ya se jugó usted su mejor carta en su día. No puede repetir la operación. ¡Mis respetos! Oh, no... mi más alto reconocimiento...

—¡Por todos los demonios, baje usted la voz!

—¡Un iluso es lo que es! Despierto, listo..., y tanto. ¡Pero siempre a costa de otras personas! Usted no tiene escrúpulos y sin embargo, jamás ha conseguido sacar provecho de ello. Ha cometido usted numerosas bellaquerías, se ha hecho vilmente con cierto capital sólo para ofrecerme un dieciséis por ciento en lugar de un doce. Ha tirado por la borda su honradez sin conseguir el más mínimo beneficio a cambio. Tiene usted una conciencia más negra que la pez y, a pesar de todo, es un cenizo, un infeliz, un pobre diablo. Hay tipos como usted, y son muy, pero que muy graciosos... ¿Por qué tiene tanto miedo de dirigirse a quien usted y yo sabemos y revelarles de una vez toda esta historia? ¿Porque no termina de sentirse cómodo en su propio pellejo? ¿Porque, ya hace cuatro años, había gato encerrado en todo el asunto? Porque no se hizo todo muy limpiamente, ¿no? ¿Teme usted que ciertas cosas... ?

—Está bien, Kesselmeyer, le escribiré. Pero, ¿y si se niega? ¿Si me deja en la estacada?

—Oh... ¡Ajá!... Pues nada, firmaremos una pequeña bancarrota. ¡Una bancarrota muy, pero que muy divertida, mi querido amigo! A mí no me importa demasiado, vamos, ¡que no me importa en absoluto! Yo, con los intereses que ha ido arañando usted aquí y allá habré cubierto mis gastos... y tengo preferencia sobre el activo de la quiebra, mi muy querido amigo... Eso sí, no pierda cuidado, que no pienso quedarme corto. Conozco muy bien cómo vive, mi honorable amigo. Si ya tengo el inventario en el bolsillo... ¡Ajá! Ya me ocuparé de que no hagan desaparecer antes de tiempo ninguna panera de plata y ningún camión...

—¡Kesselmeyer, se ha sentado usted a comer a mi mesa! —¡Déjese de mesas y de comidas! En ocho días volveré a por la respuesta. Me voy paseando al centro; un poco de ejercicio me sentará muy bien. Buenos días, mi querido amigo. Muy buenos días tenga usted...

Y el señor Kesselmeyer hizo ademán de marcharse; es más: salió por la puerta. Por el pasillo se oyó el eco de sus peculiares pasitos, acompañados de un sonido parecido al de una ventosa, y uno podía imaginarlo remando con los brazos en el aire. Cuando el señor Grünlich entró en el gabinete, se encontró con Tony, de pie y con la regadera de hojalata en la mano, mirándole a los ojos.

—¿Qué haces ahí parada?, ¿qué miras?... —le dijo él, enseñando los dientes al hablar, trazando vagos movimientos con las manos y balanceando el cuerpo de un lado para otro. Su cara sonrosada carecía de la propiedad de palidecer del todo; se había quedado a manchas blancas y rojas, como la de un enfermo de escarlatina.

CAPÍTULO VII

El cónsul Buddenbrook llegó a la villa a las dos de la tarde; vestido con su abrigo de viaje gris, entró en el salón de los Grünlich y abrazó a su hija con un cariño que también hacía patente cierto dolor. Estaba pálido y se le veía envejecido. Sus ojillos estaban muy hundidos en las cuencas oscuras, la gran nariz sobresalía más que nunca entre las mejillas flácidas, los labios parecían haber adelgazado, y la barba, que ya no consistía en las dos franjas rizadas desde las sienes hasta mitad de las mejillas de antes, sino que, medio tapada por el cuello muy alto y almidonado de la camisa y la corbata de lazo, ahora le crecía por debajo de la barbilla y las mandíbulas, había encanecido tanto como el cabello.

El cónsul arrastraba tras de sí unos días muy diúciles y agotadores. Thomas había sufrido una hemorragia pulmonar; el padre había recibido la mala noticia en una carta del señor Van der Kellen. Había tenido que dejar sus negocios en manos del apoderado, el prudente señor Marcus, y había emprendido el viaje a Ámsterdam con la mayor rapidez posible. Al final había resultado que la enfermedad de su hijo no constituía ningún peligro inmediato, aunque era más que recomendable que realizase una cura en algún balneario de montaña en el sur, por ejemplo en el sur de Francia; así pues, como también existía el plan de que el hijo de Van der Kellen realizase un viaje de descanso, en cuanto Thomas estuvo en condiciones de viajar, el cónsul lo organizó todo para que ambos jóvenes partiesen juntos hacia Pau.

Al poco de regresar había recibido un revés que, por un instante, había hecho tambalear los cimientos de su casa: la bancarrota de Bremen, a consecuencia de la cual había perdido ochenta mil marcos «de un solo golpe». ¿Cómo había ocurrido aquello? El cobro de las letras de cambio a nombre de Westfahl Hnos. había recaído sobre su empresa, dado que los compradores habían suspendido sus pagos. Y no es que en tal ocasión hubiese faltado la cobertura: la empresa había demostrado de lo que era capaz; de inmediato, sin vacilar y sin mostrar apuro ninguno. Ahora bien, eso no había impedido que el cónsul percibiese también toda la frialdad, el recelo

y la desconfianza que de repente trae consigo un revés semejante de cara a los bancos, los «amigos» y las empresas del extranjero.

Había vuelto a levantarse, lo había analizado y reorganizado todo, se había tranquilizado, había dado la cara... Y entonces, en medio de aquella batalla, en medio de todos aquellos telegramas, cartas y números, había recibido un nuevo golpe: Grünlich, B. Grünlich, el marido de su hija, se declaraba insolvente y, en una carta muy larga, confusa y lacrimosa hasta no poder más, le pedía, rogaba y suplicaba de rodillas una ayuda de entre cien y ciento veinte mil marcos. El cónsul se lo había comunicado a su esposa en pocas palabras, evitando entrar en detalles para no disgustarla, había respondido a Grünlich, fríamente y sin comprometerse a nada, que deseaba entrevistarse con él en su casa y en presencia del mencionado banquero, el señor Kesselmeyer, y había partido de viaje hacia Hamburgo.

Tony recibió a su padre en el salón. Le entusiasmaba recibir a las visitas en aquel salón, todo tapizado en seda marrón y, puesto que, aun sin estar demasiado al tanto, presentía la solemnidad y crucial importancia de la situación, ese día no hizo una excepción con su padre. Tenía buen aspecto, estaba guapa y seria, con su vestido gris claro con encaje en los puños y la pechera, mangas de farol y falda de mucho vuelo con miriñaque —a la ultimísima moda— y un pequeño broche de brillantes en el cuello.

—Buenos días, papá, por fin volvemos a verte por aquí. ¿Cómo está mamá? ¿Traes buenas noticias de Tom?... Por favor, quítate el abrigo y el sombrero, siéntate, mi querido papá... ¿Quieres asearte un poco? He mandado arreglar el cuarto de invitados de arriba para ti... Grünlich también se está aseando.

—Déjalo, hija mía; le esperaré aquí abajo. Sabes que he venido para tener una conversación con tu marido..., una conversación muy, muy seria, mi querida Tony. ¿Ha llegado Kesselmeyer? —Sí, papá, está sentado en el gabinete mirando el álbum... —¿Dónde está Erika?

—Arriba, con Thinka, en el cuarto de los niños..., está muy bien. Bañando a su muñeca... no en agua, claro: es una muñeca de cera. Juega a que la baña...

—Me imagino. —El cónsul tomó aliento y prosiguió—: No puedo dar por supuesto que estés al tanto de... la situación de tu marido, ¿me equivoco, mi querida niña?

Se había dejado caer en uno de los sillones que rodeaban la enorme mesa, mientras Tony se sentaba a sus pies, en un escabel formado por tres almohadones de seda en torre. Los dedos de su mano derecha jugueteaban con los brillantes del broche.

—No, papá —respondió Tony—, he de reconocer que no sé nada de nada. ¡Ay Dios, yo soy una tonta! ¿Sabes? No entiendo nada. Hace poco oí fragmentos de una conversación entre Kesselmeyer y Grünlich... Al final me pareció que el señor Kesselmeyer simplemente estaba de broma, como de costumbre... Siempre habla de un modo tan gracioso. Una o dos veces oí tu nombre... —¿Oíste mi nombre? ¿En relación con qué?

—No sé, papá, de eso no sé nada. Grünlich ha estado de muy mal humor desde entonces... Bueno: insoportable, ¡eso tengo que decírtelo! Hasta ayer... Ayer se mostró muy cariñoso y me preguntó unas diez o doce veces si le amaba, si intercedería por él cuando vinieras, si se diera el caso de que él tuviese que pedirte algo...

—Ah...

—Sí, me dijo que te había escrito y que ibas a venir. ¡Cómo me alegro de que estés aquí! Es todo un poco inquietante...

Grünlich ha preparado la mesa de juegos del tapete verde, hay un montón de papeles y lápices... Se supone que ahí tendrás luego la reunión con él y con Kesselmeier.

—Escucha, mi querida niña —dijo el cónsul, pasándole una mano por el pelo—. Tengo que preguntarte una cosa, una cosa muy seria. Dime... ¿amas a tu esposo con todo tu corazón?

—Sí, claro, papá —dijo Tony con una expresión de estar mintiendo tan descarada como la que ponía de niña cuando le preguntaban: «¿A que no vas a volver a molestar a Liese, la señora de las muñecas?».

El cónsul calló unos instantes.

—¿Le amas hasta el punto de... —preguntó después— no poder vivir sin él, sean cuales sean las circunstancias? ¿Incluso si, por voluntad de Dios, cambiase su situación, si se viera en unas circunstancias que no le permitiesen ofrecerte todas estas cosas que te rodean? —y su mano describió un movimiento para señalar fugazmente los muebles y cortinajes del salón, el reloj de sobremesa bañado en oro que había sobre la consola de espejo y, por último, el vestido de Tony.

—Sí, claro, papá —repitió Tony en el tono conciliador que adoptaba casi siempre que alguien hablaba en serio con ella. Rozando con la mirada el rostro de su padre, sus ojos huyeron hacia la ventana, tras cuyos cristales se veía caer un denso velo de lluvia muy fina y silenciosa. Albergaban una expresión similar a la que adoptan los niños cuando se comete la falta de tacto de contarles un cuento en cuya narración se incluyen consideraciones generales sobre la moraleja de la historia, una expresión en la que se mezclaban el apuro y la impaciencia, la devota atención y el tedio.

El cónsul observó en silencio a su hija durante un minuto, entornando los ojos en actitud reflexiva. ¿Estaba satisfecho con la respuesta de su hija? En casa y por el camino había considerado la situación con detenimiento...

Como todo el mundo comprenderá, la decisión inmediata y sincera de Johann Buddenbrook había sido la de evitar como fue se la entrega de cualquier suma a su yerno. Cuando recordaba la insistencia —por utilizar una palabra suave— con que él mismo había apoyado aquel matrimonio, cuando le venía a la memoria la mirada con que su hija, al terminar la boda y despedirse de él, le había preguntado «¿Estás contento conmigo?», le era imposible reprimir un terrible sentimiento de culpa hacia su hija y se decía que sólo la voluntad de Tony habría de inclinar la balanza hacia uno u otro lado. Sabía muy bien que, en su momento, si ella había aceptado aquella unión no había sido por amor, pero confiaba en que aquellos cuatro años, la fuerza de la costumbre y el nacimiento de la niña habrían cambiado muchas cosas, que ahora Tony se sentiría unida a su esposo en cuerpo y alma y que encontraría buenos motivos, tanto cristianos como mundanos para rechazar la idea de una separación. En tal caso, pensaba el cónsul, no tendría más remedio que acceder a entregar a Grünlich la suma que pidiese. Cierto es que el deber cristiano y la dignidad como mujer exigían que Tony siguiese incondicionalmente a su marido incluso en el infortunio, y, si ella manifestase el deseo de hacerlo así, como padre no se sentiría con derecho a dejar que, a partir de entonces, prescindiese de todos los pequeños lujos y comodidades a los que estaba acostumbrada desde niña, cuando no tenía culpa de nada... En este segundo caso, se sentiría obligado a evitar la catástrofe y respaldar a B. Grünlich a cualquier precio. En resumen: el resultado de sus reflexiones era que deseaba llevarse de allí a su hija con la pequeña Erika y dejar que el señor Grünlich siguiese su propio camino. ¡Que Dios impidiese lo peor! Por si acaso, había traído consigo el párrafo de la ley en el que se autoriza la

separación ante la incapacidad demostrada del esposo para mantener a mujer e hijos. Sin embargo, lo más importante era averiguar qué deseaba su hija...

—Ya veo —dijo, y siguió acariciándole cariñosamente el pelo—, ya veo, mi querida hija, que te inspiran buenos y loables principios. Sólo que... no puedo contar con que sepas ver las cosas como, lamentablemente, tienen que verse: a saber, como hechos consumados. No te he preguntado lo que harías en tal o cual caso, sino lo que vas a hacer ahora, hoy, en este momento. No sé en qué medida estás enterada o intuyes la situación... Tengo, pues, el triste deber de decirte que tu esposo se ha visto en la necesidad de suspender todos sus pagos, que su negocio se ha venido abajo... Creo que ya me entiendes...

—¿Grünlich está en bancarrota? —preguntó Tony en voz baja, levantándose a medias del escabel de cojines y apresurándose a tomar la mano del cónsul.

—Sí, hija mía —dijo él muy serio—. ¿No lo sospechabas? —No sospechaba nada concreto —balbució Tony—. Entonces, ¿Kesselmeyer no estaba de broma? —prosiguió, dirigiendo una mirada oblicua a la alfombra marrón—. ¡Ay, Dios! —exclamó de pronto y se dejó caer de nuevo sobre el escabel. Hasta ese momento no se mostró ante sus ojos todo lo que encerraba la palabra «bancarrota», todo lo que, desde su más tierna infancia, había sentido como una vaga y terrible amenaza... «Bancarrota»: aquello era algo mil veces más espantoso que la muerte, era sinónimo de cataclismo, catástrofe, ruina, humillación, vergüenza, desesperación y miseria... ¡Está en bancarrota! —repitió. Aquella palabra fatal la había golpeado y hundido hasta tal punto que no pensó que existiese ninguna ayuda posible, ni siquiera una ayuda procedente de su padre.

Él la miraba con las cejas levantadas, con sus ojillos pequeños y hundidos, que parecían tristes y cansados y, a la vez, revelaban una extraordinaria tensión.

—Te pregunto, pues —dijo con dulzura—, mi querida Tony, si te sientes dispuesta a seguir a tu marido en la pobreza. —Al punto reconoció para sus adentros que había empleado la palabra «pobreza» de forma instintiva para asustar a su hija, y añadió—: Podrá recuperar su posición si trabaja mucho...

—Sí, claro, papá —contestó Tony. Pero eso no le impidió romper a llorar. Ahogaba los sollozos en su pañuelito de batista, con borde de encaje y con las iniciales AG bordadas. Su llanto seguía siendo el mismo que el de su infancia: libre de todo pudor y disimulo. Resultaba tremendamente conmovedor ver cómo le temblaba el labio.

Su padre siguió examinándola con la mirada.

—¿Lo dices en serio, hija mía? —preguntó. Estaba tan desconsolado cómo ella.

—¿No es mi deber...? —sollozó Tony—. Es que es mi deber... —iPor supuesto que no! —replicó él muy animado; pero le remordió un poco la conciencia y se corrigió de inmediato—: Yo no te obligaría a hacerlo, mi querida Tony. Si se diera el caso de que tus sentimientos no te atasen a tu marido con un vínculo indisoluble...

Tony le miró con los ojos llenos de lágrimas y sin entender nada.

—¿No, papá?

El cónsul se revolvió un poco en su sillón y encontró la forma de explicárselo:

—Mi buena niña, puedes creerme cuando te digo que me dolería en el alma verte expuesta a todas las estrecheces y penurias que ha de traer

inmediatamente consigo la desgracia de este hombre, la liquidación de su negocio y de su casa... Mi deseo es evitarte todas estas contrariedades del primer momento, llevándoos a la pequeña Erika y a ti de vuelta a nuestra casa. Creo que terminarías agradeciéndomelo.

Tony guardó silencio un instante, que aprovechó para secarse las lágrimas. Una y otra vez, echaba el aliento sobre el pañuelito y se lo llevaba a los ojos para evitar la irritación. Luego, en tono decidido pero sin levantar la voz, preguntó:

—Papá, ¿Grünlich es culpable? ¿Ha caído en desgracia por su propia ligereza y falta de honradez?

—¡Es lo más probable! —dijo el cónsul—. Quiero decir que... No, no lo sé, hija mía. Ya te he dicho que todavía estoy pendiente de una conversación con él y su banquero...

Tony no pareció prestar ninguna atención a aquella respuesta. A los pies de su padre, sobre sus tres almohadones de seda, apoyó el codo en la rodilla y la mano en el codo y, sin levantar la cabeza, desde allí abajo recorrió el salón con una mirada soñadora, como perdida:

—Ay, papá —dijo en voz baja y casi sin mover los labios—, ¿no habría sido mejor si en aquella época no...?

El cónsul no podía verle la cara, pero tenía la misma expresión que en ciertas noches de verano en Travemünde, cuando se asomaba a la ventana de su pequeña habitación... Uno de sus brazos descansaba sobre las rodillas de su padre, mientras que la mano colgaba inerte. Incluso la mano de Tony revelaba una entrega infinitamente triste y tierna, un anhelo muy dulce y cargado de recuerdos de un tiempo y un lugar lejanos.

—¿Mejor? —preguntó el cónsul Buddenbrook—. ¿Si no hubiese pasado qué, hija mía?

Estaba dispuesto de todo corazón a confesar que habría sido mejor que aquel matrimonio no se hubiese celebrado nunca; Tony, no obstante, sólo dijo con un suspiro:

—¡Ay, nada!

Parecía absorta en sus pensamientos y tan lejos que casi había olvidado la palabra «bancarrotá». El cónsul se vio obligado a pronunciar él mismo lo que hubiera preferido corroborar con un simple «sí».

—Creo adivinar tus pensamientos, querida Tony —dijo—, y yo, por mi parte, tampoco dudo en reconocer ante ti que el paso que, hace cuatro años, consideré sabio y conveniente hoy me pesa... Lo lamento sinceramente. Creía cumplir con mi deber cuando me empeñé en que emprendieras un camino acorde con tus orígenes... El cielo lo ha querido de otra manera. ¡No pensarás que tu padre, en aquella época, pudo poner en juego tu felicidad por ligereza y falta de reflexión! Cuando Grünlich se puso en contacto conmigo contaba con las mejores recomendaciones: el hijo de un pastor protestante, un hombre de mundo pero de sólidos principios cristianos... Más adelante, hice indagaciones aquí y allá sobre la situación de sus negocios, y todas las respuestas fueron muy favorables. Intenté comprobarlo... Hoy todo eso sigue siendo oscuro, oscuro, y se resiste a ser esclarecido. Pero tú no me lo echas en cara, ¿no es cierto?

—¡No, papá! ¿Cómo puedes decir esas cosas? Vamos, no te lo tomes tan a pecho, mi pobre papá... Estás pálido. ¿Quieres que te traiga de arriba unas gotas para el estómago? —Tony había rodeado el cuello de su padre con los brazos y le besó las mejillas.

—Te doy las gracias —dijo el cónsul—. Bueno, bueno..., déjame, te doy las gracias. Sí, llevo unos días terribles a mis espaldas. ¿Qué hacer? He tenido un

disgusto tras otro. Son pruebas que nos manda Dios. Pero eso no impide que me sienta enteramente libre de culpa para contigo, hija mía. Ahora todo depende de lo que te he preguntado antes y a lo que tú, sin embargo, todavía no me has respondido con exactitud. Dímelo abiertamente, Tony: ¿has llegado a amar a tu marido en estos años de matrimonio?

Tony rompió a llorar de nuevo y, tapándose los ojos con las dos manos y con el pañuelito de batista, logró exclamar entre sollozos:

—¡Ay, qué cosas preguntas, papá! No le he querido nunca... Siempre me ha resultado repugnante... ¿Es que no lo sabes? Sería difícil describir todo lo que expresaba el rostro de Johann Buddenbrook. Sus ojos revelaban espanto y tristeza y, sin embargo, frunció los labios de manera que en las comisuras y mejillas aparecieron las mismas arrugas que cuando cerraba con éxito un negocio ventajoso. Con voz queda dijo:

—Cuatro años...

Las lágrimas de Tony cesaron de golpe. Con el pañuelito empapado en la mano, se irguió en su asiento y dijo con cierta rabia:

—¡Cuatro años, ja! Alguna noche, durante esos cuatro años, se sentó a mi lado a leer el periódico...

—Dios os ha dado una hijita —dijo el cónsul conmovido. —Sí, papá, y quiero mucho a Erika..., por más que Grünlich afirme que no me gustan los niños... Jamás me separaría de ella, eso sí que te lo digo... Pero Grünlich... ¡ino! Grünlich... ¡ino! ¡Y ahora encima está en bancarrota! Ay, papá, si quieres llevarnos a casa a Erika y a mí..., ¡estaré encantada! ¡Ahora ya lo sabes!

El cónsul volvió a fruncir los labios; estaba realmente contento. Sin embargo, aún le quedaba por tratar el punto principal, si bien no parecía haber demasiado riesgo, dada la determinación que mostraba Tony.

—Con todo, hija mía —dijo—, parece que olvidas por completo la posibilidad de ayudar a Grünlich..., de que le ayudase yo, para ser exactos. Tu padre ya ha reconocido que no puede sentirse totalmente libre de culpa hacia ti... y así pues, en el caso de que esperases... deseases que él... En tal caso, yo intervendría, impediría la quiebra, cubriría como pudiera las deudas de tu marido y mantendría su negocio a flote...

Lanzó una mirada escrutadora a su hija y la expresión del rostro de ésta lo llenó de satisfacción. El rostro de Tony reflejaba desilusión.

—¿De cuánto se trata, en definitiva? —preguntó.

—Qué más da eso, hija... ¡De una suma muy grande! —y el cónsul Buddenbrook asintió con la cabeza varias veces, como si la magnitud de la suma la moviese lentamente arriba y abajo—. Por otra parte —continuó—, no puedo ocultarte que la empresa, al margen de todo este asunto, ha sufrido pérdidas, y que prescindir de esa cantidad supondría un debilitamiento considerable, del que difícilmente... difícilmente podría recuperarse. Y no lo digo por...

No terminó la frase. Tony se había levantado de un salto, incluso había retrocedido unos cuantos pasos, y, aún con el pañuelito de encaje en la mano, exclamó:

—¡Está bien! ¡Basta! ¡Jamás!

Casi parecía una heroína. Se había pronunciado la palabra «empresa». Era muy probable que su efecto fuese todavía más fuerte que el de la repulsión que sentía hacia Grünlich.

—¡No harás eso, papá! —dijo entonces, fuera de sí—. ¿Acaso quieres acabar en bancarrota tú también? ¡Basta! ¡Jamás!

En ese momento se abrió la puerta del pasillo y, un poco vacilante, entró el señor Grünlich.

Johann Buddenbrook se levantó e hizo un gesto que quería decir: «Asunto solucionado».

CAPÍTULO VIII

El señor Grünlich tenía la cara llena de manchas rojas, pero se había vestido con sumo cuidado. Llevaba una levita negra plisada, de sólida elegancia, y unos pantalones de color verde guisante similares a los de sus primeras visitas a la Mengstrasse. Se quedó de pie en una actitud sumisa y, con la vista clavada en el suelo, dijo con voz suave y apagada:

—Padre...

El cónsul hizo una fría reverencia y se puso a arreglarse el lazo de la corbata con enérgicos movimientos.

—Le agradezco que haya venido —añadió el señor Grünlich. —Era mi deber, amigo mío —replicó el cónsul—, sólo que me temo que eso será lo único que pueda hacer con respecto a su asunto.

Su yerno le lanzó una mirada furtiva y adoptó una postura todavía más sumisa.

—Según creo —dijo el cónsul—, su banquero, el señor Kesselmeyer, nos espera... ¿Qué lugar ha escogido usted para nuestra reunión? Estoy a su entera disposición...

—Tenga la bondad de seguirme —musitó el señor Grünlich. El cónsul Buddenbrook besó a su hija en la frente y le dijo: —Sube con tu hija, Antonie.

Luego salió con el señor Grünlich (que unas veces iba delante y otras detrás de él, abriendo las cortinas que cubrían las puertas) a través del comedor hasta la sala de estar.

Al volverse el señor Kesselmeyer, que estaba de pie junto a la ventana, las plumitas blancas y negras que tenía por cabello se agitaron y volvieron a caer suavemente sobre la cabeza.

—El señor Kesselmeyer, banquero... El cónsul Buddenbrook, comerciante, mi suegro —los presentó el señor Grünlich en actitud seria y sumisa.

El rostro del cónsul permaneció impassible. El señor Kesselmeyer se inclinó hacia delante, dejando colgar los brazos y mordiéndose el labio superior con los colmillos amarillos, y dijo:

—A su servicio, señor cónsul. Es una gran satisfacción para mí tener el placer de conocerle.

—Tenga la amabilidad de disculpar la espera, Kesselmeyer—dijo el señor Grünlich, que se deshacía en muestras de cortesía para con uno y otro.

—¿Pasamos directamente al asunto que nos concierne? —dijo el cónsul, mirando a su alrededor con impaciencia.

El señor de la casa se apresuró a responder: —Caballeros, por favor...

Mientras pasaban a la salita de fumar, el señor Kesselmeyer dijo en tono jovial:

—¿Ha tenido un buen viaje, señor cónsul? ¡Ajá!..., lluvia. Sí, es una mala estación, una estación muy fea y sucia. Si helase un poco, si cayera un poco de nieve... Pero, inada! ¡Lluvia! ¡Barro! Es una estación muy, pero que muy desagradable...

«¡Qué tipo tan peculiar!», pensó el cónsul.

En el centro de la salita, de paredes tapizadas en un color oscuro y con flores, había una mesa cuadrada bastante grande cubierta con un tapete verde. En el exterior, la lluvia había ido en aumento. Estaba tan oscuro que el señor Grünlich, nada más entrar, tuvo que encender las tres velas del candelabro de plata que estaba encima de la mesa. Sobre el tapete verde se veían cartas comerciales en sobres azulados con sellos de diferentes empresas y numerosos papeles manoseados, algunos incluso un poco rasgados, y llenos de fechas y firmas. Además, había un grueso libro de cuentas y una escribanía con su mejor tintero de metal, su salvadera y multitud de afilados lápices y plumas de ganso.

El señor Grünlich hizo los honores con las mismas caras y gestos callados, discretos y llenos de tacto con que se trata a los asistentes a un entierro.

—Querido padre, por favor, acomódese en el sillón —dijo con voz dulce—. Señor Kesselmeyer, tenga la amabilidad de sentarse aquí...

Por fin se estableció un orden. El banquero quedó sentado frente al señor de la casa y el cónsul presidía la mesa desde su sillón. Su respaldo tocaba la puerta que daba al pasillo.

El señor Kesselmeyer se inclinó hacia delante, entreabrió la boca, desenredó la cadena de unos quevedos de la maraña que llevaba siempre sobre la pechera y se los puso en la nariz, arrugándola mucho para luego abrir más la boca. Luego se rascó la cortísima barba haciendo un ruido que ponía bastante nervioso, apoyó las manos sobre las rodillas, señaló los papeles con un movimiento de cabeza y comentó concisa y alegremente:

—¡Ajá! ¡Ahí tenemos el meollo del asunto!

—Me permitirá usted que examine con más detalle el estado de las cosas —dijo el cónsul, e hizo ademán de coger el libro de cuentas.

De pronto, el señor Grünlich extendió ambos brazos por encima de la mesa para protegerlo con las manos, largas, surcadas de venas azules y visiblemente temblorosas, y exclamó con una voz a punto de quebrarse:

—¡Un momento! ¡Un momento aún, padre! ¡Oh, deje que antes le comente una cosa!... Sí, va usted a verlo todo en detalle, y nada escapará a sus ojos... Pero créame: va usted a ver las cuentas de un hombre desgraciado, no de un culpable... Míreme usted, padre, como a un hombre que sin desfallecer ha luchado contra el constante azote del destino pero que ha sido derrotado por él. En este sentido...

—Ya lo veré, amigo mío, ya lo veré —dijo el cónsul con evidente impaciencia, y el señor Grünlich retiró las manos para que, de nuevo, el destino decidiese el curso de los acontecimientos.

Pasaron largos y terribles minutos de silencio. Bajo la trémula luz de las velas, los tres caballeros permanecían sentados, encerrados entre aquellas cuatro paredes oscuras, muy cerca unos de otros. No se percibía ningún ruido, excepto el suave crujido del papel cuando el cónsul volvía la página. Sólo se oía la lluvia cayendo al otro lado de los cristales.

El señor Kesselmeyer había enganchado los pulgares en las sisas del chaleco, movía los demás dedos como si tocara el piano sobre su pecho y, de un buen humor indescriptible, miraba alternativamente al suegro y al yerno. El señor Grünlich permanecía sentado sin tocar el respaldo de la silla, con las manos sobre la mesa y los ojos bajos, y de cuando en cuando, lanzaba una temerosa mirada de reojo a su suegro. El cónsul hojeó el libro, siguió las columnas de números con la uña, comparó datos y fechas, y anotó a lápiz sus propios números, pequeños e ilegibles. Su rostro cansado reflejaba consternación ante el estado de cosas que veía y que ahora había analizado

en detalle... Por fin, posó su mano izquierda sobre el brazo de Grünlich y dijo consternado:

—¡Pobre hombre!

—Padre... —balbució el señor Grünlich.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de aquel hombre que tanta lástima inspiraba y luego se perdieron entre sus barbas amarillas. El señor Kesselmeyer siguió el recorrido de las lágrimas con sumo interés; incluso se levantó un poco, se inclinó hacia delante y, con la boca abierta, se quedó mirándole a la cara. El cónsul Buddenbrook estaba consternado. Sensibilizado por el desastre económico que, hacía poco, le había afectado a él directamente, sentía cómo la piedad se adueñaba de él; sin embargo, no tardó en recuperar el control de sus sentimientos.

—¿Cómo es posible? —dijo meneando la cabeza desolado—. ¡En estos pocos años!

—¡Un juego de niños! —intervino el señor Kesselmeyer de excelente humor—. ¡En cuatro años puede uno irse a pique perfectamente! Basta con pensar lo contentos que andaban los hermanos Westfahl de Bremen hasta hace bien poco...

El cónsul le miró guiñando los ojos, en realidad sin verle ni oírle. Todavía no había formulado en modo alguno la verdadera idea que le rondaba la cabeza... «¿Por qué?», se preguntaba con cierta suspicacia y, a pesar de todo, sin comprender nada. ¿Por qué sucedía todo eso justo en ese momento? B. Grünlich también hubiera podido llegar dos o tres años antes a la situación en que se encontraba ahora; eso era evidente al primer vistazo. Sin embargo, había dispuesto de crédito inagotable, había recibido capital de los bancos, había conseguido que firmas de casas tan sólidas como las del senador Bock y el cónsul Goudstikker avalasen sus negocios, y sus letras de cambio habían circulado como si fuesen dinero en efectivo. ¿Por qué se producía justo ahora, ahora, ahora... —y el jefe de la Casa Johann Buddenbrook sabía muy bien a qué aludía con el «ahora»— aquel derrumbamiento de todo por todas partes, aquella negación total de la confianza y de cualquier posibilidad de acuerdo, aquel ataque unánime contra B. Grünlich que dejaba de lado toda forma de respeto, es más, toda forma de cortesía? El cónsul no era tan ingenuo como para no haber tenido conciencia de que, si el prestigio de su propia casa había aumentado con el compromiso de Grünlich con su hija, tanto más favorecido había salido de ello su yerno. Pero ¿hasta tal extremo, tan estrechamente dependía el crédito de este último del suyo propio? ¿Acaso Grünlich no era nadie antes de casarse? ¿Y las indagaciones que había hecho el cónsul, los libros de cuentas que, en su día, había visto?... Sea como fuere, su decisión de no mover ni la falange de un dedo en aquel asunto era más firme que nunca. ¡Qué equivocados habían estado todos! Por lo visto, B. Grünlich había conseguido ciar la impresión de que era él quien se mostraba solidario con el cónsul. ¡Aquella equivocación, extendida hasta límites estremecedores, tenía que ser subsanada de una vez por todas! ¡Y también el tal Kesselmeyer iba a llevarse una buena sorpresa!

¿Tendría conciencia aquel payaso? Saltaba a la vista con qué falta de escrúpulos había especulado sobre la única base de que Johann Buddenbrook no dejaría en la estacada al marido de su hija; cómo había concedido crédito tras crédito a Grünlich, en la miseria desde hacía tiempo, obligándole a firmar unos intereses propios del más mezquino de los usureros...

—Poco importa eso —dijo muy seco—. Vayamos al grano. Si he de dar mi opinión en calidad de comerciante, lamento tener que decir que, en efecto,

aquí se refleja la situación de un hombre desgraciado, pero también culpable en gran medida.

—Padre... —balbució Grünlich.

—Ese tratamiento no suena nada bien en mis oídos —se apresuró a replicar el cónsul con dureza—: La suma que usted, caballero —y se volvió hacia Kesselmeyer—, exige al señor Grünlich se eleva a sesenta mil marcos...

—Con los intereses atrasados y los que se suman al capital: 68.755 marcos y 15 chelines —respondió el señor Kesselmeyer muy complacido.

—Muy bien... ¿Y dice usted que no está dispuesto a tener un poco más de paciencia bajo ninguna circunstancia?

El señor Kesselmeyer se echó a reír. Se reía con la boca abierta, como a golpes, sin un ápice de malicia, incluso se hubiera dicho que se reía con buena intención cuando miró al cónsul a la cara, como si le invitase a secundarle.

Los ojos pequeños y hundidos de Johann Buddenbrook se nublaron de pronto, y alrededor de ellos apareció una franja encarnada que se extendió hasta los pómulos. Sólo había hecho aquella pregunta por pura formalidad, pues sabía perfectamente que tampoco un aplazamiento por parte de aquel acreedor habría supuesto un gran cambio en la situación: Sin embargo, la forma en que aquel tipo le rechazaba le producía una vergüenza ajena y una amargura inenarrables. Con un solo movimiento de la mano, apartó cuanto tenía delante, dejó el lápiz sobre la mesa de un golpe y declaró:

—Entonces no estoy dispuesto a tener nada más que ver con todo este asunto.

—¡Ajá! —exclamó el señor Kesselmeyer agitando las manos en el aire—. ¡A eso le llamo yo hablar con propiedad, con dignidad! El señor cónsul va a arreglarlo todo de una manera muy sencilla. Sin parlamentar ni mucho ni nada. ¡De un plumazo!

Johann Buddenbrook ni siquiera se dignó mirarle.

—No puedo ayudarle, amigo mío —dijo a Grünlich con calma—. Las cosas han de seguir el curso que han tomado... No me veo en condiciones de poder respaldarle. Asímlalo y busque consuelo y fuerzas en el Señor. He de dar por concluida esta conversación. Para sorpresa de los presentes, el rostro del señor Kesselmeyer adoptó una expresión seria, algo absolutamente fuera de lo habitual; luego, en cambio, hizo un gesto con la cabeza como para dar ánimos al señor Grünlich. Éste permanecía sentado, inmóvil, y se retorció las manos —aquellas manos largas, apoyadas en la mesa— con tanta fuerza que se oía el suave chasquido de sus dedos. —Padre..., señor cónsul... —dijo con una voz a punto de quebrarse—, ¿no irá usted a...? ¡No es posible que me desee la ruina, la miseria! ¡Escúcheme! Se trata, en suma, de un déficit de ciento veinte mil... ¡Usted puede salvarme! ¡Es un hombre rico! Considere usted esa cantidad como quiera: como un finiquito, como la herencia de su hija, como un préstamo que devolver con intereses... Sabe que soy despierto, listo...

—He dicho mi última palabra —respondió el cónsul. —Permítame... ¿Es que no puede? —quiso saber el señor Kesselmeyer, que le miraba con la nariz arrugada a través de los quevedos—. Si me permite hacer una sugerencia al señor cónsul... En el fondo, ésta sería la ocasión idónea para demostrar la fuerza de la Casa Johann Buddenbrook...

—Haría usted bien, caballero, en dejar que sea yo mismo quien se ocupe del prestigio de mi empresa. No veo la necesidad de tirar mi dinero al primer charco que encuentre para dar fe de mi solvencia...

—No, claro. No, claro. ¡Ajá! «Charco»: ¡qué gracioso! Pero ¿no cree el señor cónsul que la bancarrota de su señor yerno también podría dar la impresión... podría presentar su propia situación bajo una luz... que no corresponde a la realidad?

—No puedo sino reiterarle que deje usted que mi renombre en el mundo de los negocios sea exclusivamente asunto mío. El señor Grünlich miró a su banquero a la cara con gesto descorazonado y empezó otra vez:

—¡Padre..., se lo suplico, piense usted muy bien lo que va a hacer! ¿Acaso se trata únicamente de mí? ¡Oh! ¿Qué importa si yo caigo en la miseria? Pero su hija, mi esposa, a la que tanto amo, a la que tan dura lucha me costó conquistar... Y nuestra hijita, nuestra hijita inocente... ¡También ellas en la miseria! ¡Oh, sí, con mi propia mano me quitaría la vida, créame! ¡Y que el cielo lo liberase luego a usted de toda culpa!

Johann Buddenbrook, pálido y con palpitaciones, se apoyó en el respaldo del sillón. Por segunda vez surgió en su interior un sentimiento de piedad hacia aquel hombre, cuyas palabras poseían toda la apariencia de la sinceridad; por segunda vez —la primera había sido al informarle sobre el contenido de aquella carta que su hija había enviado desde Travemünde—, tenía que oír aquella terrible amenaza; y por segunda vez le hizo estremecerse la soñadora devoción que toda su generación sentía por la esfera de los sentimientos humanos, siempre en pugna con el sentido práctico y la visión prosaica de la vida propios de un comerciante. A pesar de todo, aquel momento de flaqueza no duraría más de un segundo. «Ciento veinte mil marcos... », repitió el cónsul para sus adentros, y luego dijo con tanta calma como determinación:

—Antonie es mi hija. Sabré cómo impedir que sufra, ya que ella no tiene culpa de nada.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el señor Grünlich y, poco a poco, se quedó como paralizado.

Ya se enterará —respondió el cónsul—. Por el momento, no tengo nada que añadir a mis palabras —y, dicho esto, se levantó, volvió a dejar el sillón en su sitio con firmeza y se dirigió hacia la puerta.

El señor Grünlich estaba mudo, estupefacto, completamente tieso en la silla, y su boca se desencajó primero hacia un lado y luego hacia el otro, sin lograr articular una palabra. Por su parte, el señor Kesselmeyer recuperó su buen humor con aquel último y definitivo gesto del cónsul. Es más, su hilaridad se desató hasta un grado de desmesura tal que se transformó en algo aterrador. Los quevedos se le cayeron de la nariz, que arrugó tanto que casi tocaba el entrecejo, mientras que su boca diminuta, de la que sobresalían los dos colmillos amarillos y solitarios, amenazaba con desgarrarse. Sus manos, muy pequeñas y rojas, remaban en el aire, las plumitas de la cabeza revoloteaban enloquecidas, y toda su cara, enmarcada por las patillas blancas muy cortas, desencajada y contraída en una mueca grotesca, se volvió de color rojo cinabrio. . .

—¡A—ajá! —chilló, y su voz hizo un gallo—. ¡Eso sí que me parece muy, pero que muy divertido! Pero debería pensárselo dos veces, señor cónsul Buddenbrook, antes de echar por la borda a un ejemplar tan valioso, a una joyita de yerno como éste. ¡Más despierto y más listo no lo hay en toda la inmensa viña del Señor! ¡Ajá! Ya cuatro años atrás, cuando por primera vez estábamos con el agua al cuello..., cuando proclamamos en la Bolsa el compromiso con Mademoiselle Buddenbrook, aun antes de que se formalizase de verdad... ¡Merece todos mis respetos! ¡Oh, no..., mis más altos respetos!

—¡Kesselmeyer! —graznó Grünlich, agitando las manos como un poseso, como si luchara contra un fantasma, y corrió a sentarse en una silla en un rincón de la salita, escondió la cara entre las manos y se agachó tanto que las puntas de sus barbas fueron a tocar los muslos. Unas cuantas veces, incluso levantó las rodillas. —¿Cómo lo hicimos? —prosiguió el señor Kesselmeyer—. ¿Cómo conseguimos pescar a la hijita con ochenta mil marcos? Jo jo! ¡Eso es fácil de arreglar! Con ser un poquito despierto y un poquito listo, eso es muy fácil de arreglar. Al papá salvador se le presentan unos libros de cuentas bien bonitos y claritos y limpios, en los que figura todo número por número..., con el pequeño detalle de que no corresponden del todo a la cruda realidad... Porque, en la cruda realidad, tres cuartas partes de la dote ya se irían en cubrir las deudas de sus letras...

El cónsul se detuvo en la puerta, pálido como un muerto, con el picaporte en la mano. Un escalofrío de horror le recorrió la espalda. ¿Era posible que quienes se habían reunido con él en aquella habitación tan pequeña y mal iluminada no fuesen más que un estafador y un payaso enloquecido por la maldad? —Caballero, desprecio sus palabras —consiguió decir con no demasiada seguridad—. Desprecio sus delirantes calumnias, tanto más cuanto que afectan a mi persona..., a mí, que no he llevado a mi hija a la desgracia por ligereza. Yo hice mis indagaciones, indagaciones fiables, sobre mi yerno... ¡El resto ha sido la voluntad del Señor!

Se volvió, no quería oír nada más, abrió la puerta. Pero el señor Kesselmeyer aún le gritó:

—¡Ajá! ¿Indagaciones? ¿Y a quién fue a preguntar? ¿A Bock? ¿A Goudstikker? ¿A Petersen? ¿A Massmann & Timm? ¡Si estaban todos implicados! ¡Si estaban todos implicados hasta las cejas! ¡No vea lo contentos que se pusieron cuando la boda vino a garantizar la seguridad de su dinero!

El cónsul cerró la puerta de golpe al salir.

CAPÍTULO IX

En el comedor andaba trajinado Dora, la cocinera que tal vez no era del todo honrada.

—Dígale a Madame Grünlich que baje —ordenó el cónsul. —Prepárate para el viaje, hija mía—dijo cuando apareció Tony. Pasó al salón con ella—. Prepárate a toda prisa y cuida que también Erika esté lista enseguida. Nos vamos al centro de la ciudad. Pasaremos la noche en una fonda y mañana nos iremos a casa. —Sí, papá —dijo Tony. Tenía la cara enrojecida y desencajada, estaba consternada. Se llevó las manos a la cintura e hizo una serie de movimientos absurdos y precipitados, sin saber por dónde empezar con los preparativos del viaje y sin acabar de creer que todo aquello estaba sucediendo de verdad.

—¿Y qué me llevo, papá? —preguntó temerosa y excitada—. ¿Todo? ¿Todos los vestidos? ¿Una maleta o dos? ¿Es verdad que Grünlich está en bancarrota?... ¡Ay, Dios! Pero, entonces, ¿me puedo llevar mis joyas? Pero, papá, habrá que despedir al servicio... Si no puedo pagar a las muchachas... Grünlich tenía que haberme dado el dinero de la casa ayer u hoy...

—No pienses en eso ahora, hija mía; esas cosas ya se arreglarán más tarde. Llévate sólo lo imprescindible..., una maleta, una maleta pequeña. Mandaremos que te envíen a casa cuanto sea de tu propiedad. Date prisa, ¿me oyes? Tenemos...

En ese momento se abrieron las cortinas que cubrían la puerta y apareció en el salón el señor Grünlich. Con paso rápido, los brazos abiertos y la cabeza un poco ladeada, en la actitud de un hombre que parece querer decir: «Aquí estoy, mátame si quieres», corrió hacia su esposa y, muy cerca de ella, cayó al suelo de rodillas. Realmente inspiraba compasión. Sus barbas amarillas estaban todas despeinadas, la levita arrugada, la corbata de lazo torcida, el cuello de la camisa abierto... En su frente se veían pequeñas gotas.

—¡Antonie! —exclamó—. Mírame aquí... ¿Es que no tienes corazón, un corazón que late? ... ¡Escúchame! Aquí ves a un hombre postrado, que estará hundido, aniquilado..., es más, que morirá de pena si desprecias su amor. ¡Aquí me tienes, a tus pies! ¿Será capaz tu corazón de decirme: «Te aborrezco», «Te abandono»? Tony lloraba. Era exactamente la misma escena que aquella tarde en el salón de los paisajes. De nuevo vio aquel rostro desencajado por el miedo, aquellos ojos suplicantes clavados en ella... y, de nuevo, sorprendida y conmovida, vio que aquel miedo y aquellas súplicas eran sinceros, no mentían.

—Levántate, Grünlich —le dijo entre sollozos—. ¡Por favor, levántate del suelo! —E intentó levantarlo cogiéndolo por los hombros—. Yo no te aborrezco, ¿cómo puedes decir esas cosas?

Sin saber qué más decir, se volvió hacia su padre como pidiendo ayuda. El cónsul la tomó de la mano, hizo una reverencia a su yerno y se dirigió con Tony hacia la puerta del pasillo.

—¿Te marchas? —exclamó Grünlich, y se puso en pie de un salto.

—Ya le dije —dijo el cónsul— que no podía asumir la responsabilidad de ver cómo mi hija, que no tiene culpa de nada, se vea arrastrada a la desgracia, y añado que tampoco usted puede. No, caballero, ha perdido usted a mi hija por culpa de su propia ligereza. Y dé gracias al Creador por haber mantenido el corazón de esta niña tan puro e inocente que puede separarse de usted sin aborrecerle. ¡Adiós!

Entonces, el señor Grünlich perdió la cabeza. Hubiera podido hablar de una separación temporal, del pronto reencuentro y de una nueva vida, y tal vez de ese modo salvar herencia; pero ni sus maquinaciones ni su temperamento despierto, listo, dieron más de sí. Hubiera podido coger el gran plato de bronce, irrompible, que había sobre la consola de espejo; en cambio, cogió el delicado jarrón pintado con motivos florales que había justo al lado y lo arrojó al suelo, haciéndolo saltar en mil pedazos.

—¡Ja! ¡De acuerdo! ¡Muy bien! —gritó—. ¡Pues márchate! ¿Crees que voy a llorar por ti, tonta? ¡Ay, no, se equivoca usted, queridísima mía! ¡Tan sólo me casé contigo por tu dinero, pero como ni por asomo ha sido suficiente, más vale que te apresures a volver a tu casa! ¡Estoy harto de ti! ¡Harto..., harto!

Johann Buddenbrook sacó a su hija de allí en silencio. Él, en cambio, regresó, se dirigió a Grünlich, quien, de pie junto a la ventana, miraba la lluvia con las manos cruzadas a la espalda, le tocó suavemente el hombro y le exhortó con voz suave: —Domínese. Rece a Dios.

CAPÍTULO X

Después de que Madame Grünlich y su hijita se instalasen de nuevo en la Mengstrasse, en la gran casa reinó durante bastante tiempo un ambiente de recogimiento. Todo el mundo se comportaba con mil miramientos y prefería no mencionar «aquello»... todos excepto la propia protagonista de la historia, quien, por el contrario, hablaba de lo sucedido con verdadera pasión, y no cabía duda de que se sentía en su elemento cuando lo hacía.

Tony y Erika ocuparon las habitaciones de la segunda planta que, en otros tiempos, cuando todavía vivían los abuelos Buddenbrook, les habían alquilado a sus padres. Se sintió un poco decepcionada cuando su buen papá descartó por completo la idea de contratar una criada para ella sola, y se quedó media hora meditabunda cuando el cónsul, con muy suaves palabras, le explicó que, en su situación, lo correcto era que, de momento, llevase una vida retirada y renunciase al trato social en la ciudad, pues, si bien ella, a ojos del mundo, no tenía culpa alguna de aquel destino con el que la voluntad de Dios la ponía a prueba, cierto era también que lo más conveniente para una mujer divorciada era guardar la máxima discreción. Pero Tony tenía el admirable don de adaptarse a cualquier situación con talento, facilidad, viveza y buen humor. No tardó en sentirse satisfecha consigo misma en su nuevo papel de mujer azotada por una desgracia de la que no tenía culpa alguna, se vistió de oscuro, se peinó el hermoso cabello rubio oscuro con raya en medio y liso, como cuando era jovencita, y no llegó a echar de menos la vida social porque en casa, con un incansable placer y considerándose tremendamente importante dada la doliente seriedad que había traído consigo su situación, tuvo ocasión de dar rienda suelta a toda suerte de consideraciones sobre su matrimonio y sobre el señor Grünlich en particular, y sobre la vida y el destino de los hombres en general.

No todo el mundo se prestaba a ello. La consulesa, aunque estaba convencida de que su esposo había obrado correctamente y cumplido con su deber, en cuanto Tony empezaba a hablar, levantaba un poco y con mucha suavidad una de sus hermosas manos blancas y decía:

—Assez, hija mía. Prefiero no saber demasiado de ese asunto. Clara sólo tenía doce años y no entendía nada, y la prima Tilda también resultaba demasiado corta de miras. «¡Ay, Tony, qué triste!», era todo lo que alcanzaba a decir, con gran asombro y como estirando las palabras. Por el contrario, la joven esposa caída en desgracia encontró una oyente muy atenta en Mamsell Jungmann, que ya había cumplido los treinta y cinco y podía jactarse de haber encanecido al servicio de una de las familias más distinguidas.

—No temas, Tony, mi nenita —le decía—; todavía eres joven, volverás a casarte.

Además, se entregó a la educación de la pequeña Erika con gran fidelidad y cariño, y le contaba los mismos recuerdos y anécdotas que, quince años atrás, habían hecho las delicias de los hijos del cónsul cuando eran pequeños: en especial la de un tío suyo de Marienwerder que había muerto de un ataque de hipo porque «se le había roto el corazón».

Sin embargo, con quien más le gustaba hablar largo y tendido a Tony era con su padre, fuese después de comer o temprano, durante el primer desayuno. Su relación con él se había vuelto mucho más estrecha que antes. Hasta entonces, la posición de poder de que gozaba su padre en la ciudad y su actitud siempre fiel a los principios de diligencia, solidez, rigor y piadosa eficiencia, le habían inspirado más temor y respeto que ternura; no obstante, durante aquella conversación en el salón de la que fuera su casa, su padre le

había parecido mucho más humano, y se había sentido conmovida y muy orgullosa de que él la considerase digna de mantener una conversación seria y sincera sobre aquel asunto, de que la dejase tomar la decisión definitiva a ella y de que él, el Intocable, le confesara, casi humillándose, que se sentía culpable ante ella. No cabe duda de que Tony jamás habría sido capaz de pensar nada semejante por sí misma, pero como lo había dicho su padre, lo creía a pies juntillas, y eso había hecho que sus sentimientos se tornasen más dulces y tiernos. En cuanto al propio cónsul, no había cambiado de opinión y se creía obligado a compensar a su hija por su terrible destino redoblando su amor.

Johann Buddenbrook no procedió contra su tramposo yerno en ningún aspecto personal. Ciertamente es que Tony y su madre, en el curso de varias conversaciones, llegaron a enterarse de los fraudulentos medios a los que había recurrido el señor Grünlich para conseguir los ochenta mil marcos; sin embargo, el cónsul se guardó muy bien de hacer público el asunto y aún más de ponerlo en manos de la justicia. Se sentía profundamente herido en su orgullo de comerciante y sufría en silencio la vergüenza de haber sido engañado con tan burdas tretas.

Sea como fuere, en cuanto se hubo producido la liquidación del negocio de B. Grünlich (la cual, por otra parte, conllevó pérdidas más que notables para diversas empresas de Hamburgo), el cónsul inició el proceso de divorcio con gran determinación. Y para Tony era básicamente eso: la idea de que ella en persona, la hija del cónsul Buddenbrook, constituía el centro de un proceso judicial de verdad, lo que le inspiraba aquel indescriptible sentimiento de dignidad.

—Padre... —le decía, pues en aquellas conversaciones nunca llamaba al cónsul «papá»—. Padre, ¿cómo progresa nuestro asunto? ¿Crees que todo saldrá bien? El párrafo de la ley está muy claro, lo he estudiado con todo detalle! «Incapacidad del esposo para mantener a su familia»... Esos caballeros tendrán que entenderlo. Si hubiéramos tenido un hijo, Grünlich se lo quedaría...

Otras veces decía:

—He estado reflexionando mucho sobre mis años de matrimonio, padre. Claro, por eso no quería Grünlich que viviéramos en el centro de la ciudad, con la ilusión que me hacía. Por eso le hacía tan poca gracia que me tratase con nadie de la ciudad o acudiese a ninguna reunión social. Allí era mucho mayor que en Eimsbüttel el peligro de que, de algún modo, me enterase de cuál era su verdadera situación... ¡Menudo filou! ²⁴.

—No debemos juzgar, hija mía —respondía el cónsul.

O, por ejemplo, nada más obtener la sentencia de divorcio, dijo, con gesto de persona importante:

—¿Ya lo has anotado en el cuaderno de la familia, padre? ¿No? Oh, entonces puedo hacerlo yo misma... Por favor, dame la llave del cajón del secreter.

Y, muy diligente y orgullosa, añadió, bajo las líneas que había escrito junto a su nombre cuatro años antes: «Este matrimonio se disolvió legalmente en febrero del año 1850».

Luego dejó la pluma y se quedó un instante pensativa. —Padre —dijo—, sé que este incidente supone una mancha en la historia de nuestra familia. Sí, he reflexionado mucho al respecto. Es como si justo ahí hubiese caído un

²⁴ Procede, posiblemente, del inglés *fellow* y se aplica, también en el alemán actual, a los hombres que llevan una vida disipada y en los que no se puede confiar. (*N de la T*).

mancha de tinta en el cuaderno. Pero estate tranquilo... ¡Yo me ocuparé de borrarla! Todavía soy joven... ¿No te parece que sigo siendo bastante guapa? Y eso que Madame Stuhlt, cuando volvió a verme, me dijo: «¡Ay, por Dios, Madame Grünlich, cómo ha envejecido usted!». En fin, una no puede seguir toda la vida siendo una tonta, como lo era yo hace cuatro años... Es normal que la vida vaya dejando sus huellas... Resumiendo: que volveré a casarme. Ya verás como todo se arregla con un nuevo matrimonio, ventajoso de verdad. ¿No te parece? —Eso está en manos de Dios, hija mía. No es en absoluto de recibo hablar de esas cosas ahora.

Por lo demás, durante esa época Tony empezó a recurrir con mucha frecuencia a la expresión «así es la vida», y al pronunciar la palabra «vida», abría los ojos con una seriedad encantadora con la que daba a entender cuán profundas miradas había lanzado ya ella a la vida y al destino humanos.

La mesa del comedor se amplió aún más, y Tony encontró nuevas ocasiones de sincerarse cuando, en agosto de ese mismo año, Tom regresó a casa después de su estancia en Pau. Tony veneraba y quería de todo corazón a aquel hermano que, el mismo día del regreso de Travemünde, había compartido y hecho honor a su pena, y en quien veía al futuro jefe de la empresa y cabeza de la familia.

—Sí, sí —decía él—, nosotros dos ya hemos vivido de todo, Tony —y levantaba una ceja, se pasaba el cigarrillo ruso de un ángulo a otro de la boca y, probablemente, pensaba en la joven florista de rasgos malayos que hacía poco se había casado con el hijo de la dueña del negocio y ahora regentaba la floristería de la Fischergrube.

Thomas Buddenbrook, todavía un poco pálido, llamaba la atención por su elegancia. Era evidente que durante aquellos últimos años había acabado de desarrollarse su formación del todo. Su cabello, con raya en medio y cardado sobre las orejas, su bigote con las puntas retorcidas y estirado con las tenacillas hasta quedar totalmente paralelo al labio —a la moda francesa— y su figura, más bien de baja estatura pero bastante ancha de hombros, le conferían un porte casi militar. Sin embargo, las venas azuladas y demasiado visibles en sus estrechas sienes, marcadas además por las entradas del cabello, así como una ligera tendencia a los escalofríos que el buen doctor Grabow intentaba combatir en vano, revelaban que su constitución no era demasiado fuerte. En otros detalles físicos como, por ejemplo, la barbilla, la nariz y sobre todo las manos; ¡él sí que tenía las manos típicas de los Buddenbrook!, el parecido con su abuelo había ido en aumento.

Hablaba un francés en el que se entremezclaban algunos sonidos propios del español, y su gusto por ciertos escritores modernos de carácter satírico y polémico desconcertaba a todo el mundo. Sólo el señor Gosch, el corredor de fincas, comprendía su inclinación por este tipo de obras; su padre las condenaba tajantemente.

Eso no impedía que la dicha y el orgullo que constituía para el cónsul su primogénito se leyera en sus ojos. Muy conmovido y contento volvió a recibirle al poco de su regreso como colaborador en las oficinas de la empresa, donde él mismo trabajaba ahora con renovada satisfacción, es decir, después del fallecimiento de Madame Kröger, que se había producido a finales de año.

La pérdida de la anciana fue asumida con serenidad. Había gozado de una vida muy, muy larga y sus últimos años habían transcurrido en completa soledad. Se reunió con Dios en su gloria, y los Buddenbrook recibieron una espléndida cantidad de dinero, cien mil táleros en efectivo, que reforzaron el capital de explotación de la empresa y fueron más que bienvenidos.

Otra consecuencia de este fallecimiento fue que el cuñado del cónsul, Justus, cansado de sus constantes fracasos comerciales, liquidó sus negocios y se retiró en cuanto tuvo en sus manos el resto de la herencia que le correspondía. Justus Kröger, el suitier, el disoluto hijo del caballero á la mode, no era un hombre nada feliz. Su trato desenfadado y su frívola manera de vivir no habían contribuido en modo alguno a que consiguiera labrarse una posición estable, sólida y fiable en el mundo de los negocios; había dilapidado una parte significativa de su herencia aún en vida de sus padres y, últimamente, se sumaban a todo ello las terribles preocupaciones que le causaba Jakob, su hijo mayor. Con el paso de los años, este joven, que, según parecía, no se rodeaba precisamente de las mejores compañías en Hamburgo, había costado a su padre indecentes cantidades de dinero; y como resultado de que, cuando el cónsul Kröger se negaba a enviarle un solo céntimo más a aquel hijo, amante de la vida licenciosa, la madre, una mujer dulce y débil, le proporcionaba en secreto cuanto pedía, habían surgido importantes desavenencias en el matrimonio. Como colofón de todo aquello, casi al mismo tiempo que B. Grünlich suspendió todos sus pagos, sucedió en Hamburgo (donde trabajaba Jakob Kröger, en la casa Dalbeck & Cía.) otro incidente que jamás llegó a aclararse: cierta irregularidad, un asunto un tanto turbio... Nadie quiso hablar de ello y nadie hizo preguntas a Justus Kröger, pero se supo que Jakob había encontrado un buen puesto como viajante en Nueva York y que no tardaría en embarcarse. Justo antes de partir, fue visto una vez en la ciudad, adonde probablemente había acudido para obtener de su madre algo más de dinero, aparte del que le había enviado el padre para el viaje: un joven de aspecto poco sano y vestido de manera extravagante.

En pocas palabras, el cónsul Justus terminó comportándose como si tuviese un solo heredero directo y, cuando hablaba de «mi hijo», se refería única y exclusivamente a Jürgen, de quien jamás se había sabido deslizar alguno pero cuyas capacidades intelectuales tampoco parecían prometer demasiado. Había logrado aprobar el bachillerato con grandes dificultades, y llevaba años establecido en Jena, donde, según decían, se dedicaba a la jurisprudencia sin gran pena ni gloria.

A Johann Buddenbrook le dolía realmente esta tan poco honrosa evolución de la familia de su mujer y miraba con tanto mayor temor hacia el futuro de sus propios hijos. Le sobraban razones para tener plena confianza en la excelente capacidad y seriedad de su primogénito; sin embargo, respecto a Christian, Mr. Richardson había escrito que el joven había aprendido el inglés con notable facilidad, si bien no siempre mostraba el interés suficiente por los asuntos relacionados con el negocio y, al mismo tiempo, era grande su debilidad por las múltiples distracciones de la metrópoli, por ejemplo el teatro. El propio Christian revelaba en sus cartas una constante necesidad de vivir nuevas emociones y pedía permiso insistentemente para aceptar un puesto «allá», es decir: en Sudamérica, tal vez en Chile. «Eso es más bien sed de aventuras», había dicho el cónsul, y le había ordenado que primero completase su formación mercantil y siguiese trabajando con Mr. Richardson por cuarto año consecutivo. Cumplido este plazo, se intercambiaron algunas cartas más relativas a sus planes y, luego, en el verano de 1851, Christian Buddenbrook se embarcó hacia Valparaíso, donde había conseguido una buena oferta. Viajó directamente desde Inglaterra, sin regresar antes a su patria.

Aparte de sus dos hijos varones, el cónsul comprobaba con satisfacción con qué determinación y seguridad en sí misma defendía Tony su posición de

digno miembro de la familia Buddenbrook en la ciudad, aunque era de esperar que, en su situación de mujer divorciada, debería superar toda suerte de reticencias por parte de otras familias y los típicos comentarios de quienes disfrutaban con el mal ajeno.

—¡Ja! —dijo una vez que volvía muy sulfurada de dar un paseo, y después lanzó el sombrero encima del sofá del salón de los paisajes—. Esa Móllendorff, de soltera Hagenström, esa Semlinger, esa Julchen, esa especie de criatura... ¿Te puedes creer, mamá, que no me saluda? Pues no, ¡no me saluda! ¡Espera a que la salude yo primero! ¿Qué te parece? Me he cruzado con ella en la Breite Strasse con la cabeza bien alta y la he mirado a la cara directamente.

—Vas demasiado lejos, Tony... No, hija, todo tiene sus límites. ¿Por qué no podías saludar tú primero a Madame Móllendorff? Sois de la misma edad y ella es una mujer casada, exactamente igual que lo eras tú...

—Jamás, mamá! ¡Ay, por Dios, qué gentuza! —Assez, querida. ¡Qué palabras tan poco delicadas! —¡Oh, es indignante!

El odio de Tony hacia aquella «familia de advenedizos» se alimentaba de la mera idea de que ahora los Hagenström podían sentirse con algún derecho a mirarla por encima del hombro, a lo cual se sumaba, y con no menor peso, el esplendor con que había florecido su apellido. El viejo Hinrich había muerto a principios de 1851, y su hijo Hermann —Hermann, el del bollo de limón y la bofetada— se hizo cargo del siempre próspero negocio de exportación junto al señor Strunck; un año más tarde, se casó con la hija del cónsul Huneus, el hombre más rico de la ciudad, que había conseguido amasar tal fortuna con el comercio de madera que dejó una herencia de dos millones a cada uno de sus tres hijos. Moritz, el hermano, a pesar de estar delicado de los pulmones desde niño, tenía a sus espaldas una carrera universitaria de una brillantez extraordinaria, y se había establecido en la ciudad como experto en leyes. Se le consideraba una mente clara, un hombre inteligente e ingenioso, aún más, casi un filósofo, y no tardó en hacerse con un bufete muy solicitado. No se parecía en nada a la rama de los Semlinger, aunque tenía la cara amarilla y entre sus picudos dientes se veían algunos huecos.

Incluso de cara a la propia familia, para Tony se imponía mantener la cabeza bien alta. Desde que el tío Gotthold vivía apartado de los negocios y se dedicaba a pasearse por su modesta casa —con sus piernecillas cortas y sus pantalones de cuadros, anchos como un saco— y, como era un gran amante del dulce, a comer grandes cantidades de unos caramelos para la tos que se vendían en unas pequeñas latas, su actitud hacia aquel hermanastro que había gozado del favor paterno se había tornado cada vez más suave y resignada; eso, por otra parte, no quitaba que el fracaso del matrimonio de Tony le causase cierta satisfacción inconfesada a la vista de que sus tres hijas se habían quedado solteras. En su esposa, de soltera Stüwing, y sobre todo en sus tres hijas, de veintiséis, veintisiete y veintiocho años, la desgracia y el proceso de divorcio de su prima despertaron un interés casi exagerado, mucho más vivo del que en su día mostrasen por el compromiso y por la propia boda. En los días de «reunión familiar», que desde el fallecimiento de la abuela Kröger volvían a celebrarse en la Mengstrasse —un jueves de cada dos—, la tarea de Tony no resultaba nada fácil con ellas allí.

—¡Ay, Dios, pobrecita mía! —decía Pfiifi, la más joven, que era bajita y entrada en carnes y se agitaba de un modo muy peculiar con cada palabra que pronunciaba, sin poder evitar que las comisuras de los labios se le llenasen de saliva—. ¿Así que ya se ha pronunciado la sentencia? ¿Así que ahora tu estado vuelve a ser el mismo de antes?

—¡Ay, todo lo contrario! —decía Henriette, quien al igual que su hermana mayor era extraordinariamente alta y flaca—. Tu estado actual es mucho más triste que si no te hubieses casado nunca.

—Tengo que decir —constataba Friederike— que entonces es mil veces mejor no casarse nunca.

—¡Oh, no, querida Friederike! —decía Tony, echando la cabeza hacia atrás mientras pensaba una réplica lo bastante rotunda e ingeniosa—. En eso es muy posible que estés equivocada, ¿no es cierto? Después de todo, es una oportunidad para saber más de la vida, ¿me entiendes? ¡Deja una de ser una tonta! Y, además, pese a todo, sigo teniendo más perspectivas de volver a casarme que alguien que hubiera de hacerlo por primera vez.

—¿Ah, sí? —decían las primas al unísono (y casi decían «zí», con una consonante tan silbante que su incredulidad sonaba todavía más incrédula).

Sesemi Weichbrodt, sin embargo, era demasiado buena y demasiado discreta para siquiera mencionar el asunto. Tony iba de vez en cuando a visitar a su antigua educadora a la casita roja de la plazuela Am Mühlenbrink número 7, donde seguían alojándose algunas jovencitas de buena familia, aunque el pensionado comenzaba a pasar de moda; y también la eficiente y sabia solterita recibía a veces una invitación para acudir a la Mengstrasse a cenar algún lomo de ciervo asado o algún ganso relleno. Al final de la visita, se ponía de puntillas y, conmovida, besaba la frente de Tony con manifiesto cariño y un suave chasquido. Su hermana, Madame Kethelsen, empezaba a quedarse sorda y cada día lo estaba más, de manera que apenas había entendido nada de la historia de Tony. Seguía echándose a reír con todas sus ganas en los momentos más inoportunos, con aquella risa ingenua y tan carente de malicia que casi parecía que lloraba, y Sesemi seguía viéndose continuamente en la necesidad de dar golpecitos en la mesa y exclamar: «¡Pero, Nally! ».

Los años pasaron. La fuerte impresión que la experiencia de la hija del cónsul Buddenbrook causara en la ciudad y en la familia se fue borrando más y más. La propia Tony no recordaba su matrimonio sino en contadas ocasiones, cuando apreciaba algún que otro parecido con Bendix Grünlich en el rostro de la pequeña Erika, que crecía con buena salud. Volvía a vestir de claro, volvía a llevar el cabello rizado sobre la frente y, como antaño, volvía a asistir a las reuniones sociales de su círculo de conocidos.

No obstante, era un motivo de alegría para ella cuando, cada verano, se le brindaba la oportunidad de abandonar la ciudad durante una larga temporada..., pues, por desgracia, ahora el estado de salud del cónsul obligaba a realizar viajes de descanso a lugares más lejanos.

—No sabéis lo que es hacerse viejo... —decía—. Me cae una mancha de café en el pantalón y no puedo echarme un poco de agua fría para limpiarla sin que me provoque el peor ataque de reuma. ¿Y qué no podía permitirme yo antes?

También sufría mareos.

Iban a Obersalzbrunn, a Ems y Baden—Baden, a Kissingen, y, desde allí, quizá realizaban algún viaje tan formativo como placentero hasta Múnich, pasando por Núremberg, a Viena, cruzando la zona de Salzburgo e Ischl, y regresaban a casa visitando Praga, Dresde, Berlín... Y aunque Madame Grünlich, a causa de una dolencia estomacal nerviosa que había empezado a notar en los últimos tiempos, se veía obligada a someterse a un régimen estricto en los balnearios, estos viajes constituían para ella una distracción muy deseada, pues no hacía esfuerzos por ocultar que en casa se aburría un poco.

—¡Ay, por Dios, padre, así es la vida, ya lo sabes! —decía, contemplando el techo en actitud pensativa—. Es cierto, ya sé cómo es la vida..., pero, precisamente por eso, es una perspectiva un tanto triste para mí tener que pasarme el día metida en casa como una tonta. Espero que no pienses que no me gusta estar con vosotros, papá... ¡Sería para matarme! ¡Sería la peor muestra de ingratitud! Pero así es la vida, ya sabes...

En el fondo, lo que más la irritaba era la religiosidad cada vez más fuerte que impregnaba la majestuosa casa paterna, pues las inclinaciones pías del cónsul se manifestaban en tanto mayor grado cuanto más viejo y delicado de salud se encontraba, y desde que la consulesa empezara a notar el peso de los años, también ella se identificaba con aquella vena espiritual. Las oraciones para bendecir la mesa siempre habían sido algo habitual en el hogar de los Buddenbrook; ahora, sin embargo, imperaba desde hacía tiempo la norma de que, mañana y noche, la familia entera y el servicio habían de reunirse en el salón del desayuno para escuchar un fragmento de la Biblia que el cónsul leía en voz alta. Además, de año en año se multiplicaban las visitas de sacerdotes y misioneros, pues aquella venerable casa patricia (en la que, dicho sea de paso, se comía espléndidamente) era conocida desde antaño, en el mundo de la espiritualidad luterana y reformista de las misiones interiores y exteriores del país, como un puerto que brindaba su hospitalidad, y de todos los rincones llegaban de cuando en cuando caballeros vestidos de negro y con el cabello largo para pasar unos días..., con la certeza de hallar allí conversaciones gratas a los ojos de Dios, unas cuantas comidas sustanciosas y cierta ayuda contante y sonante para fines sagrados. También los sacerdotes de la ciudad frecuentaban la casa en calidad de amigos de la familia.

Tom era demasiado discreto y razonable para delatarse siquiera con una sonrisa, pero Tony se burlaba abiertamente; es más: para disgusto de sus padres, aprovechaba cualquier ocasión para poner en ridículo a los religiosos.

A veces, cuando la consulesa sufría migraña, correspondía a Madame Grünlich ocuparse de la casa y decidir el menú. Un día en que, precisamente, se alojaba en la casa un sacerdote extranjero cuyo buen apetito era una alegría para cuantos le rodeaban, se le ocurrió la malévola idea de encargar a la cocinera el plato típico de la ciudad: Specksuppe, un caldo preparado con col agria en el que se echaba la comida principal entera (jamón, patatas, ciruelas en conserva, peras desecadas, coliflor, guisantes, judías, nabos y otros alimentos, todo bien mezclado con una salsa de frutas), y que nadie en el mundo era capaz de comer si no estaba acostumbrado a comerlo desde su más tierna infancia.

—¿Le gusta? ¿Le gusta, reverendo? —preguntaba Tony una y otra vez—. ¿Que no? ¡Ay, por Dios! ¿Quién hubiera podido imaginarlo? —y ponía una cara de auténtico pilluelo y, como solía hacer cuando maquinaba o cometía alguna travesura, se rozaba muy suavemente el labio superior con la puntita de la lengua. El orondo caballero apartó su cuchara con resignación y dijo inocentemente:

—Ya disfrutaré con el siguiente plato.

—Oh, sí, todavía hay un pequeño postre... —se apresuró a decir la consulesa, pues un «siguiente plato» después de aquel puchero era impensable; y aunque unos *Arme Ritter*²⁵ con jalea de manzana vinieron a completar la comida, el religioso burlado hubo de levantarse de la mesa con

²⁵ Literalmente, «caballeros pobres». Es un postre de pan bañado en leche dulce y frito, muy similar a las torrijas. (*N de la T*).

hambre, mientras Tony intentaba ahogar la risa y Tom, a duras penas dueño de sus emociones, levantaba una ceja.

Otra vez estaba Tony en el portal, tratando cuestiones domésticas con Trina, la cocinera, cuando llegó de hacer alguna diligencia en la ciudad el reverendo Mathias de Kannsatt, a quien también daban alojamiento durante unos días, y llamó a la campanilla de la cancela. Con sus andares campesinos, Trina había acudido a abrir, y el reverendo, con intención de intercambiar algunas frases amables con ella y ponerla un poco a prueba, le había preguntado muy amable:

—¿Amas al Señor? —Y tal vez incluso estaba dispuesto a hacerle algún pequeño regalo como premio a su fe en el Salvador. —Sí, reverendo —había dicho Trina un tanto vacilante, ruborizándose y con los ojos como platos—. Pero, ¿a cuál dice usted? ¿Al viejo o al joven?

Madame Grünlich no perdió ocasión de contar esta anécdota en la mesa, en voz bien alta para que lo oyeran todos, y hasta la consulesa acabó echándose a reír, con aquella risa típica de los Kröger.

El cónsul, obviamente, clavó la vista en su plato muy serio e indignado.

—Un malentendido... —dijo el reverendo Mathias turbado.

CAPÍTULO XI

Lo que sigue sucedió a finales del verano de 1855, una tarde de domingo en que los Buddenbrook estaban sentados en el salón de los paisajes esperando al cónsul, que terminaba de vestirse en la planta de abajo. Habían planeado una excursión con la familia Kistenmaker, un paseo hasta unos jardines al otro lado del Burgtor. Excepto Clara y Clotilde, que, como cada domingo, por la tarde se reunirían en casa de una amiga para tejer calcetines para los negritos de las misiones, los demás pensaban tomar el café allí y, si el tiempo lo permitía, bajar a remar un rato al Trave.

—Con papá es que dan ganas de llorar —dijo Tony, escogiendo palabras muy fuertes como era su costumbre—. ¿Es que jamás puede estar listo a la hora convenida? Se queda sentado en su mesa del despacho y sigue... y sigue..., que si esto todavía hay que terminarlo... ¡por Dios bendito! ¿Tan necesario es? Bueno, yo no digo nada, pero no creo que fuésemos a caer en la bancarrota porque dejase la pluma un cuarto de hora antes. Muy bien..., si ya llega diez minutos tarde, tendrá que cumplir su promesa y subir los escalones de dos en dos, y mira que sabe que luego tiene palpitaciones y le falta el aliento... Sucede lo mismo en cada reunión y cada vez que tenemos planeada una salida. ¿Es que no es capaz de tomarse el tiempo necesario para cada cosa? ¿No es capaz de interrumpir su trabajo a tiempo y luego ir despacio? ¡Qué irresponsable! Desde luego, mamá, yo que tú hablaría muy seriamente con mi marido...

Estaba sentada en el sofá junto a la consulesa e iba vestida a la última moda, toda de seda tornasolada, mientras que su madre llevaba un traje más sobrio, de seda gris plisada con adornos de encaje negro. Las puntas de la cofia de tul almidonado, que se ataba bajo la barbilla con una cinta de satén, caían sobre los hombros. Su cabello, peinado con raya en medio y liso, conservaba un tono rubio rojizo inalterable. Entre las manos, blancas y surcadas de finísimas venas azuladas, sostenía un bolsito Pompadour. A su

lado, reclinado en un sillón de brazos, estaba Tom, fumando un cigarrillo, y junto al ventanal se sentaban Clara y Tilda, una enfrente de otra. Era asombroso lo poco que aprovechaban a la pobre Clotilde los sustanciosos y exquisitos alimentos que tomaba a diario. Cada vez parecía más flaca, y su vestido negro, cortado sin ninguna gracia, no contribuía a disimularlo. En el centro de la cara, alargada, impasible y gris, enmarcada por un cabello liso y ceniciento, peinado con raya en medio, destacaba una nariz recta y con los poros abiertos que se hacía más gruesa hacia la punta.

—Y decís que no va a llover —intervino Clara.

La jovencita tenía la costumbre de no hacer ninguna inflexión de voz en las preguntas y clavaba una mirada decidida y bastante dura en la cara de sus interlocutores. Su vestido marrón no llevaba más adornos que un discreto cuello de marinero blanco almidonado y puños a juego. Se sentaba muy erguida, con las manos cruzadas en el regazo. Los criados la temían más que a ningún otro miembro de la familia, y ahora era ella quien realizaba la lectura de la Biblia mañana y noche, puesto que el cónsul ya no podía leer en voz alta sin padecer después dolor de cabeza.

¿Llevarás tu *baschlik*²⁶ nuevo para esta noche, Tony? —preguntó otra vez—. Pues se va a mojar. Qué lástima de *baschlik* nuevo. Yo creo que sería mejor que aplazaseis vuestro paseo.

—No —dijo Tom—. Los Kistenmaker ya están en camino. No importa..., el barómetro ha caído demasiado bruscamente. Habrá alguna tormenta, caerán unas gotas..., nada que dure mucho. Papá no está listo todavía..., no importa. Así podemos esperar con calma a que amaine.

La consulesa levantó una mano con gesto receloso: —¿Crees que va a haber una tormenta, Tom? Ay, ya sabes que me dan miedo...

—No —respondió Tom—. Esta mañana he estado hablando con el capitán Kloot en el puerto. No se equivoca nunca. Dice que no será más que un chaparrón..., ni siquiera habrá viento.

Aquella segunda semana de septiembre había traído una canícula tardía. El viento sur—suroeste había sido el causante de que, en la ciudad, el final del verano estuviese resultando más sofocante que el mes de julio. Los remates de las casas se recortaban sobre un cielo insólito: azul intenso y más pálido en el horizonte, como en el desierto; y, después de ponerse el sol, las casas y el pavimento de las calles estrechas irradiaban un calor intenso como el de las estufas. Hoy, el viento había cambiado y soplaba del oeste, y de repente habían caído las temperaturas. Una gran parte del cielo seguía azul, pero poco a poco se iba instalando en él una constelación de nubes azul grisáceo, gruesas y esponjosas como almohadones.

Tom añadió:

—Además, pienso que la lluvia vendría muy bien. Nos agotaríamos enseguida paseando con este bochorno. Este calor no es natural. Ni siquiera en Pan hacía tanto.

En ese momento entró Ida Jungmann en el salón con la pequeña Erika de la mano. La niña llevaba un vestidito de algodón recién planchado, desprendía un agradable olor a almidón y jabón, y era realmente graciosa. Tenía el mismo cutis sonrosado y los mismos ojos que el señor Grünlich, pero el labio superior era igual que el de Tony.

La buena de Ida ya tenía el cabello cano, casi blanco del todo, aunque apenas pasaba de los cuarenta. Le venía de familia: el tío que había muerto de un ataque de hipo tenía todo el cabello blanco con tan sólo treinta años; por lo demás, sus pequeños ojos castaños eran reflejo de su carácter fiel,

²⁶ Un *baschlik*, del ruso, es una especie de capucha de lana fina. (N de la T).

sano y despierto. Llevaba ya veinte años al servicio de los Buddenbrook y la llenaba de orgullo saberse imprescindible. Se encargaba de supervisar la cocina, la despensa, los armarios de la ropa blanca y la porcelana, realizaba las compras más importantes, le leía cuentos a Erika, cosía vestidos para sus muñecas, la ayudaba con sus tareas e iba a recogerla al colegio a mediodía, bien provista de pan francés relleno de alguna cosa rica, para ir juntas a pasear al Mühlenwall. Todas las señoras de la ciudad decían a la consulesa Buddenbrook o a su hija:

—¡Ay, qué mamsell tiene usted, querida! ¡Por Dios, es una joya, se lo digo yo! ¡Veinte años! ... Y seguro que conserva ese vigor con sesenta y con más. Esta gente huesuda... ¡Y esos ojos de persona fiel! La envidio, querida.

Pero Ida Jungmann, por encima de todo, seguía fiel a sí misma. Sabía bien quién era y, si por ejemplo, una criada cualquiera que también paseaba a un niño por el Mühlenwall se sentaba en su mismo banco y trataba de entablar una conversación de igual a igual, Mamsell Jungmann decía: «Erika, nenita, aquí hay mucha corriente», se levantaba y se marchaba.

Tony atrajo a su hijita hacia ella y le dio un beso en una de las sonrosadas mejillas, y la consulesa le tendió una mano, con la palma hacia arriba, sonriendo vagamente... porque, temerosa, no dejaba de observar el cielo, que se oscurecía cada vez más. Su mano izquierda jugueteaba nerviosa con los almohadones del sofá, y sus ojos claros no podían evitar constantes miradas de reojo a la ventana.

Erika tenía permiso para sentarse junto a su abuela, e Ida Jungmann se acomodó en un sillón, sin apoyarse en el respaldo, y comenzó a hacer ganchillo. Así pasaron un rato, todos en silencio y esperando al cónsul. El aire estaba muy cargado. El último pedazo de azul había desaparecido y el cielo parecía una manta gris oscura, muy pesada y cargada de agua. Los colores del salón, los tonos de los paisajes que adornaban las paredes y el amarillo de las tapicerías se veían apagados, la seda del vestido de Tony había dejado de cambiar de color según los reflejos del sol y los ojos de todos ellos habían perdido el brillo. También había cesado el viento, aquel viento del oeste que, hasta hacía unos minutos, jugueteaba con los árboles del patio de la Marienkirche y levantaba pequeños remolinos de polvo en la oscura calle. Durante un instante, reinó un silencio total.

Entonces, de repente, sucedió... Se produjo un momento de absoluto vacío, algo estremecedor. Parecía que el calor húmedo se hubiera duplicado, que la atmósfera hubiese alcanzado en un solo segundo tal grado de presión que desasosegaba la mente, encogía el corazón e impedía respirar... En la calle, un golondrina pasó volando tan bajo que sus alas golpearon el pavimento... Y aquella tensión impenetrable, aquella presión, aquella angustia creciente de todo el organismo hubiese resultado insoportable si hubiese durado una centésima de segundo más, si no hubiese llegado de inmediato, nada más alcanzarse aquel punto culminante, un relajamiento, un alivio..., una mínima quiebra salvadora que se produjo en alguna parte sin hacer ningún ruido pero que los oídos creyeron percibir; si, en ese mismo instante, sin antes haber caído una sola gota de lluvia, no hubiese estallado la tormenta, una tormenta tan fuerte que el agua desbordaba los canalones y salpicaba hasta media altura al chocar con el suelo.

En aquel extraño segundo, Thomas, acostumbrado por la enfermedad a observar toda manifestación de su sistema nervioso, se había inclinado hacia delante, se había llevado una mano a la cabeza y había tirado el cigarrillo. Miró a su alrededor para ver si los demás también habían sentido algo. Creyó notar algo en su madre; el resto parecía no haberse dado cuenta. Ahora la

consulesa miraba la tromba de agua que caía en la calle y que había hecho desaparecer por completo la Marienkirche. Con un suspiro, exclamó:

—Gracias a Dios.

—Bueno... —dijo Tom—. Serán un par de minutos. Luego veremos esas grandes gotas de agua colgando de los árboles y tomaremos café en la veranda. Tilda, abre la ventana.

El ruido de la lluvia entró en el salón con más fuerza. Un verdadero estrépito: chorros de agua cayendo por doquier y salpicando por doquier, haciendo espuma y azotando las hojas de los árboles. El viento soplaba de nuevo y, travieso, embestía contra la densa cortina de agua, la rasgaba y la empujaba hacia donde quería. Con cada minuto se refrescaba el ambiente.

Entonces apareció Line, la doncella, corriendo por la sala de columnas, e irrumpió en el salón con tanta brusquedad que Ida Jungmann, intentando suavizar la mala impresión que había causado, exclamó en tono de reproche:

—Por Dios, hay que ver...

Los ojos azules y muy poco expresivos de Line estaban abiertos al máximo, y sus mandíbulas se movían sin que saliera palabra de su boca.

—Ay, señora consulesa... ¡Ay, venga usted' enseguida!... ¡Ay, por Dios, qué susto más grande!

—Ya estamos —dijo Tony—. Algo habrá roto. ¡Y seguro que de la porcelana buena! Desde luego, mamá, tu personal de servicio... Pero la muchacha balbució sobrecogida:

—Ay, no, Madame Grünlich... Ojalá fuera eso. Es el señor... Iba yo a llevarle las botas y me lo encuentro ahí senta'lo en una butaca, y que no puede hablar, y yo veo que no se encuentra bien y que algo pasa, porque el señor cónsul...

—¡A buscar a Grabow! —gritó Tom y salió con ella a toda prisa.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la consulesa, juntando las manos junto a la cara y corriendo detrás.

—A buscar a Grabow... Un coche... ¡Ahora mismo! —repitió Tony sin aliento.

Bajaron la escalera volando, atravesaron el salón del desayuno hasta el dormitorio...

Pero Johann Buddenbrook ya estaba muerto.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO I

—Buenas noches, Justus —dijo la consulesa—. ¿Todo bien? Siéntate. El cónsul Kröger la abrazó cariñosa y fugazmente y estrechó la mano de su sobrina mayor, que también se encontraba presente en el comedor. Él tendría ya unos cincuenta y cinco años, y ahora, además de su bigotito, llevaba unas hermosas patillas que le cubrían las mejillas y ya crecían grises por completo. Unas cuantas guedejas de pelo estratégicamente peinadas cubrían su amplia y rosada calva. En una de las mangas de su elegante levita se veía un ancho crespón de luto.

—¿Ya conoces las últimas novedades, Bethsy? —preguntó—. Sí, Tony, a ti te interesará especialmente. En pocas palabras, nuestra finca del otro lado del Burgtor ya ha sido vendida. ¿A quién? Pues no a un hombre, sino a dos, porque van a dividirla. Derribarán la casa, pondrán una valla partiendo la parcela y construirán dos casas nuevas, que más bien van a ser dos casetas de perro, una a la derecha para el comerciante Benthien y otra a la izquierda para el comerciante Sórenson... En fin, que sea lo que Dios quiera.

—Inaudito —dijo Madame Grünlich, cruzando las manos sobre el regazo y mirando al techo—. ¡La finca del abuelo! Pues van a estropear la propiedad. Porque su principal atractivo era la amplitud..., que en realidad resultaba innecesaria, pero, claro, eso mismo era lo que le confería su particular distinción. El gran jardín que se extendía hasta el Trave... y la casa apartada de la vía pública, con su camino de entrada privado, bordeado de castaños... De modo que van a dividirla... Benthien saldrá a su puerta a fumar su pipa, y Sórenson a la de al lado. Sí, también yo digo:

«Que sea lo que Dios quiera», tío Justus. Está claro que ya no queda gente lo bastante distinguida para vivir en esa villa. Menos mal que el abuelo ya no vive para verlo..:

El duelo que reinaba en la casa era todavía demasiado reciente y profundo como para que Tony expresase su indignación en palabras más tajantes y directas. Era el día de la lectura del testamento del cónsul, dos semanas después de su fallecimiento, a las cinco y media de la tarde. La consulesa Buddenbrook había pedido a su hermano que acudiese a la Mengstrasse para hablar sobre las últimas voluntades del difunto y la situación general de los bienes de la familia con Thomas y con el señor Marcus, el apoderado, y Tony había tomado la decisión de participar en la

conversación también ella. Este interés, según había dicho, era su deber para con la empresa y para con la familia, y puso cuanto pudo de su parte para conferir al encuentro todo el carácter de una reunión oficial, de un consejo familiar. Había cerrado las cortinas y, aunque era innecesario, porque sobre la mesa del comedor, extendida al máximo y cubierta con un tapete verde, ya ardían dos lámparas de parafina, había encendido las velas de los grandes candelabros de pie dorados. Además, había repartido por la mesa generosas cantidades de papel de escribir y lápices bien afilados, con los que nadie sabía muy bien qué hacer.

El vestido negro confería a su figura la esbeltez de una jovencita y, a pesar de que era la más afectada por la muerte del cónsul, a quien tan estrecho vínculo había unido en los últimos tiempos, y de que ese mismo día se había echado a llorar con gran amargura en dos ocasiones al recordarle, la perspectiva del pequeño consejo familiar, de aquella pequeña reunión sería en la que pretendía tomar parte con suma dignidad, bastaba para dar cierto color a sus hermosas mejillas, cierta luz a su mirada y cierta alegría y aplomo a sus movimientos. La consulesa, por el contrario, abatida por la terrible impresión del fatídico día, por la pena y por las mil formalidades que habían acompañado a las exequias y ulteriores celebraciones en memoria del difunto, no podía ocultar su dolor. Su rostro, enmarcado por el ribete de encaje negro de la cofia, parecía todavía más pálido, y sus ojos azul claro carecían de brillo. Eso sí, en su cabello rubio rojizo, peinado con raya en medio y liso, no se veía ni una sola cana. ¿Seguiría surtiendo efecto la tintura traída de París o sería ya la peluca? Mamsell Jungmann era la única que lo sabía, pero jamás habría revelado el secreto, ni siquiera a las demás damas de la casa.

Los tres estaban sentados en un extremo de la mesa del comedor y esperaban a que Thomas y el señor Marcus llegasen de la oficina. Blancas y orgullosas en sus pedestales se destacaban las divinidades clásicas pintadas sobre la tela azul cielo de las paredes. La consulesa dijo:

—El asunto es el siguiente, mi querido Justus... Te he pedido que vinieras... Seré breve: se trata de Clara, la niña. Mi querido Jean, que en paz descansa, dejó en mis manos la elección de un tutor, pues a la pequeña todavía le quedan tres años hasta la mayoría de edad. Ya sé que no te gusta que te abrumen con obligaciones; ya tienes tus deberes para con tu esposa, tus hijos...

—Mi hijo, Bethsy.

—Bueno, bueno... Tenemos que ser cristianos y misericordiosos, Justus. Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden... Recuerda las palabras de nuestro Padre que está en los cielos.

Su hermano la miró con cierta sorpresa. Hasta entonces sólo se habían oído expresiones similares de boca del difunto cónsul. —Basta —prosiguió ella—. En realidad es un cometido que no supone grandes complicaciones, más bien implica cariño. Me gustaría pedirte que aceptases ser su tutor.

—Con mucho gusto, Bethsy; por supuesto, lo haré con mucho gusto. ¿Acaso no voy a ver a mi pupila hoy? Es un poco demasiado sería esa niña...

Mandaron llamar a Clara. Pálida y vestida de negro, llegó andando muy despacio, en actitud reservada y triste. Había pasado los días posteriores a la muerte de su padre sin hacer otra cosa que rezar en su habitación. Sus ojos oscuros permanecían inmóviles; parecía petrificada en un gesto de dolor y temor de Dios. El tío Justus, haciendo honor a su galantería, se acercó a ella y casi le hizo una reverencia al estrecharle la mano; luego le dedicó algunas

palabras muy bien escogidas, y Clara se retiró, tras haber dado un beso a su madre sin mover los labios.

—¿Cómo está nuestro buen Jürgen? —retomó la conversación la consulesa—. ¿Cómo se encuentra en Wismar?

—Bien —dijo Justus Kröger y se encogió de hombros mientras volvía a sentarse—. Creo que ahora sí que ha encontrado su lugar. Es un buen chico, Betsy, un chico honrado; pero, claro.... después de suspender el examen de estado por segunda vez, consideramos que era lo mejor... Ni siquiera a él acababa de gustarle la jurisprudencia, y el puesto en Wismar, en Correos, es muy aceptable... Por cierto, me han dicho que tu Christian regresa...

—Sí, Justus, va a venir. ¡Dios le guarde al cruzar el océano! ¡Ay, es un viaje tan largo! Aunque le escribí justo al día siguiente de la muerte de Jean, ni siquiera habrá recibido la carta todavía, y luego tardará unos dos meses en llegar en el barco. Pero tiene que venir, Justus. ¡Lo necesito! Cierto es que Tom dice que Jean jamás habría accedido a que dejase el puesto que tiene en Valparaíso, pero... ¡por favor! ¡Ocho años hace casi que no lo veo! Y en estas circunstancias... No, quiero estar rodeada de todos mis hijos en estos momentos tan difíciles..., como es natural para una madre...

—Claro, claro —añadió enseguida el cónsul Kröger, pues a los ojos de su hermana empezaban a asomar las lágrimas. —Ahora también Tom está de acuerdo —continuó—. Porque, ¿dónde va a estar Christian mejor que en la empresa de su padre, que en paz descansa, en la empresa de su hermano Tom? Podrá quedarse aquí, trabajar aquí... ¡Ay!, además temo constantemente que el clima de allá lejos pueda causarle algún mal...

Por fin, acompañado por el señor Marcus, Thomas Buddenbrook entró en el comedor. Friedrich Wilhelm Marcus, el que durante muchos años fuera fiel apoderado del difunto cónsul, era un hombre alto y vestía una levita larga de color marrón, con un crespón negro en la manga. Hablaba en voz muy baja, siempre vacilando, tartamudeando un poco, pensando cada palabra durante un segundo, y solía acariciarse lenta y suavemente el bigote, de un castaño rojizo y tan descuidado que casi le cubría la boca, con los dedos índice y corazón de la mano izquierda bien estirados; o bien se frotaba las manos con parsimonia y sus redondos ojos castaños se desviaban hacia un lado con aire contemplativo, dando la impresión de estar confuso o totalmente ausente, aunque siempre ponía sus cinco sentidos en analizar la cuestión de que se tratase.

Thomas, convertido pese a su juventud en el cabeza de la importante Casa Buddenbrook, daba muestra de su profundo sentimiento de dignidad con sus maneras y las expresiones de su cara; no obstante, estaba pálido y, sobre todo sus manos, en una de las cuales brillaba ahora aquel anillo con la piedra verde que pasaba de padres a hijos, eran tan blancas como los puños de la camisa que asomaban por debajo de las mangas de la levita negra, de una gélida blancura que revelaba lo seco y frío de su tacto. En determinados momentos, al hacer ciertos movimientos inconscientes y un tanto convulsivos, aquellas manos, cuyas uñas ovaladas y siempre perfectamente cuidadas tendían a adoptar un tono azulado, podían reflejar una sensibilidad extrema y un recelo rayano en la angustia: particularidades que, hasta entonces, les habían sido ajenas y que, en el fondo, no parecían muy propias de unas manos como las de los Buddenbrook: bastante anchas y burguesas, aunque finamente torneadas. Lo primero que hizo Tom fue abrir la puerta de doble hoja que comunicaba con el salón de los paisajes para que el calor de la estufa que ardía detrás de la brillante reja llegase al comedor.

Luego estrechó la mano del cónsul Kröger y tomó asiento en la mesa, enfrente del señor Marcus, mirando a su hermana con una ceja levantada, muy sorprendido por su presencia. Ella, sin embargo, echó la cabeza hacia atrás y apoyó la barbilla en el pecho con tal seguridad en sí misma que cualquier comentario al respecto quedó descartado.

—¿De modo que todavía no podemos llamarte «señor cónsul»? —dijo Justus Kröger—. ¿Así que los Países Bajos esperan en vano que ocupes ese cargo, viejo Tom?

—Sí, tío Justus; he considerado que era mejor... Mira, hubiera podido asumir directamente la representación de los Países Bajos, junto con otras obligaciones que me han correspondido, pero, en primer lugar, todavía soy un poco joven para ello..., y luego he hablado con el tío Gotthold: a él le hacía mucha ilusión y ha aceptado.

—Muy sensato, muchacho. Políticamente muy acertado... Un perfecto gentleman.

—Señor Marcus —dijo la consulesa—, imi querido señor Marcus! —Y le tendió la mano con la palma hacia arriba y muy abierta, gesto al que él respondió mirando hacia un lado en actitud obsequiosa y contemplativa—. Le he pedido que viniese porque ya sabe usted de qué se trata, porque sé que está de acuerdo con nosotros. Mi esposo, que en paz descansa, manifestó en sus últimas voluntades el deseo de que usted dejase de ser un simple empleado por cuenta ajena para convertirse en socio de la empresa...

—En efecto, señora consulesa, lo sabía —dijo el señor Marcus—. Y no le quepa a usted ninguna duda de que sé apreciar y agradecer como es debido, el gran honor que se concede a mi persona con esta oferta suya y de su hijo, ya que los medios que puedo aportar yo a esta empresa no son sino reducidos. A ojos de Dios y de los hombres, no se me antoja mejor decisión que aceptarla con mi más sincero agradecimiento.

—Sí, señor Marcus, entonces yo le agradezco a usted su buena disposición para asumir una parte de esa gran responsabilidad que tal vez resultaría excesiva para mí solo —añadió Thomas como queriendo pasar pronto a otro tema y dando la mano a su socio por encima de la mesa, pues los dos ya se habían puesto de acuerdo hacía mucho y todo aquello era una pura formalidad.

—Dos capitanes al timón, mala cosa... Seguro que, entre los dos, echan el negocio a perder —dijo el cónsul Kröger—. En fin, hijos míos, pasemos a otro punto. Yo sólo he de preocuparme por la dote de mi pupila; el resto me es indiferente. ¿Tienes ahí una copia del testamento, Bethsy? ¿Y tú, Tom? ¿Conoces las cifras aproximadas?

—Lo tengo todo en la cabeza —dijo Thomas y, mientras jugueteaba con su lapicero de oro haciéndolo rodar por la mesa, se reclinó en el respaldo de su silla, lanzó una mirada al salón de los paisajes y comenzó a exponer la situación...

La fortuna que había dejado el cónsul era considerablemente mayor de lo que nadie hubiera creído. Ciertamente era que la dote de su hija mayor se había perdido, y las mermas que la bancarrota de Bremen había ocasionado en 1851 a la empresa habían supuesto un duro golpe. También se habían producido pérdidas con las revueltas de 1848, las inestabilidades políticas y la guerra de ese año, 1855²⁷. Sin embargo, la parte de la herencia de los Kröger que había correspondido a los Buddenbrook había sido de trescientos mil marcos, y aunque Johann Buddenbrook, como buen comerciante, nunca

²⁷ Se refiere a la guerra de Crimea, entre Rusia y Turquía, apoyada por Francia e Inglaterra. (*N de la T*).

había dejado de reclamar que aún le faltaba una buena suma (debía haber recibido cuatrocientos mil, pero Justus había gastado bastante en vida de los padres), las ganancias de treinta mil táleros que consiguiera a lo largo de los últimos quince años de trabajo habían compensado esa diferencia. Su fortuna ascendía, pues, a setecientos cincuenta mil marcos en cifras redondas, sin contar los bienes inmuebles.

Ni siquiera el propio Thomas, con lo bien informado que estaba de los movimientos del negocio paterno, había sabido hasta entonces esa cantidad con exactitud y, al pronunciarla (mientras la consulesa escuchaba la cifra con serena discreción; mientras Tony miraba al frente con un gesto de una dignidad tan encantadora como ignorante, pues su rostro no podía ocultar cierto temor y ciertas dudas, que se resumían en: «¿Eso es mucho? ¿Quiere decir que somos ricos?»); mientras el señor Marcus se frotaba las manos con parsimonia en actitud despistada y mientras el cónsul Kröger no ocultaba su aburrimiento), brotó en su interior un sentimiento de orgullo tan cargado de nerviosismo y entusiasmo que al intentar disimularlo casi dio la impresión de que estaba de mal humor.

—¡Deberíamos haber llegado al millón hace mucho! —dijo con la voz ahogada por la excitación, temblándole las manos—. ¡El abuelo, en sus mejores tiempos, ya disponía de un capital de novecientos mil marcos! ¡Y qué grandes esfuerzos desde entonces, qué gran éxito, qué grandes negocios aquí y allá! ¡Y la dote de mamá! ¡Y la herencia de mamá! ¡Pero, luego, esa desunión constante! ¡Ay, Dios, está en la propia naturaleza de las cosas! Perdonadme si, en este momento, hablo exclusivamente desde la perspectiva de la empresa, no de la familia... Las dotes, los pagos al tío Gotthold y a los de Frankfurt, esos cientos de miles que hubieron de ser restados al negocio... Y eso que el cabeza de la empresa de entonces sólo tenía dos hermanos... En fin, Marcus, vamos a tener mucho que hacer...

La sed de acción, victoria y poder, el deseo de someter el propio destino a su voluntad brilló un instante en sus ojos como una poderosa llama. Sentía todas las miradas del mundo clavadas en él, intrigadas por ver si sería capaz de aumentar o siquiera conservar el prestigio de la empresa y de aquella familia tan floreciente desde antaño. En la Bolsa se enfrentaba a esas miradas recelosas de los comerciantes veteranos, que lo examinaban de arriba abajo y, joviales, escépticos y un poco burlones, parecían preguntarle: «¿Vas a saber tomar las riendas, hijo?». «¡Claro que sí!», pensaba Thomas.

Friedrich Wilhelm Marcus se frotó las manos con gesto reflexivo y Justus Kröger dijo:

—Tú tranquilo, viejo Tom. Ahora las cosas no son como antes, cuando tu abuelo era proveedor de grano del ejército prusiano...

Y entonces comenzó una conversación en la que se detallaron las disposiciones mayores y menores del testamento; una conversación en la que participaron todos y en la que el cónsul Kröger hizo gala de su buen humor llamando a Thomas una y otra vez «su alteza, el príncipe que ahora nos gobierna».

—La propiedad de los almacenes seguirá, como manda la tradición, en manos de la corona —dijo.

Por lo demás y como era de suponer, el testamento establecía que, en la medida de lo posible, no debían realizarse cambios sustanciales: en principio, la señora Elisabeth Buddenbrook era la heredera universal y el dinero debía mantenerse como patrimonio de la empresa; el señor Marcus anunció que, en calidad de socio, aumentaría el capital de explotación en ciento veinte mil marcos. Para Thomas se establecía, de momento, un legado particular de

cincuenta mil; para Christian, la misma cantidad en el caso de que quisiera establecerse por cuenta propia. Justus Kröger mostró un vivo interés cuando se procedió a leer el punto que rezaba: «Dejo al buen criterio de mi muy querida esposa fijar la cantidad para la dote de mi muy querida hija menor, Clara...».

—¡Pongamos cien mil! —propuso al tiempo que se reclinaba en el asiento, cruzaba las piernas y se retorció las puntas del corto bigote gris con ambas manos. Era un negociante simpático como pocos. Finalmente, determinaron la tradicional dote de ochenta mil.

«En el caso de un nuevo matrimonio de mi muy querida hija mayor, Antonie... —se leía en otro punto—, dado que su primer matrimonio ya constituyó un gasto de ochenta mil marcos, la dote no puede superar los diecisiete mil táleros.»

La señora Antonie estiró los brazos hacia delante con un movimiento tan encantador como nervioso, alzó la vista al techo y exclamó:

—¡Grünlich! Ja! —Sonó como un pequeño grito de guerra, como un toque de trompeta—. ¿Está usted al tanto de la historia de ese hombre, señor Marcus? —preguntó—. Un buen día, estamos

sentados toda la familia en el jardín..., delante del quiosco... Ya sabe, señor Marcus: el quiosco de nuestra casa. Bien, y ¿quién aparece? Un tipo con unas barbas amarillo oro... ¡Menudo filou!

—Bueno, bueno —dijo Tom—. Ya hablaremos en otra ocasión del señor Grünlich, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, pero has de reconocer que en eso tengo razón, Tom. Tú eres una persona inteligente y yo, por mi parte, aunque hasta hace poco he sido una tonta y una ingenua, por experiencia he aprendido que en la vida no todo es honradez y justicia... —Sí —dijo Tom.

Y siguieron con su conversación, pasando a discutir otros detalles, como lo que tenían que hacer con la gran Biblia antigua de la familia, con la botonadura de diamantes del cónsul y con muchos otros pormenores. Justus Kröger y el señor Marcus se quedaron a cenar.

CAPÍTULO II

A principios de febrero de 1856, tras una ausencia de ocho años, Christian Buddenbrook regresó a su ciudad natal. Llegó en el coche de correos de Hamburgo, vestido con un traje a grandes cuadros amarillos que tenía un aire tropical, trajo de recuerdo la mandíbula de un pez espada y una gran caña de azúcar, y respondió a la efusión de la consulesa con una mezcla de indiferencia e incomodidad.

Ésa fue también la actitud que mantuvo cuando, a la mañana siguiente a su llegada, acudieron todos juntos al cementerio al otro lado del Burgtor para depositar una corona de flores en el panteón familiar. Todos permanecieron de pie en la nieve, ante la gran lápida en la que los nombres de los difuntos rodeaban el escudo de la familia esculpido en la piedra, ante la cruz de mármol erigida en la linde de los pequeños y, ahora en invierno, desnudos jardines del cementerio (todos excepto Clotilde, que estaba en Malaventura cuidando a su padre enfermo).

Tony depositó la corona sobre las letras doradas que, desde hacía bien poco, inmortalizaban en la piedra el nombre del cónsul y, a pesar de la nieve, se arrodilló ante la tumba para rezar en silencio. Con el velo negro enmarcando graciosamente su rostro y la falda larga con mucho vuelo cayendo en múltiples pliegues a su alrededor, parecía sacada de un cuadro. Sólo Dios sabía hasta dónde llegaba el dolor y la religiosidad y dónde empezaba la auto complacencia de una mujer hermosa en tan pictórica postura. Thomas no se encontraba con ánimos de pensar en ello. Christian, en cambio, miraba a su hermana con una expresión donde se mezclaban la burla y el temor, como si pensara: «¿Serás capaz de responder de tu comportamiento? ¿No te dará vergüenza cuando te levantes? ¡Qué desagradable! ». Tony captó su mirada al ponerse en pie, pero no sintió el más mínimo apuro. Echó la cabeza hacia atrás, se arregló el velo y el traje y empezó a caminar con un aplomo que supuso un visible alivio para Christian.

Si el difunto cónsul, con su ferviente amor a Dios, había sido el primero de la familia que había albergado sentimientos más elevados que los habituales entre simples y honrados burgueses, sus dos hijos, por el contrario, parecían los primeros en horrorizarse ante la manifestación libre y, si puede decirse así, infantil de tales sentimientos. Sin duda, el dolor que había llegado a sentir Thomas por la muerte de su padre había sido mucho más profundo e íntimo que el de su abuelo ante la muerte del bisabuelo. No obstante, no caía de rodillas ante su tumba, jamás se había echado sobre la mesa, a diferencia de su hermana Tony, a sollozar como un niño, y le resultaban embarazosas las altisonantes palabras, entremezcladas con el llanto, con las que Madame Grünlich gustaba rememorar los rasgos de carácter y la persona del difunto cónsul en la mesa, entre el asado y el postre. Ante tales arrebatos de sentimentalismo, él reaccionaba con una seriedad muy discreta, con silenciosa entereza, con un reservado movimiento de cabeza... y justo cuando nadie había mencionado ni pensaba en el difunto, sus ojos se llenaban de lágrimas lentamente, sin alterarse en nada la expresión de su rostro.

El caso de Christian era algo distinto. Era sencillamente incapaz de mantener la compostura ante las infantiles efusiones sentimentales de su hermana; agachaba la cabeza sobre su plato, se volvía hacia otro lado, mostraba la necesidad de escapar de allí e incluso la interrumpía varias veces con un quedo y torturado: «¡Por Dios, Tony!», y fruncía la narizota en incontables arrugas. Sí, mostraba gran desazón y embarazo en cuanto salía en la conversación el difunto, y parecía que no sólo temiera y evitara las manifestaciones poco recatadas de aquellos sentimientos profundos e íntimos, sino incluso los sentimientos en sí.

Nadie le había visto derramar ni una lágrima por la muerte de su padre. El hecho de que llevase tantos años alejado de él no era explicación suficiente. Lo extraño era que, por otra parte, pese a su habitual aversión hacia aquel tipo de conversaciones, una y otra vez se llevaba a un lado a su hermana Tony para que le contase con todo lujo de detalles el transcurso de aquella fatídica tarde de su muerte; porque Madame Grünlich era quien mejor lo contaba.

—¿Y dices que se puso amarillo? —preguntaba Christian por quinta vez—. ¿Y qué es lo que gritó la criada cuando irrumpió en el salón?... ¿Amarillo del todo dices que estaba?... ¿Y se quedó privado del habla antes de morir? ¿Qué dijo la muchacha? ¿Cómo era lo que dijo, lo único que alcanzó a decir: «Ua... ua...»? —Y guardaba silencio, y sus ojillos redondos y hundidos erraban, desasosegados, por la habitación—. ¡Qué espanto! —decía entonces de

repente, y un escalofrío recorría su cuerpo mientras se ponía de pie. Y siempre andaba de un lado para otro con aquella mirada desasosegada, taciturna, y Tony no podía comprender que su hermano, a quien tanta vergüenza parecía darle que ella recordase a su padre en voz alta, luego quisiera repetir en voz mucho más alta y recrear hasta un extremo siniestro aquellos últimos sonidos que articuló su padre (sonidos que, a fuerza de insistentes' preguntas, había terminado por revelarle Line, la criada).

Claramente, Christian no había embellecido con el paso de los años. Era enjuto y pálido. La piel de su rostro se veía muy tirante sobre los huesos, su narizota descarnada y con caballete eclipsaba las demás facciones, y el pelo le clareaba notablemente. Tenía el cuello muy delgado y demasiado largo, y las piernas arqueadas además de esqueléticas. Por otro lado, su estancia en Londres parecía haberle influido más que cualquier otra cosa y, puesto que también en Valparaíso había vivido sobre todo entre ingleses, su apariencia entera había adquirido cierto aire inglés que no desentonaba con su físico. Cierta aire inglés tenían también el corte holgado y la resistente lana de su traje, la elegancia, sólida a la vez que práctica, de sus botas y la manera en que el poblado bigote rojizo le caía sobre la boca confiriéndole una expresión un tanto avinagrada. Es más, hasta las manos, que tenían esa blancura porosa y mate que trae consigo el calor y unas uñas redondeadas, cortas y siempre muy limpias, por algún motivo parecían las de un inglés.

—Dime —preguntaba sin venir a cuento—, ¿conoces esa sensación..., es difícil de describir..., cuando a uno le cuesta tragar algo y le duele toda la espalda mientras le va bajando por la tráquea? —Y, de nuevo, su gran narizota se fruncía en incontables arrugas diminutas.

—Sí —decía Tony—, es una cosa muy normal. Se toma un sorbo de agua...

—¿Ah, sí? —respondía él insatisfecho—. Entonces no creo que estemos hablando de lo mismo. —Y su rostro reflejaba una seriedad no exenta de desasosiego.

Por otra parte, era el primero en mostrar un estado de ánimo más relajado y ajeno al duelo. No había olvidado el arte de remedar al difunto Marcellus Stengel, y podía pasarse horas hablando como hiciera aquél. En la mesa, preguntaba por el Stadttheater: qué se representaba, si actuaba alguna compañía buena... —No lo sé —decía Tom en un tono de exagerada indiferencia, intentando reprimir el nerviosismo que le producía este tipo de preguntas—. Ahora no me preocupan esas cosas.

Christian, sin embargo, hacía caso omiso de ello y se ponía a hablar de teatro:

—¡No puedo ni expresar hasta qué punto me encanta ir al teatro! La propia palabra «teatro» me llena de felicidad... No sé si alguno de vosotros conoce esa sensación. Podría pasarme horas sin moverme de la butaca contemplando el telón bajado. Y me embarga la ilusión, como cuando éramos niños y esperábamos a que nos dejaran entrar en el salón el día de Navidad, con sólo oír afinar los instrumentos de la orquesta. Iría al teatro aunque sólo fuera para oír eso... Y lo que me gustan las escenas de amor... Algunas actrices tienen una manera de sostener la cabeza de su amado entre las dos manos... Bueno, y los actores en general... En Londres y en Valparaíso tuve mucho trato con actores. Al principio me sentía realmente orgulloso de poder hablar con ellos así, en la vida corriente. En el teatro me fijo en todos y cada uno de sus movimientos... ¡Es tan interesante! Uno dice su última palabra, se da la vuelta y hace mutis por el foro con toda la tranquilidad del mundo, aun cuando sabe que los ojos del teatro entero están clavados en su espalda... ¡Cómo serán capaces! En otros tiempos me moría por colarme entre las

bambalinas... Bueno, ahora puedo decir que voy por allí como Pedro por su casa. Imaginaos la situación: una vez, en un teatro de opereta, en Londres, una noche comenzó la función cuando yo todavía estaba en el escenario, conversando con Miss Watercloose..., con una tal señorita Watercloose..., muy bonita, por cierto. Pues entonces, de repente, se levanta el telón... ¡Dios mío, no sé ni cómo conseguí bajar de allí!

Aunque Madame Grünlich era prácticamente la única que se reía en toda la mesa, Christian seguía hablando sin fijar la vista en ningún punto. Contaba cosas de las cantantes de los cafésconcierto ingleses, de una que salía con una peluca empolvada, daba golpes en el suelo con un larguísimo bastón y cantaba una canción titulada *That's Maria!* y que más o menos rezaba: «María, ya sabéis, María es la peor... Si alguien cometió el peor pecado: *that's Maria!* María es la peor de las peores, ya sabéis..., el vicio...»; y esta última palabra la pronunciaba con una mueca horripilante, frunciendo la nariz y levantando la mano derecha como si fuera una garra.

—Assez, Christian —decía la consulesa—. Eso no nos interesa ni lo más mínimo.

Y Christian la rozaba un instante con una mirada como ausente, y es posible que también sin la amonestación materna hubiera dejado de hablar, pues mientras sus ojillos redondos y hundidos vagaban perdidos por la habitación, él quedaba sumido en una profunda y desazonada reflexión sobre María y el vicio.

Y luego, de repente, decía:

—¡Es rarísimo! A veces no puedo tragar... No, no, no es para reírse; a mí me parece algo terriblemente serio. Se me ocurre pensar que no voy a poder tragar y, entonces, de verdad me sucede que no puedo tragar. El bocado ya ha pasado bastante, pero aquí: la garganta, los músculos..., nada, se resisten... No obedecen a mi voluntad, ¿sabéis? De hecho, lo que pasa es que ni siquiera me atrevo a querer tragar del todo.

Tony exclamaba fuera de sí:

—¡Christian, por Dios, qué tonterías son ésas! Que no te atreves a querer tragar... Desde luego, te estás poniendo en ridículo. ¡Qué cosas nos cuentas...!

Thomas guardaba silencio. La consulesa, en cambio, decía: —Eso son los nervios, Christian. Sí, es obvio que había llegado el momento de que regresaras a casa; con aquel clima de allí habrías terminado poniéndote enfermo.

Después de comer se sentaba al pequeño armonio que había en el comedor y fingía ser un virtuoso del piano. Hacía como si se echase la melena hacia atrás, se frotaba las manos y alzaba los ojos hacia el techo; luego, sin pisar los pedales del fuelle para que no sonasen las teclas (porque, obviamente, no sabía tocar y tenía tan poco oído musical como los demás Buddenbrook), se inclinaba sobre el teclado con fervor, comenzaba a desarrollar el bajo, hacía como si tocara enloquecidos pasajes teclado arriba, teclado abajo, echaba el cuerpo hacia atrás, miraba al techo con gesto enajenado y atacaba unos apoteósicos acordes finales con ambas manos... Hasta Clara se echaba a reír. El número del virtuoso del piano estaba muy logrado, era de una comicidad irresistible, una típica manifestación del carácter burlesco y excéntrico de lo angloamericano que en ningún momento rayaba en lo desagradable, gracias a que el propio Christian se sentía muy cómodo y seguro en el papel.

—Siempre he ido a muchos conciertos —decía—. Me fascina ver a los músicos con sus instrumentos... ¡Ay, en verdad es maravilloso ser artista!

Y empezaba de nuevo. Pero, de golpe, se interrumpía. En un instante, sin ningún motivo aparente, se ponía muy serio: tan inesperadamente que parecía que se le cayera una máscara de la cara. Se ponía en pie, se pasaba una mano por su cabello ralo, " se cambiaba de sitio y se quedaba donde fuera en absoluto silencio, de mal humor, sin fijar los ojos en ninguna parte y con gesto desazonado, como si estuviese alerta, a la escucha de algún ruido siniestro.

A veces me parece que Christian es un poco raro —dijo Mada` — me Grünlich a su hermano Thomas una noche en que estaban a solas—. Habla de una manera muy extraña... Entra en los detalles hasta la exageración, creo yo... ¿Cómo te lo diría? Es como si mirase las cosas desde una perspectiva muy extraña, ¿verdad? —Sí —dijo Tom—, entiendo muy bien lo que quieres decir, Tony. Christian es profundamente indiscreto..., pero es difícil de expresar. Carece de eso que podríamos denominar equilibrio, equilibrio personal. Por un lado, no es capaz de mantener la compostura cuando otras personas manifiestan sus sentimientos demasiado abiertamente. Es superior a sus fuerzas, no es capaz de disimular, pierde los nervios por completo. Pero luego, por otro lado, también puede perder la contenance cuando él mismo se pone a dar todo lujo de detalles sobre sus intimidades. A veces, casi resulta inquietante. ¿No es similar a cuando uno delira por la fiebre? El delirio también provoca esa falta de compostura y de pudor... Ay, lo que sucede es que Christian está demasiado pendiente de sí mismo, de sus procesos interiores. A veces es como si lo poseyera una verdadera manía por analizar y verbalizar hasta los procesos mentales más ínfimos y profundos... Detalles a los que una persona sensata no prestaría ninguna atención, de los que no querría saber nada por la sencilla razón de que se avergonzaría de contarlos. Ese afán de contarlos todo revela una tremenda falta de pudor, Tony... Por ejemplo, cualquier otra persona podría decir también que le apasiona el teatro, pero lo diría en otro tono, dándole menos importancia..., en resumen: con más humildad. Christian, en cambio, lo proclama a los cuatro vientos como si quisiera decir: ¿Acaso mi pasión por el teatro no es algo sumamente especial e interesante? Parece que se bate con las palabras, que lucha por expresar algo en extremo refinado, secreto y exclusivo de él... Una cosa te digo —prosiguió tras un breve silencio, echando la colilla al fuego a través de la reja de la estufa—: yo también he reflexionado alguna vez acerca de esta angustiada, vanidosa y malsana inclinación a analizar mis propios procesos interiores, porque antes yo también la sentía. Pero me he dado cuenta de que no conduce sino a la confusión, la ociosidad y el desequilibrio. Y la rectitud, el equilibrio es lo principal para mí. Siempre habrá personas en las que esté justificado ese constante interés por sí mismas, esa constante observación de sus sentimientos: poetas capaces de recrear una vida interior privilegiada en acertadas y bellas palabras, y de enriquecer con ello los sentimientos de los demás. Pero nosotros no somos más que simples comerciantes, querida mía; el resultado de nuestra introspección es insignificante hasta un punto descorazonador. Todo lo más, conseguimos decir que nos causa un placer especial oír cómo comienzan a afinar los instrumentos en el teatro, y que no nos atrevemos a querer tragar... Pero, ¡demonios!, no tenemos más remedio que sentarnos a trabajar y hacer algo de provecho, igual que lo hicieron nuestros antepasados...

—Sí, Tom, me has leído el pensamiento. Cuando pienso que esos Hagenstrdm cada vez son más ricos... ¡Ay, Señor, qué gentuza! Mamá no quiere oír esa palabra, pero es la única que los define. ¿Acaso creen que no

hay familias distinguidas en la ciudad, aparte de ellos? ¿Ja! No puedo evitar reírme, reírme bien alto...

CAPÍTULO III

El cabeza de la empresa Johann Buddenbrook había examinado a su hermano con una mirada larga y penetrante a su llegada; durante los primeros días, había seguido observándolo discreta y fugazmente, y después, sin que nadie pudiera leer el veredicto en su recatado y sereno rostro, pareció que su curiosidad estaba satisfecha y su opinión formada. En el círculo de la familia, hablaba con él en tono indiferente y sobre temas irrelevantes y, como todos los demás, se divertía cuando Christian les ofrecía algún número de los suyos.

A los ocho días le dijo:

—Así que vamos a trabajar juntos, ¿eh, muchacho? Hasta donde yo sé, estás de acuerdo con el deseo de mamá, ¿no es cierto? Bueno, como sabrás, Marcus se ha convertido en mi socio, en el grado que le corresponde en función de su aportación. Mi idea es que, de cara a la empresa, ya que que eres mi hermano, ocupes más o menos el puesto que tenía él antes, un puesto de apoderado..., al menos a título nominal. En cuanto a la labor que vayas a desempeñar, en realidad no sé hasta dónde llega tu formación como comerciante... Me da la sensación de que, hasta ahora, has andado un poco de acá para allá, ¿me equivoco? En cualquier caso, lo idóneo para ti será la correspondencia con Inglaterra. Pero he de pedirte una cosa, mi querido hermano: en calidad de hermano del jefe, es obvio que disfrutarás de una posición privilegiada con respecto a los demás empleados, pero ni que decir tiene que te ganarás su respeto mucho antes integrándote como uno más y mostrando un profundo sentido del deber que haciendo uso de tus privilegios y tomándote libertades. Así pues: respetar los horarios de oficina y guardar las apariencias por encima de todo, ¿de acuerdo?

Y luego le propuso unos honorarios que Christian, sin pensarlo dos veces y sin negociar nada, aceptó con una mezcla de incomodidad e indiferencia que revelaba muy poca ambición y a la vez muchas ganas de zanjar aquel asunto cuanto antes.

Al día siguiente, Thomas le presentó formalmente y le enseñó las oficinas, y comenzó la actividad de Christian al servicio de la empresa.

Tras la muerte del cónsul, los negocios continuaron su curso, estable y sin incidentes. Sin embargo, desde que Thomas Buddenbrook había tomado las riendas, se notaba que un espíritu más fresco, más imaginativo y más audaz reinaba en la empresa. De vez en cuando se atrevían a hacer alguna operación más arriesgada; de vez en cuando, con mano segura, se hacía uso y se sacaba provecho de aquel crédito de la casa que, en el régimen anterior, no había sido más que un concepto, una teoría, un lujo... Los caballeros de la Bolsa intercambiaban gestos de aprobación, asintiendo con la cabeza. «Buddenbrook tiene muchas ganas de ganar dinero», decían. Pero también les parecía muy bien que contase con la ayuda del siempre honrado y sensato Friedrich Wilhelm Marcus, que le frenaba como una bola de plomo encadenada al tobillo. El señor Marcus aportaba una faceta más conservadora al negocio. Se acariciaba el bigote con dos dedos con mucha

parsimonia, se ponía a ordenar con una meticulosidad casi enfermiza los útiles de escribir y el vaso de agua que siempre había sobre su mesa, examinaba algún detalle desde diversos puntos de vista (con gesto ausente, eso sí), y, por lo demás, tenía la costumbre de salir al patio cinco o seis veces para ir al lavadero, meter la cabeza debajo del caño y refrescarse con un buen chorro de agua.

—Los dos se complementan —comentaban entre sí los jefes de las principales casas: por ejemplo, el cónsul Huneus al cónsul Kistenmaker; y esta opinión se repetía tanto entre los marineros y los trabajadores de los almacenes como entre las familias de la pequeña burguesía, pues la ciudad entera seguía con interés cómo «se las apañaba» el joven Buddenbrook. También el señor Stuht, el de la Glockengiesserstrasse, le decía a su mujer, la que tenía trato con las familias de clase alta:

—Esos dos hacen mu' buena pareja, mí'a lo que te digo... La «personalidad» del negocio, sin embargo, y sobre eso no cabía duda alguna, era la del más joven de los dos socios. Ya se hacía patente en su forma de tratar con los empleados de la casa, los capitanes de los barcos, los encargados de las oficinas de las grandes naves a orillas del Trave, los transportistas y los trabajadores de los almacenes. Tenía un don especial para hablarles con cordialidad —en dialecto, como hablaban ellos— y, al mismo tiempo, mantenerse a una distancia insalvable. Sin embargo, cuando era el señor Marcus el que decía a algún honrado trabajador: «¿Me entiende usted? o, sonaba tan cómico que su socio, sentado en la mesa de enfrente, no podía evitar echarse a reír, con lo cual, al final, la oficina entera acababa rompiendo en risas.

Thomas Buddenbrook, impelido por el deseo de conservar y aumentar el esplendor que el venerable nombre de la empresa merecía, consideraba fundamental comprometerse personalmente en la lucha diaria por el éxito, pues sabía muy bien que, gracias a su apariencia elegante y segura, a su excelente tacto y a sus convincentes buenas maneras, había logrado hacer más de un buen negocio.

—¡Un hombre de negocios no puede ser un burócrata! —le decía a Stephan Kistenmaker, de Kistenmaker & Hijos; y el que había sido su antiguo compañero de colegio, y seguía siendo su amigo, escuchaba con suma atención cada una de las palabras de Thomas, conscientes ambos de la mayor inteligencia de éste, para después repetirlas como una opinión propia —. Hay que tener carácter, ésa es mi opinión. No creo que pueda alcanzarse un gran éxito desde el escritorio de una oficina..., al menos a mí no me causaría ninguna satisfacción. El éxito no es sólo cuestión de cálculos sobre el papel... Yo siempre siento la necesidad de dirigir el curso de los acontecimientos en directo: con la mirada, la palabra y el gesto; que sea el resultado directo de mi voluntad, de mi talento, de mi suerte, si quieres llamarlo así. Claro que, por desgracia, se está perdiendo cada vez más esta forma de entender los negocios, esta intervención personal del comerciante... Los tiempos avanzan, pero, en mi opinión, están dejando atrás las mejores costumbres... El intercambio de información es cada vez más fácil, los valores de la Bolsa se conocen con mayor rapidez... El riesgo se reduce, pero con ello también los beneficios... ¡Ay, sí, antes era bien distinto! Mi abuelo, por ejemplo... Con un tiro de cuatro caballos se marchó hasta el sur de Alemania como proveedor del ejército prusiano, el bueno de mi abuelo, con su peluca empolvada y sus escaupines... ¡Y con su encanto y sus buenas artes logró hacer una fortuna inmensa, Kistenmaker! Ay, mucho me temo que al comerciante le espera una existencia cada vez más banal...

Así se lamentaba y, en el fondo, los negocios que más le satisfacían eran los que surgían de manera espontánea, por ejemplo, si durante un paseo familiar, entraba en un molino, charlaba un rato con el molinero, que se sentía muy honrado por su presencia, y, aparentemente sin darle mucha importancia, en passant, firmaba con él un contrato ventajoso. Su socio, en cambio, no estaba hecho para operaciones similares.

En cuanto a Christian, al principio parecía que desempeñaba su nueva actividad con verdadero entusiasmo y placer; es más, se le veía mejor y más contento de lo que era habitual en él, y el apetito con que comió durante varios días, el gusto con que fumó en su pipa corta y las buenas posturas que adoptó para que no le hiciese arrugas la chaqueta de estilo inglés dieron clara muestra de una profunda satisfacción. Solía bajar a la oficina más o menos a la misma hora que Thomas y se sentaba en un sillón al lado del señor Marcus (pues, al igual que los dos jefes, tenía su propio sillón de brazos graduable). Empezaba leyendo el *StddtischeAnzeigen* y disfrutando tranquilamente del final del puro de la mañana. Luego sacaba una petaca de coñac añejo de la puertecilla inferior del escritorio, estiraba los brazos para ganar mayor libertad de movimientos, decía «¡Vamos allá!» y, mientras se limpiaba los dientes con la lengua, comenzaba a trabajar de excelente humor. Sus cartas a Inglaterra resultaban extraordinariamente certeras y efectivas, pues escribía el inglés igual que lo hablaba: con naturalidad, sin rodeos, como si fluyese sin ningún esfuerzo.

Como era su costumbre, informaba a la familia sobre su estado de ánimo con todo detalle:

—La profesión de comerciante es bien bonita y satisfactoria —decía—. Sólida, agradable, activa, cómoda... ¡He nacido para ella! Y, además, como miembro de la casa..., ¿sabéis? En fin, me siento mejor que nunca. Llega uno tempranito a la oficina, bien descansado, echa una ojeada al periódico, fuma, reflexiona sobre esto y aquello y sobre lo bien que le va, se toma su coñac y trabaja un rato. Llega el mediodía, sube a comer con la familia, descansa, y vuelve a trabajar otro rato... Tiene uno que escribir y encuentra a su disposición un excelente papel, bien liso y pulcro y con membrete de la empresa, su buena pluma, regla, abrecartas, sello, todo de la mejor calidad, todo bien ordenado... y con eso lo soluciona todo, muy diligentemente, una cosa tras otra, primero esto, luego aquello... hasta la hora de recoger. Y mañana será otro día. Y cuando sube uno a cenar se siente profundamente satisfecho... Cada miembro de su cuerpo se siente satisfecho... ¡Las manos se sienten satisfechas!

—¡Por Dios, Christian! —decía Tony—. Te estás poniendo en ridículo. ¿Cómo se van a sentir satisfechas las manos?

—Claro que sí, mujer. ¿No sabes a lo que me refiero? Quiero decir... —y se esforzaba en explicarlo, en ponerlo en palabras—. Cierra uno el puño, ¿sabes? Y no tiene mucha fuerza porque viene uno cansado de trabajar. Pero no está húmedo, no le provoca a uno irritación... Se siente bien, se siente a gusto. Es la satisfacción de saberse autosuficiente... Puede uno permanecer sentado en paz, sin aburrirse...

Todos callaban. Luego, Thomas, con una indiferencia que no hacía sino ocultar su antipatía, decía:

—A mí me parece que no trabajamos con las manos... —Pero se interrumpía y ni se esforzaba en replicar a su hermano—. Al menos yo tengo otros objetivos —añadía.

No obstante, Christian, cuyos ojos no se quedaban fijos en ninguna parte, hacía oídos sordos porque estaba ensimismado en sus propios pensamientos

y, de pronto, empezaba a contar alguna historia de Valparaíso, algún caso de asesinato o de homicidio que había tenido ocasión de presenciar en persona:

—Y entonces el hombre saca el cuchillo...

Por algún motivo, Thomas jamás aplaudía aquellas historias, de las que Christian poseía un amplio repertorio y que divertían enormemente a Madame Grünlich, mientras que la consulesa, Clara y Clotilde se escandalizaban y Mamsell Jungmann y Erika escuchaban con la boca abierta. Thomas solía replicar con algún comentario frío e irónico y afirmaba, convencido, que Christian exageraba o bromeaba..., lo que, por otra parte, sin duda no era cierto; sea como fuere, contaba sus historias con gran viveza y plasticidad. ¿Acaso a Thomas no le gustaba saber que su hermano menor había viajado más y visto más mundo que él? ¿o acaso sentía repulsión por aquel elogio del desorden y de la exótica violencia de aquellas historias de cuchillos y revólveres? Lo que estaba claro era que a Christian no le importaba en absoluto si su hermano rechazaba sus historias o no; estaba demasiado entusiasmado con sus propias descripciones como para prestar atención a la aprobación o desaprobación ajenas, y, al terminar, sus ojos recorrían la habitación como ausentes, absortos en sus pensamientos.

Si la relación entre los hermanos Buddenbrook no iba precisamente a mejor con el paso del tiempo, sin duda no era Christian quien se permitía albergar o mostrar inquina alguna hacia su hermano, quien osaba emitir alguna opinión, algún juicio o algún comentario despectivo respecto a él. Como daba por supuesto que la superioridad, la mayor seriedad y capacidad de trabajo, la mayor diligencia y respetabilidad correspondían a Thómas, no hacía ni el más mínimo esfuerzo por ponerlo en tela de juicio. Pero era precisamente esa sumisión incondicional, indiferente y resignada lo que irritaba a Thomas, pues Christian asumía siempre aquel papel de inferioridad con tanta ligereza que parecía no valorar en absoluto lo contrario: la responsabilidad, el espíritu emprendedor, la seriedad y la respetabilidad.

Huelga subrayar que la callada indignación por parte del cabeza de la empresa crecía más y más... Y no le faltaban motivos, ya que, si el entusiasmo por la profesión que Christian mostrara en sus primeros días había comenzado a disminuir al cabo de una semana, cuán lamentablemente no habría disminuido al cabo de dos. El primer indicio fue que aquellos preliminares de leer el periódico, terminar el puro del desayuno y entonarse con un coñac, que venían a ser una manera refinada y un tanto parsimoniosa de fomentar la ilusión por el inicio de la jornada de trabajo, se iban prolongando cada vez más, hasta el punto de que enlazaban con la hora de comer. Y el siguiente paso, como no podía ser de otro modo, fue que Christian comenzó a ignorar los horarios de oficina: por las mañanas llegaba cada vez más tarde —con el puro del desayuno en la boca— a leer el periódico y tomar el coñac, a mediodía iba a comer al Club y por la tarde no aparecía hasta última hora..., cuando aparecía.

El Club, al que pertenecían sobre todo comerciantes solteros, disponía de unos cuantos salones muy acogedores en la primera planta de unas bodegas —restaurante, en los que también se servían comidas y donde los caballeros se reunían en torno a actividades lúdicas y no siempre inofensivas, pues había una ruleta. También frecuentaban el lugar algunos padres de familia amantes de la buena vida de los solteros, como el cónsul Kröger y, cómo no, Peter Ddhlmann, o también el señor Cremer, senador de la Policía. «El primero con la manguera», lo apodaba el doctor Gieseke, Andreas Gieseke, el hijo del jefe de bomberos y compañero del colegio de Christian; ahora, Gieseke se había establecido en la ciudad como abogado, pese a su fama de

suitier terrible, y el joven Buddenbrook no tardó en retomar la amistad de antaño.

Christian (o Krischan, en Plattdeutsch, como para bien o para mal solían llamarle) prácticamente conocía o era amigo de todo el Club, pues ya la mayoría de aquellos caballeros habían sido alumnos del bueno de Marcellus Stengel, y fue recibido con los brazos abiertos porque, aunque ni los comerciantes ni los hombres con estudios universitarios le tenían ni mucho menos por una mente privilegiada, de todos era conocida la diversión que aportaba a toda reunión social. En efecto, allí tenían lugar sus mejores actuaciones y contaba las mejores historias. Representaba el número del virtuoso del piano, imitaba a actores y cantantes de ópera ingleses o americanos, contaba asuntos de faldas procedentes de todos los círculos con tanta gracia como naturalidad —pues no cabía duda alguna: Christian Buddenbrook era un suitier nato—, relataba aventuras que había vivido en barcos, trenes, en el barrio de Sankt Pauli de Hamburgo, en Wliitechapel, en la selva... Narraba con una facilidad y una gracia que captaban la atención de todos los oídos, con cierto patetismo, como retardando un poco las palabras, en el estilo burlesco pero no ofensivo de los humoristas ingleses. Contaba, por ejemplo, la anécdota de un perro al que habían mandado por correo deValparaíso a San Francisco... aun estando sarnoso. Dios sabría qué podía haber de divertido en algo semejante, pero en boca de Christian se antojaba de una comicidad inigualable. Y cuando no había nadie a su alrededor desternillándose de risa, se quedaba sentado, con sus esqueléticas y torcidas piernas cruzadas, con aquella narizota ganchuda, aquel cuello escuálido y demasiado largo, aquel cabello rojizo y ya bastante ralo, aquellos ojillos redondos y hundidos que a veces parecían ausentes y nunca se quedaban fijos en ninguna parte... Casi se hubiera dicho que la gente del Club se reía a su costa, que se reía de él... Pero en su cabeza no había lugar para tal idea.

En casa, su repertorio de anécdotas favorito giraba en torno a la oficina deUalparaíso: al calor insoportable que hacía allí y a la persona de un joven londinense llamado Johnny Thunderstorm, un tipo increíble a quien —«¡Que Dios me condene si miento!»— no había visto trabajar jamás y que, pese a todo, era un habilísimo comerciante.

—¡Bendito sea Dios! —decía Christian—. Con aquel calor... Pues bien, entra el jefe en la oficina y nos encuentra allí a los ocho, tirados como moscas y fumando puros..., por espantar a los mosquitos al menos. ¡Bendito sea Dios! «Y bien», dice el jefe, «¿es que no piensan trabajar ustedes?».

«¡No, sir!o, le contesta JohnnyThunderstorm. «Ya lo ve, sir.»Y todos le echamos el humo del puro a la cara. ¡Bendito sea Dios!

—¿Por qué dices «¡Bendito sea Dios!» todo el tiempo? —preguntaba Thomas irritado. Aunque no era eso lo que le irritaba, sino la sensación de que Christian disfrutaba tanto contando aquella historia por el mero hecho de que le daba pie a hablar del trabajo con desprecio, burlándose.

En tales momentos, su madre pasaba discretamente a otro tema. Hay muchas cosas feas en el mundo, pensaba la consulesa Buddenbrook, de soltera Kröger. También los hermanos pueden odiarse y despreciarse; sí, eso sucede, por espantoso que pueda parecer. Pero no se habla de ello. Se corre un tupido velo. No hace falta que se entere nadie.

CAPÍTULO IV

En mayo, en una triste noche, el tío Gotthold, el cónsul Gotthold Buddenbrook, de sesenta años de edad, sufrió un ataque al corazón y falleció tras una penosa agonía en los brazos de su esposa, de soltera Stüwing.

El hijo de la pobre Madame Josephine, que no había llegado demasiado lejos en la vida en comparación con su hermano (nacido de Madame Antoinette después pero con mucha mayor fortuna), en los últimos años se había resignado a su suerte, y, sobre todo después de que su sobrino le cediera el cargo de cónsul de los Países Bajos, había vivido en paz, dedicándose a comer caramelos para la tos (de los que se vendían en cajitas de hojalata) sin ningún rencor. Quienes no habían olvidado y mantenían viva aquella enemistad familiar en forma de animosidad generalizada eran más bien sus mujeres, aunque no tanto su inocente y limitada esposa como las tres hijas, ya mayores, que no podían mirar ni a la consulesa ni a Tony o a Thomas sin que una llamita venenosa se encendiese en sus ojos.

Los jueves en que se celebraban las tradicionales «reuniones familiares», a las cuatro de la tarde, se encontraban todos en la Mengstrasse para comer y pasar la velada juntos (a veces acudían también el cónsul Kröger o Sesemi Weichbrodt con su felizmente ignorante hermana Nelly), y, en estas ocasiones, el sector femenino de los Buddenbrook de la Breite Strasse aprovechaba para llevar la conversación hacia el fracasado matrimonio de Tony, uno de sus temas predilectos, e incitar a Madame Grünlich a formular profundas consideraciones sobre la vida; para comentar, como quien no quiere la cosa, cuán indigna muestra de vanidad era teñirse el pelo, o para hacer indagaciones, con un interés harto sospechoso, sobre la situación de Jakob Kröger, el sobrino de la consulesa. La pobre Clotilde, la única criatura que de verdad tenía motivos para sentirse inferior a ellas, era constante objeto de sus burlas, desde luego mucho menos inofensivas que las que aquella mujer con tan pocos recursos y tan buen apetito escuchaba a diario por parte de Tom y Tony y a las que respondía en tono de sorpresa y como estirando las palabras. Las hermanas de la Breite Strasse se mofaban también de lo rígida y beata que era Clara, y no tardaron en descubrir que Thomas y Christian no se llevaban precisamente a las mil maravillas, así como que, gracias a Dios, podían ignorar a este último, pues no era más que un tarambana, un tipo ridículo. A Thomas, de quien no se conocía punto débil alguno y quien, a su vez, mostraba hacia ellas una tolerante indiferencia, como queriendo decir: «Os comprendo y me dais lástima», lo trataban con un gran respeto... no exento de cierto veneno. De la pequeña Erika, por otro lado, tan sonrosadita y bien aseada siempre, tenían que decir que iba retrasada en su crecimiento de un modo muy preocupante. Pfiffi, además, agitándose toda ella y hablando tanto que se le llenaban de saliva las comisuras de los labios, solía añadir como colofón que la pequeña se parecía a Grünlich, el estafador, hasta un extremo que producía escalofríos.

Aquella noche estaban todas de pie alrededor del lecho de muerte del padre, y aunque pensaban que incluso esa muerte era culpa de los parientes de la Mengstrasse, mandaron que les avisaran.

En mitad de la noche sonó la campanilla en el amplio vestíbulo y, como Christian había llegado muy tarde a casa y se encontraba indispuesto, Thomas emprendió el camino solo, bajo la lluvia primaveral.

Llegó en el momento justo para presenciar las últimas convulsiones del anciano caballero, y luego permaneció largo rato con las palmas de las manos juntas en la habitación del difunto, contemplando aquel cuerpo de baja estatura que se dibujaba bajo las sábanas, aquel rostro difunto de rasgos débiles, con sus patillas blancas...

«No has tenido una buena vida, tío Gotthold —pensaba Tom—. Tardaste mucho en aprender a hacer concesiones, a mostrar respeto..., y eso es necesario. Si yo fuera como tú, hace mucho que me hubiera casado con una bella dependienta. ¡Mantener las apariencias! ¿Acaso querías una vida distinta de la que has tenido? A pesar de tu rebeldía y de estar convencido de que esa rebeldía tuya era idealista, tu espíritu nunca poseyó la suficiente fuerza, la suficiente imaginación, el suficiente idealismo que dota a un hombre de ese entusiasmo callado, mucho más dulce, satisfactorio y enriquecedor que un amor secreto o que cualquier bien abstracto, que necesita para llevar, defender y honrar un apellido que se remonta a muchas generaciones atrás, el escudo de una familia, para conducirlo al poder, el esplendor y los más altos honores. La sensibilidad poética era algo ajeno a tu persona, por más que tuvieras el valor de amar y casarte en contra de la voluntad de tu padre. Y tampoco tenías ambición, tío Gotthold. Ciertamente es que ese antiguo apellido es un apellido burgués, y que la manera de honrarlo es contribuir al esplendor de una empresa de exportación de cereales, conseguir que nuestra propia persona sea honrada, querida y poderosa en un pequeño rincón del mundo... ¿Pensaste tal vez: voy a casarme con la Stüwing, con la mujer a la que amo, y dejaré de lado todas esas consideraciones prácticas porque son meras futilidades, rancios principios burgueses? ¡Ay, también nosotros hemos viajado y nos hemos cultivado ya lo suficiente como para darnos cuenta de que, vistos desde fuera y desde arriba, los límites de nuestra ambición son muy estrechos e irrisorios! Pero todo esto no es más que una parábola aquí en la tierra, tío Gotthold. ¿No sabías que incluso en una pequeña ciudad es posible llegar a ser un gran hombre? ¿Que se puede llegar a ser un César incluso en un mediocre puerto comercial del Báltico? Naturalmente, para eso es necesario tener una pizca de imaginación, una pizca de idealismo..., y tú no lo tenías, pensarás lo que pensarás de ti mismo.»

Y Thomas Buddenbrook se volvió. Se acercó a la ventana y, con las manos a la espalda y una suave sonrisa en su inteligente rostro, contempló la fachada gótica del Ayuntamiento, mal iluminada y envuelta en un velo de lluvia.

Como era de esperar, con la muerte de Gotthold Buddenbrook pasó a Thomas el cargo y título de cónsul del reino de los Países Bajos, que en realidad hubiera podido heredar directamente de su padre, y, para orgullo de Tony Grünlich, el blasón abombado con el león, el estandarte y la corona volvió a lucir en la fachada de la Mengstrasse, debajo de la inscripción DOMINUS PROVIVESIT. Inmediatamente después de la toma de posesión, en junio del mismo año, el joven cónsul emprendió un viaje, un viaje de negocios a Ámsterdam, cuya duración no podía determinar de antemano.

CAPÍTULO V

No es infrecuente que un fallecimiento en la familia traiga consigo una actitud más piadosa; así pues, nadie se extrañó cuando, tras la muerte de su esposo, de los labios de la consulesa Buddenbrook comenzaron a brotar aquellas manifestaciones de fervor religioso que antes lo caracterizaban a él.

Sin embargo, pronto se vio que no se trataba de algo transitorio, y no tardó en saberse en la ciudad entera que la consulesa, quien ya en los últimos años de vida del cónsul (y, en concreto, desde que ella misma había comenzado a envejecer) se había identificado bastante con las inclinaciones pías del marido, ahora tenía la intención de honrar su memoria, en primera instancia, convirtiendo aquella religiosidad en su propia forma de vida.

Deseaba llenar los amplísimos espacios de la casa con el espíritu del difunto para que reinase en ellos una dulce seriedad cristiana, que no excluía una distinguida y alegre serenidad de corazón. Las lecturas de la Biblia cada mañana y cada noche seguían celebrándose; e incluso se prolongaban más. La familia se congregaba en el comedor, en tanto el personal de servicio permanecía de pie en la sala de columnas, y la consulesa o Clara leían en voz alta algún fragmento de la antiquísima Biblia familiar, escrita en grandes letras, para después entonar todos juntos algunos versos del libro de cánticos, acompañados al armonio por la consulesa. Pero ahora, con frecuencia las Sagradas Escrituras se veían sustituidas por alguno de los múltiples libros edificantes o de sermones disponibles, encuadernados en negro y con canto dorado, y con títulos como: Librito de oro del buen cristiano, Mis salmos preferidos, Ejercicios de recogimiento espiritual, Mañanitas de oración o Báculo del buen peregrino, cuyo despliegue de ternura hacia el dulce Niño Jesús resultaba un tanto empalagoso y cuya profusión en la casa parecía un tanto excesiva. Christian no solía participar casi nunca en esas reuniones. Las objeciones respecto a tales prácticas que Thomas había expresado un día con suma sutileza y medio en broma habían sido rechazadas por la madre con suavidad y digna firmeza. En cuanto a Madame Grünlich, cabe señalar que, lamentablemente, no siempre mostraba en ellas el comportamiento más correcto. Una mañana justo se alojaba en casa de los Buddenbrook un predicador extranjero—, la letra del cántico correspondiente a una melodía solemne, conmovedora y de inconfundible estilo pío rezaba:

Mísero despojo soy, pecados tengo un sinfin, y me alimento del vicio como del hierro el orín. Oh, Señor, como a un perro échame el hueso de tu piedad y llévame de una oreja a tu gloria celestial.

En cuanto terminó la estrofa, Madame Grünlich, con grandes dificultades para reprimir las carcajadas, soltó el libro y abandonó el salón.

La consulesa, por otra parte, era todavía más exigente consigo misma que con sus hijos. Por ejemplo, creó una escuela dominical. Los domingos por la mañana llamaban a la puerta de la Mengstrasse muchas niñas de la escuela popular (como Stine Uoss, que vivía junto a las murallas, Mike Stucht, que vivía en la Glockengiesserstrasse, o Fike Snut, que vivía a orillas del Trave o en la Kleine Grüpelgrube o en Engelwisch) y, con sus rubísimos cabellos recién peinados con agua, atravesaban el luminoso portal en dirección a la parte trasera de la casa, hacia unas estancias que mucho tiempo atrás se utilizaban como oficinas y en las que ahora se habían instalado bancos; y la consulesa Buddenbrook, de soltera Kröger, con su vestido de pesado satén negro, su blanco rostro de refinados rasgos y su aún más blanca cofia de encaje, se sentaba frente a ellas en una mesita en la que nunca faltaba un vaso de agua azucarada y les impartía una hora de catequesis.

También fundó lo que llamaban «las veladas de Jerusalén», en las que, además de Clara y Clotilde, estaba obligada a participar Tony le gustase o no. Una vez a la semana, se desplegaba por completo la gran mesa del comedor y, a la luz de lámparas y velas, se sentaban allí unas veinte respetables damas que ya rondaban esa edad en la que uno ha de comenzar a preocuparse por encontrar buen sitio en el cielo; tomaban té o Bischof, comían exquisitos emparedados y pudín, leían en voz alta canciones o textos religiosos y realizaban labores y bordados que, a finales de año, vendían en un mercadillo y cuyos beneficios enviaban a las misiones de Jerusalén.

Aquel círculo pío estaba formado principalmente por señoras de la esfera social de la consulesa, y pertenecían a él la senadora Langhals, la consulesa Móllendorff y la anciana consulesa Kistenmaker, mientras que otras damas mayores, de inclinaciones más mundanas y profanas, como era el caso de Madame Kóppen, se burlaban de su amiga Bethsy. También acudían a esas veladas las esposas de los sacerdotes de la ciudad, así como la recién enviudada consulesa Buddenbrook de la Breite Strasse, de soltera Stüwing, y Sesemi Weichbrodt y su hermana. A los ojos de Jesús, sin embargo, no hay rangos ni diferencias de clase, de modo que se invitaba igualmente a otras mujeres menos acomodadas y más peculiares, como, por ejemplo, a una criatura muy menudita y arrugadita que destacaba por su beatitud y su destreza con el ganchillo, residía en el hospital del Espíritu Santo, se apellidaba Himmelsbürger y era la última de su estirpe... La última «ciudadana del cielo», decía de sí misma, suspirando, en alusión al significado de su apellido, y se rascaba con la aguja de ganchillo por debajo de la cofia.

Más dignas de mención aún eran otras dos señoras del círculo: una pareja de gemelas, solteras y muy singulares, que recorrían las calles de la ciudad siempre juntas de la mano, haciendo obras de caridad aquí y allá con sus sombreros de pastoras del siglo xviii y sus vestidos muy descoloridos desde hacía mucho tiempo. Se apellidaban Gerhardt y afirmaban estar directamente emparentadas con Paul Gerhardt. Se decía de ellas que no carecían de medios, ni mucho menos, pero que vivían en la más absoluta penuria para darlo todo a los pobres.

—Queridas —decía la consulesa, que se avergonzaba un poco de ellas—, ya sabemos que Dios ve en el interior de nuestro corazón, pero sus ropas son muy poco elegantes... Hay que conceder cierto valor al aspecto que una presenta...

Pero luego ellas besaban (sólo en la frente) a su elegante amiga, que no podía ocultar que era una mujer de mundo, con esa superioridad impregnada de tolerancia, caridad y compasión que poseen las criaturas pequeñas frente al distinguido que va en busca de la salvación. No eran tontas en absoluto, y sus caras, pequeñas, feas y arrugadas como las de los papagayos, albergaban, en cambio, unos ojos castaños muy brillantes y de suave caída que miraban el mundo con una rara expresión de dulzura y sabiduría. Sus corazones eran ricos en conocimientos y habilidades de índole maravillosa y secreta. Sabían, por ejemplo, que, en nuestra última hora, todos nuestros seres queridos reunidos con Dios antes que nosotros vienen a buscarnos entre alegres cánticos. Pronunciaban la palabra «el Señor» con la naturalidad y la autenticidad de los primeros cristianos, los que de labios del propio Maestro escucharon «en las cosas pequeñas, ahí me veréis». Tenían las más extrañas teorías acerca de los presentimientos e iluminaciones, o acerca de la transmisión y lectura del pensamiento..., pues Lea, una de ellas, era sorda y, sin embargo, casi siempre sabía de qué se estaba hablando.

Dada su sordera, Lea Gerhardt solía ser la encargada de leer en voz alta durante las «veladas de Jerusalén»; además, las otras damas estaban de acuerdo en que leía de una forma muy bella y conmovedora. Sacaba del bolso un libro antiquísimo, mucho más alto que ancho hasta un punto ridículo y desproporcionado, en cuya cubierta se veía una incrustación en cobre con el retrato de su antepasado, de redondas mejillas; lo abría y sostenía con ambas manos y, para oírse un poco también ella, leía con una voz terrible que sonaba como cuando el viento silba en el interior de la chimenea.

—Si el demonio viene a devorarme...

«¡Estamos buenos! —pensaba Tony—. ¿Qué demonio querría devorar a esta mujer?» Pero no decía nada, se concentraba en el pudín y trataba de imaginar si llegaría a ser tan fea cuando alcanzase la edad de las señoritas Gerhardt.

No era feliz, se aburría y se ponía de pésimo humor con todos aquellos reverendos y misioneros cuyas visitas se habían multiplicado, si cabe, tras la muerte del cónsul y que, en su opinión, mandaban demasiado en la casa y recibían demasiado dinero. Esta última cuestión era asunto de Thomas, pero él nunca decía nada, mientras que su hermana aprovechaba cuando podía para farfullar contra aquella gente que no hacía otra cosa que pronunciar largos sermones y consumir la renta de las viudas.

Odiaba a aquellos caballeros de negro con toda su alma. Como mujer madura que había conocido la vida y había dejado de ser una tonta, era incapaz de creer que fuesen tan santos como aparentaban.

—Madre —decía—, ¡por Dios!, ya sé que no se debe hablar mal del prójimo. De acuerdo, lo sé. Pero me extrañaría mucho que la propia vida no te hubiese enseñado a ti también que no todos los que llevan sotana y se pasan el día diciendo «Señor, Señor» están libres de toda tacha.

Nadie sabía qué pensaba Tom de aquellas verdades que su hermana proclamaba con tanto énfasis. Christian, por su parte, no tenía opinión; se limitaba a observar a dichos caballeros arrugando la nariz para después remedarlos en el Club o en casa. Con todo, Tony era, ciertamente, la que más había de sufrir con las visitas de los religiosos. Una noche, por ejemplo, sucedió que un misionero llamado Jonathan que había estado en Siria y en Arabia, un hombre de grandes ojos y mirada severa cuyas mejillas flácidas daban a su rostro una expresión de pesadumbre, se le acercó y con pesaroso rigor, la instó a responder a la pregunta de si los tirabuzones, hechos con tenacillas, que adornaban su frente eran compatibles con la auténtica humildad cristiana. Pero, ¡ay!, no había contado con la sarcástica rapidez de palabra de Madame Grünlich. Tony guardó silencio unos instantes, en los que casi se veía cómo trabajaba su cerebro. Y entonces llegó la respuesta:

—¿Me permite rogarle, reverendo, que se ocupe usted de sus propios tirabuzones?

Y salió de la habitación haciendo crujir la falda del vestido, levantando un poco los hombros, echando la cabeza hacia atrás y, aun así, intentando apoyar la barbilla sobre el pecho. ¡Y lo mejor es que el reverendo Jonathan tenía muy poco pelo, por no decir que era calvo del todo!

Otra vez, Tony se hizo con una victoria todavía mayor. El reverendo Trieschke de Berlín, apodado Trieschke el Lacrimoso porque no había domingo en que no se echase a llorar en el punto adecuado del sermón, se caracterizaba por su cara pálida, sus ojos enrojecidos y una mandíbula muy parecida a la de un caballo. Se encontraba alojado en casa de los Buddenbrook por ocho o diez días, dirigía las reuniones pías diarias y parecía haber hecho una apuesta con la pobre Clotilde para ver quién comía más de

los dos... Trieschke el Lacrimoso se enamoró de Tony. Y no precisamente de su alma inmortal, ¡oh, no!, sino de su labio superior un poco abultado, su espléndida cabellera, sus bellos ojos y sus bonitas curvas. Así pues, aquel hombre de Dios, con mujer y cuatro hijos en Berlín, se las ingenió para, con uno de los criados, hacer llegar hasta el dormitorio de Tony de la segunda planta una cartita en la que los extractos de la Biblia se mezclaban con una serie de originales e íntimas ternezas. Tony la encontró al irse a la cama, la leyó y, muy decidida, bajó con ella en mano al dormitorio de la consulesa en la entreplanta y no tuvo vergüenza ninguna en leer en voz bien alta el escrito del reverendo a la luz de las velas. A partir de entonces, la presencia de Trieschke el Lacrimoso en la Mengstrasse resultó impensable.

—¡Así son todos! —decía Madame Grünlich—. Ja! ¡Así son todos! ¡Ay, Dios, yo antes era una tonta, una ingenua, mamá, pero la vida me ha hecho perder la confianza en esa gente. La mayoría son unos filous... Oh, sí, por desgracia, es verdad. ¡Grünlich!... —Y aquello sonaba como una fanfarria, como un toque de trompeta que lanzaba elevando un poco los hombros y alzando la vista hacia el cielo.

CAPÍTULO VI

Sievert Tiburtius era un hombre de baja estatura y complexión menuda, con una cabeza muy grande y unas patillas rubias finas pero muy largas, cuyas puntas, por comodidad, solía echarse hacia atrás por encima de los hombros. Su redonda cabeza estaba cubierta por miles de caracolillos rubios y lanosos. Tenía unas enormes orejas de soplillo, con el borde superior enrollado hacia dentro y, por arriba, puntiagudas como las de un zorro. La nariz, pequeña y chata, era una especie de botón en medio de la cara. Así era el reverendo Tiburtius, oriundo de Riga, que había estado destinado en alguna provincia del centro de Alemania y ahora había hecho un alto en la ciudad antes de regresar a su hogar, donde iba a hacerse cargo de una parroquia. Provisto de una carta de recomendación de un homólogo suyo que, en otro momento, se había alojado y había tenido ocasión de comer sopa de tortuga y jamón con salsa de chalotas en la Mengstrasse, se presentó a la consulesa, fue invitado a hospedarse en la casa y se instaló en el amplio cuarto de invitados del pasillo de la primera planta.

Pero su estancia se prolongó más de lo esperado. Pasaron ocho días y todavía le quedaba por ver este o aquel monumento de la ciudad: la Danza de la muerte o el reloj con los apóstoles de la Marienkirche, el Ayuntamiento, la Compañía Naviera o el sol de la fachada de la catedral, al que se le movían los ojos con la luz del sol de verdad. Pasaron diez, y empezó a decir que se marcharía al día siguiente; sin embargo, la primera palabra que le instó a quedarse un poco más fue suficiente para convencerle.

Era mejor persona que el señor Jonathan o Trieschke el Lacrimoso. No se interesaba en absoluto por los tirabuzones de la frente de la señora Antonie y no le escribía nada. En cambio, prestaba muchísima atención a Clara, su hermana más joven y mucho más seria. En presencia de ésta, cuando ella hablaba, llegaba o salía, podía suceder que los ojos del señor Tiburtius se abriesen de un modo increíble: se hacían más y más grandes y casi parecía que iban a salirse de las órbitas; y pasaba casi todo el día con ella, en

conversaciones espirituales o mundanas o leyéndole en voz alta... con aquella voz suya aguda y con tendencia a quebrarse, con el gracioso acento cantarín de su tierra natal a orillas del Báltico.

El mismo día de su llegada ya había dicho:

—¡Dé infinitas gracias a Dios, señora consulesa! ¡Qué tesoro y qué bendición tiene usted en su hija Clara! ¡Qué niña tan maravillosa!

—Tiene usted razón —había respondido ésta.

Pero él lo repetía tantas veces que la consulesa comenzó a mirar de reojo al reverendo para examinarlo discretamente con sus claros ojos azules y empezó también a guiar las conversaciones de modo que él diese más detalles acerca de sus orígenes, su situación económica y sus perspectivas de futuro. Resultó que procedía de una familia de comerciantes, que su madre descansaba ya en la gloria del Señor, que no tenía hermanos y que el padre vivía en Riga con una renta privada más que suficiente, y que en su día le correspondería a él, al reverendo Tiburtius; por otra parte, su cargo garantizaba unos ingresos suficientes.

En cuanto a Clara Buddenbrook, ya contaba con diecinueve años de edad y, con sus ojos castaños de mirada dura y, sin embargo, soñadora, su nariz ligeramente ganchuda, sus labios tal vez demasiado apretados y su figura alta y esbelta, se había convertido en una joven de una belleza austera muy especial. En casa, a quien más unida estaba era a su prima Clotilde, pobre y tan piadosa como ella, cuyo padre había fallecido recientemente y que empezaba a considerar la posibilidad de «establecerse por su cuenta», es decir, trasladarse a alguna habitación alquilada con los escasos ingresos y los escasos muebles que había heredado. La sumisión lánguida, paciente y siempre hambrienta de Tilda era, en cambio, algo por completo ajeno a Clara. Todo lo contrario: en su trato con el servicio e incluso con sus hermanos y su madre, se percibía un tono algo autoritario, y, pese a su juventud, su voz de contralto, que podía hacer una inflexión hacia el registro grave en señal de determinación pero jamás se elevaba al final de las preguntas, a veces llegaba a sonar casi imperativa, adoptando un timbre seco, duro, impaciente y orgulloso; sobre todo, los días en que padecía jaqueca.

Antes de la muerte del cónsul, por quien la familia entera guardaba luto, Clara solía participar con actitud de inaccesible dignidad en las reuniones sociales, ya fuese en la casa paterna o en otras de similar categoría. La consulesa la miraba y no podía negarse a sí misma que, a pesar de la sustanciosa dote y de su eficiencia y diligencia para hacerse cargo de la casa, iba a resultar difícil casar a aquella hija. No podía imaginar a ninguno de los escépticos y joviales caballeros bebedores de vino tinto de su entorno al lado de una muchacha tan seria y temerosa de Dios, aunque sí a un hombre de la Iglesia; y como tal idea fuera grata a la consulesa, los dulces intentos de acercamiento del reverendo Tiburtius encontraron en ella una acogida discreta a la vez que cordial.

Y, en verdad, el asunto se fue desarrollando con suma precisión. Una tarde de julio calurosa y sin nubes, la familia decidió dar un paseo. La consulesa, Antonie, Christian, Clara, Tilda, Erika Grünlich con Mamsell Jungmann y, entre todas ellas, el reverendo Tiburtius, se alejaron, atravesando el Burgtor, hasta llegar a una hostería en el campo donde, en grandes mesas de madera, servían fresas, leche mantecosa o la típica compota de frutos rojos (Rote Grütze), y, después de merendar, pasearon por los inmensos jardines que se extendían hasta el río, a la sombra de toda

suerte de árboles frutales y entre arbustos de arándanos y uvas crespas y campos de espárragos y patatas.

Sievert Tiburtius y Clara Buddenbrook se quedaron un poco rezagados. Él, mucho más bajito que ella, con las patillas echadas por encima de los hombros, llevaba su gran cabeza descubierta; con el sombrero de paja negro de ala ancha en la mano, secándose la frente con el pañuelo de cuando en cuando y abriendo mucho los ojos, tuvo una larga y sosegada conversación con la joven, en el transcurso de la cual hubo un momento en que ambos se detuvieron y Clara, con voz seria y serena, decía «sí».

Después, de nuevo en la Mengstrasse, cuando la consulesa, un poco cansada y acalorada, fue a reposar a solas en el salón de los paisajes, el reverendo Tiburtius se sentó a su lado —en el exterior reinaba esa quietud de las tardes de domingo que invita a la reflexión— e inició otra larga y sosegada conversación con ella, al final de la cual la consulesa dijo:

—Es suficiente, mi querido reverendo... Su proposición coincide enteramente con mis deseos como madre, y usted, por su parte, no ha hecho una mala elección, eso puedo asegurárselo. ¡Quién hubiera imaginado que su llegada y estancia en esta casa fuese a gozar de tan maravillosa bendición de Dios! No puedo darle la última palabra esta tarde, pues es de recibo que antes escriba a mi hijo, el cónsul, quien, como usted ya sabe, se encuentra ahora mismo en el extranjero. Marche usted a Riga mañana para incorporarse a su nuevo cargo, pues nosotros tenemos intención de ir al mar durante unas semanas. A la mayor brevedad recibirá usted noticias mías, y quiera el Señor que volvamos a reunirnos por tan felices circunstancias.

CAPÍTULO VII

Ámsterdam, 20 de julio de 1856 Hotel Het Haasje

Mi querida madre:

Me apresuro a responder a tu carta, con tantas y tan felices noticias, agradeciéndote de todo corazón el detalle que has tenido al pedir mi aprobación sobre el asunto del que trata; por supuesto, no sólo doy mi aprobación, sino que añado a ella mis más sinceras felicitaciones, plenamente convencido de que tú y Clara habéis realizado una excelente elección. El bello nombre de Tiburtius me es conocido, y estoy casi seguro de que papá cultivó alguna relación comercial con su padre. No me cabe duda de que Clara gozará de una grata posición, y la condición de esposa de un reverendo es muy acorde con su temperamento.

¿Dices que Tiburtius se ha marchado a Riga y volverá a visitar a su novia en agosto? Bien, muy alegre va a ser el ambiente en la Mengstrasse en esa época..., más aún de lo que todas vosotras imagináis, pues todavía no sabéis por qué extraordinario motivo estoy tan dichosamente sorprendido ante la noticia del compromiso de Mademoiselle Clara y de qué felicísimo encuentro voy a hablarte. Es más, mi adorada y maravillosa mamá, si tengo a bien otorgar hoy mismo, en esta carta del Amstel al Báltico, mi pleno consentimiento para que Clara emprenda el camino hacia su felicidad de la mano de Tiburtius, se debe también a la circunstancia de que, igualmente a vuelta de correo, deseo pedir tu permiso para un asunto de idéntica índole.

¡Tres recios gulden daría por poder ver tu cara y la de nuestra buena Tony al leer estas líneas!... Pero iré al grano.

Mi pequeño y pulcro hotel en pleno centro de la ciudad, no lejos de la Bolsa, tiene unas bonitas vistas al canal, y los negocios que me han traído aquí (se trataba de establecer un nuevo y valioso contacto; ya sabes que me gusta ocuparme de estas cosas personalmente) se han desarrollado tal como deseaba desde el principio. Conocido en la ciudad desde aquellos mis años de aprendizaje, desde el primer momento fui muy bien acogido, y no me ha faltado en absoluto el trato social, a pesar de que muchas familias se encuentran de vacaciones en la costa. He sido invitado a acudir a algunas veladas en petit comité en casa de los Van Henkdom y los Moelens, y, ya al tercer día, tuve el placer de asistir a una cena de gala que mi antiguo jefe, el señor Van der Kellen, tuvo la amabilidad de organizar incluso en estas fechas intempestivas, obviamente en mi honor. Y me correspondió formar pareja en la mesa con..., ¿sois capaces de adivinarlo? Con la señorita Arnoldsen, Gerda Arnoldsen, la amiga de Tony de tiempos del pensionado, que asistía en compañía de su padre, el gran comerciante y, si cabe, aún mayor gran virtuoso del violín, de su hermana casada y del esposo de ésta.

Recuerdo muy bien que Gerda —permíteme que ya haga uso de su nombre de pila—, ya de adolescente, cuando aún iba al pensionado de Mademoiselle Weichbrodt en la plazoleta Am Mühlenbrink, me causó una fuerte impresión, que nunca se borró del todo. Ahora, en cambio, volví a verla: más alta, más desarrollada, más bella, más inteligente... Discúlpame si te resulta algo exaltado el tono con que describo a la mujer cuyo rostro pronto tendréis ocasión de ver en nuestra ciudad.

Ya podéis imaginar que teníamos numerosos puntos de partida para entablar una maravillosa conversación durante la cena; sin embargo, ya después de la sopa dejamos atrás el campo de las anécdotas de los viejos tiempos y pasamos a temas más serios y fascinantes. En música, por supuesto, no supe estar a su altura, pues, para nuestra desgracia, los Buddenbrook carecemos de los dones para conocerla lo bastante; sin embargo, en pintura neerlandesa me encontraba mucho más en mi terreno, y en literatura coincidíamos claramente en nuestros gustos.

Ni que decir tiene que el tiempo pasó volando. Después de cenar dejé que me presentase al señor Arnoldsen, que mostró hacia mí una cercanía tan cordial como exquisita. Más tarde, en el salón, ofreció un pequeño recital, y también Gerda nos deleitó tocando, y, a pesar de mis nulos conocimientos sobre el arte del violín, puedo decir que sabe arrancar al instrumento (creo que es un Stradivarius auténtico) unas notas que casi se saltaban las lágrimas al escucharla.

Al día siguiente fui de visita a casa de los Arnoldsen, en Buitenkant. Me recibió una dama de compañía de avanzada edad con la que hube de entenderme en francés, pero pronto llegó Gerda y, como el día anterior, pasamos una hora entera conversando..., sólo que esta vez queríamos acercarnos más el uno al otro, nuestros deseos de conocernos mejor y de entendernos eran más grandes. De nuevo, volvimos a hablar de ti, mamá, de Tony, de nuestra buena y vieja ciudad y de mi trabajo.

Ese mismo día tomé una decisión irrevocable: ¡ella o nadie, ahora o nunca! Volvimos a encontrarnos con ocasión de una fiesta en el jardín de mi amigo Van Svindren, y fui invitado a una pequeña velada musical en casa de los Arnoldsen, al cabo de la cual fui tanteando el terreno y formulé un inicio de declaración a mi dama... que recibió una respuesta muy alentadora. Y hoy hace cinco días que me presenté de buena mañana ante el señor Arnoldsen

para pedirle la mano de su hija. «Mi querido cónsul —me respondió—, su proposición es muy bienvenida, por difícil que vaya a resultarle a un viudo de edad avanzada como yo separarse de su hija. Pero, ¿y usted? Hasta ahora, Gerda se ha mantenido firme en su decisión de no casarse. ¿Alberga usted alguna esperanza?». Y se sorprendió mucho de que la señorita Gerda, en efecto, la hubiese alimentado.

El padre decidió dejarle un tiempo de reflexión y creo que, por puro egoísmo, incluso se lo ha desaconsejado. Pero no sirvió de nada: soy el elegido y, desde ayer, el compromiso es formal.

No, mi querida mamá, no te pido ahora tu consentimiento a esta unión por escrito, pues ya pasado mañana regreso a casa; pero he tomado la palabra a los Arnoldsens de que vendrán a visitarnos en agosto: el padre, Gerda y su hermana casada; y entonces podrás constatar que es la mujer ideal para mí. Porque, ¿no tendrás nada que objetar a que Gerda sólo sea tres años más joven que yo? Espero que nunca hayas dado por supuesto que incorporaría a la familia a ninguna de esas jovencitas alocadas del círculo Mólendorff—Langhals—Kistenmaker—Hagenström.

¿Y qué decir respecto a la dote? Ay, casi me dan miedo las miradas tan maliciosas que van a lanzarme Stephan Kistenmaker y Hermann Hagenström y Peter Dóhlmann y el tío Justus cuando se enteren de la dote, pues mi futuro suegro es millonario... Señor, ¿qué puedo decir al respecto? Hay tantas ambigüedades en cada uno de nosotros que pueden interpretarse de una manera o de otra... Adoro a Gerda Arnoldsens con verdadero entusiasmo, pero cierto es también que no soy capaz de adentrarme en las profundidades de mi alma para descubrir si a este entusiasmo ha contribuido —o hasta qué punto— la elevada dote que, el primer día de todos y antes de que sucediese nada, alguien me susurró al oído con cierto cinismo. La amo, pero mi dicha y mi orgullo son tanto más profundos cuanto más pienso en el importante aumento de capital para mi empresa que habré conseguido cuando se convierta en mi esposa.

Concluyo ya esta carta, querida madre, pues considerando que en pocos días podremos hablar de este mi dichoso futuro en persona, me he extendido en demasía. Te deseo un agradable y reparador veraneo y te ruego que transmitas mis más cordiales recuerdos a toda la familia.

Con el fiel amor de tu obediente hijo,

T

CAPÍTULO VIII

Efectivamente, el verano de aquel año estuvo lleno de vida y de celebraciones en la casa de los Buddenbrook.

A finales de julio, Thomas volvió a instalarse en la Mengstrasse y, como el resto de caballeros que pasaban la semana en la ciudad cumpliendo con sus respectivas obligaciones laborales, acudió unas cuantas veces a la costa para visitar a su familia; Christian, por el contrario, había decidido trasladarse allí del todo y tomarse unas vacaciones, pues se quejaba de un dolor de origen desconocido en la pierna izquierda que el doctor Grabow no sabía cómo tratar y que, por consiguiente, todavía le obsesionaba más.

—No es dolor..., no se puede llamar así —se esforzaba en explicar, pasándose la mano por la pierna, frunciendo la narizota y sin fijar la vista en ninguna parte—. Es un tormento, un tormento continuo, callado, desasosegante en toda la pierna... y en el lado izquierdo, el lado donde está el corazón... Muy raro..., yo lo encuentro muy raro. ¿A ti qué te parece, Tom?

—Bueno, bueno —decía Tom—, ahora puedes descansar y tomar baños de mar.

Y entonces Christian bajaba a la playa a contar historias a los distinguidos bañistas hasta que las carcajadas se oían en todo el paseo marítimo, o iba al casino para jugar a la ruleta con Peter Dóhlmann, el tío Justus, el doctor Gieseke y algunos suitiers de Hamburgo.

El cónsul Buddenbrook y Tony, como siempre que iban a Travemünde, visitaban al anciano matrimonio Schwarzkopf en la Vorderreihe.

—Mu' buenas, Madame Grünlich —decía el comandante y, de alegría, le salía automáticamente el Plattdeutsch—. ¿Aún s'acuerda de nosotros? Mire que hace ya mil años, pero idemonio, qué tiempos más felices! Pos' nuestro Morten ya hace mucho que es doctor en Breslau, y dice que tié' una consulta de lo más concurrí'o, el muchacho.

Luego, la señora Schwarzkopf comenzaba a trajinar por la casa y preparaba el café, y merendaban en la veranda cubierta de parras como antaño..., con la diferencia de que todos eran diez años más viejos, que Morten y Meta estaban lejos —la pequeña se había casado con el magistrado de Hafkrug—, que el comandante, con todo el cabello blanco, estaba retirado, que también el cabello de su esposa, siempre recogido en una redecilla, se había tornado gris, y que Madame Grünlich había dejado de ser una tonta porque había conocido la vida..., lo que, por otro lado, no le impedía comer grandes cantidades de miel en panal, pues decía:

—Es un producto puramente natural, así sabe una lo que come...

A primeros de agosto, sin embargo, los Buddenbrook, como la mayoría de las familias, regresaron a la ciudad, y no tardó en llegar el gran momento en el que, casi al mismo tiempo, se instalaron en la casa para pasar allí una larga temporada el reverendo Tiburtius de Rusia y los Arnoldsen de Holanda.

Fue una bonita escena ver al cónsul entrar en el salón de los paisajes por primera vez con su novia y presentársela a su madre, que la recibió con los brazos abiertos y la cabeza un poco ladeada. Gerda, que avanzó por la alfombra de color claro con paso desenvuelto y orgulloso, era alta y exuberante. Su espesa cabellera de un pelirrojo oscuro, sus ojos castaños muy juntos, rodeados por una suave sombra azulada, sus dientes grandes y brillantes, que mostraba cuando reía, su nariz recta y firme y su boca bellamente dibujada conferían a aquella joven de veintisiete años una belleza elegante, exótica, cautivadora y enigmática. Su rostro era blanco mate y su expresión un tanto arrogante; sin embargo, se inclinó ante la consulesa cuando ésta tomó su cabeza con ambas manos para besar con íntimo cariño su frente inmaculada como la nieve.

—Sé bienvenida a nuestra casa y a nuestra familia, mi querida, bella y bendita hija —dijo—. Le harás feliz... ¿Acaso no estoy viendo ya lo feliz que le haces? —Y atrajo a Thomas hacia sí con el brazo derecho para darle un beso también a él.

Jamás, a lo sumo en tiempos de los abuelos, se había visto tanta alegría y animación en la grandiosa casa, que recibía a sus invitados con refinada naturalidad. Únicamente el reverendo Tiburtius, por modestia, había querido escoger una habitación en la parte trasera de la casa, cerca de la sala de billar. Los demás: el señor Arnoldsen, un caballero ya casi sesentón, ágil e

ingenioso, con perilla gris y seductoras maneras; su hija mayor, una dama con aspecto de sufrir mucho; su yerno, un elegante vividor a quien Christian pronto enseñó la ciudad e introdujo en el Club, y Gerda, se repartieron entre las habitaciones que normalmente estaban vacías en la planta baja, junto a la sala de columnas, o en la primera planta.

Antonie Grünlich estaba contenta de que Sievert Tiburtius fuese el único religioso en la casa paterna... Estaba más que contenta. El compromiso de su adorado hermano, el hecho de que la elegida fuese justo su amiga Gerda, aquel espléndido partido que con tanto mayor esplendor haría brillar el nombre de la familia y de la empresa, la dote de trescientos mil marcos que había oído murmurar, la idea de lo que dirían en la ciudad las otras familias, sobre todo los Hagenstróm..., todo ello contribuía a que el estado de ánimo de Tony ráyase en el entusiasmo constante. Al menos tres veces al día abrazaba con pasión a su futura cuñada.

—¡Oh, Gerda! —exclamaba—. ¡Cuánto te quiero! ¿Sabes? Te he querido siempre. Aunque ya sé que tú no me soportabas, que siempre me odiaste, pero...

—¡Tony, por favor, qué cosas dices! —replicaba la señorita Arnoldsen—. ¿Cómo iba yo a odiarte por nada? ¿Puedo preguntarte qué cosa horrible se supone que me hiciste?

No obstante, por algún motivo, o quizá tan sólo por aquella alegría desbordada y por el mero placer de hablar, Tony insistía en que Gerda la había odiado siempre, pero que ella, por su parte (y sus ojos se llenaban de lágrimas), siempre había respondido a ese odio con amor. Y entonces se llevaba a Thomas aparte y le decía: —¡Qué bien lo has hecho, Tom! ¡Dios, qué bien lo has hecho! Y que nuestro padre no viva para verlo... ¡Ay, me dan ganas de llorar! ¿Sabes una cosa? Con esto quedan borradas otras cosas..., no sólo el asunto de aquel tipo cuyo nombre no me gusta pronunciar...

Después también se le ocurrió llevarse aparte a Gerda a una habitación vacía y contarle la historia de su matrimonio con Grünlich con un lujo de detalles estremecedor. También pasaba horas hablando de sus años en el pensionado, de las charlas que tenían de adolescentes antes de dormir, de Armgard von Schilling en Mecklemburgo y Eva Ewers en Múnich... Por Sievert Tiburtius y su compromiso con Clara apenas se interesaba nadie, aunque tampoco ellos lo buscaban. Pasaban la mayor parte del tiempo sentados en algún rincón muy tranquilo, cogidos de la mano, hablando con dulzura y seriedad de su hermoso futuro.

Como todavía no se había cumplido el año de luto por el cónsul Johann Buddenbrook, los correspondientes compromisos sólo se celebraron en familia, pese a lo cual Gerda Arnoldsen no tardó en ser famosa en toda la ciudad; es más: en torno a su persona giraban las principales conversaciones en la Bolsa, en el Club, en el Stadttheater, en cualquier reunión social...

—Tipp—topp —decían los suitiers chasqueando la lengua, pues ésa era la última expresión de moda en Hamburgo para referir se a algo realmente exquisito, ya fuera un vino tinto, una marca de puros, la cena de algún restaurante o la «categoría superior» en cuanto a clase social.

Sin embargo, entre los serios, austeros y conservadores burgueses del lugar, también había muchos que meneaban la cabeza y decían:

—Es muy peculiar... Esos atuendos, ese cabello, esa actitud, esa cara... Un poco demasiado especial...

Sórsen, el comerciante, lo expresaba de la siguiente manera:

—Tiene un cierto «no—sé—qué»... —y, al decirlo, se daba la vuelta y arrugaba la cara como cuando le hacían una oferta hostil en la Bolsa. Pero

tratándose del cónsul Buddenbrook..., muy propio de él. Un poquito pretencioso el tal Thomas Buddenbrook, un poquito... diferente; y también diferente de sus antecesores. Era sabido, y quien mejor lo sabía era Benthien, el comerciante de tejidos, que el cónsul no sólo mandaba traer de Hamburgo sus prendas de vestir, siempre elegantísimas y siempre a la ultimísima moda (además, poseía un guardarropa inusualmente surtido en camisas, levitas, sombreros, chalecos, pantalones y corbatas), sino hasta la ropa blanca. Era sabido incluso que se cambiaba de camisa a diario, cuando no dos veces al día, y que se perfumaba el pañuelo y el bigote, arreglado a la manera de Napoleón ILLY todo eso no obedecía a una necesidad de representación en interés de la empresa (a la Casa Johann Buddenbrook eso no le hacía falta), sino a su inclinación personal hacia lo aristocrático y el refinamiento extremo... ¡Demonios! ¿Cómo expresarlo? Y luego esas citas de Heine y otros poetas que a veces intercalaba en su discurso en los contextos más prosaicos, en relación con alguna cuestión social o municipal... Y ahora, esa mujer... En fin, también él, el propio cónsul Buddenbrook, tenía un cierto «no—sé—qué»; expresión que, por supuesto, se pronunciaba con absoluto respeto, pues se trataba de una familia más que respetable y de una empresa sólida y floreciente con un jefe muy inteligente, sensato y encantador que amaba su ciudad y que, sin lugar a dudas, aún habría de prestar muy útiles servicios en ella... Además, ¡vaya dote iba a recibir! Se rumoreaba la cifra de cien mil táleros... Al mismo tiempo, entre las damas de la ciudad también había algunas que simplemente consideraban a Gerda Arnoldsen «una tonta» (y recordemos que tal calificativo implicaba una dura sentencia).

Quien, a pesar de todo, cayó rendido a los pies de la prometida de Thomas Buddenbrook desde la primera vez que la vio en la calle fue el señor Gosch, el corredor de fincas.

—¡Ah! —decía en el Club o en la Compañía Naviera, alzando su copa de ponche y con el rostro desencajado en una mueca terrible—. ¡Qué mujer, caballeros! Hera y Afrodita, Brunhilda y Melusina..., todas en una. ¡Ah, qué bella es la vida! —añadía sin más; y ninguno de los ciudadanos que se sentaban a tomarse sus buenas jarras de cerveza en los pesados bancos de madera tallada de aquella antigua casa de marinos, bajo las maquetas de barcos y los enormes peces disecados que colgaban del techo, ninguno tenía ni la más remota idea del acontecimiento que la aparición de Gerda Arnoldsen en la ciudad había supuesto en la humilde vida del señor Gosch, siempre a la espera de algo extraordinario.

Libres de la obligación de organizar grandes celebraciones, el reducido grupo de la Mengstrasse tuvo mejor ocasión de intimar. Sievert Tiburtius, con la mano de Clara entre las suyas, contaba cosas de sus padres, de su juventud y de sus planes de futuro; los Arnoldsen hablaban de su árbol genealógico, que tenía sus raíces en Dresde pero una única rama en los Países Bajos; y Madame Grünlich pedía la llave del secreter del salón del desayuno y, muy seria, traía la gruesa carpeta con los papeles de la familia y el célebre cuaderno, en el que Thomas ya había añadido los últimos acontecimientos. Proclamaba con gran solemnidad la historia de los Buddenbrook, remontándose hasta aquel sastre de Rostock que de tan buena posición había gozado, leía viejas loas, como la de: Tesón, trabajo y belleza en sus muros se han aunado: de Venus Anadiomene feliz obra, y de Vulcano...

Y en esta estrofa, dirigía una fugaz mirada a Tom y Gerda, sacando la puntita de la lengua hasta tocarse el labio superior. Y aunque sólo fuera por

mantenerse fiel a aquella historia familiar, no dejaba pasar ninguna ocasión de mencionar a cierto individuo cuyo nombre, en el fondo, no le gustaba pronunciar...

Eso sí, los jueves a las cuatro de la tarde, como siempre, llegaban los invitados habituales: Justus Kröger con su débil esposa, con quien convivía en muy malos términos, puesto que ella seguía enviando dinero y más dinero al malogrado y desheredado Jakob a América..., dinero que sólo podía conseguir ahorrándolo del presupuesto de la casa, de manera que apenas servía a su marido otra comida que gachas de trigo sarraceno; era una situación sin remedio. Acudían también las Buddenbrook de la Breite Strasse, quienes, lamentándolo mucho, tenían que decir, en honor a la verdad, que la pequeña Erika Grünlich seguía sin engordar, que cada vez se parecía más a su padre, el estafador, y que la prometida del cónsul llevaba un peinado hartamente llamativo...Y también acudía Sesemi Weichbrodt, que se ponía de puntillas para, con un suave chasquido, besar a Gerda en la frente, y decía:

—¡Sé moy felez, quereda neña!

Entonces, durante la comida, el señor Arnoldsen pronunciaba alguno de sus ingeniosos e imaginativos brindis en honor de las dos parejas y después, mientras tomaban el café, sacaba su violín y tocaba como un cingaro..., con una pasión, una desmesura y una destreza... Pero también Gerda traía su Stradivarius, del que no se separaba jamás, e intercalaba sus dulces melodías en los brillantes pasajes de su padre, para acabar interpretando pomposos dúos en el salón de los paisajes, en el rincón donde estaba el armonio, el mismo lugar donde, en tiempos, el abuelo del cónsul tocaba con la flauta sus sencillas y alegres canciones.

—¡Sublime! —decía Tony lánguidamente reclinada en su sillón—. ¡Dios mío, qué cosa más sublime! —Y, alzando la vista hacia el techo, en tono serio y de gran parsimonia, continuaba exponiendo sus más sinceros y vivos sentimientos—. ¡Ay, ya sabéis..., así es la vida! No todos nacemos con ese don... A mí me lo negó el cielo, ya sabéis..., aunque pasé noches y noches rogando que me lo concediera... Ay, soy una tonta, una ingenua... Sí, Gerda, deja que te lo diga, yo soy la mayor de las dos y he conocido la vida... Todos los días deberías dar las gracias al Creador de rodillas por ser una criatura tan felizmente donada...

—Dotada —la corregía Gerda, y sonreía mostrando sus grandes y bonitos dientes blancos.

Más tarde, volvían a sentarse todos juntos para ultimar algunos detalles sobre el futuro más inmediato y tomar un poco de gelatina de vino blanco. A finales de mes o a principios de septiembre —así lo habían decidido—, Sievert Tiburtius y los Arnoldsen regresarían a sus respectivas patrias. Nada más pasar las Navidades, se celebraría el enlace de Clara en la sala de columnas, por todo lo alto, mientras que la boda de Ámsterdam, a la que «si el Señor lo permite y me da salud» también pensaba asistir la consulesa, se retrasaría hasta el comienzo del año siguiente, para tener un pequeño margen de descanso. No sirvió de nada que Thomas se opusiera.

—¡Por favor! —le había dicho la consulesa poniendo una mano sobre el brazo de su hijo—. Sievert tiene preferencia.

El reverendo y su prometida renunciaban al viaje de bodas. Gerda y Thomas, sin embargo, harían un recorrido por el norte de Italia hasta Florencia. Estarían de viaje unos dos meses; entretanto, Antonie, junto con el señor Jacobs, el tapicero de la Fischstrasse, se encargaría de arreglar la pequeña casita en la Breite Strasse, propiedad de un soltero que se había

trasladado a Hamburgo, cuyos trámites de compra ya había iniciado el cónsul. ¡Oh, sí! Tony sabría llevar a cabo tal misión.

—Tiene que ser todo muy distinguido —y todos estaban convencidos de que así sería.

Christian, por su parte, con sus piernas arqueadas y esqueléticas, se hmitaba a dar vueltas por aquel salón en el que dos parejas de enamorados se daban las manos y en el que no se hablaba más que de bodas, ajuares y lunas de miel. Lo atormentaba un dolor..., un dolor en la pierna izquierda cuya causa no conseguía determinar, y los miraba a todos con sus ojillos redondos y hundidos, muy serio, desazonado y meditabundo. Al final, imitando al bueno de Marcellus Stengel, le decía a su pobre prima, sentada en medio de tanta gente feliz como una viejita: callada, escuálida y, por mucho que hubiese comido, siempre con hambre:

—¿Qué, Tilda? Pronto nos casaremos nosotros también... Bueno, cada uno por su lado, se entiende...

CAPÍTULO IX

Unos siete meses más tarde, el cónsul Buddenbrook y su esposa regresaron de Italia. La Breite Strasse estaba cubierta por las nieves de marzo cuando, a las cinco de la tarde, una calesa se detuvo a la puerta de su sencilla casa, cuya fachada estaba pintada con óleo. Unos cuantos niños y mayores se detuvieron para ver bajar a los recién llegados. Madame Antonie Grünlich, orgullosa de los preparativos que había hecho, esperaba de pie en el umbral y, detrás de ella, también preparadas para un recibimiento digno de quienes llegaban, esperaban, ataviadas con cofias blancas y gruesos vestidos a rayas que dejaban los brazos al descubierto, las dos criadas que, como buena experta en la materia, había elegido para sus hermanos.

Impaciente y acalorada por el trajín de la llegada y la alegría de volver a verlos, bajó corriendo los suaves escalones y, en cuanto Gerda y Thomas, envueltos en gruesos abrigos de piel, bajaron del coche cargado de maletas, los arrastró hasta el interior de la casa entre abrazo y abrazo.

—¡Aquí estáis, por fin! ¡Ah, felices vosotros que habéis viajado hasta tan lejos! ¿Habéis visto la casa? Altas columnas la sostienen... Gerda, estás todavía más —guapa... Ven que te dé un beso. No, mujer, en la boca..., eso. Muy buenas tardes, mi querido Tom; oh, sí, para ti otro beso, faltaría más... El señor Marcus dice que por aquí ha ido todo muy bien. Mamá os espera en la Mengstrasse, pero antes podéis poner os cómodos... ¿Queréis un té? ¿Tomar un baño? Está todo preparado. No tendréis queja de nada. Jacobs se ha esmerado, y yo también he puesto de mi parte cuanto he podido...

Pasaron juntos al vestíbulo mientras las criadas y el cochero entraban el equipaje. Tony dijo:

—Estas habitaciones de la planta baja de momento no os harán mucha falta..., de momento —repitió y se tocó el labio superior con la puntita de la lengua—. Esto es muy lindo... —y abrió una puerta a la derecha, inmediatamente junto a la cancela—. Hay hiedra en las ventanas..., muebles sencillos, de madera de roble. En la parte de atrás, al otro lado del pasillo, hay otra estancia parecida, más grande. Aquí, a la derecha, tenéis la cocina y la despensa... Pero mejor subamos... ¡Oh, quiero enseñároslo todo!

Subieron la amplia escalera, cubierta por una alfombra de color rojo oscuro. Al final, detrás de la puerta cristalera del rellano, se iniciaba un pasillo estrecho que conducía al comedor, con una sólida mesa redonda sobre la que ya se veía el samovar echando vapor, paredes forradas de una tela similar al damasco en un rojo vino, sillas de nogal tallado con asientos de rejilla y un aparador de madera maciza. Por el mismo pasillo se llegaba a un acogedor cuarto de estar tapizado en tela gris que sólo unas gruesas cortinas separaban de un estrecho salón con mirador y sillones de reps a rayas verdes. La cuarta parte de esta planta, en cambio, era un salón con tres ventanales. Luego pasaron al dormitorio.

Éste se encontraba a la derecha del pasillo, y tenía cortinas de flores y grandes camas de caoba. Pero Tony se dirigió enseguida hacia una puerta finamente tallada que había al fondo, accionó el picaporte y les mostró la escalera de caracol que bajaba al sótano: hacia el baño y los cuartos del servicio.

—Aquí se está muy bien. Aquí me quedo —dijo Gerda y, con un suspiro, se dejó caer en la butaca que había junto a una de las camas.

El cónsul se inclinó hacia ella y la besó en la frente. —¿Cansada? Es cierto, a mí también me gustaría asearme un poco.

—Voy a ver el agua para el té —dijo la señora Grünlich—. Os espero en el comedor y se fue hacia allí.

El té humeaba en las tazas de porcelana de Meissen cuando llegó Thomas.

—Aquí estoy —le dijo a su hermana—. Gerda quiere reposar media hora más. Tiene jaqueca. Luego queremos ir a la Mengstrasse... ¿Va todo bien, mi querida Tony? ¿Mamá, Erika, Christian?... Bueno, antes de nada —prosiguió con uno de sus encantadores gestos—, mil gracias, también en nombre de Gerda, por todo lo que has hecho, querida. ¡Está todo precioso! Sólo faltan unas cuantas palmeras para que Gerda las ponga en el mirador y algunos buenos óleos que me encargaré de buscar yo... Pero cuéntame... ¿Cómo estás? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

Había arrimado otra silla a la suya para su hermana; mientras hablaban, aprovechó para tomar una taza de té y un bizcocho. —Ay, Tom —respondió ella—. ¿Qué voy a hacer aquí? Mi vida ya está vivida...

—¡Qué disparate, Tony! Tú y tus ideas sobre la vida... Parece que nos aburrimos mucho, ¿me equivoco?

—Sí, Tom, me aburro mortalmente. A veces lloro de aburrimiento. Ocuparme de esta casa me ha llenado de ilusión, y no puedes creer lo contenta que estoy de que hayáis vuelto... Pero en casa..., no me gusta estar en casa, ¿sabes? Que Dios me castigue si eso es pecado. Tengo treinta años, es verdad, pero ésa no es edad para no tener más amigos íntimos que la última «ciudadana del cielo» o las hermanas Gerhardt, o esos eclesiásticos que invita mamá y que no hacen sino consumir la renta de las viudas... No me fio de ellos, Tom, son lobos con piel de cordero... Un nido de víboras... Todos somos débiles y tenemos corazones pecadores, y cuando me miran por encima del hombro como a una pobrecita criatura mundana, me río de ellos. Siempre he sido de la opinión de que todos los hombres son iguales y de que no debe existir mediación alguna entre nosotros y el buen Dios. Ya conoces mis ideas políticas. Yo quiero que entre el ciudadano y el Estado...

—Te sientes un poco sola, ¿no es cierto? —preguntó Thomas, intentando volver a encarrilar la conversación—. Pero, escucha, tienes a Erika...

—Sí, Tom, y quiero a esa niña con todo mi corazón, por mucho que cierto individuo afirmase que no me gustan los niños. No obstante..., ¿sabes una

cosa? Te lo diré abiertamente; yo soy una mujer sincera y digo las cosas como las siento y no soy nada amiga de la palabrería...

—Lo cual es muy bonito por tu parte, Tony.

—En resumen, lo triste es que la niña me recuerda demasiado a Grünlich... También las Buddenbrook de la Breite Strasse dicen que se le parece muchísimo. Y, entonces, cuando la tengo delante, no puedo dejar de pensar: eres una mujer vieja con una hija mayor y tu vida ya ha quedado atrás. Tuviste ocasión de vivirla durante unos pocos años, pero ahora ya puedes quedarte donde estás y cumplir los setenta o los ochenta oyendo leer en voz alta a Lea Gerhardt. Y esa idea me entristece tanto, Tom, que se me hace un nudo en la garganta. Porque yo todavía me siento joven, ¿sabes? Y me gustaría muchísimo salir de nuevo a la vida de verdad... En el fondo, no sólo me siento así en casa sino en esta ciudad en general, pues no creas que voy por el mundo a ciegas, porque ya no soy una tonta, he conocido la vida. Soy una mujer divorciada y soy muy consciente de lo que eso significa, está muy claro. Créeme, Tom, no sabes cuánto me pesa haber manchado así el nombre de nuestra familia, aunque no fuese culpa mía. Tú puedes hacer lo que quieras, puedes ganar dinero y llegar a ser el hombre más importante de la ciudad.... pero la gente siempre dirá: «Sí, ya, pero su hermana está divorciada». Julchen Móllendorff, de soltera Hagenstróm, no me saluda..., en fin, ¡ésta sí que es una tonta! Pero lo mismo sucede con todas las familias. Y, a pesar de todo, soy incapaz de resignarme, Tom, de no subsanar aquel error... Aún soy joven. ¿No sigo siendo bastante guapa? Mamá ya no podrá darme una dote muy sustanciosa, pero es una suma que tampoco está mal. ¿Y si volviera a casarme? Abiertamente, Tom, es mi más vivo deseo. Así se arreglaría todo, la mancha se borraría... ¡Oh, Dios!, si encontrara otro buen partido, digno del nombre de nuestra familia, si pudiera fundar otro hogar... ¿Tú lo ves tan imposible?

—¡Ni mucho menos, Tony! Por supuesto que no. Jamás he descartado esa idea. Sin embargo, lo que más necesario me parece es que salgas un poco, que te animes un poco, que cambies de aires...

—Eso mismo pienso yo —se apresuró a responder ella entusiasmada—. Te cuento.

Muy satisfecho, Thomas se reclinó en la silla. Ya iba por el segundo cigarrillo. La tarde comenzaba a caer.

—Durante vuestra ausencia estuve a punto de aceptar un puesto de dama de compañía en Liverpool. ¿Te hubiera parecido poco digno? ¿Un tanto reprobable al menos? Bueno, bueno..., probablemente, habría sido poco digno. En resumen, el proyecto cayó por su propio peso. Envié una fotografía a la miss que hubiera requerido mis servicios y contestó que no podía contratarme porque yo era demasiado guapa y ella tenía un hijo adulto en la casa. «Es usted demasiado hermosa», me escribió... ¡Ja! ¡Nunca me había divertido tanto! —Los dos rieron de corazón—. Pero ahora tengo otra cosa en perspectiva —prosiguió Tony—. He recibido una invitación: una invitación de Eva Ewers para visitarla en Múnich. Bueno, ahora se llama Eva Niederpaur y su esposo es el director de una fábrica de cerveza. El caso es que me ha escrito para que vaya a verla y estoy considerando la posibilidad de hacerlo. Obviamente, Erika no podría venir. La llevaría al pensionado de Sesemi Weichbrodt. Allí estaría muy bien cuidada. ¿Tú tendrías algo en contra?

—Nada en absoluto. Creo que es más que necesario que vuelvas a tener ocasión de conocer gente nueva.

—Sí, de eso se trata —dijo Tony agradecida—. ¡Pero, bueno, Tom! No hago más que hablar de mí, ¡qué mujer más egoísta soy! Cuéntame tú. ¡Madre de Dios, lo feliz que debes de ser!

—Sí, Tony —dijo su hermano esforzándose en subrayarlo. Se hizo un silencio. Thomas aspiró el humo que flotaba sobre la mesa y continuó—: Para empezar, estoy muy contento de haberme casado y haber fundado un hogar propio. Ya me conoces, no habría servido para la vida de soltero. La soltería siempre entraña un cierto aislamiento y vagabundeo, y yo tengo ciertas ambiciones, como bien sabes. No creo que mi carrera haya llegado a su punto más alto ni en lo comercial ni..., vamos a decirlo así, medio en broma, en lo político. Pero la gente no acaba de confiar en uno hasta que no es dueño de su casa y padre de familia. Y eso que ha faltado bien poco para que yo no lo fuera, Tony. Soy un poco exigente... Durante mucho tiempo creí que jamás encontraría a la mujer adecuada. Sin embargo, en cuanto vi a Gerda lo supe. Enseguida me di cuenta de que ella era la única, sólo ella..., aunque también sé que hay mucha gente en esta ciudad que ha tomado a mal mi elección. Es una criatura maravillosa, de las que, sin duda, hay muy pocas sobre la faz de la tierra. Es obvio que es muy distinta a ti, Tony. Tú eres de naturaleza más sencilla, también eres más natural... En pocas palabras: mi señora hermana es mucho más temperamental —dijo, adoptando de pronto un tono mucho más ligero—. No quiero decir que Gerda no tenga también su temperamento... Es patente cuando toca el violín; pero a veces puede ser un poco fría... En fin, con Gerda no se puede aplicar el mismo baremo que con el resto de la gente. Tiene espíritu de artista, es una criatura muy especial, enigmática y cautivadora.

—Sí que lo es —dijo Tony. Había escuchado a su hermano con gran atención y seriedad. Sin pensar en encender una lámpara, habían dejado que la penumbra anaranjada del final de la tarde inundase la habitación.

Entonces se abrió la puerta del pasillo y una figura alta y erguida, vestida con una bata de piqué blanco como la nieve que caía en grandes pliegues, se dibujó sobre el rojo del crepúsculo. El espeso cabello pelirrojo oscuro enmarcaba su rostro de marfil, y en los ángulos de sus ojos castaños, muy juntos, se veía una sombra azulada.

Era Gerda, la madre de los Buddenbrook futuros.

SEXTA PARTE

CAPÍTULO I

Thomas Buddenbrook tomaba el primer desayuno en su bonito comedor casi siempre solo, ya que su esposa solía abandonar el dormitorio muy tarde, aquejada con frecuencia de migraña y de un malestar general. El cónsul se marchaba de inmediato a la Mengstrasse, donde seguían estando las oficinas de la empresa, tomaba el segundo desayuno con su madre, Christian e Ida Jungmann en el salón de la entreplanta, y no regresaba junto a su esposa hasta las cuatro de la tarde para comer.

La planta baja de la señorial casa de la Mengstrasse se mantenía llena de vida y movimiento gracias a la actividad de la empresa; sin embargo, los demás pisos se hallaban ahora bastante vacíos y solitarios. La pequeña Erika estaba interna en el pensionado de Mademoiselle Weichbrodt, la pobre Clotilde se había instalado con sus cuatro o cinco muebles en una habitación que, por una módica cantidad, le alquilaba la viuda de un profesor del liceo, la doctora Krauseminz, e incluso el fiel Anton había dejado la casa para incorporarse a la del joven matrimonio, donde se necesitaban más sus servicios; así pues, cuando Christian se quedaba en el Club, tan sólo la consulesa y Mamsell Jungmann se sentaban a las cuatro de la tarde en aquel amplio comedor que, con tantas estatuas clásicas pintadas en las paredes, casi parecía un templo, a la mesa redonda que ahora no hacía falta agrandar con ningún tablón como sucediera en otros tiempos.

Con la muerte del cónsul Johann Buddenbrook había cesado por completo la vida social en la Mengstrasse, y, aparte de las visitas de este o aquel religioso, la consulesa no recibía más invitados que los miembros de su familia los jueves. Su hijo y la esposa de éste, por otra parte, ya habían celebrado su primer gran convite; un convite que había requerido poner mesas en el comedor y el salón; un convite con cocinera y camareros contratados para la ocasión y vinos de la Casa Kistenmaker; un convite iniciado a las cinco de la tarde y en el que el tintineo de copas y platos, acompañado de fragantes olores, aún se prolongaba a las once de la noche; un convite al que asistieron todos los Langhals, Hagenstróm, Huneus, Kistenmaker, Oeverdieck y Móllendorff, comerciantes y hombres con estudios, matrimonios y suitiers (que coronaron la velada tocando música y jugando al whist), y del que, hasta ocho días después, se contaron maravillas en la Bolsa. Ciertamente, había quedado demostrado que la joven consulesa dominaba como pocos el arte de la representación social. Aquella noche, al quedarse a solas con ella en los salones, a la mortecina luz de los últimos cabos de las velas, entre los muebles desordenados y envueltos en la densa mezcolanza de olores de los exquisitos platos, perfumes, vinos, puros, café y flores de los ramilletes de las invitadas y los centros de mesa, el cónsul estrechó las manos de su esposa y le dijo:

—Magnífico, Gerda. Podemos estar bien orgullosos. Estas cosas son muy importantes... No tengo ganas de andar dando fiestas y ver a la gente joven entrando y saliendo de aquí todo el tiempo; tampoco contamos con espacio

para eso. Pero es fundamental que la gente importante disfrute en nuestra casa. Una cena como ésta sale un poco más cara..., pero no es, ni mucho menos, una mala inversión.

—Tienes razón —había respondido ella, recolocándose los encajes de la pechera, a través de los cuales se adivinaba su piel blanca como el mármol —. Yo también prefiero las cenas a los bailes. Una cena serena tanto los ánimos... Esta tarde había estado tocando y me sentía un poco rara... Ahora tengo la sensación de que mi cerebro está tan muerto que podría caer un rayo y no me haría palidecer ni sonrojarme.

Aquel mismo día, a las once y media de la mañana, cuando el cónsul se había sentado junto a su madre en el salón del desayuno, ésta le había leído la siguiente carta:

Múnich, 2 de abril de 1857 Am Marienplatz n° 5.

Mi querida mamá, te ruego que me perdones, porque es una vergüenza que no te haya escrito aún, cuando ya llevo aquí ocho días; estoy muy ocupada con la cantidad de cosas interesantes que hay que visitar aquí, pero eso lo dejo para más adelante. Antes deseo preguntar si todos mis seres queridos estáis bien: tú y Thomas y Gerda y Erika y Christian y Tilda e Ida; eso es lo más importante.

¡Dónde no habré ido en estos días! Están la Pinacoteca y la Gliptoteca y el Hofbräuhaus y el Hoftheater y las iglesias y tantas otras cosas. Ya te lo contaré todo en persona, o no terminaría de escribir en mil años. También hemos hecho ya una excursión en coche al valle del Isar, y para mañana hemos planeado otra al Würmsee. Y así todo el tiempo. Eva se muestra realmente encantadora conmigo y el señor Niederpaur, el director de la fábrica de cerveza, es un hombre muy cordial. Vivimos en una bonita plaza en pleno centro que tiene una fuente en el medio, igual que la plaza del mercado de nuestra ciudad, y nuestra casa está muy cerca del ayuntamiento. Nunca había visto una casa como la de los Niederpaur. Está toda pintada, toda la fachada llena de san Jorges matando al dragón y antiguos príncipes bávaros con sus más lujosos trajes y adornos y escudos. ¡Imagináoslo!

Sí, Múnich me gusta muchísimo. Dicen que el aire de aquí es muy bueno para los nervios y, de momento, parece que estoy bien del estómago. Disfruto mucho bebiendo grandes cantidades de cerveza, tanto más cuanto que el agua no es nada buena; a la comida, sin embargo, no logro acostumbrarme. Demasiada poca verdura y demasiada harina, por ejemplo en las salsas, que son espantosas. Aquí no tienen ni la más remota idea de lo que es un lomo de ternera como Dios manda, porque los carniceros lo cortan todo en pedacitos que es una lástima. Y echo mucho de menos el pescado. Y luego, otro desatino es que se pasan el día comiendo ensaladilla de pepino y patata con cerveza, todo junto. Oigo cómo mi estómago protesta cada vez.

En general, hay que acostumbrarse primero a bastantes cosas, ya os lo imagináis; después de todo, estoy en un país extranjero. Por ejemplo, a la moneda distinta, a la dificultad de entenderse con la gente sencilla, con el servicio..., porque resulta que yo hablo demasiado rápido para ellos y, a mi parecer, ellos me contestan en un galimatías. Y luego el catolicismo; como bien sabéis, lo detesto, es que no me dice nada...

En este punto, el cónsul se echó a reír y, con un pedazo de pan untado con queso de hierbas en la mano, se recostó en el sofá. —Sí, Tom, tú te ríes... —había dicho su madre, golpeando el dedo corazón sobre el mantel unas cuantas veces—. Pero a mí me gusta que ella se mantenga tan fiel a la

confesión de sus padres y desprecie esas carnavaladas tan poco evangélicas. Ya sé que, en Francia y en Italia, nació en ti cierta simpatía por la Iglesia papal, pero eso no es religiosidad por tu parte, Thomas, sino otra cosa muy distinta, y también comprendo lo que es; eso sí, por más que no debamos mostrarnos intolerantes, la frivolidad en ciertas cosas merece un grave castigo, y he de rogar a Dios que, con el paso de los años, os otorgue la seriedad necesaria en este sentido a ti y a tu Gerda..., pues ya me he dado cuenta de que tampoco su fe es precisamente de las más firmes... Y perdona a tu madre este comentario.

En lo alto de la fuente —siguió leyendo en alto la consulesa—, que veo desde mi ventana, hay una Virgen María, y a veces le ponen coronas de flores, y la gente del pueblo se arrodilla con el rosario en la mano y reza, y es muy bonito de ver, pero también está escrito: «Retírate a tu celda». A veces se ven monjes por la calle y tienen un aspecto muy venerable. Pero, figúrate lo que me pasó ayer, mamá: en la Theatinerstrasse, pasó por mi lado no sé qué alto cargo de la iglesia en su coche, a lo mejor era el arzobispo, en fin; un caballero entrado en años... ¡Pues me echó una mirada desde la ventana digna de un teniente de la guardia! Ya sabes, madre, que no siento especial aprecio por tus amigos los misioneros y reverendos, pero Trieschke el Lacrimoso era una mosquita muerta al lado de este suitier de príncipe de la Iglesia...

—¡Ay, por Dios! —escapó de labios de la consulesa, escandalizada. — ¡Típico de Tony! —dijo el cónsul.

—¿Por qué típico, Tom?

—¡Jú no crees que ella debió de provocarle un poco... para ponerle a prueba? Conozco bien a mi hermana. Y seguro que esa «mirada de teniente de la guardia» la divirtió muchísimo..., lo cual, sin duda, sería la intención del anciano caballero.

La consulesa prefirió no entrar en más detalles y siguió leyendo:

Anteayer, los Niederpaur tuvieron invitados a cenar, y fue maravilloso, aunque yo no siempre era capaz de seguir la conversación y me parecía que, en muchas ocasiones, el tono era bastante equívoco. Incluso vino un cantante de la Hofoper que nos cantó varios Lieder, y un joven pintor que me pidió que posase para un retrato, aunque le dije que no porque no me pareció de recibo. Con quien mejor me entendí fue con un tal señor Permaneder... ¿A que nunca habrías imaginado que nadie pudiera apellidarse así? Es comerciante de lúpulo, un hombre agradable y divertido, ya maduro, y soltero. Me correspondió sentarme a su lado en la mesa y, como era el único protestante de toda la reunión, seguí conversando con él, y es que, a pesar de ser un buen ciudadano múnichés, su familia es de Núremberg. Me aseguró que conocía mucho nuestra empresa de nombre, y no te figuras, Tom, la ilusión que me hizo el tono de profundo respeto con que lo dijo. También me preguntó muy interesado cuántos hermanos éramos y ese tipo de cosas. Se interesó por Erika e incluso por Grünlich. A veces viene a visitar a los Niederpaur, y es muy posible que mañana nos acompañe en la excursión al Würmsee.

Bueno, mamá, he de despedirme porque no puedo seguir escribiendo. Si Dios lo quiere y me da salud, como tú siempre dices, me quedaré aquí tres o cuatro semanas más y luego podré hablaros de Múnich de viva voz, pues por escrito no sé ni por dónde empezar. Me gusta mucho, eso sí puedo asegurarlo; sólo haría falta enseñar a alguna cocinera a hacer salsas decentes. Ay, ya ves, soy una mujer vieja, mi vida ya está vivida y no me

queda nada que esperar de ella, pero si, por ejemplo, Erika, si Dios lo quiere y le da salud, se casase aquí, no tendría nada en contra..., he de admitirlo.

Aquí el cónsul tuvo que dejar de comer de nuevo para reclinarsse en el sofá y reírse.

—¡Nuestra Tony no tiene igual, madre! Y cuando intenta disimular, no tiene igual. La adoro porque es sencillamente incapaz de fingir, ni con mil millas de distancia de por medio...

—Sí, Tom —dijo la consulesa—. Es una buena niña que merece toda la felicidad del mundo.

Y terminó de leerle la carta.

CAPÍTULO II

A finales de abril, la señora Grünlich regresó a la casa de sus padres y, aunque de nuevo una parte de su vida estaba vivida, aunque reanudó la vieja rutina de asistir a las reuniones espirituales diarias y oír leer en voz alta a Lea Gerhardt en las «veladas de Jerusalén», era muy evidente que estaba contenta y esperanzada.

Nada más llegar a la ciudad y nada más cruzar el Holstentor, el cónsul, que había ido a recogerla a la estación (Tony había venido desde Büchen), no pudo evitar hacerle el cumplido de que, inmediatamente después de Clotilde, seguía siendo la más guapa de toda la familia; y ella le había respondido:

—Te odio, Tom. Mira que burlarte así de una mujer vieja... Bromas aparte, no dejaba de ser cierto: Madame Grünlich se conservaba muy bien y, por su espléndida cabellera rubio ceniza, peinada con raya en medio, un poco cardada por encima de las pequeñas orejas y recogida en un moño alto con una hermosa peineta de carey, por la expresión dulce que conservaban sus ojos azul grisáceo, por su labio superior pícaramente abultado, y por el fino óvalo y los suaves colores de su cara, nadie hubiera dicho que tenía treinta años, sino veintitrés. Llevaba unos pendientes largos de oro de una elegancia exquisita, con otra forma pero similares a los que en tiempos llevaba su abuela. Un corpiño no demasiado ajustado, de una tela sedosa ligera en tono oscuro con solapas de satén y hombreras de encaje, confería a su busto una graciosa dulzura.

Se encontraba de un humor excelente, como decíamos, y en las reuniones familiares de los jueves, cuando se reunían a comer el cónsul Buddenbrook y su esposa, las Buddenbrook de la Breite Strasse, los Kröger, Clotilde, Sesemi Weichbrodt y Erika, daba toda suerte de detalles de su estancia en Múnich, de la cerveza, de un plato típico de lo más peculiar que allí llamaban Dampfnudeln, del pintor que había querido retratarla y de los carruajes de la corte, que eran lo que más la había impresionado de todo. De pasada, mencionaba también a un tal señor Permaneder y, si daba la casualidad de que Pfiffi Buddenbrook hacía algún comentario acerca de lo agradable que debía de ser un viaje así por más que, al final, no hubiese traído consigo ningún resultado práctico, la señora Grünlich hacía oídos sordos con una dignidad infinita y echaba la cabeza hacia atrás, intentando, además, apoyar la barbilla en el pecho.

Cabe señalar que adoptó la costumbre de salir corriendo al rellano de la escalera cada vez que oía la campanilla de la cancela en el amplio portal

para ver quién venía... ¿Qué podía significar aquello? Probablemente, la única que conocía el secreto era Ida Jungmann, en tiempos niñera y ya vieja confidente de Tony, quien de vez en cuando le decía a ésta cosas como: «No te preocupes, mi nenita, ya verás como viene. Tampoco querrá parecer un *dujako*»²⁸.

Todos los miembros de la familia agradecieron a Antonie la alegría con que había regresado de su viaje; el ambiente de la casa necesitaba un soplo de aire fresco, sobre todo porque la relación entre el cabeza de la empresa y su hermano menor no había mejorado con el tiempo, sino que se había deteriorado hasta un extremo muy triste. Su madre, la consulesa, que seguía el asunto con gran preocupación, bastante tenía con mediar entre ambos. A los consejos maternos de que acudiese a la oficina con mayor regularidad, Christian había respondido con un silencio como ausente; ante los reproches de su hermano, había agachado la cabeza muy serio, desazonado y taciturno, y luego, durante unos pocos días, había puesto algo más de entusiasmo en la correspondencia con Inglaterra. No obstante, en el hermano mayor iba creciendo un sentimiento de desprecio impregnado de irritación hacia el hermano menor que no se suavizaba por el hecho de que éste aceptase sus ocasionales reproches sin defenderse, en actitud taciturna y con aquella mirada que no se quedaba fija en ninguna parte.

La agotadora actividad profesional y el estado de sus nervios no contribuían en absoluto a que Thomas pudiera mostrar interés o siquiera paciencia alguna ante los detalles que Christian les ofrecía sobre todo lo relacionado con él mismo, y cuando estaba con su madre o su hermana decía en tono indignado que aquéllos eran «los frívolos resultados de una autoobservación repulsiva».

El dolor, aquel tormento de procedencia desconocida en la pierna izquierda de Christian, había cedido en los últimos tiempos gracias a una serie de remedios; las dificultades para tragar, sin embargo, se repetían una y otra vez en la mesa, y a ello se había añadido una insuficiencia respiratoria pasajera, algo parecido al asma, de manera que Christian pasó semanas convencido de padecer tuberculosis, esforzándose en describir con toda suerte de pormenores, y arrugando la nariz, cómo se sentía y qué pensaba que iba a sucederle. Pidieron consejo al doctor Grabow. Éste diagnosticó que el corazón y los pulmones funcionaban a la perfección y que aquella dificultad respiratoria tenía su origen en la falta de actividad de ciertos músculos, y recomendó a Christian que se ayudase de un abanico y que inhalase el humo que producían unos polvos verdosos. El abanico le acompañaba incluso en la oficina, y a un comentario negativo del jefe respondió que, en Valparaíso, todo oficinista tenía su abanico, con el calor que hacía allí... Johnny Thunderstorm, por ejemplo... ¡Por Dios bendito! Ahora bien, un día en que no paraba quieto en el sillón, sacó los polvos verdes en medio de la oficina y llenó el cuarto de un humo verde tan espeso y maloliente que varias personas se pusieron a toser muy fuerte y el señor Marcus hasta se puso pálido como la cera... El hermano montó en cólera y se produjo un escándalo, una discusión terrible que hubiese conducido a una ruptura definitiva entre ambos de no ser porque intervino la consulesa, volvió a correr un tupido velo, apeló al sentido común y logró salvar la situación.

Pero no era sólo eso. También la vida que llevaba Christian fuera de su casa, y por lo general en compañía del doctor Gieseke, su amigo de la infancia, era un gran motivo de disgusto para el cónsul. Cierto es que él tampoco era un santurrón ni un aguafiestas. No había olvidado sus propios

²⁸ Del polaco, *durzyc*, «necio, tontaina» (*N de la T*).

amoríos de juventud. Sabía muy bien que su ciudad natal, aquella ciudad portuaria por cuyas calles paseaban los ciudadanos de venerabilísima posición y floreciente actividad comercial con inigualable gesto de rectitud, tampoco era precisamente un ejemplo de moralidad intachable. No sólo con pesados vinos y pesadas viandas se resarcía uno de las muchas horas pasadas sin moverse en la mesa de la oficina... Pero el afán de conservar los sólidos valores burgueses cubría como un denso manto todas aquellas libertades, y si la norma principal del cónsul era «guardar las apariencias», en eso representaba por entero la postura de sus conciudadanos. El doctor Gieseke, el abogado, era uno de los «hombres con estudios» que sabía adaptarse cómodamente a la forma de vida de los «comerciantes» sin dejar de ser un perfecto suitier, como cualquiera podía constatar al primer golpe de vista. Eso sí, al igual que los demás vividores con la conciencia tranquila, sabía qué cara poner en cada momento para evitar problemas y conseguir que, a pesar de todo, su actividad política y profesional gozara de un sólido prestigio. Acababa de hacerse público su compromiso con una joven de la familia Huneus; es decir, había sabido ganarse el acceso a la clase más alta de la sociedad del lugar, además de una sustanciosa dote. Participaba en los asuntos municipales con patente interés y corría el rumor de que tenía los ojos puestos en un escaño del ayuntamiento y, más allá, en el sillón del alcalde, el ya anciano doctor Oeverdieck.

Su amigo Christian Buddenbrook, en cambio (el mismo que, con paso decidido, había entregado su ramo de flores a Mademoiselle Meyer—de—la—Grange con las palabras: «Señorita, su interpretación ha sido maravillosa...»), dados su carácter y sus largos años de vagabundeo por el mundo, se había convertido en un suitier mucho más ingenuo y despreocupado y, en asuntos del corazón, era tan poco dado a guardar la discreción y la dignidad como en todo lo demás. Su relación con una actriz de reparto del teatro de verano, por ejemplo, fue objeto de mofa en la ciudad entera; y la señora Stucht, de la Glockengiesserstrasse, la que tenía trato con las clases más altas, no tenía reparo en transmitir a cualquier señora que quisiera oírlo que, una vez más, se había visto por la calle «al Krischan» con «la del Tívoli» a plena luz del día.

Pero ni siquiera eso se tomaba nadie a mal. La doble moral estaba demasiado generalizada en la ciudad como para escandalizarse de verdad. Christian Buddenbrook y, por ejemplo, el cónsul Peter Ddhlmann, a quien la inminente ruina de su negocio obligaba ahora a moderarse bastante en bastantes cosas, eran presencia obligada en cualquier reunión masculina y gozaban de la estima de todos a la hora de poner la nota divertida. Simplemente, nadie les tomaba en serio, no contaban para los asuntos importantes; era significativo que, en todas partes, en el Club, la Bolsa o en el puerto, se les llamase siempre por su nombre de pila, Krischan o Peter; y ello se prestaba a que ciertas personas malintencionadas, como los Hagenstrbm, no se rieran sólo con las historias y bromas de Christian sino directamente de él.

Él no pensaba en ello o, como hacía con todo lo demás, tras unos instantes de desazonada reflexión, terminaba ignorándolo. Sin embargo, su hermano, el cónsul, era muy consciente de aquello; era consciente de que Christian ofrecía un blanco perfecto a los enemigos de la familia, y... no era el único punto por el que podían atacarles. El parentesco con los Oeverdieck era lejano y, en cuanto falleciese el alcalde, perdería todo su valor. Los Kröger habían dejado de ser importantes, vivían retirados y tenían el penoso problema de su hijo... Aún no se había borrado del todo la mala impresión que dejara el matrimonio del difunto tío Gotthold con una mujer de clase

inferior... La hermana del cónsul estaba divorciada, aunque todavía no perdieran la esperanza de un segundo enlace. Y ahora, para colmo, el hermano menor era un tipo ridículo cuyas payasadas servían para que los caballeros respetables pasaran el rato entre risas, cordiales o sarcásticas, pero que no hacía sino contraer deudas y a fin de mes, cuando se quedaba sin dinero, no ocultaba que era el doctor Gieseke quien tenía que pagárselo todo... Una auténtica vergüenza para la Casa Johann Buddenbrook.

El desprecio enconado que Thomas mostraba hacia su hermano y que éste soportaba con taciturna indiferencia se hacía patente en todos esos detalles sutiles que sólo comparten los miembros de una familia que guardan estrechos vínculos entre sí. Si, por ejemplo, se hablaba de la historia de los Buddenbrook, tal vez Christian comenzaba a hablar de su ciudad natal y sus antepasados con seriedad, cariño y admiración (en un estado de ánimo que, por otra parte, resultaba muy raro en él y no le sentaba nada bien). Entonces el cónsul zanjaba la conversación con algún comentario frío. No podía soportarlo. Despreciaba a su hermano hasta tal punto que no le permitía amar nada que él mismo amase. Hubiera preferido mil veces que Christian se refiriese a aquellos temas en broma, remedando a Marcellus Stengel. Thomas había leído un libro, una obra histórica que le había causado una gran impresión y sobre la que pronunció encendidos elogios. Christian, que carecía de la capacidad de pensar con independencia y jamás habría dado con tal libro pero era muy impresionable e influenciado, se puso a leerlo enseguida, muy motivado y especialmente receptivo por las palabras del hermano, lo encontró magnífico y no tardó en hacer partícipe a la familia entera de qué, cómo y por qué motivo era tan magnífico... Thomas no quiso volver a saber nada de aquel libro. Sólo tuvo palabras frías e indiferentes al respecto. Fingió no haberlo leído apenas. Dejó que su hermano fuera el único en admirarlo.

CAPÍTULO III

El cónsul Buddenbrook regresaba a la Mengstrasse desde Armonía, el círculo de lectura para caballeros, donde había pasado una hora después del segundo desayuno. Entró en la finca por la parte trasera, no tardó en llegar al camino adoquinado que, por el lado del jardín y entre los muros cubiertos de plantas, comunicaba el patio trasero con el delantero, cruzó el amplio portal y preguntó en la cocina si su hermano se hallaba en la casa; cuando llegase, debían decirle que deseaba hablar con él. Luego recorrió las oficinas, donde los empleados, al verle pasar, se inclinaron sobre sus libros de cuentas con mayor diligencia, entró en su despacho privado, se deshizo del sombrero y el bastón, se puso el sobretodo que utilizaba para trabajar y se dirigió hacia su escritorio junto a la ventana, enfrente del señor Marcus. Entre sus cejas, cuya falta de color llamaba la atención, se veían dos surcos verticales. La colilla amarilla de un cigarrillo ruso se deslizaba inquieta de un lado al otro de la boca. Los movimientos que hacía para coger el papel y los útiles de escritorio eran tan bruscos y rápidos que el señor Marcus no pudo evitar acariciarse el bigote con dos dedos en actitud preocupada y lanzar una lenta mirada escrutadora a su socio, mientras que los empleados más jóvenes se miraban entre sí arqueando las cejas. El jefe estaba furioso.

Pasada media hora, en la que no se oyó otro ruido que el crujir de las plumas sobre el papel y el preocupado carraspeo del señor Marcus, el cónsul se asomó por encima de la cortinilla verde de la ventana y vio venir a Christian. Había estado en el Club tomando el desayuno y jugando una partida. Traía el sombrero un poco ladeado y agitaba en el aire su bastón amarillo, traído de «allá lejos», cuyo puño era el busto de una monja tallado en madera de ébano. Saltaba a la vista que su salud era tan buena como su humor. Tarareando alguna cancioncilla de moda, entró en la oficina y dijo:

—Muy buenos días, caballeros —era más bien por la tarde, una bonita tarde de primavera—. Pues nada, a ver si trabajamos un rato. Pero el cónsul se levantó y, al pasar junto a él, sin dignarse mirarle, le dijo:

—Querido hermano..., son dos palabras.

Christian le siguió. Atravesaron el portal bastante deprisa. Thomas había cruzado las manos a la espalda; sin querer, Christian hizo lo mismo, y parecía que iba apuntando a Thomas con su narizota, que, ganchuda y descarnada, destacaba entre las mejillas hundidas por encima de aquel largo bigote rojizo tan inglés. Al pasar por el patio, Thomas comentó:

—Tienes que acompañarme a dar un paseo por el jardín, amigo mío.

—Muy bien —respondió Christian. Y de nuevo se produjo un largo silencio, mientras recorrían el camino que bordeaba la fachada rococó del quiosco del jardín, donde ya se veían los primeros brotes nuevos.

—Acabo de tener un disgusto tremendo, y, por cierto, a consecuencia de tu comportamiento.

—Mi comportamiento...

—Sí. En el Armonía me han contado el comentario que hiciste ayer por la noche en el Club, y que me parece tan sumamente fuera de lugar, tan falto de tacto que no encuentro palabras... Y tu ignominioso comportamiento no ha tardado en saberse y pasarte factura. ¿Te importaría recordarme lo que pasó?

—Ah, bueno..., ya sé a lo que te refieres. ¿Quién te lo ha contado?

—Qué más dará eso. Dóhlmann. Y, obviamente, en un tono que también ha logrado divertir a quienes todavía no conocían la historia.

—Bueno, Tom..., tengo que decirte que... Hagenstróm me dio vergüenza ajena.

—Que te dio... Pero, ¿cómo tienes la desfachatez...? ¿Qué te has creído? —gritó el cónsul, interpellándole con excitados gestos: estirando los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, y sacudiéndolos al tiempo que ladeaba la cabeza—. En mitad de una reunión compuesta de comerciantes y de hombres con estudios, se te ocurre decir bien alto, para que lo oigan todos, que, en el fondo, bien mirado, todo comerciante es un estafador... Tú, que también eres comerciante, miembro de una empresa que con sus cinco sentidos persigue una integridad absoluta, una solidez intachable...

—¡Por Dios bendito, Thomas, estaba de broma! Aunque..., hombre, en el fondo... —añadió Christian arrugando la nariz y ladeando un poco la cabeza. Y en esa postura dio varios pasos.

—¡De broma, de broma! —siguió gritando el cónsul—. Yo también me creía capaz de entender una broma, pero ya has visto cómo se la tomaron ayer. «Yo, por mi parte, tengo mi profesión en muy alta estima», dicen que te respondió Hermann Hagenstróm. Y tú allí sentado, tan tranquilo... Un tipo como tú que no hace nada a derechas, que no siente ningún respeto hacia su profesión...

—Desde luego, Tom, ¿a ti qué te parece? Nos aguó la fiesta a todos. La gente se estaba riendo como si me dieran la razón. Y entonces va ese

Hagenstróm y dice más serio que en un entierro: «Yo; por mi parte...». ¡Menudo imbécil! Me dio auténtica vergüenza ajena. Ayer noche aún estuve dándole vueltas en la cama, y me producía unos sentimientos muy especiales... No sé si sabes a lo que me refiero...

—No me calientes la cabeza, te lo ruego. ¡No me calientes la cabeza! —le interrumpió el cónsul. Todo su cuerpo temblaba de cólera—. De acuerdo, te doy la razón en que la respuesta estaba un poco fuera de lugar en tal ambiente, que era de mal gusto. Pero uno tiene que seleccionar de antemano con qué personas puede hacer bromas semejantes..., suponiendo que deban hacerse, que ya es mucho suponer..., y no se expone tan ingenuamente a una réplica tan ofensiva. Porque Hagenstróm no hizo sino aprovechar la ocasión para atacarnos, sí, para atacarnos a los dos. ¿O es que no sabes lo que significa ese «yo, por mi parte»? Significa: «¿A esas brillantes conclusiones llega usted trabajando en las oficinas de su hermano, señor Buddenbrook?». Eso significa, ¡borrico!

—Hombre..., borrico... —dijo Christian con gesto de apuro y desasosiego.

—No estás solo en este mundo como para hacer lo que te venga en gana —prosiguió el cónsul—, pero, a pesar de todo, a mí debería resultarme indiferente que te pongas en ridículo a ti mismo. ¡Y con qué no te pones tú en ridículo! —exclamó. Estaba pálido y, en las sienes, en las marcadas entradas del cabello, se veían con claridad sus múltiples venillas azules. Tenía una ceja levantada y hasta las puntas del bigote, rígidas y estiradas con las tenacillas, revelaban ira, mientras acompañaba sus palabras con bruscos gestos con la mano, como si lanzase algo al suelo de gravilla a los pies de Christian—. ¡Te pones en ridículo con tus amoríos, con tus arlequinadas, con tus enfermedades, con esos remedios para tus enfermedades...!

—Oh, Thomas —dijo Christian, que meneó la cabeza muy serio y levantó el dedo índice de una forma un tanto torpe—, respecto a eso, es que hay que entender bien cómo son las cosas, ¿sabes? El caso es que... Uno tiene que mantener tranquila su conciencia, ¿entiendes lo que te quiero decir? No sé si sabes a lo que me refiero... Grabow me recetó un unguento para los músculos del cuello... Pues bien, si no lo utilizo, si no me tomo la molestia de ponérmelo, me siento perdido y sin saber qué hacer, inquieto e inseguro y angustiado y totalmente desorientado y no puedo tragar. En cambio, si hago caso al doctor, siento que he cumplido con mi deber, que todo está en orden; entonces tengo la conciencia tranquila, estoy sereno y contento, y no tengo ningún problema para tragar. El unguento en sí, creo yo, no es... ¿Me entiendes? Pero el caso es que la primera sensación sólo puede remediarse con la segunda sensación, con una contrasensación... ¿Entiendes lo que te quiero decir?... Es que no sé si sabes a qué me refiero.

—¡Sí, sí, muy bien! —exclamó el cónsul y, durante un instante, se sujetó la cabeza con ambas manos—. ¡Pues hazlo! ¡Haz lo que tengas que hacer! ¡Pero no nos lo cuentes! ¡No lo proclames y nos calientes la cabeza! ¡Deja en paz a los demás con tu repulsiva autoobservación! ¡Ese indecoroso afán de contarle todo con tanto detalle también te pone en ridículo de la mañana a la noche! Pero una cosa te digo, y te la repito: me resulta indiferente si te pones en ridículo, pero que seas tú solito el que queda en ridículo. Porque te prohíbo, ¿me oyes bien?, te prohíbo que comprometas a la empresa como hiciste anoche.

Christian no respondió; se limitó a pasarse una mano por los ralos cabellos rojizos y, con una desazonada seriedad en el rostro, se puso a mirar a todas partes sin fijar la vista en ninguna, como ausente. Era evidente que

aún estaba dando vueltas a lo último que había dicho. Reinó el silencio durante un momento. Thomas dio algunos pasos con la calma aparente que trae consigo la desesperación.

—Dices que todos los comerciantes son estafadores —continuó—. Muy bien. ¿Estás harto de tu profesión? ¿Lamentas haberte hecho comerciante? En su momento, pediste permiso a nuestro padre...

—Sí, Tom —dijo Christian meditabundo—. Sin duda, me gustaría mucho más hacer una carrera universitaria. Ah, la universidad, debe de estar muy bien... Uno va cuando le apetece, a su libre albedrío, se sienta y escucha lo que le cuentan, como en el teatro.

—¡Como en el teatro! ¡A un café chantant es a donde deberías ir, pero a dar la función tú! ¡Y no lo digo en broma! Estoy plenamente convencido de que ése es tu sueño inconfesado —afirmó el cónsul, y Christian, desde luego, no lo negó; taciturno, miraba a un lado y a otro sin fijar la vista.

—Y tienes la desfachatez de hacer un comentario semejante, tú que no tienes ni idea... pero ni la más remota idea de lo que es el trabajo; tú que te pasas la vida en el teatro y las fiestas y vete a saber dónde, buscando una serie de sensaciones y estados de ánimo a los que luego puedes dar vueltas, y observarlos y analizarlos y exponerlos públicamente con el más indecoroso lujo de detalles...

—Oh, sí, Tom —dijo Christian un poco atribulado y volvió a pasarse la manos por la cabeza—. Eso es cierto; lo has expresado muy bien. Esa es la diferencia entre tú y yo, ¿ves? A ti también puede gustarte ver una obra de teatro, y en tus años mozos, dicho aquí, entre nosotros, también tuviste tus amoríos y pasaste una época en que te gustaba mucho leer novelas y poemas y cosas así... Pero siempre has sabido muy bien cómo conciliar eso con el trabajo y el orden y con las cosas serias de la vida... Y yo no soy capaz, ya ves. Porque a mí eso otro, todo lo que no son las cosas serias, ¿sabes?, me absorbe por completo, hasta el punto de que no me quedan fuerzas para nada más. No sé si sabes a lo que me refiero...

—¡De modo que, encima, eres consciente de ello! —gritó Thomas, y se quedó quieto, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¡Lo reconoces con la cabeza gacha y ni siquiera eres capaz de hacer nada para corregirte! ¿Es que eres un perro, Christian? Uno tiene su orgullo, ¡por Dios del Cielo! Uno no vive una vida que ni siquiera es capaz de defender. ¡Pero tú eres así! Ésa es tu naturaleza. Te conformas con tomar conciencia de una cosa, entenderla y saber describirla... ¡No, mi paciencia ha llegado a un límite, Christian! —y el cónsul retrocedió un paso mientras abría los brazos bruscamente—. ¡Se ha terminado! ¡Como lo oyes! Tú cobras tus honorarios pero jamás apareces por la oficina... Eso no es lo que me saca de quicio. Por mí puedes ir donde te dé la gana y arruinar tu vida con las payasadas que te dé la gana. ¡Pero nos estás comprometiendo a todos con las cosas que haces y dejas de hacer! ¡Eres como un tumor, un órgano enfermo en el cuerpo de nuestra familia! Eres pernicioso aquí, en esta ciudad, y si esta casa fuera la mía, te echaba, ¡te echaba ahora mismo por esa puerta! —E hizo un desaforado movimiento con el brazo señalando hacia el jardín, el patio y el portal... Estaba fuera de sí. La rabia acumulada durante tanto tiempo le había hecho estallar.

—¡Qué cosas dices, Thomas! —dijo Christian. Por un momento, se mostró indignado, algo ciertamente extraño en él. Estaba allí, de pie, en una postura bastante frecuente en las personas con las piernas torcidas: un poco encorvado y con la cabeza, el vientre y las rodillas hacia delante, con una forma parecida al signo de interrogación; y al igual que le sucedía a su padre cuando se enfadaba, alrededor de sus ojillos redondos y hundidos, abiertos

hasta donde podían abrirse, aparecieron dos franjas rojas que llegaban hasta las mejillas—. ¡Mira que hablarme en ese tono! —dijo—. ¿Qué te he hecho yo? Pues ya me voy yo por mi cuenta, no hace falta que me echés. ¡Bah! —añadió en tono de sincero reproche a su hermano y acompañó esta expresión cerrando el puño en el aire a gran velocidad, como si hubiera cazado una mosca.

Curiosamente, Thomas no le replicó levantando aún más la voz, sino que bajó la cabeza en silencio y echó a andar de nuevo por el camino que bordeaba el jardín. Parecía satisfecho, casi le había sentado bien conseguir que su hermano se enfadase por una vez..., que reaccionase enérgicamente, que protestase por una vez en su vida.

—Puedes creerme —le dijo muy tranquilo, de nuevo con las manos cruzadas a la espalda—: lamento mucho haber tenido esta discusión contigo, Christian, pero era inevitable. Estas escenas en el seno de una familia son terribles, pero alguna vez teníamos que decirnos las cosas claras... y podemos hablar de lo que sea con toda calma. Por lo que veo, no te gusta la situación en que te encuentras, ¿me equivoco?

—No, Tom, estás en lo cierto. ¿Lo ves? Al principio estaba muy, muy contento... y he de reconocer que aquí es todo mucho más fácil que en cualquier empresa ajena. Sin embargo, creo que lo que me falta es independencia... Siempre te he envidiado cuando te veía sentado trabajando, porque para ti no es trabajo; no trabajas porque no tengas más remedio que hacerlo, sino en calidad de jefe, de cabeza de la empresa, y tienes a otras personas trabajando a tu cargo y haces tus cálculos y mandas y eres libre... Eso es muy distinto...

—Bien, Christian, ¿y no podías haberlo dicho antes? Tienes toda la libertad del mundo para establecerte de forma más independiente o incluso para independizarte del todo. Ya sabes que nuestro padre nos dejó a cada uno de nosotros un legado inmediato de cincuenta mil marcos, y sabes también que estoy dispuesto a entregártelo para cualquier proyecto razonable y sólido. En Hamburgo o donde sea, siempre hay suficientes negocios seguros y más o menos limitados que necesitan un aumento de su capital y en los que podrías entrar como nuevo socio. Vamos a pensarlo bien cada uno por nuestra cuenta y, cuando sea oportuno, lo consultaremos con mamá. Ahora tengo trabajo, y tú todavía podrías encargarte de la correspondencia con Inglaterra durante algunos días. Si me disculpas...

—¿Qué te parecería, por ejemplo, H. C. E Burmeister & Cía., en Hamburgo? —le preguntó ya desde el portal—. Importación y exportación. Conozco al jefe. Estoy seguro de que accedería.

Esta conversación tenía lugar a finales de mayo de 1857. A comienzos de junio, Christian se marchó a Hamburgo, pasando por Büchen. Una grave pérdida para el Club, el Stadttheater, el Tívoli y para todos los caballeros de vida disipada de la ciudad. Varios suitiers, entre ellos el doctor Gieseke y Peter Dóhlmann, fueron a despedirle a la estación y le llevaron flores y hasta puros..., todos muertos de risa, sin duda recordando las múltiples historias de Christian. Al final, el doctor Gieseke, el abogado, entre los vítores de todos, le prendió una enorme condecoración de papel dorado en el abrigo. Aquella «orden del mérito» procedía de un local que había cerca del puerto, una fonda en la que, por las noches, encendían un farolillo rojo encima de la

puerta, lugar de amistosos encuentros y diversión garantizada, y se le concedía a Krischan Buddenbrook por las gloriosas hazañas allí realizadas.

CAPÍTULO IV

Sonó la campanilla de la cancela y, según su nueva costumbre, la señora Grünlich salió al rellano para asomarse al portal a través de los barrotes de la escalera, de madera lacada en blanco. No se habría abierto del todo la puerta cuando, con un movimiento muy brusco, se agachó aún más para mirar quién era, retrocedió sobresaltada, se llevó el pañuelo a la boca con una mano, y se arregló las faldas con la otra y echó a correr escaleras arriba ligeramente encorvada. En el descansillo del segundo piso se encontró con Mamsell Jungmann, a quien susurró algo al oído con voz de estar a punto de morir y quien, a su vez, de la alegría y del susto exclamó algo en polaco que sonó como: *iMeiboschekochhane!*²⁹.

En ese momento, la consulesa Buddenbrook estaba sentada en el salón de los paisajes tejiendo una bufanda, una mantita o algo similar con dos grandes agujas de madera. Eran las once de la mañana.

De repente, llegó la criada por la sala de columnas, llamó a la puerta cristalera y, arrastrando los pies, se acercó a la consulesa para entregarle una tarjeta de visita. La consulesa tomó la tarjeta, se colocó las gafas, pues las necesitaba para hacer labores, y la leyó. Luego alzó la vista hacia la cara colorada de la muchacha, volvió a leer la tarjeta y volvió a mirar a la muchacha. Finalmente, en tono amable pero firme, dijo:

—¿Qué es esto, querida? ¿Qué significa?

En la tarjeta estaba impreso: «X. Noppe & Cía.», pero tanto «X. Noppe» como el signo «&» estaban tachados con un grueso trazo de tinta azul, de manera que sólo quedaba el «Cía.».

—Verá señ'a consulesa —dijo la criada—, es un señor que habla una cosa mu' rara, yo creo que alemán no es...

—Dígale a ese caballero que pase —dijo la consulesa, comprendiendo que su visitante debía de ser «Cía.»—. La criada se marchó. Al poco volvió a abrir la puerta cristalera y cedió el paso a un hombre rechoncho que, durante un instante, se quedó de pie en la sombra, al fondo de la habitación, y de cuya boca salieron luego unos sonidos muy extraños, muy abiertos, que parecían querer decir:

—Tengo el honor.

—Buenos días —dijo la consulesa—, ¿no desea usted acercarse? —Apoyó la mano suavemente en el sofá e hizo ademán de levantarse, pues dudaba sobre si debía o no levantarse.

—Me he toma'o la libertá'... —respondió el caballero, de nuevo con una entonación muy relajada y cantarina, mientras hacía una cortés reverencia y daba dos pasos atrás, después de lo cual se quedó quieto y miró a su alrededor buscando algo..., por ejemplo, un lugar para sentarse o para dejar el sombrero y el bastón, pues llevaba ambos consigo, incluso el bastón, que tenía un puño curvo en forma de garra y podía medir perfectamente pie y medio.

²⁹ Del polaco *Mój boze kocharryu*, más o menos equivalente a «¡Por Dios bendito!». (*N de la T*).

Era un hombre de unos cuarenta años. Bajo y rollizo, llevaba una levita de escote muy abierto de loden marrón, un chaleco claro de flores que cubría su pronunciada barriga y sobre el que se veía una cadena de reloj de oro con un auténtico ramillete —por no decir colección— de colgantes de cuerno, hueso, plata y coral, y unos pantalones de un color verde grisáceo indefinible, demasiado cortos y de una tela tan sumamente tiesa que el borde inferior quedaba flotando alrededor de la caña de las botas, bajas y anchas. El bigote rubio claro y poco espeso, más bien una hilera de flecos colgando sobre la boca, confería a su cabeza redonda como una bola, con su nariz chata y sus cabellos despeinados y muy finos, cierto parecido con una foca. A diferencia del bigote, la perillita que el desconocido llevaba sólo entre el labio inferior y la barbilla se veía crespa y dura. Las mejillas eran de una gordura extraordinaria, tan rellenas y restallantes que parecían comprimir los ojos hasta reducirlos a dos mínimas rajitas de color azul claro con unas finas arrugas en los ángulos. Esos ojillos daban a aquel rostro tan lleno de carne una peculiar expresión, una mezcla de irritación y bonhomía risueña, torpe y conmovedora. Por debajo de la pequeña barbilla se veía una pronunciada línea que desembocaba en la corbata de lazo blanca y estrecha..., la línea de un cuello que más parecía el buche de un ave y que no hubiese podido soportar las camisas almidonadas. La parte inferior de la cara y el cuello, la coronilla y la—nuca, las mejillas y la nariz..., apenas se apreciaba la transición entre una cosa y la otra; el rostro entero era un tanto amorfo, todo eran redondeces que, en algún momento, se convertían en otras redondeces. Por consiguiente, toda la piel estaba mucho más tirante de lo normal y mostraba unas ásperas rojeces en algunos puntos, como los lóbulos de las orejas o las aletas de la nariz. En una de las manos, de dedos cortos, blancos y gordezuelos, sostenía el bastón, en la otra, un sombrerito tirolés verde, adornado con unas barbas de gamuza.

La consulesa se había quitado las gafas y seguía con la mano apoyada en el sofá, medio incorporada.

—¿Qué se le ofrece? —dijo en tono amable pero firme. Entonces, el caballero, con un movimiento decidido, dejó el sombrero y el bastón sobre la tapa del armonio, se frotó las manos —al fin libres— con satisfacción, lanzó a la consulesa una calurosa mirada desde sus ojillos claros y acuosos y dijo en bávaro:

—Le ruego a la honorable señora que disculpe lo de la tarjeta; es que no tenía otra a mano. Mi nombre es Permaneder, Alois Permaneder de Múnich. A lo mejor la honorable señora ha oído mencionar mi nombre a su señora hija.

Lo dijo en voz muy alta y con una entonación harto ordinaria, en aquel terrible dialecto suyo lleno de contracciones abruptas de las terminaciones, vocales abiertas y consonantes ensordecidas, pero con una chispa de confianza en los ojos, que venía a decir: «Ya nos entendemos».

La consulesa se había decidido a ponerse de pie y se acercó a ella con los brazos estirados y la cabeza un poco ladeada. —¡Señor Permaneder! De modo que es usted... Por supuesto que mi hija nos ha hablado de usted. Sé lo mucho que contribuyó a hacer su estancia en Múnich más agradable y entretenida. ¿De modo que algún asunto le trae ahora por nuestra ciudad?

—Pues eso y tal —dijo el señor Permaneder y se dejó caer en la butaca que la consulesa le había señalado con un elegante gesto, junto a ella, y, con total naturalidad, comenzó a frotarse los cortos y gruesos muslos con las dos manos.

—¿Cómo dice? —preguntó la consulesa.

—Pues que eso y que tal —respondió el señor Permaneder y dejó de frotarse los muslos.

—¡Qué bien! —dijo la consulesa sin haber entendido nada, y se reclinó en el respaldo con las manos en el regazo, fingiendo satisfacción. Sin embargo, el señor Permaneder se dio cuenta; se inclinó hacia delante, Dios sabe por qué describió varios círculos en el aire con la mano y, con un tremendo esfuerzo, dijo: —Claro, la honorable señora pues... se asombra.

—Sí, sí, mi querido señor Permaneder, así es —contestó la consulesa con alegría, y, una vez solucionado aquel asunto, se hizo un silencio. Pero para llenar aquel silencio, el señor Permaneder, con un doliente suspiro, exclamó:

—¡Ay, Señor, qué cruz!

—¿Cómo dice usted? —preguntó la consulesa, y sus ojos claros se deslizaron un poco hacia un lado.

—¡Si es que es una cruz! —repitió el señor Permaneder muy fuerte y en un tono tremendamente vulgar.

—¡Qué bien! —dijo la consulesa conciliadora; y así quedó zanjado también eso—. ¿Y me permite preguntarle... —prosiguió qué le ha traído tan lejos de su hogar, mi querido caballero? Es un largo viaje desde Múnich hasta aquí...

—Cosa de negocios —respondió el señor Permaneder girando su pequeña mano en el aire hacia un lado y otro—. Una cosilla de negocios, mi venerada señora, con la fábrica de cerveza «zur Walkmühle».

—¡Ah, claro, usted era comerciante de lúpulo, mi querido señor Permaneder! Noppe & Cía., ¿verdad? Sepa usted que he oído hablar mucho, y todo bueno, de su empresa a mi hijo, el cónsul —dijo la consulesa cortésmente.

El señor Permaneder, sin embargo, parecía reacio a entrar en detalles.

—Eso ya está. No se hable más. ¡Bah! El caso es que tenía yo muchas ganas de pasarme a hacer una visita a la venerable señora y de volver a ver a la señora Grünlich. ¡Anda que eso no basta para sacudirse la pereza del viaje!

—Le doy las gracias —dijo la consulesa de corazón, tendiéndole de nuevo una mano, con la palma hacia arriba y muy abierta—. ¡Entonces, habrá que anunciarle su visita a mi hija! —añadió, y se levantó y dirigió hacia la banda bordada que colgaba junto a la puerta cristalera y que accionaba una campanilla para llamar al servicio.

—¡Ay, sacramento del cielo, qué alegría que me voy a llevar! —exclamó el señor Permaneder, siempre en su chirriante bávaro, y se volvió hacia la puerta con butaca y todo.

La consulesa ordenó a la muchacha:

—Dile a Madame Grünlich que baje, querida y regresó a sentarse en el sofá, con lo que el señor Permaneder volvió a girarse con su butaca.

—¡Qué alegría que me voy a llevar!... —repitió como ausente, contemplando los tapices, el gran tintero de porcelana de Sévres que había sobre el secreter y los muebles. Luego dijo varias veces

«¡Ay, Señor, qué cruz!, ¡si es que es una cruz!» al tiempo que se frotaba las rodillas y suspiraba profundamente sin motivo aparente. Con eso vino a llenar el tiempo hasta que apareció la señora Grünlich.

Era obvio que ella se había arreglado un poco, se había puesto un corpiño de color claro y se había retocado el peinado. Su rostro se veía más luminoso y bello que nunca. La puntita de la lengua jugueteaba pícaramente en una comisura de los labios... Apenas entró en el salón, el señor Permaneder se puso en pie de un salto y echó a andar hacia ella con el más vehemente

entusiasmo. Todo él comenzó a agitarse. Se agarró a las dos manos de Tony, las sacudió y exclamó:

—¡Ay, la señora Grünlich! ¡Con Dios, con Dios! ¿Cómo le ha ido en todo este tiempo? ¿Qué ha estado haciendo por aquí por el norte? Jesús, qué contento estoy! ¿Todavía se acuerda alguna vez de la ciudad de Múnich y de nuestras montañas? ¡Ay Señor, lo bien que nos lo pasamos! ¡Santo sacramento! Y mire, ¡aquí estamos otra vez! Quién lo iba a decir...

Tony, a su vez, también lo saludó muy efusivamente, acercó una silla y comenzó a charlar con él sobre aquellas semanas en Múnich. La conversación fluyó entonces con gran facilidad, y la consulesa la siguió asintiendo con la cabeza con expresión tolerante para animar al señor Permaneder, traduciendo para sus adentros algunos de aquellos extraños giros al alemán que se aprende en los libros y reclinándose luego en el sofá, satisfecha de haberlos entendido.

El señor Permaneder hubo de repetir ante la señora Antome el motivo de su estancia en la ciudad, pero concedió tan poca importancia a aquella «cosilla de negocios» con la fábrica de cerveza que en verdad daba la sensación de que no tenía nada que hacer allí. Por su parte, preguntó con gran interés por la otra hija y los hijos varones de la consulesa y expresó en voz bien alta cuánto lamentaba la ausencia de Clara y de Christian, «con las ganas que traía de conocer a la familia en pleno».

Sobre la duración de su estancia en la ciudad no dio más que muy vagas indicaciones; no obstante, cuando la consulesa comentó: «En cualquier momento llegará mi hijo para el segundo desayuno, señor Permaneder. ¿Nos hará usted el honor de acompañarnos?», aceptó la invitación incluso antes de que terminara de ser formulada y de tan buen grado que se diría que estaba esperándola.

Llegó el cónsul. Al encontrar vacío el salón del desayuno, había acudido al salón sin quitarse el sobretodo que se ponía en la oficina, con prisa, un tanto cansado y desbordado por sus obligaciones, para anunciar que venía a tomar un tentempié rápido. Sin embargo, en cuanto vislumbró al invitado desconocido, con todos aquellos cachivaches colgando de la cadena del reloj y aquella chaqueta de loden, y luego el sombrero decorado con las barbas de gamuza sobre el armonio, alzó la cabeza con gesto atento; y en cuanto oyó pronunciar aquel nombre que tantas veces había oído de labios de la señora Antonie, lanzó una rápida mirada a su hermana y saludó al señor Permaneder con las palabras más amables y encantadoras que conocía. Ni siquiera tomó asiento. Todos pasaron directamente a la entreplanta, donde Mamsell Jungmann había puesto la mesa y ya se oía el suave zumbido del samovar: un samovar auténtico., regalo del reverendo Tiburtius y su esposa.

—¡Da gusto ver lo bien que vivimos aquí! —dijo el señor Permaneder al sentarse y echar un vistazo al surtido de platos fríos que había sobre la mesa... De vez en cuando, sin inmutarse y como si fuera lo más natural del mundo, se dirigía a sus huéspedes de tú; eso sí, al menos lo suavizaba con alguna primera persona del plural.

—En fin, no es cerveza Hofbräu, señor Permaneder, pero con todo sabe bastante mejor que la que se fabrica aquí en nuestra tierra. —Y el cónsul le sirvió un vaso de la Porter que él mismo solía tomar a esa hora.

—Muchas gracias, vecino —dijo el señor Permaneder con la boca llena, sin percatarse de la mirada de espanto que acaba—

ba de lanzarle Mamsell Jungmann. Con la Porter, en cambio, se mostraba tan recatado que la consulesa mandó subir una botella de vino tinto, gracias a la cual el invitado bávaro recuperó el buen humor y retomó la charla con la

señora Grünlich. Su oronda barriga le obligaba a sentarse bastante lejos de la mesa y con las piernas muy abiertas, y por lo general mantenía uno de sus cortos brazos, con aquellas manos tan pequeñas, blancas y finas, colgando perpendicular al asiento, mientras escuchaba lo que le decía o le respondía Tony con la cabeza ligeramente ladeada —aquella cabeza enorme con bigotes de foca—, con una expresión de felicidad pese a la incomodísima postura, y un cándido brillo en las dos mínimas ranuritas que eran sus ojos.

Como él no tenía ninguna práctica, ella le preparaba los arenques en salmuera, quitándoles las espinas con encantadores movimientos, y no dudaba en intercalar alguno de sus típicos comentarios sobre la vida...

—¡Ay, por Dios, señor Permaneder, qué triste es que todas las cosas buenas y bellas de la vida pasen tan deprisa! —dijo en alusión a su estancia en Múnich, y dejó el cuchillo y el tenedor en el plato un instante y alzó la vista hacia el techo. Además, también ella hacía algún que otro intento, tan gracioso como poco logrado, de hablar en bávaro.

Mientras comían llamaron a la puerta, y el aprendiz de las oficinas trajo un telegrama. El cónsul lo leyó, dejando que la larga punta del bigote se deslizase muy lentamente entre los dedos, y, aunque era evidente su intensa concentración en el contenido del telegrama, no dejó de preguntar en tono ligero:

—¿Cómo van sus negocios, señor Permaneder?... Está bien —dijo acto seguido al aprendiz, y el chico se retiró.

—¡Ay, vecino! —respondió el señor Permaneder; se volvió hacia él con la torpeza propia de un hombre que tiene un cuello muy grueso y rígido, y entonces dejó el otro brazo colgando perpendicular al asiento—. ¡Qué le voy a contar, si es que es una cruz!

Mire que Múnich —siempre pronunciaba el nombre de su ciudad de tal forma que tan sólo se podía adivinar a qué se refería—, Múnich no es una ciudad comercial... Allí lo que queremos es estar tranquilos y en paz. Y los telegramas no los leemos mientras estamos comiendo... ¡Ay, eso sí que no! Aquí en el norte tienen ustedes otro empuje, otra cosa... ¡Santo sacramento! Oh, muchas gracias, sí que me tomaré otra copa... ¡Señor, qué cruz! Mi socio, el Noppe, no para de decir que quería irse a Núremberg porque allí está la Bolsa y tienen otro espíritu emprendedor..., pero yo no me voy de mi Múnich, ¡eso sí que no! ¡Si es que es una cruz! Fíjese que luego está la condenada competencia, la condenada... y la exportación, si es que es para echarse a reír. Hasta en Rusia dicen que dentro de nada van a empezar a plantar sus propias... —De pronto, lanzó una mirada inusualmente rápida al cónsul y dijo —: Bueno... ¡No he dicho nada, vecino! El negocio no está mal, parece que la cosa marcha. Ganamos nuestro buen dinero con la sociedad de acciones de la fábrica en la que es director el Niederpaur, ya sabe. Es una sociedad muy chiquita, pero le hemos concedido nuestro crédito y unos dineros en efectivo... al cuatro por ciento, con una hipoteca para que pudiesen ampliar el edificio. Y ahora están haciendo un buen negocio y nosotros recibimos un porcentaje y unos ingresos anuales... ¡Ah, no está mal la cosa! —concluyó el señor Permaneder.

Rehusó muy agradecido servirse un puro o un cigarrillo, pidió permiso y sacó su larga pipa de asta de ciervo del bolsillo y, envuelto en humo, entabló una animada conversación de negocios con el cónsul que luego derivó hacia el terreno político para tratar de la relación entre Baviera y Prusia, y del rey Maximiliano y el emperador Napoleón..., una conversación que el señor Permaneder aderezaba de cuando en cuando con unos giros absolutamente incomprensibles y cuyos silencios llenaba con profundos suspiros sin

aparente conexión con el tema, coma «¡Ay, Señor, qué cruz!» o «¡Eso sí que son historias!».

El asombro de Mamsell Jungmann era tal que se olvidaba de masticar aunque tuviese la boca llena, estaba muda y no podía apartar sus brillantes ojos castaños de aquel invitado y, como tenía por costumbre, mantenía cuchillo y tenedor en alto, perpendiculares a la mesa y balanceándolos suavemente. Jamás habían llegado a aquellas salas sonidos semejantes, jamás las había envuelto semejante humo de pipa, jamás se había visto allí semejante comportamiento, semejante falta de maneras y semejante campechanía... La consulesa, tras interesarse con gran preocupación por las dificultades a las que debía de estar expuesta una comunidad protestante tan reducida entre tantos papistas, continuó en su actitud amable y continuó sin entender lo que oía, y se diría que Tony, en el curso de la comida, se había tornado un poco taciturna e inquieta. El cónsul, en cambio, se divirtió enormemente, incluso instó a su madre para que mandase subir una segunda botella de vino tinto, e insistió en invitar al señor Permaneder a visitarle en su casa de la Breite Strasse; su esposa tendría mucho gusto en conocerle.

A las tres horas cumplidas de su llegada, el comerciante de lúpulo hizo ademán de querer marcharse, vació su pipa, vació su copa, declaró que alguna cosa era «una cruz» y se levantó.

—Un honor, venerable señora... Quede con Dios, señora Grünlich... Con Dios, señor Buddenbrook...

Al oír que llamaba así al cónsul, sin el título que le correspondía, Ida Jungmann incluso sintió un escalofrío y le cambió el color.

—Adiós. Buenas tardes, señorita.

¡Un tipo que, al marcharse, decía «Adiós. Buenas tardes»!

La consulesa y su hijo intercambiaron una mirada... El señor Permaneder había expresado su intención de regresar al modesto hostel junto al Trave en el que se había instalado al llegar...

—La amiga muniquesa de mi hija y su esposo —dijo la venerable señora consulesa, ya entrada en años, acercándose de nuevo al señor Permaneder— se encuentran muy lejos, y no parece

que vayamos a tener una ocasión inmediata para agradecerles la hospitalidad con que acogieron a mi hija. Así pues, si usted, señor Permaneder, quisiera hacernos el honor de quedarse con nosotros mientras esté en nuestra ciudad..., aquí sería bienvenido de todo corazón.

Le tendió la mano, y he aquí que el señor Permaneder no vaciló un segundo en decir que sí. Tan presto y gustoso como había aceptado la invitación al desayuno, aceptó la invitación a alojarse en la casa, besó la mano a ambas señoras, para lo cual puso una cara muy rara, recogió su bastón y su sombrero del salón de los paisajes, dijo que mandaría traer su maleta de inmediato, prometió estar de vuelta a las cuatro y media, cuando hubiese resuelto sus asuntos de negocios, y dejó que el cónsul le acompañase escaleras abajo. Al llegar a la cancela, sin embargo, se volvió hacia él una vez más y, meneando la cabeza en señal de callado entusiasmo, le dijo:

—Ya verá qué bien, vecino. Su señora hermana... ¡Ay, bien buena chica que es! Quede con Dios —y, todavía meneando la cabeza, se marchó:

El cónsul sintió una necesidad imperiosa de subir de nuevo a la casa para ver cómo estaban su madre y su hermana. Ida Jungmann ya corría por la casa con las sábanas limpias para preparar una de las habitaciones del pasillo.

La consulesa seguía sentada a la mesa del desayuno, con los ojos clavados en una mancha del techo, y sus blancos dedos tamborileaban suavemente sobre el mantel. Tony estaba sentada junto a la ventana, con los brazos cruzados, sin mirar a izquierda ni a derecha, sino sólo al frente, con gesto muy digno e incluso severo. Reinaba el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Thomas, parado en el umbral de la puerta, mientras sacaba un cigarrillo de la pitillera con la troica en la tapa... Sus hombros se agitaban por la risa.

—Un hombre agradable —respondió la consulesa con ingenuidad.

—¡Comparto tu opinión por entero! —dijo el cónsul, y entonces hizo un movimiento rápido y galante hacia donde se encontraba Tony, como si le rogase encarecidamente que también ella expresara la suya. Ella guardaba silencio. Sólo miraba al frente. —Aunque, Tom, yo creo que debería dejar de jurar así —prosiguió la consulesa un poco preocupada—. Si le he entendido bien, hablaba de una manera del sacramento y de la cruz...

—Ay, mamá, qué más da eso. Seguro que no lo hace con mala intención.

—Y tal vez su comportamiento es en exceso desenfadado, ¿no te parece, Tom?

—¡Por Dios, en el sur de Alemania son así! —exclamó el cónsul, que echó el humo hacia el interior del salón, sonrió a su madre y, con disimulo, posó la vista en Tony. La consulesa, desde luego, no se dio cuenta.

—Hoy vendrás a cenar con Gerda, ¿verdad, Tom? Hazme ese favor, hijo.

—Encantado, madre; con sumo placer. Si he de ser sincero, esta nueva visita en la casa se me antoja muy placentera. ¿A ti no? Por una vez es algo distinto a tus clérigos...

—Cada cual tiene sus preferencias, Tom.

—De acuerdo... Me voy. Por cierto... —dijo ya con el picaporte en la mano—. Está claro que le has impresionado, Tony. Vamos, sin lugar a dudas. ¿Sabes qué ha dicho de ti cuando estábamos abajo? Que eres «bien buena chica», ésas han sido sus palabras.

Aquí la señora Grünlich se volvió por fin y dijo en voz alta: —Muy bien, Tom, me cuentas eso..., seguro que él no te ha prohibido que lo hagas. Sin embargo, no sé si es de recibo que me lo transmitas. Pero hay algo que sé, y eso sí que pienso decírtelo, porque en esta vida no es tan importante el modo en que se expresa y se dice una cosa como lo que se siente en el fondo del corazón, y si te burlas de la manera de hablar del señor Permaneder..., si llegaras a encontrarle ridículo...

—¿A quién? ¡Pero, Tony, qué cosas se te ocurren! ¿Por qué te acaloras así?

—Assez —dijo la consulesa y miró a su hijo con una expresión seria y suplicante con la que le decía: «Protégela».

—No te enfades, Tony —dijo—. No he querido molestarte. Bien, ahora sí que me marchó; daré la orden de que alguno de los mozos del almacén se ocupe de subir la maleta. Hasta luego.

CAPÍTULO V

El señor Permaneder se instaló en la Mengstrasse, al día siguiente acudió a comer a casa de Thomas Buddenbrook y su esposa y, al tercer día, un jueves, conoció a Justus Krñger y señora, a las Buddenbrook de la Breite

Strasse, quienes lo encontraron tremendamente raro —pronunciaron «tramandante» raro, con las vocales muy abiertas—, a Sesemi Weichbrodt, que fue muy severa con él, así como a la pobre Clotilde y a la pequeña Erika, a quien obsequió con un cucurucho de Gutzeln, es decir, caramelos en bávaro.

Mostraba un buen humor a prueba de todo, siempre con aquellos profundos y repentinos suspiros que, en realidad, no significaban nada y parecían brotar sin más de un relajamiento excesivo; con su pipa, con su peculiar forma de hablar y con aquel gusto por prolongar y prolongar la sobremesa en la más cómoda de las posturas, fumando, bebiendo y charlando. Aunque su presencia había añadido una nota enteramente nueva y exótica a la tranquila vida en la antigua mansión de la Mengstrasse, aunque toda su persona constituía una especie de cuerpo extraño que chocaba con el ambiente de aquellos salones, en ningún momento perturbó las costumbres ni las tradiciones de la familia. Asistía como todos a las sesiones de oración de la mañana y la noche, , pidió permiso para acudir un día a la catequesis dominical de la consulesa, y en una ocasión incluso asomó la cabeza en una de las «veladas de Jerusalén» para que le presentasen a las señoras, después de lo cual, cuando Lea Gerhardt comenzó a leer, se retiró despavorido.

Su presencia no tardó en conocerse en la ciudad, y en las grandes casas se hablaba con gran curiosidad del invitado de los Buddenbrook venido de Baviera; sin embargo, no poseía ningún contacto ni entre las familias ni en la Bolsa, y como ya estaba muy avanzada la temporada en la que la mayoría de la gente se marchaba de veraneo a la costa, el cónsul prescindió de organizar ninguna velada para presentar en sociedad al señor Permaneder. En lo que a él atañía, Thomas se deshacía en atenciones con él. A pesar de sus muchas obligaciones sociales y municipales, encontraba tiempo para acompañarle a recorrer la ciudad y enseñarle todos los monumentos medievales (las iglesias, las dos puertas de la antigua muralla, el Holstentor y el Burgtor, la plaza del mercado, el Ayuntamiento, la Compañía Naviera), intentando que disfrutase de su estancia; a pesar de todo, lo presentó en la Bolsa y a su más estrecho círculo de amigos... Cuando la consulesa, su madre, tuvo ocasión de agradecerle lo mucho que se estaba sacrificando, le replicó muy seco:

—En fin, madre, ¡qué no haría uno...!

La consulesa no respondió a este comentario, hasta el punto de que ni siquiera sonrió, ni siquiera movió los párpados, sino que sus claros ojos azules desviaron la mirada hacia un lado, y su siguiente pregunta se refirió a otro tema que no guardaba relación alguna con aquél.

También ella se mostraba tranquila y amable con el señor Permaneder, lo que no siempre podía decirse de su hija. En dos reuniones familiares de los jueves había participado ya el comerciante de lúpulo (pues, por más que al tercer o cuarto día de su estancia había afirmado que su negocio con la fábrica de cerveza de la ciudad ya estaba zanjado, había transcurrido más de semana y media desde entonces), y, en ambas, mientras él hablaba o gesticulaba, Madame Grünlich había lanzado rápidas y furtivas miradas a sus familiares, al tío Justus, a sus primas o a Thomas, se había sonrojado, se había mostrado tensa y muy callada durante varios minutos o incluso había abandonado el salón...

Los estores verdes del dormitorio de la señora Grünlich de la segunda planta se mecían ligeramente con la brisa de aquella noche de junio; ambas ventanas se encontraban abiertas. En la mesilla de noche que había junto a la cama con dosel, en un vaso lleno de agua hasta la mitad y con una capa de aceite por encima, ardían varias lamparillas que daban una luz muy suave a la gran alcoba, con sillas rectas de brazos protegidas con fundas de loneta gris. La señora Grünlich estaba en la cama. Su linda cabeza quedaba blandamente enmarcada por las anchas blondas de las almohadas, y sus manos descansaban cruzadas sobre el edredón. Sus ojos, sin embargo, que no querían cerrarse porque tenía demasiadas cosas rondándole la cabeza, seguían muy despacio el vuelo de un insecto de largo cuerpo que, con cientos de inaudibles batidos de alas por segundo, revoloteaba alrededor de las lamparillas. En la pared junto a la cama, entre dos grabados antiguos con unas vistas de la ciudad en la Edad Media, dentro de un marquito se leía la máxima: «Encomienda tus pasos al Señor... ». Pero, ¿es eso un consuelo cuando una se encuentra en mitad de la noche sin poder conciliar el sueño y, completamente sola y sin consejo de nadie, tiene que tomar una decisión, tiene que decidir entre un «sí» y un «no» que habrá de determinar el resto de su vida y muchas cosas más?

Reinaba un profundo silencio. Sólo se oía el tic—tac del reloj de pared, y de cuando en cuando el carraspeo de Mamsell Jungmann, cuya habitación sólo estaba separada del dormitorio de Tony por unos gruesos cortinajes. La fiel prusiana aún estaba levantada, sentada a una mesita plegable bajo la lámpara de techo zurciendo calcetines de la pequeña Erika, cuya profunda y acompasada respiración también se escuchaba desde allí, pues, en esa época, las alumnas de Sesemi Weichbrodt tenían vacaciones y la niña había vuelto a la Mengstrasse.

La señora Grünlich se incorporó un poco con un suspiro y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Ida? —llamó con voz queda—. ¿Sigues ahí sentada zurciendo? —Sí, sí, Tony nenita mía —se escuchó la voz de Ida—. Pero tú duérmete, que mañana tienes que levantarte temprano y, si no, no habrás descansado bastante.

—Está bien, Ida. Entonces, ¿me despertarás mañana a las seis? —Las seis y media es suficiente, nenita. El coche está pedido para las ocho. Sigue durmiendo, para que mañana estés guapa y lozana.

—¡Ay, si todavía no he conseguido dormirme!

—Pero, bueno, nenita mía, eso no está bien. ¿No querrás que te salga luego ese cansancio en la excursión a Schwartau? Bebe siete sorbos de agua, échate sobre el lado derecho y cuenta hasta mil.

—Ida, por favor, vente conmigo un ratito. Te digo que no puedo dormir; tengo tantas cosas en que pensar que me duele la cabeza... Fíjate que creo que hasta tengo fiebre. Y luego otra vez las molestias del estómago..., o será que estoy un poco anémica, ya ves que tengo las venas de las sienes muy hinchadas y noto cómo me laten... Me duelen de lo hinchadas que están, lo que no excluye que no me llegue suficiente sangre a la cabeza...

Se oyó el movimiento de una silla, y la figura huesuda y robusta de Ida Jungmann, con su vestido marrón tan sencillo como anticuado, apareció entre los cortinajes.

—Ayayay, Tony, mi nenita. ¿Vas a tener fiebre? A ver que te toque la frente... ¿Y si te pusiera una compresita fría?

Se acercó a la cómoda con sus característicos pasos largos y firmes, un tanto masculinos, sacó un pañuelo, lo sumergió en la palangana, se acercó

de nuevo a la cama y, con mimo, se lo colocó a Tony en la frente, alisándolo aún unas cuantas veces con ambas manos.

—Gracias, Ida. Qué bien me sienta... Anda, siéntate un ratito conmigo, aquí en el borde de la cama, ay, mi buena Ida... Es que no puedo dejar de pensar en mañana... ¿Qué hago? Todo me da vueltas en la cabeza.

Ida se sentó a su lado, tomó de nuevo la aguja y el calcetín, metido en el huevo de zurcir, y, mientras sus incansables ojos castaños y brillantes seguían cada uno de los puntos, dijo:

—¿Crees que te lo pediré mañana?

—Estoy segura, Ida. No me cabe la menor duda. No dejaré pasar la ocasión. ¿Cómo fue con Clara? También en una excursión así... Lo cierto es que también podría evitarlo. Podría quedarme todo el rato con los demás y no dar pie a que se me acerque en ningún momento. Pero, entonces, todo habría acabado. Se marcha pasado mañana, eso ha dicho, y es imposible que se quede más tiempo si no sale lo de mañana... Todo tiene que decidirse mañana. Pero, ¿qué debo responderle, si me lo pide? Ay, tú nunca has estado casada y, claro, en el fondo, no conoces la vida, pero eres una mujer honesta y muy sensata y tienes cuarenta y dos años. ¿Puedes darme algún consejo? Lo necesito tanto... Ida Jungmann dejó caer el calcetín sobre su regazo.

—Ay, sí, nenita mía, yo también he estado dándole muchas vueltas. Pero creo que, a estas alturas, ya no hay ningún consejo que dar, nenita. Ya no puede irse sin hablar antes contigo o con tu mamá, y si no querías que lo hiciera, deberías haberte encargado de que se marchase antes.

—Tienes razón, Ida; pero no podía hacer eso porque, después de todo, es lo que tiene que ser. Pero ahora no hago más que pensar: todavía puedo echarme atrás, todavía no es demasiado tarde... Y aquí me tienes, en vela, atormentándome...

—¿Sientes algo por él, Tony? Sé sincera.

—Sí, Ida. Mentiría si pretendiera negarlo. No es guapo, pero eso no es lo importante en esta vida, y es un hombre más bueno que el pan, incapaz de ninguna maldad, eso te lo aseguro. Cuando pienso en Grünlich... ¡Por Dios! No paraba de decir lo listo y despierto que era, y así se las ingeniaba para ocultar que, en el fondo, era un filou! Permanecer no es así, ya lo ves. Es, ¿cómo te lo diría?, demasiado comodón para eso, se toma la vida con demasiada calma, lo cual, por otra parte, podría ser motivo de reproche, porque está claro que así no se hará millonario, y creo que más bien tiende a relajarse y a «verlas venir», como dicen en el sur... Porque es que, allá en el sur, son todos así, y eso es lo que quería decirte, Ida, ésa es la cuestión. Porque en Múnich, entre los suyos, entre gente que hablaba como él y era como él, casi podría decir que le quería de lo simpático y cariñoso y cordial que me parecía. Y enseguida me di cuenta de que era correspondida..., a lo que, sin duda, también pudo contribuir que creyera que yo era una mujer rica, más rica de lo que soy en realidad, me temo, pues mamá ya no puede darme una dote demasiado elevada, como bien sabes... Aunque no creo que eso le importe mucho, estoy convencida. Una gran fortuna tampoco va demasiado con él... En fin, basta. ¿Qué era lo que quería decirte, Ida?

—En Múnich; sí, mi nenita, pero, ¿y aquí?

—¡Aquí! Ya te has dado cuenta de lo que quiero decirte. Aquí, tan lejos de su ambiente, aquí, donde todos son tan diferentes, más rigurosos y más ambiciosos y, por así decirlo, más dignos..., aquí, varias veces ha hecho que sienta vergüenza de él; sí, lo reconozco abiertamente, Ida, yo soy una mujer sincera: me avergüenzo de él; tal vez es que yo soy mala. Mira..., por ejemplo, se ha dado varias veces en la conversación que ha confundido el

dativo con el acusativo. Allá en el sur les pasa mucho, Ida, sí, les pasa incluso a las personas más cultas cuando están de buen humor, y a nadie le duele y nadie se extraña y lo deja estar sin inmutarse siquiera. Pero, aquí, mamá le mira de reojo y Tom levanta una ceja, y el tío Justus da un respingo y poco le falta para echarse a reír, y Pfiffi Buddenbrook lanza una mirada a su madre o a Frie—, derike o a Henriette, y entonces me da tantísima vergüenza de él que lo único que quiero es salir de la habitación, y me parece absolutamente impensable casarme con él...

—¡Pero, bueno, Tony! Si es en Múnich donde vivirías con él... —Tienes razón, Ida. Pero también está el compromiso, y eso habrá que celebrarlo aquí, y ya me dirás si también tengo que avergonzarme todo el tiempo delante de la familia y los Kistenmaker y los Móllendorff por lo poco refinado que es... Ay, Grünlich era más distinguido, claro que, a cambio, por dentro estaba «todo negro», como por lo visto decía siempre el bueno del señor Stengel en sus tiempos... Ay, Ida, la cabeza me da vueltas, por favor, remoja otra vez la compresa. . . Después de todo, es lo que tiene que ser —repetía una y otra vez.

»Después de todo, es lo que tiene que ser —repitió de nuevo, y respiró profundamente al notar la compresa fría sobre la frente—, pues lo principal es y seguirá siendo casarme de nuevo y no seguir más tiempo aquí en calidad de mujer divorciada... ¡Ay, Ida, he tenido que acordarme de tantas cosas durante estos días, por ejemplo cuando Grünlich apareció por primera vez y las escenas que me hacía!... Escandaloso, Ida. Y luego Travemünde, los Schwarzkopf.. —dijo lentamente, y sus ojos se posaron unos instantes en el zurcido del calcetín de Erika—, y luego en la celebración del compromiso y Eimsbüttel y nuestra casa..., ¡qué distinguida era, Ida! Cuando me acuerdo de mis camisones... Así no volveré a vivir nunca con Permaneder. La vida nos hace cada vez más modestos, ¿sabes? Y luego me acuerdo del doctor Klaasen, y de cuando nació la niña, y de Kesselmeyer, el banquero ... Y luego el final... Fue espantoso, no puedes hacerte una idea; y cuando se han tenido unas experiencias tan terribles en la vida... Pero Permaneder no se meterá en asuntos sucios, es la última persona a la que considero capaz de eso, y podemos fiarnos de él desde el punto de vista económico, porque creo que gana mucho dinero con Noppe y con la fábrica de cerveza de Niederpaur. Y cuando sea su esposa, Ida, ya verás como consigo que sea un poco más ambicioso y se esfuerce y consiga que ascendamos y nos honre a mí y a todos nosotros, puesto que ése es el deber que contrae al casarse con una Buddenbrook. —Cruzó las manos detrás de la cabeza y alzó la vista hacia el techo—. Ay, ya se han cumplido diez años desde que tomé por esposo a Grünlich. ¡Diez años! Y ahora, de nuevo me encuentro en la misma situación y he de dar el sí a alguien. ¿Sabes una cosa, Ida? ¡La vida es un asunto terriblemente serio! Claro que la diferencia es que entonces se le concedió muchísima importancia y todo el mundo me agobiaba y me atormentaba, y, en cambio, ahora nadie dice nada en absoluto y todos dan por supuesto que voy a dar ese sí; porque has de saber una cosa, Ida: este compromiso con Alois (ya le llamo Alois, ya que, después de todo, será lo que tiene que ser) no es ningún gran acontecimiento ni ninguna gran alegría y, en el fondo, tampoco se trata de mi felicidad; este segundo matrimonio sirve simple y llanamente para reparar el daño del primero, porque ésa es mi obligación para con el nombre de nuestra familia. Así piensa mi madre y así piensa Tom.

—¡Ay, qué cosas, nenita! Pero si resulta que no le vas a querer y que no te va a hacer feliz...

—Ida, conozco la vida y he dejado de ser una tonta y tengo ojos en la cara. Es posible que mamá no insistiera demasiado, pues suele eludir las cuestiones espinosas diciendo «Assez!o. Pero Tom sí que lo quiere. ¡Como si no le conociera! ¿Sabes lo que piensa Tom? Pues piensa: «Que se case con quien sea. Con cualquiera que no sea del todo indigno. Porque esta vez no se trata de encontrar un gran partido, sino únicamente de que la mancha de antaño quede más o menos borrada». Eso es lo que piensa.Y en cuanto apareció Permaneder, Tom, con absoluta discreción, se puso a hacer ciertas indagaciones sobre él, de eso no te quepa duda, y en cuanto supo que su posición era lo bastante favorable y sólida, tuvo el asunto decidido. Tom es un político y sabe muy bien lo que quiere. ¿Quién se encargó de deshacerse de Christian? Por duro que pueda parecer, Ida, así son las cosas. ¿Y por qué? Porque Christian comprometía a la empresa y a la familia, y a sus ojos yo también lo hago, Ida; no con palabras ni con actos, sino con mi mera condición de mujer divorciada. Hay que remediar eso, y ahí tiene razón; sabe Dios que no le quiero menos por ello, y espero que sea recíproco. Al fin y al cabo, todos estos años he deseado volver a salir al mundo, porque me aburro mortalmente en casa de mi madre, que Dios me castigue si eso es pecado, pero sólo tengo treinta años y me siento joven.Ya ves, estas cosas son distintas en cada persona; tú a los treinta ya tenías el cabello blanco, en tu familia es normal... Como tu tío, el que se murió de un ataque de hipo...

Tony aún hizo algunas consideraciones más aquella noche, repitió alguna que otra vez más: «Después de todo, es lo que tiene que ser», y luego se quedó plácida y profundamente dormida durante cinco horas.

CAPÍTULO VI

La ciudad estaba bañada por la neblina, pero el señor Longuet, que era dueño de una casa de coches de alquiler en la Johannistrasse y se presentó a las ocho de la mañana en la Mengstrasse conduciendo él mismo un carruaje abierto, dijo en Plattdeutsch: «En una hora se habrá abierto paso el sol». Así pues, todos podían estar tranquilos.

La consulesa, Antonie, el señor Permaneder, Erika e Ida Jungmann habían desayunado juntos y, cuando estuvieron listos para partir, fueron reuniéndose todos en el vasto portal para esperar a Gerda y a Tom. La señora Grünlich, con un vestido de color crema y una corbata de satén, tenía un aspecto espléndido pese a las pocas horas de reposo nocturno; sus dudas e incertidumbres parecían haberse disipado, pues mientras conversaba con el invitado al tiempo que se abrochaba lentamente los botones de sus guantes de verano, su rostro mostraba una expresión serena, segura, casi solemne. Había recuperado aquel estado de ánimo que tan bien conociera en otro tiempo: sentirse importante; el hecho de saber que tenía en sus manos una decisión crucial, la conciencia de que de nuevo había llegado un día en el que se le exigía intervenir directamente en la historia de la familia con una decisión seria, henchía su corazón y lo hacía latir con mayor fuerza. Aquella noche, en sueños, había visto el espacio en blanco del cuaderno familiar en el que tenía intención de anotar su segundo compromiso matrimonial: el acto que habría de borrar y tornar insignificante la mancha negra que contenían

aquellas páginas; ahora, pues, esperaba llena de ilusión y emoción el momento en que apareciera Tom y la saludase con la cabeza en actitud seria...

Un poco tarde, ya que la joven consulesa Buddenbrook no acostumbraba a levantarse y arreglarse tan temprano, llegaron el cónsul y su esposa. Él parecía contento y tenía buen aspecto con su traje de cuadritos de color marrón claro, cuyas anchas solapas dejaban a la vista el borde de un chaleco de verano, y sus ojos sonrieron cuando vio la inigualable dignidad del rostro de Tony. Gerda, sin embargo, cuya belleza un tanto mórbida y enigmática ofrecía un extraño contraste con la salud y lozanía de su cuñada, no parecía en absoluto de buen humor ni con ganas de salir de excursión. No debía de haber dormido lo suficiente. El lila intenso que constituía el tono base de su vestido y que combinaba de una manera sumamente peculiar con el pelirrojo oscuro de sus cabellos hacía que su piel pareciera todavía más pálida, más mate; más profundas y oscuras que de costumbre se veían las sombras azuladas del ángulo interno de sus ojos castaños y muy juntos... Con frialdad ofreció la frente a su suegra para que la saludase con un beso, tendió la mano al señor Permaneder con una expresión bastante irónica, y al efusivo saludo de la señora Grünlich, que al verla dio una palmada y exclamó: «¡Gerda, Madre de Dios, lo guapísima que estás también hoy!» tan sólo respondió con una sonrisa displicente.

Le disgustaban profundamente aquel tipo de actividades, sobre todo en verano y más todavía en domingo. Ella, que raras veces salía a la calle y cuyos salones se mantenían siempre en penumbra y con las cortinas echadas, temía al sol, al polvo, a los pequeñoburgueses con sus trajes de los domingos, al olor del café, la cerveza, el tabaco... Y más que nada en este mundo le horrorizaba acalorarse y todo aquel dérangement.

—Ay, mi querido amigo —le había dicho a Thomas de pasada el día en que se había acordado hacer aquella excursión a Schwartau y a la hostería Zum Riesebusch para que el invitado de Múnich conociese un poco los alrededores de la ciudad—; ya lo sabes: Dios me hizo para la tranquilidad y la rutina cotidiana. La excitación y las experiencias extraordinarias no son para las personas como yo. Me dispensaréis, ¿no es cierto?

No se habría casado con él si no hubiese tenido la certeza de que, en tales circunstancias, podría contar con su apoyo.

—Ay, por Dios, por supuesto que tienes razón, Gerda. Eso de que uno se divierte con este tipo de cosas suele ser mera ilusión. Pero no quita que uno las haga si no quiere que los demás le consideren un bicho raro, ni tampoco sentirse un bicho raro. Y nadie desea eso, ¿a que tú tampoco? Si no, pronto se siente uno un tanto aislado y desdichado, y parece menos respetable a los ojos de los demás. Y una cosa más, mi querida Gerda... Todos tenemos motivos para hacerle un poco la corte al señor Permaneder. No me cabe duda de que te haces cargo de la situación. Aquí está germinando algo, y sería una lástima, una verdadera lástima, que no llegase a dar su fruto...

—No acabo de ver, mi querido amigo, hasta qué punto mi presencia... Pero no importa. Puesto que así lo quieres, así será. Soportaremos esa supuesta diversión...

—Te lo agradeceré muy sinceramente.

Salieron a la calle. El sol, en efecto, asomaba ya entre la neblina de la mañana; las campanas de la Marienkirche tocaban como cada domingo y se unían a los trinos de los pájaros. El cochero se quitó el sombrero, y la consulesa, con una condescendencia que a veces resultaba un tanto

embarazosa a Thomas, le saludó con un «¡Buenos días, buen hombre!» en exceso cordial, alzando la cabeza hacia el pescante.

—Bien, queridos míos, yo ya estoy instalada. Ésta sería la hora de nuestra oración matutina, aunque hoy nuestros corazones van a alabar al Señor en plena naturaleza, ¿no es cierto, señor Permaneder?

—Eso y tal, señora consulesa.

Y uno tras otro fueron subiendo los dos escalones de metal y entrando por la estrecha portezuela trasera del coche, con capacidad para diez personas, y se acomodaron en los asientos, cuyos almohadones, sin duda en honor al señor Permaneder, eran a rayas azules y blancas. Luego se oyó cómo encajaba el cierre de la puerta; el señor Longuet dio un chasquido y soltó varios «¡Arre, caballo!» y sus musculosos bayos emprendieron el trote: el carruaje comenzó a moverse Mengstrasse abajo, siguió avanzando a lo largo del Trave, pasó por el Holstentor y luego giró a la derecha por la carretera de Schwartau.

Campos, prados, árboles, fincas... y todos buscaban entre la neblina, cada vez más alta, más difusa y más azul, dónde estarían las alondras cuyos cantos les arrullaban. Thomas, que iba fumando sus cigarrillos de siempre, miraba cauteloso a su alrededor y, cuando veía campos de cereales, le enseñaba al señor Permaneder cómo iba creciendo. El comerciante de lúpulo se encontraba de un humor verdaderamente jovial: se había puesto el sombrerito verde un poco ladeado, hacía equilibrios con su bastón apoyando aquel puño tan espantoso sobre la ancha y blanca palma de la mano e incluso sobre el labio inferior —un pequeño número circense muy aplaudido, sobre todo por Erika, a pesar de la que la mayoría de las veces se quedaba en el intento— y repetía:

—Hombre, la Zugspitze no será, pero al menos veremos un poco de campo, y nos lo vamos a pasar muy bien. ¡Ay, santo sacramento, qué bien que nos lo vamos a pasar! ¿Verdad, señora Grünlich?

Luego comenzó a hablar con gran pasión de las excursiones a la montaña con mochila y piolet que se hacían en su tierra, ganándose numerosas muestras de admiración por parte de la consulesa, y a continuación, cambiando de tema, expresó cuantísimo lamentaba la ausencia de Christian, de quien había oído decir que era un caballero muy divertido.

—Eso depende de la situación—intervino el cónsul—. Aunque, en ocasiones como ésta, sin duda no tiene igual. Comeremos cangrejos, señor Permaneder —exclamó muy emocionado—. Cangrejos y gambas del Báltico. Ya ha tenido usted ocasión de probarlos alguna vez en casa de mi madre, aunque los que sirve mi amigo el señor Dieckmann, el dueño del Riesebusch, son siempre de una calidad extraordinaria. Y también tomaremos panecillos de especias, los célebres Pfeffernüsse de esta región. ¿Es que su fama no ha llegado hasta las orillas del Isar? Bueno, pues ya verá...

La señora Grünlich mandó parar el coche dos o tres veces para coger amapolas y acianos que crecían al borde del camino y, en todos los casos, el señor Permaneder se ofreció a ayudarla con una solicitud en verdad desmesurada, aunque luego, como le daba un poco de miedo subir y bajar por la escalerilla, al final nunca lo hacía.

Erika se regocijaba con cada cuervo que veía pasar volando, e Ida Jungmann (quien para salir llevaba una larga gabardina abierta y un paraguas incluso cuando el tiempo era excelente), como buena niñera que no sólo simula participar de las emociones de sus niños sino que las comparte de corazón con la misma intensidad infantil, la acompañaba con su

risa desinhibida y un tanto equina, haciendo que Gerda, que no la había visto envejecer en la familia, se la quedase mirando con cierta frialdad y asombro.

Pasaron por Oldemburgo. Vieron una zona de hayedos, el coche atravesó el pueblo, la placita del mercado con su pozo en el centro, y volvió a salir a la carretera, cruzó el puente sobre el riachuelo Au y se detuvo por fin ante una casa de una planta: la hostería Zum Riesebusch. Estaba a un lado de una explanada con césped, senderos de tierra y arbustos silvestres; al final del claro comenzaba el bosque, en pendiente como un anfiteatro. Se accedía hasta allí por unos escalones muy rústicos, contruidos aprovechando las raíces de árboles y rocas que sobresalían en la tierra, y en las diversas terrazas de este peculiar merendero, entre los árboles, se encontraban las mesas, sillas y bancos, pintados de blanco.

Los Buddenbrook no eran, ni mucho menos, los primeros clientes. Varias muchachas, todas muy bien alimentadas, e incluso un camarero con un grasiento frac corrían de un lado para otro llevando platos fríos, limonada, leche y cervezas a las mesas, en las que, si bien a bastante distancia unas de otras, ya se habían instalado varias familias con niños.

El señor Dieckmann, el dueño, con una gorrita amarilla bordada y en mangas de camisa, acudió personalmente para ayudar a bajar a los distinguidos clientes, y mientras Longuet retiraba el coche para desenganchar los caballos, la consulesa dijo:

—De momento, buen hombre, iremos a dar un paseo, y querríamos que luego, en una hora u hora y media, nos sirviesen el desayuno allá arriba... Pero no demasiado alto, en la segunda terraza estaría bien.

—Esmérese, Dieckmann —añadió el cónsul—, tenemos un invitado muy exquisito.

El señor Permaneder protestó:

—¡Qué dice, por Dios! Yo con una cerveza y un cacho de queso...

Mas, como lo dijo en bávaro, el señor Dieckmann no lo entendió, sino que comenzó a decir de corrido:

—Tenemos de todo, señor cónsul: cangrejos, gambas, varios tipos de embutido, varios tipos de queso, anguila ahumada, salmón ahumado, esturión ahumado...

—Está bien, Dieckmann, ya pediremos más tarde. Y pónganos también... seis vasos de leche y una jarra de cerveza. ¿He acertado, señor Permaneder?

—Una cerveza, seis de leche. ¿Leche dulce, leche mantecosa, leche con extra de nata...? ¿Señor cónsul?

—Mitad y mitad, Dieckmann; leche dulce y leche mantecosa. Para dentro de una hora más o menos.

El grupo comenzó a recorrer la explanada hacia el bosquecillo.

—Ahora hemos de decidir si vamos hasta el nacimiento del río o no, señor Permaneder —dijo Thomas—. Me refiero al nacimiento del Au, que es el riachuelo junto al que se encuentra la localidad de Schwartau, y a orillas del cual, en la Edad Media, se encontraba también nuestra ciudad, hasta que se destruyó por completo en un incendio..., no debía de ser muy sólida, ya ve..., y fue reedificada junto al Trave. Por otra parte, el nombre de ese riachuelo tiene connotaciones dolorosas... De niños nos hacía siempre mucha gracia pellizcarnos el brazo unos a otros y preguntar «¿Cómo se llama el río de Schwartau?», y claro, como nos había dolido el pellizco, sin querer ya habíamos dicho el nombre del río. ¡Oh, mire! —se interrumpió de pronto, a diez pasos de donde empezaban los árboles—. Se nos han adelantado. Los Móllendorff y los Hagenstróm.

En efecto, en la tercera terraza, entre los árboles, en dos mesas unidas, estaban sentados los principales miembros de las dos tan ventajosamente emparentadas familias, almorzando en animada conversación. Presidía el anciano senador Móllendorff, un caballero con unas finas y puntiagudas patillas blancas, muy pálido; era diabético. Su esposa, de soltera Langhals, luchaba con el mango largo de los binóculos y no acertaba a colocárselos y, como era habitual en ella, llevaba los cabellos grises muy revueltos. También estaba su hijo, August, un hombre rubio de aspecto acomodado, el marido de Julchen Hagenstróm, la cual, a su vez, bajita, vivaracha, con sus grandes y brillantes ojos negros y unos diamantes en las orejas casi igual de grandes y de brillantes, estaba sentada entre sus dos hermanos, Hermann y Moritz. El cónsul Hermann Hagenstróm se estaba volviendo rollizo, pues vivía a lo grande y se decía que comenzaba el día tomando paté de hígado de oca. Llevaba la barba corta, de un rubio rojizo, y la nariz —la misma nariz chata de su madre— parecía tan aplastada que casi se le montaba sobre el labio superior. El doctor Moritz, un hombre de tez amarillenta y pecho hundido, mostraba su dentadura picuda y con varios huecos cuando hablaba aruimadamente. Ambos hermanos estaban acompañados por sus esposas, pues hacía años que también el abogado había contraído matrimonio con una tal señorita Puttfarken de Hamburgo, una dama con el cabello color mantequilla y unos rasgos sumamente insulsos, muy ingleses, aunque también sumamente regulares y hermosos, pues para doctor Hagenstróm, con su fama de esteta, hubiera sido toda una incongruencia casarse con una chica fea. Por último, les acompañaban también la hija de Hermann Hagenstróm y el hijo de Moritz Hagenstrbm, dos niños todavía pequeños, vestidos de blanco y destinados a convertirse en marido y mujer, pues era obligado preservar la gran fortuna Huneus—Hagenstróm. Todos tomaban huevos revueltos con jamón.

No se saludaron hasta que los Buddenbrook estuvieron a poca distancia del grupo. La consulesa inclinó la cabeza con gesto un tanto distraído y asombrado, Thomas se quitó el sombrero y movió los labios como si pronunciara algo cortés pero frío, y Gerda hizo una reverencia tan formal como poco efusiva. El señor Permaneder, animado por la subida, agitó su sombrero verde con desenfado y, en un tono bien fuerte y alegre, exclamó: «¡Muy buenísimos días a todo el mundo!» tras lo cual la senadora Móllendorff se quedó paralizada con el binóculo en la mano... Tony, por su parte, elevó un poco los hombros, echó la cabeza hacia atrás al tiempo que intentaba apoyar la barbilla en el pecho y saludó, por así decirlo, desde las alturas, mirando justo por encima de la elegante pamea de Julchen Móllendorff En aquel minuto, su decisión se consolidó de forma definitiva e inquebrantable.

—Gracias a Dios, Tom, que no vamos a desayunar hasta dentro de una hora. Por nada del mundo querría que esa Julchen me viera sentada a la mesa, ¿sabes? ¿Te has dado cuenta de cómo me ha saludado? Vamos, si es que casi no me ha saludado. Además, en mi humilde opinión, ese sombrero era de un mal gusto espantoso... —Sombrero aparte, tampoco tú has estado demasiado efusiva con los saludos, querida. Y no te enfades, que salen arrugas. —¿Enfadarme, Tom? ¡Huy, noi! Ya puede esa gente creerse en la cumbre, a mí me da risa y nada más. ¿Qué diferencia hay entre esa Julchen y yo, a ver? Que no se casó con un filou, sino con un dujak, como diría Ida, y si llegase a estar en mi situación, habría que ver si era capaz de encontrar un segundo marido...

—¿Y quién te dice que lo encontrarás tú? —¿Un dujak, Tom?

—Mucho mejor que un filou.

—No tiene por qué ser lo uno ni lo otro. Además, de esas cosas no se habla.

—Exacto. Estamos quedándonos atrás. El señor Permaneder ha emprendido la subida con mucho brío...

El umbrío camino a través del bosque se tornó llano, y no tardaron mucho en llegar a la fuente donde nacía el río, un bello y romántico paraje con un puentecillo de madera sobre una pequeña sima de escarpadas paredes de roca y árboles con las raíces al aire y las ramas suspendidas sobre el abismo. En un vasito plegable de plata que había traído la consulesa, todos probaron el agua fresca y rica en hierro que caía en una pequeña pila de piedra justo debajo del chorro, y el señor Permaneder se las dio de caballero galante insistiendo en que la señora Grünlich le hiciera el honor de catar el agua y luego dársela a probar a él. Henchido de agradecimiento, repitió varias veces: «¡Ay, qué cosa más bonita!». Y charlaba muy atento y cortés tanto con la consulesa y Thomas como con Gerda y Tony e incluso con la pequeña Erika... Incluso Gerda, que hasta el momento no había hecho más que sufrir por culpa del calor y había caído en un extraño estado de nerviosismo silencioso y apático, comenzó a revivir de nuevo; y, cuando regresaron a la hostería apretando el paso y se sentaron en la segunda terraza, en una mesa provista de viandas en un grado casi excesivo, fue ella quien, con palabras muy cariñosas, dijo cuánto lamentaba que la partida del señor Permaneder estuviese ya tan cerca: ahora que empezaban a intimar, ahora que era evidente cuánto se habían reducido los malentendidos o, al menos, cómo ya no se daba la ausencia de entendimiento a causa de las diferencias dialectales del principio... Hasta podía afirmar que había oído a su amiga y cuñada Tony exclamar dos o tres veces en un bávaro excelente «¡Señor, qué cruz!».

El señor Permaneder evitó dar ninguna respuesta concreta a la palabra «partida» y, de momento, prefirió concentrarse en las exquisiteces que llenaban la mesa y que, allende el Danubio, no tenía ocasión de probar a diario.

Disfrutaron con calma de aquel rico desayuno, y cabe mencionar que casi lo que más gustó a la pequeña Erika fueron las servilletas de papel de seda, que encontró infinitamente más bonitas que las grandes de lino que usaban en casa y, con permiso del camarero, incluso pudo llevarse algunas de recuerdo en el bolsillo. Y cuando acabaron, y ya el señor Permaneder acompañaba la cerveza con varios puros negros como la pez y Thomas fumaba sus cigarrillos habituales, la familia aún permaneció largo rato sentada y charlando; lo curioso era que nadie, nadie más pensaba ya en la partida del señor Permaneder, y nadie hablaba de nada relacionado con el futuro. Más bien se dedicaron a recordar felices momentos del pasado o a comentar los acontecimientos políticos de los últimos años; y el señor Permaneder, tras haber escuchado y haberse reído a carcajadas con algunas de las anécdotas sobre las revueltas del cuarenta y ocho que la consulesa conocía por boca de su difunto esposo, les habló de la revolución en Múnich y de Lola Montes, personaje que, por supuesto, despertó un vivo interés en Tony³⁰. Luego, sin embargo, cuando pasaba aproximadamente una hora del mediodía, cuando Erika, toda acalorada y pertrechada con toda suerte de margaritas, cardaminas y hierbas silvestres, regresó de su paseo con Ida y recordó que todavía tenían que comprar los panecillos de especias, decidieron partir y dar un pequeño paseo por el pueblo..., no sin que antes la

³⁰ La bailarina Lola Montes (1818—1861) fue la amante de Maximiliano II de Baviera desde 1848. (*N de la T*).

consulesa, que ese día los invitaba a todos, pagase la cuenta con una moneda de oro de un tamaño más que respetable.

A la entrada de la hostería dieron orden de que el coche estuviese listo una hora más tarde, pues querían volver a la ciudad con algo de tiempo para descansar antes de la cena; a continuación, con paso sosegado porque el sol casi quemaba, se encaminaron hacia las casas bajas del lugar. Nada más pasar el puentecillo sobre el Au, de forma espontánea, se alinearon en el orden que habrían de conservar durante todo el camino: delante, y como era de esperar por sus largos pasos, iba Mamsell Jungmann con la incansable Erika, que brincaba de aquí a allá persiguiendo mariposas; luego seguían la consulesa, Thomas y Gerda, y, por último, y a una cierta distancia, iban la señora Grünlich y el señor Permaneder. La cabeza de la procesión era más bien ruidosa, pues la niña celebraba cuanto encontraba a su paso con grititos de júbilo e Ida la secundaba con toda su buena fe, con aquella peculiar risa suya, grave y un tanto equina. En el centro, los tres guardaban silencio, ya que el polvo del camino de nuevo había provocado a Gerda un estado de apatía nerviosa, y tanto la anciana consulesa como su hijo estaban sumidos en sus pensamientos. También iba en silencio la pareja de atrás... pero sólo en apariencia, porque Tony y su invitado de Baviera iban conversando en voz baja y en tono íntimo. ¿De qué hablaban? Del señor Grünlich...

El señor Permaneder había hecho la certera observación, que acompañó con algún «Ay, Señor», de que Erika era una niña realmente bonita y encantadora aunque no se parecía casi nada a su mamá; y Tony le había respondido:

—Sí, es igual que su padre, y cabe añadir: por fortuna para ella, porque, desde luego, en lo que a la apariencia se refiere, Grünlich era todo un gentleman... Por ejemplo, llevaba una barba a la inglesa de color amarillo oro ide lo más original! Jamás he vuelto a ver nada parecido.

Luego, el señor Permaneder, a pesar de que Tony ya le había contado la historia entera de su matrimonio con bastante detalle en Múnich, en casa de los Niederpaur, le preguntó otra vez por todo y, guiñando los ojillos con gesto de temerosa compasión, quiso conocer todos los pormenores de la bancarrota.

—Era una mala persona, señor Permaneder; si no, mi padre no me habría llevado de nuevo a casa, de eso puede usted estar seguro. No todas las personas tienen un buen corazón, eso me lo ha enseñado la vida, ¿sabe usted?, y no lo olvido por joven que me sienta para ser una mujer que lleva diez años viuda... o algo similar. Era un hombre malo, y Kesselmeyer, su banquero, aunque parecía tan simpático e inocente como un perrito, era más malvado aún. Claro que eso tampoco significa que me tenga a mí misma por un ángel y me exima de toda culpa..., no me malinterprete. Grünlich me tenía completamente desatendida y, cuando alguna vez se sentaba a mi lado, era para leer el periódico, y me tenía engañada y no me dejaba salir de Eimsbüttel, porque en la ciudad no habría tardado en enterarme del embrollo en que andaba metido. Pero yo tampoco soy más que una mujer débil y tengo mis defectos, y tal vez yo tampoco hice siempre lo más correcto. Por ejemplo, mi ligereza y mi tendencia a gastar mucho y mis camisones siempre eran motivo de queja y preocupación para mi marido. Ahora bien, una cosa puedo añadir: tengo una disculpa, y es que era una niña cuando me casé, una tonta que no sabía nada de la vida. ¿Puede usted creer que lo único que sabía poco antes de mi compromiso era que cuatro años antes se habían dictado nuevas leyes federales relativas a las universidades y la prensa? ¡Y menudas leyes, por cierto! ... Ay, sí, es muy triste que sólo podamos vivir una

vez, señor Permaneder, que no se pueda empezar la vida otra vez desde el principio; hay cosas que una haría con mucho más acierto...

Tony guardó silencio y clavó la vista en el camino; con no poca diplomacia le había dado pie a la esperada réplica, pues apenas faltaba un paso para llegar a la idea de que comenzar una vida enteramente nueva tal vez sería imposible pero, por otra parte, eso no excluía contraer un nuevo matrimonio, mejor que el primero. Sin embargo, el señor Permaneder desaprovechó la ocasión y se limitó a despotricar contra el señor Grünlich, y hasta se le erizó la perilla que adornaba su pequeña y redonda barbilla.

—¡Qué asqueroso! ¡Qué patán! ¡Como pillara yo a ese perro sinvergüenza le iba yo a dar una tunda de palos que...!

—¡Por Dios, señor Permaneder! Ay, no, cállese usted, por favor. Hay que perdonar y olvidar, y la venganza hay que dejarla en manos del Señor..., pregúntele a mi madre. Por favor... no sé dónde estará Grünlich ni qué habrá sido de él, pero le deseo lo mejor, por más que quizá no lo merezca.

Ya habían llegado al pueblo, se encontraban ante la casita donde estaba la panadería. Casi involuntariamente se habían detenido allí y, sin darse por aludidos, habían contemplado con mirada seria y ausente cómo los demás, Erika, Ida, la consulesa, Thomas y Gerda, se agachaban para pasar por la diminuta puerta de la tienda y desaparecían tras ella; en verdad estaban absortos en su conversación, aunque hasta ese momento sólo hubiesen hablado de cosas nimias y superfluas.

A su lado se alzaba una valla y a lo largo de ella crecía un arriate con algunas resedas, cuya tierra negra se afanaba en remover y remover con la punta de su sombrilla la señora Grünlich, con la cabeza inclinada y un tanto acalorada. El señor Permaneder, a quien el sombrerito verde con las barbas de gamuza se le había deslizado hasta taparle la frente, permanecía de pie muy cerca de ella y, de cuando en cuando, participaba con su bastón en aquel peculiar proceso de arado del arriate. También él tenía la cabeza gacha; sin embargo, sus ojillos, azules muy claros, como hinchados, que se habían vuelto muy brillantes e incluso habían enrojecido un poco, se alzaron hacia ella con una mezcla de devoción, pesar y tensión, la misma tensión que mostraban los flecos del bigote que caían sobre su boca:

—Y ahora claro —dijo él—, tendrá usted un miedo de los demonios al matrimonio... ¡Estaríamos buenos!, y no querrá volverlo a intentar por nada, ¿no, señora Grünlich?

«¡Qué torpe! —pensó ella—. Ahora tendré que darle la razón.» Y le respondió:

—En efecto, mi querido señor Permaneder, le confieso abiertamente que me resultaría difícil volver a dar el sí para toda la vida a otra persona, porque he aprendido la lección, ¿sabe usted?, y soy consciente de que es una decisión muy, muy seria... para la cual debería estar absolutamente convencida de haber encontrado a un hombre bueno de verdad, a un hombre de corazón noble y bondadoso de verdad...

Aquí el señor Permaneder se permitió preguntar si Tony creía que él era un hombre como el que había descrito, a lo que ella respondió:

—Sí, señor Permaneder, así lo creo.

Y a esto no siguieron más que unas cuantas palabras más, muy breves y pronunciadas en voz muy baja, que se referían al compromiso y, por parte del señor Permaneder, al permiso para dirigirse a la consulesa y a Thomas al llegar a casa.

Cuando los restantes miembros de la familia, cargados con grandes cucuruchos de panecillos de especias, volvieron a salir a la calle, el cónsul

rozó con la mirada a la pareja con gran discreción, pues se veía a ambos muy turbados: el señor Permaneder no hacía el menor intento por disimular su embarazo, Tony lo ocultaba bajo la máscara de una dignidad casi mayestática. Todos se apresuraron a subir al coche, pues el cielo se había cubierto y comenzaban a caer algunas gotas.

Como Tony suponía, su hermano había hecho indagaciones precisas sobre la situación económica del señor Permaneder en cuanto éste había aparecido en la ciudad, y había averiguado que la empresa S. Noppe & Cía. era una empresa un tanto limitada pero sin duda muy sólida, que alcanzaba unos considerables beneficios en cooperación con la sociedad de acciones de la fábrica de cerveza que dirigía el señor Niederpaur; sumado eso a los diecisiete mil táleros que aportaría Tony, los bienes del señor Permaneder habrían de bastar para fundar un hogar burgués bien digno, aunque sin excesivos lujos. La consulesa fue informada de todo y, en una detallada conversación entre ella, el señor Permaneder, Antonie y Thomas, que tuvo lugar la misma noche del compromiso en el salón de los paisajes, se solucionaron todas las cuestiones sin ningún impedimento: también la situación de la pequeña Erika, quien, por expreso deseo de Tony y con el conmovido beneplácito de su prometido, se trasladaría a Múnich con ellos.

Dos días más tarde, el comerciante de lúpulo volvió a su tierra —«porque si no, el Noppe iba a decir de todo»—, aunque, ya en el mes de julio, la señora Grünlich viajó a la ciudad de su futuro esposo en compañía de Tom y Gerda, que pasarían cuatro semanas en Bad Kreuth con ella mientras Erika se quedaba con Ida Jungmann en la costa del Báltico. Además, las dos parejas tuvieron ocasión de visitar la casa que el señor Permaneder tenía intención de comprar en Múnich, en la Kaufinger Strasse —muy cerca, pues, de los Niederpaur—, para alquilarla en su mayor parte: una casa antigua muy extraña, con una escalera estrechísima y completamente recta, más bien una escalera como las de los graneros que empezaba en la propia puerta de la calle y conducía al primer piso, donde, a su vez, había que recorrer un largo pasillo a cada lado para llegar a las habitaciones, que daban a la calle.

A mediados de agosto, Tony regresó a su casa para dedicar las semanas siguientes a preparar su ajuar. Todavía conservaba muchas cosas de su primer matrimonio, pero había que completar el equipo con nuevas compras, y un día incluso llegó, de Hamburgo, donde había encargado algunas cosas, un paquete con un camión..., pero esta vez sin terciopelo, sólo con lacitos de tela.

Avanzado el otoño, el señor Permaneder acudió de nuevo a la Mengstrasse; tampoco había que retrasar demasiado el asunto...

En cuanto a las celebraciones de la boda, todo transcurrió tal y como Tony había esperado y deseado: sin grandes excesos y sin llamar la atención.

—Dejémonos de pompas —había dicho el cónsul—. Vuelves a ser una mujer casada, y es exactamente igual que si no hubieras dejado de serlo nunca.

Sólo se enviaron algunas tarjetas anunciando el compromiso, aunque Madame Grünlich se encargó de que Julchen Möllendorff, de soltera Hagenstróm, no dejase de recibir una; la luna de miel ni se planteó, puesto que el señor Permaneder era contrario a «semejante cruz» y Tony, que había ido y venido a Múnich en verano, consideraba que ése ya era un viaje bastante largo; la ceremonia no se celebró en la sala de columnas como la

vez anterior, sino en la Marienkirche, y sólo acudió a ella la familia más cercana. Tony llevó con gran dignidad un ramito de azahar en lugar de mirto, y el reverendo Kñilling, con voz más débil que antaño pero subrayando tanto más sus palabras, apeló a la «¡Mesura!».

Christian acudió desde Hamburgo, vestido con gran elegancia y un tanto delicado de salud, pero aparentemente de un excelente humor; aseguró que su negocio con Burmeester iba «tipptopp», bromeó diciendo que, por lo que veía, Clotilde y él ya no se casarían si no era «allá en las alturas» («¡y cada uno por su lado, se entiende!»), y llegó tarde a la iglesia porque antes había hecho un pequeño alto en el Club. El tío Justus se mostró muy conmovido y, haciendo gala de las buenas maneras que habían caracterizado siempre a su familia, obsequió al recién casado con un juego de salero y pimentero de pesada plata ciertamente muy bonito... En su casa, él y su esposa casi pasaban hambre, pues aquella mujer pusilánime no dejaba de pagar con el dinero de la casa las deudas de su hijo Jakob, malgrado y desheredado hacía muchos años, de quien se decía que ahora vivía en París. Las Buddenbrook de la Breite Strasse apuntaron: «A ver si dura esta vez», y lo peor del comentario era que todos dudaban de que ése fuera su verdadero deseo... Sesemi Weichbrodt, en cambio, se puso de puntillas para dar un beso en la frente, con un ligero chasquido, a su antigua pupila (a partir de entonces, señora Permaneder) y, abriendo mucho las vocales en señal de sincero cariño, le dijo:

—Que seas moy felez, me buona neña.

CAPÍTULO VII

A las ocho de la mañana, después de levantarse de la cama, salir por la portezuela del fondo del dormitorio, bajar por la escalera de caracol al sótano, darse un baño y volver a ponerse el camisón, el cónsul Buddenbrook comenzaba su actividad pública. Porque a esa hora se presentaba en el baño el señor Wenzel, el barbero miembro del Consejo de ciudadanos, con sus manos rojas y aquella cara tan inteligente, pertrechado con una palangana de agua caliente que preparaban en la cocina y el resto de útiles de afeitar; y mientras el cónsul se instalaba en un gran sillón, con la cabeza hacia atrás y el señor Wenzel comenzaba a batir la espuma, casi siempre entablaban una conversación que, si empezaba por cómo se había dormido y cómo andaba el tiempo ese día, pronto pasaba a los grandes acontecimientos mundiales y solía cerrarse con temas de mayor confianza, cuestiones internas de la ciudad y asuntos estrechamente ligados al negocio y a la familia. Todo aquello alargaba la ceremonia del afeitado, pues cada vez que el cónsul hablaba, el señor Wenzel tenía que retirarle la navaja de la cara.

—¿Ha descansado bien, señor cónsul?

—Sí, gracias, Wenzel. ¿Hace bueno esta mañana?

—Ha helado y cae un poco de aguanieve, señor cónsul. Los chicos ya han hecho una pista para bajar en trineo delante de la Jacobikirche. ¡De diez metros! Poco ha faltado para que me cayera cuando volvía de casa del alcalde. ¡Qué demonio de chavales!

—¿Ya ha visto los periódicos?

—He hojeado el StüdtischeAnzeigen y el Hamburger Nachrichten. No hablan más que de las bombas de Orsini. Espeluznante... De camino a la ópera... ¡Buena tienen montada los franceses!³¹.

—En fin, no creo que vaya a tener grandes consecuencias. No tiene nada que ver con el pueblo, y el único efecto será que aumentarán las medidas de represión de la policía, el control sobre la prensa y todo eso. Él ya está sobre aviso... Sí, es una lucha. constante, porque para mantenerse depende de las medidas que lleve a efecto. Hay que reconocer que cuenta con mi respeto..., incondicionalmente. Porque, por lo menos con esas tradiciones, no se puede ser un dujak, como dice Ida Jungmann, y lo de la socialización de las panaderías³² y la bajada del precio del pan, por ejemplo, me causó una enorme impresión. Sin duda, está haciendo mucho por el pueblo...

—Sí, eso mismo decía hace un rato el señor Kistenmaker. —¿Stephan? Ayer estuvimos hablando de ello.

Y lo de Federico Guillermo de Prusia pinta muy mal, señor cónsul, yo creo que no hay nada que hacer. Ya se dice que el príncipe por fin va a ser nombrado regente...

—Oh, ya veremos adónde vamos a parar con eso. Ya ha dado muestras de ser una mente liberal, ese príncipe Guillermo, y sin duda no va a oponerse a la Constitución teniendo en cuenta el asco aunque no lo manifieste. Después de todo, es el dolor lo que le consume³³..., ¡pobre hombre! ¿Alguna novedad de Copenhague?

—Nada, señor cónsul. No quieren. Ya puede la Unión declarar que esa Constitución general para Holstein y Lauenburg va en contra de la ley. A los de ahí arriba no hay quien les haga entrar en razón, no hay forma de que la deroguen.

—Desde luego, es inaudito, Wenzel. Están forzando al Bundestag a ejercer su poder ejecutivo, y como estuviera un poco más alerta... ¡Ay, esos daneses! Todavía me acuerdo vivamente de una canción de la iglesia que, de niño, me ponía muy nervioso porque decía: «Dame ese sosiego, oh, Señor ...». Yo entendía: «Daneses, oh, cielo, oh, Señor...» y, claro, ni me cuadraba la letra ni me cabía en la cabeza qué tendrían que ver los daneses con el Señor... Tenga cuidado con ese rasguño que tengo, Wenzel, que veo que se está riendo. En fin, ¿y qué me dice de nuestra línea de ferrocarril directa hasta Hamburgo? Nuestras buenas batallas diplomáticas nos ha costado, y las que aún nos ha de costar hasta que los de Copenhague firmen la concesión...

31

Se refiere al revolucionario italiano Felice Orsini, que intentó dar un golpe contra Napoleón III en 1857. (*N de la T*).

32

Desde mediados del siglo XIX se instituyó en algunos municipios un sistema de ayuda social que consistía en que cada ciudadano pagaba una cantidad mensual fija al Estado en concepto de abastecimiento diario de pan. El Estado, a su vez, entregaba una parte a los panaderos, que se comprometían a producir la cantidad necesaria para abastecer a toda la población, contase o no con recursos económicos. (*N de la T*).

33

El rey de Prusia Federico Guillermo IV fue declarado incapaz de gobernar a causa de una grave enfermedad mental. Su hermano Guillermo, quien después se convertiría en el emperador Guillermo I de Alemania, le sustituyó en 1857 y fue nombrado regente un año más tarde. (*N de la T*).

—Sí, señor cónsul, y el problema es que prácticamente toda la compañía de ferrocarril de Altona—Kiel y, en el fondo, todo Holstein, está en contra; eso también lo ha dicho hace un rato el doctor Oeverdieck, el alcalde. Tienen un miedo terrible a que prospere Kiel.

—Es comprensible, Wenzel. Imagínese esa unión entre el Báltico y el mar del Norte... Y ya verá cómo los de Altona—Kiel no paran de intrigar. Son capaces de construir una línea ferroviaria que le haga la competencia: todo el este de Holstein, Neumünster—Neustadt... Sí, sí, yo no lo descartaría. Pero no debemos dejarnos intimidar, y se impone que tengamos conexión directa con Hamburgo.

—El señor cónsul lo toma muy a pecho.

—Bueno, haré cuanto esté en mi mano y hasta donde alcancen mis humildes influencias... Me interesa nuestra política ferroviaria, y es tradición en nuestra familia, pues ya mi padre fue miembro de la junta directiva de los Ferrocarriles de Büchen desde 1851; y a eso se debe, obviamente, que también me hayan votado a mí, a mis treinta y dos años, ya que mis propios méritos todavía no son tan considerables...

—Oh, señor cónsul..., después de aquel discurso que pronunció usted en el Consejo de ciudadanos...

—Bueno, bueno..., aquello causó cierta impresión, es cierto, y con mi buena voluntad pueden contar siempre. No puedo sino mostrarme agradecido, ¿sabe usted?, porque mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo me allanaron el camino, y gran parte de la confianza y el prestigio que ellos supieron ganarse en la ciudad ha pasado automáticamente a mi persona; de otro modo, yo no gozaría de esta posición... ¡Qué no hizo mi padre después del cuarenta y ocho y a comienzos de esta década para reformar nuestro sistema de Correos! Acuérdesse, Wenzel, de cuando propuso en el Consejo que convendría que la compañía de diligencias de Hamburgo se asociase con nuestra compañía de correos; y cómo, en el año cincuenta, propuso una y otra vez al Senado, que por entonces actuaba con enorme lentitud, que se firmase un convenio con la sociedad de Correos germanoaustríaca... Si ahora disfrutamos de unas tarifas muy reducidas para las cartas y podemos enviar impresos y libros sin coste y tenemos buzones y conexión telegráfica con Berlín y Travemünde, mi padre es de los primeros a los que habríamos de agradecerlo; y si él y otros pocos no hubiesen insistido una y otra vez ante el Senado, nos habríamos quedado atrás hasta el fin de los tiempos, incluso más atrasados que los daneses y que el sistema de correo de los Thurn und Taxis³⁴. En fin, y cuando expreso mi opinión en público sobre asuntos semejantes, todo el mundo me escucha.

—Dios sabe que así es, señor cónsul, ha dicho usted una verdad muy grande. Y en lo que respecta al ferrocarril de Hamburgo, no hará ni tres días que el doctor Oeverdieck me dijo: «En cuanto estemos en disposición de comprar un terreno adecuado en Hamburgo para construir el ferrocarril, enviaremos al cónsul Buddenbrook; en estos asuntos, el cónsul Buddenbrook es mucho más hábil que algunos juristas». Ésas fueron sus palabras.

—No me diga, Wenzel. Eso me halaga muchísimo. Pero póngame un poco más de espuma por la barbilla, hay que apurar un poco más por ahí... En resumen: ¡hay que actuar! No es que yo tenga nada en contra de Oeverdieck, pero ya está muy mayor, y si yo fuera alcalde, desde luego, todo

34

Los Thurn und Taxis, dinastía de príncipes cuyos orígenes se remontan al siglo XIII, fueron los creadores del servicio de Correos en el territorio alemán, así como del primer sistema de Correos internacional. (*N de la T*).

iría un poco más deprisa, creo yo. No alcanzo a expresar la satisfacción que me produce que hayan comenzado ya a instalar la iluminación de gas en las calles y que vayan a desaparecer de una vez esas condenadas farolas de aceite colgadas de cadenas; porque he de reconocer que también yo tengo mi parte de contribución en este éxito... ¡Ay, y la de cosas que quedan por hacer! Porque, Wenzel, los tiempos cambian, y tenemos muchas obligaciones para con estos nuevos tiempos. Cuando me acuerdo de mi juventud más temprana... Usted sabe mejor que yo el aspecto que tenía todo por entonces. Las calles sin aceras, y aquella hierba crecida entre los adoquines, y las casas con antecuerpos y escaleras y bancos salientes... Y nuestras casas medievales con aquellos añadidos que cada cual había construido en su día, que tanto las afeaban y que no hacían más que desmoronarse, porque los particulares tendrían mucho dinero y nadie pasaba hambre, pero el Estado no tenía nada y todo seguía allí, dejado de la mano de Dios, «a verlas venir», como dice mi cuñado Permaneder, y nadie pensaba en restaurar nada. ¡Qué cómodas y felices vivían aquellas generaciones! Me acuerdo del amigo íntimo de mi abuelo, el bueno de Jean Jacques Hoffstede, que se dedicaba a pasear y a traducir ripios picantes del francés... Pero no podíamos seguir así siempre; han cambiado muchas cosas y aún tienen que cambiar muchas más. Ya no somos una ciudad de treinta y siete mil habitantes sino de cincuenta mil, como bien sabe usted, y el carácter de la ciudad está cambiando. Ahora tenemos nuevas construcciones y suburbios en expansión, y buenas calles, y podemos restaurar los monumentos de la época en que fuimos grandes. Aunque, en el fondo, todo eso son cosas bastante secundarias, externas por así decirlo. Casi todo lo importante aún está por hacer, mi querido Wenzel; y de nuevo he llegado al *ceterum censeo*³⁵ de mi padre, que en paz descanse: la Unión Aduanera, Wenzel; no tenemos más remedio que entrar en la Unión Aduanera, eso ni siquiera debería seguir cuestionándose, y todos tienen que apoyarme si lucho por ello. Como comerciante, créame, sé mucho mejor que nuestros diplomáticos lo que eso supondría, y el miedo a perder independencia y libertad es ridículo en este caso. Los territorios del interior, Mecklemburgo y Schleswig—Holstein, se unirían a nosotros, lo cual sería tanto más deseable cuanto que ya no dominaremos las comunicaciones con el norte con tanta exclusividad como hasta ahora... En fin, ya basta, deme la toalla, Wenzel —concluyó el cónsul, y aunque es posible que todavía hiciera alguna alusión a la cotización actual del centeno, que estaba en cincuenta y cinco táleros y, por todos los demonios, presentaba todos los visos de seguir cayendo; aunque es posible que todavía comentasen algún acontecimiento sobre alguna familia de la ciudad, el señor Wenzel desapareció por el sótano para salir a la calle y vaciar la espuma de su brillante palangana sobre la acera, y el cónsul subió de nuevo por la escalerilla de caracol hasta el dormitorio, donde dio un beso en la frente a Gerda, que entretanto se había despertado y estaba vistiéndose.

Las breves conversaciones matutinas con el barbero constituían el preámbulo de los días llenos de agitación y actividad del cónsul, desbordado por tantas cosas y tanto reflexionar, hablar, ejecutar, escribir, calcular, ir y venir... Gracias a sus viajes, a sus conocimientos y a sus intereses, Thomas Buddenbrook era la mente burguesa menos estrecha de miras de su entorno, y, sin duda, el primero en darse cuenta de la mojigatería y la falta de visión de futuro que le rodeaban. Pero también fuera de las fronteras de su ciudad,

35

Por lo demás, opino. (*N de la T*).

en el resto de Alemania, tras el entusiasmo por la participación activa en la vida pública que habían traído consigo los años de la Revolución, se había generalizado un período de apatía, de estancamiento y de regresión, demasiado lánguido como para ofrecer salida a un espíritu con ganas de actuar. Así pues, el cónsul fue lo bastante inteligente como para convertir en su máxima preferida aquella que decía que todas las acciones humanas sólo tienen un significado simbólico, y para canalizar todos aquellos deseos y capacidades, todo aquel entusiasmo y afán de actividad, en servir a su pequeña comunidad —aquel pequeño círculo humano en que el apellido de su familia era uno de los primeros— y en hacer honor a aquel apellido y al escudo familiar que había heredado... Lo bastante inteligente para hacer realidad sus ambiciones de grandeza y poder en una esfera pequeña, y así poder tomar en serio y, a un mismo tiempo, considerar irrisorias esas ambiciones.

Apenas terminaba de desayunar, atendido por Anton en el comedor, se vestía para salir y se marchaba a su oficina en la Mengstrasse. Escribía dos o tres cartas y telegramas urgentes, mandaba hacer esto o aquello, daba algún pequeño impulso a la gran máquina de la empresa y dejaba que fuese la sensata mirada del señor Marcus la que vigilase luego su evolución. Aparecía en público y tomaba la palabra en juntas y reuniones, pasaba algún tiempo en la Bolsa y bajo los soportales góticos de la plaza del mercado, realizaba visitas de inspección en el puerto y los almacenes, como miembro del Colegio de Armadores, trataba directamente con los capitanes de los barcos, y, con sólo dos breves interrupciones (una para tomar el segundo desayuno con la consulesa y otra para comer con Gerda, tras lo cual se echaba media hora en el diván a leer el periódico y fumar un puro), el día entero, hasta la noche, estaba ocupado en toda suerte de tareas, estuviesen relacionadas con su propio negocio o con cuestiones de Las aduanas, los impuestos, la construcción, el ferrocarril, el servicio postal o la atención a los pobres. También entendía de asuntos un tanto ajenos a su profesión y que, en principio, correspondían a los «hombres de letras», y sobre todo en los temas de finanzas había mostrado desde el principio un brillante talento.

Ponía gran empeño en no descuidar la vida social. Cierta es que, en tales ocasiones, su puntualidad dejaba bastante que desear, y, siempre en el último segundo, cuando ya llevaban media hora esperándole tanto su esposa, de tiros largos, como el coche en la calle, llegaba corriendo con un «Pardon, Gerda, querida... Los negocios...» para ponerse el frac a toda prisa. Sin embargo, allí donde iba, en las cenas de gala, bailes y veladas, sabía mostrar un vivo interés por todo y comportarse como un encantador *causeur*³⁶. a los ojos de todos. Él y su esposa no iban a la zaga de las demás familias ricas en lo que a representación social se refería; su cocina y su bodega se consideraban «tipp—topp», él era muy apreciado como anfitrión atento, cariñoso y de tacto exquisito, y la gracia de sus palabras al hacer el brindis se elevaba por encima de la media. Sin embargo, muchas más eran las noches que pasaba en compañía de Gerda, escuchándola tocar el violín y fumando, o leyendo los dos juntos algún libro de relatos alemanes, franceses o rusos, escogido por ella.

El cónsul no paraba de trabajar hasta conseguir el éxito en lo que fuera, y era así, pues su prestigio en la ciudad iba en aumento y, a pesar de las pérdidas de capital que habían supuesto la emancipación de Christian en Hamburgo y el segundo matrimonio de Tony, la empresa vivía años de esplendor. Con todo, había algunas cuestiones que, durante horas, le hacían

³⁶ Contertulio, ameno conversador. (*N de la T*).

perder el ánimo, restaban agilidad a sus pensamientos y ensombrecían su corazón.

Para empezar, estaba Christian, cuyo socio en Hamburgo, el señor Burmeister, había muerto de un repentino ataque en 1858. Sus herederos retiraron de la empresa el capital del difunto, y el cónsul aconsejó vivamente a su hermano que no continuase él solo, pues sabía muy bien lo difícil que resultaba mantener a flote una empresa que, de golpe, acaba de sufrir tan importantes reducciones. Pero Christian insistió en conservar su independencia y se hizo cargo de los activos y pasivos de H. C. E. Burmeister & Cía.; y todo apuntaba a que no tardarían en llegar las dificultades.

Luego estaba la hermana del cónsul en Riga, Clara. El hecho de que no tuviese descendencia de su matrimonio con el reverendo Tiburtius no era en sí mismo preocupante, pues Clara Buddenbrook nunca había deseado hijos y era obvio que Dios no la había dotado de mucho instinto maternal. No obstante, su salud dejaba mucho que desear y, a juzgar por las cartas de su esposo, los dolores de cabeza que padecía desde adolescente eran ahora cada vez más frecuentes y alcanzaban una intensidad casi insoportable. Eso sí constituía un motivo de inquietud.

Y la tercera preocupación era que tampoco allí, en su ciudad natal, se tenía todavía ninguna certidumbre de que el apellido familiar fuera a conservarse. Gerda trataba el asunto con una indiferencia inmensa, que casi rayaba en rechazo y hastío. Thomas callaba su preocupación. La anciana consulesa, en cambio, decidió intervenir personalmente y un día llamó al doctor Grabow aparte:

—Oiga, doctor, entre nosotros..., ahí debería suceder algo de una vez, ¿no? Parece que ni el aire de la alta montaña de Kreuth ni la brisa marina de Travemünde han surtido demasiado efecto. ¿Qué cree usted que...?

Y Grabow, como en este caso no juzgó oportuno prescribir su receta favorita («dieta estricta, un poco de pichón, un poco de pan francés»), recomendó un viaje a Pymont y a Schlangenbad...

Tres preocupaciones tenía el cónsul. ¿Y Tony? ¡Pobre Tony!

CAPÍTULO VIII

Tony escribía:

Y cuando digo «hamburguesas» no lo entiende porque aquí las llaman «Pflanzerln»; y cuando ella habla de «Karfiol» ya me diréis a qué cristiano normal se le podría ocurrir que quiere poner coliflor; y cuando yo digo «patatas asadas» se pasa un rato gritando «¿Lo quéee?», hasta que le explico que son patatas al horno, porque aquí las llaman así; y «¿Lo quéee?» viene a equivaler a: «¿Cómo dice?». Y ésta ya es la segunda cocinera, pues a la primera, que se llamaba Kathi, me permití despedirla porque enseguida se ponía muy grosera conmigo; o al menos eso me parecía a mí, ya que es muy posible que estuviese equivocada, como empiezo a pensar ahora, y es que aquí nunca sabe una muy bien si la gente es grosera o amable. Esta de ahora, que se llama Babette aunque lo pronuncian «Bábet», al menos es muy agraciada, tiene un aire sureño, como algunas personas de aquí: cabello negro y ojos negros y una dentadura envidiable. Además, es muy dispuesta y, si se lo voy indicando, prepara algunos de los platos típicos de nuestra

tierra; por ejemplo, ayer hicimos acedera rehogada con pasas, aunque al final me llevé un disgusto terrible, pues Permaneder se tomó tan mal que no le gustara la verdura (y eso que rescató las pasas de una en una con el tenedor) que estuvo toda la tarde sin hablarme, sólo gruñía, así que puedo decirte, madre, que la vida no siempre es fácil.

Lo malo es que no eran sólo las Pflanzlerln y la acedera rehogada lo que le amargaba la vida... Ya en sus primeras semanas de casada hubo de sufrir un duro golpe; sucedió algo imprevisto, insospechado e increíble, algo que la privó de toda su alegría de vivir y para lo que no encontraba consuelo. Y fue lo siguiente: hasta que el matrimonio Permaneder no llevaba algunas semanas viviendo en Múnich, el cónsul Buddenbrook no pudo hacer efectiva la cantidad de cincuenta y un mil marcos que fijaba el testamento como dote para su hermana, pero luego no tardó en llegar a las manos del señor Permaneder sin ningún problema, cambiada en gulden. Éste la colocó en un depósito seguro y no poco ventajoso. Mas, a continuación, sin vacilar y sin sonrojarse siquiera, lo que había dicho a su esposa era:

—Mira, Tonerl —¡y la había llamado «Tonerl», con el diminutivo típico del bávaro!—, Tonerl, yo ya estoy cansado. No necesitamos más. Yo ya he bregado de sobra, y ahora quiero vivir tranquilo, ¡por el santo sacramento! Vamos a alquilar la planta baja y el segundo piso, que aquí tenemos una buena casa y tenemos para comer nuestro buen codillo, y no hace falta que todo sea tan noble y tan fino... Y por las noches iré al Hofbräuhaus. Yo no soy ambicioso y lo de amasar dinero no es para mí, que yo lo que quiero es vivir bien. A partir de mañana, ventilo el negocio y vivimos de las rentas.

—¡Permaneder! —había exclamado Tony y, además, por primera vez con la misma consonante uvular tan peculiar con que solía pronunciar también el nombre del señor Grünlich.

Pero él se había limitado a responder:

—¡Déjame en paz, mujer! —y entonces se había iniciado una primera pelea tan seria y tan violenta como para minar para siempre la felicidad de cualquier matrimonio... Él salió vencedor. La vehemente resistencia de Tony terminó cediendo ante aquel afán de «vivir tranquilo» del señor Permaneder, y el final de la historia fue que éste liquidó el capital de su empresa de comercio de lúpulo (de manera que ahora era el señor Noppe quien podía tachar con tinta azul la «Cía.» de la tarjeta), y al igual que la mayoría de sus amigos, con los que pasaba las veladas jugando a las cartas y tomándose sus tres litros diarios de cerveza en su mesa del Hofbräuhaus, su actividad quedó reducida a subir el alquiler como propietario, cortar cupones y «verlas venir».

A la consulesa se lo notificaron sin dar muchos detalles. En las cartas que la señora Permaneder había escrito a su hermano al respecto, sin embargo, se percibía el dolor que le había producido aquel hecho. ¡Pobre Tony! Sus peores temores se habían cumplido con creces. Ya sabía de antes que el señor Permaneder no era en absoluto tan «listo y despierto» como su primer marido, el cual lo era en exceso; sin embargo, jamás hubiera supuesto que defraudaría hasta tal punto aquellas expectativas que, aún la noche anterior a su compromiso, había estado comentando con Mamsell Jungmann, respecto a las obligaciones que contrae un hombre al casarse con una Buddenbrook.

Había que hacerse a la idea, y su familia infería de sus cartas cómo se iba resignando. Llevaba una existencia bastante gris con su marido y con Erika, que iba al colegio allí; se ocupaba de la casa, trataba amablemente con los inquilinos que habían encontrado para la planta baja y el segundo piso, así como con la familia Niederpaur en la Marienplatz, y les hablaba de vez en

cuando de alguna función del Hoftheater a la que había asistido con su amiga Eva, pues al señor Permaneder no le gustaban esas cosas, y resultó que, habiendo cumplido cuarenta años en su «querido Múnich», no había puesto el pie en la Pinacoteca ni una sola vez.

Pasaban los días... Sin embargo, la ilusión que Tony había sentido por comenzar una nueva vida se había perdido por completo desde que el señor Permaneder había decidido retirarse, el mismo día en que recibiera el dinero de su dote. Vivía sin esperanza. Jamás podría escribir a su familia sobre ningún éxito, ningún ascenso. La misma vida que llevaba ahora, sin preocupaciones pero muy reducida y, desde luego, nada «distinguida», le esperaba sin ningún posible cambio hasta el fin de sus días. Esa idea pesaba sobre ella como una losa. Y por sus cartas veían con claridad que era precisamente aquel ambiente tan poco elevado lo que le dificultaba más todavía su adaptación a las costumbres y la mentalidad del sur de Alemania. En las pequeñas cosas de cada día se iban limando las diferencias. Tony aprendió a entenderse con las criadas y los proveedores, aprendió a llamar PflanzlerIn a las hamburguesas y a no servir sopa de frutas de primer plato a su marido, después de que éste reaccionase con un: «¡Pero qué guarrería es ésta, por Dios!». No obstante, en general, nunca dejaría de sentirse una extranjera en su nueva patria, pues la sensación de que ser una Buddenbrook no era nada especial en aquellas tierras del sur constituía una constante y perpetua humillación para ella; y cuando escribía a su familia que, por ejemplo, un día un albañil, con su buena jarra de cerveza de un litro en una mano y un rábano cogido por las hojas en la otra, le había dirigido la palabra por la calle para preguntarle: «Diga, vecina, ¿qué hora tenemos?», también se percibía, aunque lo contase con humor, un fuerte matiz de indignación, y nadie dudaba de que, en tal situación, Tony habría echado la cabeza hacia atrás sin dignarse responder ni siquiera mirar al pobre hombre... Por otra parte, no era tanto aquella falta de formas y aquel escaso sentido de las distancias lo que le resultaba ajeno y antipático: era que no se integraba en la vida y los acontecimientos de la ciudad de Múnich a pesar de que la rodease su aire: el aire de una gran ciudad, llena de artistas y de ciudadanos ociosos, un aire un tanto decadente que, dado su estado de ánimo, no siempre le era fácil respirar con humor.

Pasaban los días... Más adelante, creyó que iba a producirse un feliz acontecimiento, el mismo feliz acontecimiento que en vano anhelaban en la Breite Strasse y en la Mengstrasse; y pocos días después del primero de enero de 1859, la esperanza se convirtió en certeza: Tony iba a ser madre por segunda vez.

La alegría parecía hacer temblar los renglones de sus cartas, llenas de frases solemnes, infantiles y cargadas de orgullo; cartas

como hacía mucho tiempo que no leían. La consulesa, quien, al margen de los viajes que realizaba en verano y que cada vez se limitaban más a la costa del Báltico, ya no quería viajar, lamentó mucho no poder acompañar a su hija durante esos días y se limitó a transmitirle por escrito que Dios sí que la acompañaría en todo momento; Tom y Gerda, en cambio, anunciaron que acudirían al bautizo, y en la cabeza de Tony empezaron a rondar numerosos planes sobre cómo habría de recibirles en su casa con distinción... ¡Pobre Tony! Tal recibimiento estaría marcado por una tristeza infinita, y el bautizo, que ella había imaginado como una fiesta encantadora con flores, dulces y chocolate, nunca llegaría a celebrarse, pues el recién nacido, una niña, entraría en este mundo para abandonarlo de nuevo al cabo de un cuarto de

hora, durante el cual el médico hizo cuanto pudo para mantener con vida aquel pequeño organismo incapaz de vivir...

Al llegar a Múnich, el cónsul Buddenbrook y su esposa recibieron la noticia de que también la vida de la propia Tony corría peligro. El segundo parto la había postrado mucho más que el anterior, y su estómago, que ya en otros momentos de tensión nerviosa le había ocasionado problemas, se negó a recibir casi cualquier alimento durante varios días. Finalmente, se recuperó, y los Buddenbrook pudieron regresar a su ciudad tranquilos en este sentido, aunque no sin cierta preocupación, pues se había demostrado —sobre todo el cónsul, que era muy observador, lo había percibido con total claridad— que ni siquiera aquel dolor común había servido para acercar a los esposos.

Por supuesto, eso no quería decir que el señor Permaneder no tuviera buen corazón... Se le había visto realmente afectado al ver a su niña sin vida, gruesas lágrimas habían brotado de sus ojillos hinchados, rodando por sus rollizas mejillas hasta los flecos del bigote, y varias veces, con profundos suspiros, se le había oído lamentarse: «¡Ay, Señor, qué cruz! ¡Ay, qué cruz! ¡Ay, por Dios!». Sin embargo, en opinión de Tony, sus ganas de «vivir tranquilo y bien» no se resintieron durante el suficiente tiempo, las veladas en el Hofbräuhaus le ayudaron a superarlo enseguida y, con el fatalismo un tanto gruñón e indolente que implicaba su típico «¡Si es que es una cruz!», continuó pasando los días «a verlas venir».

De las cartas de Tony, en cambio, ya no desapareció nunca el tono de desesperanza e incluso de queja. «¡Ay, madre! —escribía—. ¡Cuánto he de sufrir! Primero Grünlich y la bancarrota y después Permaneder y mi niña muerta. ¡Qué habré hecho para merecer tanta desgracia!»

Cuando el cónsul, en su casa, leía estas líneas, no podía evitar que en sus labios se dibujase una sonrisa, pues con todo el dolor que traslucían aquellas palabras, también percibía un fondo de orgullo que casi le hacía gracia y sabía que Tony Buddenbrook, fuese Madame Grünlich o Madame Permaneder, en el fondo seguía siendo una niña y vivía todas sus experiencias adultas como si no acabara de creer que le sucedían a ella y, al mismo tiempo, con una seriedad infantil, con un sentimiento de importancia infantil y, sobre todo, con una capacidad de resistencia infantil.

Tony no comprendía qué había hecho para merecer su desgracia; y es que la profunda religiosidad de su madre de la que tanto solía burlarse estaba igual de fuertemente arraigada en su propio interior, hasta el punto de que creía de todo corazón en la justicia y en que uno recibe en la tierra lo que merece. ¡Pobre Tony! La muerte de su segunda hija no habría de ser ni el último ni el peor golpe que sufriera.

Cuando el año 1859 tocaba a su fin, sucedió algo terrible.

CAPÍTULO IX

Era uno de los últimos días de noviembre, un frío día de otoño con un cielo encapotado que ya casi anunciaba nieve, con una niebla difusa que dejaba traslucir el sol por aquí y por allá, uno de esos días en que, en la ciudad portuaria, un fuerte viento del noreste silbaba y azotaba las macizas esquinas de las iglesias y en que era muy fácil pillar una pulmonía.

Cuando, hacia el mediodía, el cónsul Thomas Buddenbrook entró en el salón del desayuno, encontró a su madre con los lentes puestos, sentada a la mesa e inclinada sobre un papel.

—Tom —dijo, tapando el papel con ambas manos al mirarle, como si vacilase en enseñárselo—, no te asustes. Es algo desagradable... No me lo explico. Es de Berlín... Tiene que haber pasado algo...

—Haz el favor —dijo él en tono seco. Le cambió el color y, por un instante, se le vieron los músculos de las sienes porque apretó los dientes. Alargó la mano con un movimiento muy decidido, como si quisiera decir: «Los malos tragos, hay que pasarlos pronto. Nada de preámbulos».

Leyó las escasas líneas del papel de pie, levantando las cejas, aquellas cejas suyas de color muy claro, y deslizando la punta del bigote entre los dedos. Era un telegrama que decía: «No os asustéis. Llego de inmediato con Erika. Todo ha terminado. Vuestra desdichada Antonie».

—De inmediato... —dijo irritado y miró a la consulesa mientras meneaba rápidamente la cabeza—. ¿Qué significa «de inmediato»?

—Sólo es una manera de hablar, Tom, no significa nada especial. Querrá decir «dentro de poco» o algo parecido.

—¿Y desde Berlín? ¿Qué hace en Berlín? ¿Cómo ha ido a parar a Berlín?

—No lo sé, Tom, todavía no me lo explico; el telegrama ha llegado hace diez minutos. Pero tiene que haber pasado algo, y para saberlo no podemos hacer otra cosa que esperar. Dios quiera que todo termine bien. Siéntate, hijo, y desayuna.

El cónsul tomó asiento y, mecánicamente, se sirvió cerveza Porter en una copa alta de cristal grueso.

—«Todo ha terminado» —repitió—. Y firma «Antonie»... ¡Niñerías!

Luego se puso a comer y beber en silencio. Al rato, la consulesa se atrevió a comentar: —¿Habrá pasado algo con Permaneder, Tom? Él se encogió de hombros sin levantar la vista. Al marcharse, con el picaporte en la mano, dijo:

—Sí, madre, no podemos hacer otra cosa que esperarla. Como no creo que quiera presentarse en tu casa de noche, llegará a lo largo de mañana. Manténme al corriente, por favor.

La consulesa esperaba que su hija llegase en cualquier momento. Apenas pudo conciliar el sueño por la noche, tocó la campanilla para que Ida Jungmann, que ahora dormía a su lado, en la última de las habitaciones de la entreplanta, acudiese y le preparase un vaso de agua con azúcar, e incluso pasó un buen rato incorporada en la cama haciendo labor. También la mañana siguiente transcurrió en una desasosegada espera. Durante el segundo desayuno, el cónsul explicó a su madre que Tony, si llegaba ese día, sólo podía hacerlo en el coche de Büchen de las tres y treinta y tres. A esa hora, la consulesa permanecía sentada junto al ventanal del salón de los paisajes e intentaba leer un libro en cuya cubierta de piel negra se veía un ramo de palma grabado en oro.

Era un día como el anterior: frío, neblina y viento. Al fondo del salón, detrás de la brillante rejilla de la estufa, crepitaba el fuego. La anciana se estremecía y miraba a la calle cada vez que percibía las ruedas de algún vehículo en el exterior. Luego, en cambio, a las cuatro, justo en un momento en que no estaba prestando atención y casi se había olvidado de su hija, se oyó movimiento en la planta baja de la casa... Giró el cuerpo hacia la

ventana con gesto ansioso, limpió el vaho que empañaba el cristal con la punta de su pañuelo de encaje y, en efecto, había una calesa detenida en la puerta y ya subían por la escalera.

Se agarró a los brazos de la silla con ambas manos para levantarse, pero lo pensó mejor y se dejó caer de nuevo en el asiento, limitándose a volver la cabeza hacia su hija (que avanzaba por el salón con pasos rápidos, casi atropellados) con un gesto que casi expresaba cierto rechazo, mientras Erika Grünlich se quedaba en la puerta cristalera de la mano de Ida Jungmann.

La señora Permaneder llevaba una capa forrada de piel y un sombrero de fieltro ovalado y con velo. Estaba muy pálida y parecía muy afectada; tenía los ojos enrojecidos y le temblaba el labio superior, como cuando lloraba de niña y todavía era simplemente Tony. Alzó los brazos, los bajó de nuevo y fue dejándose caer hasta quedar de rodillas ante su madre, escondió el rostro entre los pliegues del vestido de la anciana y rompió a llorar con profunda amargura. Era como si, tras haber realizado el largo viaje desde Múnich en un suspiro, ahora, al llegar por fin al destino de su huida, cayese al suelo exhausta pero sintiéndose a salvo. La consulesa guardó silencio un instante.

—¡Tony! —dijo después en un tono de tierno reproche, retiró con cuidado la gran horquilla que sujetaba el sombrero de Tony al moño, dejó el sombrero sobre el alféizar de la ventana y, cariñosamente, acarició con ambas manos el espeso cabello rubio ceniza de su hija para consolarla.

—Hija, mía, ¿qué... qué es lo que ha sucedido?

Pero había que armarse de paciencia, pues aún pasó un rato bastante largo hasta que llegó la respuesta.

—Madre... —balbució la señora Permaneder—. ¡Mamá! —Y no pasó de ahí.

La consulesa levantó la cabeza para mirar a la puerta de cristales, y mientras rodeaba a su hija con un brazo, tendió la mano que le quedaba libre a su nieta, que seguía allí de pie sin saber qué hacer, con el dedo índice en los labios.

—Ven, hija, ven a saludar a tu abuela. Has crecido mucho y se te ve muy sana y muy bonita, por lo que damos gracias a Dios. ¿Cuántos años tienes ya, Erika?

—Trece, abuela.

—¡Vaya! Toda una señorita...

Dio un beso a la niña por encima de la cabeza de Tony y prosiguió:

—Ve arriba con Ida, pequeña, vamos a comer enseguida. Pero ahora tu mamá tiene que hablar conmigo, ¿de acuerdo?

Se quedaron a solas.

—¿Y bien, Tony, querida? ¿No vas a dejar de llorar? Cuando el Señor nos pone a prueba, hay que soportarlo con resignación. Que cada uno lleve su cruz..., así está escrito. Aunque tal vez también tú prefieras subir a descansar y refrescarte un poco y bajar conmigo después... Nuestra buena de Ida Jungmann ha preparado tu habitación. Te agradezco mucho el telegrama. Desde luego, nos dio un buen susto —se interrumpió porque oyó que, de entre los pliegues de su falda, salían unos sonidos ahogados:

—Es un depravado..., un depravado..., un depravado...

Y la señora Permaneder no era capaz de salir de aquella terrible palabra. La palabra parecía dominarla por completo. Hundió el rostro aún más en el regazo de la consulesa e incluso cerró el puño junto a la silla.

—¿Acaso te refieres a tu esposo, hija mía? —preguntó la anciana después de un silencio—. Semejante idea no es de recibo, ya lo sé, pero no sé qué otra cosa pensar, Tony. ¿Es que Permaneder te ha hecho algún mal? ¿Tienes alguna queja de él?

—Babet... —balbució la señora Permaneder—. ¡Bábet!... —¿Babette? — repitió la consulesa en forma de pregunta. Luego se reclinó sobre el respaldo de la silla y miró de reojo hacia la ventana. Ya sabía de qué se trataba.

Se hizo un nuevo silencio, interrumpido de cuando en cuando por los sollozos de Tony, cada vez más espaciados.

—Tony —dijo la consulesa al cabo de un rato—, ya me doy cuenta de que, en efecto, te ha sucedido algo terrible, de que tienes motivos para quejarte... Pero, ¿era necesario expresar esa queja con tanto arrebató? ¿Era necesario este viaje desde Múnich, con Erika, de esta manera que, a los ojos de otras personas menos razonables, da la sensación de que no quieres regresar jamás junto a tu esposo?

—¡Es que no quiero! Jamás! —exclamó la señora Permaneder levantando la cabeza de golpe, y sus ojos llorosos miraron a su madre a la cara con una expresión casi salvaje, para volver a esconder la cara entre los pliegues de la falda con la misma brusquedad. La consulesa ignoró lo que acababa de oír.

—Bueno, bueno... —dijo elevando el tono de voz y girando la cabeza hacia uno y otro lado—, has venido y es bueno que lo hayas hecho. Así podrás aliviar tu corazón y contármelo todo y luego veremos cómo, con amor, tolerancia y reflexión, conseguimos que se corrija lo que se ha torcido.

—Jamás! —dijo Tony de nuevo—. Jamás! —Entonces, se puso a contar lo que había sucedido y, aunque no se le entendían todas las palabras porque hablaba con la cabeza escondida entre los numerosos pliegues de la falda de la consulesa, y aunque su relato fue más bien como una explosión y las expresiones de tremenda indignación lo interrumpían una y otra vez, quedó bastante claro que los hechos habían sido más o menos los siguientes:

Hacia la medianoche del veinticuatro al veinticinco de ese mes, algo había despertado de su ligero duermevela a Madame Permaneder, quien durante el día había sufrido molestias estomacales y no había logrado sosegar hasta muy tarde. El culpable había sido un ruido continuo en la entrada, en la escalera, un ruido muy extraño y mal disimulado en el que se mezclaban crujidos de los escalones, risitas ahogadas, palabras entrecortadas en tono defensivo y unos gruñidos y gemidos harto peculiares... Ni por un instante cabía dudar sobre la naturaleza de aquel ruido. La señora Permaneder, aún medio adormilada, no había siquiera acabado de percibirlo cuando ya lo había identificado, cuando ya su rostro se había quedado sin sangre porque toda le había bajado de golpe al corazón, que había sentido una terrible punzada y había seguido latiendo como si una pesada losa lo oprimiera. Durante un minuto interminable y atroz, había permanecido tumbada sobre las almohadas como paralizada, como anestesiada; luego, sin embargo, como aquel desvergonzado ruido no cesara, había encendido la luz con las manos temblorosas y, presa de la desesperación, la rabia y el asco, había abandonado la cama y abierto la puerta con brusquedad para salir corriendo, en zapatillas y con una vela en la mano, hacia la zona de la escalera, aquella escala recta que conducía directamente desde la puerta de la calle hasta la primera planta. Y allí, en los escalones superiores, sus ojos —ojos que el espanto había abierto todavía más—, habían encontrado en toda su corporalidad la imagen que, al escuchar aquellos ruidos inconfundibles desde el interior del dormitorio, ya había visto su mente. Era una pelea brutal, una lucha inmoral e ilícita entre Babette, la cocinera, y el señor Permaneder. La muchacha, con un manojó de llaves y también con una vela en la mano, pues habría estado haciendo alguna tarea en la casa, se había revuelto cuando había podido intentando escapar del señor de la casa, el cual, a su vez, con el sombrero en el cogote,

la había retenido entre sus brazos para intentar, una y otra vez, frotar sus bigotes de foca contra el rostro de ella, cosa que, en efecto, había conseguido. Al aparecer Antonie, Babette había exclamado algo del tipo: «Jesús, María y José!»; y «Jesús, María y José!» había repetido el señor Permaneder, la había soltado, y, mientras la muchacha, con muy buen tino, desaparecía sin dejar rastro, él se había quedado allí de pie, delante de su mujer, con los brazos desmadejados, la cabeza desmadejada y el bigote desmadejado, balbuceando alguna cosa tan absurda como: «¡Si es que es una cruz! ¡Ay, Señor, qué cruz!». Para cuando se atrevió a abrir los ojos, su esposa ya no seguía allí; la había encontrado de nuevo en el dormitorio: medio sentada, medio tumbada sobre la cama, repitiendo constantemente la palabra «ignominia» entre sollozos desesperados. Él, parado en el umbral de la puerta, de nuevo desmadejado, había hecho un gesto brusco con los hombros hacia delante, como para darle un empujón de camaradería en las costillas, y le había dicho: «¡Anda, mujer, no te pongas así! Vamos, Tonerl, es que Franzl Ramsauer celebraba su santo esta noche... Todos hemos empujado el codo un poco...». Sin embargo, la vaharada de alcohol que había invadido la habitación había llevado a Tony al colmo de la exaltación. Había dejado de sollozar, de sentirse débil y frágil; una rabia visceral le había insuflado fuerzas y, con la desmesura de la desesperación, le había lanzado a la cara a viva voz todo el asco, el rechazo y el desprecio que la manera de comportarse y la propia naturaleza de su esposo le inspiraban... Tampoco el señor Permaneder se había quedado callado. La cabeza le bullía, pues resultó que, además de muchas jarras de cerveza de litro, también se había tomado algunas «copillas» de champán; le había replicado, le había replicado como un salvaje, y habían tenido una pelea mucho más terrible que la del día en que Permaneder decidiera retirarse a vivir de las rentas; la señora Permaneder había recogido su ropa para instalarse en el comedor... y, entonces, al final del todo, una palabra había resonado a sus espaldas, una palabra de labios de su esposo, una palabra que ella no habría de repetir jamás, que su boca jamás articularía, una palabra..., una palabra...

Todo esto constituyó el contenido principal de las confesiones que Madame Permaneder pronunció entre los pliegues de la falda de su madre. Al llegar a la «palabra», en cambio, a aquella «palabra» que en aquella terrible noche le había calado hasta la médula para quedar allí grabada para siempre, no fue capaz de seguir; no la repitió...

—¡Y, por Dios, no la repetiré nunca! —lamentó, si bien su madre tampoco insistió en que lo hiciera, limitándose a asentir con la cabeza muy suave, lenta y casi imperceptiblemente en actitud pensativa mientras contemplaba el bonito cabello rubio ceniza de Tony, arrodillada a sus pies.

—Sí, sí, hija —dijo—, qué cosas tan tristes me has contado. Y lo entiendo todo muy bien, pequeña mía, pues no sólo soy tu mamá, sino también una mujer, igual que tú. Ya veo cuán justificado está tu dolor y hasta qué punto tu esposo, durante un momento de debilidad, fue capaz de olvidar lo que te debe...

—¿Durante un momento? —exclamó Tony. Se puso en pie de un salto. Dio dos pasos hacia atrás y se secó los ojos con un gesto febril—. ¿Durante un momento, mamá? ¿Que se olvidó de lo que me debía... a mí y a mi apellido? ¡Si es que desde el principio no lo supo! Un hombre que se retira a vivir de las rentas con la dote de su esposa, ¡por Dios! ¡Un hombre sin ambición, sin metas, sin ningún espíritu emprendedor! Un hombre por cuyas venas no corre sangre sino un líquido espeso hecho de malta y de lúpulo... ¡Ay, de eso sí que estoy más que convencida! Y que se presta a semejantes bajezas

como lo de la Bábete ésa y, para colmo, cuando se le echa en cara su absoluta falta de valía, responde con una palabra..., una palabra...

De nuevo se había estancado en la palabra, aquella palabra que no habría de repetir. Pero, de pronto, avanzó un paso y, con una voz completamente serena y en un tono de dulce interés, preguntó:

—Qué cosa tan linda, mamá. ¿De dónde ha salido esto? Hizo un movimiento con la barbilla para señalar un cestillo de mimbre adornado con cintas de satén y con patitas, como un pequeño trípode en el que la consulesa solía guardar su labor.

—Lo compré hace tiempo —respondió la anciana—. Me hacía falta.

—¡Qué distinguido! —dijo Tony, contemplando el trípode con la cabeza ladeada. También la consulesa posó la vista en el objeto pero sin mirarlo en realidad, sumida en profundos pensamientos.

—Bueno, mi querida Tony —dijo al fin y tendió las manos a su hija una vez más—. Estén como estén las cosas, ahora estás aquí, así que sé bienvenida de todo corazón, hija mía. Con el ánimo más tranquilo podremos hablarlo todo en otro momento. Sube a tu habitación a dejar tus cosas, ponte cómoda... ¡Ilda! —dijo levantando la voz para que ésta la oyese desde el comedor—. Que pongan cubierto en la mesa para Madame Permaneder y Erika, querida.

CAPÍTULO X

Tony se había retirado a su dormitorio nada más comer, pues durante la comida la consulesa le había confirmado lo que ya suponía: Tom estaba enterado de su llegada... y ella no parecía estar demasiado ansiosa por encontrarse con él.

A las seis de la tarde subió el cónsul. Se dirigió al salón de los paisajes, donde tuvo una larga conversación con su madre. —¿Y cómo está? —preguntó—. ¿Cómo se comporta?

—Ay, Tom, me temo que está inconsolable... Ay, Dios mío, está tan exaltada... Y luego esa palabra... ¡Ojalá supiera cuál fue la palabra que le dijo ese hombre!

—Subiré a verla.

—Hazlo, Tom. Pero llama a la puerta con sigilo para que no se asuste, y conserva la calma, ¿me oyes? Tiene los nervios a flor de piel. Casi no ha comido... El estómago, ya sabes lo que le pasa... Habla con ella con tranquilidad.

A paso ligero, con su prisa habitual y retorciéndose el bigote con gesto circunspecto, el cónsul subió los escalones de dos en dos y llegó a la segunda planta. Sin embargo, ya en el momento de llamar a la puerta, su rostro se iluminó, pues estaba decidido a tratar todo aquel asunto, en la medida de lo posible, con sentido del humor.

Abrió en respuesta a un doliente «¡Adelante!» y encontró a la señora Permaneder, completamente vestida, tumbada en la cama con los cortinajes retirados, los almohadones de plumas en la espalda y un frasquito de gotas para el estómago en la mesilla de noche. Ella se giró un poco, apoyó la cabeza en la mano y miró a su hermano con una sonrisa enfurruñada. Él hizo

una profunda reverencia y describió un amplio semicírculo con las manos abiertas en señal de solemne saludo.

—Venerable señora... ¿A qué se debe el honor de que una ciudadana de la gran capital de la corte...?

—Anda, Tom, dame un beso —dijo ella al tiempo que se incorporaba para ofrecerle la mejilla a su hermano y luego dejarse caer de nuevo en la cama—. ¡Buenas tardes, mi buen muchacho! Veo que no has cambiado nada desde la última vez que vinisteis a Múnich.

—Bueno, eso no puedes juzgarlo con los estores bajados como los tienes, querida. Y, en cualquier caso, me has quitado el cumplimiento de los labios porque eres tú quien lo merece... —Con la mano de su hermana en la suya, acercó una silla y se sentó—. Como te he dicho tantas otras veces, Clotilde y tú...

—¡Ay, Tom, por Dios! ¿Cómo está Tilda?

—Se supone que bien. Madame Krauseminz se ocupa de ella y de que no se muera de hambre. Lo cual no impide, claro, que Tilda venga aquí los jueves y se ponga a tragar como un pozo sin fondo, como si fuera para toda la semana siguiente...

Tony rió de buena gana, como no había hecho en mucho tiempo, pero luego se interrumpió con un suspiro y preguntó: —¿Y cómo van los negocios?

—Bueno, nos defendemos... Hemos de estar contentos. —¡Gracias a Dios que por lo menos aquí todo marcha como tiene que marchar! Ay, no estoy en disposición de charlar alegremente...

—¡Qué lástima! El humor, cuando me me, es lo último que se pierde.

—No, Tom, eso se acabó... ¿Lo sabes todo?

—«¿Lo sabes todo?» —repitió él, soltó la mano de Tony y, sin levantarse, empujó la silla un poco hacia atrás—. ¡Por Dios del cielo, cómo suena eso! «Todo»... ¿Qué no encerrará ese «todo»?

«*Volqué mi amor en ello y mi dolor también...* »³⁷. Vamos a ver, escúchame...

Ella guardaba silencio. Lo miró con una expresión de profunda sorpresa y de profunda ofuscación.

—Ya me esperaba esa cara —dijo él—, porque sin esa cara no habrías venido hasta aquí. Pero, mi querida Tony, permíteme que tome todo este asunto más bien a la ligera, incluso en demasía, puesto que tú lo has tomado demasiado a pecho, y ya verás como, entre los dos, nos complementamos a la perfección. —¿Demasiado a pecho, Tom? ¿Que lo he tomado demasiado a pecho?

—Claro, mujer. ¡Por Dios, esto no es una tragedia! Hablemos con un poco de humildad y no en términos de «Todo ha terminado» y «Vuestra desdichada Antonie»... Entiéndeme bien, Tony; sabes que soy el primero que se alegra de todo corazón por tu visita. Ya hace mucho que deseaba que vinieses. alguna vez, sin tu esposo, para que pudiésemos estar en familia, sólo los más íntimos. Pero que te hayas presentado aquí ahora y de esta manera..., me vas a perdonar pero es una tontería, mi niña. Que sí..., idéjame acabar de hablar! El comportamiento de Permaneder ha sido del todo impropio, no me cabe la menor duda, y así se lo haré saber, puedes estar segura de ello...

³⁷ Remite al poema 65 del *Intermezzo lírico*, de Heine (el verso original es: «Ich legte auch meine Liebe und meinen Schmerz hinein»), más conocido por ser también el que cierra el ciclo de *Lieder de Schumann* «Amor de poeta», sobre los últimos doce poemas de dicha obra. (*N de la T*).

—Que su comportamiento ha sido más que impropio —le interrumpió ella, incorporándose y llevándose una mano al pecho—, eso ya se lo he dado a entender yo... y no sólo «dado a entender», como te estoy diciendo. Mi sentido de la educación me dice que no es de recibo en absoluto entablar ninguna discusión más con mi esposo —y con esas palabras se dejó caer de nuevo en la cama y se quedó mirando al techo con gesto severo y fijo.

Tom se inclinó hacia delante, como si lo hiciera bajo el peso de sus palabras, y se quedó mirándose las rodillas con una sonrisa.

—Bueno, entonces tampoco le escribiré ninguna carta con malas palabras: enteramente como tú mandes. Después de todo, es asunto tuyo y ya es bastante con que tú misma le hagas entrar en razón; en calidad de esposa, es a ti a quien te corresponde hacerlo. Visto ahora, con más perspectiva, su comportamiento no carece de ciertos atenuantes: un amigo celebraba su santo, llegó a casa algo más alegre de la cuenta y quiso echar una canita al aire; cometió un pequeño que no por ello menos indecoroso desliz...

—Thomas —dijo Tony—, no te entiendo. No entiendo el tono en que me estás hablando. Tú... Un hombre de tus principios. ¡Es que tú no le viste! Cómo la agarraba, allí borracho... La imagen que ofrecía...

—Bastante cómico, me figuro. Y ésa es la cuestión, Tony: no te lo tomas con el suficiente humor, y es porque esos nervios en el estómago te lo impiden. Descubriste a tu esposo en un momento de debilidad, le viste en una situación un tanto ridícula..., pero eso no debería indignarte de ese modo tan terrible, sino más bien darte risa, y así le verías como a alguien más humano y, por lo tanto, también más cercano... Una cosa te voy a decir: tú, naturalmente, has sido incapaz de correr un tupido velo, sonreír y guardar silencio, Dios sabe cómo eres. Bien, te marchas de su casa: eso ya ha sido una manifestación de tus sentimientos, tal vez demasiado visceral, tal vez un castigo demasiado duro..., porque no me gustaría ver lo desolado que debe de estar tu esposo en estos momentos..., pero, después de todo, tiene su justificación. Lo que te ruego es que vuelvas a considerar las cosas con mayor serenidad y un poco más de sentido político... Te lo digo así, entre nosotros. Me veo obligado a decirte que, en un matrimonio, obviamente no es indiferente qué lado de la balanza se inclina con el mayor peso moral... Entiéndeme, Tony, tu marido ha demostrado una debilidad y de eso no cabe la menor duda. Se ha puesto en un compromiso, se ha puesto un poco en ridículo..., y digo ridículo precisamente por lo nimio de su falta, por lo poco en serio que debe tomarse... En pocas palabras, su dignidad ha quedado manchada y, como consecuencia, eres tú la que ahora, decididamente, goza de cierta superioridad moral sobre él, y si sabes hacer buen uso de tal situación, estoy seguro de que revertirá en tu propio beneficio y tu propia dicha. Si tú, dentro de... pongamos dos semanas... sí, claro, por favor, al menos ese tiempo tengo que retenerte aquí con nosotros... si dentro de dos semanas regresas a Múnich, ya verás cómo...

—No voy a regresar a Múnich, Thomas.

—¿Cómo dices? —preguntó él haciendo una mueca, llevándose una mano a la oreja e inclinándose hacia delante.

Su hermana seguía tumbada boca arriba, con la nuca bien hundida en los almohadones, de manera que la barbilla parecía más prominente y le confería cierto gesto de severidad.

Jamás —dijo; luego expulsó el aire profunda y lentamente y carraspeó, muy despacio y sin intención de disimular: un carraspeo seco que

comenzaba a convertirse en un hábito nervioso y, con toda probabilidad, también guardaba relación con su dolencia estomacal. Se hizo un silencio.

—Tony —dijo su hermano de repente al tiempo que se levantaba y dejaba caer una mano sobre el respaldo de la silla estilo imperio—, ¡darás un escándalo!

Una mirada de reojo permitió saber a Tony que había palidecido y que se le marcaban los músculos de las sienas. Tampoco ella podía mantenerse ya en la misma postura. Comenzó a moverse y, para ocultar el miedo que le tenía a su hermano, reaccionó con toda su ira y alzando la voz. Se incorporó bruscamente, deslizó los pies hasta el suelo y, con las mejillas ardiendo, el ceño fruncido y agitados movimientos de manos y de cabeza, arremetió contra él:

—¿Un escándalo, Thomas? ¿Te permites ordenarme que no dé un escándalo cuando se me cubre de vergüenza, cuando se me escupe a la cara directamente? ¿Es eso digno de un hermano? ¡Ah, sí, al menos has de permitirme que te lo pregunte! Tener tacto y miramientos está muy bien, por supuesto que sí. Pero todo tiene un límite en esta vida, Tom... Y mira que yo conozco la vida igual de bien que tú, y sé muy bien cuándo el miedo al escándalo comienza a llamarse cobardía. ¡Vaya si lo sé! Y me asombra que sea yo la que tenga que decírtelo a ti, yo que no soy más que una tonta y una ingenua... Pues sí, lo soy, y entiendo perfectamente que Permaneder no me quisiera nunca puesto que soy una mujer vieja y fea, puede que sea así, y seguro que Bábet es más guapa. ¡Pero eso no le exime del respeto que me debía a mí y a mis orígenes y a mi educación y a mis sentimientos! Tú no le viste, Tom, no viste de qué manera olvidó ese respeto, y quien no lo ha visto no sabe nada, porque no se puede ni contar lo repugnante que resultaba en aquel estado... Y tú no oíste la palabra que me gritó, a mí, a tu hermana, cuando recogí mis cosas y abandoné la habitación para dormir en el sofá de la sala de estar... ¡Ay, sí! ¡Qué palabra hube de oír de su boca!... Una palabra..., una palabra... Resumiendo, Tom, para que lo sepas: en el fondo fue esa palabra lo que me indujo, es más, lo que me obligó a pasarme la noche haciendo las maletas, a despertar a Erika muy temprano y marcharme de allí, porque no podía seguir con un hombre a cuyo lado he de oír palabras semejantes, y junto a un hombre así, como ya te he dicho antes, no pienso regresar jamás... ¡O muy bajo tendría que caer y perder todo el respeto por mí misma y verme enteramente sin recursos en la vida!

—¿Vas a tener la bondad de decirme esa condenada palabra, sí o no?

—Jamás, Thomas! Jamás la repetirán mis labios! Yo sé muy bien lo que me debo a mí misma y a esta casa...

—¡Entonces no hay nada que hablar contigo!

—Puede ser; desde luego, desearía que no hablásemos más del asunto.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Quieres pedir el divorcio? —Pues sí, Tom. Ésa es mi decisión y es irrevocable. Es la forma de actuar que me debo a mí misma y a mi hija y a todos vosotros. —Mujer, pero eso es absurdo —dijo Tom en tono relajado, giró sobre sus talones y se alejó de su hermana, como si con eso hubiera quedado todo zanjado—. Para divorciarse hacen falta dos personas, querida mía; y está por ver que Permaneder esté dispuesto así, por las buenas... Esa idea sí que es ridícula...

—Deja que yo me ocupe —dijo Tony sin dejarse intimidar—. Crees que se opondrá, concretamente por los diecisiete mil táleros en efectivo; pero tampoco Grünlich quería y fue obligado a ello, pues hay medios para hacerlo; además, iré a ver al doctor Gieseke, es amigo de Christian y se pondrá de mi lado. Por supuesto, la situación es distinta a la de entonces, ya sé lo que

quieres decir. Entonces fue por «incapacidad del esposo para mantener a su familia». ¡Como si no me acordara! Ya ves que estoy muy al tanto en estos temas, mientras que tú te comportas como si fuese la primera vez que me divorcio en esta vida... Pero es exactamente igual, Tom. A lo mejor no es propio y no se puede, tal vez suceda eso y tú tengas razón. Encantada. Pero no cambiaré nada. No cambiaré en nada mi decisión. Que se quede esos pocos táleros... ¡Hay cosas que valen más en la vida! En cualquier caso, a mí no me volverá a ver jamás.

Y carraspeó. Había bajado de la cama para sentarse en la butaca, con un codo sobre el brazo de ésta y la barbilla tan firmemente clavada en la mano que los dedos parecían una garra aferrada al labio inferior. Así, con el cuerpo de medio lado y unos ojos enrojecidos que delataban su excitación, se quedó mirando fijamente a través de la ventana.

El cónsul recorrió la habitación a zancadas varias veces, suspiró, meneó la cabeza y se encogió de hombros. Finalmente, se quedó de pie frente a ella, retorciéndose las manos.

—¡Eres como una niña, Tony! —dijo en tono desalentado y suplicante—. ¡Cada una de tus palabras es una niñería! ¿Por qué no consientes, cuando yo te lo pido, en considerar las cosas como una persona adulta, aunque sólo sea por un momento? ¿Es que no te das cuenta de que te comportas como si hubieses sufrido una ofensa terrible y muy seria, como si tu esposo te hubiese engañado con mala intención, con crueldad, como si te hubiese cubierto de vergüenza delante de todo el mundo? Pero has de tener en cuenta que no ha sucedido nada. Que nadie sabe nada de ese ridículo incidente en la escalera de vuestra casa de la Kaufinger Strasse. Que no faltarás a tu dignidad ni a la de tu familia por regresar al lado de Permaneder con toda serenidad y, a lo sumo, con una sonrisa un tanto sarcástica... ¡Todo lo contrario! Lo que perjudicará a nuestra dignidad es que no lo hagas, pues entonces habrás convertido semejante bagatela en algo serio, y será así como provoques el escándalo.

Ella soltó la mano de la barbilla y le miró a la cara. —¡Ahora, cállate, Thomas! ¡Ahora me toca a mí! ¡Ahora escúchame tú! ¿Qué dices? ¿Acaso en esta vida sólo es una vergüenza y un escándalo lo que se hace público y lo que sale a la luz? ¡Ay, no! ¡El escándalo que se guarda en secreto, que lo consume a uno en silencio y termina privándole de su dignidad es mucho peor! ¿Acaso los Buddenbrook somos gente que pretende que, de cara a la galería, todo sea «tipp—topp», como soléis decir, y, a cambio de eso, nos tragamos las peores humillaciones entre nuestras cuatro paredes? ¡No sabes cuánto me asombra que pienses así, Tom! Piensa en nuestro padre, en cómo se comportaría él en un día como hoy, y juzga las cosas como lo haría él. No, han de imperar siempre la pureza y la sinceridad... Tú, por ejemplo, podrías enseñar tus libros de cuentas a cualquiera en cualquier momento y decir: Ved... Pues hemos de hacer lo mismo con nuestros asuntos privados. Yo sé muy bien cómo me ha hecho Dios. ¡No tengo ningún miedo! ¡Ya puede venir esa Julchen Móllendorffy no saludarme al pasar! Y ya puede Pffiffi Buddenbrook menearse de alegría ante mi desgracia y decir todos los jueves: «Vaya, por desgracia ya es la segunda vez, pero naturalmente, en ambos casos ha sido culpa de los hombres...». ¡No puedes ni imaginarte hasta qué punto estoy por encima de eso, Tom! Sé que he hecho lo que creí que estaba bien. Y, desde luego, tragarme una ofensa tras otra por miedo a Julchen Móllendorffy y a Pffiffi Buddenbrook, y dejar que me insulten en un tosco dialecto cervecero..., aguantar por miedo a ellas al lado de un hombre y en una ciudad semejantes, donde habría de acostumbrarme a palabras y a

escenas como la de la escalera, donde tendría que aprender a renegar de mí misma y de mis orígenes y de mi educación tan sólo para poder parecer feliz y contenta..., eso es lo que yo considero indigno, lo que yo considero escandaloso, ¡para que lo sepas!

Se interrumpió, volvió a clavar la barbilla en la mano y la mirada, muy excitada, en los cristales de la ventana. El cónsul estaba de pie frente a ella, descansando el peso sobre una pierna, con las manos en los bolsillos, y, absorto en sus pensamientos, meneaba la cabeza y posaba sus ojos en ella pero sin verla.

—Tony —le dijo—, no me estás contando nada nuevo. Ya lo sabía de antes, pero tus últimas palabras te han delatado. El problema no es ese hombre. Es la ciudad. No es toda esa niñería de la escena en la escalera. Es el conjunto de todo. No has podido aclimatarte. Reconócelo sinceramente.

—Tienes razón, Thomas —exclamó ella. Incluso se levantó de golpe y le señaló directamente a la cara con la mano estirada. El rostro de Tony estaba encendido. Se quedó de pie, en una actitud como de combate; con una mano agarrada al respaldo de la silla y gesticulando con la otra, pronunció un auténtico discurso, un discurso arrebatado por la emoción y que parecía brotar de sus labios por sí solo. El cónsul la miraba estupefacto. Apenas paraba un segundo para tomar aire, nuevas palabras fluían como un torrente. Sí, encontró palabras para todo y verbalizó toda la inquina y el asco que había acumulado en su interior durante los últimos años, con cierto desorden e inconexión, pero lo verbalizó. Fue una explosión, un estallido de sinceridad a la desesperada... Y en él se descargó algo ante lo que no cabía réplica alguna, algo tan esencial que no cabía mayor discusión al respecto. — ¡Ahí tienes razón, Thomas! ¡Y que tú lo digas! ¡Claro! Te digo expresamente que ya no soy una tonta y sé muy bien qué pensar de las cosas de la vida. Ya no me quedo paralizada cuando me entero de que no todo es siempre limpio e inocente. He conocido a tipos como Trieschke el Lacrimoso y he estado casada con Grünlich y ya sé cómo son los suitiers de nuestra ciudad. No soy una niña ingenua recién llegada del campo, que lo sepas, y el asunto de Bábet en sí mismo y fuera de su contexto no me habría quitado el sueño, puedes creerme. Pero el caso es que fue la gota que colmó el vaso, Thomas... Y no hacía falta que la gota fuera muy grande porque ya estaba muy lleno desde antes..., desde mucho antes... ¡Lleno hasta el borde! Cualquier nadería habría bastado para que se desbordase, y ésta más que ninguna otra. ¡Constatar que ni siquiera en ese punto podía fiarme de Permaneder ya fue el colmo! ¡El colmo de los colmos! Eso hizo que, de golpe, madurase definitivamente mi decisión de abandonar Múnich, y te digo, Tom, que ya llevaba mucho tiempo madurando... porque yo ahí en el sur no puedo vivir, por Dios y por todas sus huestes celestiales, ¡es que no puedo! Tú no sabes, Thomas, hasta qué punto era desgraciada allí. No, no lo sabes porque, cuando vinisteis de visita, hice cuanto pude por que no os dierais cuenta; claro, porque yo soy una mujer con mucho tacto que no molesta a los demás con sus quejas y no se pasa el día contando sus penas por ahí, y siempre he tenido tendencia a callarme las cosas. Pero sufría mucho, Tom, sufría con todo mi ser, por así decirlo. Como una planta, permíteme la metáfora, trasplantada a una tierra extraña..., y por inadecuada que te resulte la comparación, puesto que soy una mujer fea..., te digo que en una tierra extraña soy incapaz de vivir, ¡hasta preferiría irme a Turquía! ¡Ay, nosotros, los de aquí del norte, no deberíamos marcharnos nunca a otro lugar! Deberíamos permanecer para siempre a la orilla de nuestro mar y reconocer que sólo podemos alimentarnos en este suelo... Siempre os habéis reído un

poco de mi predilección por la nobleza... Pues mira, en estos años he recordado muchas veces las palabras que alguien, un hombre inteligente, me dijo una vez: «Usted simpatiza con la nobleza», me dijo. «¿Quiere saber por qué? Porque usted misma es noble. Su padre es un gran señor y usted una princesa. Un abismo la separa a usted de nosotros, los otros, los que no pertenecemos a su círculo de familias pudientes y en el poder...» Sí, Tom, sentimos que somos nobles y sentimos esa distancia, y jamás deberíamos intentar vivir en un lugar donde nadie sabe nada de nosotros y no sabe apreciar quiénes somos, porque no viviremos más que una humillación tras otra, y donde quiera que sea dirán que somos ridículamente soberbios. Sí, todos pensaban que yo era ridículamente soberbia. Nadie me lo decía, claro, pero yo lo sentía a cada momento, y no sabes cuánto sufría. ¡Hombre, por Dios! Un sitio en el que comen la tarta con el cuchillo y en el que los príncipes hablan el alemán con faltas y donde se considera muestra de amor que un caballero le recoja el abanico a una dama... En un lugar así es fácil parecer soberbio, Tom. ¿Cómo me iba a aclimatar? No, entre gentes sin dignidad, sin moral, sin ambición, sin distinción y sin rigor, entre gentes descuidadas, descorteses y sin modales, entre gentes que al mismo tiempo son vagas y alocadas y superficiales, y que parece que no les corre sangre por las venas... Entre gente así me ha sido imposible aclimatarme y, como que soy tu hermana, te digo que no podría hacerlo jamás. Eva Ewers lo ha conseguido, muy bien. Pero, claro, una Ewers tampoco es una Buddenbrook, y, además, su marido es un hombre de provecho. En cambio, yo... ¡Recapacita un poco, Thomas, empieza desde el principio y acuérdate! Yo salí de esta casa en la que concedemos importancia a ciertas cosas, en la que tenemos ambiciones y principios, y fui a parar a la de Permaneder, un tipo que se retira a vivir de las rentas de mi dote... Eso fue de lo más significativo, al menos no ocultó nada, pero eso es todo lo bueno que se puede decir. ¿Qué más? ¡Otro hijo! No sabes lo ilusionada que estaba. ¡Me lo habría compensado todo!

¿Y qué pasa? Se muere. Mi niña está muerta. Eso no fue culpa de Permaneder, por supuesto, ¡Dios me libre! Él hizo lo que pudo e incluso pasó dos o tres días sin ir a la taberna, ¡fíjate qué detalle! Pero se suma a todo lo demás, Thomas. Como puedes figurarte, no me hace más feliz. Bien, me aguanté y no protesté ni dije nada. Seguí viviendo allí yo sola e incomprendida y tachada de soberbia, y me decía a mí misma: «Le has dado el sí para toda la vida. Es un poco bruto y un poco vago y ha defraudado tus esperanzas; pero sus intenciones son buenas y tiene un corazón puro». Y luego tengo que ver que tampoco eso es cierto y me lo encuentro en aquel momento repugnante... Y luego, encima, me doy cuenta de que, a diferencia de los demás, me entiende tan bien y me tiene tanto respeto que me grita una palabra... ¡Una palabra que ninguno de los trabajadores de tus almacenes sería capaz de decirle a un perro! En ese momento vi que yo no le importaba nada, y que hubiera sido vergonzante seguir a su lado. Sin embargo, aquí, cuando venía en el coche de la estación bajando por la Holstenstrasse, nos cruzamos con Nielsen en su carro... y él se quita la chistera y me hace una profunda reverencia, y yo le devuelvo el saludo... sin ninguna soberbia, sino como nuestro padre saludaba a la gente..., así..., con la mano. De modo que ahora estoy aquí. Y ya puedes enganchar dos docenas de caballos de carga para que me arrastren, Tom: no conseguirás que vuelva a Múnich. Y mañana mismo iré a ver a Gieseke.

Ése fue el discurso que pronunció Tony, después de lo cual se dejó caer de nuevo en la butaca bastante agotada, y de nuevo clavó la barbilla en la mano y la vista en la ventana.

Estremecido, acongojado, casi conmocionado, el cónsul guardaba silencio delante de ella. Luego respiró hondo, levantó los brazos hasta la altura de los hombros y los dejó caer sobre los muslos.

—Bueno, pues no hay nada que hacer —dijo en voz baja, se dio la vuelta discretamente sobre los talones y se dirigió hacia la i°, puerta.

Ella le siguió con la vista con la misma expresión que tenía al recibirle: de sufrimiento y rebeldía.

—Tom —le preguntó—, ¿estás enfadado conmigo?

Él tenía el picaporte ovalado en una mano y, con la otra, hizo un gesto que indicaba: «Claro que no. De ninguna manera». Ella le tendió una mano y ladeó la cabeza hasta tocar el hombro.

—Ven aquí, Tom... Tu hermana no ha tenido una vida fácil. Todo se le viene encima... Y, en estos momentos, no tiene a nadie de su parte...

El cónsul volvió y le cogió la mano: de medio lado, con cierta indiferencia y desgana, sin mirarla.

De pronto, el labio superior de Tony comenzó a temblar... —Ahora tienes que luchar tú solo —dijo—. Ya sabemos que con Christian no se puede contar, y yo estoy acabada..., ya no me queda nada, he agotado todos mis recursos. ¡Ay, sí! Ahora sí que he de vivir de vuestra caridad, ahora que soy una mujer inútil. Nunca imaginé que sería tan poco capaz de apoyarte en tu labor, Tom, ni un poco siquiera. Ahora tendrás que luchar tú solo por que los Buddenbrook nos hagamos fuertes en el lugar que nos corresponde... Y que Dios esté a tu lado.

Dos lágrimas, gruesas y transparentes como las de un niño, rodaron por las mejillas de Tony, en cuya piel comenzaban a apreciarse ciertas imperfecciones.

CAPÍTULO XI

Tony no perdió el tiempo y tomó las riendas. Con la esperanza de que se tranquilizase, suavizase su postura y cambiase de opinión, lo único que le pidió el cónsul, por el momento, fue que no dijese nada a nadie y que ni ella ni Erika saliesen de la casa. Quizás aún podía acabar bien todo... De entrada, su llegada no debía hacerse pública en la ciudad. La reunión familiar de aquel jueves se canceló.

Sin embargo, ya al primer día de su llegada, la señora Permaneder envió una carta de su puño y letra al doctor Gieseke, el abogado, para que se presentase en la Mengstrasse. Lo recibió ella sola, en la habitación central del pasillo de la primera planta, donde había mandado encender la estufa y, como correspondía a una reunión de semejante índole, había dispuesto sobre una pesada mesa un tintero, útiles de escritorio y gran cantidad de papel blanco, en formato folio, traído de las oficinas. Se sentaron en dos butacas.

—Doctor Gieseke —le dijo, cruzando los brazos, echando la cabeza hacia atrás y alzando la vista hacia el techo—, usted es un hombre que conoce la vida, tanto como persona como por su profesión, puedo hablar con usted abiertamente —y entonces le contó todo lo que había sucedido con Bábet y

después en el dormitorio, tras lo cual el doctor Gieseke lamentó tener que decirle que ni el desafortunado incidente de las escaleras ni la injuria causada por aquella palabra de su marido, palabra que, por otra parte, ella seguía negándose a repetir, constituían suficiente motivo de divorcio.

—Bien —le dijo Tony—. Muchas gracias.

Luego le pidió que le enumerase los motivos que podrían aducirse de acuerdo con la ley y, a continuación, con vivo interés y la mente todo lo despierta que pudo, escuchó una larga exposición sobre los derechos dotales, concluida la cual despidió al doctor Gieseke hasta la siguiente vez en un tono tan cordial como serio.

Bajó a la planta de las oficinas y pidió ver al cónsul. —Thomas —dijo—, te ruego que escribas de inmediato a ese hombre..., no me gusta pronunciar su nombre. En lo que respecta a mi dinero, me he informado hasta el último detalle. Que declare cuáles son sus intenciones. Sean las que sean, a mí no me volverá a ver jamás. Si accede a la separación legal, bien; iniciaremos el proceso para la rendición de cuentas y la restitución de mi dote. Si se niega, tampoco tenemos motivo para no proceder, pues has de saber, Tom, que desde el punto de vista legal, Permaneder tiene todo el derecho sobre mi dote en tanto en cuanto son bienes gananciales..., ¡claro, cómo no! pero, después de todo, yo dispongo de mis propios recursos materiales, gracias a Dios... El cónsul, con las manos a la espalda, recorría el cuarto de un lado a otro, moviendo los hombros con bastante nerviosismo, pues la expresión de la cara de Tony al pronunciar la palabra «dote» denotaba un orgullo indescriptible. El tiempo se le echaba encima. Dios sabía hasta qué punto estaba desbordado. ¡Por favor, que su hermana tuviera un poco de paciencia e hiciese el favor de pensárselo al menos cincuenta veces más! Porque él, antes de todo eso, todavía tenía por delante un viaje a Hamburgo, concretamente al día siguiente, para entrevistarse con Christian en relación con un asunto enojoso. Christian le había escrito pidiendo apoyo, ayuda económica, para lo cual la consulesa tenía que acceder a descontarlo por anticipado de su correspondiente parte de la herencia. Sus negocios estaban al borde del desastre y, aunque se quejaba constantemente de una serie de dolencias, parecía que, a pesar de todo, se divertía como un rey en los restaurantes, el circo y el teatro y vivía muy por encima de sus posibilidades, a juzgar por las deudas con las que ahora se encontraba y que la buena fama de su apellido le había permitido contraer. En la Mengstrasse, en el Club y en toda la ciudad se sabía muy bien quién tenía la culpa de todo. Una persona del sexo femenino, una señora que se llamaba Aline Puvogel y que no tenía marido pero sí dos lindos niños. De entre los comerciantes de Hamburgo, Christian Buddenbrook no era el único que mantenía una íntima y costosa relación con ella...

En pocas palabras, además de los deseos de divorcio de Tony, había muchos más asuntos desagradables, y el viaje a Hamburgo era urgente. Por otra parte, era más que probable que fuera el propio señor Permaneder quien diera señales de vida...

Así pues, el cónsul se fue a Hamburgo y regresó furioso y triste. Mas, como siguiera sin llegar ninguna noticia de Múnich, se vio obligado a dar el primer paso. Escribió una carta; una carta fría, concisa y un tanto condescendiente: siendo innegable que Antonie, durante su convivencia con Permaneder, había sufrido grandes decepciones... y, en conjunto, y dejando de lado ciertos pormenores, no había sido capaz de hallar en aquel matrimonio la felicidad esperada... apelando a su buen sentido de la equidad, se le rogaba accediera al deseo de Madame Permaneder de disolver tal

unión... Lamentablemente, su decisión de no regresar a Múnich era firme e irrevocable. Y, a continuación, preguntaba a Permaneder por su postura ante tales hechos.

¡Qué días de tensión!... Entonces llegó la carta del señor Permaneder. Y respondió como nadie, ni el doctor Gieseke ni la consulesa ni Thomas ni mucho menos Antonie, esperaba. Con palabras muy sencillas, accedía de buen grado al divorcio.

Escribió que lamentaba sinceramente lo sucedido pero que respetaba el deseo de Antonie pues era consciente de las desavenencias... «Si es que ella y yo nunca pegamos ni con cola», escribió. Si los años que ella había pasado a su lado habían sido difíciles, le rogaba que intentase olvidar y perdonarle. Puesto que no habría de verla nunca más ni tampoco a Erika, les deseaba a ambas toda la felicidad del mundo... Firmado: Alois Permaneder. En una posdata se ofrecía expresamente a restituir la dote de inmediato. Él podía vivir sin preocupaciones con lo que ya tenía por su parte. Como no necesitaba liquidar ningún negocio y la casa era suya, podía enviar la suma en efectivo en cualquier momento.

Tony se sintió incluso un poco avergonzada y, por primera vez, inclinada a considerar loable la escasa importancia que el señor Permaneder concedía a los asuntos de dinero. El doctor Gieseke entró de nuevo en acción, se puso en contacto con el marido para acordar los motivos de la separación, se decidieron por «diferencias irreconciliables entre la pareja» y se inició el proceso: el segundo proceso de divorcio de Tony, cuyas fases ella siguió con gran seriedad, conocimiento de la materia y, casi se diría, entusiasmo. Hablaba de ello en todo momento y en todo lugar, hasta el punto de que el cónsul se enfadó varias veces. Ella aún no estaba en condiciones de compartir su dolor. Por el momento, aún captaban toda su atención términos como «bienes gananciales», «frutos del matrimonio», «acciones», «derechos dotales», «bienes tangibles»: términos que pronunciaba una y otra vez con tanta soltura como dignidad, echando la cabeza hacia atrás y elevando un poco los hombros. De todos los trámites que hizo el doctor Gieseke, lo que más la impresionó fue un párrafo de la ley que trataba del caso putativo de que se encontrase un «tesoro» en una propiedad inmueble adquirida en calidad de dote, el cual habría de ser devuelto al disolverse el matrimonio. De ese tesoro, que, obviamente, no existía, hablaba a todo el mundo: a Ida Jungmann, al tío Justus, a la pobre Clotilde y a las Buddenbrook de la Breite Strasse, quienes, por cierto, al conocer lo sucedido, cruzaron las manos en el regazo y se miraron entre sí petrificadas ante la sorpresa de poder regocijarse también por esa desgracia; a Therese Weichbrodt, que de nuevo se encargaba de la educación de Erika Grünlich, e incluso a la buena de Madame

Kethelsen, quien, por diversos motivos, no entendió nada en absoluto.

Después llegó el día en que se pronunció definitivamente la sentencia de divorcio, el día en que Tony cumplió con la última formalidad necesaria al pedir a Tom el cuaderno de la familia y reseñar en él, de su propio puño y letra, el más reciente acontecimiento... Ya sólo quedaba acostumbrarse a la situación.

Lo hizo con gran valor. Con una dignidad inquebrantable, fue capaz de hacer oídos sordos a las pequeñas puyas envenenadas hasta no poder más de las Buddenbrook de la Breite Strasse y de ignorar con una indescriptible frialdad a las Hagenstróm y Móllendorff con que se cruzaba por la calle, y renunció por completo a la vida social, que, por otro lado, había dejado de desarrollarse en la casa paterna desde hacía años, habiéndose trasladado a

la casa de su hermano. Tenía a sus familiares más cercanos: a la consulesa, a Thomas, a Gerda; tenía a Ida Jungmann y a Sesemi Weichbrodt, su maternal amiga; y tenía a Erika, cuya educación distinguida constituía su principal preocupación y en cuyo futuro tal vez tenía puestas sus últimas esperanzas secretas... Así siguió viviendo y así fue pasando el tiempo.

Más adelante, en circunstancias que nunca se aclararon, algunos miembros de la familia llegaron a saber la famosa «palabra», aquella palabra fatal que en la fatal noche había escapado de labios del señor Permaneder. Y ¿qué es lo que había dicho? «Geh' zum Deifi, Saulud'r Dreckats!»³⁸. Así terminó el segundo matrimonio de Tony.

SÉPTIMA PARTE

³⁸ En el original, en bávaro. Como muestra de la ironía de Thomas Mann, después de tanta expectación, tampoco el lector alemán que desconoce este dialecto sabe exactamente qué le llamó el marido a Tony Buddenbrook, pues en la lengua de la gente educada no existen siquiera improperios tan horribles. Viene a equivaler a «¡Vete al diablo, cerda come-basuras!», en un nivel todavía más grosero. (*N de la T*).

CAPÍTULO I

¡Un bautizo!... ¡Un bautizo en la Breite Strasse! Ya tienen preparado todo aquello con lo que Madame Permaneder soñaba cuando era ella quien se hallaba en estado de buena esperanza; porque, en la mesa del comedor (con sumo cuidado, para no perturbar la ceremonia que se celebra en el salón), la doncella está añadiendo un copete de nata montada a las incontables tazas de chocolate hirviendo dispuestas en apretada hilera en una enorme bandeja redonda con asas doradas como pequeñas conchas... y Anton va cortando en rebanadas un espectacular bizcocho en forma de rosca, mientras Mamsell Jungmann distribuye dulces y flores frescas en pequeños cuencos de postre de plata, ladeando la cabeza hasta tocar el hombro para comprobar que todo está en perfecto orden y siempre con los meñiques bien levantados para que no se toquen con los demás dedos.

No falta mucho para que todas estas delicias comiencen a circular entre los invitados, en cuanto se instalen en el salón y la sala de estar, y es de esperar que haya suficiente para todos, pues ha acudido a la ceremonia la familia en términos muy amplios, aunque no en los más amplios posibles, dado que, a través de los Oeverdieck, los Buddenbrook también están lejanamente emparentados con los Kistenmaker, a través de éstos con los Móllendorff, y así sucesivamente. Sería imposible trazar un límite en algún punto. Ahora bien, los Oeverdieck sí están representados en un día como éste, y, además, por el cabeza de familia: el más que octogenario doctor Kaspar Oeverdieck, alcalde de la ciudad.

Ha venido en coche y ha subido la escalera apoyándose en su bastón, del brazo de Thomas Buddenbrook. Su presencia realza la solemnidad de la celebración... y no cabe la menor duda: ¡esta celebración es digna de todos los honores! Allí en el salón, delante de una mesita dispuesta a modo de altar y adornada con flores (al otro lado de ella pronuncia su sermón un joven sacerdote con sotana negra y gola almidonada y blanca como la nieve, redonda como una rueda de molino), una mujer alta, corpulenta, bien alimentada y elegantemente vestida en tonos rojo y oro sostiene entre sus orondos brazos una cosita que se pierde entre puntillas y lazos de satén... ¡Un heredero! ¡Un niño que mantendrá vivo el apellido de la familia! ¡Un Buddenbrook! ¿Alcanzamos a imaginar lo que eso significa?

¿Alcanzamos a imaginar el gozo secreto con el que la noticia, en cuanto se tuvo la primera y discreta sospecha, fue transmitida desde la Breite Strasse a la Mengstrasse? ¿El mudo entusiasmo con el que la señora Permaneder, al enterarse de dicha noticia, abrazó a su madre, a su hermano y, con especial delicadeza, a su cuñada? Y ahora que ha llegado la primavera, la primavera de 1861, ya ha nacido y está recibiendo el santo sacramento del bautismo ese niño en el que tantas esperanzas se han puesto desde hace tanto tiempo, del que tanto tiempo se lleva hablando y cuyo nacimiento se espera desde hace muchos años, durante los cuales no se ha cesado de rogar a Dios... ni de dar con el mazo al doctor Grabow... Al fin ha nacido aunque, después de todo, tampoco parece nada del otro mundo. Sus manitas juegan con los cordones dorados del corpiño del ama de cría, y su cabecita, cubierta por una capota de encaje con cintas azul claro, reposa sobre el almohadón un poco ladeada, de manera que sus ojos, aún entornados, ignoran tranquilamente al sacerdote y observan el salón y a los allí presentes con una peculiar expresión de viejecito sabio. En esos ojos, cuyos párpados lucen unas larguísimas pestañas, el azul claro del iris del padre y el castaño de la madre se funden en un tono indefinido: un marrón dorado transparente que presenta distintos matices según la luz; eso sí, los ángulos interiores de esos ojos se ven ya bastante hundidos y están bañados en una sombra azulada, lo que constituye un rasgo prematuramente característico de esa carita que casi ni es carita todavía; por otra parte, no es lo que más favorece a un niño de cuatro semanas. Dios querrá que eso no signifique nada malo, ya que también la madre, que goza de buena salud, tiene esas sombras... Y, en cualquier caso, vive; el hecho de que sea un varón fue, cuatro semanas atrás, la verdadera buena noticia.

Vive, y bien podría no haber sido así. El cónsul jamás olvidará la manera en que le estrechó la mano el buen doctor Grabow cuando, cuatro semanas atrás, dejó descansando a la madre y al niño y le dijo:

—Dé gracias a Dios, mi querido amigo, ha faltado bien poco para...

El cónsul no se atrevió a preguntar para qué había faltado bien poco. La mera idea de que aquella criatura diminuta, anhelada en vano durante tanto tiempo y que había venido al mundo de forma tan extrañamente silenciosa, hubiera podido sufrir la misma suerte que la segunda hijita de Antonie le horroriza. Sin embargo, sabe que la madre y el niño vivieron momentos críticos hace cuatro semanas, y ahora se inclina feliz y cariñoso hacia Gerda, que está frente a él recostada en una butaca, con los zapatos de charol cruzados sobre un almohadón de terciopelo, al lado de la anciana consulesa.

¡Qué pálida está todavía! Y qué exótica belleza le confieren su palidez, su espesa melena pelirroja oscura y esa enigmática mirada que ahora se posa con cierta expresión de burla disimulada en el pastor marianus que oficia la ceremonia. Es Andreas Pringsheim, quien, a pesar de su juventud, ha sido

ascendido a sacerdote principal de la Marienkirche tras el repentino fallecimiento del reverendo Kdilling. Mantiene las manos juntas en devoto gesto de oración y muy pegadas a la barbilla, ligeramente elevada. Tiene el cabello rubio, corto y rizado, y una cara huesuda, sin barba, cuya mímica abarca desde la serena exaltación hasta una seriedad rayana en el fanatismo y resulta un tanto teatral. Es oriundo de Franconia, donde pasó algunos años a cargo de una pequeña comunidad luterana, rodeado de católicos por todas partes, y, en su afán de pronunciar el alemán con suma pulcritud y, a la vez, con un marcado patetismo, ha convertido el dialecto de su tierra en una manera de hablar absolutamente personal, con unas vocales largas y oscuras o acentuadas con brusquedad y unas erres que parecen resbalar entre sus dientes.

Alaba al Señor en voz baja y luego subiendo el volumen y luego en voz alta, y la familia le escucha: la señora Permaneder en una actitud de dignísima seriedad que, en el fondo, pretende ocultar lo entusiasmada y orgullosa que se siente; Erika Grünlich, a punto de cumplir los quince años, una muchacha fuerte con la tez sonrosada de su padre y una trenza recogida en la nuca; y Christian, que ha llegado esta mañana de Hamburgo y cuyos ojillos hundidos miran a todas partes sin fijarse en ninguna... Al reverendo Tiburtius y a su esposa no les ha importado viajar desde Riga para estar presentes en el bautizo: Sievert Tiburtius, que se ha echado las puntas de sus largas y finas patillas por encima de los hombros y cuyos ojillos grises en ocasiones se abren de modo increíble, haciéndose tan grandes que casi parece que van a salirse de sus órbitas..., y Clara, con su mirada oscura, seria y dura, quien, de vez en cuando, se lleva una mano a la cabeza porque le duele. Además, han traído a los Buddenbrook un espléndido regalo: un imponente oso pardo disecado, sobre dos patas y con las fauces abiertas, que algún pariente del reverendo cazó en alguna zona del interior de Rusia y que ahora adorna el vestíbulo, al pie de la escalera, con una bandeja para dejar las tarjetas de visita entre las garras.

Los Krbger tenían de visita en casa a su hijo Jürgen, el que es funcionario de Correos en Rostock, un hombre callado y vestido con sencillez. Dónde habrá ido a parar Jakob es algo que sólo sabe su madre, esa mujer pusilánime, de soltera Oeverdieck, que vende la plata a escondidas para poder enviar dinero al desheredado... También las Buddenbrook de la Breite Strasse están presentes, y se alegran de corazón ante tan fausto acontecimiento familiar, lo que, por otra parte, no ha impedido que Pffiffi comentase que el niño tiene un aspecto de lo más enfermizo, dato que tanto la otra consulesa Buddenbrook, la que naciera con el apellido Stüwing, así como sus hijas Friederike y Henriette han lamentado tener que confirmar. En cambio, la pobre Clotilde, gris, escuálida, paciente y hambrienta, está conmovida por las palabras del reverendo Pringsheim, y por la perspectiva de que después sirvan bizcocho con chocolate... Como invitados que no forman parte de la familia están presentes el señor Friedrich Wilhelm Marcus y Sesemi Weichbrodt.

Ahora el reverendo Pringsheim se dirige a los padrinos para hablarles de sus obligaciones. Justus Kröger es uno de ellos. Al principio, el cónsul Buddenbrook no quería pedírselo. «¡No obliguemos a un hombre anciano a hacer locuras! —dijo—. Cada día ha de sufrir las escenas más terribles con su mujer por culpa del hijo, está perdiendo lo poco que le queda de su fortuna y hasta comienza a descuidar su aspecto, lo cual no es de extrañar con tantas preocupaciones Y, pese a todo, ¿qué creéis que haría? Si le pedimos que sea el padrino, es capaz de regalarle al niño todo un servicio de oro macizo, y no

va a haber forma de agradecerse! » El tío Justus, por otro lado, se ofendió de tal manera cuando oyó mencionar que el padrino podría ser otro (se había hablado de Stephan Kistenmaker, el amigo del cónsul), que al final no hubo más remedio que pedírselo a él; para tranquilidad de Thomas Buddenbrook, el vaso de oro que ha comprado para el niño no pesa demasiado.

¿Y quién es el segundo padrino? Nada menos que ese anciano de porte distinguido y cabellos blancos como la nieve, con camisa de cuello alto, corbata de lazo y levita de suave paño negro, por cuyo bolsillo trasero siempre asoma la punta de un pañuelo rojo, ese anciano a quien han ofrecido la butaca más cómoda de la casa y que se inclina sobre su bastón: el doctor Oeverdieck, el alcalde. ¡Qué acontecimiento! ¡Qué gran triunfo! Hay gente que aún no concibe cómo lo han conseguido los Buddenbrook. ¡Por Dios, si casi no son parientes! Habrán tenido que arrastrar al pobre anciano de los pelos, por así decirlo... Y, en efecto, ha sido una pequeña estratagema, un golpe maestro urdido por el cónsul en colaboración con Madame Permaneder. En realidad, al principio sólo había sido una especie de broma, fruto de la alegría del momento en que se supo que la madre y el niño estaban fuera de peligro: «¡Es un niño, Tony! ¡Merece que lo apadrine el alcalde!», había exclamado el cónsul; pero su hermana le había tomado la palabra, con lo cual también él había empezado a considerar tal posibilidad para, poco después, consentir en hacer un intento. Así pues, habían recurrido al tío Justus, que había enviado a su esposa a ver a su cuñada, la esposa del señor Oeverdieck, el comerciante de maderas, la cual, a su vez, se había encargado de preparar un poco a su anciano suegro. Finalmente, una respetuosísima visita del cónsul Buddenbrook al hombre más importante de la ciudad había surtido su efecto.

Y ahora, después de que el ama de cría le retire la capota, el sacerdote deja caer sobre la suave pelusilla que cubre la cabeza del pequeño Buddenbrook dos o tres gotas de agua bendita de la concha de plata e interior bañado en oro que tiene delante, sobre la mesa, mientras pronuncia lenta y enfáticamente los nombres con los que le bautiza:

Johann, Justus, Kaspar...

Después sigue una breve oración, y todos los parientes van pasando a felicitar a la criatura, muda e impasible, con un beso en la frente... Therese Weichbrodt es la última, y el ama de cría tiene que bajar el niño un poco para dejarlo a su altura; a cambio, Sesemi le da dos besos, que producen un suave chasquido y que van acompañados de las palabras:

—¡Ay, me buon paquño!

Tres minutos más tarde están todos reunidos en el salón y la sala de estar y ya circulan los dulces. También el reverendo Pringsheim, con su gola almidonada y su sotana hasta los pies, bajo la cual asoman sus anchas y relucientes botas negras, sorbe la nata fría de su chocolate y charla con gesto transfigurado aunque en un tono ligero que, al contrario que sus sermones, causa una gran impresión a sus interlocutores. Cada uno de sus movimientos parece querer decir: «Mirad, también sé olvidarme de que soy sacerdote y comportarme con una criatura mundana tan feliz». Se adapta a la perfección a cualquier coyuntura y posee un claro don de gentes. Con la anciana consulesa habla con cierta untuosidad, con Thomas y Gerda como un hombre de mundo y con gestos decididos, con la señora Permaneder en un tono cordial no exento de picardía... A veces, cuando se detiene a reflexionar, cruza las manos en el regazo, echa la cabeza un poco hacia atrás, frunce ligeramente el ceño y pone una cara larga. Cuando se ríe,

produce un curioso silbido porque aspira el aire a golpes con los dientes apretados.

De pronto se escucha movimiento en el pasillo, se oye reír a los criados y aparece en la puerta para expresar sus mejores deseos un tipo muy peculiar: Grobleben, de cuya descarnada nariz pende, en cualquier estación del año, una gota alargada que jamás llega a caer. Es uno de los trabajadores de los almacenes del cónsul y se gana un pequeño sobresueldo como limpiabotas de su señor. Por la mañana temprano acude a la Breite Strasse, recoge el calzado que le dejan en la puerta y lo limpia abajo, en el portal. Ahora bien, en las celebraciones familiares siempre se presenta vestido con sus mejores galas, trae un ramo de flores y, mientras la gota de su nariz se balancea, pronuncia su correspondiente discurso en un tono tan pomposo como lastimero y recibe una propina a cambio. Aunque él no lo hace por eso.

Hoy viene con una levita negra heredada del cónsul, aunque también se ha puesto botines con hebillas y una bufanda de lana azul al cuello. En la mano, una mano escuálida y roja, sostiene un enorme ramo de rosas pálidas y quizá demasiado abiertas, pues van perdiendo pétalos por la alfombra. Sus ojillos irritados miran a todas partes y a la vez a ninguna... Se detiene en la puerta, estira el brazo con el ramo y comienza a hablar de inmediato (por supuesto, en Plattdeutsch), en tanto la anciana consulesa acompaña cada una de sus palabras asintiendo con la cabeza e interrumpiendo de vez en cuando con algún pequeño comentario para aliviar la tensión, el cónsul le observa levantando una de sus casi incoloras cejas y algunos miembros de la familia, como Madame Permaneder, se tapan la boca con un pañuelo.

—Pos' ya saben que yo soy un hombre sencillo, señores míos, pero tengo un corazón en el pecho, y cómo iba a dejar de venir a desear alegría y felicidad a mi señor el cónsul, que siempre es tan bueno conmigo, asín que aquí estoy para felicitar con tó' mi corazón al señor cónsul y a la señ'á consulesa y a to'a esta familia tan ilustre... y que el niño crezca mu' sano y que sea mu' querido por Dios y por los hombres, que como el señor cónsul Buddenbrook no hay muchos, que es un hombre noble, y Dios se lo pagará con tó' lo que merece...

—Bueno, Grobleben. ¡Qué bien ha hablado usted! Y muchas gracias, Grobleben. ¿Adónde va con esas rosas, buen hombre? —le dijo el cónsul también en Plattdeutsch, pues siempre lo hablaba con sus empleados.

Pero Grobleben aún no ha terminado, de modo que fuerza aún más su voz llorosa y consigue que se le oiga más que al cónsul. porque el Señor se lo pagará, digo, a él y a to'a esta familia tan ilustre cuando estemos ante Su trono, porque algún día tó's nos vamos a morir, ricos y pobres, pos' que ésa es Su santa voluntad y Su deseo, y a uno le pondrán un ataúd tó' pulí'o y tó' fino de madera noble y al otro un cajón desvencija'o, pero a tó's nos van a comer los gusanos..., los gusanos...

—Bueno, bueno, Grobleben..., que hoy estamos de bautizo, y usted nos sale con que nos van a comer los gusanos...

—Asín que aquí le traigo unas flores —concluyó Grobleben. —Muchísimas gracias, Grobleben... Pero se ha excedido usted. ¡Con lo que le habrán costado, madre mía! Y, además, un discurso como el de hoy hacía mucho que no lo oía... Bueno, bueno, tenga usted. Y que pase un buen día. —Y el cónsul le pone una mano en el hombro y un tálero en la mano.

—Tenga usted, buen hombre —dice la anciana consulesa—. ¿Ama usted al Señor?

—Con tó' mi corazón, señ'á consulesa, ¡que me aspen si miento! —y Grobleben recibe otro tálero de manos de ella, y luego un tercero de

Madame Permaneder, tras lo cual se retira haciendo una reverencia tras otra y, de puro ensimismamiento, vuelve a llevarse las rosas..., o más bien lo que queda de ellas, pues casi todos los pétalos están esparcidos por la alfombra.

Ahora ya se ha marchado el alcalde (el cónsul acaba de bajar para acompañarle hasta el coche), y parece que ésta sea la señal para que comiencen a despedirse el resto de los invitados, y es que Gerda Buddenbrook tiene que cuidarse. La anciana consulesa con Tony, Erika y Mamsell Jungmann son las últimas en marchar. —Bueno, Ida —dice el cónsul—, he pensado... y mi madre está de acuerdo... Usted nos ha cuidado a todos cuando éramos niños, y cuando el pequeño Johann crezca... En fin, ahora todavía tiene al ama de cría, pero después necesitará una niñera. ¿Le gustaría a usted trasladarse a nuestra casa para entonces?

—Sí, sí, señor cónsul, y si a su señora esposa le parece bien... También Gerda está de acuerdo con el plan, de modo que la propuesta se convierte en decisión desde ese mismo momento. Al marcharse la señora Permaneder, sin embargo, ya prácticamente en la puerta, se vuelve una vez más. Regresa junto a su hermano, le besa en ambas mejillas y dice:

—¡Hoy es un día hermoso, Tom, hacía mucho tiempo que no era tan feliz! Los Buddenbróok no estamos acabados, gracias a Dios, y quien piense eso desde luego se equivoca por completo. Ahora que ha nacido el pequeño Johann..., ¡y cuánto me alegro de que le hayamos puesto otra vez el nombre de Johann!, tengo la sensación de que comienza una etapa totalmente nueva...

CAPÍTULO II

Christian Buddenbrook, dueño de la empresa H. C. F Burmeister & Cía. de Hamburgo, con su sombrero gris a la última moda y su bastón amarillo (el del busto de una monja tallado en el puño) en la mano, entró en la sala de estar de la casa de su hermano, que estaba allí leyendo con Gerda. Eran las nueve y media de la noche, el mismo día del bautizo.

—Buenas noches —dijo Christian—. Verás, Thomas, tengo que hablar contigo urgentemente... Discúlpame, Gerda. Es muy urgente, Thomas.

Pasaron al comedor, que estaba a oscuras, y el cónsul encendió una de las lámparas de gas que había colgadas en la pared. No presentía nada bueno. Aparte del saludo al llegar, no había tenido ocasión de hablar con Christian en todo el día, pero le había estado observando con atención durante la celebración y había notado que su hermano permanecía todo el tiempo inusualmente serio e inquieto, es más, que, por algún motivo, durante el sermón del reverendo Pringsheim había abandonado el salón durante varios minutos... Thomas no le había escrito ni una sola línea desde aquel día en que viajara a Hamburgo y Christian le pidiera un adelanto de diez mil marcos de su herencia para cancelar deudas. «Tú sigue así —le había dicho el cónsul—, y ya verás lo poco que te dura el dinero. En lo que a mí respecta, espero que en el futuro te cruces en mi camino cuanto menos, mejor. En todos estos años has sometido mi amistad a muy duras pruebas...» ¿Para qué vendría ahora? Algo urgente debía de ser.

—¿Y bien? —preguntó el cónsul.

—Es que no puedo más —respondió Christian sentándose de medio lado en una de las sillas de respaldo alto que rodeaban la mesa del comedor, con el bastón y el sombrero entre las esqueléticas rodillas.

—¿Me permites que te pregunte respecto a qué no puedes más y qué te trae a mi casa? —dijo el cónsul y se quedó de pie. —Es que no puedo más —repitió Christian, girando la cabeza hacia todos los lados con terrible desazón y gesto consternado y sin fijar sus ojillos redondos y hundidos en ninguna parte. Tenía treinta y tres años pero parecía mucho mayor. Su cabello rojizo era ya tan escaso que prácticamente toda la parte superior de la cabeza estaba calva. Los huesos de la cara se marcaban mucho sobre las mejillas hundidas, y luego, en medio del rostro, sobresalía en toda su desnudez la descomunal narizota descarnada y ganchuda—. Y ojalá sólo fuera eso —prosiguió mientras recorría el lado izquierdo de su cuerpo con la mano pero sin llegar a tocarlo—. No es un dolor, es un tormento, ¿sabes?, un tormento constante de origen incierto. El doctor Drógemüller de Hamburgo me ha dicho que tengo todos los nervios del lado izquierdo demasiado cortos. ¡Qué cosa más curiosa! A veces siento como si fuese a darme un calambre o una parálisis en este lado, una parálisis irreversible... Es que no te lo puedes imaginar... No hay noche en que consiga conciliar bien el sueño. Me sobresalto porque de pronto deja de latirme el corazón y me llevo unos sustos tremendos..., y no me pasa una vez sino unas diez hasta que consigo dormirme. No sé si sabes a lo que me refiero..., te lo describiré en detalle, verás...

—Déjalo —dijo el cónsul con frialdad—. Supongo que no has venido a contarme eso.

—No, Thomas, si sólo se tratase de eso; pero no es eso solamente. Es lo del negocio..., no puedo más.

—¿Otra vez tienes problemas? —El cónsul ni siquiera se inmutó, ni siquiera levantó la voz. Lo preguntó con absoluta calma mientras miraba a su hermano de reojo, con hastiada frialdad.

—No, Thomas. A decir verdad. . . , al fin y al cabo, da igual... Jamás llegué a solucionar los problemas que ya tenía antes, ni siquiera con los diez mil de aquella vez, como tú mismo sabrás. Sólo eran para no verme obligado a cerrar el negocio de inmediato. El caso es que, justo después, sufrí más pérdidas..., con lo del café y con la bancarrota de Amberes. Eso es cierto. Pero luego, en realidad, ya no hice nada y me mantuve del todo inactivo. Pero, claro, uno tiene que vivir... Y luego hay por ahí unas letras de cambio y otras deudas... Cinco mil táleros. ¡Ay, no te imaginas lo bajo que he caído! Y luego; para colmo, este tormento...

—¿Que te mantuviste inactivo? —gritó el cónsul fuera de sí. Y ahora sí perdió los nervios—. ¡Dejaste el carro hundido en el fango, por así decirlo, y te dedicaste a divertirte en otras partes! ¿Te crees que no sé cómo has estado viviendo? Que si el teatro y el circo y los clubs y esas mujerzuelas...

—Te refieres a Aline... Ay, sí, para esas cosas tú tienes muy poca sensibilidad, Thomas, y mi desgracia tal vez sea que yo soy demasiado sensible a ellas; porque ahí tienes razón: me ha costado demasiado caro..., y aún me va a costar más, porque tengo que decirte una cosa... Al fin y al cabo, estamos entre hermanos... El tercer hijo que ha tenido, una niña que acaba de cumplir seis meses..., es mío.

—¡Qué borrico!

—No digas eso, Thomas. Tienes que ser justo por muy enfadado que estés, con ella y con... ¿Por qué no iba a ser hija mía? En lo que respecta a Aline, no es ni mucho menos una mujerzuela, no debes decir esas cosas. No le es en

absoluto indiferente con quién vive, pues por mí rompió con el cónsul Holm, que tiene mucho más dinero que yo. Fíjate si es buena... No, Thomas, no puedes hacerte una idea de la criatura tan maravillosa que es. Es tan sana..., itan sana! —repitió Christian y se llevó a la cara una mano como una garra, con el dorso hacia fuera, igual que cuando contaba aquella historia de la cantante de That's Maria y del vicio—. Deberías verla cuando se ríe... ¡Qué dientes! No había visto unos dientes tan magníficos en el mundo entero, ni en Valparaíso ni en Londres... Jamás olvidaré la noche en que la conocí..., en Uhlich, esa taberna donde sirven ostras. Por entonces, ella estaba con el cónsul Holm, pero yo me puse a contar algunas historias y ella empezó a mostrarse un poco amable conmigo... Y cuando luego fue mía... ¡Ay, Thomas! Es algo muy distinto de cuando se cierra un buen negocio... Pero ya sé que a ti no te gusta oír hablar de estas cosas, me estoy dando cuenta mientras te lo digo, y, además, ahora ya se ha terminado todo. Voy a romper con ella, aunque, claro, tendremos que seguir en contacto por la niña... Quiero pagar todas las deudas que tengo en Hamburgo, ¿sabes?, y luego cerrar el negocio. Es que ya no puedo más. Con mamá ya he hablado y está dispuesta a darme los cinco mil táleros de mi herencia por adelantado para que pueda saldarlo todo, y supongo que estarás de acuerdo porque, claro, es mucho mejor decir que Christian Buddenbrook liquida su negocio y se marcha al extranjero que hablar de bancarrota, ahí me darás la razón. El caso es que quiero volver a Londres, Thomas, encontrar un empleo en Londres. La independencia no es para mí; me he dado cuenta de ello poco a poco. Esa responsabilidad... En cambio, cuando uno trabaja por cuenta ajena puede marcharse a casa sin preocupaciones al terminar la jornada... Y en Londres siempre estuve muy a gusto. ¿Tienes algo en contra?

Durante esta conversación con su hermano, el cónsul se había girado y le daba la espalda y con las manos en los bolsillos, trazaba figuras con el pie sobre la alfombra.

—Muy bien, vete a Londres —le dijo sin más. Y sin siquiera volverse un poco para mirar a Christian, le dejó allí sentado y se dirigió a la sala de estar.

Christian, sin embargo, fue tras él. Se acercó a Gerda, que estaba sola, leyendo, y le estrechó la mano.

—Buenas noches, Gerda. Sí, Gérdá, voy a regresar a Londres en breve. Es curioso cómo la vida nos va llevando de un lado para

otro. Ay, de nuevo me embarco hacia la incertidumbre, ¿sabes?, hacia esa gran ciudad donde a cada paso le esperan a uno nuevas aventuras y donde se pueden vivir tantas cosas... Es curioso, tengo como un nudo..., ¿sabes a lo que me refiero?... Aquí, en el estómago... Sí, sí, es una cosa muy rara...

CAPÍTULO III

James Móllendorff, el senador más anciano del gremio de los comerciantes, murió de una forma grotesca y terrible. Móllendorff, diabético, había olvidado su instinto de conservación hasta tal punto que, en los últimos años de su vida, había desarrollado una verdadera adicción a los pasteles y las tartas. El doctor Grabow, que también era el médico de cabecera de los Móllendorff, había puesto el grito en el cielo, y la familia del senador, muy preocupada, le había prohibido el dulce, de muy buenas maneras pero de

forma terminante. ¿Y qué había hecho él? El anciano senador, que ya tenía la cabeza medio perdida, había alquilado una habitación en una calle de mala muerte (quizás en la Hleine Grópelgrube, en An der Mauer o en Engelwisch), un verdadero cuchitril al que iba a escondidas para comer pasteles... Y allí fue donde encontraron el cadáver, con la boca aún llena de bizcocho a medio masticar y la levita toda manchada de migas, al igual que la tosca mesa a la que solía sentarse. Un ataque había puesto fin a su vida antes de que la edad y la enfermedad la consumieran lentamente.

En la medida de lo posible, la familia intentó ocultar los detalles escabrosos del fallecimiento, pero éstos no tardaron en difundirse por toda la ciudad, convirtiéndose en tema de conversación habitual en la Bolsa, en el Club, en el Armonía, en las oficinas, en el Consejo de ciudadanos y en los bailes, cenas y veladas de todo tipo, pues el acontecimiento se produjo en el mes de febrero (en febrero del año 1862), justo cuando la actividad social de la ciudad se encontraba en todo su apogeo. Incluso las amigas de la consulesa Buddenbrook hablaban de la muerte del senador Móllendorff durante sus «veladas de Jerusalén», cuando Lea Gerhardt hacía una pausa en la lectura; incluso las niñas que acudían a la catequesis de los domingos musitaban temerosas algo al respecto cuando cruzaban con gesto devoto el amplio portal de la Mengstrasse; y hasta el señor Stuht de la Glockengiesserstrasse tuvo una larga conversación sobre el tema con su señora, la que tenía trato con las clases altas.

Ahora bien, el interés por el asunto no se limitó durante mucho tiempo a lo recientemente acontecido. Con el primer rumor sobre el fallecimiento del anciano senador, surgió de inmediato un gran interrogante, y una vez sus restos mortales descansaron bajo la tierra, fue esa incógnita lo que acaparó toda la atención: ¿quién sería su sucesor? ¡Qué tensión y qué hervidero de rumores e intrigas! El que llega de fuera para visitar las calles y monumentos de la ciudad medieval y sus bonitos alrededores no se da cuenta de nada, pero ¡qué agitación reina por debajo de esa superficie! ¡Qué choques de opiniones entre los más honrados y sanos miembros de la sociedad, entre aquellos que todavía no han caído en el escepticismo, qué rotundidad a favor de una o de otra opción! Cada cual tantea a los demás y lenta, lentamente, van llegando a un acuerdo. Todo el mundo tiene los nervios a flor de piel. La ambición y la vanidad hierven en el interior de muchos. Hay esperanzas enterradas muchos años atrás que rebrotan, crecen y terminan desvaneciéndose de nuevo. El ya anciano señor Kurz, comerciante de la Bäckergarbe, que cada año recibe tres o cuatro votos, volverá a pasarse el día de las elecciones temblando de emoción en su casa, esperando el nombramiento. Pero tampoco esta vez saldrá elegido; seguirá recorriendo las calles de la ciudad con la misma cara de satisfacción y de buen ciudadano que lo daría todo por su comunidad, dando golpecitos en la acera con su bastón..., y se llevará a la tumba el secreto pesar de no haber llegado a senador...

Cuando los Buddenbrook comentaron la muerte de James Móllendorff durante la correspondiente comida familiar del jueves, se pudo ver cómo la señora Permaneder, tras expresar varias veces cuán lamentable pérdida suponía aquello, jugueteaba con la puntita de la lengua sobre el labio superior y miraba a su hermano con gesto pícaro, lo que dio pie a que las Buddenbrook de la Breite Strasse intercambiasen, a su vez, miradas ladinas y luego, como si se hubiesen puesto de acuerdo, todas a una apretasen los labios y los ojos durante un segundo. El cónsul, tras responder con una mirada fugaz a la astuta sonrisa de su hermana, enseguida encauzó la

conversación hacia otros temas. Sabía que en la ciudad ya se había verbalizado aquella misma idea que tanto gozo despertaba en Tony.

Se barajaban nombres para ocupar el cargo que luego se descartaban. Surgían y se sopesaban otros distintos. Henning Kurz, de la Bäckergarbe, era demasiado mayor. Se imponía que entrase en el Senado un soplo de aire fresco. El cónsul Huneus, el comerciante de maderas cuyos millones pesaban no poco a la hora de tomar una decisión, quedaba excluido por ley de la lista de candidatos porque ya tenía un hermano en el Senado. El cónsul Eduard Kistenmaker, el comerciante de vinos, y el cónsul Hermann Hagenstróm encabezaban la lista. Sin embargo, un tercer nombre se escuchaba desde el principio: Thomas Buddenbrook. Y cuanto más se acercaba el día de la votación, más claro estaba que, junto con Hermann Hagenstróm, era quien más posibilidades tenía.

Sin duda, Hermann Hagenstróm tenía partidarios y admiradores. El empeño con que se ocupaba de los asuntos municipales, la asombrosa rapidez con que había florecido la empresa Strunck & Hagenstróm, el lujo con que vivía el cónsul, la casa que tenía y el paté de hígado de oca que desayunaba no dejaban de causar gran impresión. No se podía negar que aquel hombre (aquel hombre alto y un poco demasiado gordo, con su barba rojiza y su nariz aplastada, casi montada por encima del labio superior, cuyo abuelo no era nadie y cuyo padre, a pesar de su ventajoso pero dudoso matrimonio, tampoco había logrado ser del todo aceptado por aquella sociedad, aquel hombre que, al estar emparentado ahora tanto con los Huneus como con los Móllendorff, veía su apellido al lado y a la misma altura que la de las cinco o seis familias más poderosas) se contaba entre los más peculiares y respetables de toda la ciudad. Lo que le caracterizaba, constituía su mayor atractivo y le otorgaba ventaja a los ojos de muchos era precisamente esa condición de ser nuevo, esa faceta liberal y tolerante de su persona. La facilidad y magnanimidad con que ganaba y gastaba el dinero era muy distinta al concepto de trabajo de los demás comerciantes del lugar, cimentado en el tesón, la paciencia y unos principios transmitidos de padres a hijos desde tiempo inmemorial. Aquel hombre era independiente y estaba libre de las cadenas de la tradición y de aquella rígida mentalidad pietista, y todo lo anticuado le resultaba ajeno. No vivía en una de aquellas mansiones con una inmensa cantidad de espacio desaprovechado, con vastísimos portales adoquinados de los que partían galerías con maderas lacadas de blanco. Su casa de la Sandstrasse, en la prolongación de la Breite Strasse hacia el sur, era un edificio de nueva construcción, muy alejada de aquel rígido estilo: con una sencilla fachada pintada con óleo, espacios de tamaños racionales y bien distribuidos, y muebles de un lujo elegante y cómodo. Por otra parte, en esa misma casa había recibido hacía poco, con motivo de una de sus más espléndidas y concurridas veladas, a una cantante que actuaba en el Stadttheater; después de la cena, la invitada había ofrecido un recital a los presentes, entre quienes también se encontraba el hermano del cónsul, el abogado y esteta, y todos la habían aplaudido y le habían rendido los máximos honores. En el Consejo de ciudadanos, no figuraba entre los que votaban a favor de grandes presupuestos para la restauración y conservación de los monumentos medievales. Y lo que era un hecho indiscutible es que había sido el primero en toda la ciudad en mandar instalar la iluminación de gas en su casa y sus oficinas. Desde luego, si el cónsul era fiel a alguna tradición, tal tradición no era otra que la mentalidad de su padre, el anciano Hinrich Hagenstróm: amplia de miras, progresista,

tolerante y libre de prejuicios; y en eso se basaba la admiración de que gozaba.

El prestigio de Thomas Buddenbrook era distinto. No sólo se le honraba a él, sino también a las inolvidables personalidades que fueran su padre, su abuelo y su bisabuelo, y, al margen de sus propios logros profesionales y en la vida pública, representaba a una casa burguesa de renombre centenario. Sus maneras cordiales, su diplomacia y el incuestionable buen gusto con que hacía honor a su apellido en cualquier contexto y actividad eran, sin duda, lo más importante; y lo más característico en él era su inusual formación y dominio de cualquier terreno, incluso cuando estaba entre conciudadanos con estudios universitarios, gracias a lo cual despertaba tanto asombro como respeto allá donde iba.

En las reuniones familiares de los jueves en casa de los Buddenbrook, en presencia del cónsul no se solían mencionar las cercanas votaciones al Senado sino con algún comentario breve y casi indiferente, tras el cual la consulesa, con suma discreción, desviaba sus ojos claros hacia otra parte. No obstante, de vez en cuando, la señora Permaneder era incapaz de resistirse a hacer gala de su asombroso conocimiento de la constitución local, cuyos artículos relativos a la elección de un nuevo miembro del Senado se había estudiado con tanto detalle y entusiasmo como pusiera en su día en aquellos relacionados con el divorcio. Hablaba entonces de las cámaras electorales, del censo de ciudadanos y de las papeletas de los comicios, sopesaba cualquier posible eventualidad, citaba literalmente y de corrido el solemne juramento que habían de pronunciar los votantes, hablaba del «libre y franco debate» sobre todos los candidatos cuyos nombres figuraban en la lista que, según la Constitución, habría de realizarse en las respectivas cámaras, y expresaba su ferviente deseo de que le permitiesen tomar parte en el «libre y franco debate» cuando le tocase el turno al candidato Hermann Hagenstróm. Un momento después se inclinaba sobre el plato de su hermano y, evocando un juego infantil, contaba los huesos de ciruela de la compota que le habían quedado. «Patricio, noble, doctor, pastor..., isenador!», y se apresuraba a añadir el hueso que faltaba en el platito con la punta de su cuchillo. Un día, después de comer, ya no pudo contenerse más, agarró al cónsul de un brazo y se lo llevó aparte junto a un ventanal.

—¡Ay, Tom! ¡Mira que si salieras elegido! ¡Si pusieran el escudo de nuestra familia en la sala de armas del Ayuntamiento... me moriría de alegría! ¡Me caigo redonda y me muero, ya lo verás!

—Bueno, bueno, querida Tony. ¡Un poco más de compostura y de dignidad, por lo que más quieras! Con lo bien que se te da justo eso. ¿Acaso voy por ahí como Henning Kurz? Nuestro apellido no es indiferente en esta ciudad, con «senador» delante o no... Y, desde luego, espero que sigas con vida, tanto en un caso como en el otro.

Y la agitación, las deliberaciones y la lucha de opiniones siguieron su curso. El cónsul Peter Dñhlmann, el suitier, con un negocio en quiebra del que ya sólo quedaba el nombre y una hija de veintisiete años cuya herencia se estaba gastando él alegremente, contribuyó a ello porque, tanto en la cena de gala que organizó Thomas Buddenbrook como en la de Hermann Hagenstróm, ya trató al respectivo huésped de «ilustre senador», en su característico tono en exceso desenfadado y estridente. Sigismund Gosch, el ya anciano corredor de fincas, en cambio, iba por la ciudad como un león furioso y decía abiertamente que mataría con sus propias manos a todo el que no estuviera dispuesto a votar a favor del cónsul Buddenbrook.

—El cónsul Buddenbrook, señores míos... ¡Ah, qué hombre! Yo estuve al lado de su padre cuando, en el año cuarenta y ocho, acalló el furor de las masas insurrectas con sus palabras... Si existiera la justicia en este mundo, ya su padre..., ¡ya el padre de su padre tendría que haber formado parte del Senado!

A pesar de todo, lo cierto es que no era tanto el cónsul quien inflamaba hasta tal punto el corazón del señor Gosch como la joven consulesa, de soltera Arnoldsen. Y no porque el anciano corredor de fincas hubiese llegado a cruzar jamás una sola palabra con ella. Él no pertenecía al círculo de comerciantes acomodados, no iba a comer a sus casas y no les hacía visitas. Sin embargo, como ya dijimos en una ocasión anterior, nada más aparecer en la ciudad, Gerda Buddenbrook había cautivado a aquel hombre un tanto siniestro, siempre sediento de emociones fuertes y sucesos extraordinarios. Con certero instinto, Gosch captó desde el principio que aquel nuevo personaje era el ideal para dar un poco más de sentido a su insatisfecha existencia y, apenas conoció su nombre, se rindió a sus pies como un esclavo. Desde entonces, sus pensamientos no habían dejado de girar alrededor de aquella dama tan delicada de los nervios y en extremo reservada y a quien nadie le había presentado, igual que gira el tigre alrededor del domador; con la misma mirada, la misma fijación, la misma sumisión, entre ladina y arrastrada, se quitaba el sombrero cuando ambos se cruzaban por la calle, sin que ella lo esperase... El mundo de mediocridad en el que vivían no le brindaba ninguna posibilidad de cometer por aquella mujer algún acto de aberrante crueldad del que luego responder con mefistofélica frialdad, envuelto en su abrigo, en la postura de un jorobado, con gesto sombrío y diabólico... Sus aburridas costumbres no se prestaban a elevarla al trono del que la creía era digna matando a alguien o cometiendo algún crimen sangriento. Así pues, no le quedaba otra opción que luchar por que su amado esposo saliese elegido en el Ayuntamiento y, tal vez, llegado el momento, dedicarle su traducción del teatro completo de Lope de Vega.

CAPÍTULO IV

Todo escaño vacío en el Senado debe volver a ocuparse en un plazo de cuatro semanas: así lo establece la Constitución. Han pasado tres desde el fallecimiento de James Móllendorff y ha llegado el día de las elecciones: un día de finales de febrero en que la nieve comienza a derretirse.

A las tres de la tarde, en la Breite Strasse, la gente se agolpa delante del Ayuntamiento con su fachada de ladrillo esmaltado, sus puntiagudas torres y torrecillas dibujadas sobre el cielo grisáceo, su peculiar escalinata cubierta de estilo renacentista y sus soportales góticos, desde los que se ve la plaza del mercado con la fuente en el centro. Permanecen de pie en la calle, impasibles, mientras la nieve sucia se convierte en puro barro bajo sus pies; se miran, vuelven a mirar al frente y estiran el cuello intentando ver algo más: Pues allí, al otro lado del portón de entrada, en el salón de actos, con sus catorce sillones de brazos dispuestos en semicírculo, la asamblea compuesta por miembros del Senado y del Consejo de ciudadanos, a pesar de lo avanzado de la hora, sigue a la espera de las propuestas de las cámaras electorales.

El asunto está tardando en resolverse. Parece ser que los debates en las respectivas cámaras no cesaban, que la decisión está muy reñida y que ni siquiera ahora, en la asamblea final del salón de actos, hay forma de ponerse de acuerdo y designar a una sola persona, pues en cuanto surgiera este nombre, el alcalde lo anunciaría como senador electo... ¡Qué extraño! Nadie termina de explicarse de dónde vienen y dónde surgen, pero los rumores consiguen atravesar el portón y difundirse en la calle. ¿Será que está dentro el señor Kaspersen, el más antiguo de los dos alguaciles, quien siempre se ha visto a sí mismo como un mero «funcionario del Estado», y que retransmite las informaciones que va captando como si hablara por las comisuras de los labios, apretando los dientes y desviando la vista hacia otro lado? Ahora parece ser que ya se han formulado las respectivas propuestas en el salón de actos, y resulta que, en la ronda previa, en cada una de las tres cámaras electorales ha salido un candidato distinto: Hagenstrøm, Buddenbrook, Kistenmaker. ¡Quiera Dios que en la votación general, que ya no es ordinaria sino secreta y con papeletas, se alcance la mayoría en favor de alguno de ellos! Los curiosos de la calle que no han traído polainas abrigadas comienzan a levantar alternativamente las piernas o a patear el suelo porque les duelen los pies del frío.

Son gente de todas las clases sociales. Se ven marineros con tatuajes en el cuello y las manos en los grandes bolsillos bajos del pantalón; cocheros de los almacenes con sus blusones y pantalones bombachos de loneta negra, y sus inconfundibles caras de buenas personas; conductores de tiros de mercancías que esperan el resultado de las votaciones sentados sobre una montaña de sacas de cereales, así dispuestas para la ocasión; criadas con pañuelos al cuello, delantal sobre una amplia falda de rayas, la pequeña cofia blanca en la nuca y una gran cesta colgando del brazo desnudo; vendedoras de pescado o de verduras con sus cestos de mimbre, e incluso unas cuantas y bonitas floristas con cofias al estilo holandés, faldas cortas y largas mangas blancas plisadas que salen de sus coloridos corpiños bordados... Entre todos ellos, hay también burgueses, tenderos de la zona que han salido a la calle sin sombrero e intercambian opiniones entre sí, jóvenes comerciantes bien vestidos, hijos de padres pudientes que ya trabajan en sus oficinas o están realizando sus tres o cuatro años de aprendizaje, chavales que vienen del colegio con sus carteras y paquetes de libros...

Detrás de dos trabajadores con toscas barbas de marinero que mascan tabaco, se ve a una elegante señora que, muy nerviosa, no para de mover la cabeza de un lado a otro para asomarse por entre los poderosos hombros de aquéllos y no perder detalle de lo que acontece en el Ayuntamiento. Lleva una especie de abrigo largo de vestir forrado de piel y sujeta los bordes desde dentro con ambas manos para mantenerlo cerrado; un velo muy tupido de color marrón le cubre el rostro. Sus zapatos de goma no paran quietos sobre la nieve hecha barro.

—Me da a mí que esta vez tampoco sale senador tu jefe, Kurz —le dice uno de los trabajadores al otro en cerrado dialecto. —¡Anda tú! Pos' sí que eso es una novedad. Si ya sólo están votando entre Hagenstrøm, Kistenmaker y Buddenbrook. —Ya... pos' a ver cuál gana de los tres.

—¿Y tú cuál crees que va a ganar?

—¿Sabes qué? Yo creo que van a elegir a Hagenstrøm. —¡Qué dices! Eso no se lo cree ni tu abuela... —Y escupe el tabaco justo a sus pies, pues la muchedumbre no le permite lanzarlo lejos, describiendo un gracioso arco; se sube el pantalón por debajo del cinturón con las dos manos, y continúa—: Hagenstrøm es un tragaldabas que ni l' entra el aire por la nariz de lo gordo

que está... Mira, no, yo de no salir mi señor Kurz, ya prefiero que sea Buddenbrook. Es un buen tipo.

—Lo que tú digas, pero Hagenström es mucho más rico. —Eso no importa: Aquí no los eligen por eso.

—Pos' anda que el Buddenbrook..., siempre más fino que fino, con sus puños y sus gemelos y sus corbatas de seda y su bigote to' engoma'o... ¿Tú l' has visto? Si pa'ece que camina a saltitos, como un pájaro...

—Ay, qué burro eres, eso no tiene nada que ver.

—¿Y no sabes que tiene una hermana que ya ha deja'o a dos maridos? La elegante señora del abrigo de vestir se estremece.

—Ay, mira, eso son cosas que pasan. Pero de eso no sabemos na', y además, el cónsul tampoco tendrá na' que ver, digo yo.

«No tiene nada que ver, ¿a que no? Por supuesto que no... —piensa la señora del velo y junta aún más las manos debajo del abrigo—. ¿A que no? ¡Ay, gracias a Dios!»

Y luego —añade el partidario de Buddenbrook—, luego también resulta que el alcalde Oeverdieck es el padrino de su hijo..., y eso sí que cuenta, mira lo que te digo...

«¿A que sí? —piensa la señora—. Sí, gracias a Dios, ideo sí que surtió efecto!»

Y entonces se sobresalta. Un nuevo rumor ha surgido, circula en zig—zag entre la multitud y llega hasta sus oídos. No ha salido ningún nombre de la votación general. Eduard Kistenmaker, el que menos votos ha obtenido, ha quedado descartado. La lucha entre Hagenström y Buddenbrook continúa. Un ciudadano, dándoselas de importante, explica que, en caso de empate, será necesario elegir a cinco «prohombres» que decidirán el voto por mayoría...

De repente, se oye una voz muy cerca del portón: —¡Ha salido Heine Seehase!

Heine Seehase es un borrachín de todos conocido que vende pan caliente con una carretilla. Todo el mundo se echa a reír y se pone de puntillas para ver quién ha sido el gracioso. También la dama del velo es presa de un ataque de risa nerviosa que hace temblar sus hombros durante unos instantes. Luego, sin embargo, con un impaciente gesto que parece decir: «¿Acaso es momento de hacer bromas?», recupera la compostura y sigue mirando hacia la entrada del Ayuntamiento por entre los hombros de los dos trabajadores que mascan tabaco. Pero, en ese mismo momento, deja caer los brazos muertos, de modo que se le abre el abrigo y allí se queda, de pie en medio del barro, desmadejada, hundida.

—¡Hagenström!

Ésa es la noticia, nadie sabe de dónde ha salido. Ahí está, como si hubiera brotado de la tierra... o como si hubiese caído del cielo, es lo que dicen todos. Es unánime. Está decidido. ¡Hagenström! Sí, sí, de modo que ha salido él.

Ya no hay nada que hacer. La dama del velo podía habérselo esperado. Es lo que pasa siempre en la vida. Ahora ya puede volver a casa. La dama del velo siente que está a punto de echarse a llorar.

Pero apenas un segundo después, un repentino movimiento, una sacudida recorre la multitud, una especie de inmensa vibración que se va transmitiendo de delante hacia atrás, como empujando a cada uno contra quien tiene a su espalda, en el preciso instante en que algo de color rojo claro asoma en el portón del Ayuntamiento... Son las levitas rojas con puños amarillos de los dos alguaciles, Kaspersen y Uhlefeldt, quienes, vestidos con

el uniforme de gala, con sombrero de tres picos, pantalones de montar blancos y espadines, salen codo con codo y avanzan por entre la multitud, que se va abriendo para dejarles paso.

Avanzan igual que el destino: serios, mudos, impasibles, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con los ojos clavados en el suelo; y con una determinación implacable, toman la dirección que les impone el resultado de la votación que acaban de saber. ¡Y no es la dirección de la Sandstrasse, sino que se dirigen hacia la derecha, bajando por la Breite Strasse!

La dama del velo no da crédito a lo que ve. Sin embargo, todos a su alrededor pueden verlo también. La masa de gente se arrastra en pos de los alguaciles, diciéndose unos a otros: «Que no, que no... ¡Buddenbrook! ¡Hagenström no!». Y, en animada conversación, van saliendo numerosos caballeros por el portón del Ayuntamiento, luego giran hacia la derecha y bajan por la Breite Strasse a paso ligero para ser los primeros en felicitar al nuevo senador.

La dama del velo se agarra bien el abrigo y sale corriendo. Corre como en ninguna otra ocasión correría una dama. Se le aparta el velo del acalorado rostro y puede reconocerse quién es; pero eso ahora no importa. Y aunque una de sus polainas forradas de piel se escurre constantemente en la nieve derretida y sucia y le entorpece la carrera de un modo en verdad fastidioso, ella adelanta a todo el mundo. Es la primera en llegar a la casa que hace esquina con la Bäckergrube, llama a la campanilla de la cancela como si le fuera la vida en ello y le grita a la muchacha que le abre la puerta:

—¡Vienen, Kathrin, vienen hacia aquí!

Sube la escalera, irrumpe en la sala de estar, donde su hermano, un poco pálido, deja a un lado el periódico y hace un gesto con la mano intentando contenerla; ella le abraza y repite:

—¡Vienen, Tom, vienen hacia aquí! ¡El nuevo senador eres tú, y Hermann Hagenström no ha salido!

Eso fue un viernes. Al día siguiente ya estaba el senador Buddenbrook sentado en el escaño del difunto James Müllendorpf, y en presencia de la Asamblea, así como del Consejo de ciudadanos, pronunciaba el siguiente juramento:

—Cumpliré con las obligaciones de mi cargo como mejor me dicte mi conciencia y me esforzaré al máximo en lograr el bien del Estado, ser fiel a la Constitución y administrar con justicia el bien público, y seré imparcial en el ejercicio de mi cargo y, por consiguiente, en cualquier posible votación, sin tomar partido ni en mi propio provecho ni en el de quienes a mí están vinculados por parentesco o amistad. Aplicaré las leyes del Estado y ejerceré la justicia contra quien lo requiera, sea rico o pobre. Guardaré silencio en todo asunto que exija silencio, y, sobre todo, mantendré en secreto lo que como secreto me sea confiado. Y así me asista el Señor en mi tarea.

CAPÍTULO V

Nuestros deseos y acciones obedecen a determinadas necesidades nerviosas que difícilmente pueden explicarse con palabras. Aquello que muchos llamaban «vanidad», el sumo cuidado que prestaba Thomas Buddenbrook a su aspecto exterior o el lujo con el que se vestía, en realidad

obedecía a algo esencialmente distinto. En realidad, no se trataba sino del afán de un hombre de acción por saber que su persona cumplía de pies a cabeza con todas las normas de la corrección y la pulcritud necesarias para sentirse seguro en su posición. Por otro lado, las exigencias a las que la gente y él mismo sometían su talento y sus fuerzas cada vez eran mayores. Lo desbordaban las obligaciones, ya fueran relativas a la esfera privada o en la pública. En el reparto de cargos entre los miembros del Senado, le había correspondido como labor principal la administración de los impuestos. Sin embargo, también le costaban tiempo y esfuerzo el ferrocarril, las aduanas y otros asuntos municipales; asimismo, los miles de reuniones de consejos administrativos para todo tipo de fines, cuya presidencia le había correspondido desde que fuera elegido senador, ponían constantemente a prueba sus alabadas dotes diplomáticas y su flexibilidad, puesto que se veía obligado a actuar de forma que, sin herir la sensibilidad de los miembros de edad mucho más avanzada y guardando siempre la apariencia de que respetaba y se plegaba a su mayor experiencia, el poder de decisión no se le escapase de las manos. Si resultaba curioso observar cómo iba en notorio aumento lo que los demás llamaban «vanidad», a saber, aquella necesidad de refrescar y vivificar su cuerpo una y otra vez, de cambiarse de ropa varias veces al día, de afeitarse y ponerse prendas limpias como si acabara de levantarse, más curioso era advertir que, en el fondo, aquello era un indicio de que Thomas Buddenbrook, aunque apenas tenía treinta y siete años, comenzaba a perder fuerzas y a acusar un desgaste cada vez más rápido.

Si el buen doctor Grabow le sugería que descansara más, él le respondía: «¡Ay, mi querido doctor! ¡Qué más quisiera yo que haber llegado a eso!». Y con ello quería decir que todavía le quedaba mucho trabajo, sobre todo en su propio perfeccionamiento personal, antes de alcanzar un punto en el que, dando por conquistado su objetivo, pudiese relajarse y disfrutar. En realidad, le costaba creer que fuese posible alcanzar tal punto. Era lo que le impulsaba a seguir adelante sin tomarse un respiro. Incluso cuando parecía que estaba descansando un rato, por ejemplo después de comer, cuando se sentaba a leer la prensa, miles de planes revoloteaban en su cabeza, mientras él, con parsimoniosa fruición, se retorció las puntas del bigote (estiradas con tenacillas) y se le marcaban las venas en las pálidas sienes. Y mostraba la misma vehemente seriedad tanto cuando pergeñaba una maniobra empresarial o pronunciaba algún discurso en público como cuando decidía, por ejemplo, renovar de golpe y de una vez por todas su ajuar de ropa interior entero para, al menos en ese terreno, tener todo el trabajo terminado y en perfecto orden durante un tiempo.

Si tales operaciones de reparación física y renovación de existencias le proporcionaban cierta satisfacción y tranquilidad, también es cierto que podía permitirse los correspondientes gastos sin ningún tipo de reparos, ya que por esos años sus negocios florecían con un esplendor sólo comparable al de los tiempos de su abuelo. El renombre de su empresa no sólo había aumentado en la ciudad, sino también fuera de ella, y su persona seguía ganando prestigio dentro de la comunidad. Con envidia o con sincera simpatía, todo el mundo reconocía su eficiencia y sus excelentes dotes para el cargo público que ocupaba, si bien él mismo luchaba en vano por trabajar con gusto, con orden y concierto, dado que siempre tenía la sensación de que su rendimiento quedaba, hasta un punto desesperante, muy a la zaga de lo que su imaginación urdía y se proponía emprender.

Así pues, no se antojaba ningún disparate que, en el verano de aquel mismo año, 1863, el senador estuviera dando vueltas a la idea de construirse

una casa grande y nueva. Cuando uno está a gusto en un sitio, no se mueve de él. Aquel desasosiego constante en que vivía le impulsaba a ello; por otra parte, sus conciudadanos podrían considerarlo una nueva muestra de «vanidad», pues semejante plan era muy acorde con su condición. Una casa nueva, un cambio radical en todas las facetas externas de la vida: recogerlo todo, hacer una mudanza, instalarse de nuevo en un lugar distinto previa eliminación de todo lo viejo y superfluo, de toda la morralla acumulada en el pasado... Esa idea le hacía sentirse limpio, renovado, vivificado, sereno, fortalecido... Y debía de estar muy necesitado de ello, pues decidió llevarla a efecto con verdadero entusiasmo; de hecho, ya tenía puestos los ojos en un sitio concreto.

Se trataba de una parcela en venta en la Untere Fischergrube, de considerable extensión y con una casa mal conservada y ennegrecida por el paso de los años cuya dueña había muerto hacía poco: una solterona más vieja que Matusalén, último miembro de una familia caída en el olvido, que la había habitado en la más completa soledad. En aquel lugar quería el senador construir su casa nueva, y cuando bajaba al puerto solía pasar por delante con mirada escrutadora. El vecindario le resultaba simpático: buenas casas burguesas con sus típicos frontones, la más humilde de las cuales era la que quedaba justo enfrente: un edificio estrecho con una pequeña floristería en la planta baja.

El senador se volcó en el proyecto. Hizo un presupuesto aproximado de los gastos y, aunque la suma provisional era respetable, consideró que podría permitirse el gasto sin excesivo esfuerzo. Ciertamente es que palidecía al pensar que todo aquello podía no ser más que una locura absurda, y tenía que reconocer que la casa en la que vivía ofrecía espacio de sobra para él, su esposa, su hijo y el servicio. No obstante, aquellas otras necesidades de las que no acababa de ser consciente eran más fuertes y, deseoso de que alguien, desde fuera, reforzase y justificase sus determinaciones, comenzó por sincerarse con su hermana.

—En pocas palabras, Tony, ¿a ti qué te parece todo este asunto? La escalera de caracol para bajar al baño es la mar de curiosa, pero, en el fondo, esa casa es como una cajita de cerillas. Es muy poco representativa, ¿no te parece? Y ahora que de verdad has conseguido que me eligiesen senador... Resumiendo: ¿tú crees que merezco algo así?

¡Madre de Dios, qué no merecería él a los ojos de Madame Permaneder! Ella reaccionó con un entusiasmo tan profundo como solemne. Cruzó los brazos sobre el pecho y dio algunos pasos con la cabeza echada hacia atrás y los hombros un poco levantados.

—Tienes razón, Tom. ¡Dios sabe cuánta razón tienes! Yo diría que no hay ningún impedimento, pues quien, junto a todo lo demás, cuenta con una Arnoldsén y con los cien mil táleros que eso supone... Además, me siento muy orgullosa de que hayas acudido a consultarme a mí primero: es un bonito detalle por tu parte... Ahora que, ya puestos, Tom, tendrá que ser todo muy distinguido. Eso sí que te lo digo bien claro...

—Claro, claro, yo también pienso lo mismo. Estoy dispuesto a gastar lo necesario para que así sea. Que se encargue Voigt de la construcción, ya estoy deseando ver los planos contigo... Voigt tiene muy buen gusto.

La segunda persona a la que pidió su aprobación fue Gerda, quien, por supuesto, alabó el plan de su esposo. El trajín de la mudanza no sería nada agradable, pero la idea de tener una gran sala de música con una buena acústica le agradaba mucho. Y en cuanto a la anciana consulesa, también ella se mostró de acuerdo enseguida, pues consideraba la construcción de la

casa nueva como una consecuencia lógica de la cadena de felices acontecimientos de los últimos tiempos, que ella vivía con satisfacción y dando gracias al Señor. Desde que naciera el heredero y el cónsul saliese elegido en el Senado, aún reparaba menos que antes en disimular su orgullo de madre; tenía una forma de decir «mi hijo, el senador» que realmente sacaba de quicio a las Buddenbrook de la Breite Strasse.

Las primas solteras, cada vez más entradas en años, tenían en verdad pocas distracciones y poco más que hacer en la vida que contemplar el fulgurante ascenso de Thomas en la vida pública. Burlarse de la pobre Clotilde los jueves por la tarde les procuraba poca satisfacción; en cuanto a Christian, que había encontrado un buen empleo por mediación de Mr. Richardson, el que antaño fuera su jefe en Londres, y que, hacía muy poco, había enviado un telegrama desde allí expresando el estrambótico deseo de convertir en su esposa a la señorita Puvogel, a lo que la consulesa se había opuesto tajantemente..., en fin, sobre Christian no se podía decir ni palabra en aquella casa. Así pues, habían de conformarse con lanzar ciertas puyas sobre las pequeñas debilidades de la consulesa y la señora Permaneder, por ejemplo llevando la conversación al tema «peinados»; porque la anciana consulesa defendía con el gesto más dulce que ella peinaba «su» cabello con la mayor sencillez..., cuando cualquier persona con dos dedos de frente, y aún más las avispadas Buddenbrook de la Breite Strasse, tenía que darse cuenta de que aquel cabello de un rubio rojizo inalterable y pulcramente peinado con raya en medio que asomaba por debajo de la cofia de la anciana era cualquier cosa menos «suyo». Pero aún se regodeaban más incitando a su prima Tony a que hablase de aquellas personas a las que ella prefería no recordar y que habían ejercido una influencia odiosa y fatal en su vida... ¡Trieschke el Lacrimoso! ¡Grünlich! ¡Permaneder! ¡Los Hagenstróm! ... Aquellos nombres que Tony, cuando estaba enojada, lanzaba al aire como si de pequeños y furibundos toques de trompeta se tratase y que pronunciaba levantando un poco los hombros con gesto de estupor, sonaban muy gratos en los oídos de las hijas del difunto tío Gotthold.

Por otra parte, tampoco ocultaban (icómo iban a asumir ellas la responsabilidad de callar algo así!) lo preocupante que resultaba el tremendo retraso que llevaba el pequeño Johann a la hora de andar y de hablar... Y en eso tenían razón, porque había que reconocer que Hanno (así había decidido apodar a su pequeño la senadora Buddenbrook), para cuando había aprendido a llamar a todos los miembros de su familia —con una corrección aceptable, seguía siendo incapaz de pronunciar de un modo inteligible los nombres de sus tías Friederike, Henriette y Pfiffi. En cuanto a andar, cierto era también que, a los quince meses de edad que tenía cumplidos, seguía sin dar ni un paso solo, y fue entonces cuando las Buddenbrook de la Breite Strasse declararon meneando la cabeza, como diciendo que allí no había nada que hacer, que aquel niño iba a ser mudo y paralítico.

Más adelante tendrían ocasión de retractarse de aquella triste profecía, pero nadie podía negar que Hanno llevaba cierto retraso en su desarrollo. En sus primeros meses de vida había tenido que luchar muy duramente por salir adelante y había mantenido en vilo a toda la familia. Había nacido haciendo demasiado poco ruido y con pocas fuerzas, y no mucho después del bautizo, en tan solo tres días, un cólico de vómitos y diarrea estuvo a punto de agotar para siempre las fuerzas de aquel corazoncito que tanto costaba hacer latir. Pero había seguido con vida, y entonces el buen doctor Grabow, mediante una estudiadísima alimentación y unos exquisitos cuidados, había extremado las precauciones ante las constantes crisis que podría sufrir al salirle los

dientes. Y así fue, pues en cuanto asomó la primera puntita blanca en su mandíbula, el niño comenzó a tener convulsiones; más adelante, se repitieron con mayor fuerza y, en varias ocasiones, con una violencia y una crudeza escalofriantes. De nuevo hubo un momento en que el anciano doctor tuvo que limitarse a estrechar la mano a los padres sin nada... El niño estaba muy postrado, agotado, y sus ojos fijos, siempre enmarcados por una sombra azulada, parecían indicar una afección cerebral. El final de su vida casi se veía como un alivio.

A pesar de todo, Hanno recuperó un poco de fuerza, su mirada comenzó a captar las cosas, y aunque aquellos problemas habrían de retrasar sus progresos al hablar y andar, ya no había ningún peligro inmediato que temer.

Hanno era de complexión delgada y bastante alto para su edad. En aquella época, su sedoso cabello castaño claro empezó a crecer a una velocidad asombrosa y no tardó en caer en suaves ondas sobre los hombros de su trajecito plisado. Los parecidos familiares ya se manifestaban en él con una claridad inconfundible. Desde el principio se vio que tenía las manos típicas de los Buddenbrook: anchas, tal vez demasiado cortas, pero finamente torneadas; y exactamente la misma nariz que su padre y su bisabuelo, aunque parecía que él tendría aletas un poco más delicadas. El corte alargado y estrecho de toda la parte inferior de la cara, sin embargo, no era ni de los Buddenbrook ni de los Kröger, sino de la familia materna, como también lo era, y más que ningún otro rasgo, la boca, que Hanno, ya a tan temprana edad, tendía a mantener firmemente cerrada con una prematura expresión de dolor y temor; una expresión que, con el paso del tiempo, cada vez resultaría más acorde con su mirada, con aquellos ojos tan especiales de color miel siempre enmarcados por una sombra azulada...

Bajo las miradas de contenida ternura que le dedicaba su padre, el mimo con que su madre supervisaba sus cuidados y sus vestidos, la adoración que le profesaba su tía Antonie y los encantadores caballitos y peonzas que le regalaban la consulesa y el tío Justus, el pequeño Hanno comenzó a vivir, y cuando su lindo cochecito salía a la calle, la gente lo seguía con la mirada, llenos de interés y curiosidad. En cuanto a su ama de cría, la respetable Madame Decho, quien por el momento seguía cuidando del niño, desde el principio se había dado por hecho que, después del traslado a la casa nueva, ya sería Ida Jungmann y no ella la que ocupase tal puesto, y que la consulesa buscaría otra persona para ayudarla.

El senador Buddenbrook hizo realidad sus planes. La compra de la parcela en la Fischergrube no le planteó ninguna dificultad, y la casa de la Breite Strasse, de la que el señor Gosch, con frenética devoción, se ofreció a hacerse cargo, fue adquirida por compraventa casi de inmediato por Stephan Kistenmaker, cuya familia iba ampliándose y que últimamente ganaba mucho dinero en el negocio de los vinos que llevaba con su hermano. El señor Voigt se hizo cargo de la construcción y muy pronto, en las reuniones de los jueves, la familia pudo empezar a desplegar el pulcro plano del arquitecto para ver por anticipado cómo sería la fachada: un grandioso edificio de ladrillo con cariátides de piedra sosteniendo el mirador y una amplia azotea en lugar del típico tejado con frontón, sobre la cual Clotilde comentó, en tono amable y con su peculiar manera de estirar las sílabas, que se podría subir a tomar el café por las tardes... Incluso con respecto a las dependencias de la planta baja de la casa de la Mengstrasse, que se quedarían vacías porque el senador tenía intención de trasladar también sus oficinas a la Fischergrube, todo se solucionó con suma rapidez y facilidad,

pues la Sociedad Municipal de Protección contra Incendios se interesó por ellas y las alquiló para ese mismo uso.

Llegó el otoño, los viejos muros grises fueron derribados y, sobre unos amplios sótanos, la nueva casa de Thomas Buddenbrook fue creciendo entre la llegada del invierno y su partida. ¡No había tema de conversación más interesante en toda la ciudad! ¡Todo sería «tipp—topp», sería la casa más bonita en miles de millas a la redonda! ¿Acaso las había más bonitas en Hamburgo?... Y debía de estar costándole un riñón al senador... Seguro que su padre, el cónsul, no habría osado dar semejante salto... Los vecinos, aquellos buenos burgueses que habitaban las casas con frontones de la vecindad, se pasaban el día asomados a la ventana mirando a los obreros en sus andamios, se regocijaban al ver cómo iba subiendo la casa y calculaban la fecha de cubrir aguas.

Llegado el momento, el fin de las obras fue celebrado con la debida suntuosidad. Un capataz de avanzada edad pronunció un discurso desde lo alto del tejado y, al final, lanzó una botella de champán por encima de su hombro, mientras una espectacular corona de inauguración hecha de rosas, hojas y cintas multicolores se balanceaba pesadamente en el aire entre las, banderas. Más tarde, en un mesón cercano, de techos bajos y con sus típicos bancos corridos y mesas largas, se invitó a todos los obreros a cerveza, sabrosos emparedados y puros, y el senador, acompañado por su esposa y su hijo pequeño, que iba en brazos de Madame Decho, se paseó entre las filas de trabajadores agradeciéndoles con sus impecables maneras los «¡vivas!» que le dedicaban.

Una vez en la calle, acomodaron a Hanno en su cochecito, y Thomas y Gerda cruzaron el Fahrdamm para lanzar un nuevo vistazo a la fachada roja con cariátides blancas. Enfrente, a la puerta de la pequeña floristería, con aquel estrecho escaparate donde se veían unas cuantas macetas con flores de bulbo sobre una balda de cristal verde, estaba Iwersen, el dueño del negocio, un hombre rubio y alto como un gigante, vestido con una chaqueta de lana. Junto a él se hallaba su esposa, menuda y muy morena, con un rostro de rasgos sureños. Tenía cogido de una mano a un niño de unos cuatro o cinco años, con la otra mecía suavemente un carrito en el que dormía otro pequeño, y era evidente que estaba esperando un tercer hijo.

Iwersen saludó a los senadores con una reverencia tan profunda como torpe, en tanto su mujer, sin dejar de mecer el carrito, clavó con sereno interés sus ojos negros y almendrados en la senadora, que avanzaba hacia ella del brazo de su esposo.

Thomas se detuvo y señaló con el bastón la corona de rosas que adornaba la fachada.

—Magnífica, Iwersen, le felicito.

—No es mérito mío, senador. Ha sido cosa de mi señora. —Ah —exclamó el senador con frialdad; levantó la cabeza de golpe y, durante un segundo, miró limpia, firme y amablemente a la cara a la señora Iwersen. Luego, sin añadir palabra, se despidió con un gesto cordial con la mano.

CAPÍTULO VI

Un domingo, a principios de julio —el senador Buddenbrook llevaría unas cuatro semanas en su nueva casa—, la señora Permaneder se presentó en casa de su hermano a última hora de la tarde. Cruzó el fresco portal con suelo de piedra y decorado con relieves al estilo de Thorwaldsen, desde donde una puerta a la derecha conducía a las oficinas; llamó a la campanilla de la cancela, que se abría de forma automática gracias a un dispositivo (una especie de pera de goma) que se accionaba desde la cocina, y, en el amplio vestíbulo con el oso disecado, regalo de los Tiburtius, al pie de la escalera principal, supo por Anton, el criado, que el senador todavía estaba trabajando.

—Muy bien —dijo Tony—, gracias, Anton. Entraré a verle. Pero antes avanzó un poco más hacia la derecha, dejando atrás la puerta de las oficinas, hasta la escalera, en el centro del majestuoso vestíbulo: la barandilla de hierro forjado de la escalera se prolongaba a lo largo de toda la primera planta y, a la altura de la segunda, se convertía en una amplia galería de columnas decorada en blanco y dorado; allí, desde la vertiginosa altura del tragaluz, pendía una imponente araña dorada brillante. «¡Qué distinguido!», se dijo la señora Permaneder muy satisfecha al contemplar aquel espacio tan lujoso y luminoso que, para ella, era el símbolo mismo del poder, el esplendor y el triunfo de los Buddenbrook. Luego, sin embargo, recordó que había venido por un triste motivo y se dirigió con paso despacioso hacia la entrada del despacho.

Thomas estaba allí en absoluta soledad, sentado junto a un ventanal, escribiendo una carta. Levantó la vista y también una de sus incoloras cejas y tendió la mano a su hermana.

—Buenas noches, Tony. ¿Qué buenas noticias traes? —Ay, Tom, buenas noticias pocas... Bueno, íese vestíbulo con la escalinata es espectacular! Y, en cambio, tú estás aquí sentado escribiendo en la penumbra...

—Sí, en fin..., una carta urgente. ¿Dices que no traes buenas noticias? Bueno, bueno, en cualquier caso daremos un pequeño paseo por el jardín, que siempre será más agradable. Uen conmigo.

Mientras cruzaban el vestíbulo, un trémulo adagio para violín llegó a sus oídos desde la primera planta.

—¡Escucha! —dijo la señora Permaneder, y se detuvo un instante—. Gerda está tocando. ¡Qué divino! ¡Ay, Madre de Dios! Si es que esta mujer... ¡es un hada! ¿Cómo está Hanno, Tom?

—Pues ahora mismo debe de estar cenando con Ida Jungmann. Me preocupa mucho que todavía no haya echado a andar bien...

—Eso ya llegará, Tom, lo hará a su debido tiempo. ¿Estáis contentos con Ida?

—¿Cómo no íbamos a estar contentos?

Recorrieron el pasillo con suelo de piedra de la parte trasera, dejando la cocina a mano derecha y, cruzando una puerta cristalera y bajando dos escalones, salieron al encantador y fragante jardín.

—¿Qué te parece? —preguntó el senador.

Hacía calor y reinaba la calma. El perfume de los arriates de flores, dispuestos y arreglados con suma pulcritud, impregnaba el aire, y el chorro de agua de la fuente, rodeada por altas matas de lirios de color lila, producía un sereno murmullo cristalino y se dibujaba sobre el cielo del atardecer, donde ya comenzaban a brillar las primeras estrellas. Al fondo, una escalera sin barandilla, flanqueada por dos pequeños obeliscos no muy altos, conducía hacia una explanada más elevada con suelo de tierra en la que había un quiosco de madera abierto, a la sombra de cuya marquesina se

veían algunas sillas de jardín. Por el lado izquierdo, la finca limitaba con el muro del jardín del vecino; por la derecha, en cambio, el lateral de la casa vecina estaba rematado, en toda la parte superior, por una estructura de madera que, con el tiempo, habría de cubrirse por completo de plantas trepadoras. A ambos lados de la escalera y de la zona del quiosco había algunas matas de grosellas y uvas crespas, aunque en todo el jardín no había más que un árbol, un enorme y nudoso nogal junto al muro, a la izquierda.

—Verás... —respondió la señora Permaneder vacilante, mientras los hermanos paseaban lentamente por el camino de gravilla de la parte delantera del jardín—, Tiburtius nos ha escrito que...

—¿Le pasa algo a Clara? —preguntó Thomas—. Por favor, dímelo enseguida y sin rodeos.

—Pues sí, Tom, está en cama y es grave. El doctor teme que pueda ser tuberculosis..., un tumor cerebral de origen tuberculoso... ¡Cuánto me cuesta pronunciarlo! Mira, ésta es la carta que me ha escrito su esposo. Este otro sobre, donde, según él, dice lo mismo, es para mamá, y tenemos que dárselo después de haberla preparado un poco. Y luego hay un segundo sobre añadido, también para mamá y escrito por la propia Clara, a lápiz y con trazo muy inseguro. Y Tiburtius cuenta que ella misma le dijo que ésas eran sus últimas líneas, porque eso es lo más triste: que ella ya no tiene ganas de vivir. Siempre ha anhelado tanto el cielo... —concluyó la señora Permaneder y se secó los ojos.

El senador caminaba a su lado en silencio, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza muy baja.

—¡Qué callado estás, Tom! Claro que haces bien: ¿qué podemos decir? Y precisamente ahora..., ahora que también Christian está enfermo en Hamburgo...

En efecto, así era. El «tormento» de la pierna izquierda de Christian se había agudizado tanto durante su última temporada en Londres y se había transformado en un dolor tan agudo que le había hecho olvidar todos sus demás achaques. Presa de la desesperación, había escrito a su madre que tenía que regresar a casa para que ella le cuidase, había dejado su empleo en la capital inglesa y había emprendido el viaje. Sin embargo, nada más llegar a Hamburgo se había visto forzado a guardar cama: él médico le había diagnosticado un fuerte reumatismo articular y ordenado su traslado directo desde el hotel al hospital, pues, de momento, no podía ni plantearse un viaje.

—Desde luego —respondió el senador—. Parece que las desgracias nunca vienen solas.

Durante unos instantes, Tony rodeó los hombros de su hermano con el brazo.

—Pero tú no puedes desanimarte, Tom. ¡No tienes ningún motivo para ello! Tú has de tener coraje...

—¡Dios te oiga! ¡Buena falta me hace!

—Pero, ¿qué me dices, Tom? A ver, cuéntamelo: ¿qué pasaba anteayer, el jueves, que estuviste toda la tarde tan callado, si puede saberse?

—Ay, niña, cosas de negocios... Me vi obligado a vender una partida de centeno nada insignificante a un precio nada ventajoso... Bueno, resumiendo: tuve que vender una partida enorme a un precio irrisorio.

—Pero eso es normal, Tom. Eso te ha pasado hoy, pero mañana recuperas lo perdido. Mira que desanimarte tanto por una cosa así:..

—Te equivocas, Tony —dijo él meneando la cabeza—. No estoy tan desanimado porque haya tenido poco éxito en los negocios. Es al contrario. Estoy convencido de ello y los hechos lo demuestran.

—Entonces, ¿por qué has perdido los ánimos? —preguntó su hermana, consternada y sorprendida—. A juzgar por las circunstancias, es de esperar que estuvieras contento, Tom. Mira, Clara vive... ¡Todo saldrá bien, con la ayuda de Dios! ¿Y por lo demás? Aquí estamos, paseando por el jardín, y todo huele maravillosamente. Ahí tienes tu casa, una casa de ensueño... ¡La de Hermann Hagenstrbm es un cuchitril en comparación con ésta! Y todo esto lo has conseguido tú...

—Ay, sí, casi diría que es demasiado bonita, Tony. Una cosa te digo: todavía es demasiado nuevo todo. Eso me trastorna un poco, y es posible que este desánimo que me invade y que me afecta en todo venga de ahí. Sentía tanta ilusión por todo esto que, de alguna manera, la ilusión era lo mejor de todo, como siempre; porque lo bueno siempre llega demasiado tarde, siempre se hace realidad demasiado tarde, cuando uno ya casi ha perdido la ilusión...

—¿Que has perdido la ilusión, Tom? ¿Con la edad que tienes? —No es una cuestión de edad, sino de sentirse joven o viejo. Y cuando uno consigue todo eso tan bueno y que tanto había deseado pero lo consigue con demasiado esfuerzo y demasiado tarde, se da cuenta de que viene acompañado de innumerables dificultades menores pero no por ello menos fastidiosas, envuelto en la gruesa capa de polvo de la realidad, con la que uno, en su fantasía, no había contado y que le va irritando cada vez más... —Sí, sí, ya..., pero eso de sentirse joven o viejo...

—Ya ves, Tony. Es posible que se me pase..., no será más que una fase de desánimo, seguro. Pero, en estos momentos, me siento mucho más viejo de lo que soy. Los negocios me dar motivos de preocupación; ayer, por ejemplo, en la comisión para supervisar la construcción del ferrocarril de Büchen, e cónsul Hagenstróm me replicó con tales argumentos y palabras que acabé, como suele decirse, con el ánimo por los suelos... Vamos, casi quedé en ridículo delante de todo el mundo. Y tengo la sensación de que algo así nunca hubiera podido sucederme antes. Siento como si algo comenzase a escapárseme de las manos, algo que no sé muy bien qué es... ¿Qué es el éxito? Una indescriptible fuerza interior, una determinada visión de la vida, el deseo y la capacidad de influir en ella... L; conciencia de que mi mera presencia ejercía cierta influencia sobre el curso de las cosas..., la fe en que conseguiría doblegar la vida a mis deseos... La felicidad y el éxito están en nuestro interior. Tenemos que conservarlos, con suma firmeza, en lo más hondo. Porque, en cuanto se afloja algo aquí dentro, en nuestro interior, en cuanto se pierde esa tensión y uno empieza a relajarse y a sentirse cansado, todo se desmanda a nuestro alrededor, se ve libre y se rebela contra uno, escapa a nuestra influencia... Y luego una cosa sigue a la otra, y las desgracias nunca vienen solas, y uno está acabado. Llevo varios días pensando en un refrán turco que leí en alguna parte: «Cuando uno acaba de construir su casa, le llega la muerte». En fin, tampoco es necesario que sea la muerte. Pero sí la cuesta abajo..., el retroceso..., el principio del fin... ¿Sabes una cosa, Tony? —prosiguió, mientras rodeaba a su hermana con un brazo y bajaba la voz—. ¿Te acuerdas del día del bautizo de Hanno? Me dijiste: «Tengo la sensación de que comienza una etapa totalmente nueva». Aún me parece estar oyéndote; y, en efecto, parecía que tuvieras razón, porque al poco tiempo fueron las elecciones al Senado y luego vino esta casa, que se diría que se construyó sola. Pero el título de senador y la casa no son más que cosas externas, y yo sé algo en lo que tú todavía ni siquiera has pensado, algo que sé por la vida y por la historia. Sé que a menudo los signos externos, visibles y tangibles, y los símbolos de la felicidad y el éxito

aparecen cuando, en realidad, todo eso comienza a decaer...; es más, no aparecen hasta entonces. Esos signos externos requieren su tiempo para salir a la luz, igual que tarda en llegar a nosotros la luz de esas estrellas que ves ahí en lo alto, y de las que no sabemos si ya se estarán extinguiendo o se habrán extinguido por completo cuando las vemos brillar con su mayor intensidad.

El senador dejó de hablar y los dos hermanos siguieron caminando en silencio durante un rato, arrullados por el murmullo de la fuente y de las ramas del nogal. Más adelante, la señora Permaneder dio un suspiro tan doliente que sonó como un sollozo.

—¡Qué cosas más tristes dices, Tom! Nunca te había oído decir nada tan triste. Pero es bueno que te hayas desahogado, seguro que ahora te resulta más fácil quitarte de la cabeza todas esas ideas.

—Sí, Tony, tengo que intentarlo, al menos. Dame esos dos sobres de Clara y del reverendo. Te parecerá bien, imagino, que me haga cargo de la situación y hable con mamá mañana mismo, cuando suba a desayunar. ¡Ay, nuestra buena mamá! Eso sí, como sea tuberculosis, hay que estar preparados para lo peor.

CAPÍTULO VII

—¿Y no me lo consultas? ¿Me ninguneas? —¡He actuado como debía actuar!

—¡Has actuado a lo loco, has excedido todos los límites de lo racional!

—¡La razón no es lo más importante en este mundo! —¡Déjate de máximas! ¡Es una cuestión de mera equidad y es indignante cómo lo has pasado por alto!

—¡Pues yo te digo ahora, hijo mío, que eres tú quien, por tu parte, estás pasando por alto el respeto que me debes!

—¡Y yo te respondo, mi querida madre, que jamás he olvidado ese respeto, pero que mi condición de hijo debe ser por completo indiferente en el momento de tratar cualquier cuestión relacionada con la empresa, cuando he de actuar como cabeza de esta familia, ocupando el lugar de mi padre!...

—¡Pues en esta ocasión quiero que te calles, Thomas!

—¡Ah, no! ¡No pienso callarme hasta que no reconozcas tu exceso de ligereza y debilidad!

—¡Yo dispongo de mis bienes como deseo!

—¡Pero la equidad y la razón han de poner límites a tus deseos! —Jamás pensé que llegarías a ofenderme de esta manera! —Jamás pensé que tú llegarías a tratarme a mí con tan poco respeto!

—¡Tom! ¡Pero Tom! —se oyó la voz de la señora Permaneder, consternada. Estaba sentada junto a uno de los ventanales del salón de los paisajes, retorciéndose las manos, mientras su hermano, furioso, recorría la estancia a zancadas y la consulesa, deshecha de rabia y de dolor, con una mano se agarraba a los almohadones del sofá y con la otra daba un golpe sobre la mesa cada vez que pronunciaba una dura palabra. Los tres llevaban luto por Clara, que había abandonado este mundo, y los tres estaban pálidos y fuera de sí.

¿Qué estaba pasando? Algo terrible, escalofriante, algo que a los propios implicados les resultaba monstruoso e increíble. ¡Una pelea, una terrible discusión entre madre e hijo!

Era el mes de agosto, una tarde de bochorno. Tan sólo diez días después de que el cónsul, midiendo cada uno de sus movimientos, le entregase a su madre las dos cartas que había recibido de Sievert y Clara Tiburtius, se había visto en la difícil situación de tener que anunciarle a la anciana el fallecimiento de su hija. Luego había viajado a Riga para asistir al entierro y había vuelto acompañado de su cuñado, que había pasado algunos días junto a la familia de su difunta esposa y luego había ido a visitar a Christian al hospital de Hamburgo. Ahora, a los dos días de regresar el reverendo Tiburtius a su tierra, la consulesa, claramente turbada, había informado a su hijo de lo que había hecho.

—¡Ciento veintisiete mil quinientos marcos en efectivo! —gritó el senador, llevándose las manos juntas a la cara—. ¡La dote, aún podría pasar! ¡Que se quedase con los ochenta mil aunque no

hubiese descendientes del matrimonio! ¡Pero la herencia! ¡Le has prometido la herencia de Clara! ¿Y no me lo consultas? ¡Me ninguneas!

—Thomas, por el amor de Dios, no seas injusto conmigo. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Qué otra cosa podría haber hecho?... Ella misma, la que ahora descansa en la paz del Señor, lejos de todo esto, me escribe desde su lecho de muerte..., a lápiz..., con mano temblorosa... «Madre», me escribe, «no volveremos a vernos en este mundo, y siento que éstas serán mis últimas líneas... Las escribo con mi último soplo de consciencia, y en ellas te pido por mi esposo... Dios no nos ha bendecido con ningún hijo, pero quiero que sea para él lo que habría sido mío si yo hubiese vivido más que tú; por favor, déjasele a él cuando, en su día, el Señor te llame a su gloria, para que él pueda disfrutarlo mientras viva... Madre, ésta es mi última petición, la petición de una moribunda... No me la niegues». ¡No, Thomas! No se la he negado, ¡he sido incapaz! Le envié un telegrama y murió en paz... —La consulesa rompió a llorar desconsolada.

—¡Y a mí no se me dice ni palabra! ¡Se me oculta todo! ¡Se me ningunea! —repitió el senador.

—Pues sí, Thomas, me lo callé, porque sentía que era mi obligación cumplir esa última voluntad de mi hija en su lecho de muerte... y sé que habrías intentado impedírmelo.

—¡Válgame Dios! ¡Por supuesto que lo habría hecho!

—Y no habrías tenido ningún derecho, puesto que tres de mis hijos están de acuerdo conmigo.

—¡Pues sí que estamos buenos!... Me parece que mi opinión debería pesar más que la de dos mujeres y un chiflado... —Hablas de tus hermanos con tan poco amor como poco respeto muestras hacia mí.

—Clara era mujer piadosa pero ignorante, madre. Y Tony es una niña, y además, estoy seguro de que tampoco supo nada hasta este momento, porque si no se hubiese ido de la lengua en el momento más inoportuno, ¿me equivoco? ¿Y Christian? Claro, no le fue difícil conseguir el beneplácito de Christian al tal Tiburtius... ¿Quién habría esperado nada parecido de él? ¿Es que todavía no sabes, todavía no te ha entrado en la cabeza lo que pretende ese zorro de reverendo? ¡Es un tunante! ¡Un cazador de herencias!

—Los maridos de las hijas siempre son unos filous —intervino la señora Permaneder en tono sombrío.

—¡Un cazador de herencias! ¿Qué se le ocurre al buen reverendo? Va a Hamburgo, se sienta junto a la cama de Christian y le convence. «Por

supuesto», dice Christian. «Pues no faltaba más, mi buen Tiburtius. ¿Se hace usted una idea del tormento que padezco a diario en la pierna izquierda?...» ¡Ay, la estupidez y la maldad se conjuran en mi contra! —Y el senador, apoyado contra la rejilla de la estufa y totalmente fuera de sí, juntó las manos y se las llevó a la frente.

Aquel paroxismo de rabia no era proporcional a los hechos. En efecto, no eran aquellos ciento veintisiete mil quinientos marcos en efectivo lo que le habían llevado a aquel estado en que jamás le había visto nadie. Era más bien que, teniendo ya el ánimo muy irritado, esta última circunstancia se había sumado a toda la cadena de fracasos y humillaciones que había tenido que sufrir tanto en el negocio como en la vida pública de la ciudad durante los últimos meses. ¡Nada le salía a derechas! ¡No había manera de que se cumpliera su voluntad! ¿Llegaría hasta el punto de que, en la propia casa de sus ancestros, se le «ningunease» en los asuntos más importantes? ¿De que un reverendo de Riga le asestase una puñalada por la espalda? Él hubiese podido impedirlo, pero tampoco estaba probado que su influencia hubiese bastado. ¡Los acontecimientos habían seguido su curso sin él! No obstante, tenía la sensación de que aquello jamás habría podido suceder en otra época, de que antes hubiera sido impensable que nadie osase hacer nada similar. Aquello constituía un nuevo revés que le llevaba a poner en duda su propia fe en su destino feliz, en su poder, en su futuro... Y, en realidad, no era sino su propia debilidad y su profunda desesperación lo que había causado semejante arrebató ante su madre y su hermana.

La señora Permaneder se puso de pie y le abrazó.

—Vamos, Tom —le dijo—, tranquilízate. Vuelve en ti. ¿Es para tanto? ¡Te vas a poner enfermo! Tiburtius tampoco va a vivir tanto..., y después de su muerte, esa parte de la herencia volverá a nosotros. Además, si tanto insistes, tal vez pueda revocarse la decisión de mamá. ¿Acaso no es posible, mamá?

La consulesa sólo respondió con sollozos.

—No, no... dejadlo —dijo el senador, recuperando la compostura y describiendo un suave gesto de rechazo con la mano—. Lo hecho, hecho está. ¿Pensáis que voy a acudir ahora a los tribunales para abrir un proceso contra mi madre y añadir un escándalo público al que ya tenemos aquí en casa? Que sea lo que Dios quiera... —concluyó y se dirigió con movimientos cansinos hacia la puerta cristalera, donde se detuvo un instante—. Ahora bien, tampoco creáis que ahora nadamos en la abundancia —dijo con voz queda—. Tony perdió ochenta mil marcos, y Christian, además de la suma de cincuenta mil para uso privado que derrochó, ya ha consumido otros treinta mil de su herencia por adelantado..., y no será lo único que gaste, pues ahora carece de ingresos y necesita someterse a un tratamiento en Oeynhausen. Con lo que acaba de pasar, no sólo perdemos para siempre la dote de Clara, sino que, llegado el momento, también habremos de descontar su parte de la herencia durante un tiempo indefinido... Y los negocios van mal, no podrían ir peor, sobre todo desde que destiné más de cien mil marcos a construir la casa nueva... No, no se le puede augurar nada bueno a una familia en la que hay lugar para escenas como ésta. Creedme, escuchad esto que os digo: si nuestro padre estuviese entre nosotros, si estuviese aquí hoy, juntaría las manos y nos encomendaría a todos a la misericordia del Señor.

CAPÍTULO VIII

¡Guerra y griterío de soldados, acuartelamiento y actividad frenética! Oficiales prusianos circulan por las habitaciones de la planta principal (con su suelo entarimado) de la nueva casa del senador Buddenbrook, besan la mano a la señora y aceptan gustosos el ofrecimiento de conocer el Club guiados por Christian, que ya ha regresado de Oeynhausen, mientras en la Mengstrasse Mamsell Severin, la nueva doncella de la consulesa, ayudada por otra muchacha, lleva un montón de colchones al viejo quiosco, ahora lleno de soldados.

¡Qué trajín, alboroto y tensión por doquier! Los batallones se dirigen a las puertas de la ciudad y se marchan; llegan otros nuevos, invaden las calles y casas, comen, duermen, atruenan los oídos de los ciudadanos con sus redobles de tambores, toques de corneta y voces de mando... y se marchan. Toda la ciudad saluda jubilosa a los príncipes; pasa un batallón tras otro. Después, se crea un expectante silencio.

A finales del otoño y durante el invierno van regresando las tropas victoriosas, de nuevo se acuartelan en las casas y regresan a sus hogares entre los «¡vivas!» de los ciudadanos, que suspiran con alivio. La paz. El breve período de paz de 1865, al que tantos acontecimientos habrían de suceder.

Y, entre dos guerras, tranquilo y ajeno a todo, con su trajecito plisado y sus suaves bucles, el pequeño Johann juega en el jardín, junto a la fuente, o bien en la galería construida a propósito para él, un espacio separado por una pequeña columnata en el amplísimo vestíbulo de la segunda planta. Juega a los juegos de sus cuatro años y medio de edad; a esos juegos cuyo profundo sentido y encanto luego no es capaz de comprender ningún adulto y para los que bastan tres piedras o un pedazo de madera, tal vez un diente de león para ponérselo como casco; juegos para los que, sobre todo, basta la fantasía, todavía sin límites y sin trabas, de esa edad feliz en que la vida todavía nos deja vivir, en la que ni el deber ni la culpa osan todavía ponernos la mano encima, en la que todavía nos es dado ver, oír, reír, asombrarnos y soñar sin que el mundo reclame que le prestemos ningún servicio...; en la que la impaciencia de aquellos a quienes deseamos amar todavía no nos atormenta con los primeros signos y las primeras pruebas de que habremos de cumplir tales servicios con diligencia... ¡Ay!, ya no falta mucho para que el aplastante poder de todo eso se nos eche encima para amoldarnos a la fuerza a su patrón, para estirarnos, encogernos, corrompemos...

Grandes acontecimientos tenían lugar mientras Hanno jugaba. Estalló la guerra, la lucha por la victoria fue muy reñida, y por fin se decidió, y la ciudad natal de Hanno Buddenbrook, que tan inteligentemente había apoyado a Prusia, miraba con no poca satisfacción a la rica Frankfurt, que ahora tenía que pagar su fe en la victoria de Austria al precio de dejar de ser ciudad libre.

No obstante, con la quiebra de una gran empresa de Frankfurt, justo antes de la entrada en vigor del armisticio, en el mes de julio, la Casa Johann Buddenbrook perdió de golpe la redonda cifra de veinte mil táleros.

OCTAVA PARTE

CAPÍTULO I

Cuando el señor Hugo Weinschenk, desde hacía algún tiempo director de la Aseguradora Municipal contra Incendios, con su levita cerrada y un estrecho bigote negro cuyas puntas casi se prolongaban por las comisuras de los labios (lo que confería a su boca, con el labio inferior un tanto flácido, un gesto serio y muy masculino), cruzaba el amplio portal de la Mengstrasse para ir a las oficinas de la parte trasera de la casa con paso ágil y seguro de sí mismo (los puños a la altura del pecho y moviendo los codos en el aire con flexible elegancia), ofrecía la imagen de un caballero emprendedor, bien situado y que imponía respeto.

Por su parte, Erika Grünlich, que ya tenía veinte años, era una muchacha alta y bien desarrollada, lozana y guapa de tan sana y fuerte como se la veía. Si quería el destino que bajase por las escaleras o se encontrase junto a la barandilla de la primera planta justo cuando pasaba por allí el señor Weinschenk —y el destino no pocas veces quiere este tipo de cosas—, el director se quitaba la chistera, dejando al descubierto su cabello corto y negro, cuyas sienes ya comenzaban a encanecer, se contoneaba aún más ;il andar y sus ojos castaños, que miraban a su alrededor con arro,p, saludaban a la joven con una mirada de asombro y admiración... Acto seguido, Erika salía corriendo, se sentaba en el alféitr de alguna ventana y, de puro desconcierto y turbación, se pasaba una hora llorando.

La señorita Grünlich había crecido muy protegida y con gran disciplina bajo la tutela de Therese Weichbrodt, y sus pensamientos no iban demasiado lejos. Lloraba por la chistera del señor

Weinschenk, por la manera en que, al mirarla, levantaba las cejas y volvía a bajarlas, por su porte sumamente principesco y por cómo balanceaba los puños en el aire al andar. Pero su madre, la señora Permaneder, veía mucho más allá.

El futuro de su hija la preocupaba desde hacía años, pues Erika, en comparación con otras jóvenes en edad casadera, se encontraba en una situación de desventaja. La señora Permaneder no sólo no hacía vida social, sino que vivía enemistada con la sociedad. Su suposición de que, entre las mejores familias, se la consideraba inferior a causa de sus dos divorcios se había convertido en una especie de idea fija, y veía desprecio e inquina donde, probablemente, a menudo tan sólo había indiferencia. Era probable, por ejemplo, que el cónsul Hermann Hagenstróm, aquel caballero de mente liberal y sensata a quien la riqueza había vuelto si cabe más jovial y tolerante, la hubiera saludado por la calle de no ser porque se lo prohibía tajantemente la mirada de hielo que ella, echando la cabeza un poco hacia atrás, le lanzaba a la cara, a aquella «cara de paté de hígado de oca» que Tony, con una de aquellas expresiones tajantes que tanto le gustaban, afirmaba «odiara muerte». Así pues, Erika, quien, por supuesto, vivía alejada del círculo de amistades de su tío el senador, tampoco tenía demasiadas ocasiones para trabar conocimiento con algún caballero.

Sin embargo, y sobre todo desde que ella misma «había quemado sus naves», como solía decir, el más ardiente deseo de Madame Antonie era que su hija hiciese realidad las esperanzas que se habían visto frustradas en su propia vida y lograrse un matrimonio feliz y ventajoso que contribuyese al honor de la familia e hiciese olvidar a todos el triste destino de su madre... Su segunda dote, los diecisiete mil táleros que el señor Permaneder había devuelto con tan elegante presteza, estaban a entera disposición de Erika; y, así pues, en cuanto el sagaz instinto de Madame Antonie percibió el tierno vínculo que empezaba a fraguarse entre su hija y el director, ella empezó a

rogar a los cielos que el señor Weinschenk les hiciese la visita que dictaban las convenciones.

Así lo hizo. Se presentó en la primera planta, fue recibido por abuela, madre e hija, pasó diez minutos charlando con ellas y prometió volver otro día a la hora del café para acompañarlas durante otro rato.

También esto se cumplió, y de este modo se fueron conociendo mejor. El director era oriundo de Silesia, donde aún vivía su anciano padre; su familia, por otra parte, parecía no ser ninguna personalidad importante y Hugo Weinschenk era más bien lo que se conoce como un self made man. Mostraba la confianza en sí mismo característica de aquellos que no la tienen por nacimiento y con plena seguridad, y, por lo tanto, resultaba un poco forzada y vulnerable; sus formas no eran del todo impecables ni su conversación del todo natural y ágil. Además, en su levita de paseo, de corte un tanto pequeñoburgués, estaba un tanto desgastada; sus puños, con grandes gemelos de azabache, no terminaban de estar impolutos, y, por algún desafortunado accidente, tenía la uña del dedo corazón de la mano izquierda completamente atrofiada y negra como la pez, una visión harto desagradable, lo que, sin embargo, no impedía que Hugo Weinschenk fuese un hombre muy respetable, trabajador y de carácter enérgico, con unos ingresos anuales de doce mil marcos, y que a los ojos de Erika Grünlich, resultase incluso guapo.

La señora Permaneder enseguida hizo su composición de lugar y sus cálculos. Habló abiertamente al respecto con la consulesa y con el senador. Era evidente que los mutuos intereses coincidían y se complementaban. El director Weinschenk, al igual que Erika, carecía por completo de vínculos sociales; parecían hechos el uno para el otro y predestinados a estar juntos. Si el director, que rondaba la cuarentena y cuyos cabellos comenzaban a clarear, deseaba fundar un hogar acorde con su posición y sus circunstancias económicas, la unión con Erika Grünlich le abría la posibilidad de ingresar en una de las familias más importantes de la ciudad y parecía muy favorable para consolidar su posición y formentar su actividad profesional. Respecto al feliz futuro de Erika, la señora Permaneder podía estar segura de que al menos la suerte que había sufrido ella en sus dos matrimonios quedaba del todo descartada en este caso. La semejanza entre el señor Weinschenk y el señor Permaneder era nula, y de Bendix Grünlich se diferenciaba por su condición de funcionario con un buen salario fijo, lo que, además, no excluía la posibilidad de que hiciese carrera.

En una palabra: reinaba la buena voluntad por ambas partes, las visitas a tomar café del señor Weinschenk fueron cada vez más frecuentes y, en enero de 1867, con pocas palabras, concisas y masculinas, se tomó la libertad de pedir la mano de Erika Grünlich.

A partir de entonces se le consideró un miembro más de la familia, tomaba parte en las reuniones familiares de los jueves y los parientes de su novia le trataban con gran amabilidad. Sin duda, él no tardó en darse cuenta de que, entre ellos, estaba un poco «en corral ajeno», pero disimulaba este sentimiento forzando tanto más su pose segura y viril; por su parte, la consulesa, el tío Justus y el senador Buddenbrook, pero no las Buddenbrook de la Breite Strasse, estaban predispuestos a mostrar la más discreta tolerancia hacia aquel funcionario tan trabajador, aquel hombre hecho a sí mismo con duro esfuerzo, aunque sin experiencia en el trato social.

Y, en efecto, buena falta hacía, porque eran muchas las ocasiones en las que una frase diplomática tenía que salvar el tenso silencio que se hacía en la mesa del comedor familiar cuando el director, por ejemplo, se tomaba

demasiadas libertades con las mejillas y los brazos de Erika, cuando preguntaba si la confitura de naranjas era un postre dulce (y decía «dulse», con una pronunciación muy relajada), o cuando afirmaba muy convencido que Romeo y Julieta era una obra de Schiller..., cosas que hacía o decía con sumo desenfado y determinación, con el cuerpo medio retorcido en el respaldo de la silla y frotándose las manos en actitud despreocupada.

Con quien mejor se llevaba era con el senador, que era muy hábil a la hora de entablar con él conversaciones de política o de negocios y desarrollarlas sin que sucediese ningún percance. Sin embargo, su relación con Gerda Buddenbrook estaba abocada al fracaso más desesperante. La personalidad de aquella dama le desconcertaba hasta tal extremo que era absolutamente incapaz de encontrar temas de conversación que le durasen más de dos minutos. Como sabía que tocaba el violín, lo que le había causado una gran impresión, se limitaba a preguntarle cada jueves, en tono de broma: «¿Qué tal el violín?». A la tercera vez, la senadora ni siquiera se dignó contestarle.

Christian, por su parte, miraba a su nuevo pariente arrugando la nariz, para al día siguiente imitar sus maneras y su forma de hablar a la perfección. El segundo hijo del difunto cónsul Johann Buddenbrook había regresado de Oeynhausen curado de su reumatismo, si bien todavía conservaba cierta rigidez en las articulaciones, el perpetuo «tormento» de la pierna izquierda, aquel lado en que «todos sus nervios eran demasiado cortos», y, por supuesto, también el resto de trastornos que padecía desde siempre: dificultades para tragar y respirar, taquicardias y síntomas de parálisis (o, más bien, de temor a sufrirla). Por su aspecto, nadie hubiera dicho que sólo se encontraba a únales de la treintena. Ya estaba completamente calvo, sólo en la nuca y a los lados de la cabeza conservaba un poco de cabello, muy fino y rojizo, y sus ojillos redondos que nunca se quedaban fijos en ninguna parte se veían todavía más hundidos que antes. Eso sí, más que nunca y más descarnada que nunca sobresalía entre sus mejillas hundidas aquella imponente narizota ganchuda, por encima del espeso bigote rubio rojizo que casi le tapaba la boca... Y el pantalón, de resistente y elegante paño inglés, le bailaba alrededor de las piernas esqueléticas y torcidas.

Desde su regreso vivía, como en los viejos tiempos, en una de las habitaciones del pasillo de la primera planta de casa de su madre, aunque pasaba muchas más horas en el Club que en la

Mengstrasse, pues allí no le hacían la vida nada agradable. Riekchen Severin, la sucesora de Ida Jungmann que ahora gobernaba la casa y tenía el mando sobre el resto del personal de servicio de la consulesa, una mujer del campo de veintisiete años, de baja estatura, gruesas mejillas coloradas y labios resecos, y con la mentalidad práctica y prosaica propia de los campesinos, no había tardado en concluir que no había que tomar demasiado en serio a aquel cuentista sin oficio ni beneficio que lo mismo se comportaba como un adolescente que como un alma en pena, y sencillamente ignoraba cuanto él le pedía.

—Mu' bien, señor Buddenbrook —le decía—, pero es que ahora no le pu'o atender —con lo cual él se quedaba mirándola con la nariz arrugada, como si quisiera replicar: «¿Es que no te da vergüenza?»—, y se apartaba de su camino con sus rígidos y maltrechos andares.

—Jú te crees que la mayoría de las veces no dispongo ni de una vela? —le decía a Tony—. ¡Ni eso! Por lo general, tengo que irme a la cama con una cerilla...

O también, dado que el dinero de bolsillo que aún podía concederle su madre era bastante escaso, le contaba:

—¡Malos tiempos! ¡Ay, antes era todo muy distinto! ¿Tú te imaginas? ¡Cuántas veces tengo ahora que pedir prestados cinco chelines para comprar polvos dentífricos!

—¡Pero Christian! —exclamaba la señora Permaneder—. ¡Qué poco digno! ¡Con una cerilla! ¡Cinco chelines! ¡Al menos no nos lo cuentes! —Estaba indignada, consternada; ofendida en sus más sagrados sentimientos; ahora bien, eso no cambiaba nada.

Los cinco chelines para polvos dentífricos solía pedirlos prestados Christian a su viejo amigo Andreas Gieseke, doctor en ambos Derechos. Esa amistad era una verdadera suerte para él y le honraba enormemente, pues el abogado Gieseke, aquel suitier que, pese a serlo, lograba mantener su dignidad, había sido elegido senador el invierno anterior, después de la dulce muerte del anciano Kaspar Oeverdick y de que el doctor Langhals ocupara el lugar de éste en la alcaldía. La manera de vivir del doctor Gieseke no había sido obstáculo para ello. Todo el mundo sabía que no sólo tenía una gran mansión en pleno centro de la ciudad desde su matrimonio con una de las hijas de los Huneus, sino que también era suya cierta pequeña villa con un exterior lleno de plantas y un interior muy bien amueblado en la localidad de Sankt Gertrud, en las afueras, donde residía, sola, una bellísima señorita de orígenes desconocidos. Sobre el umbral de la puerta lucía en encantadoras letras doradas el nombre de Quisiana, y así se conocía aquella apacible casita en toda la ciudad (y lo pronunciaban con una ese muy relajada y una vocal final muy turbia). Christian Buddenbrook, eso sí, había sido presentado en Quisiana en calidad de amigo íntimo del senador Gieseke, y había alcanzado allí el mismo éxito que tuviera en Hamburgo con Aline Puvogel y en similares coyunturas en Londres, Valparaíso y otros muchos lugares del mundo. Había «contado algunas historias», había sido «un poco simpático» y ahora visitaba la casa con la misma frecuencia que el propio senador Gieseke. Nunca se llegó a saber si lo hacía con el conocimiento y la aprobación de éste, pero lo que estaba claro era que, en Quisiana, Christian Buddenbrook gozaba gratis de las mismas amables atenciones que el senador Gieseke debía costear con los buenos dineros de su esposa.

Al poco tiempo del compromiso de Hugo Weinschenk con Erika Grünlich, el director propuso a su futuro cuñado que ingresase en su aseguradora y, en efecto, Christian Buddenbrook trabajó allí durante dos semanas. Por desgracia, enseguida resultó que no sólo el tormento de la pierna izquierda sino también el resto de males de origen indeterminado que padecía se veían agudizados por aquella tarea; por otra parte, el director, que era un jefe de lo más autoritario, por algún disparate cometido por su cuñado no había tenido reparo en llamarle «animal»... En resumidas cuentas, Christian se había visto obligado a abandonar el empleo.

En lo que respecta a Madame Permaneder, hay que decir que se sentía feliz, y su excelente humor se manifestaba en pequeños detalles, como, por ejemplo, en la frase: «La vida terrenal también tiene algún lado bueno de vez en cuando». En verdad floreció de nuevo durante aquellas semanas, cuyo vivificante ajetreo, múltiples planes, preocupación por encontrar casa y auténtica fiebre por confeccionar un ajuar digno le recordaban la época de su primer compromiso con demasiada claridad como para no sentirse rejuvenecida e infinitamente esperanzada. Gran parte de la graciosa insolencia de sus días de jovencita regresó a la expresión de su rostro y a sus movimientos; es más, su desenfadado entusiasmo logró echar por tierra el

espíritu de piadoso recogimiento de una de las «veladas de Jerusalén», hasta el punto de que incluso Lea Gerhardt dejó caer el libro de su antepasado y lanzó una mirada al salón con los mismos ojos grandes, ignorantes y desconfiados con que miran las palomas...

Erika, aun casada, no habría de separarse de su madre. Con el consentimiento del director, es más, por su expreso deseo, se decidió que Madame Antonie viviría, al menos de momento, con los Weinschenk, para ayudar a llevar la casa a la inexperta Erika... Y era precisamente eso lo que despertaba en ella la feliz sensación de que jamás había existido ningún Bendix Grünlich, ningún Alois Permaneder; la sensación de que todos los fracasos, decepciones y sufrimientos de su propia vida se desvanecían por completo, de que también ella podía empezar de nuevo desde el principio con renovadas esperanzas. Cierto es que decía a Erika que tenía que dar gracias a Dios por haberle concedido casarse con el único hombre al que amaba, mientras que a ella, su madre, las obligaciones familiares y el sentido común la habían hecho renunciar a su primer y sincero amor; cierto es que fue el nombre de Erika el que escribió junto al del director en el cuaderno de la familia, con pulso tembloroso de tan dichosa como se sentía... Sin embargo, era ella, ella misma, Tony Buddenbrook, la que en realidad se casaba. Era ella la que, con mano experta, de nuevo examinaba cortinajes y alfombras, la que de nuevo hojeaba revistas de muebles y decoración, la que de nuevo tenía ocasión de elegir y alquilar una casa distinguida. Era ella la que de nuevo habría de salir de la amplia mansión paterna, impregnada de aquel ambiente pío, para dejar de ser una mujer divorciada; la que tenía una nueva oportunidad para levantar la cabeza y comenzar una nueva vida, la vida adecuada para despertar la estima general y contribuir al prestigio de la familia... Ay, sí, ¿acaso era un sueño? En primer plano aparecieron unos camisones... Dos camisones, uno para ella y otro para Erika, de una tela adamascada muy suave, con majestuosas colas y apretadas hileras de lacitos de terciopelo idel cuello a los pies!...

Pasaron las semanas, y la etapa de noviazgo de Erika tocaba a su fin. La joven pareja había ido a visitar a algunas familias muy escogidas, pues el director, al ser un hombre tan serio y trabajador y con tan poca experiencia en asuntos de trato social, prefería pasar sus horas libres en la intimidad del hogar... Una cena de compromiso reunió a Thomas, Gerda, la pareja de novios, Friederike, Henriette y Pfiffi Buddenbrook con los amigos más íntimos del senador en el gran salón de la casa nueva de la Fischergrube, cena en la que, nuevamente, más de una ceja se levantó al ver que el director no paraba de dar golpecitos en el escotado cuello de Erika... Y llegó el día de la boda.

El escenario del enlace, al igual que antaño, cuando la señora Grünlich llevó el ramo de mirto, fue la sala de columnas de la Mengstrasse. La señora Stuht de la Glockengiesserstrasse, la que frecuentaba las clases altas, acudió a ayudar a vestir a la novia y a prenderle las florecillas en la falda del traje de satén blanco; el senador Buddenbrook fue el primer padrino y el senador Gieseke, el amigo de Christian, el segundo; dos amigas de Erika del pensionado hicieron de damas de honor; el director Weinschenk ofrecía un aspecto muy respetable y viril y tan sólo pisó el ondulante velo de Erika una vez, cuando avanzaba hacia el altar que habían instalado en la casa para la ocasión; el reverendo Pringsheim, con las manos juntas y pegadas a la barbilla, ofició la ceremonia con toda la entusiasmada solemnidad que lo caracterizaba, y todo transcurrió como mandan los cánones. En el instante de intercambiar los anillos y de pronunciar los respectivos «síes» —grave el

uno, agudo el otro, un tanto apagados ambos—, la señora Permaneder, desbordada por el pasado, el presente y el futuro, rompió en sonoros sollozos (seguía teniendo un llanto infantil, libre de todo pudor y disimulo), mientras que las Buddenbrook —de las que Pfiffi se había puesto una cadena de oro en los quevedos— se sonrieron con gesto avinagrado como solían hacer en ocasiones semejantes... Por su parte, la señorita Weichbrodt, Therese Weichbrodt, que había menguado y aún era más diminuta que antes, Sesemi, siempre con el broche ovalado con el retrato de su madre al cuello, con esa firmeza exagerada que denota una profunda y sincera emoción, dijo: —¡Sé moy felez, me buona neña!

Después, rodeados por las estatuas blancas pintadas que seguían imperturbables sobre el fondo azul cielo de las paredes, siguió un banquete tan solemne como copioso, al final del cual los recién casados se despidieron para emprender un viaje por algunas grandes ciudades...

Eso fue a mediados de abril y, durante las dos semanas siguientes, la señora Permaneder, secundada por el maestro tapicero Jacobs, llevó a cabo una de sus obras maestras: la decoración bien distinguida de la espaciosa primera planta de una casa que habían alquilado en la Mittlere Bäckergrube, cuyas estancias, lujosamente decoradas con flores, habrían de recibir al matrimonio a su regreso.

Y comenzó el «tercer matrimonio» de Tony Buddenbrook. Sí, era un término acertado; el propio senador Buddenbrook lo utilizó un jueves que no estaban los Weinschenk, y pareció complacer bastante a los oídos de la señora Permaneder. De hecho, asumía todas las tareas relacionadas con la casa, aunque también el placer y el orgullo de verlas bien realizadas, y un día en que

casualmente se cruzó por la calle con la consulesa Julchen Móllendorff, de soltera Hagenstróm, la miró a la cara con tal expresión triunfal y exultante que la señora Móllendorff entendió que era ella quien debía saludar primero... El orgullo y la dicha de su rostro y su forma de comportarse se volvían auténticamente solemnes cuando venían los parientes y les enseñaba la nueva casa, mientras que la propia Erika Weinschenk parecía una sorprendida invitada más.

Arrastrando la cola del camión, con los hombros un poco levantados, la cabeza hacia atrás y un cestillo para guardar las llaves al brazo (un cestillo adornado con lacitos de satén... ¡ay, le encantaba el satén!), Madame Antonie enseñaba a las visitas los muebles, los cortinajes de separación entre las habitaciones, la porcelana casi transparente, la plata reluciente, los grandes cuadros al óleo que había adquirido el director (todo bodegones de cosas comestibles y desnudos femeninos, tales eran los gustos de Hugo Weinschenk), y sus gestos parecían querer decir: «Mirad, esto es lo que he vuelto a conseguir en la vida. Es casi tan distinguido como la casa de Grünlich y, sin duda, mucho más distinguido que la de Permaneder».

Fue de visita la anciana consulesa, con un vestido de seda a rayas grises y negras y emanando un discreto perfume de pachulí; posó sus claros ojos en todo y, sin excesivas alharacas, dio muestra de satisfacción y reconocimiento. Fue el senador con su mujer y su hijo, y, con cierta mofa, comentó con Gerda el exultante orgullo de que hacía gala Tony, y a duras penas pudo impedir que ésta atiborrara a su adorado sobrinito Hanno de pan de pasas y vino de oporto. Fueron las Buddenbrook de la Breite Strasse, que reconocieron unánimemente que todo era muy bonito pero que a ellas, unas señoritas humildes, no les gustaría nada vivir allí... Fue la pobre Clotilde, gris, paciente y escuálida cómo siempre, dejó que se burlasen de ella y se tomó

cuatro tazas de café antes de alabarlo todo como siempre, con su característica manera de estirar las sílabas...

Alguna que otra vez, cuando no encontraba a nadie en el Club, también iba Christian, se tomaba una copa de coñac, contaba que tenía intención de hacerse cargo de una agencia que representaba a una empresa de champán y coñac (él era un entendido en el asunto, y además era un trabajo fácil y agradable, puesto que era mucho mejor ser su propio jefe, tomarse unas cuantas notas aquí y allá y ganar treinta táleros en un abrir y cerrar de ojos), pedía prestados cuarenta chelines a la señora Permaneder para poder comprarle un ramo de flores a la primera actriz sentimental del Stadttheater, volvía a contar aquella historia de «María y el vicio» de Londres, quién sabe a raíz de qué, volvía a contar la historia del perro sarnoso al que enviaron en una caja de Valparaíso a San Francisco y, ya que había tomado carrerilla, seguía contando historias con tal desparpajo, energía y comicidad que habría podido captar la atención de un teatro entero.

Se entusiasmaba y se ponía a hablar en diferentes idiomas. Arrancaba en inglés, o en español, o en Plattdeutsch o en el dialecto de Hamburgo, contaba historias de forajidos chilenos o de ladrones de Whitechapel, no perdía ocasión de recurrir a su repertorio de cuplés y, con una mímica sin parangón y un pintoresco talento para moverse, cantaba o recitaba cosas como:

Iba yo más compuesto que nada bajando por la explanada, y me encuentro a una moza estupenda así, de pronto..., frente al menda.

Y despierta mi interés su traserito... como francés, y la cara tampoco está mal. Entonces voy yo y le digo: «¡Hola, preciosa! Hola, ¿qué tal? ¿Se viene del brazo conmigo?». Y ella se vuelve sin sonrojo y así, de paso, me echa un buen ojo: «¡Uy, encantada! ¡Pa' casa, amigo!».

Y apenas había terminado con esto, pasaba a hablar del Circo Renz y a representar el número completo de un payaso inglés con tal viveza y talento que uno se creía realmente bajo la carpa. Casi parecía que estaba oyendo los gritos de detrás de la cortina, el «¡Ábrame la puerta!», la pelea con el jefe de los establos y el personaje principal de aquella historia... Y, después, otras tantas historias más en una mezcla de inglés y alemán tan imposible como hilarante. Por ejemplo, la historia de un hombre que, dormido, se tragaba un ratón e iba al médico, que le recomendaba que se tragase un gato...; la historia de una supuesta abuela («mi abuela, una mujer lozana como pocas...») a la que, de camino a la estación de tren, le sucedían mil peripecias y que, al final, con lozanía o sin ella, terminaba perdiendo el tren... Y, como colofón, Christian exclamaba un triunfal «¡Música, maestro!», y luego se asombraba muchísimo, como si despertara de un sueño, de que no comenzase a sonar la música de verdad.

Y luego, de repente, enmudecía, su rostro mudaba por completo, se quedaba como una marioneta desmadejada. Sus ojillos redondos y hundidos comenzaban a mirar a todas partes sin quedarse fijos en ninguna, se pasaba la mano por la pierna izquierda, parecía escuchar lo que sucedía en su propio interior, que, sin duda, era algo muy extraño... Se tomaba otra copa de licor, lograba animarse un poco, intentaba contar una historia más y, bastante deprimido, se despedía.

La señora Permaneder, que por aquel entonces se reía por todo y ciertamente se había divertido mucho, acompañaba a su hermano hasta la escalera de un humor excelente.

—Adieu, señor agente —le decía—. ¡Trovador! ¡Rompecorazones! ¡Viejo charlatán! ¡Vuelve pronto! —Y se la oía reír a carcajadas mientras su hermano se marchaba y ella entraba de nuevo en casa.

Pero Christian Buddenbrook ya no se enteraba de eso; ni lo oía, estaba sumido en sus pensamientos. «Bueno —pensaba—, voy a pasarme por Quisiana.» Y, con el sombrero un poco torcido, apoyándose en el bastón del busto de monja, despacio, con movimientos rígidos y cojeando un poco, bajaba las escaleras.

CAPÍTULO II

Corría la primavera del año 1868 cuando, una noche, hacia las diez, la señora Permaneder se presentó en la primera planta de la casa de la Fischergrube. El senador Buddenbrook estaba solo en la sala de estar, decorada con muebles tapizados en reps verde aceituna, sentado en la mesa redonda que había en el centro, bajo una gran lámpara de gas colgada del techo. Tenía desplegado ante sí el Berliner Börsezeitung y leía ligeramente inclinado sobre la mesa, con el cigarrillo entre el índice y el corazón de la mano izquierda y unos quevedos dorados en la nariz, pues desde hacía un tiempo los necesitaba para trabajar. Oyó los pasos de su hermana que llegaba atravesando el comedor, se quitó los lentes y miró hacia la oscuridad con gesto intrigado, hasta que apareció su hermana entre los cortinajes y llegó a la zona iluminada.

—Ah, eres tú. Buenas noches. ¿Ya has vuelto de Póppenrade? ¿Cómo están tus amigos?

—Buenas noches, Tom. Gracias, Armgard está bien... ¡Qué solo estás aquí!

—Ya ves, tu visita me alegra la noche. He tenido que cenar más solo que el Papa, porque Mamsell Jungmann no se puede considerar compañía, se levanta y sale corriendo a cada momento para ir a atender a Hanno... Gerda está en el Casino. Daba un concierto de violín Tamayo. Christian pasó a recogerla. —¡Cielo santo!, como dice mamá. Me he dado cuenta de que últimamente, Tom, Gerda y Christian se llevan muy bien.

—Yo también. Desde que Christian está aquí para quedarse, a Gerda parece gustarle su compañía. Le escucha con mucha atención cuando él le cuenta sus penas... En fin, parece que le divierte. Hace poco me dijo: «Es que no es un burgués, Thomas. Es todavía menos burgués que tú».

—¿Que eres poco burgués? ¿Eso dijo, Tom? ¡Ay, por Dios! Pues a mí me parece que no hay mejor ciudadano burgués que tú... —Bueno, bueno..., no lo decía en ese sentido. Pero ponte cómoda, querida. Tienes un aspecto espléndido. Se ve que el aire del campo te ha sentado bien...

—¡De maravilla! —dijo Tony quitándose la mantilla y la capota con cintas de seda de color lila y sentándose en majestuosa pose en una de las butacas junto a la mesa—. Los problemas de estómago, el insomnio, todo ha mejorado en estos pocos días. Con la leche de vaca recién ordeñada, los embutidos y el jamón de allí, uno engorda como el ganado y el trigo. Y esa miel fresca, Tom... Siempre he dicho que era uno de los mejores alimentos. Porque es un producto enteramente natural, y, claro, así sabe una lo que come. Ay, sí, en verdad ha sido un detalle encantador por parte de Armgard

acordarse de su vieja amiga del pensionado e invitarme. Y el señor Von Mailboom también se ha mostrado muy, muy amable y atento... No paraban de rogarme que me quedase unas cuantas semanas, pero ya sabes que Erika se arregla muy mal sin mí, sobre todo ahora, desde que está en el mundo la pequeña Elisabeth.

—Por cierto, ¿cómo está la niña?

—Bien, gracias, Tom, todo va bien; gracias a Dios goza de muy buena salud para sus cuatro meses, por más que Friederike, Henriette y Pfiffi dijeran que no saldría adelante...

—¿Y Weinschenk? ¿Cómo le ha sentado la paternidad? En realidad, sólo le veo los jueves...

—Bueno, no ha cambiado nada. Ya lo ves, es un hombre tan trabajador y tan serio..., y en cierto modo es un marido modélico, porque aborrece las tabernas, viene de la oficina directo a casa y pasa su tiempo libre con nosotras. Sin embargo, Tom, el caso es que... Mira, entre nosotros podemos hablar abiertamente... Quiere que Erika esté siempre alegre, que esté siempre conversando y haciendo bromas, porque cuando llega a casa cansado de trabajar y de mal humor quiere que su mujer le entretenga y le anime con algo divertido..., porque, según dice él, es ella la que hace algo de vida social...

—¡Qué tonto! —farfulló el senador.

—¿Cómo dices? Pero, claro, lo malo es que Erika tiene cierta tendencia a la melancolía, Tom, debe de haberla heredado de mí. De cuando en cuando, está triste y callada y sumida en sus pensamientos, y entonces él se enfada con ella y se pone furioso y le grita unas cosas que, a decir verdad, no siempre son precisamente delicadas. Y es que cada vez resulta más evidente que no es un hombre de buena familia y que, por desgracia, carece de lo que llamamos una educación distinguida. Pues sí, te lo diré abiertamente: unos días antes de marcharme yo a Póppenrade hizo añicos contra el suelo la tapa de la sopera porque la sopa estaba salada...

—¡Por el amor de Dios!

—No, no, al contrario. No vamos a juzgarle por eso. Dios sabe que todos nosotros tenemos defectos, y un hombre tan trabajador, tan recto y tan serio... Válgame el cielo, no, Tom. Ser una persona de trato difícil, si se tiene buen corazón, no es lo peor en esta vida. Te confieso que vengo de ver una situación mil veces más triste. Armgard, cuando se quedaba a solas conmigo, lloraba amargamente...

—Pero, ¡qué me dices! ¿El señor Von Mailboom...? —Sí, Tom, y ahí es adonde quería llegar. Nosotros estamos aquí charlando tan a gusto, pero esta noche, en realidad, he venido por un asunto muy serio y muy importante.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que sucede con el señor Von Mailboom?

—Ralf von Mailboom es un hombre encantador, Thomas, pero es un cabeza loca, un desastre. Juega en Rostock, juega en Warnemünde y tiene más deudas que arena hay en el mar. Parece increíble si uno sólo pasa unas pocas semanas en Póppenrade: su casa es muy distinguida, todos los campos que la rodean están crecidos y en todo su esplendor, y no faltan leche, embutidos y jamón. En una hacienda así, a veces se pierde el sentido de la realidad... En resumen: resulta que, después de todo, están en la ruina más absoluta, Tom, según me confesó Armgard con unos sollozos que partían el corazón.

—Qué triste..., qué triste.

—Ya te avisé. Pero ahí no termina la cosa, porque, como averigüé más tarde, resulta que tampoco me habían invitado de una forma del todo desinteresada.

—¿Cómo es eso?

—Pues te lo voy a decir, Tom. El señor Von Mailboom necesita dinero, necesita una suma considerable de inmediato, y como sabía de la vieja amistad que nos une a su esposa y a mí, y sabía que soy hermana tuya, la necesidad le obligó a escudarse en su mujer, que a su vez se escuda en mí para... Bueno, ya me entiendes, ¿no?

El senador se pasó las puntas de los dedos de la mano derecha por la raya del pelo y torció un poco el gesto.

—Creo que sí —dijo—. Me parece que el asunto serio e importante que venías a contarme se traduce en un adelanto por esa cosecha de Póppenrade, ¿me equivoco? Pero también me parece que tus amigos y tú no habéis acudido a la persona más adecuada. En primer lugar, jamás he hecho negocio alguno con el señor Von Mailboom, y, desde luego, ésta sería una forma bien peculiar de iniciar uno. En segundo lugar, si el bisabuelo, el abuelo, nuestro padre o yo mismo hemos concedido alguna vez algún adelanto, tanto aquí en la ciudad como en algún lugar del campo, sólo ha sido a personas que, por su carácter o sus circunstancias, también nos garantizaban cierta seguridad... Y según tú misma has retratado al señor Von Mailboom hace dos minutos, no veo que se pueda hablar de seguridad ni de nada que se le parezca...

—Te equivocas, Tom. Te he dejado acabar de hablar, pero te equivocas. No puede tratarse de un adelanto. Mailboom necesita treinta y cinco mil marcos en efectivo...

—¡Por el amor de Dios!

—Treinta y cinco mil marcos que debe pagar en un plazo de (los semanas. Está con el agua al cuello y, dicho a las claras, está obligado a vender de inmediato, ya mismo.

—¿Vender toda la cosecha por adelantado? ¡Pobre hombre! —Y el senador, que jugueteaba con los quevedos sobre el mantel, meneó la cabeza—. Pero sería un asunto del todo inusual para nosotros —dijo—. He oído hablar de negocios semejantes, sobre todo en Hessen, donde una parte más que considerable de los terratenientes está en manos de judíos... ¡Quién sabe en la red de qué usureros va a caer el pobre señor Von Mailboom!

—Judíos? ¿Usureros? —exclamó la señora Permaneder con gran asombro—. ¡Pero si estamos hablando de ti, Tom, de ti!

De repente, Thomas Buddenbrook lanzó los quevedos a la mesa de manera que se deslizaron a lo largo del periódico y volvió hacia su hermana el tronco entero.

—¿De mí? —articularon sus labios sin que se oyera sonido alguno; y luego añadió en voz alta—: Vete a la cama, Tony. Estás que no ves de cansancio.

—Sí, Tom, eso es lo que nos decía Ida Jungmann de pequeños, cuando empezábamos a alborotarnos. Pero te aseguro que nunca he estado más despierta y más lúcida que ahora que vengo en plena noche para hacerte esta propuesta de Armgard..., bueno, indirectamente, de Ralf von Mailboom.

—En fin, he de considerar que tal propuesta es fruto de tu ingenuidad y de la desesperación del señor Von Mailboom. —¿Desesperación? ¿Ingenuidad? No te entiendo, Thomas. Por desgracia, no veo lo que quieres decir. Se te ofrece la oportunidad de hacer una buena obra y, al mismo tiempo, el mejor negocio de tu vida...

—¡Déjalo, querida, no dices más que disparates! —exclamó el senador y se reclinó en el asiento en actitud impaciente—. Me vas a disculpar, pero es que tu inocencia es capaz de sacar de quicio a cualquiera... ¿Cómo no entiendes que me estás incitando a hacer algo harto deshonesto, a la más sucia y brutal manipulación? ¿Pretendes que pesque en aguas turbias? ¿Que me aproveche vilmente de un hombre? ¿Que aproveche la situación de necesidad de ese terrateniente para engañarle cuando no puede defenderse? ¿Que le obligue a venderme la cosecha de un año entero a mitad de precio para que yo pueda sacar unos beneficios dignos de un usurero?

—Ah, así es como lo interpretas... —dijo la señora Permaneder intimidada y pensativa. Y, de nuevo en tono animado, prosiguió—: Pero no hay por qué, Tom, no hay por qué tomarlo de esa manera. ¿Obligarle? ¡Pero si es él quien acude a ti! Necesita ese dinero y quiere solucionar el problema recurriendo a la amistad; entre íntimos, sin que nadie se entere. Por eso buscó el contacto con nosotros y me invitaron a su casa.

—Mira, en pocas palabras, está muy engañado sobre el carácter de mi empresa. No hemos hecho un negocio semejante en cien años, y no tengo ninguna intención de retomar ese tipo de maniobras.

—Claro, claro, tú eres fiel a ciertas tradiciones, Tom, y todo el mundo lo ve con respeto. Por supuesto que tampoco nuestro padre se habría prestado a nada parecido, ¡válgame Dios! ¿Quién habría pensado eso de él? Pero, mira, por muy tonta que sea, sé muy bien que tú eres muy diferente de nuestro padre, y que, cuando te hiciste cargo de sus negocios, les insuflaste aire fresco y un talante muy diferente, y que también has hecho algunas cosas que él no habría hecho nunca. Para eso eres joven y emprendes nuevos proyectos. Pero me temo que, últimamente, te estás dejando intimidar por algún que otro golpe... Y si ya no trabajas con tanto éxito como antes, se debe a que, por pura precaución y puro temor a no hacer las cosas con el suficiente rigor, dejas pasar la oportunidad de cerrar grandes negocios.

—¡Haz el favor, niña! ¡No me irrites más! —dijo el senador con dureza, revolviéndose en el asiento—. ¡Hablemos de otra cosa! —Sí, ya veo que estás bastante irritado, es evidente. Lo estabas desde el principio, y justo por eso he seguido hablando, para demostrarte que te sientes ofendido, y sin motivo. Claro que, si me pregunto por qué estás irritado, la única razón que encuentro es que, en el fondo, tampoco descartas del todo entrar en ese negocio. Porque yo seré una mujer muy tonta, pero sé por mi propia experiencia y por la de otras personas que, en esta vida, uno sólo se irrita y se enfada ante una propuesta cuando no está seguro de poder resistirse a ella, cuando no confía del todo en sí mismo y se siente muy tentado a aceptar.

—¡Mira qué aguda! —dijo el senador, mordió el filtro del cigarrillo y guardó silencio.

—¿Aguda? Claro que no, es la experiencia más sencilla que me ha enseñado la vida. Pero, bueno, dejémoslo estar, Tom. Tampoco quiero insistirte más. ¿Acaso podría convencerte para que hicieras algo así? No, me falta conocimiento, argumentos. Sólo soy una tonta... Es una lástima. En fin, da lo mismo. Me había parecido muy interesante de todas maneras. Por un lado estaba consternada y apenada por los Von Mailboom, por el otro, me alegraba por ti. Pensé: Tom lleva algún tiempo un poco desanimado. Antes se lamentaba y ahora incluso ha dejado de lamentarse... Ha perdido dinero en esto y en aquello, corren malos tiempos..., justo ahora que mi situación, en cambio, ha vuelto a mejorar por la bondad de Dios y que vuelvo a

sentirme feliz. Así que me dije: aquí hay una oportunidad para él, un buen golpe, una buena pesca. Así podrá borrar ciertas manchas del pasado y demostrar a la gente que, hasta el día de hoy, la Casa Johann Buddenbrook no está del todo dejada de la mano de Dios. Y si hubieras dicho que sí me habría sentido muy orgullosa de haber sido yo la intermediaria en el asunto, porque ya sabes que siempre ha sido mi sueño y mi anhelo prestar mis servicios a nuestro apellido... En fin, ya lo dejo... No se hable más de este tema... Pero lo que me fastidia es pensar que, de todas formas y a pesar de todo, el señor Von Mailboom va a vender toda la cosecha por anticipado porque no le queda otro remedio, Tom, y, como venga a tantear el terreno aquí a nuestra ciudad, sí que va a encontrar compradores... Un comprador sí encontrará..., y será Hermann Hagenström, ya lo verás, ese filou...

—Ay, sí, dudo mucho que él rechazase una propuesta como ésa... —dijo el senador amargado.

Y la señora Permaneder le respondió tres veces seguidas: —¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Lo ves?

De pronto, Thomas Buddenbrook empezó a menear la cabeza y a reírse con cierta rabia soterrada.

—Si es que es una ingenuidad... Estamos hablando con una seriedad tremenda..., por lo menos tú..., de un asunto que está totalmente en el aire, de una mera conjetura... Que yo sepa, ni siquiera he llegado a preguntarte qué es lo que vende el señor Von Mailboom... Ni siquiera conozco Pöppenrade.

—Ay, claro, deberías haber ido alguna vez —se apresuró a decir Tony—. De aquí a Rostock no hay nada y, una vez allí, está a un tiro de piedra, como quien dice... ¿Qué es lo que vende? Bueno, el señor Von Mailboom tiene una hacienda enorme. Sé positivamente que le da más de mil sacas de trigo... Pero no tengo más datos. ¿Tiene también centeno, avena y cebada? ¿Quinientos sacos de cada cosa? ¿Más? ¿Menos? No lo sé. Todo está crecido que es una maravilla verlo, eso sí que te lo puedo asegurar. Pero no puedo darte cifras, Tom, yo sólo soy una tonta. Es evidente que deberías ir tú...

Se hizo un silencio.

—Mira, no vale la pena ni dedicarle dos palabras —dijo el senador en tono seco y firme; cogió sus quevedos, los metió en el bolsillo del chaleco, se abrochó la levita, se puso de pie y empezó a dar zancadas de un lado a otro del salón con unos movimientos tan rápidos, enérgicos y exentos de tensión que quedaba claramente descartado que estuviese dando más vueltas al asunto.

Luego se detuvo junto a la mesa y, tras inclinarse un poco hacia su hermana y dar un suave golpe sobre el tablero con la punta del dedo índice curvado como un gancho, le dijo:

—Te contaré una historia, mi querida Tony, para que veas lo que pienso de todo esto. Conozco tu debilidad por la nobleza en general y por la nobleza de Mecklemburgo en particular, y por eso te pido que tengas paciencia si ves que uno de esos caballeros recibe una lección... En fin, ya sabes que, entre ellos, hay quienes no profesan demasiado respeto a los comerciantes a pesar de lo mucho que necesitan sus servicios; que hay quienes, a la hora de realizar tratos comerciales, marcan demasiado las distancias aferrándose a la superioridad, que hasta cierto punto se ha de reconocer, de quienes producen los bienes frente a los intermediarios y, en resumidas cuentas, no ven a los comerciantes con ojos muy distintos a como ven a los judíos que van por las casas y a los que les dan la ropa usada con la conciencia de que luego van a hacer negocio a su costa. Yo puedo jactarme, en general, de no

haber causado jamás esa impresión de oportunista de categoría inferior a los señores, y te aseguro que me he topado con algunos que eran mucho más duros negociantes que yo. Y a uno en concreto tuve que gastarle una pequeña broma una vez para que viese que tampoco yo carecía de autoridad y así acercarme un poco a él en términos sociales. Era el señor Von Gross—Poggendorf, de quien seguro habrás oído hablar, y con quien en otros tiempos hice múltiples negocios: el conde de Strelitz, un auténtico señor feudal que se ponía un cristal cuadrado en el ojo (vamos, . sigo sin explicarme cómo no se cortaba...), con botas altas de caña vuelta y una fusta con mango de oro. Tenía la costumbre de mirarme desde arriba, como si se hallase a una altura inaccesible, con la boca medio abierta y los ojos medio cerrados. Mi primera visita era muy importante para él. Tras haber hecho un primer intercambio de impresiones por carta, viajé hasta su casa; fui anunciado por un criado y pasé a su despacho. El conde de Strelitz estaba sentado en su escritorio. Responde a mi reverencia haciendo ademán de levantarse del sillón, escribe la última frase de una carta, se vuelve hacia mí pero sin dignarse mirarme, y comienza a hablar y a establecer condiciones sobre el trato que teníamos pendiente. Yo me apoyo en la mesita que hay junto al sofá, cruzo los brazos y las piernas y me divierto oyéndole. Conversamos durante cinco minutos, yo de pie. A los cinco minutos, me siento sobre la mesa dejando una pierna colgando, y empiezo a balancearla en el aire. Nuestras negociaciones siguen su curso y, al cuarto de hora, va y me dice haciendo un gesto con la mano como si me perdonase la vida: «Por cierto, ¿no quiere usted tomar asiento?». Y yo le respondo: «¿Cómo? ¡Oh, no, no se preocupe, ya llevo rato sentado».

—¿Eso le dijiste? ¿De verdad se lo dijiste? —exclamó la señora Permaneder entusiasmada... Por un momento, pareció que hubiera olvidado todo lo anterior y sólo viviera para aquella anécdota—. ¡Ya llevabas rato sentado! ¡Es que es buenísimo!

—Como lo oyes, y te aseguro que, desde aquel momento, el conde cambió su actitud hacia mí radicalmente, me tendía la mano, me ofrecía asiento en cuanto llegaba a verle... y, en consecuencia, ahora casi se diría que tenemos cierta amistad. ¿Y por qué te cuento esto? Para preguntarte lo siguiente: ¿tú crees que tendría corazón, que tendría derecho y que podría sentir esa seguridad interior para darle una lección semejante al señor Von Mailboom si, al ir a negociar un precio estimado por su cosecha, se olvidara de ofrecerme una silla?

La señora Permaneder no respondió.

—Bueno —dijo luego, levantándose—. Será que tienes razón, Tom, y como te dije antes, tampoco quiero insistirte más. Tú sabras lo que haces y lo que dejas de hacer, así que ¡punctum! Con tal de que creas que te lo he propuesto con mi mejor intención, a mí me basta. Buenas noches, Tom... Ay, no, espera. Antes voy a darle un beso a tu pequeño Hanno y a saludar a nuestra buena Ida... Voy a pasar un momentito...

Y entonces se marchó.

CAPÍTULO III

Subió la escalera hasta la segunda planta, dejó la galería a mano derecha, caminó siguiendo la balaustrada blanca y dorada, prolongación de la escalera, y atravesó una antesala donde había una puerta abierta que daba al pasillo, donde la segunda puerta a la izquierda conducía al vestidor del senador. Luego, con sumo cuidado, accionó el picaporte de la puerta que quedaba enfrente y entró.

Era una habitación muy espaciosa, con cortinas de grandes flores y mucho vuelo en las ventanas. Las paredes se veían un tanto desnudas. Aparte de un grabado muy grande con marco negro colgado sobre la cama de Mamsell Jungmann y que representaba a Giacomo Meyerbeer rodeado de los personajes de sus óperas más famosas, no había más que unas cuantas ilustraciones en color de niños de cabello amarillo y vestiditos rojos sacadas de revistas inglesas y prendidas con alfileres al tapizado de la pared, de color claro. Ida Jungmann estaba sentada en el centro de la habitación, en una mesa extensible, zurciendo calcetinitos de Hanno. La fiel prusiana había alcanzado la cincuentena, y aunque su cabello, siempre peinado con raya en medio y liso, había comenzado a encanecer muy pronto, todavía no se le había puesto blanco del todo, sino que conservaba la misma mezcla de colores de antes; su figura huesuda y fuerte seguía tan erguida y sus ojos castaños tan brillantes, transparentes e incansables como veinte años atrás.

—Buenas noches, Ida, mi buena amiga —dijo la señora Permaneder con voz queda pero alegre, pues la anécdota que le había contado su hermano la había puesto del mejor humor—. ¿Cómo estás, trasto viejo?

—Ayayay, Tony, nenita mía... ¿«Trasto viejo» me llamas, hija? ¿Tú aquí a estas horas?

—Sí, he venido a ver a mi hermano... Cosas de negocios que no podían esperar... Por desgracia, el asunto se ha quedado en nada... ¿Está dormido? —preguntó, señalando con la barbilla hacia la camita situada junto a la pared del lado izquierdo, con la cabecera pegada a una puerta muy alta que daba al dormitorio del senador Buddenbrook y su esposa.

—Sssh —dijo Ida—. Sí, está dormido.

Y la señora Permaneder se acercó a la cama de puntillas, apartó las cortinitas con mucho cuidado y se agachó para contemplar la cara de su sobrino dormido.

El pequeño Johann Buddenbrook estaba tumbado boca arriba pero tenía la carita, enmarcada por los largos bucles castaños, vuelta hacia la habitación, y respiraba emitiendo un suave soplido hacia la almohada. Tenía una de las manos, cuyos dedos apenas asomaban por la manga del camisón (muy ancha y demasiado larga), apoyada en el pecho, y la otra junto al costado, sobre el edredón; de cuando en cuando, los dedos curvados se movían levemente por sí solos. También en los labios entreabiertos se observaba un débil movimiento, como si quisieran articular palabras. A veces, una mueca de dolor recorría de abajo arriba toda aquella carita: comenzaba con un temblor de la barbilla, se extendía hacia la boca, hacía vibrar las tiernas aletas de la nariz y transmitía el movimiento hasta los músculos de la estrecha frente... Las largas pestañas no alcanzaban a cubrir las sombras azuladas que rodeaban el ángulo interior de sus ojos.

—Está soñando —dijo la señora Permaneder conmovida. Luego se inclinó sobre el niño, le besó con mimo la mejilla, caliente de dormir, ordenó de nuevo las cortinas y regresó a la mesa con Ida Jungmann, que había metido el huevo de zurcir en otro calcetín y examinaba el agujero disponiéndose a cerrarlo.

—Idea zurciendo... ¡Qué curioso, no te he visto hacer otra cosa en toda la vida!

—Sí, Tony, nenita... No te imaginas cómo rompe el nene la ropa desde que va al colegio.

—Pero si es un niño muy tranquilo y muy bueno... —Sí, ya... pues aun así.

—¿Y va contento al colegio?

—¡Ay, qué dices, hija! Él habría preferido mil veces seguir estudiando conmigo. Y yo también, nenita mía, porque esos caballeros no le conocen desde tan pequeñito como yo, y tampoco saben bien qué hacer para que aprenda... Le cuesta mantener la atención y enseguida se cansa.

—¡Ay, pobrecito! ¿Y ya le han dado algún azote?

—¡No, por Dios! Meiboschekohanne! No tendrán tan poco corazón... En cuanto el niño les mira...

—¿Cómo fue su primer día? ¿Lloró?

—Ay, sí, sí que lloró. Lloro con tanta facilidad... No lo hace en voz alta sino bajito, como para dentro... Y luego se agarró a la levita de tu hermano y no paraba de pedirle que se quedase con él...

—Entonces, ¿fue mi hermano quien le llevó?... Ay, sin duda, es un momento difícil, Ida, créeme. Yo me acuerdo de mi primer día de colegio como si lo hubiese vivido ayer. Lloré y chillé como si me fueran a matar, me costó muchísimo. ¿Y por qué? Porque en casa era muy feliz, igual que Hanno. Todos los niños de familias distinguidas lloran en el colegio, me di cuenta enseguida, mientras que los otros iban tan contentos, y se nos quedaban mirando y sonreían... ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasa ahora, Ida?

Sin siquiera completar el gesto que estaba haciendo con la mano, se volvió asustada hacia la cama: un grito procedente de allí había interrumpido su charla, un grito de miedo que un instante después se repitió con una carga de angustia y horror aún más fuerte, y que luego resonó otras tres, cuatro, cinco veces... «¡Ay, ay, ay!» Un grito de protesta muy fuerte, desesperado e indignado contra algo espantoso que el niño estaría viendo en su imaginación... A continuación, el pequeño Hanno se puso de pie en la cama y, mientras farfullaba algo incomprensible, abrió completamente los ojos, aquellos ojos de color miel tan especiales, y, en realidad sin ver nada, los clavó en algo que sólo existía en el mundo de sus sueños.

—Nada —dijo Ida—. Pavor nocturno. Huy, a veces es mucho peor... —Y, con toda calma, dejó a un lado la labor, se acercó a Hanno con pasos largos y pesados, le tranquilizó con voz grave y volvió a acostarlo bajo el edredón.

—Vaya, pavor... —repitió la señora Permaneder—. ¿Y ahora se ha despertado?

Pero Hanno no estaba despierto, a pesar de que seguía con los ojos abiertos y fijos y moviendo los labios...

—¿Cómo es eso? Ay, vaya, pequeño... Entonces vamos a callarnos un ratito... ¿Qué dices, hijo? —preguntó Ida, y ahora también la señora Permaneder se acercó para escuchar aquel desasosegado balbuceo.

—Voy... voy por mi pequeño jardín... —decía Hanno con lengua de trapo—, a regar mis bulbos...

—Está recitando las poesías del colegio —explicó Ida meneando la cabeza—. Bueno, bueno. Ya basta, nenito mío. Ahora, a dormir.

y me encuentro a un enanito... que da un estornudo... —murmuró Hanno entre suspiros. Entonces, de repente, la expresión de su rostro cambió, entrecerró los ojos, empezó a mover la cabeza de un lado a otro sobre la almohada y, en voz mucho más baja y lastimera, prosiguió:

La luna brilla, el niño chillaba, da las doce el reloj, ¡que asista a todos los enfermos el Señor!

Y, con estas palabras, rompió a llorar amargamente; gruesas lágrimas brotaron bajo sus largas pestañas y le rodaron por las mejillas... y eso le despertó. Abrazó a Ida, miró a su alrededor con los ojos húmedos, musitó satisfecho algo sobre «tía Tony», se acomodó de nuevo en la cama y siguió durmiendo tranquilo.

—¡Qué curioso! —dijo la señora Permaneder cuando Ida volvió a sentarse a la mesa—. ¿Qué poesías eran ésas, Ida?

—Están en su libro de lectura —respondió ésta—. Y debajo pone «*El cuerno maravilloso del muchacho*»³⁹. Son muy peculiares... Le han mandado aprendérselas de memoria estos días, y no para de hablar del enanito. ¿Tú las conoces? A mí me parecen espantosas... El enanito jorobado ése que está por todas partes, hace añicos el puchero, se come las gachas, roba la madera, estropea la rueca, se ríe de todo el mundo... ¡y, para colmo, al final, ruega que lo incluya uno en sus oraciones! Y eso es lo que ha hecho el niño. Se ha pasado dándole vueltas un día tras otro. ¿Sabes lo que decía? Dos o tres veces ha dicho: «¿Verdad, Ida, que no lo hace porque es malo? ¿A que no lo hace porque es malo? Lo hace porque está triste y luego todavía se siente más triste. . . Entonces, si rezamos por él, ya no volverá a hacer nada de eso». Vamos, incluso esta noche, cuando su mamá ha pasado a darle las buenas noches antes de irse al concierto, le ha preguntado si debía rezar por el enanito...

—¿Y lo ha hecho?

—En voz alta no, pero estoy casi segura de que para sus adentros sí... Claro que hay otra poesía que se llama «El reloj misterioso», de la que no podía ni hablar porque lloraba todo el rato. Es que llora con tanta facilidad, el nene, y luego le cuesta muchísimo parar. —

—¿Y qué es lo que le ponía tan triste?

—Yo qué sé... El principio: hay un punto que hasta en sueños le hacía sollozar, y cuando la recitaba, no lograba pasar de ahí... Y luego había un cochero que se levantaba a las tres de la madrugada de su colchón de paja... Con ése también lloraba. La señora Permaneder rió conmovida y luego se puso seria. —Te voy a decir una cosa, Ida: eso no es bueno, no me parece nada bueno que todo le afecte tanto. El cochero se levanta a las tres de la madrugada... ¡Por Dios, pues para eso es cochero! Ese niño, me he dado cuenta de ello, tiende a mirarlo todo con demasiada profundidad y a tomarlo todo demasiado a pecho... Debe de sufrir mucho así, créeme. Yo creo que habría que hablar seriamente con Grabow... Pero, claro, ahí está el problema —prosiguió, cruzando los brazos, ladeando la cabeza y dando golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Grabow se va haciendo mayor y, al margen de eso, con todo lo bueno que es, porque mira que es un hombre ejemplar, honradísimo y buenísimo..., como médico no me parece que sea nada especial, Ida, y que Dios me perdone si me equivoco. Por ejemplo, los ataques de angustia que tiene Hanno por las noches, esos sueños, esa manera de despertarse sobresaltado... Grabow lo sabe y todo lo que hace es decirnos cómo se dice en latín lo que le pasa al niño: pavor nocturnus... ¡Válgame Dios! ¡Pues qué bien! Ay, no, Ida, es un hombre adorable, un excelente amigo de la familia, todo lo que quieras, pero una lumbrera no es. Una persona notable tiene otro aspecto y, ya desde joven, se ve que hay algo especial en él. Grabow vivió la revolución de 1848, por entonces era un

³⁹ Es la colección de canciones populares (en alemán, *Des Knaben Wunderhorn*) recogida por Clemens Brentano y Achim von Arnim en 1805 y 1808. (*N de la T*).

hombre joven. ¿Y tú crees que, en su día, le importó lo más mínimo la lucha por la libertad y la justicia y la abolición de los privilegios y la tiranía de los gobernantes? Es un erudito, pero estoy convencida de que aquellas leyes federales tan increíbles que se dictaron entonces sobre las universidades y la prensa le dejaron completamente frío. Jamás se le ha visto apasionarse por nada, jamás ha cometido ningún exceso... Siempre ha tenido la misma cara larga y dulce, y siempre manda tomar un poco de pichón y un poco de pan francés, o, si el caso parece grave, una cucharada de jugo de malvavisco... ¡En fin, buenas noches, ¡ida!... Mira, no, yo creo que hay otros médicos muy distintos... Que lástima que no pueda ver a Gerda esta noche... Ay, sí, gracias, todavía hay luz en el pasillo. Buenas noches.

Cuando la señora Permaneder abrió la puerta del comedor para pasar a darle las buenas noches a su hermano, aunque sólo fuera de palabra y desde la puerta, se dio cuenta de que había luz en toda la zona y de que Thómas, con las manos cruzadas a la espalda, se paseaba a zancadas de un lado a otro por la sala de estar.

CAPÍTULO IV

Una vez a solas, el senador volvió a tomar asiento en la mesa, se puso los quevedos sobre la nariz y quiso retomar la lectura del periódico. Sin embargo, a los dos minutos, sus ojos se habían apartado ya del papel; sin cambiar de postura, permaneció largo rato con la mirada perdida en la oscuridad del comedor, a través de los cortinajes que lo separaban de la sala de estar.

¡Cómo mudaba su semblante, hasta volverse irreconocible, cuando estaba solo! Los músculos de la boca y las mejillas, siempre disciplinados y obligados a mantenerse firmes al servicio de un incesante esfuerzo de voluntad, se relajaban y quedaban totalmente flácidos; aquella expresión de viveza, tolerancia, amabilidad y energía que ya no era sino una mueca mantenida de forma artificial, se desprendía de su cara como si fuese una máscara, para dejarla en un estado de cansancio torturado; los ojos, abúlicos y sin brillo, se enrojecían y comenzaban a lagrimear, y él mismo, sin siquiera hacer el esfuerzo de intentar engañarse, sólo conservaba en su mente una de las muchas ideas que, todas revueltas y pesadas como losas, lo atormentaban todo el día: la idea desesperante de que Thomas Buddenbrook, a sus cuarenta y dos años de edad, era un hombre agotado.

Lentamente y respirando hondo, se pasó la mano por la frente y los ojos, encendió de forma mecánica otro cigarrillo (aunque sabía cuánto le perjudicaba fumar) y siguió mirando a la oscuridad a través del humo... ¡Qué contraste entre la doliente flaccidez de sus facciones y la esmerada y durísima disciplina de afeites a la que se sometía a diario aquella cabeza! El bigote perfumado y con las puntas estiradas con tenacillas, el afeitado apuradísimo de mejillas y barbilla, el cabello peinado tan cuidadosa como estratégicamente: cubriendo en lo posible la incipiente calvicie de la coronilla, con una fina raya en medio y hacia atrás desde las sienes, aquellas delicadas sienes en las que siempre se habían marcado las entradas; en los lados, bien corto y no ahuecado como antes, para que no se viera que aquella parte ya comenzaba a encanecer... El propio senador era consciente

de ello y sabía muy bien que a nadie en toda la ciudad se le escapaba aquel contraste entre su actividad, dinamismo y elegancia de movimientos y la palidez sin brillo de su rostro.

Y no es que, en aquella esfera pública, fuese ahora una personalidad menos importante e imprescindible que en otra época. Los amigos se lo repetían y los envidiosos no podían negar lo que el alcalde, el doctor Langhals, había dicho a todo el mundo constatando lo que ya afirmara su antecesor, Oeverdieck: el senador Buddenbrook era su mano derecha. Por otra parte, que la Casa Johann Buddenbrook ya no era lo que antaño parecía ser un secreto a voces, hasta el punto de que el señor Stuht, el de la Glockengiesserstrasse, se lo contaba a su mujer a la hora de la comida, frente al plato de potaje..., y Thomas Buddenbrook se consumía por ello.

De todos modos, lo cierto es que él mismo había contribuido en gran medida a que se extendiese aquella idea. Era un hombre rico, y ninguna de las pérdidas que había sufrido, ni siquiera las terribles pérdidas del año sesenta y seis, habían llegado nunca a poner en serio peligro la subsistencia de la empresa. No obstante, y aunque —¡por supuesto!— siguió ofreciendo cenas de gala con el número de platos que sus invitados esperaban de él, aquella idea de que habían dejado de sonreírle la suerte y el éxito, aquella idea que era más una sensación suya que una realidad demostrable con hechos tangibles, le había sumido en tal estado de desánimo irritado que comenzó, como jamás había hecho antes, a preocuparse por el dinero y ahorrar en su vida privada hasta extremos casi mezquinos. Mil veces maldijo la hora en que se le había ocurrido construir aquella casa nueva que, en su opinión, no le había traído más que desgracias. Suprimió los viajes en verano, y el pequeño parque municipal, el Stadtpark, hubo de sustituir a la playa o la montaña como lugar de veraneo. Las comidas que tomaba con su esposa y el pequeño Hanno eran, por expresa e irrevocable orden suya, de una frugalidad que casi resultaba cómica por contraste con el comedor donde se servían, amplio, con el suelo entarimado, altos techos con lujosas molduras y espléndidos muebles de roble. Durante bastante tiempo, sólo permitió tomar postre los domingos... La elegancia de su aspecto siguió siendo la misma; pero Anton, el buen criado de toda la vida, hubo de avisar en la cocina de que, ahora, el senador sólo se cambiaría de camisa cada dos días, puesto que tantos lavados estropeaban demasiado aquel hilo tan fino... Anton sabía muchas más cosas. Sabía que iban a prescindir de sus servicios. Gerda protestó. Tres personas para atender aquella casa tan inmensa no era, ni mucho menos, suficiente. No sirvió de nada: con una adecuada suma de dinero como regalo, Anton, después de tantos años al pie del cañón, fue despedido cuando Thomas Buddenbrook salía camino del Senado.

Tales medidas se correspondían con el ritmo cansino que ahora llevaban sus negocios. Nada quedaba de aquel aire fresco y espíritu renovador con que el joven Thomas Buddenbrook se hiciera cargo de la empresa al fallecer su padre, y su socio, el señor Friedrich Wilhelm Marcus, que sólo participaba con un capital muy reducido y, de todas formas, nunca había supuesto una fuerte influencia, por su propia naturaleza y temperamento, carecía por completo de iniciativa.

Con el paso de los años, la parsimonia con que lo hacía todo se había acentuado hasta el punto de convertirse en un verdadero prodigio de la lentitud. Necesitaba un cuarto de hora para acariciarse el bigote, carraspear, mirar de reojo a su alrededor, cortar la punta del puro con la guillotina y guardar el pedacito en el monedero. Por las tardes, mientras las lámparas de gas iluminaban cada rincón de la oficina con una claridad como si fuese de

día, él no renunciaba a poner en su escritorio una vela de estearina. Cada media hora se levantaba para poner la cabeza debajo del grifo. Una mañana, encontró bajo su mesa un saco vacío que no se sabía cómo había ido a parar allí y confundió el bulto con un gato al que, para algarazas del resto de personal de la oficina, se dispuso a espantar a voces... No, desde luego, no era el hombre indicado para contrarrestar la actual apatía de su socio tomando las riendas con vigor. Algunas veces, como, por ejemplo, aquella noche en que estaba sentado en el salón de su casa con la mirada perdida en la oscuridad, el senador caía presa de la vergüenza y de una impaciencia exasperada al tomar conciencia del estancamiento en que había degenerado en los últimos tiempos la Casa Johann Buddenbrook, donde todo negocio se limitaba a una rutina insignificante y sólo se ganaba dinero de céntimo en céntimo.

Y, sin embargo, ¿no era mejor así? La gestación de la desgracia, pensaba el senador, también requiere su tiempo. ¿No es más sabio no moverse mientras esa desgracia hierve en nuestro interior, mantenerse en absoluta calma, esperar y reservar las fuerzas? ¿Por qué tenía que venirle ahora nadie con una propuesta semejante a perturbar aquella sabia resignación y llenarle de dudas y reparos? ¿Acaso había llegado ya el momento crucial? ¿Era una señal? ¿Era una llamada a despertarse, levantarse y ser él quien asestase el golpe? Había rechazado incluso la mera idea con toda la determinación que su voz le había permitido expresar; no obstante, ¿realmente había quedado zanjado el asunto al marcharse Tony? Al parecer, no, pues allí seguía sentado, devanándose los sesos. «Uno sólo se enfada por una propuesta cuando no está seguro de poder resistirse a ella...» ¡Qué condenadamente lista era la pequeña Tony!

¿Y qué le había respondido él? Según recordaba, lo había expresado con palabras bien claras y bien tajantes: «sucias y bru—

tal manipulación», «pescar en aguas turbias», «aprovecharse vilmente de un hombre indefenso», «beneficios de usurero»... ¡Magnífico! Claro que cabía preguntarse si realmente era el momento de recurrir a palabras tan tajantes. Seguro que el cónsul Hermann Hagenstróm ni las habría buscado ni habría dado con ellas. ¿Era Thomas Buddenbrook un hombre de negocios, un verdadero hombre de acción, o un pusilánime que agotaba sus fuerzas en escrupulosas reflexiones?

Ay, sí, ésa era la cuestión: ¡ésa era la gran pregunta de siempre, la que lo atormentaba desde que tenía uso de razón! La vida era dura y la vida del comerciante, que se desarrollaba al margen del sentimentalismo y las contemplaciones, venía a ser un símbolo de la vida en un sentido amplio. ¿Eran tan firmes como los de sus antecesores los cimientos de Thomas Buddenbrook en aquella vida práctica y dura? ¡Cuántas veces, desde siempre, había tenido motivos para dudar de ello! Cuántas veces, desde su juventud, había debido reprimir sus sentimientos para amoldarlos a esa vida... Conferirles mayor dureza, sufrir esa dureza y, además, no sentirla como tal sino como algo que había de darse por supuesto en su vida... ¿Es que no lo aprendería nunca? Recordaba la impresión que le había causado la catástrofe de 1866 y evocaba el inefable sentimiento de dolor que le había invadido entonces. Había perdido una elevada suma de dinero... pero, ¡ay!, eso no había sido lo más insoportable. Por primera vez en su vida, había sentido en sus propias carnes y en toda su magnitud la cruda brutalidad de ese mundo de los negocios, en el que todos los buenos sentimientos, la dulzura y la amabilidad se desvanecen ante un salvaje instinto de conservación a costa de lo que hiciera falta; en el que la desgracia sufrida

por los amigos, aun por los mejores amigos, no despierta compasión, sufrimiento compartido, sino... desconfianza, una desconfianza fría y pertinaz. ¿Es que no lo sabía ya antes? ¿Cómo podía asombrarse de ello a esas alturas? ¡Cómo le habían avergonzado después, en horas mejores y más fuertes, aquellas noches en vela, indignado, asqueado y profundamente herido por la odiosa dureza sin escrúpulos de la vida!

¡Qué infantil por su parte! ¡Qué ridículos habían sido aquellos sentimientos! ¿Cómo era posible que hubiesen nacido en su interior? Porque de nuevo se preguntaba: ¿era un hombre hecho para la vida práctica o un pusilánime soñador?

¡Ay!, mil veces se había hecho ya esa pregunta, y, en algunos momentos, cuando se sentía fuerte y lleno de confianza en sí mismo, la había respondido de una manera... y, en las horas bajas, de la contraria. A pesar de todo, era demasiado inteligente y honrado como para no acabar reconociendo la verdad: él era una mezcla de ambas cosas.

Durante toda su vida se había mostrado ante la gente como un hombre de acción; sin embargo, en la medida en que estaba justificada tal idea de su persona, ¿acaso no se debía (como ya expresara Goethe en un aforismo, en una gran verdad que al senador le gustaba mucho citar) a cierta conciencia de superioridad? En aquellos años, había logrado éxitos importantes; ahora bien, ¿acaso no eran mero fruto del entusiasmo, de la vitalidad y el empuje que le había procurado la reflexión? Y ahora que se sentía derrotado, que sus fuerzas se habían agotado (no quisiera Dios que fuese para siempre), ¿no era también eso consecuencia del insostenible estado en que se hallaba, de aquella lucha interior tan irritante y antinatural? Su padre, su abuelo, su bisabuelo... ¿habrían comprado ellos la cosecha de Puppenrade? ¡Y qué más daba! ¡Qué más daba! Eso sí, que habían sido hombres prácticos, hombres de naturaleza más fuerte, más sólida, menos atormentada, hombres libres de aquella dualidad interior..., ¡eso sí estaba claro!

Un profundo desasosiego se apoderó de él, sintió una imperiosa necesidad de movimiento, de luz, de espacio. Arrastró la silla hacia atrás, pasó al salón y encendió varias llamas de gas de la araña que pendía sobre la mesa, en el centro de la habitación. Permaneció allí un rato, retorciéndose la punta del bigote lenta y compulsivamente, mirando a todas partes sin fijarse en nada en concreto, de pie en medio de aquella lujosa estancia. Junto con la sala de estar, el salón abarcaba toda la fachada exterior de la casa; estaba decorado con muebles de madera clara y patas torneadas, y con el gran piano de concierto sobre el que descansaba el estuche del violín de Gerda, la estantería llena de partituras al lado, el atril tallado y los bajorrelieves de amorcillos con instrumentos musicales encima de las puertas, tenía todo el carácter de un salón de música. El mirador estaba repleto de palmeras.

Pasaron dos o tres minutos sin que el senador Buddenbrook se moviera. Luego, reponiéndose un poco, fue al comedor y también encendió las luces. Enredó un poco en el aparador, se tomó un vaso de agua para reconfortarse (o, simplemente, por hacer algo), y, con las manos cruzadas a la espalda, avanzó hacia el interior de la casa. La salita de fumar estaba decorada con muebles oscuros y tenía las paredes recubiertas de madera. Abrió el armario de los puros de forma mecánica, volvió a cerrarlo de inmediato, se acercó a la mesa de juegos y abrió la tapa de un baulito de madera de roble en el que guardaban barajas, libretas y objetos similares. Deslizó entre sus dedos un puñado de fichas de hueso que utilizaban para llevar la cuenta en las cartas, cerró la tapa del baulito y se dispuso a continuar la peregrinación por la casa.

Con la salita de fumar lindaba un pequeño gabinete que tenía una ventana con cristales de colores. Estaba vacío, a excepción de unas cuantas mesitas auxiliares muy ligeras que se encajaban unas en otras y sobre las cuales había una licorera. Desde allí, se accedía a otro salón que abarcaba todo el ancho de la casa, con un impresionante suelo entarimado y cuatro altos ventanales, con cortinajes de color vino, que daban al jardín. Estaba amueblado con varios sofás bajos a juego con los cortinajes y numerosas sillas de respaldo alto, muy ordenadamente arrimadas a las paredes. Había una chimenea tras cuya rejilla se veía una pequeña pira de carbones artificiales que simulaban el fuego con bandas de papel dorado rojizo. Sobre el estante de mármol, delante del espejo, se alzaban dos magníficos jarrones chinos.

Ahora, toda la hilera de habitaciones estaba iluminada por múltiples llamas de gas, como cuando, después de una fiesta, acaba de irse el último invitado. El senador cruzó el salón una vez, se detuvo junto a un ventanal, el que quedaba justo enfrente del gabinete, y miró al jardín.

La luna brillaba desde lo alto, muy pequeña entre copos de nube; el murmullo de la fuente, bajo las ramas del nogal, era lo único que se oía en el silencio de la noche. Thomas recorrió con la mirada el pabellón que limitaba aquella parte del jardín, la pequeña terraza de arenilla blanca que ahora se veía resplandeciente, flanqueada por sus dos obeliscos, los senderos de gravilla, los arriates de flores y las zonas con césped, todo ello perfectamente trazado y conservado... Sin embargo, aquella simetría tan bella e impecable le hería e irritaba, en lugar de sosegarle. Llevó la mano al picaporte de la ventana, apoyó la frente en ella y volvió a dejar correr sus pensamientos.

¿Cómo acabaría? Se acordaba de un comentario que le había hecho a su hermana hacía un momento y que, nada más formularlo, le había parecido tan superfluo que se había indignado. Había hablado del conde de Strelitz, de la nobleza del campo, y en relación con ello había aludido a la superioridad social que se debía conceder a los productores respecto a los intermediarios. ¿Era acertado eso? ¡Ay, por Dios, era del todo indiferente si era acertado o no! En cualquier caso, ¿quién era él para formular esa idea, para plantársela siquiera, para pensar nada parecido? ¿Cabía imaginarse a su padre, su abuelo o a cualquiera de sus conciudadanos obsesionados por semejante idea y diciendo semejantes cosas? Un hombre con los dos pies en la tierra y bien firme en su profesión no se preocupa más que de ésta, no sabe más que de ésta, no piensa más que en ésta...

De repente, sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza, cómo se sonrojaba al recordar otro momento mucho más lejano en el pasado. Se vio paseando por el jardín de la Mengstrasse con su hermano, peleándose con él, en una de aquellas terribles y tan lamentables peleas... Christian, con su habitual frivolidad e indiscreción, le había puesto en un compromiso con un torpe comentario y él, molestísimo, furioso, fuera de sí, había estallado y le había llamado de todo. «En el fondo —había dicho Christian aquella vez—, en el fondo, todo comerciante es un estafador»... ¿Cómo? ¿Acaso aquel insulso y nimio comentario estaba tan lejos de lo que él mismo acababa de reconocer ante su hermana? Él se había puesto como una furia, había protestado con toda su energía... Ahora bien, ¿qué era lo que había dicho la pequeña Tony, que era más lista que el hambre? «Uno sólo se enfada...»

—¡No! —exclamó de repente el senador, levantó la cabeza de golpe, soltó el picaporte, se apartó de allí literalmente de un salto y dijo bien alto—: ¡Esto se acabó! —Luego carraspeó, como para alejar la desagradable sensación

que le había causado su propia voz en la soledad del salón, se dio la vuelta y, con la cabeza gacha y las manos cruzadas a la espalda, comenzó a dar zancadas de un lado a otro—. ¡Esto se acabó! —repitió—. ¡Hay que ponerle fin a esto! ¡Me estoy dejando llevar, me estoy hundiendo a lo tonto..., me estoy volviendo peor que Christian!

¡Ay!, se sentía infinitamente agradecido de ser, cuando menos, muy consciente de su situación. Así pues, ahora estaba en su mano corregirse. ¡Por la fuerza! A ver..., a ver... ¿cómo era esa oferta que le habían hecho? La cosecha... ¿La cosecha de Póppenrade por anticipado?

—¡Lo haré! —musitó en tono apasionado e incluso agitó una mano en el aire con el índice estirado—. ¡Lo haré!

Porque, después de todo, ¿era lo que suele llamarse «un gran golpe»? ¿Era una oportunidad para, exagerando un poco, duplicar un capital de... pongamos cuarenta mil marcos sin hacer prácticamente nada? ¡Sí, era una señal, una llamada a despertar y actuar! Era un comienzo, un primer golpe, y pensar en el riesgo que conllevaba tan sólo contribuía a debilitar una vez más sus escrúpulos morales. Si le salía bien, se habría recuperado de su crisis, se atrevería de nuevo a emprender nuevas acciones, volvería a ser dueño de la suerte y del poder...

¡Pues no, los caballeros de la empresa Strunck & Hagenstrbm no iban a llevarse esa pesca tan buena! En la ciudad había una empresa con preferencia en el asunto, en este caso gracias a ciertos vínculos personales. De hecho, el vínculo personal era lo decisivo en la operación. No era un negocio como los de todos los días, que pudiera cerrarse con frialdad y de la forma habitual. Dado que había surgido por mediación de Tony, más bien tenía el carácter de un asunto privado y que debía tratarse con discreción y delicadeza. ¡Oh, no, Hermann Hagenstróm no era el hombre adecuado para hacer algo así! Thomas, como comerciante, aprovechaba la coyuntura, y Dios sabe que haría lo mismo después, a la hora de vender. Por otra parte, estaba ofreciendo al desesperado señor Von Mailboom un servicio que, gracias a la vieja amistad entre Tony y la señora Von Mailboom, sólo le estaba destinado a él y a nadie más. Había que escribirle una carta... esa misma noche..., y no en el papel de las oficinas con el escudo de la empresa, sino en su papel de cartas privado, en el que sólo ponía «Senador Buddenbrook»... Una carta muy respetuosa en la que preguntase si tenían a bien recibir su visita en los próximos días. A pesar de todo, era un asunto algo espinoso. Terreno resbaladizo en el que había que moverse con cierta gracia... ¡Tanto más a su favor!

Y sus pasos se tornaron más rápidos, su respiración más profunda. Se sentó un momento, se levantó de un salto y volvió a recorrer el salón a zancadas de punta a punta. Se replanteó la operación completa una vez más, pensó en el señor Marcus, en Hermann Hagenstróm, en Christian y en Tony, se imaginó la cosecha de Póppenrade, los campos amarillos de cereal maduro ondeando al viento, fantaseó sobre el esplendoroso resurgimiento de la empresa que habría de seguir a ese gran golpe, descartó furioso todos sus celos, agitó una mano en el aire y dijo:

—¡Lo haré!

La señora Permaneder abrió la puerta del comedor y dijo «¡Buenas noches!». Él respondió de modo inconsciente. Llegó Gerda, que se había despedido de Christian en la puerta, y sus peculiares ojos castaños, casi juntos, mostraban aquel enigmático brillo que la música solía conferirles. El senador se quedó de pie frente a ella, le preguntó mecánicamente por el

virtuoso español y por el concierto y, por su parte, afirmó que también estaba deseando irse a la cama.

Pero no se fue a descansar, sino que siguió dando vueltas y más vueltas a todo. Pensaba en las sacas de trigo, centeno, avena y cebada que llenarían las naves de los almacenes León, Ballena, Roble y Tilo, calculó el precio que pensaba ofrecer, un precio que, desde luego, en absoluto sería abusivo, bajó con todo sigilo a la oficina a medianoche y, a la luz de la vela de estearina del señor Marcus, escribió de un tirón la carta para el señor Von Mailboom, una carta que luego releyó con la cabeza pesada y casi febril y que le pareció la mejor y más delicada que había escrito en su vida.

Eso fue la noche del 26 al 27 de mayo. Al día siguiente, en tono ligero y humorístico, comunicó a su hermana que había reconsiderado el asunto desde todos los ángulos y que no podía rechazar sin más al pobre señor Von Mailboom, dejándolo en manos del primer usurero con que se topase. El 30 de ese mismo mes viajó a Rostock y, desde allí, un coche de alquiler le llevó hasta el campo.

En los días que siguieron, su humor fue excelente, su paso ágil y libre, los gestos de su rostro, amables. Se burlaba cariñosamente de Clotilde, se reía de corazón con las historias de Christian, bromeaba con Tony, el domingo pasó una hora entera jugando con Hanno en la galería de la segunda planta, ayudando a su hijito a subir diminutas sacas de cereales a un pequeño almacén de ladrillo rojo e imitando las voces en dialecto de los trabajadores... y, en la junta del Consejo de ciudadanos del 3 de junio, en la que se trataba el asunto más aburrido del mundo, algún tema de impuestos, pronunció un discurso tan magnífico y brillante que el pleno de asistentes le dio la razón, dejando a su oponente, el cónsul Hagenstróm, expuesto a la mofa general.

CAPÍTULO V

Fuera por simple despiste o de forma intencionada, el caso es que faltó poco para que el senador olvidase algo que ahora la señora Permaneder, la que con mayor devoción y fidelidad se ocupaba de los papeles de la familia, había anunciado a todo el mundo: que, en los documentos, se consideraba el 7 de julio del año 1768 como la fecha de fundación de la empresa, y que se acercaba el centenario de dicho día.

Casi pareció que Thomas se sentía contrariado cuando Tony se lo recordó con voz conmovida. Aquella espectacular mejora de humor no había sido demasiado duradera. No había tardado en volverse de nuevo taciturno, y mucho más que antes. A veces abandonaba la oficina en mitad del trabajo y, presa del desasosiego, salía a pasear al jardín, donde a veces se quedaba quieto unos instantes como paralizado, bloqueado, y se tapaba los ojos con las manos dando un suspiro. No decía nada, no se sinceraba con nadie... ¿Y con quién iba a hacerlo? El señor Marcus —insólito acontecimiento— se había enfadado por primera vez en su vida cuando su socio le había hablado brevemente del negocio de Póppenrade y había declinado cualquier responsabilidad y cualquier participación. Un jueves por la noche, sin embargo, se delató ante su hermana, cuando ella se despidió en la calle con una alusión a la cosecha y él le respondió con un simple y muy breve apretón

de manos al que se apresuró a añadir en voz baja: «¡Ay, Tony, ya quisiera yo haberla vendido de una vez!». Luego se dio la vuelta bruscamente, echó a andar y dejó a Madame Antonie perpleja y consternada. Aquel presuroso apretón de manos tenía algo de arrebató de desesperación, aquellas palabras susurradas encerraban una angustia contenida durante mucho tiempo. Por otra parte, la siguiente vez que Tony intentó sacar el tema, el senador se sumió en un silencio impenetrable, profundamente avergonzado por aquel momento de debilidad en que había dejado traslucir algo, profundamente amargado por su incapacidad de responder ante sí mismo de aquella operación.

Respecto al centenario, se limitó a decir en tono sombrío y hastiado:

—Ay, querida, ¿y no podríamos ignorarlo sin más? —¿Ignorarlo, Tom? ¡Imposible! ¡Eso ni pensar! ¿Cómo crees que puedes pasar por alto un acontecimiento así? ¿Crees que la ciudad entera iba a poder olvidar la importancia de esa fecha? —No digo que sea posible; digo que preferiría que ese día pasara en silencio. Celebrar el pasado es muy bonito cuando en el presente todo va bien y el futuro parece halagüeño... Recordar a los antepasados es agradable cuando uno se sabe en armonía con ellos y es consciente de haber obrado siempre de acuerdo con sus principios... Si este centenario hubiese caído en una época más propicia... En pocas palabras, no estoy con ánimo de celebraciones.

—No debes hablar así, Tom. No creo que quieras decir eso y, además, sabes que sería una vergüenza, una auténtica vergüenza, dejar que el centenario de la Casa Johann Buddenbrook pasara sin pena ni gloria. Últimamente estás un poco nervioso, sólo es eso, y ya sé por qué..., aunque tampoco creo que tengas motivos para estarlo... Pero ya verás cómo, cuando llegue el día, estás tan emocionado y tan contento como todos nosotros.

Tenía razón, aquel día no podía dejarse pasar en silencio. Al poco tiempo apareció en el *Städtische Anzeigen* una noticia en la que se anunciaba la publicación de un detallado reportaje sobre la historia de aquella empresa tan antigua y tan respetada el propio día de la celebración, y que, en el fondo, no habría sido necesaria para que el ilustre gremio de comerciantes lo tuviera presente. En cuanto a la familia, Justus Kröger fue el primero en hablar del asunto en la comida familiar del jueves, y la señora Permaneder se ocupó de que, una vez retirado el postre, abriesen todos juntos la venerable carpeta de cuero con los papeles de la familia y, como preparación del acontecimiento, repasaran en detalle todos los datos que se conocían sobre la vida del difunto Johan Buddenbrook, el tatarabuelo de Hanno, el fundador de la Casa. Con una seriedad casi religiosa, leyó en voz alta cuándo había pasado las fiebres miliares y cuándo la viruela, cuándo se había caído desde la tercera planta del almacén y cuándo la fiebre le había llevado hasta el delirio. Pero no le bastaba con eso, quiso remontarse hasta el siglo xv, hasta el primer Buddenbrook de quien se tenía noticia, el que había sido concejal en Grabau, y hasta aquel sastre de Rostock que había gozado de una «muy buena posición» —esto estaba subrayado— y había tenido montones de hijos, algunos de los cuales habían vivido y otros no...

—¡Qué magnífica persona! —exclamó, y se puso a leer a la familia viejas cartas amarillentas y ajadas y poemas laudatorios de otros tiempos...

* * *

Como era de esperar, el señor Wenzel fue el primero que acudió a felicitar a la familia el 7 de julio por la mañana.

—Ay, sí, señor senador, ¡cien años! —dijo con la navaja y la brocha de afeitar entre sus manos coloradas—. Y más o menos la mitad de ese tiempo he tenido el honor de afeitar a los miembros de esta honorable familia, y, claro, de ese modo vive uno muchas cosas con ellos: como siempre es el primero con el que habla el jefe por las mañanas... Su padre, el señor cónsul, que en paz descansa, era cuando más locuaz se mostraba, nada más empezar el día. Y entonces me preguntaba: «¿Qué hago con el centeno, Wenzel? ¿Vendo ya o cree usted que aún ha de subir un poco?».

—Sí, Wenzel, yo tampoco puedo imaginarme la vida sin usted. Su profesión, como ya le dije una vez, tiene en verdad grandes alicientes. Cuando termina su ronda cada mañana, sabe usted mucho más de todo que todos nosotros, puesto que todas las grandes casas de la ciudad han pasado por sus manos, por así decirlo, y sabe de qué humor está cada cual; todo el mundo podría envidiarle por ello: desde luego, es muy interesante...

—Pues sí que tiene usted su punto de razón, senador. Ahora que, en cuanto al estado de ánimo del señor senador, si me permite que se lo diga... El señor senador vuelve a estar un poco pálido esta mañana...

—¿Ah, sí? Es cierto, me duele la cabeza, y no creo que se me vaya a pasar pronto, hoy voy a tener un día muy ajetreado.

—Yo también lo creo, senador. Va a haber mucha gente, mucha gente. Luego asómese a la ventana, señor senador. ¡Un montón de banderas! Y en el río, adonde va a dar la Fischergrube, están el Wullenwewer y el Friederike Oeverdieck con todos sus gallardetes...

—Bueno, bueno, pues dese usted prisa, que no tengo tiempo que perder...

Ese día, el senador no se puso la chaqueta de ir a la oficina con los habituales pantalones claros, sino que escogió una levita negra abierta que dejaba a la vista el chaleco de piqué blanco. Se esperaban visitas durante la mañana. Se miró en el espejo del baño por última vez, se pasó las tenacillas por las puntas del bigote una vez más y, con un breve suspiro, se dispuso a salir. Comenzaba el baile... ¡Ojalá hubiese pasado ya aquel día! ¿Lograría quedarse solo en algún momento para poder relajar los músculos de la cara, aunque no fuera más que por un instante? Visitas durante todo el día, todo el día respondiendo con sumo tacto y dignidad a las felicitaciones de cientos de personas, buscando las palabras adecuadas y el tono adecuado para cada uno: halagado, serio, amable, irónico, humorístico, tolerante, cariñoso... Y luego, por la tarde y hasta entrada la madrugada, comida homenaje sólo para caballeros en el Ratsweinkeller...

No era cierto que le doliera la cabeza. Sólo estaba cansado y una vez más sentía que, en cuanto pasara aquel momento de paz para sus nervios de primera hora de la mañana, aquella especie de continuo pesar que no respondía a ningún motivo concreto sería como un lastre para él... ¿Por qué había mentido? ¿No se sentía siempre como si hubiera de tener mala conciencia por su malestar? ¿Por qué? ¿Por qué? Pero tampoco era momento de pensar en eso.

Cuando entró en el comedor, Gerda se le acercó muy animada. También ella estaba ya arreglada para recibir a las visitas. Llevaba una falda recta de tela escocesa, una blusa blanca y una ligera y corta chaquetita de seda, del mismo color rojo oscuro que su espléndida melena. Cuando sonreía, mostraba sus magníficos dientes, anchos, regulares, aún más blancos que su bello rostro, y también sus ojos sonreían aquel día, aquellos ojos castaños tan enigmáticos, siempre bordeados por una sombra azulada.

—Llevo horas levantada; de eso puedes deducir con cuánto entusiasmo te felicito en un día como el de hoy.

—¡Vaya! ¿Los cien años te impresionan?

—¡Profundamente! Aunque también es posible que sólo sea todo este ambiente de fiesta. ¡Qué día! Mira eso, por ejemplo —y señaló la mesa del desayuno, decorada con un centro de flores del jardín—, es obra de Mamsell Jungmann... Por cierto, no creas que vas a poder sentarte a tomar un té ahora. En el salón ya te esperan los principales miembros de la familia, en concreto para darte un regalo conmemorativo con el que yo no he tenido nada que ver... Mira, Thomas, es evidente que esto no es más que el principio de una larga serie de visitas que irán sucediéndose unas a otras. Al principio podré soportarlo, pero te digo desde ahora mismo que yo hacia el mediodía me retiro. Aunque ha bajado un poco la temperatura, el cielo se ve de un azul casi descarado... Y eso, que es perfecto para las banderas, porque la ciudad entera está llena de banderas..., indica, por otra parte, que va a hacer un calor espantoso. Tu desayuno tendrá que esperar. Deberías haberte levantado antes. Vas a tener que vivir el primer momento emotivo con el estómago vacío.

La consulesa, Christian, Clotilde, Ida Jungmann, la señora Permaneder y Hanno estaban en el salón, y estos dos últimos, con no poco esfuerzo, sostenían el regalo de la familia: un enorme cuadro... La consulesa abrazó a su primogénito con la más profunda emoción.

—Mi querido hijo, es un bonito día... un bonito día —repitió—. Debemos dar gracias a Dios y alabarlo en nuestros corazones por tanta bondad... por tanta bondad... —y se echó a llorar.

El senador sintió que desfallecía durante aquel abrazo. Fue como si, en su interior, algo se soltara y se le escapara. Sintió la necesidad de permanecer así, entre los brazos de su madre, contra su pecho, envuelto en el delicado perfume que desprendía la suave seda de su vestido, con los ojos cerrados, sin ver nada más ni tener que decir nada más... Le dio un beso y se irguió de nuevo para tender la mano a Christian, que se la estrechó entre ausente y apurado, como solía mostrarse en ocasiones similares. Clotilde le dijo algo amable y como estirando las sílabas. En cuanto a Mamsell Jungmann, se limitó a hacer una profunda reverencia mientras su mano jugueteaba con la cadena del reloj de plata que llevaba colgada sobre su huesudo pecho.

—Ven aquí, Tom —dijo la señora Permaneder con voz temblorosa—, Hanno y yo ya no aguantamos más. —Sostenía el cuadro prácticamente ella sola, puesto que los bracitos de Hanno no daban para mucho, y, en aquella actitud de extremo esfuerzo y entusiasmo, ofrecía la imagen de una mártir transfigurada. Tenía los ojos húmedos, las mejillas muy coloradas, y la puntita de la lengua rozaba el labio superior con un gesto entre desesperado y pícaro.

—Voy, voy con vosotros —dijo el senador—. ¡Pero, bueno! ¿Qué es esto? A ver, suéltalo, lo apoyaremos en alguna parte...

Apoyó el cuadro contra la pared, junto al piano de cola, y rodeado por los suyos, se quedó de pie delante de él.

Dentro de un pesado marco de nogal tallado, bajo un cristal, estaban los retratos de los cuatro dueños de la Casa Johann Buddenbrook, con sus respectivos nombres y fechas impresos debajo en letras doradas. Allí estaba el retrato, copiado ahora de un óleo muy antiguo, de Johan Buddenbrook, el fundador, un anciano de rostro alargado y serio que, con los labios apretados y gesto de rigor y firmeza de voluntad, miraba al frente por encima de su chorrera de encaje; estaba el rostro ancho y jovial de Johann Buddenbrook, el que fuera amigo de Jean Jacques Hoffstede; apoyando la barbilla en el cuello alto de la camisa, con su boca ancha y rodeada de profundos surcos y su

gran nariz ganchuda, el cónsul Johann Buddenbrook dirigía la mirada hacia quien contemplaba el cuadro, con aquellos ojos inteligentes y en los que se leía su ferviente religiosidad; por último, allí estaba el propio Thomas Buddenbrook, un poco más joven... Una guirnalda dorada en forma de espiga rodeaba los retratos y, en la parte inferior del cuadro, también en letras doradas, aparecían bien destacadas las dos fechas: 1768—1868. Y, por encima de todo aquello, en unas altas letras góticas que imitaban la caligrafía de quien la había legado a las generaciones venideras, se leía aquella célebre máxima: «Hijo mío, atiende con placer tus negocios durante el día, pero emprende sólo los que te permitan dormir tranquilo durante la noche».

Con las manos cruzadas a la espalda, el senador contempló el cuadro durante un largo rato.

—Ya, ya... —dijo en un tono bastante burlón—, dormir bien por las noches ciertamente es buena cosa... —Luego, más serio pero como si quisiera terminar pronto con el asunto, se dirigió a todos los presentes—: Os doy las gracias de corazón, queridos míos. Es un regalo precioso y muy bien pensado... A ver, ¿qué os parece? ¿Dónde lo colgamos? ¿En mi despacho privado?

—¡Sí, Tom, sobre el escritorio de tu despacho! —respondió la señora Permaneder abrazando a su hermano; luego, lo arrastró hasta el mirador y señaló a la calle.

Bajo el cielo azul intenso, ondeaban banderas bicolors en todas las casas: por toda la Fischergrube, desde la Breite Strasse hasta el puerto, donde, a su vez, el Wullenwewer y el Frederike Oeverdieck lucían todos los adornos posibles en honor a su patrón.

—¡Así está la ciudad entera! —dijo la señora Permaneder, y su voz temblaba—. Yo ya he salido a dar un paseo, Tom. ¡También los Hagenstróm han sacado su bandera! Ja, no les queda otro remedio! Yo les rompería los cristales...

El senador sonrió y su hermana lo condujo de nuevo al salón, hasta la mesa.

—Y aquí tienes telegramas, Tom... Claro que sólo son los primeros, los personales, naturalmente, de la familia que está fuera. Los de los amigos del negocio se enviarán a la oficina.

Abrieron unos cuantos telegramas: los de la familia de Hamburgo y de Frankfurt, del señor Arnoldsén y sus parientes desde Ámsterdam, de Jürgen Kröger desde Wismar... De repente, la señora Permaneder se sonrojó mucho.

—A su manera, es buena persona —dijo, y entregó a su hermano un telegrama que había abierto. Firmaba: «Permaneder». —Bueno, bueno, el tiempo pasa —dijo el senador y abrió la tapa de su reloj de bolsillo—. Me gustaría tomarme un té. ¿Queréis acompañarme? Seguro que, dentro de un rato, esta casa se desborda de gente...

Su esposa, que había hecho una seña a Ida Jungmann, le retuvo.

—Un momento, Thomas... Ya sabes que Hanno tiene que ir enseguida a su clase particular... Quiere recitarte un poema. Ven, Hanno. Tú haz como si no hubiera nadie. No te pongas nervioso.

Incluso en vacaciones, y en julio había vacaciones escolares, el pequeño Hanno tenía que recibir clases particulares de matemáticas para poder seguir el ritmo de su clase en esta materia. En algún lugar del suburbio de Sankt Gertrud, en un cuartito en el que hacía mucho calor y no olía demasiado bien, un hombre de barba roja y uñas sucias le esperaba para repasar con él las condenadas tablas de multiplicar. Ahora bien, antes tenía que recitarle el

poema a papá, el poema que con tanto tesón había estudiado de memoria con Ida en la galería de la segunda planta.

Estaba apoyado en el piano, con su trajecito de marinero de Copenhague, con el ancho cuello de loneta en la espalda y la gran corbata de lazo asomando por debajo de la camisa blanca, con sus frágiles piernas cruzadas y la cabeza y el tronco un poco hacia atrás, en una postura de recelo inconscientemente dotada de una tímida gracia. Dos o tres semanas atrás le habían cortado sus largos rizos, porque en el colegio no sólo se burlaban de él los otros niños, sino también los profesores. Pero seguía teniendo un pelo rizado y suave, que le crecía bastante espeso cerca de las sienes y le caía por la frente. Mantenía los párpados bajados y sus largas pestañas caían sobre las sombras azuladas que siempre rodeaban sus ojos; apretaba los labios en una leve mueca de dolor.

Ya sabía lo que iba a pasar. Se echaría a llorar y por culpa del llanto no conseguiría terminar ese poema con el que se le encogía el corazón igual que los domingos, cuando el señor Pfühl, el organista de la Marienkirche, tocaba de aquella manera tan solemne y tan estremecedora... Se echaría a llorar, como siempre que le pedían que hiciese algo especial: cuando le examinaban o ponían a prueba sus habilidades e inteligencia, como tanto le gustaba hacer a papá. ¡Para qué habría dicho mamá nada de ponerse nervioso! Se suponía que era para animarle, pero sentía que el efecto había sido justo el contrario. Allí estaban todos, mirándole. Temiendo lo peor, esperaban que se echase a llorar... ¿Acaso era posible no llorar? Levantó la vista y buscó los ojos de Ida, quien, mientras jugueteaba con la cadena de su reloj, le hizo un gesto con la cabeza, a su manera adusta y bondadosa al mismo tiempo. Le invadió la imperiosa necesidad de abrazarse a ella, dejar que ella se lo llevase de allí y no oír nada más que su profunda voz y sus palabras tranquilizadoras: «Cálmate, Hanno, mi nenito, no hace falta que recites nada»...

—Bueno, hijo, es para hoy —dijo el senador seco. Se había sentado en una de las butacas de la mesa y esperaba. Una sonrisa era lo último que podía esperarse en su rostro, ni en aquel momento ni en ninguna ocasión similar. Serio, con una ceja levantada, observaba al pequeño Johann con una mirada escrutadora, incluso fría.

Hanno se irguió. Pasó la mano por la madera pulida del piano, lanzó una recelosa mirada al círculo de familiares y, algo animado por la dulzura que le devolvieron los ojos de la abuela y la tía Tony, dijo en voz baja y casi un poco dura:

—«La canción dominical del pastorcillo»..., de Uhland. —¡Pero, hijo, así no se hace, hombre! —exclamó el senador—. Uno no se queda ahí encogido junto al piano con las manos cruzadas en la barriga... Tú, bien plantado, con soltura. Habla con soltura. Eso es lo primero. A ver, ponte aquí, entre las cortinas. Y ahora levanta la cabeza..., eso, y los brazos relajados.

Hanno se colocó entre las cortinas que separaban el salón y el comedor y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Muy obediente, levantó la cabeza, aunque mantuvo las pestañas tan caídas que seguían sin vérselo los ojos. Probablemente, ya estaban llenos de lágrimas.

—«Es el día del Señor...» —comenzó a recitar muy bajito, y tanto más fuerte sonó la voz de su padre interrumpiéndole: —Hijo, un recital se empieza con una reverencia. Y, luego, habla más fuerte. Venga, otra vez. «La canción dominical del pastorcillo.» Aquello era una crueldad, y el senador sabía muy bien que de ese modo estaba despojando a su hijo de sus últimas reservas de compostura y capacidad de resistencia. ¡Pero es que el propio

niño no debía permitirlo! ¡No debía permitir que le distrajeran! Tenía que ir ganando fuerza y virilidad...

—«La canción dominical del pastorcillo»... —repitió implacable, animando al niño a seguir.

Pero ya no tenía remedio. Hanno estaba con la cabeza colgando sobre el pecho, y su manita derecha, que asomaba, muy pálida y surcada de venas azules, por el puño azul marino muy apretado y con un ancla bordada del trajecito de marinero, se agarraba con una fuerza compulsiva a la cortina de brocado.

—«Me encuentro solo en vastas tierras...» —acertó a recitar aún, y luego ya no hubo nada que hacer. El tono del poema acabó con él. Un sentimiento de autocompasión, superior a sus fuerzas, hizo que se le quebrara la voz y que un incontenible río de lágrimas brotase bajo sus párpados. De repente le invadió la nostalgia de aquellas noches en las que, un poco enfermo, con dolor de garganta y algunas décimas de fiebre, Ida se acercaba a su cama para darle de beber y ponerle un paño fresquito en la frente... Se inclinó hacia un lado, apoyó la cabeza en la mano con la que se agarraba a la cortina y rompió en sollozos.

—¡Pero, bueno, hijo! —dijo el senador en tono duro e irritado mientras se ponía de pie—. A ver, ¿por qué lloras? Lo que da ganas de llorar es que, en un día como hoy, no tengas la energía suficiente para darle una alegría a tu padre. ¿Es que eres una niña? ¿Qué va a ser de ti si sigues por ese camino? ¿Piensas bañarte en lágrimas cada vez que tengas que hablar con la gente?

«¡Jamás! —pensaba Hanno desesperado—, iyo jamás hablaré con la gente!»

—Pues nada, aún tienes tiempo hasta esta tarde —concluyó el senador; y se dirigió al comedor al tiempo que Ida Jungmann se arrodillaba junto a su pupilo para secarle los ojos y consolarle, si bien con un ligero tono de reproche.

Mientras desayunaba a toda prisa, la consulesa, Tony, Clotilde y Christian se despidieron. Volverían más tarde junto con los Kröger, los Weinschenk y las Buddenbrook de la Breite Strasse para comer con Gerda, dado que el senador, le gustase o no la idea, tenía que acudir a la comida homenaje del Ratsweinkeller, aunque no pensaba quedarse mucho tiempo y esperaba encontrar a la familia todavía en su casa al llegar.

Sin llegar a sentarse a la mesa adornada con flores, se tomó un té caliente, se comió un huevo a toda prisa y, ya en la escalera, dio un par de caladas a un cigarrillo. Por el vestíbulo delantero se acercaba Grobleben, con su bufanda de lana al cuello incluso en esa época del año, una bota que estaba limpiando bajo el brazo izquierdo y el cepillo en la mano derecha, con su habitual gotón alargado colgando de la nariz, y se encontró con su señor al pie de la escalera principal, donde estaba ahora el oso disecado con la bandeja para las tarjetas entre las pezuñas.

—Ay, señor senador, cien años... Así que siempre habrá ricos y pobres...

—Bien, bien, Grobleben, muy amable, gracias... —Y el senador le puso una moneda en la mano del cepillo y siguió su camino por el vestíbulo y a través de la oficina de recepción que le quedaba más cerca. En la oficina principal se le acercó el tesorero de la empresa, un hombre alto y con ojos de persona fiel, para expresarle los mejores deseos de parte de todo el personal con escogidas frases. El senador le dio rápidamente las gracias y se dispuso a sentarse en su sitio, junto a la ventana. Sin embargo, cuando ni siquiera había echado un vistazo a los periódicos y al correo que le esperaba sobre la

mesa, llamaron a la puerta que daba al pasillo de la parte delantera y entró un grupo de gente a felicitarle.

Venían en representación de los trabajadores de los almacenes: eran seis hombres de andares pesados como los de un oso que se quedaron de pie, con las piernas un poco abiertas, haciendo girar sus gorras entre las manos y con el más profundo gesto de honradez imaginable. El portavoz escupió el tabaco de mascar al suelo, se subió los pantalones y, con un vozarrón muy tembloroso, habló de los «cien años» y de «otros muchos cientos de años»... El senador les prometió un sustancioso aumento del sueldo de esa semana y se despidió de ellos.

Luego vinieron funcionarios del fisco para felicitar a su jefe en nombre de su delegación. Cuando se marchaban, se cruzaron con un grupo de marineros, que acompañaban a los dos capitanes de los barcos de la compañía naviera del senador que se encontraban en el puerto ese día: el Wullenwewer y el Friederike Oeverdieck. Y llegó una delegación de cocheros de la empresa, vestidos con sus blusones y bombachos negros y sus chisteras. Entre todos ellos, se anunciaron también algunos ciudadanos que venían por cuenta propia. Apareció el señor Stuht, el maestro sastre de la Glockengiesserstrasse, con una levita negra por encima de una camisa de franela. Se presentaron algunos vecinos, como Iwersen, el dueño de la floristería. Un cartero muy mayor de barba blanca y ojos llorosos con aretes en las orejas, un tipo muy peculiar a quien el senador, los días en que estaba de buen humor, solía dirigirse por la calle llamándole «señor jefe del servicio de correos», ya exclamó desde la puerta:

—Mire que yo no vengo por eso, señor senador, no se crea usted que vengo yo por eso... Que la gente se cree que a to'o `l mundo que viene hoy le dan algo, pero yo no he vení'o por eso... —A pesar de todo, no tuvo reparo en llevarse su propina muy agradecido... Aquello no tenía fin. A las diez y media, la doncella anunció que la senadora estaba recibiendo a las primeras visitas en el salón.

Thomas Buddenbrook abandonó la oficina y se apresuró escaleras arriba. Antes de entrar en el salón, se detuvo medio minuto frente al espejo, se arregló la corbata y aspiró el perfume del agua de colonia de su pañuelo. Aunque sudaba, estaba pálido y tenía las manos y los pies fríos. Las visitas de la oficina ya casi le habían agotado... Tomó aire y entró a saludar a los que le esperaban en el salón bañado por el sol: el cónsul Huneus, comerciante de maderas y cinco veces millonario, su esposa, su hija y el esposo de ésta, el senador Gieseke, doctor en leyes. Habían venido ex profeso desde Travemünde, donde pasaban el mes de julio, como la mayoría de las principales familias de la ciudad, que ese día habrían de interrumpir su veraneo para celebrar el centenario de la Casa Johann Buddenbrook.

No llevarían ni tres minutos sentados en los sillones de clara tela a rayas, cuando llegó el cónsul Oeverdieck, hijo del difunto alcalde, con su esposa, de soltera Kistenmaker; y, cuando el cónsul Huneus se despedía, entró su hermano, que tenía un millón menos en el banco pero, a cambio, era senador.

Ya había comenzado el desfile. La gran puerta blanca con el bajorrelieve de amercillos con instrumentos musicales no permaneció cerrada ni un instante, permitiendo ver en todo momento el rellano de la escalera iluminado por el tragaluz, así como toda la escalera, por la que no dejaba de subir y bajar gente. Además, como el salón era muy grande y los grupitos que se formaban se entretenían charlando un rato, eran muchos más los que llegaban que los que se marchaban, y pronto no se limitaron al salón, sino

que relevaron a la doncella de la tarea de abrir y cerrar la puerta una y otra vez y se empezaron a quedar en el pasillo, también con suelo entarimado.

Todo está envuelto en un rumor, casi un fragor de voces masculinas y femeninas, apretones de manos, reverencias, bromas y fuertes y cordiales risas, que se eleva entre las columnas de la escalera y retorna en forma de eco desde el techo, desde la gran campana de cristal del tragaluz. El senador, ora junto a la escalera, ora , más hacia el interior, en el umbral de la galería, recibe las felicitaciones de unos y otros, unas serias y formales, otras más espontáneas y cordiales. Al actual alcalde, el doctor Langhals, un distinguido caballero de baja estatura que esconde su barbilla afeitada en el cuello alto con corbata de lazo, con patillas canosas no muy largas y la típica mirada cansada de los diplomáticos, todo el mundo lo saluda con el mayor respeto. Ahora llega el cónsul Eduard Kistenmaker, comerciante de vinos, junto con su esposa, de soltera Móllendorff, y su hermano y socio Stephan, el mejor amigo y más fiel seguidor del senador Buddenbrook; este último también viene acompañado por su esposa, hija de un terrateniente y de un aspecto lozano excepcional. La viuda del senador Móllendorff se ha acomodado en el centro del sofá del salón como en un trono, mientras que sus hijos, el cónsul August Móllendorff y su esposa Julchen, de soltera Hagenstrbm, liquidan sus felicitaciones enseguida, se mueven entre la multitud saludando aquí y allá. El cónsul Hermann Hagenstrdm ha encontrado en la barandilla de la escalera un buen lugar en el que descansar su orondo cuerpo y, mientras su nariz, casi aplastada contra el labio superior, echa el aire entre las barbas rojizas al resoplar, charla con el doctor Cremer, senador y jefe de la policía, en cuyo rostro sonriente, enmarcado por unas patillas castañas entrecanas, se lee la discreta inteligencia que lo caracteriza. En alguna parte sonrío con su dentadura picuda y defectuosa el doctor Moritz Hagenstrdm, el ilustre abogado, cuya bella esposa de Hamburgo, de soltera Puttfarken, también ha venido. Durante un instante el anciano doctor Grabow sostiene entre sus manos la derecha del senador Buddenbrook, pero de inmediato ha de cederle el turno aVoigt, el constructor. El reverendo Pringsheim, con traje de calle (sólo se adivina su dignidad eclesiástica por su levita larga) sube la escalera con los brazos abiertos y el rostro enteramente transfigurado de entusiasmo. También está presente FriedrichWilhelm Marcus. Aquellos caballeros que representan algún tipo de institución municipal, como el Senado, el Consejo de ciudadanos o la Cámara de Comercio, han venido de frac. Las once y media. El calor ha aumentado de forma muy notable. La señora de la casa se ha retirado a reposar durante un cuarto de hora...

De repente, en la puerta de entrada de la planta baja, se oye un alboroto de pisadas y de voces, como si llegase mucha gente junta al vestíbulo, y un vozarrón estridente resuena por toda la casa... Todo el mundo se agolpa hacia la escalera, se distribuyen por todo el pasillo, ante las puertas del salón, el comedor y la salita de fumar, y miran hacia abajo. En la planta baja intenta colocarse en orden una tropa de quince o veinte hombres con instrumentos musicales, capitaneados por un caballero con peluca castaña, barba gris al estilo de los marineros y dentadura postiza de grandes piezas amarillentas que muestra al hablar... ¿Qué sucede? ¡El cónsul Peter Dóhlmann hace su entrada acompañado por la orquesta del Stadttheater! ¡Ya viene por la escalera, agitando un paquete de programas en la mano con gesto triunfal!

Así pues, con la imposible y desmesurada acústica de aquel lugar, que hace que todos los sonidos se mezclen, los acordes se confundan de modo

que no se entiende nada y predomine sobre todo lo demás el estrepitoso rebuzno de la gran trompeta baja, tocada por un hombre gordo con expresión desesperada, comienza la serenata en honor de la Casa Buddenbrook en su centenario... Comienza con el coral Nun danket alle Gott, al que pronto sucede un arreglo sobre La bella Helena de Offenbach, al que, a su vez, seguirá un popurrí de canciones populares; un programa en verdad muy completo.

¡Qué bonita ocurrencia ha tenido Peter Dñhlmann! Todos felicitan al cónsul y ya nadie desea marcharse hasta que no termine el concierto. Se quedan de pie o sentados en el salón y el pasillo, escuchando a los músicos y charlando.

Thomas Buddenbrook se había quedado, junto con Stephan Kistenmaker, el senador doctor Gieseke y el constructor Voigt, en el otro extremo del amplísimo vestíbulo de la segunda planta, en la puerta exterior de la salita de fumar, no lejos de la otra escalera, la que conducía a la segunda planta. Apoyado en la pared, intervenía de cuando en cuando en la conversación de su grupo y, el resto del tiempo, miraba al vacío por encima de la barandilla y guardaba silencio. Ahora hacía aún más calor y resultaba aún más agobiante, aunque no había que descartar que acabase lloviendo, pues las sombras que se veían pasar por el tragaluz eran nubes. Sí, las nubes eran tantas y pasaban tan deprisa que el constante cambio de luz en las escaleras producía dolor de ojos. A cada minuto se apagaba el brillo del estuco dorado, de la araña del techo y de los instrumentos de metal de la orquesta, allá abajo, para, al minuto siguiente, recuperar todo su brillo como de un chispazo... Una sola vez duró la sombra un poco más que las otras y, entretanto, con largos intervalos se oyeron caer muy suavemente cinco, seis o siete piedrecillas sobre la campana de cristal del tragaluz: un poco de granizo, sin duda. Después, la clara luz del sol volvió a inundar la casa de arriba a abajo.

Existe un estado depresivo en el que todo aquello que, en circunstancias normales, provocaría nuestro enfado pero nos haría reaccionar de forma sana, nos entristece y nos abate profundamente. Éste era el tipo de tristeza que invadía a Thomas ante el comportamiento del pequeño Johann, ante todos aquellos fastos tan solemnes y, sobre todo, al pensar en lo que aún tenía por delante y que, ni con su mejor voluntad, se sentía capaz de afrontar. Varias veces intentó recuperar los ánimos, iluminar de nuevo su mirada y decirse a sí mismo que aquél era un hermoso día, en que debía mostrarse alegre y orgulloso. Sin embargo, aunque sentía los nervios a flor de piel (ya por el ruido de los instrumentos, ya por el rumor de voces, ya por ver a tanta gente allí reunida) y aunque, como a eso se le sumaba el recuerdo del pasado, de su padre, por momentos se veía presa de una terrible debilidad, en su interior predominaba la sensación de que todo aquello (aquella música para el populacho, para colmo deformada por la acústica del lugar, aquella muchedumbre que no hablaba más que de cenas de gala o de los índices de la Bolsa...), todo era hartamente ridículo y penoso; y era precisamente aquella peculiar mezcla de emoción y desagrado lo que le producía una tristeza rayana en la desesperación.

A las doce y cuarto, cuando el programa de la orquesta del Stadttheater se acercaba a su final, tuvo lugar un pequeño incidente que en modo alguno ensombreció ni interrumpió la celebración, pero que, por su carácter profesional, obligó al señor de la casa a abandonar a sus invitados durante unos minutos. Cuando cesó la música, subió por la escalera el aprendiz más joven de las oficinas, un muchacho bajo y jorobado que, apuradísimo al verse

rodeado de tanta gente ilustre, intentaba encoger su colorada cabeza entre los hombros aún más de lo que ya la tenía; balanceaba de forma exagerada uno de sus delgados brazos, demasiado largo en proporción con su cuerpo contrahecho, para hacer creer que venía muy relajado y dominaba la situación, y traía en la otra mano un papel doblado para el senador: un telegrama.

Mientras subía, buscaba con tímidas miradas a su jefe, y cuando lo descubrió, allá al fondo, se deslizó hasta él entre la multitud, pidiendo mil apresurados perdones a cuantos le cerraban el paso.

Su apuro era del todo infundado, puesto que nadie se fijó en él. Sin mirarle y sin dejar de charlar, se apartaron un poco y casi ninguno se dio cuenta de que le entregaba un papel al senador con una reverencia y que éste, a continuación, se excusaba un momento con Kistenmaker, Gieseke y Voigt para apartarse con el aprendiz a leerlo. Incluso en un día como aquél, en el que la inmensa mayoría de telegramas contenían meras felicitaciones, era imprescindible entregar al jefe toda la correspondencia que llegase en horario de oficinas.

En la subida a la segunda planta, el pasillo formaba un recodo y luego se prolongaba en paralelo al salón hasta la escalera de servicio, junto a la entrada lateral de éste. Frente a esta escalera, en la pared, se veía la trampilla del montacargas por donde subían la comida desde la cocina; y debajo había una mesa de tamaño considerable en la que la doncella solía limpiar la plata. Allí se detuvo el senador a abrir el telegrama, dando la espalda al aprendiz jorobado.

De pronto, sus ojos se abrieron tanto que cualquiera que le hubiese visto habría dado un paso atrás estremecido, y tomó aire con un impulso tan corto y compulsivo que al punto se le reseco la garganta y no pudo evitar toser.

Alcanzó a decir:

—Está bien. —Pero con el ruido de fondo no se le entendió—. Está bien — repitió, pero sólo sonó la primera palabra, la segunda fue un mero susurro.

Como el senador no se movía ni se daba la vuelta ni hacía ademán de retroceder, el aprendiz jorobado se balanceaba dubitativo sobre un pie y sobre otro. Luego, hizo otra de sus grotescas reverencias y se marchó por las escaleras.

El senador Buddenbrook se quedó de pie junto a la mesa. Con las manos colgando a los lados del cuerpo y en ellas el tele—

grama abierto, seguía con la boca entreabierta y una respiración tan rápida y entrecortada que le sacudía el pecho y no paraba de menear la cabeza desorientado, como si hubiese sufrido un golpe. «Ese poco de granizo..., ese poco de granizo...», repetía sin sentido. Pero después su respiración se fue sosegando, sus ojos entornados se ensombrecieron con una expresión de cansancio, casi de agotamiento, y con un pesado movimiento de cabeza se volvió hacia un lado.

Abrió la puerta del salón y entró. Despacio, con la cabeza agachada, atravesó la inmensa estancia, de suelos brillantes como un espejo, y se sentó al fondo, junto a un ventanal, en uno de los sofás rinconera de color vino. Allí hacía fresco y reinaba el silencio. Se oía el murmullo de la fuente del jardín, una mosca que zumbaba se estrelló contra el cristal de la ventana, y el vocerío del vestíbulo sólo le llegaba muy de lejos.

Abatido, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. —Está bien, está bien así... —musitó a media voz; y luego, respirando con alivio, satisfecho, liberado, repitió una vez más—: ¡Está muy bien así!

Descansó cinco minutos con los miembros relajados y expresión tranquila. Luego se puso de pie, dobló el telegrama, lo guardó en el bolsillo superior de la levita y se levantó para reunirse de nuevo con sus invitados.

Pero justo en ese momento se dejó caer de nuevo en el sofá con un gemido de asco. La música..., aquella música empezaba a sonar otra vez con un banal estrépito que parecía imitar un galope en el que los timbales y platillos marcaban un ritmo y las demás masas de sonido, con ingenua desvergüenza, lo seguían, incorporándose y fundiéndose en el horrísono conjunto hasta formar una desquiciante «empanada sonora», compuesta de gruñidos, graznidos y chirridos entre los que destacaba el enloquecido pitido del flautín...

CAPÍTULO VI

—¡Ay, Bach! ¡Johann Sebastian Bach, mi venerada señora! —exclamó el señor Edmund Pfühl, organista de la Marienkirche, recorriendo el salón muy excitado mientras Gerda, con la cabeza apoyada en la mano, sonreía sentada al piano y Hanno les escuchaba desde un sillón, abrazándose una rodilla con ambas manos—. Sin duda..., es como usted dice... : fue él, fue él quien consumó la victoria de la armonía sobre el contrapunto. ¡Él inventó la armonía moderna, de eso no cabe duda! Pero, ¿cómo llegó a ello? ¿He de decirle yo cuál fue el camino? ¡Pues fue mediante la evolución del estilo contrapuntístico! ¡Eso lo sabe usted tan bien como yo! ¿Y cuál fue, entonces, el motor de esa evolución? ¿La armonía? ¡Oh, no! ¡En modo alguno! ¡Fue el propio contrapunto, mi venerada señora! ¡El contrapunto!... Porque..., me pregunto yo..., ¿adónde habrían llevado los experimentos con la armonía pura? Yo la prevengo... ¡mientras me quede sangre en las venas la prevengo a usted de los experimentos con la armonía sin el sostén del contrapunto!

En tales conversaciones se acaloraba muchísimo y daba rienda suelta a su entusiasmo, pues en aquel salón se sentía como en su casa. Todos los miércoles por la tarde, aquella figura alta, corpulenta y con los hombros demasiado elevados, vestida con una levita de color café cuyos faldones le tapaban las rodillas, aparecía en el umbral del salón de música y, mientras esperaba a su compañera de dúo, abría con cuidado la tapa del piano, un Bechstein gran cola, ordenaba las particelle de violín en el atril tallado y tocaba un pequeño preludio con gran arte y facilidad, balanceando la cabeza con gesto complaciente.

Su asombrosa cabellera, una prodigiosa profusión de infinitos rizos diminutos, apretados, de un castaño anaranjado ya entrecano, daba la sensación de que tenía una cabeza muy grande y pesada, aunque ésta se erguía flexible sobre su largo cuello, y en el que una nuez enorme sobresalía por encima del cuello de la camisa. El bigote, muy frondoso y despeinado, del mismo color que el cabello, abultaba mucho más que su naricilla chata. Bajo los ojos, redondos, castaños y muy brillantes, la piel formaba unas pequeñas bolsas; cuando tocaba, aquellos ojos miraban las cosas con aire soñador y parecían descansar más allá de su realidad aparente. Su rostro no tenía nada especial, nada había en él que indicase gran inteligencia ni gran talento. Solía mantener los párpados entornados y a menudo relajaba tanto su bien afeitada barbilla que, aunque el labio superior no llegaba a separarse

del inferior, la expresión de su boca, cerrada y sin embargo flácida, como la de alguien que está a punto de quedarse dormido, le hacía parecer embobado, por no decir algo peor.

Por otra parte, aquella blandura general de su físico contrastaba de manera peculiar con la severidad y la dignidad de su carácter. Edmund Pfühl era, además, un organista muy apreciado, y su fama como gran conocedor del contrapunto no se limitaba a las fronteras de la ciudad en la que vivía. El breve libro sobre los modos eclesiásticos que había publicado se recomendaba en dos o tres conservatorios como bibliografía fundamental para continuar los estudios en privado, y las fugas y corales que componía se tocaban en toda iglesia o recinto que dispusiera de un órgano para rendir culto al Señor. Estas composiciones, así como las fantasías que interpretaba los domingos en la Marienkirche, cumplían rigurosamente las múltiples e implacables normas que el «contrapunto estricto» impone en aras de una dignidad lógico—moral. Su esencia estaba más allá de toda belleza terrenal y lo que expresaban escapaba a la sensibilidad puramente mundana de los no iniciados. En ellas se hacía patente y triunfaba por encima de todo una técnica transformada en religión ascética, un dominio de la técnica transformado en fin en sí mismo, elevado a la categoría de lo absoluto y sagrado. Edmund Pfühl concedía muy poco valor a la complacencia y hablaba sin amor ninguno de la melodía bella, eso era cierto. Y pese a todo, por inexplicable que parezca, ni tenía un carácter frío y seco ni era una persona envarada. «¡Palestrina!», exclamaba de modo tan categórico que ciertamente intimidaba. Sin embargo, a continuación, cuando interpretaba piezas de música antigua, su rostro era pura blandura, arrebatado y ensoñación, y como si considerase ese producto inmediato como el fin último de todo acontecimiento, su mirada se posaba en la lontananza de lo sagrado... Mirada de músico, que parece vaga y vacía porque se dirige a un mundo donde reina una lógica mucho más profunda, pura, perfecta e inmediata que la de los conceptos e ideas de nuestro lenguaje.

Tenía las manos muy grandes, blandas, se diría que sin huesos, y cubiertas de pecas..., como blanda y hueca (como si se le hubiese atascado un bocado de comida en la garganta) era la voz con la que saludaba a Gerda Buddenbrook cuando ésta retiraba las cortinas y entraba desde el comedor:

—A su servicio, señora mía.

Mientras se levantaba un poco de la banqueta e inclinaba la cabeza en actitud devota para sostener y besar la mano que ella le tendía, con la izquierda atacaba ya una serie de quintas, tras lo cual Gerda cogía su Stradivarius y lo afinaba con oído certero.

—Vamos a tocar el Concierto en sol menor de Bach, señor Pfühl. Me parece que el adagio todavía deja bastante que desear.

Y el organista tocaba el acompañamiento. Mas, apenas sonaban los primeros compases, se veía abrirse con absoluto sigilo la puerta del pasillo y, de puntillas y sin hacer ningún ruido, el pequeño Hanno se deslizaba por la alfombra hasta alguna butaca. Allí se sentaba, se abrazaba una rodilla con ambas manos, se quedaba muy quieto y callado y les escuchaba; escuchaba tanto lo que tocaban como lo que decían.

—¿Qué, Hanno, vienes a disfrutar con un poquito de música? — preguntaba Gerda aprovechando algún descanso, dirigiendo hacia él aquellos ojos casi juntos y siempre rodeados de sombras azuladas a los que la música confería un brillo húmedo muy especial.

Entonces Hanno se levantaba y le tendía la mano al señor Pfühl con una muda reverencia, y el organista le acariciaba cariñosamente la cabeza, con

aquellos bucles de color castaño claro que con tanta gracia le cubrían desde las sienes hasta la frente. —Ahora, escucha, hijo mío —decía con enfática dulzura, y el niño miraba con cierto recelo aquella enorme nuez que subía y bajaba por el cuello del organista mientras hablaba, y luego volvía a su sitio sigiloso y presto, como si no pudiera esperar a que se reanudase la música y las conversaciones.

Tocaban un movimiento de Haydn, algunas páginas de Mozart, una sonata de Beethoven. Y después, mientras Gerda buscaba partituras nuevas sujetando el violín bajo el brazo, llegaba la sorpresa: el señor Pfühl, Edmund Pfühl, organista de la Marienkirche, comenzaba un preludio, eso sí, en un estilo en verdad extraño, y el brillo de su mirada de músico, perdida en la lejanía, revelaba algo parecido a una tímida felicidad. De sus dedos nacía un murmullo que iba creciendo y extendiéndose y complicándose y a partir del cual, al principio de forma muy suave, tan sutil que se desvanecía de nuevo, después cada vez más claro y enérgico, se desplegaba un motivo de marcha de una grandiosidad magnífica, rimbombante como la música de otro tiempo... Un aumento de la intensidad y la tensión, una evocación, una transición... y con la resolución del pasaje entraba, en fortissimo, el violín. Sonaba el preludio de Los maestros cantores. Gerda Buddenbrook era una apasionada de la música contemporánea. En cuanto al señor Pfühl, le inspiraba tan furibundo rechazo que, al principio, la senadora había dudado seriamente de que accediese a seguir tocando con ella.

El día en que, por primera vez le había puesto en el atril algunas partituras del arreglo para piano de Tristán e Isolda, pidiéndole que las tocara para ella, a los veinticinco compases él se había levantado de un salto dando muestras del asco más profundo y, corriendo del piano al mirador y del mirador al piano, le había dicho:

—Yo esto no lo toco, mi querida señora; seré su más devoto servidor, pero esto no lo toco! Esto no es música... Hágame caso, por Dios, que siempre me he creído en disposición de decir que entiendo un poco de música. ¡Esto es el caos! ¡Es demagogia, blasfemia y desvarío! ¡Esto es cómo humareda perfumada de la que salen relámpagos! ¡Es el fin de toda moral en el arte! ¡No pienso tocarlo! —Y con estas palabras había vuelto a arrojar sobre la banqueta y, mientras la nuez le subía y le bajaba por el cuello, tragando saliva y tosiendo con estupor, había logrado seguir otros veinticinco compases para, a continuación, cerrar la tapa del piano y exclamar—: ¡Puf! ¡Ay, no, Dios mío misericordioso, esto es demasiado! Discúlpeme usted, señora mía, pero se lo voy a decir abiertamente... Ya sé que recibo unos honorarios, que siempre me ha pagado usted por mis servicios..., y yo vivo en condiciones modestas. Pero mire que estoy dispuesto a prescindir de ello, ¡renuncio a mi puesto si me obliga a estas infamias! Y delante del niño... ¡Con el niño delante, ahí sentadito en su butaca! Ha entrado de puntillas para escuchar la música. ¿Es que quiere envenenar su espíritu?

No obstante, por terrible que fuese su reacción, lentamente y paso a paso, con buenas palabras y con la fuerza de la costumbre, la senadora fue ganándose al organista.

—Pfühl —le decía—, sea usted sensato y tómese el asunto con calma. La manera inusual en que este compositor hace uso de la armonía le confunde a usted... Claro, en comparación con él, Beethoven le resulta pulcro, transparente y natural. Pero tenga usted en cuenta que también Beethoven escandalizaba a sus contemporáneos, formados en un estilo más conservador..., y el propio Bach, ¡por Dios, cuántas veces no le echaron en cara su falta de consonancia y de claridad! Habla usted de moral, pero, ¿qué

es lo que entiende por moral en el arte? Si no me equivoco, es lo contrario de cualquier forma de hedonismo, ¿no es cierto? Bien, pues eso es lo que tenemos aquí. Igual que en Bach. Pero de un modo más grandioso, más consciente, más profundo que en Bach. Créame, Pfühl, iesta música está mucho más cerca de lo que piensa de esos ideales que usted defiende!

Juegos malabares y sofismas..., con perdón —farfulló el señor Pfühl.

Pero ella no dejaba de tener razón. Aquella música, en el fondo, no le era tan ajena como creyera al principio. Ciertamente es que con el Tristán nunca llegó a reconciliarse del todo, pero al final accedió a los ruegos de Gerda y compuso un arreglo del «Liebestod» para violín y piano ciertamente logrado. Primero fueron ciertos pasajes de Los maestros cantores los que consideró dignos de algún que otro elogio, y, a partir de ahí, comenzó a surgir en su interior una pasión cada vez más fuerte por aquel arte. Jamás lo reconocería, casi se espantaba al pensarlo y renegaba de ello refunfuñando. Sin embargo, y a la vista de que los viejos maestros le habían dado la razón, su compañera ya no tenía que insistirle para que tocara acordes más complejos y con aquella expresión de tímida y casi indignada felicidad en la mirada, fuese profundizando en la técnica del leitmotiv. Al terminar de tocar, en cambio, solía surgir alguna discusión sobre las relaciones entre este nuevo estilo y el contrapunto estricto, y, un buen día, el señor Pfühl le comunicó que, si bien el tema no era de su interés personal, se veía obligado a añadir a su libro sobre los modos eclesiásticos un anexo titulado «Sobre el uso de los modos antiguos en la música religiosa y profana de Richard Wagner».

Hanno permanecía sentado sin decir nada, con las manitas alrededor de la rodilla, según su costumbre, y jugueteando con la lengua en una muela, lo que le deformaba un poco la boca. Observaba a su madre y al señor Pfühl con los ojos muy abiertos y fijos. Escuchaba con suma atención lo que tocaban y lo que decían, y así fue como, desde que diera sus primeros pasos, consideró la música como algo extraordinariamente serio, importante y profundo. Apenas entendía una palabra de aquellas conversaciones, y también la música que escuchaba escapaba por completo a su entendimiento infantil. Si, a pesar de todo, seguía entrando en el salón y permanecía horas y horas inmóvil y sin aburrirse, era porque le movían la fe, el amor y la devoción.

Tenía siete años cuando hizo sus primeros intentos de repetir al piano ciertas series de acordes que le habían impresionado. Su madre le miraba sonriendo, corregía los acordes que él buscaba con silencioso afán y le explicaba por qué no podía faltar tal o cual nota para que esa constelación desembocara en la siguiente. Y el niño constataba de oído lo que le decía.

Después de dejar que investigase a sus anchas con el piano durante un tiempo, Gerda Buddenbrook decidió que Hanno recibiera clases.

—Creo que no valdría para solista —le dijo al señor Pfühl—, y, en el fondo, me alegro, pues eso también tiene su parte negativa. No me refiero a la dependencia del acompañamiento por parte de todo solista, y eso que, en determinadas circunstancias, esa relación también puede ser muy estrecha, pues si yo no contara con usted... Pero, claro, también caer en un virtuosismo más o menos completo supone cierto peligro... Como ve, conozco bien la situación. Le confieso abiertamente que, para cualquier solista, la música en realidad no llega hasta que no alcanza un alto grado de destreza. En el caso de un instrumentista mediocre, esa necesidad de concentrarse en exclusiva en la voz superior, en su fraseo y su estructura, sin tomar conciencia de la polifonía más que como segundo plano muy vago y general, enseguida puede conducir a una reducción del sentido de la armonía

y de la visión de conjunto, y eso luego resulta muy diícil de corregir. Yo amo el violín y he llegado bastante lejos con él, pero, en el fondo, considero que el piano es un instrumento más completo y elevado... Sólo le digo una cosa: yo pienso que el dominio del piano, puesto que es el medio que permite comprender las más complejas y ricas construcciones musicales, un medio inigualable de reproducir cualquier pieza musical, implica una relación con la música mucho más íntima, más clara y más amplia... Escuche, Pfühl, me gustaría mucho que se encargara usted mismo de enseñarle, tenga usted la bondad. Sé que en la ciudad hay otras dos o tres personas, creo que del sexo femenino, que imparten clases, pero no son más que profesoras de piano, ya entiende lo que quiero decir... No se trata sólo de aprender a tocar un instrumento, sino que es mucho más importante entender un poco la música, ¿no está de acuerdo? Confío en usted. Usted lo toma mucho más en serio. Y verá cómo logra excelentes resultados con él. Tiene las manos de los Buddenbrook. Los Buddenbrook llegan perfectamente a las novenas y las décimas..., aunque usted tampoco concede demasiada importancia a eso — concluyó riendo, y el señor Pfühl se declaró dispuesto a hacerse cargo de las clases.

A partir de entonces, acudió también los lunes por la tarde para ocuparse de Hanno, mientras Gerda permanecía sentada en la sala de estar. No seguía los métodos habituales, pues presentía que el ferviente entusiasmo mudo de aquel niño merecía algo más que aprender a tocar un poco el piano. En cuanto pasaron de las cuestiones más elementales, comenzó a explicar a su alumno algunos conceptos teóricos sobre los fundamentos de la armonía de una manera comprensible para su edad. Y Hanno le entendía, pues, en realidad, aquellas explicaciones tan sólo venían a confirmar lo que sabía desde siempre.

En el mayor grado posible, el señor Pfühl tenía en cuenta el ansia de avanzar del pequeño. Con cariñosa cautela, trataba de aligerar el lastre con que la materia ata las alas de la fantasía y dificulta el vuelo de un talento que arde por emprenderlo. Por ejemplo, no le exigía una gran agilidad de dedos en la práctica de las escalas, o, mejor dicho, ése no era el objetivo de dicho estudio. Lo que perseguía, y no tardó en conseguir, era más bien una visión clara, completa y profunda del conjunto de las tonalidades, un dominio sólido, interiorizado, de todas sus posibles relaciones y de las modulaciones apropiadas, a partir del cual en poco tiempo podría desarrollar esa rapidez para hallar combinaciones interesantes y esa intuición especial para las múltiples posibilidades del teclado que abre el camino a la fantasía y la improvisación. Con una sensibilidad conmovedora, el señor Pfühl encontraba la manera de satisfacer las necesidades espirituales de aquel alumno de oídos mimados desde su más tierna infancia, las cuales apuntaban a un estilo serio. No trataba de aligerar la profunda y solemne seriedad con que Hanno se acercaba a la música enseñándole cancioncillas banales. Le hacía tocar corales y no le dejaba pasar de un acorde al siguiente sin antes asegurarse de que comprendía sus funciones y el proceso armónico subyacente.

Al tiempo que bordaba o leía, Gerda seguía el transcurso de las clases a través de las cortinas que separaban el salón de música y la sala de estar.

—Supera usted todas mis expectativas —decía de cuando en cuando el señor Pfühl—. Pero, ¿no cree que está yendo demasiado lejos? Según veo, su método es eminentemente creativo... A veces parece que Hanno quiera hacer ya sus primeros intentos de improvisar sobre el teclado. Pero si no está a la altura de su método, si no está lo bastante dotado, no aprenderá nada...

—Está a la altura —dijo el señor Pfühl y asintió con la cabeza—. A veces observo sus ojos... y tienen tanto que decir... Eso sí, la boca la mantiene cerrada. Más adelante, en la vida, que quizá se encargue de cerrársela aún más, necesitará un medio de expresarse, de hablar...

La senadora miró a aquel músico corpulento, con su imponente cabellera rojiza, sus bolsas bajo los ojos, su bigote abultado y su enorme nuez subiéndolo y bajándolo por el cuello, y luego le tendió la mano y le dijo:

—Se lo agradezco mucho, Pfühl. Sus intenciones son buenas y todavía no podemos saber cuánto bien le está haciendo al niño. El agradecimiento que sentía Hanno hacia aquel maestro y su entrega no tenían límites. Él, que a pesar de todas las clases particulares del mundo, en el colegio seguía viendo sus tareas de cálculo como una especie de horror impenetrable que no entendería jamás, sentado al piano comprendía todo lo que le explicaba el señor Pfühl; lo comprendía todo y lo asimilaba como uno sólo es capaz de asimilar lo que sabe desde siempre. Edmund Pfühl, con su levita larga de color café, era para él como un ángel grande que venía cada lunes por la tarde para llevárselo en sus brazos a un mundo de sonidos muy alejado de las miserias cotidianas, en el que reinaban la suavidad, el consuelo y una siempre dulce seriedad.

A veces daban la clase en casa del señor Pfühl, una gran casa antigua, de las que tenían fachada con frontón y múltiples pasillos y recovecos, y donde el organista vivía con la única compañía de un ama de llaves de avanzada edad. A veces, algún domingo, al pequeño Buddenbrook incluso le permitían asistir al servicio religioso en la Marienkirche desde el coro, una experiencia totalmente distinta a la de estar abajo, en los bancos, con el resto de la gente. Ellos dos se sentaban arriba, por encima de los feligreses e incluso por encima del reverendo Pringsheim en el púlpito, rodeados de las potentes masas sonoras que ellos mismos desencadenaban y dominaban: los dos juntos, pues Hanno, que apenas cabía en sí de entusiasmo y orgullo, ayudaba a su maestro a manejar los registros. Sin embargo, cuando terminaba la parte instrumental con que concluía el coral entonada por los fieles y el señor Pfühl levantaba lentamente los dedos del teclado, dejando que tan sólo resonara la última nota del bajo, la fundamental; cuando, a continuación, después de un estudiado silencio para mover a los fieles a la contrición, comenzaba a percibirse la voz engolada del sacerdote desde el púlpito, no era raro que el señor Pfühl, a su vez, empezara a burlarse o a reírse del sermón en general y de la manera de hablar del reverendo Pringsheim en particular, de aquel dialecto de Franconia estilizado a su manera, de sus vocales turbias y sus peculiares acentos, de sus suspiros y de los bruscos cambios que experimentaba su rostro, que pasaba del más sombrío pesar a la transfiguración gozosa. Y entonces Hanno también se reía, por lo bajo y profundamente divertido, pues sin necesidad de mirarse y, por supuesto, sin decirlo, ambos estaban de acuerdo en que aquel sermón era pura palabrería y que el verdadero servicio religioso consistía justo en aquello que tanto el reverendo como sus feligreses creían un simple aderezo para aumentar la devoción, a saber: la música.

Ay, sí, el gran pesar del señor Pfühl era lo poco que comprendían su arte todos aquellos senadores, cónsules y ciudadanos sentados en los bancos de abajo con sus respectivas familias, y por eso mismo le gustaba tener al lado a su joven alumno, a quien al menos podía explicar en voz baja que aquello que acababa de tocar era algo de una dificultad extraordinaria. Se recreaba en los mayores artificios técnicos. Por ejemplo, un día había realizado una «imitación retrogradada», es decir, una melodía que resultaba idéntica con

independencia de que se leyera en el orden normal o de atrás hacia delante; y partir de ella, construyó luego una fuga entera que también podía tocarse «retrogradada».

—Nadie se ha dado cuenta —decía meneando la cabeza con desconsuelo. Y luego, mientras el reverendo Pringsheim pronunciaba su sermón, susurraba a Hanno—: Eso ha sido una imitación retrogradada, Johann. Todavía no sabes lo que es... Verás, es una imitación del tema de atrás hacia delante, de la última nota a la primera..., una cosa muy difícil. Ya aprenderás en su momento lo que significa la imitación en el contrapunto estricto... Yo nunca te atormentaré con las retrogradaciones ni te obligaré a que las hagas... Tampoco es imprescindible dominar eso. Eso sí, nunca te fíes de quienes dicen que son meros juegos de ingenio sin ningún valor musical. Encontrarás retrogradaciones en las obras de los grandes compositores de todos los tiempos. Sólo los tibios y los mediocres rechazan esta práctica por pura soberbia. Humilde es lo que hay que mostrar; acuérdate bien de esto, Johann.

El 15 de abril de 1869, por su octavo cumpleaños, ante toda la familia reunida en el salón, Hanno tocó a dúo con su madre una pequeña fantasía que él mismo había inventado, a partir de un motivo muy sencillo que le había llamado la atención y que había elaborado un poco. Por supuesto, cuando se lo enseñó al señor Pfühl, éste hizo sus correspondientes objeciones.

—Pero, ¡qué final tan teatral es ése, Johann! ¿A ti te parece que es coherente con el resto? Al principio todo es muy correcto, pero ya me gustaría saber cómo llegas aquí desde un si mayor al acorde de cuarta y sexta sobre la subdominante con la tercera bemol. ¡Eso son bufonadas! Y, para colmo, lo tocas con trémolo. Pues será que lo has oído en alguna parte... ¿De dónde sale? Creo que ya lo sé. Escuchas con mucha atención cuando tu señora mamá me obliga a tocar ciertas cosas... Cambia ese final, hijo, y será una obrita muy linda y bien hecha.

Pero era precisamente aquel acorde menor y aquel final lo que más importaba a Hanno, y a su madre le hizo tanta gracia que lo dejaron como estaba. Cogió el violín, primero tocó la voz superior al unísono con el piano y, mientras Hanno repetía la pieza entera sin más, ella iba variando la melodía hasta un final en tiradas de fusas. El resultado sonaba espectacular, Hanno le dio un beso henchido de gozo, y de ese modo interpretaron la pieza delante de la familia el 15 de abril.

La consulesa, la señora Permaneder, Christian, Clotilde, el cónsul Kröger y su esposa, el director Weinschenk y su esposa, las Buddenbrook de la Breite Strasse y la señorita Weichbrodt habían acudido a las cuatro de la tarde a comer a casa del senador y su esposa para celebrar el cumpleaños de Hanno; ahora estaban todos reunidos en el salón y miraban expectantes al niño, sentado al piano con su trajecito de marinero, así como a la elegante y exótica Gerda, que empezó tocando una magnífica cantilena sobre la cuerda de sol y después, con la impecable destreza del mayor virtuoso del instrumento, desplegó todo un torrente de perlas y espumosas figuraciones. El alambre de plata del talón del arco del violín brillaba a la luz de las lámparas de gas.

Hanno, pálido de excitación, apenas había sido capaz de probar bocado; ahora, en cambio, su entrega a aquella música (que, ¡ay!, en dos minutos se habría terminado) era tan grande y profunda que se había olvidado de cuanto le rodeaba. Aquella obrita poseía un carácter más armónico que rítmico, y resultaba muy chocante el contraste entre los recursos musicales

tan simples, infantiles y rudimentarios con que estaba compuesta y la manera tan solemne, apasionada y casi refinada en que Hanno los ejecutaba y subrayaba en todo momento. Al preparar una nota de transición importante,ladeaba la cabeza y la movía suavemente hacia delante, como si quisiera acompañar el sonido con su cuerpo; o, sentado en el borde de la banqueta, buscaba dar a cada nuevo acorde un mayor valor expresivo ayudándose de los correspondientes pedales. De hecho, si el pequeño Hanno perseguía un efecto determinado, aunque sólo fuera para sí mismo, no lo hacía tanto por la naturaleza expresiva de dicho efecto como por los sentimientos que despertaba en él. Cualquier giro armónico, por simple que fuese, adquiría un significado más elevado, misterioso y precioso por el peso que él le confería y por cómo hacía esperar su entrada. Cuando Hanno arqueaba las cejas y la parte superior de su cuerpo se elevaba y se mecía como una ola para obtener una sonoridad repentinamente delicadísima, cualquier acorde, cualquier nueva armonía, la entrada de cualquier elemento adquiría una enorme capacidad de sorprender a cualquiera... Y ahora venía el final, aquel final que tanto amaba Hanno, el culmen de lo rudimentario—ala—par—que—sublime. Pianissimo y tremolo, envuelto en el perlado y espumoso tintineo de las fusas del violín, entraba el acorde de mi menor... Iba en aumento, crecía, parecía que se hinchaba lenta, muy lentamente; en forte añadía Hanno la disonancia, el do sostenido que habría de reconducir a la tónica, y, mientras el Stradivarius seguía haciendo virtuosas figuras en torno a ese do sostenido, el acorde disonante del piano se intensificaba hasta un fortísimo. No quería llegar a la resolución, la retrasaba, tanto para sí mismo como para el público. ¿Qué supondría aquella resolución, aquella gozosa liberación de resolver en sí mayor? ¡Una dicha sin fin, una satisfacción de una dulzura desbordante! ¡La paz! ¡La serenidad! ¡El reino de los Cielos! ... Aún no..., ¡aún no! Un instante más de dilación, de espera, de tensión, pues ha de hacerse del todo insoportable para que la liberación resulte tanto más deliciosa... Un último, ultimísimo momento de ese imperioso y angustioso anhelo, de esa ansia de todo el cuerpo, de ese deseo refrenado hasta la crispación más extrema; deseo que, a pesar de todo, aún se niega a cumplirse y a traer la liberación, porque sabe algo fundamental: la felicidad sólo dura un instante... El cuerpo de Hanno se elevó lentamente, sus ojos se tornaron gigantescos, sus labios apretados comenzaron a temblar, como también las tiernas aletas de su nariz al tomar aire entrecortadamente..., y luego ya no hubo forma de contener el estallido de placer. Llegó, se apoderó de él y él ya no opuso resistencia alguna. Sus músculos se relajaron y, exhausto, su cabeza cayó sobre un hombro, sus ojos se cerraron y una sonrisa de infinita beatitud, lánguida hasta lo doliente, se dibujó en sus labios, mientras el violín seguía con sus tintineantes, susurrantes, envolventes y por fin apoteósicas fusas, el tremolo, al que ahora se añadían arpeggios en el bajo, resolvía en sí mayor, se apresuraba a llegar a un fortissimo y, con un acorde corto y seco, como un fogonazo, se terminaba.

Era imposible que el efecto de aquella música sobre Hanno no se extendiese también a quienes le escuchaban. La señora Permaneder, por ejemplo, no había entendido ni lo más mínimo de todo aquel dramático proceso. Sin embargo, había visto la sonrisa del niño, los movimientos de su cuerpo, cómo su delicada cabecita caía exhausta hacia un lado... y aquella visión de su adorado Hanno había bastado para conmovérlo en lo más hondo de su corazón, ya de por sí muy propenso a ello.

—¡Ay, cómo toca el niño! ¡Cómo toca! —exclamó y, a punto de llorar, corrió hasta él y lo estrechó entre sus brazos—. ¡Ay, Ger

da, Tom, va a ser un Mozart, un Meyerbeer, un... ! —y como le costaba encontrar un tercer nombre de la misma categoría, se limitó a cubrir de besos a su sobrino, que seguía sentado en su banqueta, con las manos en el regazo y los ojos ausentes, todavía agotado.

—¡Tony, por Dios, ya está bien! —musitó el senador—. Te lo, ruego, ile estás llenando la cabeza de pájaros!

CAPÍTULO VII

Thomas Buddenbrook no estaba nada contento con el carácter y el desarrollo del pequeño Johann. En su momento, aunque los burgueses estrechos de miras y fácilmente impresionables no lo vieran con buenos ojos y menearan la cabeza, se había casado con Gerda Arnoldsén porque se sentía lo bastante fuerte y libre para hacer gala de un gusto más distinguido que el del resto de la masa, sin que su imagen de eficiente y respetable miembro de la burguesía se resintiera por ello. Pero, ahora, ¿podía permitir que aquel heredero que tanto se había hecho esperar y cuya apariencia externa, física, manifestaba ciertos rasgos de su familia paterna perteneciese tan entera y exclusivamente a su madre? ¿Podía permitir que aquel heredero (de quien se esperaba que, llegado el día, relevase a su padre y, con mayor fortuna y libertad de movimiento que éste, continuase el trabajo al que había dedicado su vida entera) manifestase unas inclinaciones y una naturaleza que despertaban extrañeza y hacían que se sintiera un extraño respecto al entorno en el que estaba llamado a vivir y a ejercer esa su labor, es más, respecto a su propio padre?

Hasta entonces, el hecho de que Gerda tocara el violín no había supuesto para Thomas sino un atractivo más que la convertía en una persona especial, como lo eran aquellos extraños ojos que tanto amaba, su magnífica cabellera de color rojo oscuro y, en general, su exótica apariencia; sin embargo, ahora que comprobaba cómo aquella pasión por la música que a él le era por completo ajena se apoderaba de su hijo desde tan temprano y de modo tan profundo, veía la música como una fuerza enemiga que se alzaba entre él y el niño, a quien sus esperanzas querían convertir en un auténtico Buddenbrook: un hombre fuerte de mentalidad práctica, con una fuerte tendencia a la extroversión y un fuerte deseo de poder y de conquista. Dado, por otra parte, el estado de irritación y desánimo en que se hallaba, el senador tenía la sensación de que aquella fuerza enemiga amenazaba con hacer de Hanno un extraño en su propia casa.

No estaba en condiciones de acercarse a la música de la manera en que Gerda y su amigo —ese tal Pfühl— participaban de ella, y Gerda, bastante elitista e intolerante en cuestiones artísticas, aún le dificultaba más ese acercamiento, con verdadera crueldad.

Thomas Buddenbrook nunca había creído que la esencia de la música pudiera ser algo tan ajeno a su familia como le parecía ahora. A su abuelo le gustaba tocar un poco la flauta, y él mismo siempre había disfrutado escuchando bellas melodías, ya fuera porque transmitían una graciosa ligereza o cierta melancolía o un ritmo y un carácter animado. Pero si confesase que le gustaba alguna pieza de ese tipo, podía dar por sentado que Gerda se encogería de hombros y con una sonrisa compasiva le diría:

—¡Pero cómo es posible, amigo mío! Algo con tan poco valor musical... Odiaba eso del «valor musical», una expresión que para él sólo podía ir unida a una fría soberbia. Sentía ganas de rebelarse contra esa idea en presencia de Hanno. Más de una vez había sucedido y, tras comentarios semejantes por parte de su esposa, él replicaba:

—Pues, mira, querida, en mi opinión, esa forma de esgrimir el argumento del «valor musical» denota mal gusto y una mente muy poco abierta.

Y ella, a su vez, respondía:

—Thomas, de una vez por todas te diré que jamás entenderás nada de la música como arte, y con todo lo inteligente que eres, nunca serás capaz de ver que la música es mucho más que un pequeño placer para los oídos que nos alegra la sobremesa. Cuando se trata de música, pierdes por completo la capacidad de juzgar lo que es banal, capacidad de la que no careces en otros campos, claro..., pero es que ése es justo el criterio para entender el arte. Ya se nota lo ajena que te resulta la música en que tus gustos musicales no se corresponden en absoluto con el resto de tus aspiraciones e ideas. ¿Qué es lo que te gusta de la música? Un espíritu de optimismo simplón que, de encontrarlo en un libro, despreciarías irritado o, por lo menos, te daría cierta risa. La inmediata realización de todos los deseos que apenas han emergido a la superficie..., la fácil y complaciente satisfacción de un anhelo que apenas se ha despertado... ¿Acaso la vida es como una bella melodía? Eso es un idealismo de lo más burdo...

El la entendía, entendía perfectamente lo que decía Gerda. Pero no podía suscribirlo porque él no lo sentía así, y seguía sin ver por qué aquellas melodías que lo conmovían o le alegraban el ánimo tenían que ser fútiles e inferiores y por qué otras piezas que se le antojaban caóticas y muy duras de escuchar poseían el más alto valor musical. Se sentía a las puertas de un templo en el que Gerda, con gesto implacable, le prohibía poner el pie... y lleno de pesar, veía cómo ella desaparecía en su interior con el niño.

No dejaba que se notase en absoluto la preocupación con que veía cómo él y su hijo se iban alejando, y le horrorizaba dar la sensación de que luchaba por el favor del pequeño. También es cierto que, durante el día, disponía de muy poco tiempo libre para estar con él; sin embargo, a veces, durante las comidas, le trataba con una cariñosa camaradería, no exenta de cierta dureza que, en el fondo, buscaba animar un poco a Hanno.

—Bueno, muchachote —le decía con unas palmaditas en la cabeza mientras se sentaba a la mesa junto a él, enfrente de Gerda—. ¿Qué tal vamos? ¿Qué hemos hecho hoy? ¿Estudiar? Bueno, bueno. . . ¿Y tocar el piano? ¡Eso está bien! Pero tampoco hay que excederse, que luego no nos quedan ganas para hacer nada más y tenemos que pasarnos las vacaciones de Pascua pegados a los libros...

Ni un solo músculo de su cara revelaba la recelosa tensión con que esperaba cómo entendería y respondería Hanno a su intento de acercamiento; nada delataba la punzada de dolor que sentía en su interior cuando el niño se limitaba a rozarle con aquellos huidizos ojos de color miel, siempre rodeados de sombras azuladas, sin llegar siquiera a mirarle a la cara, y se inclinaba sobre su plato sin decir palabra.

Habría sido un disparate tomarse a pecho aquella torpe timidez infantil. Cuando estaban todos juntos, por ejemplo mientras cambiaban los platos, era su obligación ocuparse un poco del niño, poner un poco a prueba sus habilidades, fomentar su sentido práctico y el conocimiento del mundo que le rodeaba... ¿Cuántos habitantes tenía la ciudad? ¿Qué calles llevaban desde el Trave a la parte alta de la ciudad? ¿Cómo se llamaban los almacenes de la

empresa? A ver, hijo, responde con rapidez y precisión. Pero Hanno no decía palabra. No por rebeldía hacia su padre, no para hacerle daño. Pero los habitantes, las calles e incluso los almacenes, que en circunstancias normales simplemente le hubieran resultado indiferentes, elevados a la categoría de materia de examen le inspiraban un profundo y desesperado rechazo. Por animado que hubiese estado un rato antes, incluso si había estado charlando un poco con su padre, en cuanto la conversación adquiría un ligero tono de examen, el niño se hundía en el más absoluto desaliento y su capacidad de resistencia quedaba reducida a cero. Se le nublaba la vista, la boca cobraba una expresión compungida, y él se veía invadido, sobre todo, por un inmenso pesar ante la falta de delicadeza de su padre, que ya debía de saber que aquellos intentos no conducían a nada bueno, y que ahora se había amargado la comida y se la había amargado a todos. Con los ojos llenos de lágrimas, inclinaba la cabeza sobre su plato. Ida le daba un suave codazo y le soplabla las respuestas, las calles, los nombres de los almacenes... Pero, ¡ay!, no servía de nada. ¡De nada! Ella no había entendido lo que le pasaba. Porque lo cierto es que él sí sabía aquellos datos, o por lo menos algunos, y habría sido muy fácil complacer a su padre hasta cierto punto, si no hubiera sido porque una tristeza superior a sus fuerzas se lo impedía... Una sola palabra en tono severo por parte de su padre, un mero golpe de su tenedor sobre el mango del cuchillo, bastaban para que se estremeciera. Lanzaba una mirada a su madre y a Ida e intentaba hablar, pero ya las primeras sílabas quedaban ahogadas por los sollozos... Era imposible.

—¡Basta! —exclamaba el senador furioso—. ¡No digas nada! ¡Ya no quiero oír nada! ¡No hace falta que me digas nada! ¡Puedes continuar sin decir palabra y ahí encogido como un pollo asustado el resto de tus días!

Por otro lado, aquella debilidad y tendencia a la ensoñación, aquellos llantos por cualquier cosa, aquella absoluta falta de vigor y de frescura, eran el punto por el que atacaba el senador cuando quería expresar sus fuertes reparos respecto a la pasión de Hanno no por la música.

La salud del niño siempre había sido delicada. Sobre todo la dentadura le había causado molestias y dolorosos trastornos desde siempre. La fiebre y las convulsiones que le causó la primera dentición habían estado a punto de costarle la vida, y luego siempre había tenido tendencia a las infecciones de encías y a la formación de llagas, que Mamsell Jungmann solía sajarle con la punta de un alfiler cuando estaban maduras. Ahora, en edad de cambiar los dientes, el sufrimiento era aún mayor. Hanno padecía unos dolores que casi agotaban sus fuerzas y pasaba noches y noches sin dormir, gimiendo y llorando en voz muy baja, en un estado de abatimiento febril provocado por el propio dolor. Sus dientes, tan bonitos y blancos de aspecto como los de su madre, eran, sin embargo, muy débiles y sensibles, y no le crecían bien sino que se empujaban unos a otros. Así pues, para poner remedio a todos aquellos males, en la corta vida del pequeño Johann hubo de entrar un personaje terrorífico: el señor Brecht, el dentista de la Mühlenstrasse.

Ya el apellido de aquel hombre recordaba a Hanno con horror el ruido que hace la mandíbula cuando se arranca una muela después de mucho tirar, retorcer y desencajar la raíz del hueso; y su corazón se encogía de miedo mientras pasaban los minutos en la sala de espera, sentado en un sillón enfrente de la fiel Ida Jungmann, respirando el fuerte e inconfundible olor de aquel lugar y leyendo revistas hasta que aparecía en el umbral del quirófano el señor Brecht, con un «por favor» tan cortés como escalofriante.

Aquella sala de espera contaba con una atracción especial, un peculiar elemento de interés: un orondo papagayo de colores y ojillos venenosos metido en una jaula de barrotes metálicos que había en un rincón por alguna razón desconocida; se llamaba Josephus. Con voz de vieja rabiosa solía repetir: «Siéntese un momento...», y aunque, a la vista de las circunstancias, sonaba a terrible sarcasmo, Hanno sentía por él una mezcla de amor y terror. Un papagayo..., ¡un gran pájaro de colores que se llamaba Josephus y sabía hablar! ¿No se habría escapado de algún bosque mágico, como los que salían en los cuentos de Grimm y que Ida le leía en voz alta en casa? Josephus también repetía una y otra vez el «por favor» del señor Brecht, de modo que no era infrecuente que uno entrase en el quirófano riéndose antes de echarse en el gigantesco y siniestro sillón situado junto a la ventana, con aquellos pedales para subirlo, bajarlo y reclinarlo.

El señor Brecht, por su parte, se parecía mucho a Josephus, pues su nariz, por encima del bigote gris, se veía igual de dura y ganchuda que el pico del pájaro. Lo terrible, sin embargo, es que era un hombre nervioso y no estaba hecho para soportar los tormentos que su profesión le obligaba a infligir.

—No tenemos más remedio que proceder a la extracción, señorita —le decía a Ida Jungmann, poniéndose pálido. Después, cuando Hanno, bañado en un sudor frío y con los ojos casi fuera de las órbitas, incapaz de protestar, incapaz de escapar, en un estado anímico que no se diferenciaba en nada del de un delincuente en el momento de ser ejecutado, veía venir al señor Brecht tenazas en ristre, se daba cuenta de que también la calva del dentista estaba perlada de sudor y su boca desencajada en una mueca de horror... Y cuando el abominable proceso había terminado, cuando Hanno, pálido y tembloroso, con los ojos llenos de lágrimas y la cara descompuesta, escupía la sangre en la palangana azul que tenía al lado, el señor Brecht tenía que sentarse en algún sitio durante unos instantes, secarse la frente y tomar unos sorbos de agua.

Al pequeño Johann le aseguraban que aquel hombre le hacía mucho bien y que le salvaba de dolores mucho más terribles; no obstante, cuando Hanno comparaba el mal que le había causado el señor Brecht con el supuesto bien que ello constituía, el peso de lo primero era, sin duda, mucho mayor; demasiado para que las visitas a la Mühlenstrasse no figurasen entre las torturas más terribles e inútiles de su vida. Pensando en que en su día le saldrían las muelas del juicio, fue necesario sacarle otras cuatro muelas que acababan de salirle ahora, todas bien hermosas, blancas y totalmente sanas, y, como no querían forzar demasiado al pobre niño, se realizaron las extracciones a lo largo de cuatro semanas. ¡Qué semanas! Aquel prolongado martirio en el que el miedo a lo que aún quedaba por venir se superponía al agotamiento por lo recién padecido, fue excesivo. Tras sacarle la última muela, Hanno pasó ocho días enfermo de pura debilidad. Además, sus problemas con los dientes no sólo influían en su estado de ánimo, sino también en las funciones de otros órganos. Las dificultades para masticar siempre traían consigo dolencias digestivas o incluso ataques de fiebre gástrica; a su vez, estas afecciones del estómago comportaban ocasionales crisis de taquicardia y vértigos. A todo ello se le sumaba, con la misma intensidad de siempre, o si cabe mayor, aquel extraño trastorno que el doctor Grabow denominaba pavor nocturnus. Apenas había noche en la que Hanno no se sobresaltase una o dos veces, retorciéndose las manos, dando muestras del terror más insoportable y pidiendo auxilio o piedad como si se estuviera quemando vivo, le quisieran estrangular o estuviera sucediendo algo espantoso... Por la mañana no recordaba nada. El doctor Grabow trataba

de combatir el problema con un jarabe a base de zumo de grosellas antes de acostarse, aunque no le hacía ningún efecto.

Las limitaciones a las que estaba sometido el cuerpo de Hanno y los dolores que padecía tuvieron como inevitable consecuencia esa madurez precoz que se traduce en una seriedad y una actitud ante la vida más propias de un anciano experimentado que de un niño; así pues, aunque no era muy frecuente y, desde luego, no muy notorio, como si alguna fuerza más poderosa lo reprimiese por razones de buen gusto, de vez en cuando este rasgo de su carácter se manifestaba en forma de una lánguida superioridad:

—¿Cómo estás, Hanno? le preguntaba tal vez alguno de sus parientes, su abuela, alguna de las Buddenbrook de la Breite Strasse...

Y todo lo que él ofrecía como respuesta era una levísima sonrisa de resignación, un ligero movimiento de hombros bajo el ancho cuello de su trajecito de marinero.

—¿Te gusta ir al colegio?

—No —respondía Hanno muy tranquilo y con la sinceridad de quien, a la vista de problemas mucho más serios, considera que o siquiera vale la pena el esfuerzo de mentir sobre cosas semejantes.

—¿No? ¡Vaya por Dios! Pues hay que aprender a escribir, a leer, a contar...

—Etcétera —decía el pequeño Johann.

No, no le gustaba ir al Antiguo Liceo, el que en tiempos fuera un seminario, con sus aulas de bóvedas góticas y sus cruceros. Las numerosas faltas de asistencia por indisposición y la ausencia total de concentración cuando sus pensamientos preferían girar en torno a algún enlace armónico o a las maravillas todavía no descubiertas de alguna pieza musical que había escuchado (lo tocar a su madre y al señor Pfühl, no contribuían precisamente a sus progresos en las ciencias, y los profesores de apoyo y seminaristas que le daban clase en aquellos primeros cursos y cuya inferioridad social, estrechez de miras y desaliño físico no podía evitar notar le infundían, aparte del miedo a ser castigado, un desprecio inconfesado. El señor Tietge, el profesor de matemáticas, un anciano bajito que llevaba una levita negra grasienta, que ya enseñaba en el Liceo en tiempos del difunto Marcellus Stengel y que, como bizqueaba hasta extremos increíbles, trataba de corregir su defecto con unos lentes de cristales redondos y gruesos como las lumbreras de un barco... el señor Tietge le recordaba al pequeño Hanno en cada clase lo aplicado y dotado que había sido su padre para el cálculo... A causa de los constantes ataques de tos del señor Tietge, el suelo de la tarima acababa siempre cubierto de esputos.

La relación de Hanno con sus compañeros era, en general, muy superficial y puramente formal; sólo con uno de ellos tenía un fuerte lazo de amistad, y, además, desde los primeros días de colegio: un muchacho de origen noble pero de aspecto completamente desaliñado, el hijo de un tal conde Mólln, llamado Kai. Era un chico de la estatura de Hanno, pero no iba vestido como él, con trajecito de marinero danés, sino con un traje raído de color indefinible al que le faltaba algún que otro botón y que lucía un hermoso remiendo en la trasera del pantalón. Siempre llevaba las manos, que asomaban por unas mangas demasiado cortas, cubiertas de polvo y tierra, de un gris claro que no había forma de que perdieran; en cambio, eran unas manos delgadas y muy finamente torneadas, con dedos largos y uñas almendradas que se afilaban hacia la punta. La cabeza era acorde con las manos, pues a pesar de lo descuidada, despeinada y poco limpia que solía

estar, se hacían patente en ella todos los rasgos característicos de un linaje puro y noble. El cabello rubio rojizo, con una ligera raya en el centro y peinado hacia atrás, dejaba al descubierto una frente blanca como el alabastro bajo la cual brillaban unos ojos azul claro de mirada profunda e inteligente. Tenía los pómulos un poco marcados, y ya desde tan corta edad, mostraba unas facciones muy características: una nariz de aletas delicadas y puente estrecho y un tanto curvado, y un labio superior como fruncido hacia arriba.

Hanno Buddenbrook había visto al pequeño conde en dos o tres ocasiones antes de ir al colegio, concretamente durante los paseos que daba con Ida Jungmann al otro lado del Burgtor, hacia el norte. Allí, en alguna parte, muy lejos del centro de la ciudad y casi lindando con el primer pueblo, había una pequeña finca, una propiedad diminuta que apenas valía nada y ni siquiera tenía nombre. Mirando con atención, se llegaba a ver un estercolero, cierto número de gallinas, una caseta de perro y una especie de cobertizo de aspecto mísero con un tejado rojo muy bajo. Ésa era la residencia principal y allí vivía el padre de Kai, el conde Eberhard Mólln.

Era un excéntrico que casi nunca se dejaba ver y que vivía en su pequeña finca alejado de todo el mundo, dedicado a criar gallinas y perros y a cultivar el huerto. Era un hombre alto, calvo y con una barba canosa terrible, como la de los gigantes de los cuentos; llevaba botas altas de caña vuelta, una zamarra de frisa, una fusta en la mano (aunque no tenía ningún caballo), y un monóculo encajado bajo una de sus pobladas cejas. Aparte de él y de su hijo, no había ningún otro conde Mólln en todo el país. Las diversas ramas de la familia, antaño muy rica, poderosa y altiva, se habían ido secando, pudriendo y extinguiendo con el paso (le los años, y ahora ya sólo quedaba una tía de Kai, con la que el padre, sin embargo, ni siquiera se relacionaba por carta. Publicaba novelas por entregas en revistas familiares bajo un altisonante seudónimo. En cuanto al conde Eberhard, en la ciudad lo recordaban porque, durante un tiempo, al trasladarse a aquella humilde casa, para librarse de los mendigos, vendedores y vecinos curiosos en general, había colgado un cartel en la puerta en el que se leía: «Aquí reside el conde Mólln completamente solo, no necesita nada, no compra nada y no tiene nada que ofrecer a nadie». e ;uando vio que el cartel había surtido el efecto deseado y que w alfé iba allí a molestar, lo quitó.

Huérfano de madre, pues la condesa había muerto en el parto, y de la casa se encargaba algún ama de llaves de avanzada edad, el pequeño Kai había crecido allí salvaje como un animalillo, entre gallinas y perros; y allí, de lejos y con enorme recelo, era donde le había visto Hanno Buddenbrook: brincando entre el carbón como un conejo, revolcándose con un cachorro y asustando a las gallinas con sus volteretas.

Lo encontró de nuevo en la escuela, y al principio siguió mirando con recelo a aquel pequeño conde de tan asilvestrado aspecto. Pero no por mucho tiempo, pues un certero instinto le hizo ver más allá de aquel envoltorio desastrado, tomar conciencia de aquella frente blanca, aquella boca de labios finos, aquellos ojos azul claro y un poco achinados que miraban con una especie de rebelde extrañeza, y en su interior había brotado una gran simpatía hacia aquel compañero entre todos los demás. No obstante, Hanno era demasiado reservado como para tener el valor de iniciar la amistad con él, y de no ser por la desinhibida iniciativa del pequeño Kai, los dos habrían compartido el aula como dos perfectos extraños durante mucho tiempo. Es más, la entusiasmada rapidez con que Kai se le había acercado, al principio incluso asustó un poco a Hanno. Pero aquel

compañerito harapiento luchó por el favor del callado y elegante Hanno con tal ardor, con tan arrebatadora y viril entrega que éste fue incapaz de resistirse. Cierto es que no le servía de mucha ayuda en clase, pues, acostumbrado a vivir sin ningún tipo de normas ni constricciones, sentía el mismo horror ante el «dos y dos son cuatro» del colegio que el susceptible y soñador Hanno Buddenbrook; sin embargo, le habría regalado cuanto poseía: canicas, peonzas de madera e incluso una pistola de hojalata..., y eso que era su tesoro más valioso. Cogidos de la mano en los recreos, le contó cosas de su casa, de sus cachorrillos de perro y sus gallinas, y al mediodía le acompañaba lo más lejos que podía, a pesar de que Ida Jungmann esperaba a Hanno en la puerta del colegio con un paquetito con el bocadillo en la mano para ir luego a pasear. Una de esas veces, se enteró de que al pequeño Buddenbrook, en su casa, le llamaban Hanno, y de inmediato hizo suyo ese apodo cariñoso y jamás volvió a llamar a su amigo de otra manera.

Un día le pidió a Hanno que, en lugar de ir a pasear al Mühlenwall, fuese con él a la finca de su padre para ver sus conejillos de indias recién nacidos, y Mamsell Jungmann terminó cediendo a los ruegos de los dos niños. Caminaron hasta las posesiones del conde, vieron el estercolero, el huerto, los perros, las gallinas y los conejillos de indias y, al final, incluso entraron en la casa, donde, en un cuarto alargado de techo muy bajo, encontraron al propio conde Eberhard leyendo, sentado a una pesada mesa rústica, la viva imagen de la soledad más cerril, el cual les preguntó de malos modos qué se les había perdido allí...

Fue absolutamente imposible convencer a Ida Jungmann para repetir la visita; ella dejó bien claro que, si querían estar juntos, tenía que ser Kai quien fuese a casa de Hanno, y así fue cómo el pequeño conde entró en la fastuosa casa del padre de su amigo, la primera vez con la boca abierta aunque, eso sí, sin vergüenza ninguna a pesar de su sincero asombro. A partir de entonces había ido cada vez con mayor frecuencia y, al cabo de cierto tiempo, tan sólo las más espesas nevadas del invierno podían impedirle que, cada tarde, volviese a recorrer el largo camino desde su casa hasta la ciudad para pasar unas horas con Hanno Buddenbrook.

Se sentaban juntos en el gran cuarto de los niños de la segunda planta y hacían los deberes. Debían resolver largos problemas de matemáticas en los que, después de llenar la pizarra de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones por ambos lados, el resultado final tenía que ser cero; en caso contrario, es que había algún error en algún sitio, y había que buscarlo y buscarlo como si fuera una alimaña y acabar con ella de inmediato, y ojalá no estuviera muy al principio, porque entonces había que repetirlo todo otra vez. Luego también hacían ejercicios de gramática alemana, por ejemplo para aprender el comparativo, que consistían en escribir, unas debajo de otras y con letra bien clara y sin torcerse, frases del tipo: «El cuerno es transparente, el cristal es más transparente, el aire es lo más transparente». Y después sacaban el cuaderno de dictados para estudiarse textos como: «Nuestra Hedwig es voluntariosa y diligente, pero nunca recoge las virutas como conviene». Aquel ejercicio lleno de trampas y tentaciones estaba pensado para que uno escribiese «voluntariosa», «virutas» y «conviene» con be y, a ser posible, «diligente» y «recoge» con jota, y como eso era justamente lo que hacían los niños, luego debían realizar la corrección. Pero cuando terminaban, lo metían todo en la cartera y se sentaban en la repisa de la ventana para que Ida les leyese algo en voz alta.

La fiel prusiana les leía los cuentos de Juan, el que salió en busca de aventuras para aprender lo que era el miedo, del Enano Saltarín, de

Rapunzel, que arrojaba su trenza por la ventana para que subiera su amado, y del Príncipe Rana... Y lo hacía con una voz profunda y paciente y los ojos entrecerrados, pues había leído aquellos cuentos tantas veces en su vida que casi los recitaba de memoria, y pasaba las hojas de manera puramente mecánica con el índice humedecido en saliva. Y en estos momentos de recreo sucedía algo muy curioso: el pequeño Kai comenzaba a sentir la necesidad de hacer lo mismo que el libro y contar también él una historia, cosa que alegraba mucho a todos, pues ya se conocían todos los cuentos de memoria, e incluso Ida deseaba descansar de vez en cuando. Al principio, las historias de Kai eran muy cortas y sencillas, pero poco a poco se fueron haciendo más audaces y complejas, y despertaban tanto mayor interés cuanto que no parecían del todo ficticias, sino que partían de la realidad y la presentaban desde un prisma extraño y misterioso... La que más le gustaba escuchar a Hanno era la historia de un mago malísimo pero con extraordinarios poderes que torturaba a todo el mundo con sus pérfidas artes y había raptado a un bello y talentoso príncipe a quien había convertido en un pájaro multicolor llamado Josephus, al que mantenía encerrado en una jaula. Pero, en tierras remotas, ya estaba haciéndose mayor el Elegido, quien, llegada la hora, a la cabeza de un ejército de perros, gallinas y conejillos de indias, habría de enfrentarse sin miedo al terrible mago y salvar al príncipe encantado y al mundo entero y también a Hanno Buddenbrook. Liberado de los barrotes de su jaula y de su terrible hechizo, después Josephus regresaría a su reino y ascendería a Kai y a Hanno a puestos de suma importancia.

El senador Buddenbrook, que de cuando en cuando pasaba por el cuarto de los niños y veía a los dos niños juntos, no tenía nada que objetar, pues era obvio que aquella relación tenía efectos positivos para ambos. Hanno sosegaba, civilizaba y casi ennoblecía a Kai, que le amaba tiernamente, admiraba la blancura de sus manos y, por él, hasta dejaba que Mamsell Jungmann lo pasase alguna vez por jabón y cepillo. Y si Hanno, a su vez, se contagiaba un poco de la frescura y el vigor indómito del pequeño conde, en el fondo era de agradecer, pues el senador veía con claridad que la constante tutela femenina bajo la que estaba el niño no era en absoluto lo más adecuado para desarrollar y fomentar en él las cualidades propias de un hombre.

Por supuesto, la fidelidad y entrega de la buena de Ida Jungmann, que ya llevaba más de tres décadas al servicio de los Buddenbrook, no podía pagarse con dinero. Había criado y educado a la generación anterior en la disciplina y el sacrificio; a Hanno, sin embargo, lo tenía, por así decirlo, entre algodones y le dedicaba mil ternuras y cuidados: su amor por él rayaba en la adoración y su idea de que era el ser más especial y privilegiado del mundo con frecuencia llegaba a extremos absurdos. Cuando tenía que hacer algo que el niño deseaba, podía llegar a mostrar un descaro asombroso y, si cabe, hasta penoso. Por ejemplo, en la pastelería, jamás perdía ocasión de echar mano a alguna de las bandejas de dulces expuestas para darle a Hanno lo que fuera; lo hacía sin ninguna vergüenza y, por supuesto, sin pagar, pues, ¿acaso no era aquello todo un honor para el pastelero? O bien, cuando había un grupo de gente agolpada frente a un escaparate, siempre era la primera en pedir, con amabilidad pero con firmeza, y en su dialecto de la Prusia occidental, que le hiciesen un hueco a su protegido. Es más, Hanno era hasta tal punto especial a sus ojos que difícilmente habría considerado a ningún otro niño digno de acercarse a él. En el caso del pequeño Kai, el afecto que se tenían era mucho más fuerte que la desconfianza de Ida; y también hay que reconocer que el apellido del chiquillo la había influido. Si, por ejemplo,

Hanno y ella estaban descansando en un banco en el Mühlenwall y hacían ademán de sentarse con ellos otros niños con sus acompañantes, Mamsell Jungmann se levantaba de inmediato y desaparecía de allí con cualquier excusa, como que había corriente o que llegaban tarde a alguna parte. Las explicaciones que daba al niño eran idóneas para hacer surgir en su cabeza la idea de que todos los seres de su edad tenían escrófulas y contagiaban «cosas muy malas»... todos menos él. Y eso, desde luego, no contribuía en absoluto a fomentar en él cualidades ya tan escasas como la confianza y la iniciativa.

El senador Buddenbrook no conocía todos esos detalles, pero veía que, en cualquier caso, el desarrollo de su hijo, tal vez en parte por su propia naturaleza, tal vez en parte por las influencias externas, de momento no seguía el camino que a él le habría gustado. ¡Ojalá hubiera podido hacerse cargo de su educación, influir en su espíritu cada día y cada hora! Pero no tenía tiempo para ello, y había de ver con gran dolor cómo los ocasionales intentos de hacerlo fracasaban estrepitosamente y volvían la relación entre padre e hijo más fría y distante. Le venía a la mente una persona a cuya imagen y semejanza hubiera deseado modelar a su hijo: la imagen del bisabuelo de Hanno, el abuelo de Thomas tal y como éste lo había conocido de niño. Un hombre listo, jovial, sencillo, fuerte y con sentido del humor. ¿No podía llegar a ser así? ¿Era imposible? ¿Por qué? ¡Si al menos hubiera podido reprimir y eliminar de su vida la música, aquella fuerza que alejaba al niño de la vida práctica y lo enajenaba, que sin duda no beneficiaba en absoluto su salud física y que absorbía todas sus energías intelectuales! ¿Acaso su temperamento soñador no rayaba a veces en la debilidad mental?

Un día, tres cuartos de hora antes de la comida principal, que tenía lugar a las cuatro, Hanno había subido a la segunda planta él solo. Había pasado un rato tocando el piano y ahora rondaba por la sala de estar sin nada que hacer. Medio tumbado en la chaise longue, jugueteaba con el lazo de su cuello de marinero y sin ir buscando nada concreto, su mirada se posó por azar en una carpeta de cuero abierta sobre el coqueto escritorio de nogal de su madre: la carpeta con los papeles de la familia. Apoyó el codo en el respaldo y la barbilla en la mano y, durante unos instantes, contempló aquellos objetos desde lejos. Sin duda, papá habría estado mirándolos después del segundo desayuno y los habría dejado allí para continuar luego. Había cosas dentro de la carpeta, folios sueltos sobre la mesa, con una regla de metal encima a modo de improvisado pisapapeles..., y el grueso cuaderno de canto dorado y distintos tipos de papel, abierto.

Hanno se deslizó hasta el suelo con desgana y se dirigió al escritorio. El cuaderno estaba abierto justo por la página en la que, con la letra de distintos antepasados y, por último, con la de su padre, se veía el árbol genealógico completo de los Buddenbrook con sus rúbricas y sus pulcras líneas de unión entre nombres, fechas y parentescos. Apoyó una rodilla en el sillón del escritorio y contempló el manuscrito con la cabeza ladeada y los suaves bucles castaño claro cayéndole sobre la mano, con la seriedad crítica, impasible e incluso un poco despectiva de quien siente total indiferencia; la mano libre jugueteaba con el portaplumas de mamá, hecho de oro y madera de ébano. Sus ojos recorrieron todos los nombres masculinos y femeninos allí recogidos unos junto a otros, algunos en una letra muy ornamentada y pasada de moda, con tinta descolorida y amarillenta o con intensos trazos negros en los que aún quedaba algo de arenilla secante... También leyó, al final del todo, con la letra de papá (una letra diminuta que parecía deslizarse a toda prisa sobre el papel), debajo de los nombres de sus padres, el suyo

propio: Justus, Johann, Kaspar, nacido el 15 de abril de 1861. Esto le hizo cierta gracia, se incorporó un poco, tomó pluma y regla con movimientos desganados, colocó la regla debajo de su nombre, recorrió con la mirada todo aquel entramado genealógico una vez más y, con gesto sereno y sin pensar en nada, tan cuidadosa como mecánicamente, trazó una bonita y limpia doble línea con el plumín de oro atravesando en diagonal todo el espacio restante, tal y como le habían enseñado en el colegio a adornar las páginas del cuaderno de matemáticas: la línea de arriba un poco más gruesa que la de debajo. Luego ladeó la cabeza un momento para examinar el resultado y se marchó.

Después de comer, el senador le llamó y le lanzó una mirada furibunda, con el ceño fruncido:

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Has sido tú?

Hanno tuvo que pararse un rato a pensar si había sido él y luego, tímido y temeroso, dijo:

—Sí.

—¿Y qué pretendías? ¿Cómo se te ocurre hacer eso? A ver, ¡responde! ¿Cómo se te ocurre semejante disparate? —gritó el senador dándole a Hanno un golpe en la mejilla con el cuaderno enrollado.

El pequeño Johann, reculando y llevándose la mano a la mejilla, balbució:

—Es que... yo creí que..., creí que después ya no venía nada más...

CAPÍTULO VIII

Los jueves, los días en que la familia se reunía para comer en el amplio comedor de la Mengstrasse, rodeados de las estatuas blancas que sonreían serenamente desde las paredes, contaban desde hacía poco con un nuevo y muy serio tema de conversación, ante el cual las Buddenbrook de la Breite Strasse reaccionaban con fría discreción, mientras que la señora Permaneder, a juzgar por sus caras y sus gestos, se exaltaba de manera extraordinaria: echaba la cabeza hacia atrás al hablar y estiraba ambos brazos, ya hacia el frente, ya hacia arriba, en actitud de rabia, de estupor, de la más sincera y profunda indignación. Del caso concreto del que se hablaba, pasaba a generalizar y afirmaba que, en la vida, había gente mala de por sí, e, interrumpiéndose de vez en cuando para emitir un carraspeo seco, que tenía que ver con sus problemas de estómago, lanzaba al aire, con aquella pronunciación uvular de las erres característica de cuando se enfadaba, ciertas palabras odiosas que sonaban como pequeños toques de trompeta: «iTrieschke el Lacrimoso!», «iGrünlich!», «iPermanederi». Lo curioso era el propio grito de guerra añadido ahora a la serie, y que ella pronunciaba con un desprecio y una inquina indescriptibles: «iEl abogado!».

Cuando, al cabo de un rato, entraba en el comedor Hugo Weinschenk (como siempre, con retraso, puesto que estaba desbordado por los negocios), contoneándose con más brío que antes, hasta el punto de que la levita le bailaba alrededor de la cintura, y balanceando los puños a la altura del pecho al andar, y se dirigía a su sitio con el gesto audaz que le confería la ligera curva del labio inferior por debajo del bigotillo, la conversación enmudecía, y un penoso y tenso silencio se extendía por la mesa, hasta que el senador ayudaba a todos a salir del apuro y, con suma naturalidad, como

si preguntase por cualquier asunto de negocios, preguntaba al director cómo evolucionaba el asunto. Y Hugo Weinschenk respondía que las cosas iban muy bien, de maravilla, que no podrían ir mejor, y se ponía a hablar de otra cosa en tono desenfadado y alegre. Se le notaba de mucho mejor humor que antes, miraba a su alrededor con un arrojo que casi parecía descaro y preguntaba muchas veces, sin recibir nunca respuesta, «qué tal iba el violín de Gerda». En general, hablaba mucho y con gran animación, con el único detalle desagradable de que, con aquel desenfado suyo, no siempre medía las palabras como convenía y su excesivo buen humor a veces le llevaba a contar alguna anécdota bastante reñida con el decoro. Por ejemplo, la de un ama de cría que sufría aerofagia con las terribles consecuencias del problema para la salud del correspondiente niño. De una manera que él debía de considerar muy cómica, imitaba al médico de la familia que exclamaba: «Pero ¿quién es el que huele tan mal? ¡Uf!, ¿pero quién es?», y, hasta que no era demasiado tarde, no se daba cuenta (si es que llegaba a tanto) de que su esposa se había sonrojado intensamente, de que la consulesa, Thomas y Gerda permanecían impasibles, las Buddenbrook de la Breite Strasse intercambiaban miradas que hubieran podido traspasar paredes, Riekchen Severin, en el extremo inferior de la mesa, mantenía los ojos bajos y una expresión ofendida, y, en el mejor de los casos, el anciano tío Justus dejaba escapar alguna risita ahogada, con aquel característico sonido explosivo que hacían los Krdger.

¿Qué le pasaba al director Weinschenk? Aquel hombre tan serio, trabajador y enérgico, aquel hombre poco amigo de la vida social y de trato difícil que sólo pensaba en su trabajo y en cumplir diligentemente con sus obligaciones, aquel hombre, según se decía, había cometido una grave infracción y no una sino repetidas veces; es más: había sido acusado formalmente ante los tribunales por ser artífice de una maniobra que no sólo se tachaba de cuestionable, sino de ilegal y fraudulenta, y se había iniciado contra él un proceso judicial cuyo desenlace no podía conocerse. ¿Y cuáles eran los cargos que pesaban sobre él? Sin duda se habían producido incendios en distintos lugares, grandes catástrofes que habrían costado una gran suma de dinero a la aseguradora de los correspondientes afectados. Supuestamente, el director Weinschenk, tras enterarse de las circunstancias que rodeaban los hechos por boca de sus agentes de confianza, es decir, con plena conciencia de estar cometiendo un engaño, habría realizado las disposiciones pertinentes para el pago de los seguros a través de otra compañía, transfiriéndole así los costes a ésta. Ahora, el asunto estaba en manos de un abogado del Estado..., que no era otro que el doctor Moritz Hagenstrdm.

—Thomas —le decía la consulesa a su hijo cuando se encontraban a solas —, te lo ruego... Yo no entiendo nada: ¿qué debo pensar de todo este asunto? Y él respondía:

—Sí, mi querida madre... ¿Qué se puede decir al respecto? Por desgracia, cabe dudar de que todo sea trigo limpio. Ahora bien, pensar que la responsabilidad de Weinschenk llega tan lejos como cierta gente pretende, también me parece improbable. En el moderno mundo de los negocios existe una cosa llamada usance... Verás, una usance es un tipo de maniobra de índole un tanto dudosa, que no acaba de ajustarse a la ley escrita y que, a los ojos de los no entendidos, se antoja fraudulenta pero que, existiendo acuerdo tácito entre las partes implicadas, es muy frecuente y normal. Claro que es difícil trazar una línea divisoria entre la usance y algo peor... Por una parte, si Weinschenk ha cometido un delito, lo más probable es que no haya

llegado más lejos que otros muchos compañeros suyos a los que nunca se ha castigado por nada. Ciertamente es también que, por eso mismo, no estoy en absoluto a favor de que el proceso se resuelva sin ninguna consecuencia para los infractores.

En una gran ciudad tal vez le declararían inocente sin más; ahora bien, aquí, donde todo es un puro entramado de relaciones, camarillas e intereses personales... Eso debería haberlo tenido en cuenta al elegir a su abogado defensor. Aquí en la ciudad no contamos con ningún abogado eminente, con nadie especialmente dotado para la oratoria, versado en los asuntos más turbios y capaz de convencer de cualquier cosa. En cambio, nuestros señores juristas se apoyan entre sí y forman una piña, están unidos por intereses comunes, porque comen todos juntos o porque están emparentados, y se sienten obligados a mostrarse consideración mutua. En mi opinión, habría sido más inteligente que Weinschenk hubiese recurrido a un abogado local. Pero, ¿qué ha hecho? Ha considerado necesario, y esto es precisamente lo que hace dudar de su buena conciencia..., ha considerado necesario contratar a un abogado de Berlín, al doctor Breslauer, un fenómeno del derecho, como se dice vulgarmente, un orador tan brillante como taimado, un virtuoso de la jurisprudencia a quien precede la fama de haber librado de la cárcel a toda una serie de estafadores caídos en la bancarrota. Sin duda, se ocupará del asunto con la misma sagacidad y a cambio de unos honorarios altísimos... Eso sí, ¿le servirá de algo? Ya estoy viendo venir que nuestros esforzados juristas locales se resistirán con todas sus fuerzas a dejarse intimidar por ninguna eminencia venida de fuera y que el tribunal prestará oídos con mucho mayor interés a la acusación del doctor Hagenström... ¿Y los testigos? En lo que respecta al personal de su propia compañía, no creo que sientan especial cariño por él y le apoyen. Eso que nosotros, los que le queremos bien, llamamos (y creo que también él) «un trato diñcil» no le ha servido para ganarse muchas simpatías... En pocas palabras, madre, sospecho que va a ser complicado. Sería terrible para Erika que sucediese una desgracia, pero por quien más me dolería es por Tony. ¿Sabes una cosa? Tiene razón cuando dice que Hagenström se ha hecho cargo del caso con cierta satisfacción personal. Es algo que nos afecta a todos, y un desenlace vergonzante sería un golpe para la familia entera, pues Weinschenk, después de todo, forma parte de nuestra familia y se sienta a comer a nuestra mesa. Por mi parte, lo superaré sin mayor problema. Sé cómo debo reaccionar. En público, he de comportarme como si todo este asunto no tuviera nada que ver conmigo, no debo asistir a las sesiones en los tribunales, y eso que me interesaría conocer a ese tal Breslauer, y no debo ocuparme de nada en absoluto, aunque sólo sea para evitar que me reprochen cualquier posible influencia. ¿Pero Tony? No quiero ni pensar en lo triste que sería para ella yue le condenasen. En el fondo, todas esas protestas y acusaciones (le calumnian y de intrigas envidiosas que formula en voz alta revelan el miedo que siente..., el miedo a perder esta última posición respetable, a perder también la digna posición de su hija, después de todas las desgracias que ya ha tenido que vivir ella. Ya verás, cuanto más obligada a dudar de la inocencia de Weinschenk se vea, más insistirá en ella... Claro que también es posible que sea inocente de verdad, inocente del todo... Tenemos que esperar, madre, y tratarles a todos, a él, a Erika y a Tony, con mucho tacto. Pero no me espero nada bueno...

En tales circunstancias llegaron las Navidades de aquel año, y el pequeño Johann, con el corazón al galope, llevaba la cuenta de los días que faltaban con ayuda de un pequeño calendario que le había hecho Ida y en el que cada día se arrancaba una hoja hasta llegar a la última, que tenía pintado un gran árbol de Navidad.

Los indicios se multiplicaban... Ya desde el primer domingo de adviento, colgaron en el comedor de la abuela una imagen de tamaño natural y en color del *Knecht Ruprecht*⁴⁰. Una mañana, Hanno despertó con el edredón, la alfombrilla de pie de cama y la ropa salpicados de purpurina dorada. A los pocos días, después de comer, mientras papá hojeaba el periódico tumbado en la chaise longue de la sala de estar y Hanno leía el poema de la bruja de Endor, de las Hojas de palma de Karl Gerok, anunciaron, como todos los años, que también éste se había presentado por sorpresa un «misterioso anciano que preguntaba por el niño de la casa». Le rogaron que pasara y el anciano entró arrastrando los pies, con un largo abrigo de piel vuelto del revés y cubierto de purpurina y copos de nieve, un gorro de las mismas características, la cara manchada de negro y una barba extraordinariamente blanca que, al igual que las cejas, mucho más pobladas de lo normal, llevaba entretejidas unas finas guirnaldas brillantes. Como cada año, el anciano explicó que «ese saco», el que llevaba sobre el hombro izquierdo, destinado a los niños buenos que sabían rezar, estaba lleno de nueces y manzanas, mientras que «esa vara», colgada del hombro derecho, era para los niños malos... Era el Knecht Ruprecht. Es decir, por supuesto no el auténtico, tal vez no fuese más que el barbero Wenzel con el abrigo de papá puesto del revés; eso sí, en la medida en que podía existir un Knecht Ruprecht, era aquél, y Hanno, un año más profundamente emocionado, le recitó (interrumpiéndose sólo una o dos veces por un sollozo nervioso y casi inconsciente) el padrenuestro una vez más, para que el anciano viera que él era de los niños buenos que sabían rezar y luego le dejara meter la mano en el saco... que, por cierto, se olvidó allí.

Llegaron las vacaciones; y el temido momento en que papá leía las notas del colegio, pues incluso en Navidades había que presentárselas, transcurrió bastante felizmente. Ya se habían cerrado las puertas del salón grande, tras las cuales se producía el gran milagro, ya abundaban en las mesas el mazapán y el típico bizcocho de especias, ya reinaba la Navidad en las calles de la ciudad. Nevó, llegaron las heladas, y el aire frío y límpido de las calles traía también consigo las conocidas y melancólicas tonadas de los organilleros italianos que solían acudir por aquellas fechas, con sus inconfundibles chaquetas de terciopelo y sus bigotes negros. Los escaparates competían en decoración navideña. Alrededor de la fuente gótica de la plaza del mercado se habían montado los abigarrados puestos del mercadillo de Navidad. Allá donde uno fuera, respiraba el olor a Navidad junto con el aroma de los abetos que se vendían por las esquinas.

Y por fin llegó la noche del veintitrés de diciembre y, con ella, la primera celebración en casa, en el salón de la Fischergrube, sólo para los íntimos y sólo como prelude de las fiestas, pues la Nochebuena siempre se celebraba en el salón de los paisajes de casa de la consulesa y, esta vez sí, con la familia al completo, es decir: los habituales de los jueves además de Jürgen Kröger, que venía de Wismar, Therese Weichbrodt y Madame Kethelsen.

⁴⁰ En la tradición popular alemana, el *Knecht Ruprecht* es el criado (“Knecht”) de San Nicolás o del Niño Jesús, y trae nueces y manzanas a los niños en la noche del 5 al 6 de diciembre (*N de la T*).

Con un pesado vestido de seda a rayas grises y negras, las mejillas encendidas, los ojos brillantes y un delicado perfume de pachulí, la anciana recibía a los invitados que iban llegando, y sólo se oía el suave tintineo de sus pulseras de oro cuando les abrazaba sin decirles nada. Esa noche era presa de una excitación indescriptible, que incluso la hacía temblar y le robaba la palabra.

—¡Por Dios, madre, si parece que tengas fiebre! —dijo el senador al entrar con Gerda y Hanno.

—Si podemos celebrarlo todos bien tranquilos y a gusto... Sin embargo, ella, besando a los tres, musitó:

—Honremos a Jesús... y a mi amado Jean, que en paz descansa...

En efecto, debía mantenerse al pie de la letra el programa de actividades pías que el difunto cónsul había establecido para la festividad de aquel día, y la sensación de que ella era la responsable de que la velada transcurriese con la dignidad que merecía y de que reinase todo el tiempo un espíritu de profunda, seria y devota alegría, no la dejaba respirar tranquila ni un instante: corría de la sala de columnas, donde ya se habían congregado los niños del coro de la Marienkirche, al comedor, donde Riekchen

Severin daba los últimos retoques al árbol y a la mesa de los regalos, luego al pasillo, donde con timidez y apuro esperaban unas cuantas personas, la mayoría ancianos sin recursos, que acudían esa noche y recibían algunas limosnas, y, de allí, de nuevo al salón de los paisajes, donde castigaba cada palabra y cada ruido superfluo con una simple mirada de reojo. El silencio era tan profundo que se oía la melodía de un organillo, suave y cristalina como la de un reloj de juguete, que llegaba hasta la casa desde alguna lejana calle nevada. Pues, aunque había una veintena de personas reunidas allí, sentadas o de pie, todas se mantenían más calladas que en la iglesia, y el ambiente recordaba al de un entierro, como susurró el senador al oído del tío Justus con mucho cuidado.

Por otra parte, difícilmente se corría el peligro de que alguna expresión de juvenil desenfado rompiera aquel devoto silencio. Un vistazo bastaba para darse cuenta de que casi todos los miembros de aquella familia habían entrado ya en una edad en que se ha aprendido de sobra a expresar lo que sea con sumo comedimiento. El senador Thomas Buddenbrook, cuya palidez contrastaba con la expresión enérgica, despierta y casi divertida de su cara; Gerda, su esposa, sentada en un sillón en actitud indolente, con su bello rostro de cutis de marfil mirando hacia arriba, fascinada por los mil brillos multicolores de los cristales de la araña, aquellos ojos de enigmático brillo, casi juntos y siempre rodeados de sombras azuladas; su hermana, la señora Permaneder; Jürgen Kröger, su primo, que permanecía callado e iba vestido con gran sencillez; sus primas Friederike, Henriette y Pfiffi, las dos primeras si cabe más flacas y larguiruchas que antes, y la tercera, más bajita y entrada en carnes con el paso de los años, todas ellas con una misma expresión: una maliciosa sonrisa de regodeo en las penas ajenas, dirigida hacia todas las personas y todas las cosas con tanto escepticismo como afán de fisgoneo, como si todo el tiempo dijese: «¿Ah, sí? Pues mira que, al principio, nosotras lo dudamos... »; y, por último, la pobre Clotilde, cuyos pensamientos sin duda estaban puestos en la cena; todos ellos habían cumplido ya los cuarenta, mientras que la señora de la casa, su hermano Justus y la esposa de éste, así como la diminuta Therese Weichbrodt, hacía bastante que sobrepasaban los sesenta, y la anciana consulesa Buddenbrook de la Breite Strasse, de soltera Stüwing, así como Madame Kethelsen, ya completamente sorda, tenían incluso más de setenta.

La única que se hallaba en la flor de su juventud era Erika Weinschenk, pero cuando sus ojos azul claro —los ojos del señor Grünlich— se posaban en su esposo, el director, cuya cabeza, con las sienes entrecanas y aquel bigote que llegaba hasta las comisuras de los labios, se dibujaba sobre el idílico paisaje del tapiz que tenía detrás, era patente que todo su pecho se estremecía con una respiración pesada a pesar de lo silenciosa... Sin duda, la atormentaban mil ideas confusas y angustiosas: usances, libros de cuentas, testigos, abogados, defensores y jueces; es más, apenas había nadie en aquel salón en cuya cabeza no rondasen aquellos pensamientos tan poco navideños. La situación judicial en la que se hallaba el yerno de Madame Permaneder, la conciencia, compartida por la familia entera, de que uno de sus miembros había cometido un crimen contra la ley, el orden burgués y el honor comercial y que tal vez habría de caer en la vergüenza de pagarlo con la cárcel, confería a aquella reunión un aire de una profunda e inquietante extrañeza. ¡Una Nochebuena en la familia Buddenbrook con un hombre acusado ante los tribunales entre ellos! La señora Permaneder se reclinaba en su butaca con tanto más severa majestuosidad, la sonrisa de las Buddenbrook de la Breite Strasse era un punto más maliciosa que de costumbre...

¿Y los niños? ¿La joven generación, un tanto escasa? ¿También les afectaba aquella especie de desasosiego soterrado que traía consigo tan nueva e insólita circunstancia? En lo relativo a la pequeña Elisabeth, era imposible decir nada sobre su estado de ánimo. Con un vestido cuya profusión de lacitos de satén delataba el gusto de la señora Permaneder, permanecía en brazos de su niñera moviendo suavemente la boca como si chupase algo, con los diminutos puños apretados y los ojos, algo saltones, fijos, y todo lo que hacía era emitir algún ligero ruidito mezcla de gruñido y gemido, tras el cual la niñera la mecía un poco. Hanno, por su parte, estaba sentado muy callado en un taburete y, al igual que su madre, alzaba la vista hacia el arco iris que se formaba en uno de los cristales de la araña del techo.

¡Faltaba Christian! ¿Dónde estaba Christian? Hasta el último momento, nadie se había dado cuenta de que aún no había llegado. Los movimientos de la consulesa, aquel peculiar gesto suyo de recogerse un rebelde mechón imaginario desde la comisura de los labios, para devolverlo a su lugar bajo la cofia, se tornaron todavía más febriles... Dio una orden a Mamsell Severin y la doncella se apresuró a salir, pasó junto a los niños del coro de la sala de columnas y los pobres del pasillo y fue a llamar a la puerta del cuarto del señor Buddenbrook.

Enseguida apareció Christian. Se presentó tan tranquilo en el salón de los paisajes, con aquellas esqueléticas piernas torcidas, que cojeaban un poco desde que sufrió aquella crisis de reumatismo articular, pasándose la mano por la calva.

—¡Demonios, muchachos! —dijo—. ¡Por poco se me olvida! —¿Que por poco...? —balbució la consulesa y se quedó paralizada.

—Sí, sí, casi se me olvida que hoy es Nochebuena. Estaba leyendo... un libro de viajes por Sudamérica, ¿sabéis? —añadió, y se disponía a contar la historia de una Nochebuena que había pasado en Londres en un café concierto con una juerga de quinta categoría cuando el silencio sepulcral del salón comenzó a surtir efecto sobre él y, arrugando la nariz, optó por dirigirse a su asiento de puntillas.

«Hija de Sión, regójate...», cantaba el coro de la Marienkirche, y había que reconocer que aquellos niños que hasta hacía un rato habían estado

armando tal bulla que el senador había tenido que salir a la puerta para imponer un poco de orden y respeto, cantaban maravillosamente. Aquellas voces cristalinas que se alzaban limpias y jubilosas, acompañadas por algunas graves, ablandaban todos los corazones, dulcificaban la sonrisa de las solteras y, si invitaban a los mayores a mirar en su interior y reflexionar sobre su vida pasada, a quienes aún se encontraban en la mitad de su vida les ayudaban a olvidar sus preocupaciones durante unos instantes.

Hanno soltó su rodilla, a la que había permanecido abrazado hasta entonces. Se había puesto muy pálido, jugueteaba con los flecos de su taburete y hurgaba con la lengua en una muela, con la boca entreabierto y expresión de tener frío. De cuando en cuando, sentía la necesidad de inspirar profundamente, pues al oír aquel coro a capella, aquel canto puro y transparente como el cristal que inundaba el ambiente, su corazón se estremecía de gozo hasta el punto de dolerle. Navidad... Por entre las rendijas de la alta puerta blanca de doble hoja que daba al comedor se filtraba el fragante aroma del abeto, evocando con sus dulces notas especiadas las deliciosas maravillas, el esplendor mágico y como de otro mundo que quedaba al otro lado de aquella puerta y que, como cada año, esperaba con el corazón desbocado... ¿Qué habría allí dentro para él? Por supuesto, lo que había pedido, pues en el árbol siempre encontraba uno lo que deseaba, salvo que ya le hubieran convencido antes para no desearlo. No tardaría ni un instante en ver el teatro de títeres, lo que le indicaría en qué zona (le la mesa se hallaban todos sus regalos; el anhelado teatro de títeres que había encabezado la lista de deseos para la abuela, bien subrayado, y que casi había acaparado sus pensamientos desde que insistiera al Fidelio en un teatro de verdad.

Como compensación y premio por una visita a la consulta del señor Brecht, hacía poco, Hanno había ido por primera vez a su vida al teatro, al Stadttheater, donde, sentado junto a su madre en las primeras filas del patio de butacas, casi sin respirar la emoción, había tenido ocasión de escuchar y ver una representación de Fidelio. Desde entonces, no soñaba más que con escenas de ópera, y en su interior bullía una pasión por el teatro que apenas le dejaba dormir. Con tremenda envidia observaba a aquellas personas que, como su tío Christian, eran conocidas en la ciudad como habituales del teatro: el cónsul Dóhlmann, el señor Gosch... ¿Se podría soportar la inmensa dicha que suponía poder ir al teatro casi cada noche? ¡Ojalá pudiera él pasar un rato contemplando la sala, oyendo cómo afinaban los instrumentos y contemplando el telón bajado, aunque sólo fuera una vez a la semana! Pues le entusiasmaba todo lo relacionado con el teatro: el suave olor a gas, las butacas, los músicos, el telón...

¿Será grande su teatrillo de marionetas? ¿Grande y con un gran escenario? ¿Cómo será el telón? Habrá que hacerle un agujerito enseguida, porque también en el telón del Stadttheater hay un agujero para mirar... ¿Habrán encontrado los decorados de Fidelio la abuela o Mamsell Severin (porque la abuela no puede encargarse de todo...)? Mañana mismo se encerraría en algún sitio para dar una función él solo... Y ya imaginaba a sus personajes cantando, pues, desde el primer momento, había visto que la música estaba estrechamente ligada al teatro...

«¡Clama de júbilo, Jerusalén!», concluyeron los niños del coro, y las voces, que hasta entonces se habían desarrollado en líneas independientes a modo de fuga, coincidieron sosegada y felizmente en la última sílaba del coral. El consonante acorde se extinguió y un profundo silencio se apoderó de nuevo

de la sala de columnas y el salón de los paisajes. La tensión de aquel silencio hizo que los miembros de la familia bajasen la vista; sólo los ojos del director Weinschenk recorrían el salón con tal desenfado que rayaba en el descaro, y se oyó el carraspeo seco que la señora Permaneder no podía reprimir. La consulesa se dirigió lentamente hacia la mesa y se sentó en medio de los suyos en el sofá, pues éste ya no estaba pegado a una pared, aislado, como en otros tiempos. Colocó bien la lámpara y se acercó la Biblia familiar, cuyo gruesísimo canto dorado había palidecido con el paso de los años. Se puso los lentes sobre la nariz, abrió los dos broches de cuero mediante los cuales se cerraba el colosal libro, lo abrió por la página marcada, dejando a la vista el papel grueso, áspero y amarillento y las enormes letras góticas, bebió un sorbo de agua azucarada y comenzó a leer el pasaje sobre la Navidad.

Leyó aquellas palabras que tan bien conocía con una cadencia lenta, sencilla y emotiva, y su voz clara, emocionada y serena llenó aquel devoto silencio. «Y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad...», dijo. Mas, cuando apenas habría terminado de leer ya empezaba a sonar en la sala de columnas el *Stille Nacht, heilige Nacht* a tres voces, que también la familia comenzó a entonar en el salón de los paisajes. Cantaban con cierta timidez, pues la mayoría de los presentes carecía de oído musical, y en el conjunto podía percibirse alguna que otra nota baja y totalmente desafinada... Sin embargo, el efecto de aquella canción no por ello perdía su fuerza. La señora Permaneder la cantaba con labios temblorosos, pues lo que más dulce y dolorosamente conmueve el corazón de quien tiene una agitada vida a sus espaldas es mirar atrás en el breve instante de paz de una celebración semejante... Madame Kethelsen lloraba con amargura y en voz baja a pesar de que no oía casi nada de todo aquello.

Luego, la consulesa se levantó. Cogió de la mano a su nieto Johann y su bisnieta Elisabeth y se dispuso a cruzar el salón. Los mayores comenzaron a desfilar tras ellos, luego les siguieron los más jóvenes y, al pasar por la sala de columnas, se les unieron los criados y los pobres que esperaban en el pasillo; y, mientras cantaban a coro *O Tannenbaum* y el tío Christian, a la cabeza de la procesión, hacía reír a los niños levantando las piernas como una marioneta descoyuntada y cambiando la letra del villancico con alguna rima chusca de las suyas, todos se dirigieron hacia el comedor y, deslumbrados y sonrientes, cruzaron aquella puerta blanca, ahora abierta de par en par, que conducía directamente al cielo...

El comedor entero, impregnado por el perfume de las ramas humedecidas del abeto, resplandecía a la luz de incontables llamitas, y el azul cielo de las paredes, con sus estatuas blancas pintadas, hacía parecer la estancia aún más luminosa. Las velas que ardían al fondo, entre los cortinajes de color rojo oscuro, en las ramas del inmenso abeto que llegaba casi hasta el techo (y decorado también con espumillón plateado, grandes lirios blancos, un reluciente ángel en la punta y un belén a los pies), se antojaban estrellas lejanas en medio de aquel torrente de luz. Pues, encima de la mesa, que se extendía desde los ventanales hasta la puerta y que, vestida con un mantel blanco, casi quedaba sepultada por los regalos, también había varios árboles de menor tamaño y adornados con toda suerte de dulces y más velas. Además, estaban encendidas las lámparas de gas de las paredes y las gruesas velas de los candelabros de pie dorados de los cuatro rincones. Los regalos de gran tamaño que no cabían en la mesa estaban artísticamente colocados en el suelo. A los lados de ambas puertas había mesas más pequeñas, también con manteles blancos, árboles con velas y paquetitos:

eran los regalos para los criados y para las personas necesitadas que habían acudido ese día.

Cantando, cegados por la luz y como si pisaran aquel lugar por primera vez, todos daban una vuelta entera al salón, desfilaban por delante del belén, que tenía un Niño Jesús de cera haciendo la señal de la cruz, y cada uno se detenía en el sitio donde, tras un vistazo fugaz, había localizado sus regalos.

Hanno estaba totalmente desconcertado. Al poco de entrar en el salón, sus febriles ojos habían descubierto el teatro..., un teatro que, visto en lo alto de la mesa, parecía mucho más grande y con un escenario mucho más grande de lo que él jamás habría osado ni soñar. Sin embargo, estaba en un lugar distinto al de los regalos del año anterior, justo en el extremo opuesto, con lo cual el pequeño, en su perplejidad, comenzó a albergar serias dudas de que aquel fabuloso teatro fuera realmente para él. A esto se añadía que, a los pies del teatro, en el suelo, había un objeto muy grande que no sabía identificar, algo que, desde luego, no estaba en su lista de deseos, un mueble, una especie de cómoda... ¿Sería para él?

—Ven, hijo, ven a ver esto —dijo la consulesa y levantó la tapa—. Sé que te gusta tocar corales... El señor Pfühl te explicará lo que has de hacer... Hay que darle a los pedales para que suene, a veces con más fuerza, otras menos..., y no levantar las manos del todo, sino ir desplazando el peso de los dedos poco a poco...

Era un armonio, un pequeño y bonito armonio, de madera barnizada, con asas de metal a los lados para transportarlo, fuelles de distintos colores y un lindo taburete giratorio. Hanno tocó un acorde, y un suave sonido de órgano salió del armonio, sorprendiendo a todos y haciéndoles levantar la vista de sus respectivos regalos. Hanno abrazó a su abuela, que lo abrazó contra su pecho con ternura y luego lo dejó solo para recibir los agradecimientos del resto de la familia.

Hanno se dirigió hacia el teatro. El armonio era un sueño maravilloso, pero todavía no tenía tiempo de prestarle más atención. Aquél era uno de esos momentos de felicidad desbordada en los que, para poder apreciar el conjunto, uno sólo puede mirar cada cosa en particular de un modo superficial y sin detenerse a contemplar nada en detalle...

¡Oh, el teatro traía hasta la concha para el apuntador, por detrás de la cual se levantaba un ancho y majestuoso telón rojo y dorado! Sobre el, escenario se veía el decorado del último acto de Fidelio. Los pobres condenados tenían las manos juntas en actitud de oración. Don Pizarro, con unas espléndidas mangas de terciopelo y el más fiero gesto, esperaba su gran momento. Desde el fondo llegaba corriendo el ministro, todo vestido de terciopelo negro, para arreglarlo todo y poder celebrar un final feliz. Era igual que en el Stadttheater o, si cabe, aún más bonito. En los oídos de Hanno resonó el apoteósico coro final, y se sentó al armonio para tocar un fragmento que aún guardaba en su memoria... Pero volvió a levantarse para ir a mirar el tan deseado libro He mitología griega encuadernado en color rojo y con una Palas Atenea en la cubierta. Comió algunos dulces de mazapán y bizcocho de Navidad de su plato y se puso a desempaquetar los regalos más pequeños, útiles de escritorio y cuadernos, y, durante un instante, olvidó todo lo demás, fascinado por un portaplumas que tenía una diminuta bolita de cristal que, mirada muy de cerca, mostraba como por arte de magia un completo paisaje suizo...

Ahora, Mamsell Severin y la doncella pasaban sirviendo té con otro tipo de bizcocho más fino, y mientras mojaba su correspondiente pedazo en su

taza y se lo tomaba, Hanno tuvo ocasión de apartar la vista de sus regalos. Todos estaban de pie junto a la mesa o pululando por sus alrededores, charlando, riendo, enseñando sus regalos a los demás o admirando los ajenos. Había objetos de todos los materiales: de porcelana, de níquel, de plata, de oro, de madera, seda o tela. Sobre la mesa se extendía una larga hilera de grandes bizcochos de especias, glaseados y adornados con almendras formando simétricas figuras, alternados con densos panes de mazapán, húmedos por dentro de tan frescos como estaban. Aquellos regalos confeccionados o decorados por Madame Permaneder (un bolsito para la labor, un macetero, un almohadón para los pies...) lucían enormes lazos de satén.

De cuando en cuando, alguien se acercaba al pequeño Hanno, le rodeaba con el brazo por encima del cuello de marinero y admiraba sus regalos con cierta exageración irónica, como suelen admirarse las cosas que los niños consideran maravillas. El tío Christian era el único a quien esa actitud soberbia tan típica de los adultos le resultaba totalmente ajena, y cuando pasó al lado de Hanno luciendo un anillo con un brillante que acababa de regalarle su madre, la ilusión con que miró el teatrillo de marionetas no se diferenciaba en nada de la que mostrara su sobrino un rato antes.

—¡Hala, esto sí que es bonito! —dijo subiendo y bajando el telón y dando unos pasos hacia atrás para ver el efecto del escenario—. ¿Esto es lo que habías pedido? Uaya, así que esto es lo que habías pedido... —dijo de pronto, tras quedarse muy serio un instante, con la mirada perdida—. ¿Y por qué? ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Es que ya has ido al teatro alguna vez? ¿A ver Fidelio? Ay, sí, lo representan muy bien... Y ahora quieres repetirlo tú, ¿verdad? Imitar lo que viste, poner en escena tus propias óperas... ¿Tanto te impresionó?... Mira, niño, deja que te dé un consejo: haz el favor de no pensar demasiado en esas cosas, ¿me oyes? El teatro... y ese tipo de cosas... todo eso no va a ninguna parte, haz caso de tu tío. Yo siempre me he interesado demasiado por esas cosas y, como ves, no he llegado demasiado lejos. He cometido graves errores, ¿sabes?...

Así habló a su sobrino, muy serio e insistente, mientras el niño le miraba desde abajo con curiosidad. Pero luego, al cabo de un momento, su rostro huesudo y ajado se iluminó al contemplar el teatro, hizo avanzar una marioneta sobre el escenario y, con voz trémula y estridente, cantó: «¡Ah, villano, cuán imperdonable crimen ...!», y a continuación, colocó el taburete del armonio frente a la mesa con el teatro, se sentó y empezó a cantar y gesticular, imitando alternativamente los movimientos del director de orquesta y de los personajes sobre el escenario. A su espalda se agruparon varios miembros de la familia, riendo, meneando la cabeza y divirtiéndose con aquella ópera improvisada. Hanno observaba a su tío con verdadero placer. Sin embargo, al poco rato y para sorpresa de todos, se interrumpió. Enmudeció de golpe y su rostro se ensombreció; se pasó la mano por la cabeza y por todo el lado izquierdo del cuerpo y, arrugando la nariz y con gesto de angustiado desasosiego, se volvió hacia su público:

—Ay, ya veis, se acabó —dijo—. Ahora viene otra vez el castigo. No me da tregua: en cuanto me permito un poco de diversión, se venga de mí. No es un dolor, ¿sabéis?, es un tormento..., un tormento de origen indeterminado; como todos los nervios de este lado son demasiado cortos... Eso es lo que pasa, que todos los nervios son demasiado cortos...

Su familia tomaba aquellos lamentos tan poco en serio como em historias y sus payasadas, y apenas nadie le respondió. Se dispersaron con

indiferencia y Christian aún permaneció un rato, mudo, frente al teatro; lo miró una vez más con gesto pensativo y se levantó.

—Bueno, niño, diviértete con tu teatro —dijo al tiempo que le acariciaba la cabeza—. Pero no demasiado... y no dejes que te distraiga de las cosas serias, ¿me oyes? Yo he cometido errores... En fin, me voy un rato al Club... ¡Que me voy un rato al Club! —repitió para que le oyeran los adultos—. Hoy también celebran la Navidad allí. Hasta luego. —Y, cojeando un poco con aquellas torcidas piernas, desapareció por la sala de columnas.

Aquel día, todos habían almorzado antes de lo habitual y habían tomado té con bizcochos en abundancia. Sin embargo, apenas habían terminado, cuando comenzaron a servir un nuevo tentempié en unos grandes cuencos de cristal tallado: una especie de crema amarilla con pequeños grumos... Era la tradicional crema de almendras: una mezcla de huevo, almendra molida y agua de rosas que tenía un sabor delicioso, pero que, como se comiera una cucharadita de más, provocaba los más terribles dolores de estómago. A pesar de esto y de que la consulesa rogó a todos que reservasen «un huequecito para la cena», nadie se reprimió. En cuanto a Clotilde, en verdad era un prodigio lo que podía llegar a engullir. Muy callada y agradecida, tomaba cucharada tras cucharada de crema de almendras como si fueran gachas de trigo. Para refrescar un poco el paladar, después sirvieron unas copas de gelatina de vino blanco con plum—cake al estilo inglés. Poco a poco, todos fueron pasando de nuevo al salón de los paisajes y sentándose con sus platos alrededor de la mesa, en pequeños grupos.

Hanno se quedó solo en el comedor, pues a la pequeña Elisabeth Weinschenk se la habían llevado a dormir a casa, mientras que él tenía permiso para quedarse a cenar en la Mengstrasse por primera vez; el servicio y los pobres se habían retirado con sus regalos y Riekchen Severin charlaba en la sala de columnas con Ida Jungmann, quien, en su actual condición de institutriz, solía mantener una infranqueable distancia respecto a la gobernanta.

Las luces del árbol grande se habían consumido y apagado y el belén había quedado a oscuras, pero algunas velas de los árboles pequeños de las mesas todavía ardían y de vez en cuando, alguna de sus ramas se prendía con una llamita y crepitaba suavemente, intensificando el fragante olor de la estancia. Cada sople de aire que rozaba los árboles hacía estremecerse las tiras de espumillón con un débil sonido metálico. De nuevo reinaba un silencio tan profundo que se oía la melodía de un organillo desde alguna calle lejana, a través de la fría noche.

Hanno disfrutaba de los olores y sonidos de la Navidad con apasionada entrega. Leía su libro de mitología con la cabeza apoyada en una mano, comía dulces, mazapán, crema de almendras y plum—cake de forma mecánica y porque así lo imponía la ocasión, y la angustiosa opresión que le producía tener el estómago demasiado lleno se mezclaba con la dulce excitación de aquella noche y le producía un sentimiento de melancólica felicidad. Leía las batallas de las que Zeus tenía que salir victorioso para poder alzarse como soberano de todos los dioses y, de vez en cuando, se acercaba al salón para enterarse de la conversación de los mayores, que giraba en torno al futuro de la tía Clotilde:

Aquella noche Clotilde era, sin ninguna duda, la más feliz de todos. Respondía a las felicitaciones y bromas de sus parientes con una sonrisa que transfiguraba su rostro y, al hablar, se le quebraba la voz de alegría. La habían admitido como hija de San Juan. El senador, en secreto, había aprovechado sus influencias en el Senado para que así fuera, y ciertos

caballeros habían protestado por lo bajo ante semejante caso de nepotismo. En ese momento, los Buddenbrook estaban hablando del convento de San Juan, aquella maravillosa institución, similar a los conventos para mujeres de la nobleza que había en Mecklemburgo, Dobberthien y Ribnitz, en la que se acogía a las solteras sin recursos de las mejores familias. Así pues, la pobre Clotilde contaría a partir de entonces con una renta modesta pero fija que iría subiendo con los años y que, teniendo en cuenta su edad, tal vez incluso le permitiría acceder a una tranquila y pulcra vivienda en el propio recinto del convento cuando alcanzase la categoría más alta.

El pequeño Johann pasó un rato con los mayores, pero enseguida volvió al comedor, que ahora, casi a oscuras y libre de aquel esplendor y aquel exceso de luz que incluso intimidaba un poco, ejercía sobre él una atracción de distinto tipo. Era un placer muy curioso, como si a uno le permitiesen pasear por el escenario de un teatro en penumbra tras la función y curiosear entre las bambalinas: mirar de cerca los lirios del enorme abeto navideño, con sus estambres dorados, coger con las manos las figurillas del belén, encontrar la vela que hacía brillar la estrella transparente que pendía sobre el portal con el Niño y asomarse por debajo del mantel para ver la imponente cantidad de cajas y papeles de empaquetar que había amontonados debajo.

Por otra parte, la conversación del salón de los paisajes había derivado hacia temas menos atractivos. Por ineludible necesidad, se había convertido en tema de la conversación aquel inquietante asunto que habían intentado eludir todo el tiempo en consideración a la festividad que se celebraba, a pesar de que ninguno de los presentes había dejado de pensar en ello: el proceso judicial del director Weinschenk. Él mismo informó a sus familiares al respecto, con un arrojo tal vez desmesurado en sus gestos y expresiones del rostro. Informó sobre los detalles de la toma de declaración a los testigos, interrumpida durante las fiestas navideñas; criticó la notoria parcialidad del presidente, el doctor Philander, y condenó con soberbio sarcasmo el tono irónico que el fiscal, el doctor Hagenstróm, consideraba oportuno emplear con él y con los testigos de la defensa. Por otra parte, Breslauer había invalidado ciertas alegaciones en su contra con verdadero ingenio y le había asegurado con el más firme convencimiento que, por el momento, no cabía ni plantearse la posibilidad de la condena. El senador intervenía con alguna pregunta de cortesía, y la señora Permaneder, erguida hasta la exageración en el sofá, con los hombros un poco levantados, farfullaba algún que otro juramento terrible contra Moritz Hagenstróm. Todos los demás, sin embargo, guardaban silencio. Guardaban un silencio tan profundo que también el director se fue callando poco a poco; y si al otro lado de las puertas blancas, en el comedor, el tiempo pasaba volando para el pequeño Hanno, en el salón de los paisajes se hizo un silencio angustioso que pesaba como una losa sobre los presentes y que aún se mantenía cuando, a las ocho y media, regresó Christian del Club de la fiesta navideña de solteros y suitiers.

Traía una colilla apagada entre los labios y sus descarnadas mejillas estaban coloradas. Llegó a través del comedor y, al entrar en el salón de los paisajes, dijo:

—¡Muchachos, esto está precioso! Weinschenk, deberíamos haber invitado a Breslauer esta noche, seguro que nunca ha visto nada parecido.

La consulesa lo fulminó con una mirada de reojo. Él respondió con gesto interrogante, sin disimular su desconcierto. A las nueve, todos pasaron a la mesa.

Como todos los años, la cena de Nochebuena tenía lugar en la sala de columnas. La consulesa bendijo la mesa en tono cordial y con la oración tradicional:

Ven, Señor Jesús, a sentarte a nuestra mesa y bendice los alimentos que has depositado en ella...

Y añadió, como también era tradición aquella noche, un pequeño sermón en el que, principalmente, instaba a los allí presentes a pensar en aquellos que no pasaban la Nochebuena en tan felices y prósperas circunstancias como ellos... Y, una vez solucionado este asunto, todos se sentaron con la conciencia tranquila a disfrutar de una cena que se iniciaba con carpas en mantequilla regadas con vino del Rin añejo y que habría de prolongarse varias horas.

Siguiendo la tradición popular, el senador guardó varias escamas en su monedero para que no faltase el dinero durante todo el año; Christian, sin embargo, comentó en tono sombrío que aquello no servía para nada, y el cónsul Kröger dijo que se abstenía de opinar sobre tales tradiciones puesto que ya no tenía que temer a los altibajos de la Bolsa: los cuatro céntimos que le quedaban estaban seguros. El anciano se había sentado lo más lejos posible de su esposa, con la que apenas se hablaba desde hacía una eternidad, dado que ella no había dejado de enviar dinero en secreto a su hijo Jakob, el desheredado, que debía de seguir con su desarraigada vida de aventurero en Londres, París o América..., sólo su madre sabía dónde estaba. Justus Kröger frunció el ceño cuando, al llegar el segundo plato, la conversación comenzó a versar sobre los miembros de la familia ausentes aquella noche y cuando vio que su pusilánime esposa se secaba los ojos. Mencionaron a los de Frankfurt y a los de Hamburgo, y, sin malos recuerdos, también al reverendo Tiburtius de Riga; el senador y su hermana brindaron en secreto a la salud de los señores Grünlich y Permaneder, ya que, después de todo, también eran de la familia...

El pavo relleno con un puré de castañas, pasas y manzanas fue alabado por todos. Se hicieron comparaciones con los de otros años y de ellas se concluyó que el de aquella noche era el más grande en mucho tiempo. Como guarnición se sirvieron patatas asadas, dos tipos de verduras y dos tipos de compota, y, por las cantidades que contenían los cuencos que circulaban por la mesa, se hubiera dicho que, más que guarnición y aderezo, cada uno de ellos contenía el plato principal con el que había de saciarse una familia entera. Se bebió un tinto de muchos años de la empresa de los Möllendorff.

El pequeño Johann estaba sentado entre sus padres y a duras penas lograba hacer entrar en su estómago un pedazo de pechuga blanca con sus correspondientes acompañamientos. No era capaz de comer tanto como la tía Tilda y se sentía cansado y un poco mal; eso sí, estaba muy orgulloso de que le dejaran cena con los mayores, de que también a él le hubiesen puesto uno de aquellos deliciosos panecillos de leche con semillas de amapol. encima de la servilleta, artísticamente doblada, de que también delante de su plato hubiese tres copas de vino, cuando todos lo demás días bebía en el vaso de oro que le había regalado su padrino, el tío Justus... Claro que, cuando aparecieron en la mesa los merengues helados, de color rojo, blanco y marrón, mientras el tío Justus servía un vino griego amarillo como el aceite en las copas más pequeñas, recuperó el apetito. A pesar de que le producía un dolor de boca casi insoportable, se comió uno de los rojos, medio de los blancos y, por último, insistió en probar un trozo de los marrones, rellenos de helado de chocolate; mordisqueó unos cuantos barquillos, dio un sorbito al vino y se dispuso a escuchar lo que contaba el tío Christian.

Christian hablaba de la fiesta del Club, que había estado más que animada.

—¡Por Dios bendito! —decía en el mismo tono que empleaba cuando contaba aquella historia de Johnny Thunderstorm—. ¡Lo! muchachos bebían ponche sueco como si fuera agua!

—¡Qué horror! —exclamó la consulesa bajando la vista.

Su hijo no hizo caso. Sus ojos comenzaron a mirar a toda! partes sin quedarse fijos en ninguna, y los recuerdos e ideas estaban tan vivos en su interior que se veía cómo cruzaban como sombras su rostro ajado.

—¿Conoce alguno de vosotros —preguntaba— la sensación que se tiene después de beber demasiado ponche sueco? Quiero decir no la embriaguez, sino la sensación del día siguiente, las consecuencias... ¡Uf, son terribles y repugnantes! Sí, sí, una cosa muy curiosa y muy asquerosa al mismo tiempo.

—Motivo suficiente para que no nos lo describas —le espetó el senador.

—Assez, Christian, eso no nos interesa ni lo más mínimo —dijo la consulesa.

Pero él hizo oídos sordos. Como era típico en él, en tales momentos no había forma de convencerle para que se callara. Guardó unos segundos de silencio y luego, de pronto, las ideas que incubaba le parecieron lo bastante maduras para salir a la luz. —Todo empieza a girar y sientes náuseas —dijo y se volvió hacia su hermano arrugando la nariz—, tienes dolor de cabeza y el estómago revuelto..., bueno, claro, eso también pasa en otras ocasiones. El caso es que te sientes sucio —y se frotó las manos con la cara contraída en una mueca horrible—; te sientes sucio, todo tu cuerpo está sucio como si no te hubieras lavado. Te lavas las manos pero no sirve de nada, las sientes húmedas y poco limpias, y tienes como una cosa grasienta entre las uñas... Te bañas pero no sirve de nada, sientes todo tu cuerpo pegajoso, pringoso... Tu cuerpo entero te molesta, te irrita, tu propio cuerpo te da asco... ¿Tú conoces esa sensación, Thomas?

—Sí, sí —dijo el senador e hizo un movimiento de rechazo con la mano.

Pero Christian, con la peculiar falta de tacto que siempre le había caracterizado, que iba en aumento con el paso de los años y que ni siquiera le permitía darse cuenta de que toda aquella exposición resultaba harto desagradable a cuantos estaban sentados a la mesa y era más que inadecuada para la Nochebuena, siguió describiendo los horribles síntomas que se padecen tras un excesivo consumo de ponche sueco, hasta que él mismo creyó haber ofrecido los suficientes pormenores y se fue callando.

Antes de que se sirvieran el queso y la mantequilla, la consulesa tomó la palabra de nuevo para dirigirse a su familia. Aunque, a lo largo de todos aquellos años, no todo había transcurrido como, en la ignorancia y estrechez de miras propia de los hombres, se hubiera deseado, la familia seguía contando con muchas bendiciones por las que dar gracias al Señor de todo corazón. Precisamente, esa alternancia de dicha y de profundo pesar demostraba que Dios jamás se había alejado de aquella familia, sino que había dirigido y seguía dirigiendo sus destinos de acuerdo con sus designios profundos y sabios, en los que la impaciente soberbia humana no debía osar inmiscuirse. Así pues, con el corazón lleno de esperanza, todos unidos debían alzar sus copas a la salud de la familia, por su futuro, por aquel futuro que sería un presente cuando los mayores y los ancianos allí reunidos ese día llevaran ya tiempo descansando en paz bajo la fría tierra..., y por los niños, a quienes realmente pertenecía la fiesta de esa noche...

Y como la hijita del director Weinschenk ya no estaba presente, el pequeño Johann tuvo que dar una vuelta a toda la mesa para brindar con

todos por orden de jerarquía, desde la abuela hasta Mamsell Severin, mientras los demás brindaban también entre sí. Cuando llegó a su padre, el senador acercó su copa a la del niño y le levantó suavemente la barbilla para mirarle a los ojos... No encontró su mirada, pues las largas pestañas de Hanno se mantenían caídas y muy bajas, hasta rozar las sombras azuladas bajo sus ojos.

Therese Weichbrodt, en cambio, le cogió la cabeza con ambas manos, le dio un beso con un ligero chasquido en cada mejilla y le dijo «¡Sé felez, me niño!» en un tono tan cariñoso que ni siquiera el buen Dios habría podido llevarle la contraria.

Una hora más tarde, Hanno estaba en su cama, ahora situada en la primera habitación del pasillo de la segunda planta, que quedaba a la izquierda del vestidor de su padre. Estaba tumbado boca arriba, para no oprimir más el estómago, que en modo alguno se había apaciguado aún debido a todo lo que había comido a lo largo de la celebración, y miraba expectante a la fiel Ida Jungmann, que venía desde su cuarto, ya en bata, con un vaso de agua en la mano y haciendo suaves movimientos circulares para disolver las sales que había dentro. El niño se lo bebió rápidamente, hizo una mueca de asco y se dejó caer en la cama otra vez.

—Ahora sí que creo que voy a devolver todo lo que he comido, Ida.

—¿Qué dices, Hanno? Tú quédate bien quieto y boca arriba... Pero ya ves lo que pasa. ¿Quién te hacía señas todo el rato para que dejaras de comer? Ay, pero como el señorito no quería y seguía zampando...

—Ay, sí, sí..., a lo mejor se me pasa. ¿Cuándo me traerán mis cosas, Ida?

—Mañana temprano, hijito.

—¡Que las traigan a mi cuarto! ¡Que me las traigan enseguida!

—Sí, Hanno, lo que tú digas, pero ahora tienes que dormir mucho —y le dio un beso, apagó la luz y salió.

Estaba solo y, mientras se quedaba muy quieto en espera de que surtieran efecto las sales digestivas, en su imaginación, con los ojos cerrados, volvió a ver el salón lleno de regalos en todo su esplendor. Vio su teatro, su armonio, su libro de mitología... y desde algún lugar lejano le llegó el «Clama de júbilo, Jerusalén» del coro de niños de la Marienkirche. Todo brillaba con mil destellos. Notaba una especie de zumbido en la cabeza, de embotamiento febril, y su corazón, un tanto oprimido y angustiado por las protestas de su estómago, latía con fuerza, lenta e irregularmente. Pasó largo rato en aquel estado, mezcla de malestar, excitación, angustia, cansancio y felicidad, sin conciliar el sueño.

Mañana sería el tercer día de fiesta, la celebración y los regalos en casa de Therese Weichbrodt, y Hanno sentía ya la misma ilusión impaciente con que se espera una pequeña representación burlesca. El año anterior, Therese Weichbrodt había cerrado su pensionado de forma definitiva, y ahora en la casita de la plazoleta Am Mühlenbrink sólo vivían ella y Madame Kethelsen; ella en la planta baja y su hermana arriba. Los dolores que le ocasionaba su contrahecho y frágil cuerpo habían aumentado con los años, y con la más dulce humildad y resignación cristiana, Sesemi Weichbrodt suponía que el Señor no tardaría en llamarla a su lado. Así pues, también llevaba años pensando cada Navidad que ésa sería la última para ella, y trataba de conferir todo el esplendor que sus mermadas fuerzas permitían a la pequeña fiesta que seguía celebrando en sus pequeñas habitaciones, siempre demasiado caldeadas. Como no disponía de medios para comprar muchas cosas, cada año regalaba algunas de sus propias y humildes pertenencias y

agrupaba al pie del árbol tantos paquetes como pertenencias de las que prescindir encontraba: figurillas, pisapapeles, alfileteros, jarroncitos o ejemplares sueltos de su biblioteca, libros antiguos con los más peculiares tamaños y formas, el Diario secreto de un observador de sí mismo, los Poemas alemanes de Hebbel, las parábolas de Krummacher... A Hanno ya le había regalado otro año una edición de los Pensamientos de Blaise Pascal en un formato tan diminuto que no se podía leer sin ayuda de una lupa.

El Bíschof corría en cantidades insuperables, y el bizcocho de especias que preparaba Sesemi, con gengibre, era delicioso. Eso sí, no había noche en la que, debido a la frenética entrega con que la señorita Weichbrodt atendía a sus invitados en aquella supuesta última Navidad juntos, no sucediera algún incidente, alguna sorpresa o pequeña catástrofe con la que acabaran riendo todos..., excepto la dueña de la casa, aún más nerviosa por salvar la situación. Se caía una jarra llena de ponche y el líquido rojo, dulce y especiado lo inundaba todo..., o el árbol de Navidad, decorado con tanto mimo, se caía del soporte de madera en el preciso momento en que todos entraban en la habitación... Mientras se estaba quedando dormido, Hanno creyó estar viendo la imagen de la catástrofe del año anterior: justo antes de entrar a buscar los regalos. Therese Weichbrodt les había leído en voz alta el capítulo sobre la Navidad de la Biblia, con las vocales tan abiertas que todas habían sonado como si fueran otras, y daba unos pasos hacia atrás, hacia la puerta, para alejarse un poco de sus invitados y pronunciar un pequeño discurso navideño desde allí. Estaba de pie en el umbral, jorobada y diminuta, con sus manitas de vieja cruzadas sobre su pecho de niña; las cintas verdes de la cofia le caían sobre los frágiles hombros y, por encima de su cabeza, sobre el marco de la puerta, en una banda enmarcada con ramas de abeto, se leían las palabras: GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS. Sesemi habló de la bondad de Dios, mencionó que aquélla iba a ser su última Navidad y concluyó diciendo a todos que, con las palabras de los apóstoles, les invitaba a estar alegres; y, ladeando la cabeza para después alzarla con una sacudida en señal de llamada, dijo aquel «¡Alegraos!» con tal énfasis que todo su cuerpecillo se estremeció de la cabeza a los pies. «Y una vez más os digo: ¡alegraos!» Y, en ese momento, la banda entera empieza a arder con un crujido—silbido—chisporroteo, de modo que Mademoiselle Weichbrodt, con un pequeño gemido de espanto, para huir de la lluvia de chispas que se le viene encima se ve obligada a dar un brinco de una agilidad circense de la que nadie la hubiera creído capaz.

Hanno, al acordarse del salto de la anciana Sesemi, pasó varios minutos riendo en voz baja, intentando ahogar en la almohada aquella risa impulsiva, excitada y nerviosa.

CAPÍTULO IX

La señora Permaneder iba por la Breite Strasse caminando a toda prisa. Su actitud descompuesta resultaba sospechosa, y la postura de sus hombros y su cabeza tan sólo conservaba un atisbo de aquella dignidad que normalmente envolvía su figura cuando recorría las calles de la ciudad. Agobiada, angustiada y con mucha prisa, parecía que sólo hubiera reunido la cantidad imprescindible de dignidad antes de arrojar a la calle, del mismo

modo en que un rey derrotado reúne presuroso las pocas tropas que le quedan para batirse en retirada con ellas.

¡Ay, no, no tenía buen aspecto! Su labio superior, aquel labio superior un poco abultado y curvado hacia arriba que, en tiempos, contribuyera a hacer su rostro tan bello, ahora temblaba; sus ojos, más abiertos de lo normal en un gesto de temor y exaltación, miraban al frente entre continuos parpadeos, como si estuvieran al acecho; el cabello estaba visiblemente revuelto bajo la capota y su rostro mostraba el tono amarillento que solía adquirir cuando empeoraba su dolencia estomacal.

Sí, en aquella época sufría mucho del estómago; la familia entera podía observar cómo empeoraba de un jueves al siguiente. Por más que trataran de evitar el espinoso tema, la conversación siempre desembocaba en el proceso contra Hugo Weinschenk, dado que la propia señora Permaneder la dirigía hacia allí sin remisión; y luego, en un terrible estado de excitación, comenzaba a preguntar, a clamar para que Dios y el mundo le respondieran cómo era posible que Moritz Hagenström, el fiscal, durmiera tranquilo por las noches. No le cabía en la cabeza, no lo entendería jamás..., y su excitación iba creciendo con cada palabra. «Muchas gracias, no voy a comer nada», decía y rechazaba cualquier plato levantando los hombros, echando la cabeza un poco hacia atrás y retirándose en soledad al bastión de su indignación para no tomar nada más que cerveza bávara bien fría (pues desde la época de su segundo matrimonio se había acostumbrado a tomarla), bebida que, en ayunas y dado el delicado estado nervioso de su estómago, acababa pasándole factura. Hacia el final de la comida, tenía que levantarse de la mesa y bajar al jardín o al patio, y allí, apoyándose en Ida Jungmann o en Riekchen Severin, sufría las más angustiosas náuseas. Su estómago expulsaba todo su contenido y entonces comenzaba a tener espasmos que se prolongaban durante angustiosos minutos; incapaz de arrojar nada más, las náuseas continuaban torturándola largo rato...

Eran aproximadamente las tres de la tarde de un ventoso y lluvioso día de enero. Cuando la señora Permaneder llegó a la esquina de la Fischergrube, tomó la cuesta abajo y se dirigió hacia la casa de su hermano todo lo deprisa que pudo. Tras llamar a la puerta con gran nerviosismo, cruzó el pasillo para entrar en las oficinas, recorrió el lugar con la mirada, localizó al senador al fondo, en su sitio junto a la ventana, y le hizo un gesto con la cabeza tan desesperado que Thomas Buddenbrook soltó la pluma de inmediato y salió a su encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó levantando un poco una ceja. —Es un momento, Thomas... Una cosa muy urgente..., no admite demora

El senador abrió la puerta tapizada de su despacho privado, la cerró tras de sí cuando ambos hubieron entrado y miró a su hermana con gesto interrogante.

—Tom —dijo ella con voz temblorosa, retorciéndose las manos bajo el manguito de piel—, tienes que poner la fianza tú..., de manera provisional.... tienes que poner tú el dinero, por favor. Nosotros no lo tenemos, ¿de dónde íbamos a sacar ahora veinticinco mil marcos? Te lo devolveremos todo, hasta el último céntimo... ¡Ay,

Dios mío! Es que se ha adelantado..., ya me entiendes..., es que ya se ha decidido... En resumen, el proceso ha llegado a un punto en el que Hagenström solicita el ingreso inmediato en prisión o una fianza de veinticinco mil marcos. Y Weinschenk te da su palabra de honor de que no se moverá de aquí...

—De modo que han llegado tan lejos... —dijo el senador meneando la cabeza.

—Sí, ¡hasta ahí lo han llevado esos canallas, esos miserables! —y con un sollozo de rabia impotente, la señora Permaneder se dejó caer en la butaca cubierta con una funda de loneta que tenía al lado—. Y aún irán más lejos, Tom, querrán ir hasta el final...

—Tony —dijo él, y se sentó de lado frente al escritorio de caoba, cruzó las piernas y apoyó la cabeza en la mano—, dime sinceramente una cosa: ¿tú sigues creyendo en su inocencia?

Después de algunos sollozos, Tony respondió en voz baja y en tono desesperado:

—Ay, Tom, ¿cómo podría creer en su inocencia? Precisamente yo, con todas las cosas malas que he tenido que ver ya en esta vida... Desde el principio me costó creer en su inocencia, y mira que lo intenté de buena fe. A veces la propia vida, ya sabes, te pone muy difícil creer en la inocencia de nadie... Ay, no, Tom, ya hace tiempo que me atormentaban las dudas acerca de su buena conciencia..., y la propia Erika se volvía loca con él. Sí, me lo confesó llorando: se volvía loca con el comportamiento que él mostraba en casa. Claro, no dijimos nada a nadie... Cada vez era más difícil tratar con él, y luego cada vez exigía con mayor dureza que Erika estuviese alegre y que le ayudase a olvidar sus preocupaciones, y estrellaba la vajilla contra el suelo cuando ella estaba seria. No sabes lo terrible que era cuando, por las noches, se encerraba durante horas con sus papeles... Y si llamabas a la puerta, oías cómo se sobresaltaba y gritaba: «¿Quién es? ¿Quién es?» Ambos guardaron silencio.

—Pero, ¡aunque fuera culpable! ¡Aunque haya cometido un delito! —comenzó de nuevo la señora Permaneder, y su tono de voz fue elevándose—. ¡No lo hizo para llenarse sus propios bolsillos, sino por el bien de su empresa! Y luego... ¡Ay, por Dios, Tom, hay que tener consideración con ciertas cosas en la vida! Porque, claro, al casarse con Erika entró a formar parte de nuestra familia..., ahora es uno de los nuestros... ¡No podemos permitir que metan en la cárcel a uno de los nuestros, por el amor del Cielo!

El senador se encogió de hombros.

—Te encoges de hombros, Tom... ¿Quiere eso decir que estás dispuesto a permitir que esa gentuza se tome la vergonzosa libertad de llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias? ¡Pero habrá que hacer algo! ¡No pueden condenarle! Tú eres la mano derecha del alcalde... ¡Ay, por Dios! ¿No podría recibir un indulto directo del Senado o algo así?... Mira, tengo que decirte una cosa... Cuando venía hacia aquí, hace un momento, he estado a punto de ir a ver a Cremer para rogarle que interviniera, que por favor y por lo que más quisiera, tomara cartas en el asunto, que hiciera algo... Como es el jefe de la policía...

—Eso son tonterías, Tony.

—¿Tonterías, Tom? ¿Y Erika, qué? ¿Y la niña? —exclamó alzando hacia él el manguito, con ambas manos dentro, en actitud suplicante. Luego calló durante un instante y dejó caer los brazos; su boca se ensanchó, la barbilla se arrugó y comenzó a temblar y, mientras dos gruesas lágrimas brotaban por debajo de sus párpados cerrados, clavados en el suelo, añadió en voz muy baja—: ¿Y yo?

—Vamos, Tony, courage! —respondió el senador y, profundamente conmovido por el desconuelo de su hermana, se acercó a ella para acariciarle el cabello y retirárselo de la cara—. Aún no está todo perdido. Aún no le han condenado. A lo mejor todo termina bien. Por el momento, yo

pagaré esa fianza, por supuesto, no voy a negarme. Además, Breslauer es un hombre inteligente..

Tony negó con la cabeza, llorando.

—No, Tom, no va a salir bien, no lo creo. Le condenarán y le meterán en la cárcel, y entonces llegarán tiempos difíciles para Erika y para la niña y para mí. Ya no contamos con su dote; se gastó toda en montar la casa, en los muebles y los cuadros...; aunque los vendiéramos, nunca darían ni la cuarta parte por ellos. Y su sueldo nos gastábamos todos los meses. Weinschenk no tiene nada ahorrado. Nos trasladaremos de nuevo con mamá si ella nos lo permite, hasta que le pongan en libertad. Claro que, después, será todavía peor, porque a ver adónde va... y adónde vamos nosotras con él. Ya podemos quedarnos sentadas en las rocas —dijo entre sollozos.

—¿En las rocas?

—Ay, no es más que una manera de hablar..., una metáfora. Ay, no, nada va a salir bien. Mira que me han sucedido cosas terribles en la vida; no sé qué habré hecho para merecerlas. Ya no soy capaz de tener esperanzas. Ahora Erika tendrá que vivir lo que yo viví con Grünlich y con Permaneder. La diferencia es que ahora lo ves venir, puedes juzgar desde cerca cómo es, cómo se te viene encima la desgracia. ¿Se puede hacer algo para evitarlo? Tom, te lo ruego: ¿se puede hacer algo para evitarlo? —repitió, interrogándole con la mirada, bañada en lágrimas—. ¡Todo lo que he hecho en la vida ha salido mal y ha acabado en desgracia! ¡Yo que siempre lo hice todo con la mejor intención, Dios sabe que es cierto! Lo que más he deseado siempre era conseguir algo en la vida y contribuir al honor de la familia... Y ahora también esto se desmorona. No hay otro final posible... Es lo último...

Y apoyada en el brazo de su hermano, que rodeaba sus hombros para consolarla, lloró amargamente por aquella vida fracasada donde ya no había lugar para la esperanza.

Una semana más tarde, el director Hugo Weinschenk fue condenado a una pena de tres años y medio de prisión y detenido de inmediato.

La asistencia al juicio fue masiva, y el doctor Breslauer, el abogado de Berlín, habló como jamás se había oído hablar a nadie. Sigismund Gosch, el corredor de fincas, pasó semanas rememorando entusiasmado aquella ironía, aquel pathos, aquel conmovedor discurso; Christian Buddenbrook, que también lo había presenciado, ofreció una perfecta parodia del discurso de defensa en el Club, sentado tras una mesa con una torre de periódicos encima a modo de actas. Además, comentó ante su familia que la jurisprudencia le parecía la profesión más bonita del mundo, ésa sí que se le habría dado bien... Incluso el propio fiscal, el doctor Hagenström, quien, después de todo, era un esteta, realizó en privado ciertos comentarios de los que se infería que la defensa de Breslauer había sido un verdadero placer para él. Sin embargo, el talento del famoso letrado no impidió que sus homólogos de la ciudad le diesen unas palmaditas en la espalda y le dijeran, con toda la amabilidad del mundo, que no había nada que hacer.

Después, una vez realizadas las ventas a que obligó la desaparición del director, en la ciudad comenzaron a olvidar a Hugo Weinschenk. Sin embargo, las Buddenbrook de la Breite Strasse no dejaron de apuntar cada jueves, durante la comida familiar, que ellas, nada más ver al señor Weinschenk, se habían dado cuenta de que se traía algo turbio entre manos,

que sus ojos le delataban, que su carácter no prometía nada bueno, que era inevitable que terminase como había terminado. Claro que, por consideración —y ¡ay, cuánto lamentaban ahora haber sido tan consideradas en su día!—, se habían limitado a guardar silencio sobre tan triste descubrimiento.

NOVENA PARTE

CAPÍTULO I

El senador salió del dormitorio de la consulesa al salón de los desayunos y cerró la puerta tras de sí cuando hubieron entrado los dos caballeros que lo acompañaban, el anciano doctor Grabow y el joven doctor Langhals, un miembro de la familia Langhals que llevaba cerca de un año ejerciendo como médico en la ciudad.

—Caballeros, por favor... Será un momento —dijo, y los condujo escaleras arriba hasta el salón de los paisajes, atravesando el pasillo y la sala de columnas, donde ya habían encendido la estufa debido a la humedad y el frío otoñal de aquellos días—. Comprenderán ustedes mi preocupación... Siéntense, por favor. Tranquilícenme, si es que es posible de algún modo.

—¡Por todos los demonios, mi querido senador! —respondió el doctor Grabow, que se había sentado cómodamente, con la barbilla apoyada en el cuello alto de la camisa, y sostenía el sombrero contra el estómago, agarrándolo por el ala con ambas manos, mientras que el doctor Langhals, un caballero moreno y bajito con barba terminada en punta, cabellos de punta también, bonitos ojos y porte vanidoso, había colocado su chistera sobre la alfombra, a su lado, y se miraba las manos inusualmente pequeñas y cubiertas de vello negro—. Yo le diría que, desde luego, por el momento no hay motivo ninguno para preocuparse seriamente; entiéndame..., una paciente con la capacidad de resistencia de nuestra venerada consulesa... A fe mía, como veterano consejero puedo asegurarle que conozco esa capacidad suya de resistencia. Para la edad que tiene, es ciertamente asombroso... Como se lo digo.

—Por eso mismo, a su edad... —dijo el senador intranquilo, retorciéndose la larga punta del bigote.

—Por supuesto, no le digo que su madre vaya a estar paseando de nuevo mañana mismo... —prosiguió el doctor Grabow en tono conciliador—. Ésa no es la impresión que le habrá dado la paciente, señor senador. No se puede negar que ese catarro ha evolucionado en una dirección un tanto desfavorable en las últimas veinticuatro horas. Los escalofríos de ayer noche no me gustaron nada y, claro, no es de extrañar que hoy presente dolor en los costados y cierta dificultad respiratoria. También tiene un poco de fiebre..., unas décimas insignificantes, pero fiebre al fin y al cabo. En pocas palabras, mi querido senador, me temo que hay que hacerse a la triste idea de que el pulmón esté un poco afectado...

—¿Es pulmonía, entonces? —preguntó el senador mirando a uno y otro médico.

—Sí..., neumonía —dijo el doctor Langhals con, una seria y correcta inclinación.

—En efecto, una pequeña inflamación del pulmón derecho —respondió el médico de la familia—, que trataremos de localizar con sumo cuidado.

—¿Entonces sí que hay motivos para preocuparse seriamente? —El senador permaneció sentado muy quieto y miró directamente a la cara al doctor que estaba hablando.

—¿Preocupación? En fin... Como le decía, hemos de preocuparnos de contener la enfermedad, aliviar la tos y combatir la fiebre... Bueno, la quinina hará su efecto. Por esos síntomas aislados no hay que alarmarse, ¿no es cierto? Y si las dificultades respiratorias se agravasen un poco, si se produjera alguna fase de delirio durante la noche, si mañana observásemos que hay esputo..., ¿sabe usted?, un poco de esputo de un marrón rojizo, incluso con un poco de sangre... En fin, todo eso sería perfectamente lógico,

perfectamente explicable y perfectamente normal. Haga el favor de prevenir también a nuestra queridísima Madame Permaneder, que se está encargando de su cuidado con tanta entrega... Por cierto, ¿cómo está su hermana? He olvidado por completo preguntarle cómo se encuentra del estómago estos últimos días...

—Como de costumbre. No sé nada nuevo. Claro, en estos momentos la preocupación por su estado de salud ha pasado a un segundo plano.

—Es comprensible. Por cierto, se me ocurre una idea. Su hermana necesita descansar, sobre todo por las noches, y Mamsell Severin no daría abasto ella sola... ¿Qué le parecería contratar una enfermera, mi querido senador? Ya sabe que contamos con nuestras buenas hermanas católicas, las que visten de gris, siempre tan dispuestas a colaborar... La madre superiora se alegrará de poder serles de utilidad.

—Así pues, ¿lo considera necesario?

—Es una sugerencia. Pero es tan agradable... Las hermanas son una ayuda inestimable. Su experiencia y su serenidad suelen tranquilizar mucho a los enfermos..., precisamente en este tipo de enfermedades que, como le decía, se asocian a una serie de síntomas un tanto inquietantes... En fin, se lo repito: hay que mantener la calma, ¿de acuerdo, senador? Ya veremos cómo evoluciona..., ya veremos. Como hablaremos de nuevo esta noche...

—Sin lugar a dudas —añadió el doctor Langhals, cogió su chistera y se levantó al mismo tiempo que su colega de mayor edad. Sin embargo, el senador seguía sentado, todavía no daba por terminada la conversación, tenía una última pregunta que hacer y quería hacer una última prueba.

—Caballeros —dijo—, una cosa más... Mi hermano Christian está muy delicado de los nervios, en pocas palabras, no soporta demasiada tensión... ¿Me aconsejan que le informe de la enfermedad de nuestra madre? ¿Que le indique que tal vez... sería conveniente que regresara a la ciudad?

—¿Es que su hermano Christian está fuera?

—Sí, está en Hamburgo. Temporalmente. Por asuntos de negocios, según tengo entendido...

El doctor Grabow lanzó una mirada a su colega; luego estrechó la mano del senador riendo y dijo:

—¡Bueno, pues dejémosle tranquilo con sus asuntos de negocios! ¿Para qué alarmarle en vano? Si se produjese algún cambio a peor en el estado de la consulesa que hiciese deseable su presencia..., por así decirlo: para tranquilizar a la paciente, levantarle el ánimo... En fin, para eso siempre estamos a tiempo..., estamos a tiempo...

Mientras los caballeros regresaban por la sala de columnas y el pasillo, se detuvieron un rato en el rellano de la escalera para charlar sobre otros temas, sobre política, sobre la gran conmoción y los grandes cambios que había traído consigo la reciente guerra...

—Bueno, parece que ahora vienen buenos tiempos, ¿no es cierto, senador? Hay dinero en el país... Y sopla aire fresco en todas partes...

Y el senador les dio la razón a medias. Confirmó que, en efecto, el estallido de la guerra había supuesto un gran impulso para la importación de cereal de Rusia y mencionó el volumen de las importaciones de avena que se habían realizado en aquellas fechas para abastecer al ejército. No obstante, las ganancias se habían repartido de manera muy desigual...

Los médicos se marcharon y el senador se dirigió de nuevo hacia la habitación de la enferma. Pensaba en las palabras del doctor Grabow... Lo que había callado era casi más revelador que lo que había dicho... Daba la sensación de que se resistía a afirmar nada con rotundidad. La única palabra

clara había sido «neumonía», y sonaba igual de mal con el término científico que explicando en qué consistía en palabras más llanas. Neumonía a la edad de la consulesa... El mero hecho de que fueran dos médicos los que la visitaban ya confería al asunto un aire preocupante. Grabow lo había dispuesto como algo muy natural, sin darle importancia: como, según había dicho, antes o después tenía intención de retirarse y el doctor Langhals con toda probabilidad se haría cargo de su consulta, era un placer contar ya con su ayuda e ir presentándole en todas las casas...

Cuando el senador entró en la habitación en penumbra, su rostro parecía animado y su actitud enérgica. Estaba tan acostumbrado a ocultar su preocupación y su cansancio tras una máscara de superioridad y confianza que, al abrir la puerta, un mínimo acto de voluntad bastó para que esa máscara se deslizase sobre su rostro sola.

La señora Permaneder estaba sentada junto a la cama con dosel, con los cortinajes semicerrados, y sostenía la mano de su madre, que, recostada sobre varios almohadones, volvió la cabeza y miró a quien entraba con sus claros ojos azules. Era una mirada impregnada de un sereno dominio de sí misma, una mirada interrogante, levemente oblicua, tan tensa y penetrante que incluso se antojaba un tanto desconfiada. Al margen de la palidez de su piel, con manchas rojas en las mejillas producidas por la fiebre, su rostro no reflejaba abatimiento ni debilidad. La anciana consulesa estaba muy atenta a todo lo que pasaba, mucho más que quienes la rodeaban, ya que, en definitiva, era la principal afectada. Desconfiaba de aquella enfermedad y no estaba dispuesta en modo alguno a quedarse postrada en la cama y dejar que las cosas siguieran su curso sin oponer resistencia.

—¿Qué han dicho, Thomas? —preguntó con tanta determinación y una voz tan fuerte que de inmediato sufrió un violento ataque de tos, y, aunque intentó contenerlo apretando los labios, terminó estallando, lo que la obligó a llevarse la mano al costado derecho.

—Han dicho —respondió el senador una vez hubo pasado el ataque de tos, acariciando su mano— que nuestra querida madre estará de nuevo en pie dentro de unos pocos días. Si todavía no puedes levantarte, ¿sabes?, se debe a que esta tos tan tonta te ha afectado un poco el pulmón... No llega a ser pulmonía... —dijo cuando vio que la mirada de su madre se tornaba aún más penetrante—, aunque ni siquiera en ese caso tendría por qué considerarse preocupante. Hay cosas mucho más graves. En resumidas cuentas, los dos coinciden en que el pulmón está un poco inflamado, y deben de tener razón... ¿Dónde está la Séverin? —Ha ido a la farmacia —dijo la señora Permaneder.

—¿Veis? Ya ha tenido que salir a la farmacia otra vez, y tú, Tony, parece que vayas a quedarte dormida de un momento a otro. No, no podemos seguir así. Aunque sólo sea durante unos días..., necesitamos una persona que te atienda, mamá, ¿no os lo parece también a vosotras? Esperad, ya sé: preguntaré a la superiora de las hermanas católicas, las del hábito gris, si alguna de ellas está disponible...

—Thomas —dijo la consulesa, ahora con voz muy suave para no desatar un nuevo ataque de tos—, créeme: estás dando mucho que hablar, y no bueno, con tu constante protección de esas hermanas católicas frente a nuestras protestantes, las que visten de negro. Has conseguido beneficios directos para las unas y no haces nada en absoluto por las otras. Te aseguro que, hace poco, el reverendo Pringsheim se quejó de ello ante mí en términos muy claros.

—Sí, sí... pero eso no le sirve de nada. Estoy convencido de que las hermanas católicas son mucho más fieles y tienen una capacidad de entrega y de sacrificio por los demás infinitamente mayor que las otras. Esas protestantes... no sienten de verdad lo que hacen. En cuanto pueden, se casan. En pocas palabras, son mucho más mundanas, egoístas, ordinarias... Las hermanas de gris son más desinteresadas; de hecho, hasta estoy seguro de que se encuentran mucho más cerca del cielo. Y precisamente porque me deben algún que otro favor, las prefiero a las de negro. ¿Qué hubiéramos hecho sin la hermana Leandra cuando Hanno tenía aquellas convulsiones al salirle los dientes? Lo único que espero es que ahora esté disponible.

Y la hermana Leandra acudió. Con suma discreción dejó a un lado su pequeño bolso, su capa y la toca gris que llevaba sobre otra blanca y se ocupó de cuanto le encargaron con dulces y amables palabras y movimientos, siempre acompañada del ligero tintineo que, cuando andaba, hacía el rosario colgado de su cinturón. Cuidaba día y noche a la mimada y no siempre paciente enferma, y sólo en algunos momentos, sin decir nada y casi avergonzada por la debilidad humana a la que no podía escapar, se marchaba para dormir un poco mientras otra hermana la sustituía hasta su regreso.

Pues la consulesa requería la presencia constante de una persona junto a su cama. Cuanto más se agravaba su estado, tanto más intensamente giraban también todos sus pensamientos e intereses en torno a la enfermedad, a la que respondía con miedo y con un odio casi infantil que no se esforzaba en ocultar. Ella, la que por inclinación natural había sido en el pasado toda una dama mundana, discreta pero amante indudable de la buena vida y de la vida en general, había llenado sus últimos años de actos devotos y una profunda religiosidad... ¿Por qué? Tal vez no sólo por un ferviente sentimiento piadoso hacia el difunto cónsul, sino porque un inconsciente instinto la llamaba a intentar conciliar su fuerte vitalidad con el reino de los Cielos para que allí tuvieran a bien concederle una muerte dulce pese a su inquebrantable deseo de aferrarse a la vida. Pero ella no podía morir dulcemente. Al margen de algunas experiencias dolorosas a lo largo de su vida, había conservado el cuerpo bien erguido y la mente muy clara. Nunca había dejado de gustarle comer en una mesa bien puesta y bien surtida, vestir con lujo y distinción, correr un tupido velo sobre lo que no deseaba ver ni que se viera y participar con suma satisfacción del prestigio que había alcanzado su primogénito. Aquella enfermedad, aquella neumonía, había atacado a su cuerpo sano sin una preparación espiritual previa que le facilitase aquella fase de progresiva destrucción, sin ese sufrimiento previo que nos va minando con su dolor, que nos aleja poco a poco de la vida misma o de las circunstancias en las que la recibimos, y así despierta en nosotros el dulce anhelo del final, de unas circunstancias distintas o del descanso en paz... No, la anciana consulesa sentía muy claramente que, a pesar de la religiosidad con que había intentado vivir sus últimos años, en el fondo no estaba en absoluto preparada para morir; y la vaga idea de que, en el caso de que aquella enfermedad fuera la última, la enfermedad por sí sola fuese a quebrar su resistencia en el último instante, con una celeridad escalofriante y entre horribles dolores físicos, le producía mucho miedo.

Rezaba mucho, pero, en la medida en que estaba consciente, más tiempo aún dedicaba a vigilar su estado: se tomaba el pulso y la fiebre, intentaba combatir la tos... Pero el pulso era débil e irregular; la fiebre le subía aún más después de haber bajado un poco, provocándole ataques de escalofríos y después ardientes fases de delirio; la tos, unida a dolores internos y vómitos

de sangre, iba en aumento, y la dificultad para respirar la llenaba de angustia. Todo ello se debía a que ahora no sólo estaba afectado un alvéolo del pulmón derecho, sino el pulmón entero; es más, si los síntomas no engañaban, lo más probable era que ya se hubiese extendido también al izquierdo un proceso que el doctor Langhals, mientras se miraba las uñas, denominaba «hepatización» y sobre el que el doctor Grabow prefería no decir nada... La fiebre no cedía y tenía muy postrada a la enferma. El estómago comenzó a resentirse. De forma irremisible, con pertinaz lentitud, sus fuerzas iban cediendo.

Ella seguía el proceso de cerca. Cuando podía, ponía todo su empeño en tomar como fuera los alimentos concentrados que le daban, guardaba el horario de la medicación aún con mayor rigor que sus enfermeras y estaba tan centrada en todo aquello que prácticamente sólo hablaba con los médicos, o al menos sólo mostraba verdadero interés en las conversaciones con ellos. A las visitas que al principio permitían en la casa (amigas, habituales de las «veladas de Jerusalén», respetables ancianas de la ciudad y esposas de reverendos) solía recibirlas con apatía, cordial pero distraída, y no tardaba en despedirlas. Sus parientes veían con verdadero apuro la indiferencia con que la anciana recibía a aquellas visitas; se entendía como una especie de desprecio, como si les dijera: «Si no podéis hacer nada por mí...». Incluso cuando, en un momento de menor sufrimiento, dejaron que el pequeño Hanno pasara a verla, ella se limitó a acariciarle un poco la mejilla y enseguida le dio la espalda. Era como si quisiera decir: «Hijos míos, sois todos muy buenos, pero yo... yo quizás esté a punto de morir». A los dos médicos, sin embargo, los recibía con viva cordialidad e interés y entablaba conversación con ellos.

Un día se presentaron en la casa las ancianas hermanas Gerhardt, las descendientes de Paul Gerhardt. Llegaron con sus habituales mantillas, sus sombreritos en forma de plato y sus bolsas cargadas de provisiones para repartir entre los pobres, y no hubo forma de impedirles que entrasen a ver a su amiga enferma. Las dejaron a salas con ella, y sólo Dios sabe de qué hablarían, sentadas junto a su cama. Eso sí, cuando se marcharon, sus ojos y las facciones de sus rostros se habían tornado más dulces y más serenamente enigmáticos que nunca; en el interior de la habitación, la consulesa mostraba los mismos ojos y la misma expresión, estaba muy quieta, muy tranquila, más que nunca, respiraba muy pausada y dulcemente, y era obvia que su debilidad era cada vez mayor. La señora Permaneder, que farfulló alguna de las tajantes expresiones frecuentes en ella a espaldas de las Gerhardt, envió a buscar a los médicos de inmediato, y apenas entraban ambos por la puerta se produjo un cambio desconcertante en la consulesa. Se despertó de golpe y comenzó a agitarse hasta el punto de que casi se puso en pie. La visión de aquellos hombres, de aquellos médicos insuficientemente formados, la devolvió a la cruda realidad de la tierra en un instante. Les tendió las manos y empezó a decir:

—Bienvenidos, caballeros. La situación de hoy es la siguiente: a lo largo del día...

Sin embargo, hacía ya bastante tiempo que los doctores no podían negar el diagnóstico de neumonía doble.

—Sí, mi querido senador —había dicho el doctor Grabow tomándole ambas manos—. No hemos podido evitarlo; la afección alcanza ahora a ambos pulmones, y eso sí es preocupante, eso lo sabe usted tan bien como yo, y no puedo pretender engañarle... En estos casos, tenga el paciente veinte años o setenta, hay que tomar la enfermedad muy en serio, y si

volviera usted a preguntarme hoy si debe notificárselo a su hermano Christian, tal vez con un breve telegrama, no se lo desaconsejaría, me lo pensaría dos veces antes de impedirselo... Por cierto, ¿cómo se encuentra su hermano? Un hombre muy divertido, siempre le he tenido mucho cariño... ¡Por Dios, tampoco extraiga usted consecuencias exageradas de mis palabras, mi querido senador! No he querido decir que exista un peligro inmediato..., ¡me resisto a pronunciar semejante palabra! Sin embargo, dadas las circunstancias, ¿sabe usted?, más vale contar con todos los imponderables... Como paciente, su venerada madre nos tiene extraordinariamente satisfechos. Nos ayuda con gran diligencia, no nos deja solos... Desde luego, no es ningún cumplido hueco: su madre es una paciente sin parangón. Por eso mismo..., ¡hay que tener esperanza, senador! ¡Esperanza! Tengamos esperanza en que todo termine de la mejor manera.

Sin embargo, llega un momento en que la esperanza de los familiares es algo artificial y fingido. Ya se ha producido cierto cambio en el enfermo y algo que jamás había formado parte de su persona cuando estaba sano empieza a observarse en su comportamiento. Por ejemplo, salen de su boca ciertas palabras extrañas a las que no sabemos cómo responder, y que parecen vetarle el camino de regreso al mundo, obligándole a avanzar hacia la muerte. Y aunque sea la persona que más amamos, después de todo eso ya no podemos desear que se levante y ande. Y si lo hiciera, despertaría el horror a su alrededor como si se hubiera levantado del ataúd.

Mientras sus órganos seguían funcionando gracias a su férrea voluntad de seguir con vida, se hicieron patentes ciertas señales de su incipiente descomposición. Puesto que habían pasado semanas desde que la consulesa decidiese guardar cama a causa de un catarro, su cuerpo se había llagado en varios puntos por estar siempre en la misma postura y las heridas, lejos de volver a cerrarse, habían alcanzado un estado espantoso. La anciana ya no dormía; en primer lugar porque los dolores, la tos y la dificultad para respirar se lo impedían; luego, porque ella misma se resistía a quedarse dormida y se aferraba a la vigilia. Sólo durante algunos minutos perdía la consciencia por la fiebre, si bien, cuando estaba despierta, hablaba en voz alta con personas que habían muerto hacía mucho. Un día, al caer la tarde, dijo de repente con voz fuerte, un tanto temerosa pero ferviente: «¡Sí, mi querido Jean, ya voy!». Y la inmediatez de aquellas palabras fue tan convincente que todos creyeron haber oído también la voz del difunto cónsul llamando a su esposa.

Llegó Christian. Venía de Hamburgo, donde, según había dicho, tenía ciertos negocios pendientes, y pasó muy poco tiempo en la habitación de la enferma; al abandonarla, se pasó la mano por la frente, miró a su alrededor sin fijar la vista en ninguna parte y dijo:

—Es terrible..., terrible ... Ya no puedo más.

También apareció el reverendo Pringsheim, que dedicó a la hermana Leandra una fría mirada y estuvo un rato rezando con voz untuosa junto al lecho de la enferma.

Después se produjo una breve mejoría, una última llamita de vida, una remisión de la fiebre, una engañosa recuperación de las fuerzas, una tregua de los dolores, unas cuantas frases lúcidas y llenas de esperanza que hicieron brotar lágrimas de alegría en los ojos de quienes la rodeaban.

—¡Muchachos, lograremos que se quede entre nosotros, ya veréis, se quedará con nosotros a pesar de todo! —dijo Thomas Buddenbrook—. Pasarán las Navidades entre nosotros, y no permitiremos que se excite tanto como otras veces...

Pero ya la noche siguiente, al poco de haberse ido a la cama Gerda y su esposo, un criado enviado por Madame Permaneder les rogó que acudiesen a la Mengstrasse porque su madre estaba agonizando. El viento azotaba la lluvia fría y la estrellaba contra los cristales de las ventanas.

Cuando el senador y su esposa entraron en el dormitorio de la enferma, iluminado por las velas de dos candelabros que había encima de la mesa, ya estaban allí los dos médicos. También habían llamado a Christian para que bajase de su habitación, y estaba sentado en alguna parte, dando la espalda a la cama con dosel, muy inclinado hacia delante y con la frente apoyada en las manos. Se esperaba al hermano de la enferma, el cónsul Justus Krdger, a cuya casa se había enviado a otro criado. La señora Permaneder y Erika Weinschenk sollozaban en voz baja a los pies de la cama. La hermana Leandra y Mamsell Severin ya no tenían nada que hacer y contemplaban el rostro de la moribunda con gesto sombrío.

La consulesa estaba tumbada boca arriba sobre varios almohadones, y sus manos, aquellas manos tan bonitas, surcadas de venas azules, ahora tan delgadas, tan descarnadas, acariciaban el edredón constante y compulsivamente, a gran velocidad, temblando. Su cabeza, cubierta por una cofia de dormir blanca, se agitaba sin cesar de un lado al otro, a un ritmo de una regularidad estremecedora. La boca, cuyos labios parecían haberse consumido y hundido, se abría y se cerraba con cada torturado intento de respirar, y los ojos hundidos se revolvían buscando ayuda por todas partes, para quedarse clavados de cuando en cuando en alguno de los presentes con una conmovedora expresión de envidia hacia aquellos que iban vestidos y podían respirar y estaban en posesión de la vida y no podían hacer otra cosa que, como sacrificio de amor, sostener la mirada de aquella imagen. Y la noche avanzaba sin que se observase ningún cambio.

—¿Cuánto puede durar? —preguntó Thomas Buddenbrook en voz baja, llevándose al anciano doctor Grabow al fondo de la habitación, en tanto el doctor Langhals aún le ponía una inyección a la consulesa. También la señora Permaneder, con un pañuelito en la boca, se les acercó.

—Eso no se puede saber, mi querido senador —respondió el doctor Grabow—. Su madre puede librarse de esta agonía en cinco minutos o puede vivir horas... No puedo decirle nada. Es lo que se denomina edema pulmonar, un encharcamiento de los pulmones...

—Eso lo sé yo —dijo la señora Permaneder mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas—, es frecuente en los casos de neumonía. Los alvéolos pulmonares se llenan de líquido y, en casos extremos, el enfermo no puede respirar... Sí, sí, sé lo que es.

Con las manos cruzadas sobre el vientre, el senador miró hacia la cama.

—¿Cuánto debe de estar sufriendo!

—No —dijo el doctor Grabow en voz igual de baja pero en un tono muy autoritario, y en su cara larga y dulce se dibujó un gesto de determinación—. Es muy engañoso, mi querido amigo, muy engañoso. Su conciencia está ya muy nublada... En su mayor parte, lo que ven ustedes son movimientos reflejos. Créame.

Y Thomas le respondió: —¡Dios lo quiera!

Pero hasta un niño pequeño habría visto en los ojos de la consulesa que estaba plenamente consciente y se daba cuenta de todo.

Cada cual volvió a ocupar su sitio. Ya había llegado el cónsul Kröger y permanecía sentado junto a la cama, inclinado sobre su bastón, con los ojos enrojecidos.

La enferma se movía cada vez más. Un desasosiego terrible, una angustia y un terror indecibles, un ineludible sentimiento de abandono y de desesperación sin límites debía de haberse apoderado por completo de aquel cuerpo abocado a la muerte. Sus ojos, aquellos pobres ojos dolientes, suplicantes, en busca de ayuda, se quedaban en blanco y se cerraban de golpe con los estertores y los giros de la cabeza, o se abrían tanto que se marcaban las diminutas venas del globo ocular. ¡Pero no perdía la conciencia!

Poco después de las tres de la madrugada vieron que Christian se levantaba.

—Es que no puedo más —dijo y se dirigió cojeando hacia la puerta, apoyándose en los muebles que encontraba en el camino. Por otra parte, Erika y Mamsell Severin, tal vez arrulladas por los monótonos gemidos de dolor, se habían quedado dormidas sentadas y el sopor coloreaba sus mejillas.

A las cuatro, la agonía se intensificó aún más. Sostenían a la enferma por la espalda y le secaban el sudor de la frente. Su respiración amenazaba con detenerse definitivamente y su terror era cada vez mayor.

—¡Algo para dormir! —balbució—. ¡Algún remedio! Pero no podían darle nada para dormir.

De pronto, comenzó a responder a una voz que los demás no oían, como ya hiciera en otras ocasiones.

—¡Sí, Jean, dentro de muy poco...! Y a continuación:

—¡Sí, Clara querida, ya voy!

Y de nuevo comenzó la lucha... ¿Seguía siendo una lucha con la muerte? No, ahora luchaba con la vida porque ahora quería morir.

—Si yo quiero... —jadeaba—. Es que no puedo... ¡Algo para dormir! ¡Caballeros, por misericordia! ¡Algo para dormir! Aquel «¡Por misericordia!» hizo que la señora Permaneder rompiera a llorar en voz alta y que Thomas suspirase en voz baja, llevándose las manos a la cabeza un instante. Pero los médicos conocían su obligación. Y ésta era mantener con vida a aquella enferma para sus familiares mientras fuera posible, y un narcótico habría supuesto una inmediata anulación del espíritu, sin resistencia. Los médicos no estaban en el mundo para ayudar a morir, sino para conservar la vida a cualquier precio. Además, eso también obedecía a ciertos motivos morales y religiosos de los que habían oído hablar en la facultad, si bien en su momento no les prestarían demasiada atención... Por el contrario, trataban de fortalecer su corazón como fuera y consiguieron varios instantes de alivio provocándole el vómito.

A las cinco de la madrugada, la agonía no podía ser más terrible. La consulesa, casi erguida a causa de las convulsiones y con los ojos muy abiertos, daba manotazos en el aire como si intentara agarrarse a algo, a una mano que alguien le tendía, y, una y otra vez, respondía al aire, hacia todas partes, a las voces que la llamaban y que parecían ser cada vez más numerosas y más insistentes. No sólo eran ya su difunto esposo y su hija, sino también sus padres, suegros y otros muchos familiares que se le habían adelantado en el camino de la muerte y que ella ahora creía ver en alguna parte; y decía nombres que, por lo pronto, ninguno de los vivos presentes en la habitación sabía a quién se referían exactamente.

—¡Sí! —exclamaba la consulesa y se revolvía en varias direcciones—. Ya voy... Ahora mismo... Un momento... Así... No puedo... Algo para dormir, caballeros...

A las cinco y media se produjo un momento de calma. Y, entonces, de repente, algo similar a un relámpago recorrió su rostro ajado y desgarrado por el sufrimiento, un virulento fogonazo de alegría mezclada con espanto, una profunda ternura impregnada de temor y de angustia; de un golpe abrió los brazos con tan brusca rapidez que ni siquiera debió de transcurrir una décima de segundo entre lo que ella había oído y su respuesta y, con una expresión de obediencia incondicional y una entrega y sumisión infinitas y tan llena de temor como de amor, exclamó:

—¡Aquí estoy! Y expiró.

Todos quedaron aturridos. ¿Qué había pasado? ¿Quién la había llamado? ¿A quién había seguido?

Alguien descorrió la cortina de la ventana y apagó las velas mientras el doctor Grabow, con gesto dulce, cerraba los ojos a la difunta.

Todos se sentían estremecidos en el pálido amanecer de otoño que ahora invadía la habitación. La hermana Leandra cubrió el espejo del tocador con un paño.

CAPÍTULO II

A través de la puerta abierta del dormitorio de la difunta se veía a la señora Permaneder rezando. Estaba sola, arrodillada cerca de la cama; con los brazos apoyados en una silla, los dedos entrelazados y el vestido, de luto, desplegado en múltiples pliegues a su alrededor, y; musitaba una oración con la cabeza inclinada. Oyó cómo entraban en el salón del desayuno su hermano y su cuñada e, instintivamente, se detenían en el centro para esperar que ella terminase sus oraciones; pero ella no quiso darse especial prisa. Luego indicó con su característico carraspeo seco que había concluido, se recogió el vestido con parsimonia, se puso de pie y se dirigió hacia sus familiares en una actitud de suma serenidad, sin el menor rastro de turbación.

—Thomas —dijo en un tono no exento de dureza—, en lo que respecta a la Severin, me parece que nuestra madre, que en paz descansa, ha estado alimentando a una víbora en su propio seno. —¿Por qué dices eso?

—Estoy muy enfadada con ella. Me saca de mis casillas y me dan ganas de decirle de todo... ¿Qué derecho tiene esa mujer a envenenarnos estos días tan dolorosos de una forma tan ordinaria? —Pero ¿qué es lo que pasa?

—Para empezar, está dando muestra de una codicia indignante. Va al armario de mamá, saca sus vestidos de seda, se los echa al brazo y pretende retirarse a su cuarto. «Pero, Riekchen», le digo, «¿adónde vas con eso?». «¡La señora consulesa me lo prometió!» «Pero, querida Severin», le digo yo, haciéndole ver con mucho tacto lo precipitado de su proceder, «¿tú crees que va a servirte para algo?». ¡Entonces no sólo coge los vestidos de seda, sino también un paquete de ropa blanca y se va! Claro, no voy a pegarme con ella... Y no es ella sola, también las doncellas... ¡Cestos enteros de vestidos y ropa de cama están sacando de la casa! El servicio se reparte las pertenencias de mamá ante mis propios ojos, porque la Severin tiene las llaves de los armarios. «Señorita Severin», le digo, «me gustaría que me diese esas llaves». ¿Y qué me contesta? Me dice con palabras muy claras y ordinarias que yo no tengo nada que decir, que no está a mi servicio porque

no fui yo quien la contrató y que se quedará las llaves hasta el día en que se vaya.

—¿Tienes las llaves de donde se guarda la plata? Bien. Entonces deja que lo demás siga su curso. Es inevitable cuando se deshace una casa, tanto más cuando es una casa que ya se venía gobernando con cierta laxitud. Prefiero solucionar todo esto sin hacer ruido. Toda esa ropa blanca, está muy vieja y estropeada... Además, hay que ver lo que queda todavía. ¿Tienes el inventario? ¿Encima de la mesa? Muy bien. Vamos a echarle un vistazo ahora mismo.

Y entraron en el dormitorio, donde se quedaron unos momentos de silencio junto a la cama, después de que Madame Antonie retirase el paño blanco que cubría el rostro de la difunta. La consulesa ya estaba amortajada con el sudario de seda con el que habrían de exponerla en el velatorio de esa tarde en el salón; habían transcurrido veintiocho horas desde su último suspiro. La boca y las mejillas, al faltarle la dentadura postiza, se habían hundido hasta quedar casi a la vista la calavera, y la barbilla, en cambio, se veía muy prominente y picuda. Mirando aquellos párpados hundidos sin remisión y cerrados para siempre, los tres debieron esforzarse dolorosamente para reconocer en aquel rostro los rasgos de su madre. Por debajo de la cofia que la anciana se ponía los domingos asomaba, igual que en vida, el cabello liso peinado con raya en medio, de aquel castaño rojizo del que tantas veces se habían mofado las Buddenbrook de la Breite Strasse... El edredón estaba cubierto de flores.

—Ya han llegado algunas coronas espléndidas —comentó la señora Permaneder en voz baja—. De todas las familias... ¡Ay, de todo el mundo! He mandado que lo pusieran todo en el pasillo; luego tenéis que ir a verlo, Gerda y Tom. Es triste y bonito a la vez. Unos lazos de satén de este tamaño...

—¿Cómo van con la preparación del salón? —preguntó el senador.

—Ya casi han terminado, Tom. Está casi todo listo. El tapicero Jacobs se ha esmerado cuanto ha podido. Y también el... —tragó saliva un instante— el ataúd ha llegado hace un rato. Pero quitaos la chaqueta, queridos —continuó, y volvió a cubrir el rostro de la difunta con el paño blanco—. Aquí hace fresco, pero ya han encendido la chimenea en el salón de los desayunos... Deja que te ayude, Gerda; con un echarpe tan divino hay que tener mucho cuidado. ¿Puedo darte un beso? ¡Ay, ya sabes cuánto te quiero, aunque tú a mí siempre me hayas odiado! Tranquila, no te estropearé el peinado al quitarte el sombrero... ¡Qué cabello tan precioso! Mamá, de joven, también tenía un cabello así. Cierto es que ella nunca fue tan deslumbrante como tú, pero sí que hubo una época, y yo ya estaba en este mundo, en que era realmente guapa. Y ahora... ¿No es verdad lo que siempre dice Grobleben en sus discursos? A todos nos van a comer los gusanos. Mirad que es un hombre sencillo y, en cambio... En fin, Tom, ésta es la lista del inventario principal.

Habían regresado al salón contiguo al dormitorio y se habían sentado a la mesa redonda; el senador examinaba los papeles en los que estaba recogido qué objetos debían repartirse entre los herederos más directos y cómo. La señora Permaneder no apartaba la vista del rostro de su hermano, le observaba con una expresión excitada y muy tensa. Todos sus pensamientos giraban con temor en torno a una pregunta, una pregunta inevitable y diícil, que, a pesar de todo, habría de formularse en el curso de la hora siguiente.

—Pienso que deberíamos regirnos por el principio tradicional —comenzó a decir el senador— de que los regalos vuelvan a manos de quienes los hicieron, de modo que...

Su esposa le interrumpió.

—Disculpa, Thomas, creo que... Christian... Pero ¿dónde está?

—¡Ay, por Dios, Christian! —exclamó la señora Permaneder—. ¡Nos estábamos olvidando de él!

—Es verdad —dijo el senador dejando caer los papeles sobre la mesa—. ¿No ha ido nadie a llamarle?

Y la señora Permaneder se dispuso a tirar de la campanilla. Sin embargo, justo en ese momento, el propio Christian abrió la puerta y entró en el salón. Lo hizo con apresuramiento, cerró la puerta haciendo no poco ruido y se quedó de pie, con el ceño fruncido, mirando a todas partes sin que sus ojillos redondos y hundidos se fijasen en nada ni en nadie, abriendo y cerrando la boca, casi cubierta por el frondoso bigote rojizo, con movimientos nerviosos. Se le notaba irritado, se diría que casi con ganas de discutir.

—He oído que habíais venido —dijo un tanto seco—. Si se va a hablar del reparto de las cosas, deberíais avisarme.

—Estábamos a punto de hacerlo —respondió el senador con indiferencia—. Siéntate.

Su mirada se quedó clavada en los botones blancos de la camisa de Christian. Él mismo vestía de luto riguroso y, en su pechera, que se cerraba en el cuello con una ancha corbata de lazo negra y cuya impecable blancura resplandecía todavía más en contraste con el negro de la levita, se veía una botonadura negra en lugar de la que solía llevar, de oro. Christian captó aquella mirada, pues mientras acercaba una silla a la mesa y tomaba asiento, se llevó la mano al pecho y dijo:

—Ya sé que llevo botones blancos. No me ha dado tiempo a comprar unos negros, o mejor dicho, he prescindido de hacerlo. Con la de veces que, en los últimos años, he tenido que pedir prestados cinco chelines para polvos dentífricos e irme a la cama con una cerilla... No sé si, después de todo, se me puede culpar a mí. Por otra parte, los botones negros no son lo más importante del mundo. No me gustan esas formalidades y signos externos. Jamás les he concedido especial valor.

Gerda le estuvo observando mientras hablaba y se limitó a reírse para sus adentros. El senador apuntó:

—No sé yo si podrías defender esa última afirmación hasta sus últimas consecuencias, querido hermano.

—¿Ah, no? Tú lo sabrás mejor, Thomas. Yo sólo te digo que no concedo especial valor a esas formalidades. He visto demasiado mundo, he vivido entre gentes muy diferentes y con costumbres muy diferentes como para... Además, soy una persona adulta —dijo, de pronto, levantando la voz—, tengo cuarenta y tres años, soy dueño de mi vida y puedo decirle a cualquiera que no se meta en mis asuntos.

—Me da la sensación de que es otra cosa lo que te pesa, amigo mío —dijo el senador sorprendido—. En cuanto a los botones, que yo sepa no he dicho una sola palabra al respecto. Por mí, puedes decidir sobre tu atuendo como te plazca, con luto o sin él; eso sí, no creas que me impresionas en modo alguno con esa supuesta falta de prejuicios...

—No lo decía para impresionarte...

—Tom..., Christian —intervino la señora Permaneder—. No hablemos en ese tono irritado... justo hoy... y aquí... teniendo en la habitación contigua... En fin, Thomas, continúa. ¿Dices que los regalos vuelven a manos de quien los hizo? Me parece muy razonable.

Y Thomas continuó. Comenzó con los objetos de mayor tamaño y anotó los que podían resultarle útiles en su propia casa: los candelabros de pie del comedor, el gran baúl tallado que había en el vestíbulo.... La señora

Permaneder mostraba un interés extraordinario en todo el asunto y, en cuanto los posibles destinatarios de algún objeto dudaban un poco, tenía una manera inimitable de decir: «Bueno, a mí no me importaría quedarme con ello...», con tal gesto que casi parecía que el mundo entero debía estarle agradecido por semejante sacrificio. Consiguió quedarse con la mayor parte del mobiliario para ella, su hija y su nieta.

A Christian le habían correspondido algunos muebles, un reloj de pared estilo Imperio e incluso el armonio, y se le veía bastante satisfecho. Sin embargo, cuando comenzaron con el reparto de la plata y la ropa de cama, así como con la vajilla y los servicios de mesa, para sorpresa de todos comenzó a mostrar un interés tan acuciante que casi parecía codicia.

—¿Y yo? ¿Y yo? —preguntaba—. Os ruego que no os olvidéis de mí...

—¿Quién se olvida de ti? Pero, mira..., si acabo de asignarte un servicio de té completo, con bandeja de plata. Al servicio de los domingos, en cambio, el que está bañado en oro, creo que los únicos que podemos darle cierto uso somos nosotros...

—El de diario, de cerámica de cebolla, a mí no me importaría quedármelo... —dijo la señora Permaneder.

—¿Y yo? —decía Christian en un tono iracundo que adoptaba en contadas ocasiones, que tan raro resultaba en él y que hacía parecer sus mejillas todavía más descarnadas—. ¡Yo también cuento en el reparto de la vajilla! A ver, ¿cuántas cucharas y tenedores me corresponden? ¡Es que no estáis dejando nada para mí! —Pero, querido hermano, ¿qué vas a hacer tú con todo eso? ¿Dónde vas a utilizar tú esas cosas? No lo comprendo... Es mucho mejor que vayan a manos de quienes sigamos usándolas a diario...

—Aunque sólo fuera como recuerdo de mi madre —dijo Christian con rebeldía.

—Mi querido amigo —respondió el senador, impacientándose bastante—, hoy no tengo ganas de bromas, pero, a juzgar por tus palabras, se diría que pretendes poner una sopera en la cómoda como recuerdo de mamá. Te ruego que no pienses que pretendemos obtener mayor beneficio que tú. Puedes estar seguro de que, si te corresponden menos efectos personales, se te compensará en otra forma. Lo mismo es válido para la ropa de cama...

—No quiero dinero, quiero ropa blanca, vajilla y cubiertos. —Pero, ¿para qué quieres eso, por el amor de Dios? Entonces, Christian Buddenbrook dio una respuesta cuyas consecuencias fueron que Gerda se volvió hacia él con un veloz movimiento para observarle con mirada enigmática, el senador se quitó los lentes de la nariz de un golpe y clavó los ojos en su cara, y la señora Permaneder incluso juntó las manos en gesto de oración. Lo que dijo fue:

—En fin, en pocas palabras, antes o después pienso casarme. Pronunció la frase en voz bastante baja y bastante deprisa, acompañándola con un breve movimiento de la mano, como si le lanzase algo a su hermano por encima de la mesa, y después se reclinó en su silla y se puso a mirar a todas partes con gesto ofendido y extrañamente ausente. Se hizo un largo silencio. Por fin, el senador dijo:

—Hay que reconocer, Christian, que estos planes tuyos llegan un poco tarde..., suponiendo que se trate de planes reales y plausibles, no como aquellos que tu irreflexión te llevó a exponer una vez a nuestra madre, que en paz descansa...

—Mis intenciones siguen siendo las mismas —declaró Christian sin mirar a ninguno de los presentes y sin cambiar la expresión de su rostro.

—¡Pero eso es imposible! Has esperado a la muerte de mamá para...

—He tenido esa delicadeza, sí. No te vayas a pensar que eres la única persona en este mundo con tacto y sensibilidad... —No sé cómo te crees con derecho a decir eso. Por otra parte, me admira el alcance de tu delicadeza. ¡Al día siguiente de morir tu madre declaras tu intención de hacer justo lo que ella te prohibió!

—Porque ha salido en la conversación. Y lo principal es que nuestra madre ya no va a llevarse ningún disgusto con ello. Eso no va a cambiar, sea hoy o dentro de un año... ¡Por Dios bendito, Thomas! Mamá no tenía razón en todo; era sólo su punto de vista, que yo quise respetar mientras ella vivía. Era una anciana, una mujer de otra época, con una mentalidad distinta...

—Pues has de saber que, en lo que concierne a todo este asunto, comparto por completo su forma de pensar.

—A mí eso me es indiferente.

—Pues no te va a ser indiferente, amigo mío. Christian le miró.

—¡No! —exclamó—. ¡No puedo! ¿Qué pasa si te digo que no puedo? ¡Cómo no voy a saber yo lo que debo hacer! ¡Soy una persona adulta!

—Lo de ser una persona adulta, en tu caso, afecta más bien a lo externo... ¡No tienes ni la más remota idea de lo que debes hacer!

—¡Por supuesto que sí! Para empezar, estoy actuando como un hombre de honor. ¡No estás teniendo en cuenta la situación, Thomas! Están presentes Tony y Gerda..., ahora no podemos tratar esta cuestión con todo detalle. Pero ya te dije en otra ocasión que tengo mis obligaciones... La última niña que ha tenido, la pequeña Gisela...

—¡Ni sé ni quiero saber nada de ninguna pequeña Gisela! Estoy convencido de que te han mentido. En cualquier caso, ante una persona como la que tienes en mente no tienes más obligaciones que la responsabilidad legal, de la que puedes seguir haciéndote cargo como hasta ahora.

—¿Persona, Thomas? ¿La tratas simplemente de «persona»? Te equivocas con ella... Aline...

—¡Cállate! —exclamó el senador con voz de trueno.

Los dos hermanos se miraron fijamente a la cara por encima de la mesa: Thomas, pálido y temblando de ira; Christian, con sus ojillos redondos y hundidos inyectados en sangre y tan abiertos como si fuesen a salirse de sus cuencas, como abierta se mantenía su boca, de modo que sus descarnadas mejillas parecían completamente huecas. Por debajo de sus ojos aparecieron unas manchas rojas... Gerda miraba a uno y a otro con gesto despectivo a la par que burlón, y Tony se retorció las manos y decía en tono suplicante:

—¡Pero Tom!... ¡Pero, Christian! ¡Que nuestra madre está de cuerpo presente en la habitación de al lado!

—¡Careces de todo sentido del pudor! —prosiguió el senador—. ¿Cómo eres capaz..., es más, cómo no tienes escrúpulos y osas pronunciar ese nombre en este lugar y en estas circunstancias? Tu falta de tacto es anormal, es enfermiza...

—¡Pues no entiendo por qué no iba a poder pronunciar el nombre de Aline! —Christian estaba tan fuera de sí que Gerda no podía evitar mirarle con creciente interés—. ¡Lo pronuncio, Thomas, del mismo modo que te digo que pienso casarme con ella! Porque anhelo tener un hogar, vivir tranquilo y en paz... Y no estoy dispuesto a consentir..., ¿me oyes?..., ésa es la expresión que utilizo: no estoy dispuesto a consentir que te inmiscuyas en mi vida de ninguna manera... Soy libre, y soy dueño de hacer con ella lo que quiera...

—¡Un necio es lo que eres! ¡El día en que se abra el testamento verás lo dueño que eres de hacer lo que quieras con tu vida! Ya se tomaron medidas

para que no malgastaras la herencia de mamá como malgastaste los treinta mil marcos que pediste como anticipo, ¿entiendes lo que quiero decir? Yo me encargaré de administrar el resto de bienes que te corresponden, y nunca verás más que la cantidad mensual que tienes asignada, eso te lo juro aquí mismo...

—Tú has de saber mejor que nadie quién indujo a nuestra madre a tomar semejantes medidas. Pero no deja de asombrarme que mamá no encargase esa labor a alguien más cercano a mí, a alguien que sintiera por mí un afecto más fraternal que tú... —Christian nunca había estado hasta tal extremo fuera de sí; comenzó a verbalizar cosas que jamás había dejado salir a la luz. Se había inclinado sobre la mesa, golpeaba el tablero una y otra vez con el índice curvado y, con el bigote erizado y los ojos irritados, miraba desde abajo a su hermano, quien, pálido y muy erguido, le miraba a su vez desde arriba con los párpados semicerrados—. ¡Tu corazón está tan lleno de frialdad y desconfianza y malos deseos hacia mí!... —prosiguió Christian, y su voz sonaba hueca y estridente al mismo tiempo—. Hasta donde recuerdo, me has tratado con tal frialdad que en tu presencia siempre me he sentido intimidado... Sí, tal vez te resulte extraña esa impresión mía, pero, ¿qué voy a hacerle si yo lo siento así de todas formas? Me rechazas... Me rechazas con tan sólo mirarme..., claro, que no lo haces casi nunca... ¿Y qué te da derecho a ello? ¡Tú no eres más que un ser humano y también tienes tus debilidades! Siempre fuiste el mejor hijo a los ojos de nuestros padres, pero si de verdad estuvieras mucho más cerca de ellos que yo, deberías haberte contagiado un poco de su modo de pensar y su actitud cristiana, y ya que el amor fraterno es algo totalmente ajeno a ti, al menos cabría esperar que mostrases una pizca de caridad cristiana. Pero hay tan poco amor en ti que ni siquiera me fuiste a visitar al hospital..., ni una sola vez, cuando estuve postrado con reumatismo articular en Hamburgo...

—Tengo cosas más serias en las que pensar que tus enfermedades. Además, mi propia salud...

—¡No, Thomas, tu salud es excelente! No estarías sentado aquí ni serías quien eres si tu salud no fuera excelente en comparación con la mía.

—Pues a lo mejor estoy más enfermo que tú.

—Que a lo mejor... ¡Lo que hay que oír! ¡Tony, Gerda! ¡Dice que está más enfermo que yo! ¿Acaso fuiste tú el que estuvo al borde de la muerte con reumatismo articular? ¿Acaso tu cuerpo sufre, ante la menor irregularidad, un tormento que no puedo ni describir? ¿Acaso son demasiado cortos todos los nervios de tu lado izquierdo? ¡Pues a mí me lo han asegurado grandes autoridades en medicina! ¿Te pasan a ti cosas como, por ejemplo, que entras en la penumbra de tu alcoba y ves sentado en tu sofá a un hombre que te hace un gesto con la cabeza... y que ni siquiera existe?

—¡Christian! —exclamó la señora Permaneder indignada—. ¡Qué cosas dices! ¡Por Dios! Pero, ¿en realidad por qué os peleáis? ¡Como si fuera un honor estar más enfermo que el otro! Si se tratara de eso, seguro que Gerda y yo también teníamos motivos para opinar... ¡Con nuestra madre de cuerpo presente ahí al lado!

—Y, ¿no comprendes, hombre —gritó Thomas Buddenbrook acalorado—, que todas esas cosas tan horribles sólo son consecuencia y resultado de tus vicios, de tu ociosidad, de tu autoobservación? ¡Trabaja! ¡Deja de estar tan pendiente de cómo te encuentras y de contárselo a los demás! Si te vuelves loco, y te digo francamente que no lo veo del todo imposible, no seré capaz de derramar ni una sola lágrima por ello, porque habrá sido culpa tuya, culpa tuya y de nadie más...

—Ya, tú no derramarás ni una lágrima aunque me muera. —No te vas a morir —dijo el senador con desprecio.

—¿Que no me voy a morir? ¡Muy bien, pues no me voy a morir! ¡Ya veremos quién se muere primero de los dos! «Trabaja»... ¿Y si no puedo, qué? ¡Por Dios bendito! ¡No puedo hacer lo mismo durante demasiado tiempo, me pongo muy enfermo! Si tú lo has conseguido y lo consigues, alégrate por ello, pero no te creas en disposición de juzgar a los demás, porque no tiene mérito... Dios concede fuerzas a unos... y a otros no. Pero tú eres así, Thomas —le dijo, con el rostro cada vez más desencajado, cada vez más inclinado sobre la mesa y golpeando el tablero cada vez más fuerte—. Eres un vanidoso... Pero, espera, no es eso lo que quería decir y lo que tengo que reprocharte. Pero no sé por dónde empezar y, de todas formas, lo que alcance a decir sólo será la milésima..., ¡qué digo!, la millonésima parte de lo que mi corazón siente hacia ti. Tú has conquistado un lugar en el mundo, una posición honorable, y ahí estás, y rechazas con plena conciencia todo aquello que pueda perturbarte y alterar tu equilibrio siquiera un momento, porque ese equilibrio es lo que más te importa en el mundo. ¡Pero no es lo más importante, Thomas, Dios sabe que no lo es! Eres un egoísta, sí, eso es lo que eres. Yo todavía puedo seguir queriéndote cuando protestas y pones el grito en el cielo y lanzas reprimendas terribles. Pero lo peor es tu silencio, cuando, de pronto, simplemente te callas ante lo que ha dicho alguien y te retraes y eludes, siempre tan distinguido e impasible, cualquier responsabilidad, dejando al otro ahí tirado con su vergüenza... ¡Careces por completo de compasión y de amor y de humildad!... ¡Bah! —exclamó de repente, llevando ambas manos detrás de la cabeza y azotando el aire hacia delante, como si ahuyentase al mundo entero de su lado—. No sabes lo harto que estoy de tanta finura y tanto tacto y tanto equilibrio, de esa pose y esa dignidad... ¡Harto hasta la saciedad!

Esta última exclamación era tan sincera, había brotado tan directamente de su corazón, revelaba tanto asco y hastío que, en efecto, resultó demoledora. Es más, Thomas se sintió un poco intimidado y permaneció unos instantes con los ojos bajos y sin decir palabra.

—He llegado a ser como soy —dijo al fin, y su voz sonó conmovida— porque no quería ser como tú. Si, en mi interior, te evitaba todo el tiempo, era porque tenía que protegerme de ti, porque tu ser y tu presencia son una amenaza para mí... Ésa es la verdad. —Calló un instante y luego continuó en un tono más seco y firme—: Por cierto, nos hemos alejado del tema de nuestra conversación. Me has dado un discurso acerca de mi carácter..., un discurso un tanto confuso que tal vez encierre un núcleo de verdad. Pero ahora no se trata de mí, sino de ti. Deseas casarte, y lo que yo pretendo es convencerte lo mejor que pueda de que es imposible llevar a cabo dicho plan de la manera que tienes pensada. En primer lugar, los intereses que podré pagarte cada mes no constituyen una cantidad demasiado alentadora...

—Aline tiene algunos ahorros.

El senador tragó saliva e intentó guardar la compostura. —Hum, ahorros. De modo que pretendes mezclar la herencia de nuestra madre con los ahorros de esa señora...

—Pues sí. Anhele tener un hogar y alguien que se compadezca de mí cuando esté enfermo. Además, hacemos muy buena pareja. Los dos estamos un poco perdidos...

—Entonces, también considerarás la posibilidad de adoptar a esos niños... y reconocer a la que dices que es tu hija, ¿me equivoco?

—Así es.

—Con lo cual, a tu muerte, tus bienes pasarán a esa gente... —Cuando el senador dijo esto, la señora Permaneder le puso una mano en el brazo y susurró en tono de súplica:

—¡Thomas! ¡Que mamá está ahí al lado de cuerpo presente! —Sí —respondió Christian—. Así es como debe ser.

—¡Ah, no! ¡No harás todo eso! —exclamó el senador y se levantó de un salto. También Christian se levantó, se parapetó detrás de su silla, se agarró al respaldo con una mano, apoyó la barbilla en el pecho y miró a su hermano con una mezcla de recelo e indignación—. No harás eso... —repitió Thomas casi enajenado de ira, pálido, temblando y con movimientos convulsivos—. ¡Por encima de mi cadáver tendrá que ser...! ¡Eso te lo juro!... Más te vale no hacerlo, ten mucho cuidado... ¡Bastante dinero hemos perdido ya entre desgracias, necedades e infamias como para que puedas permitirte regalar la cuarta parte de los bienes de nuestra madre a esa mujerzuela y sus bastardos! ¡Para colmo, después de que Tiburtius se las ingeniasse para quedarse con otra cuarta parte! Bastante vergüenza supones ya para la familia, criatura, como para que aún pretendas que nos emparentemos con una cortesana y que sus hijos reciban nuestro apellido. Te lo prohíbo, ¿me oyes? ¡Te lo prohíbo! —gritó con una voz que hizo que temblasen las paredes y que la señora Permaneder se arrojase llorando a un rincón del sofá—. ¡Y no te atrevas a transgredir esta prohibición, te lo advierto! Hasta ahora me he limitado a despreciarte, a ignorarte... Pero si me desauías, llegaremos hasta las últimas consecuencias, ¡y ya veremos quién sale ganando! ¡Te lo advierto, ten cuidado con lo que haces! ¡No pienso tener ninguna consideración! ¡Haré que te declaren incapacitado, haré que te encierren, acabaré contigo! ¡Acabaré contigo! ¿Me entiendes?

Y yo te digo... —retomó la palabra Christian... y a ello siguió una cruenta batalla verbal tan desgarrada como absurda y lamentable, sin ningún tema en concreto y sin otra intención que la de herir al contrincante con las palabras hasta hacerle sangrar. Christian esgrimió de nuevo lo del carácter de su hermano y se remontó al pasado para rescatar rasgos aislados y penosas anécdotas que probaban el egoísmo de Thomas, anécdotas que él no había podido olvidar y que arrastraba consigo con una enorme amargura. Y el senador le respondió con exageradas palabras de desprecio y amenaza de las que, diez minutos después, se arrepintió. Gerda, con la cabeza ligeramente apoyada en la mano, les miraba con la vista nublada y una expresión en el rostro imposible de definir. La señora Permaneder no hacía más que repetir desesperada:

—Con mamá al lado de cuerpo presente... Con mamá al lado de cuerpo presente...

Christian, quien ya durante las últimas réplicas había comenzado a moverse de un lado a otro del salón, fue el primero en retirarse del campo de batalla.

—¡Muy bien! ¡Ya veremos! —gritó y, con el bigote revuelto y los ojos irritados, la levita abierta, el pañuelo en la mano desmadejada, acalorado y exaltado, se dirigió hacia la puerta y dejó que se cerrase con un portazo tras de sí.

El senador permaneció un instante de pie en medio del repentino silencio que invadió el salón, mirando hacia el lugar del que acababa de desaparecer su hermano. Luego se sentó sin decir nada, cogió de nuevo los papeles con rápidos movimientos y organizó lo que quedaba por organizar con cuatro palabras; acto seguido, se reclinó en el asiento, deslizó los dedos por la punta del bigote y se sumió en sus pensamientos.

¡El corazón de la señora Permaneder palpitaba con tanto miedo! La pregunta, aquella gran pregunta, no podía seguir eludiéndose; se imponía formularla y él tendría que responder... Pero, ¡ay!, ¿era aquél un momento propicio para la piedad y la benevolencia?

—Bueno Tom —empezó a decir, y primero bajó la vista hacia su regazo para después intentar descifrar la expresión del rostro de su hermano—. Los muebles... Ya veo que has pensado en todo... Las cosas que ahora nos pertenecen a mí, a mi Erika y a la pequeña... ¿van a quedarse aquí... con nosotras?... En fin, resumiendo..., la casa... ¿Qué va a pasar con la casa? —preguntó, retorciéndose las manos sin que nadie la viera.

El senador no respondió de inmediato, sino que pasó un rato deslizando los dedos por la punta del bigote y sin levantar la vista, en actitud taciturna. Luego respiró hondo y se irguió.

—¿La casa? —dijo—. Por supuesto, la casa es de todos..., tuya, de Christian, mía... y, curiosamente, también del reverendo Tiburtius, a quien corresponde la parte de Clara. Yo sólo no puedo decidir nada, pues necesito vuestro consentimiento. Sin embargo, se deduce fácilmente lo que hay que hacer: venderla cuanto antes —concluyó encogiéndose de hombros. No obstante, una sombra recorrió su rostro, como si él mismo se estremeciese ante sus palabras.

La señora Permaneder dejó caer la cabeza sobre el pecho; sus manos, agarrotadas de tanto como las había retorcido, se relajaron por completo.

—¡Nuestro consentimiento! —repitió después de un silencio, con tristeza e incluso cierta amargura—. ¡Por Dios, Tom, sabes perfectamente que harás lo que tú consideres correcto y que los demás no podemos negarte nuestro consentimiento!... Ahora bien, si aún podemos intervenir..., si podemos rogarte que... —prosiguió casi sin voz, y su labio superior comenzó a temblar—. ¡La casa! ¡La casa de mamá! ¡La casa de nuestros padres! ¡En la que tan felices hemos sido! ¡Y vamos a venderla...!

El senador se encogió de hombros por segunda vez.

—Has de creerme, niña, si te digo que todo cuanto puedas alegar me conmueve tanto como a ti... Pero no son argumentos de peso, sino sólo cuestiones sentimentales. Lo que hay que hacer está claro. Tenemos esta enorme finca..., ¿qué otra cosa podíamos hacer ahora con ella? Hace años que las dependencias de la parte de atrás se están cayendo, desde la muerte de papá. En la sala de billar campa a sus anchas una familia entera de gatos, y se corre el peligro de que se hunda el suelo al pisar... Claro, si no tuviera mi casa de la Fischergrube... Pero la tengo, ¿qué hago con ella, si no? ¿Crees que es mejor vender esa casa? Júzgalo por ti misma.... ¿za quién? Perdería más o menos la mitad del dinero que invertí en su construcción. ¡Ay, Tony, inmuebles tenemos muchos, de eso tenemos hasta demasiado! ¡Los almacenes y dos casas enormes! ¡Pero el valor del suelo apenas guarda una proporción con el capital mueble! ¡No, no, hay que vender, hay que vender!

Pero la señora Permaneder no oía nada. Permanecía hecha un ovillo en su butaca, ensimismada, y miraba al vacío con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Nuestra casa! —murmuraba—. Todavía me acuerdo de cuando la inauguramos... No levantaríamos más que esto del suelo. Toda la familia estaba presente. Y el tío Hoistede recitó un poema que había compuesto él... Está en la carpeta... Me lo sé de memoria... Venus Anadiomene... ¡El salón de los paisajes! ¡El comedor! ¡Gente extraña!...

—Sí, Tony, lo mismo pensarían también los que tuvieron que abandonar la casa cuando se la vendieron al abuelo. Habían perdido su dinero y no tenían más remedio que marcharse, y luego murieron y se los comieron los

gusanos. Todo tiene su momento. Alegrémonos y demos gracias a Dios porque todavía no estamos en la misma situación que los Ratenkamp, porque nos despedimos de esta casa en unas circunstancias mucho más favorables que las suyas...

Un sollozo, un largo y doloroso sollozo le interrumpió. La señora Permaneder estaba tan profundamente inmersa en su dolor que ni caía en la cuenta de secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas. Estaba inclinada hacia delante, con el pecho hundido, y ni siquiera advirtió que una cálida gota caía sobre sus manos, muertas sobre el regazo.

—Tom —dijo, y la voz que las lágrimas amenazaban con ahogar recuperó un poco de volumen y adquirió una firmeza conmovedora—, no sabes cómo me siento en estos momentos, no lo sabes. Tu hermana no ha tenido suerte en la vida, el destino la ha tratado muy mal. Todo lo que he emprendido ha terminado en fracaso..., no sé que habré hecho para merecerlo. Sin embargo, lo acepté todo sin perder el ánimo, lo de Grünlich y lo de Permaneder y lo de Weinschenk. Porque cada vez que Dios permitía que volviese a hacerse añicos lo que yo había conseguido, sabía que no estaba perdida del todo. Sabía que tenía un refugio, un puerto seguro, por así decirlo, en el que podía sentirme en casa, a salvo de todo, en el que podía guarecerme de todos los males de la vida... Incluso esta última vez, cuando todo terminó y se llevaron a Weinschenk a la cárcel... «Madre», dije, «¿podemos ir a vivir contigo?». «Claro, hijas, venid...» Cuando éramos pequeños y jugábamos a las guerras, Tom, siempre había un pequeño lugar, un rinconcito perdido y resguardado al que retirarse cuando uno se veía desesperado y amenazado por todas partes, donde ya no podían atacarte y donde te dejaban vivir en paz. La casa de mamá, esta casa era eso para mí, ese rinconcito en el que refugiarme, Tom... Y ahora... ahora... venderla...

Se echó hacia atrás, escondió la cara en el pañuelo y lloró amargamente. Su hermano tomó una de sus manos y la retuvo entre las suyas.

—Ya lo sé, mi querida Tony, ya sé todo eso que me cuentas. Pero hemos de ser un poco razonables, ¿no es cierto? Nuestra querida madre ha fallecido..., no podemos hacer que regrese. ¿Y, entonces, qué? Es absurdo conservar esta casa, es un capital muerto... Yo entiendo de estas cosas, créeme. ¿Vamos a convertirla en un edificio de alquiler y empezar a dividirla para que quepa cuanta más gente, mejor? Te cuesta aceptar la idea de que vaya a vivir aquí gente extraña, pero eso es mucho mejor no verlo; te trasladarás con tus cosas y con tu familia a una casita bonita o a algún piso agradable, por ejemplo al otro lado del Burgtor... ¿o preferirías vivir aquí con un montón de inquilinos?... Además, sigues teniendo a tu familia, a Gerda y a mí y a las Buddenbrook de la Breite Strasse y a los Krñger y también a Mademoiselle Weichbrodt..., por no mencionar a Clotilde, pues no sé si ahora le agrada tratar con nosotros; desde que es hija de San Juan se nos ha vuelto muy selectiva...

Tony dio un suspiro en el que se mezclaba un poco de risa, se volvió y se apretó el pañuelo contra los ojos, enfurruñada como los niños cuando alguien hace una broma para intentar que olviden su pena. Luego, en cambio, descubrió su rostro con gran determinación, se sentó bien erguida y, como siempre que se imponía mostrar carácter y dignidad, echó la cabeza hacia atrás e intentó apoyar la barbilla en el pecho.

—Sí, Tom—dijo, y sus ojos enrojecidos por el llanto se dirigieron hacia la ventana con expresión seria y serena—, yo también seré razonable..., ya lo soy. Tienes que perdonarme... y tú también, Gerda..., por haber llorado. A veces uno no puede contenerse..., es una debilidad. Pero sólo es una

debilidad aparente, creedme. Sabéis muy bien que, en el fondo, soy una mujer a quien la vida ha hecho fuerte... Sí, Tom, comprendo perfectamente lo del capital muerto, tan tonta no soy. No puedo sino repetir que hagas lo que creas correcto. Tienes que pensar y actuar por todos nosotros, puesto que Gerda y yo sólo somos mujeres, y Christian... ¡Ay, Dios le ayude!... No podemos discutir tus decisiones porque lo único a lo que podemos aferrarnos son cuestiones sentimentales, no argumentos de peso, eso es obvio. ¿A quién pretendes vender la casa, Tom? ¿Crees que será fácil?

—Ay, niña, si lo supiera... Con todo, esta misma mañana le he mencionado el asunto a Gosch, el anciano corredor de fincas, y me ha parecido bastante dispuesto a hacerse cargo de ello...

—Eso estaría bien... Sí, estaría muy bien. Sigismund Gosch, por supuesto, tiene sus puntos flacos... Lo de las traducciones del español de ese autor que nunca me acuerdo cómo se llama... En fin, no deja de ser peculiar, Tom, eso hay que reconocerlo. Pero ya era un buen amigo de papá y es un hombre honrado donde los haya. Y es un hombre con corazón, todo el mundo lo dice. Él comprenderá que no se trata de una venta cualquiera, de una casa cualquiera... ¿Cuánto piensas pedir por ella, Tom? Cien mil marcos como mínimo, ¿no?

—Cien mil marcos como mínimo —repitió más tarde, con la mano en el picaporte, cuando su hermano y su cuñada bajaban las escaleras. Luego, una vez sola, permaneció de pie en medio del salón, en silencio, con los brazos sin fuerza, los dedos entrelazados y las palmas de las manos hacia abajo, y recorrió cuanto la rodeaba con unos ojos muy abiertos, consternada. Abrumada por sus pensamientos, comenzó a menear suavemente la cabeza, cubierta con una cofia de encaje negro, y a ladearla más y más hasta apoyarla en el hombro.

CAPÍTULO III

El pequeño Johann tenía que despedirse de los restos mortales de su abuela; su padre lo había ordenado, y él no articuló ni una sílaba de protesta a pesar del miedo que le daba. Al día siguiente de la terrible agonía de la consulesa, estando sentados a la mesa el senador y su familia —es decir, expresamente en presencia de su hijo—, Thomas había condenado con duras palabras el comportamiento del tío Christian, quien, en el momento de mayor sufrimiento de la enferma, se había escabullido de la habitación para irse a la cama: «Es por los nervios, Thomas», había replicado Gerda; él, sin embargo, lanzando una mirada a Hanno, que el niño, por supuesto, captó, había concluido en un tono casi severo que, en cualquier caso, no había disculpa que valiera. Su difunta madre había sufrido tanto que los demás casi debían sentir vergüenza de estar allí contemplándola pero sin sufrir como ella; y, desde luego, lo último era evitar cobardemente el escaso sufrimiento que provocaba verla en aquella escalofriante lucha contra la muerte. Así pues, Hanno dedujo que no podía permitirse objetar nada a la visita al ataúd abierto que le imponían.

Al igual que el día de Navidad, el gran salón de la Mengstrasse le resultó extraño cuando entró en él desde la sala de columnas, entre su padre y su madre. De frente, de un blanco resplandeciente que contrastaba con el verde

intenso de las grandes palmeras, dispuestas en semicírculo alternando con altos candelabros de plata, estaba, sobre su pedestal negro, la copia en mármol del Cristo de Thorwaldsen, habitualmente ubicada en el pasillo. En todas las paredes ondeaba con la suave corriente de aire la tela de gasa negra que habían puesto para cubrir el azul cielo de las paredes y las sonrisas de las estatuas blancas que siempre lo miraban a uno mientras comía opíparamente en aquel salón. Y, rodeado por sus familiares, todos ellos de luto riguroso, el pequeño Johann, que llevaba un ancho crespón negro en la manga de su traje de marinero y tenía los sentidos embotados por el denso aroma de las coronas y centros de flores (con el que, de un modo muy sutil y tan sólo perceptible al respirar en ciertos momentos, se mezclaba otro olor extraño y, al mismo tiempo, no del todo desconocido), se quedó de pie junto al ataúd, acolchado por dentro en satén blanco, y miró la figura inmóvil que yacía ante él, rígida y solemne.

Aquella no era la abuela. Allí estaba su cofia de los domingos, la de las cintas blancas de seda, y debajo se veía su cabello rojizo, liso y con raya en medio. Sin embargo, aquella nariz afilada, aquellos labios consumidos, aquella barbilla prominente, aquellas manos amarillas, transparentes, que, cruzadas sobre el pecho, daban sensación de frío y de rigidez..., todo aquello no era suyo. Aquella era una muñeca de cera, una desconocida a la que rendir honores se le antojaba escalofriante. Y Hanno dirigió la mirada hacia el salón de los paisajes, como si en cualquier momento fuese a aparecer por allí la verdadera abuela... Pero no venía. Estaba muerta. La muerte la había trocado para siempre por aquella muñeca de cera cuyos párpados y cuyos labios se mantenían cerrados con tan implacable e impenetrable firmeza.

Descansando el peso sobre la pierna izquierda y con la derecha doblada de tal manera que el pie se balanceaba sobre la punta, Hanno agarraba con una mano el lazo de marinero que caía sobre su pecho, mientras la otra colgaba muy relajada y pegada a su costado. Teñía la cabeza ladeada, aquella cabeza de suaves bucles que le caían sobre la frente y las sienes, y bajo el ceño fruncido, sus ojos de color miel rodeados de sombras azuladas miraban el rostro del cadáver con una expresión entre asqueada y taciturna. Respiraba despacio, vacilante, pues, cada vez que tomaba aire, contaba con aspirar también aquel olor extraño pero no del todo desconocido que los efluvios de las flores no alcanzaban a enmascarar por completo. Y cuando lo percibía, cuando le llegaba, fruncía el ceño todavía más y un leve temblor recorría sus labios... Al cabo de un rato, suspiró, y su suspiro sonó hasta tal punto como un sollozo sin lágrimas que la señora Permaneder se inclinó sobre él, le dio un beso y se lo llevó de allí.

Después de que el senador y su esposa, junto con la señora Permaneder y Erika Weinschenk, hubieran pasado horas recibiendo el pésame de innumerables conciudadanos en el salón de los paisajes, se procedió a dar sepultura a Elisabeth Buddenbrook, de soltera Kröger. Habían acudido los parientes de Frankfurt y los de Hamburgo y todos se habían reunido para comer por última vez en la Mengstrasse. La multitud de personas que acudieron a compartir su duelo llenaba el comedor y el salón de los paisajes, la sala de columnas y el pasillo, cuando, a la luz de las velas, el reverendo Pringsheim de la Marienkirche, situado a la cabeza del ataúd en actitud majestuosa, con las manos juntas debajo de la barbilla y el afeitado rostro transfigurado, por encima de la ancha gola almidonada, en una expresión mezcla de sombrío fanatismo y dulce entusiasmo, pronunció la oración fúnebre alzando los ojos hacia el cielo.

Alabó las cualidades de la difunta con palabras altisonantes que retumbaron en aquellas vastas estancias: su distinción y su humildad, su serenidad y su espíritu piadoso, su dulzura y su caridad. Mencionó las «veladas de Jerusalén» y la «escuela dominical», y rememoró la larga, rica y dichosa trayectoria terrenal de la anciana consulesa con todo el esplendor que su dialéctica era capaz de desplegar..., y puesto que la palabra «fin» requiere algún epíteto que la suavice, concluyó su discurso hablando de su «dulce fin».

La señora Permaneder era muy consciente de la dignidad y la actitud de distinguida representación que se debía a sí misma y debía a toda aquella gente en tales momentos. Junto con su hija

Erika y su nieta Elisabeth, había ocupado los sitios de mayor honor, muy cerca del sacerdote, a la cabecera del ataúd, cubierta de coronas de flores, mientras que Thomas, Gerda, Christian, Clotilde y el pequeño Johann, así como el anciano cónsul Kröger, sentado en una silla, nada habían objetado a asistir a la ceremonia desde lugares menos preferentes, como los parientes de segundo grado. Estaba allí de pie, muy erguida, con los hombros un poco levantados y un pañuelo de batista con bias negro entre las manos, y el orgullo que la embargaba al habersele concedido tal protagonismo en aquella ceremonia era tan profundo que a veces relegaba el dolor a un segundo plano o, si cabe, lo eclipsaba del todo. Aunque mantenía los ojos bajos casi todo el tiempo, pues sabía que era el blanco de las miradas de toda la ciudad, no podía evitar echar algún que otro vistazo por encima de la multitud, entre la cual incluso pudo distinguir a Julchen Móllendorff, de soltera Hagenstróm, con su esposo... Sí, todos se habían sentido obligados a acudir: los Móllendorff, los Kistenmaker, los Langhals y los Oeverdieck. Antes de que Tony Buddenbrook deshiciera el hogar de sus padres, todos habían tenido que congregarse allí por última vez para presentarle sus respetos y sus condolencias, a pesar de Grünlich, a pesar de Permaneder y a pesar de Hugo Weinschenk! Y el reverendo Pringsheim, en su sermón, seguía metiendo el dedo en la dolorosa llaga que la muerte había abierto en aquella familia; la plasticidad de sus palabras, perfectamente calculadas, hizo que cada cual tomara conciencia de lo que había perdido y consiguió que brotasen lágrimas hasta de los ojos poco propensos a dejarlas escapar, con lo que los propensos al llanto le quedaron muy agradecidos. Cuando hizo mención de las «veladas de Jerusalén», todas las amigas de la difunta consulesa rompieron en sollozos, con excepción de Madame Kethelsen, que no oía nada y miraba al frente con los mismos ojos impasibles que las palomas, y de las hermanas Gerhardt, las descendientes de Paul Gerhardt, que le escuchaban cogidas de la mano, de pie en un rincón; pues ellas estaban contentas por la muerte de su amiga y, si no la envidiaban, sólo se debía a que la envidia era por completo ajena a sus corazones.

Mademoiselle Weichbrodt no paraba de sonarse la nariz con unos secos y enérgicos resoplidos. En cambio, las Buddenbrook de la Breite Strasse no lloraban; no tenían por costumbre llorar. Sus rostros, menos avinagrados que de costumbre, eso sí, reflejaban una dulce satisfacción ante la absoluta imparcialidad de la muerte... Después, cuando sonó el último «amén» del reverendo Pringsheim, los cuatro empleados de pompas fúnebres, con sus sombreros negros de tres picos, entraron en el salón para retirar el ataúd con suma discreción y, no obstante, tan raudos que sus capas negras se hinchaban al andar. Eran cuatro lacayos cuyos rostros todo el mundo conocía, criados que se contrataban para determinadas ocasiones, como la de servir las pesadas fuentes en las cenas de gala de las principales familias,

y a los que luego veía uno por los pasillos, bebiendo tinto de la Casa Móllendorff de la garrafa. Sus servicios eran imprescindibles en todos los entierros de primera y segunda categoría, y su destreza en las tareas pertinentes era notoria. Sabían muy bien que el momento en que el ataúd es retirado para siempre de entre los familiares y amigos dolientes por manos extrañas ha de salvarse con mucho tacto y habilidad. Con dos o tres movimientos muy rápidos, silenciosos y enérgicos, cargaron el ataúd sobre sus hombros y, antes de que nadie tuviese tiempo de tomar conciencia de lo terrible de aquel momento, el féretro cubierto de flores ya había salido del salón y desaparecía por la sala de columnas sin demora y, aun así, a un ritmo acompasado.

Las señoras se agolparon alrededor de la señora Permaneder y su hija para estrecharles las manos, murmurando con los ojos bajos lo que es de recibo murmurar en tales ocasiones, sin ninguna palabra de más ni de menos, en tanto los caballeros se disponían a bajar a sus coches.

Y, en una procesión negra, comenzó el lento viaje a través de las calles grises y húmedas, por debajo del Burgtor y por la avenida, de árboles deshojados y estremecida bajo una fría llovizna, que conducía al cementerio, donde, mientras en alguna parte, por detrás de unos matorrales medio calvos, sonaba una marcha fúnebre, la comitiva continuó a pie por los caminos enfangados hasta el lugar, al fondo del bosquecillo del cementerio, en el que se veía la sepultura gótica coronada por la gran cruz de piedra del mausoleo de los Buddenbrook. La lápida con el escudo de la familia labrado en la piedra había sido retirada y depositada en el suelo, junto a la fosa negra, enmarcada por la verde hierba que crecía a su alrededor.

Todo estaba preparado para la llegada de un nuevo ataúd. Bajo la supervisión del senador, en los últimos días se había arreglado la tumba y se había realizado una reducción de restos de los antiguos Buddenbrook. Ahora, mientras la música se desvanecía, el ataúd pendía sobre la fosa de las cuerdas de los sepultureros..., caía hasta el fondo con un suave golpe y el reverendo Pringsheim, que se había puesto mitones, comenzaba a hablar de nuevo. Su voz bien impostada resonaba clara, flexible y solemne a través del frío y silencioso aire del otoño, por encima de la tumba abierta y de las cabezas de los presentes, sólo caballeros, inclinadas hacia delante con gesto devoto o ladeadas con melancolía. Finalmente, el reverendo se inclinó ante la tumba, llamó a la difunta por su nombre completo y la bendijo con la señal de la cruz. Cuando se hizo el silencio y todos los caballeros, con sus guantes negros, se quitaron las chisteras para cubrirse con ellas el rostro y rezar en silencio, salió un poco el sol. Había dejado de llover y, de vez en cuando, el agudo canto de algún pájaro se entremezclaba como una breve pregunta con el sonido de las gotas que caían aisladamente de árboles y arbustos. Entonces, todo el mundo se apresuró a estrechar una vez más la mano de los hijos y el hermano de la difunta.

Para recibir el pésame, a Thomas Buddenbrook, con el grueso paño oscuro del abrigo salpicado por infinitas gotitas plateadas, le correspondía situarse entre su hermano Christian y su tío Justus. Con el tiempo, empezaba a estar un poco grueso, único signo de la edad en su tan cuidada apariencia. Sus mejillas, sobre las que se dibujaba el bigote estirado con tenacillas, se habían redondeado; sin embargo, se veían blanquecinas, pálidas, sin sangre y sin vida. Sus ojos, ligeramente enrojecidos, miraban a la cara de cada uno de los caballeros cuyas manos estrechaba con apagada cortesía.

CAPÍTULO IV

Ocho días más tarde se hallaba sentado en el sillón de cuero del despacho privado del senador Buddenbrook, junto al escritorio, un anciano de baja estatura, sin barba y con el cabello blanco como la nieve, peinado hacia delante, cayéndole sobre las sienes y la frente. Muy encorvado, agarraba con ambas manos el puño blanco de su bastón y apoyaba sobre ellas su puntiaguda barbilla; apretaba los labios de manera que las comisuras dibujaban dos líneas verticales hacia la barbilla, y taladraba al senador con una mirada tan pérfida y escalofriante, de abajo arriba, que resultaba incomprensible que éste no evitase todo trato con semejante personaje. Thomas Buddenbrook, sin embargo, estaba reclinado en el respaldo de su butaca sin dar muestra alguna de nerviosismo y hablaba con el mefistofélico anciano como si de un ciudadano burgués más se tratase... El jefe de la empresa Johann Buddenbrook y el señor Gosch, corredor de fincas, negociaban el precio de compraventa de la vieja mansión de la Mengstrasse.

La discusión estaba llevando su tiempo, pues la oferta de veintiocho mil táleros que había hecho el señor Gosch resultaba demasiado baja para el senador, mientras que el corredor de fincas juraba y perjuraba que sería un auténtico disparate añadir siquiera un chelín de plata a aquella suma. Thomas Buddenbrook alegaba la excelente ubicación de la finca, en pleno centro de la ciudad, y su excepcional tamaño, si bien el señor Gosch replicaba a estos argumentos aludiendo al angustioso riesgo que corría él con voz ahogada, entre dientes y en el tono más desgarrado, en un discurso tan plástico y conmovedor que casi hubiera podido llamarse poema. ¡Ah! ¿Pero cuándo, a quién, por cuánto podría vender él después aquella casa? ¿Cuántas ofertas recibiría él por aquella finca en el curso de los siglos venideros? ¿Acaso podía su venerado amigo y benefactor asegurarle que, al día siguiente, llegaría en el tren de Büchen algún marajá indio para instalarse en la antigua mansión de los Buddenbrook? Ya veía él, Sigismund Gosch, que al final se quedaría sin vender aquella casa..., sin venderla..., y entonces sería un hombre acabado, derrotado, hundido para siempre, y ya no tendría tiempo para reponerse, dado que su hora estaba cerca... ¡Oh, sí!, y su tumba ya estaba cavada, ay, su tumba... Y como le fascinaba aquella expresión, aún añadió algo de unos monos bailando sobre ella y de las paladas de tierra cayendo con un ruido sordo sobre la tapa del ataúd...

A pesar de todo, el senador no se daba por contento. Mencionó la innegable y magnífica posibilidad de dividir la finca, subrayó la responsabilidad que tenía que asumir ante sus hermanos y se negaba a bajar de la cantidad de treinta mil táleros; de nuevo, hubo de escuchar con una mezcla de nerviosismo y complacencia la brillante réplica de su interlocutor. El proceso se prolongó dos horas, durante las cuales el señor Gosch tuvo ocasión de recurrir a sus dotes teatrales hasta agotar su repertorio.

Jugaba a un doble juego: fingía ser un lobo con piel de carnero.

—Acepte usted, senador, mi joven benefactor... Ochenta y cuatro mil marcos... es la oferta de un honrado anciano... —decía con voz dulce, ladeando la cabeza, con una sonrisa de bondadosa ingenuidad en su rostro, ajado de tantos años de dramáticas muecas, y extendiendo una mano blanca y enorme, con largos dedos temblorosos. ¡Pero todo aquello era mentira y

traición! ¡Hasta un niño habría sabido ver la máscara hipócrita tras la cual sonreía aquel demonio de persona!...

Finalmente, Thomas Buddenbrook declaró que necesitaba cierto tiempo para pensarlo y que, en cualquier caso, tenía que consultarlo con sus hermanos antes de aceptar los veintiocho mil táleros, posibilidad que consideraba hartamente improbable. Así pues, llevó la conversación hacia un terreno neutral y preguntó por los éxitos comerciales del señor Gosch, por su estado de salud...

Al señor Gosch le iban mal las cosas; haciendo un amplio y hermoso movimiento con el brazo, rechazó la suposición del senador de que podía contarse entre los ciudadanos dichosos. Se acercaba a la penosa ancianidad y, como había dicho antes, su tumba ya estaba cavada. Apenas era capaz de tomarse su vaso de grog por las noches sin derramar la mitad... ¡Hasta ese extremo hacía el Diablo que le temblase la mano! Maldecir no servía de nada. La voluntad había dejado de triunfar... ¡Qué se le iba a hacer! Al fin y al cabo, tenía toda una vida a sus espaldas, una vida no exenta de riquezas. Había visto el mundo con ojos despiertos. Revoluciones y guerras habían pasado ante él como el azote del viento, y ese viento también había soplado en su corazón..., por así decirlo. ¡Ah, qué demonios! ¡Corrían otros tiempos cuando había hecho frente al pueblo insurrecto al lado del padre del senador, el cónsul Johann Buddenbrook, en aquella histórica reunión del Consejo de ciudadanos! Aquel horror de los horrores... No, su vida no había estado exenta de satisfacciones, tampoco de satisfacciones interiores. ¡Demonios! Había sentido una fuerza interior... ¡Y donde existe la fuerza, existe también el ideal, dice Feuerbach! Incluso ahora, también ahora... Su alma no se había empobrecido, su corazón se había mantenido joven, nunca había dejado ni dejaría de estar abierto a las experiencias grandiosas, de albergar sus ideales con calor y firmeza... Y habría de llevárselos a la tumba, no cabía duda de ello. Pero, ¿acaso los ideales existían para alcanzarlos y hacerlos realidad alguna vez? ¡Por supuesto que no! No se desea alcanzar las estrellas; sin embargo, la esperanza... ¡Ay, la esperanza, la esperanza era lo mejor en la vida, no la realización de lo que se espera! *L'espérance, toute trompeuse qu'elle est, sert au moins á nous mener á la fin de la vie par un chemin agréable*⁴¹. Así lo había dicho La Rochefoucauld, y era una idea muy hermosa, ¿verdad que sí? Ay, sí, pero su joven amigo y benefactor no necesitaba saber esas cosas. Quien ha conseguido cabalgar sobre la cresta de las olas de la vida real y ve su frente coronada por la dicha no necesita pensar en tales cosas. No así quien sueña en soledad en la profundidad de las tinieblas...

—Usted es dichoso —dijo de repente, posando una mano en la rodilla del senador y mirándole con los ojos enajenados—. ¡Oh, sí! No cometa el pecado de negarlo. ¡Usted es dichoso! Tiene la dicha en sus manos. Usted ha salido al mundo y lo ha conquistado con mano de hierro..., ¡con brazo de hierro! —se corrigió, pues no podía soportar la repetición de una palabra en su discurso.

Luego guardó silencio y, como no registró ninguna de las palabras de resignada protesta del senador, volvió a mirarle a la cara con una expresión tan oscura como soñadora. De pronto, se irguió en el asiento.

—Pero, bueno... —dijo—, estamos aquí charlando, y nos habíamos reunido por un asunto de negocios. El tiempo es oro... No lo malgastemos en elucubraciones. Escúcheme... Por ser usted..., ¿me entiende? En fin, porque...

⁴¹ La esperanza, con todo lo engañosa que es, al menos sirve para conducirnos al final de la vida por un camino agradable. (*N de la T*).

—y pareció que el señor Gosch iba a pronunciar un nuevo discurso, pero se contuvo y, con un amplio gesto de entusiasmo, exclamó—:Veintinueve mil táleros..., ochenta y siete mil marcos por la casa de su madre. ¿Qué le parece?

Y el senador aceptó.

La señora Permaneder, como era de esperar, consideró irrisorio el precio de venta. Dada la multitud de recuerdos que iban unidos a aquella casa, sólo habría considerado un proceder decente que alguien pusiera un millón sobre la mesa... o nada. No obstante, fue acostumbándose a la cifra que le había dicho su hermano, sobre todo porque los planes de futuro volvían a ocupar su cabeza y su tiempo.

Estaba muy contenta con la cantidad de muebles buenos que le habían correspondido, y aunque de momento nadie había dicho que corriese ninguna prisa que se marchase de la casa familiar, ella emprendió la búsqueda de una nueva vivienda de alquiler con gran entusiasmo. La despedida sería muy dura.... por supuesto: sólo de pensarlo se le llenaban los ojos de lágrimas. Por otra parte, la perspectiva de cambiar y comenzar de nuevo en otro lugar también tenía su atractivo..: ¿No era como fundar un hogar otra vez, una cuarta vez? De nuevo iba a ver casas, de nuevo consultaba al señor Jacobs, el tapicero, de nuevo iba a las tiendas a elegir telas para los cortinajes o alfombras para el pasillo... Su corazón palpitaba; en efecto, el corazón de aquella mujer ya mayor a quien la vida había hecho fuerte palpitaba con más fuerza.

Así pasaron las semanas: cuatro, cinco, seis semanas. Llegaron las primeras nieves, llegó el invierno; el fuego comenzó a chisporrotear en las estufas y los Buddenbrook a pensar con tristeza en cómo celebrarían las Navidades aquel año... De repente sucedió algo dramático, algo sorprendente hasta lo inconcebible; se produjo un giro en el curso de los acontecimientos que despertó, con toda razón, el interés de la ciudad entera; como si cayera un rayo, sucedió algo que dejó paralizada a la señora Permaneder en mitad de su habitual ajetreo.

—Oye, Thomas —dijo—, ¿estaré yo loca? ¿Estará desvariando el señor Gosch? ¡No es posible! Es demasiado absurdo, demasiado impensable...

Enmudeció y se llevó las manos a las sienes. El senador, en cambio, se limitó a encogerse de hombros.

—Mi querida niña, todavía no hay nada decidido; cierto es que la idea se ha planteado, cabe esa posibilidad... y, si lo piensas con calma, verás que no tiene nada de absurdo. Un tanto chocante sí que es, eso no te lo niego. Yo también di un paso atrás cuando Gosch me lo dijo. Ahora, bien, ¿impensable? No veo por qué.

—No podré sobrevivir a eso —dijo ella, se sentó en una silla y se quedó inmóvil.

¿Qué estaba sucediendo? Ya había surgido un comprador para la casa, o al menos una persona que se había interesado por ella y había solicitado visitarla con calma para, si acaso, seguir adelante. Y esa persona era el señor Hermann Hagenström, comerciante al por mayor y cónsul del reino de Portugal.

Al llegarle el primer rumor, la señora Permaneder se había quedado paralizada, estupefacta, sin palabras, e, incrédula, era incapaz de asimilar aquella idea. Más tarde, cuando el asunto se fue consolidando y la visita del

cónsul Hagenstróm a la Mengstrasse era inminente, reaccionó e hizo acopio de fuerzas. No protestó, se rebeló. Encontró palabras ardientes e hirientes y las blandió como antorchas, como una auténtica hacha de guerra.

—¡Eso no sucederá, Thomas! ¡Mientras yo viva, eso no sucederá! ¡Si uno no tiene más remedio que vender a su perro, al menos presta un poco de cuidado a qué manos va a parar, digo yo! ¡La casa de nuestra madre! ¡Nuestra casa! ¡El salón de los paisajes!

—Vamos a ver, te pregunto: ¿qué impedimento hay?

—¿Qué lo impide? ¡Por Dios bendito, que qué impedimento hay! ¡Montañas enteras deberían impedir que ese tipo gordo llegue a nuestra casa, Thomas! ¡Montañas! ¡Pero él no las ve! ¡No le importa nada! ¡No tiene ninguna sensibilidad! ¿Es que es un animal?... Los Hagenstróm son nuestros enemigos desde tiempos inmemoriales... El viejo Hinrich les hizo la vida imposible a nuestro abuelo y a nuestro padre, y si Hermann no te ha hecho nada serio, si no te ha tendido ninguna trampa, es porque no ha tenido ocasión... Cuando éramos niños, le abofeteé en plena calle, y puedes estar seguro de que no me faltaban motivos, y su dichosa hermanita Julchen de poco me mata a arañazos. Son niñerías, ¡muy bien! Pero se han regodeado con nuestras desgracias, y la mayoría de las veces el objeto de esa diversión he sido yo... Dios lo ha querido así... Ahora bien, hasta qué punto te ha perjudicado el cónsul en tus negocios y la desvergüenza con que ha intentado aventajarte siempre, eso lo sabrás tú mucho mejor que yo. ¡Qué voy a revelarte que no hayas vivido en persona! Y luego, cuando Erika consiguió un buen matrimonio, no pararon hasta que se quitaron de en medio al director y lo metieron en la cárcel gracias a la intervención de su hermano, ese zorro, ese demonio de abogado... Y ahora tienen la desfachatez... No tienen el más mínimo escrúpulo en...

—Escucha, Tony, en primer lugar, ya no tenemos nada que decir en este asunto, pues cerramos el trato con Gosch y ahora ha quedado en sus manos hacer negocios con quien quiera. Sí, lo reconozco, parece una ironía del destino...

—¿Ironía del destino? Ay, Thomas, ésa es tu manera de expresar las cosas... ¡Yo lo llamo desvergüenza! ¡Una bofetada en plena cara, eso es lo que sería! ¿No se te ha ocurrido pensar en lo que esa venta significaría? Pues haz el favor de pensarlo, Thomas. Significaría: los Buddenbrook están acabados, definitivamente derrotados, se retiran... y los Hagenstróm ocupan su lugar a bombo y platillo... ¡Jamás, Thomas, jamás contribuiré a esa farsa! ¡Jamás me prestaré a semejante humillación! ¡Que venga, que se atreva a asomar por aquí e intentar poner los pies en esta casa! ¡Yo no pienso recibirle, de eso puedes estar más que seguro! Me sentaré con mi hija y con mi nieta en una habitación y echaré la llave y le impediré la entrada, eso es lo que haré...

—Tú harás lo que consideres más inteligente, querida, pero antes deberás pensar si no conviene más mantener las apariencias de cara a la sociedad. ¿Crees que el cónsul Hagenstróm se sentiría afectado o herido por tu comportamiento? Pues no, te equivocas por completo, niña. Ni se alegraría ni se enfadaría, tan sólo se sorprendería, se sorprendería con frialdad e indiferencia... Porque el caso es que tú das por sentado que ellos albergan hacia ti los mismos sentimientos que tú hacia ellos. ¡Eso es un error, Tony! Él no te odia ni nada parecido. ¿Por qué iba a odiarte? Él no odia a nadie. Está en la cumbre del éxito y es muy feliz, y por eso se muestra tan contento y benevolente con todo el mundo, créeme. Te he asegurado ya más de diez veces que te saludaría por la calle con la mayor amabilidad del mundo si tú

superases tus prejuicios y no mirases hacia otra parte en actitud belicosa y soberbia cuando te cruzas con él. Él se sorprenderá un poco, durante dos minutos sentirá cierto desconcierto, tal vez incluso le haga cierta gracia, pero eso no altera en absoluto a un hombre contra quien nadie puede tener nada... ¿Qué le echas en cara? Si me ha aventajado notablemente en los negocios y, de vez en cuando, se opone a mi opinión en los asuntos públicos, ¿qué le vamos a hacer? Será que es mejor comerciante y mejor político que yo... Eso sigue sin constituir ningún motivo para reírse o enfurecerse como haces tú... En fin, volviendo al tema de la casa, hace ya tiempo que todas esas cosas viejas no tienen ningún significado real para la familia, pues ya sabes que, poco a poco, es mi casa la que representa lo que antes representaba la de nuestros padres, y no lo digo para consolarte a pesar de todo. Por otro lado, está claro de qué modo ha llegado el cónsul Hagenstróm a la idea de comprar esa casa. Esa gente ha prosperado, su familia va creciendo, están emparentados con los Móllendorff e igualan a las mejores familias en fortuna y en prestigio. Pero les falta algo, algún símbolo externo del que, hasta ahora, habían prescindido por su aplomo y falta de prejuicios: les falta la solera, por así decirlo, la tradición de siglos que legitime su posición... Y parece ser que les han entrado ganas de tener también eso, y pueden conseguirlo instalándose en una casa como la nuestra... Ya verás, el cónsul conservará en lo posible todo esto, no cambiará la estructura de la casa, y hasta dejará donde está la inscripción de la puerta, el Domnvs PROVIDEBIT, aunque hay que reconocer que no ha sido el Señor el que le ha provisto de una esplendorosa prosperidad, sino única y exclusivamente la empresa Strunck & Hagenstróm...

—¡Bravo, Tom! ¡No sabes lo bien que me sienta oírte decir alguna maldad sobre ellos alguna vez! En el fondo, es lo único que quiero. ¡Ay, si yo tuviera la cabeza que Dios te ha dado a ti! ¡En qué no la emplearía yo! Y ahí estás, en cambio...

—Ya ves que la cabeza me sirve de bien poco...

—No, no quería decir eso. Ahí estás, en cambio, hablando de ello con una serenidad increíble y explicándome la manera de proceder de Hagenstróm... Bueno, tú dirás lo que quieras, pero tienes un corazón en el pecho igual que yo, y perdona que te lo diga pero no me creo que todo esto te quite tan poco el sueño como pretendes dar a entender. Respondes a mis quejas..., pero tal vez sólo estés intentando consolarte tú...

—Eso es una impertinencia, Tony. Lo que yo «doy a entender» es lo que vale. ¡Faltaría más! El resto no le incumbe a nadie. —Dime tan sólo una cosa, Tom, te lo suplico: ¿no sería como un mal sueño?

—Absolutamente. —¿Como una pesadilla? —Por qué no.

—¿Una bufonada para echarse a llorar? —¡Ya basta! ¡Basta!...

Y el cónsul Hagenstróm se presentó en la Mengstrasse, acompañado por el señor Gosch, el cual, con su sombrero de jesuita en la mano, encorvado y mirando a todas partes con aire mefistofélico, pasó por delante de la doncella que les había anunciado y ahora les abría la puerta cristalera y entró en el salón de los paisajes detrás del cónsul.

Hermann Hagenstróm, tapado con un grueso y pesado abrigo de piel hasta los pies que, abierto por delante, dejaba a la vista un traje de invierno de un mullido y buen paño inglés verde amarillento, era un personaje cosmopolita, un hombre imponente como los que suelen verse en la Bolsa. Estaba tan sumamente gordo que no sólo tenía papada, sino que toda la parte inferior de su rostro estaba enmarcada por una hermosa lorza que la corta barba pelirroja no alcanzaba a disimular; es más, incluso la piel de la

cabeza, con el cabello también muy corto, formaba gruesos pliegues de grasa con ciertos movimientos de la frente y las cejas. Su nariz se veía más aplastada que nunca sobre el labio superior y respiraba con dificultad, echando el aire hacia el bigote. De vez en cuando, no podía evitar abrir la boca para tomar aliento y llenar sus pulmones, y cuando lo hacía, siempre producía un peculiar chasquido, debido a que la lengua se despegaba lentamente del paladar.

El rostro de la señora Permaneder mudó de color cuando oyó aquel ruido que conocía desde hacía tantos años. La visión de unos bollos de limón rellenos de pavo trufado o paté de hígado de oca de Estrasburgo la asaltó como un fantasma y, por un momento, la férrea dignidad de su actitud se tambaleó... Estaba sentada en el sofá con los brazos cruzados y los hombros un poco levantados, con cofia de luto y el cabello peinado con raya en medio y liso, y un vestido negro con toda la falda de volantes que le quedaba maravillosamente; al tiempo que entraban los caballeros, aún hizo un comentario en tono sereno e indiferente a su hermano, el senador, quien al final no había querido que pasase aquel mal trago ella sola. Tampoco se levantó cuando el senador, que había avanzado hasta el centro del salón para recibir a las visitas, saludaba con suma cordialidad al señor Gosch y con pulcra corrección al cónsul; entonces sí se puso de pie, saludó a ambos con una contenida reverencia y, sin ninguna muestra de entusiasmo ni en sus palabras ni en sus gestos, obedeció a su hermano cuando éste le pidió que volviese a tomar asiento. En su impenetrable indiferencia, mantenía los ojos casi cerrados.

Mientras todos se sentaban y en el transcurso de los siguientes minutos, hablaron alternativamente el cónsul y el corredor de fincas. El señor Gosch, en un tono de humildad falso hasta lo repulsivo y tras el cual se ocultaba una malicia evidente a los ojos de cualquiera, rogaba a los Buddenbrook que tuviesen a bien disculpar la molestia que suponía para ellos aquella visita, pero que el cónsul Hagenstróm deseaba recorrer todas las estancias de la casa, puesto que estaba considerando la posibilidad de adquirirla... El cónsul, a su vez, repitió lo mismo con otras palabras y con una voz que a la señora Permaneder volvió a recordarle los bollos de limón rellenos de pechuga de pavo de antaño. En efecto, estaba considerando seriamente tal posibilidad, que ya no era una mera idea, sino un deseo que esperaba poder cumplir en favor suyo y de su familia, a menos que el señor Gosch pretendiese hacer un gran negocio y no llegasen a un acuerdo con el precio..., ja, ja, ja... En fin, no dudaba de que el asunto se resolvería de un modo satisfactorio para todos.

Sus maneras eran naturales, distendidas, cordiales, de hombre de mundo, y no dejaron de causar cierta impresión a la señora Permaneder, dado que, además, siguiendo a rajatabla las normas de la cortesía, casi siempre se dirigía wella. De hecho, incluso quiso justificar su deseo en un tono rayano en la disculpa:

—Más espacio, necesitamos más espacio —dijo—. Mi casa de la Sandstrasse..., no lo creerá usted, señora mía, ni usted, senador..., literalmente se nos ha quedado pequeña, a veces apenas podemos movernos. Y ni siquiera me refiero a las ocasiones especiales. Basta con que nos visite la familia: los Huneus, los Möllendorff, los parientes de mi hermano Moritz... y ya estamos como sardinas en lata. En fin, ya se imaginan...

Hablaba con un ligero matiz de indignación, con una expresión y unos movimientos de los que se infería: «Tienen ustedes que darse cuenta de que toda esta farsa no es en absoluto necesaria... Sería un estúpido, pues,

gracias a Dios, no carezco de lo fundamental para que se resuelva este asunto».

—No obstante, quería esperar —prosiguió— a que Zerline y Bob necesitaran una casa para cederles la mía y buscar yo una más grande; ya sabrán ustedes... —se interrumpió— que mi hija Zerline y Bob, el hijo mayor de mi hermano, el abogado, están prometidos desde hace muchos años... La boda no ha de postergarse mucho más. A lo sumo, dos años. Son jóvenes..., ¡tanto mejor!

Al final, he pensado que tampoco hay por qué esperar a que se casen y dejar pasar esta excelente oportunidad que se me ofrece ahora. En efecto, no tendría ningún sentido...

Todos estaban de acuerdo, y durante un rato la conversación se centró en aquel acontecimiento familiar, aquella futura boda; como los matrimonios entre primos hermanos no eran nada inusual en la ciudad cuando comportaban importantes ventajas, nadie se extrañaba ni se escandalizaba. Así pues, preguntaron al cónsul por los planes de los jóvenes, si ya habían elegido el destino de su luna de miel, etcétera. Tenían intención de ir a la Riviera, a Niza y demás. Eso era lo que les apetecía y, en fin, ¿por qué no? También mencionaron a los demás hijos de la familia, y el cónsul les habló de ellos muy complacido, con espontaneidad y encogiéndose de hombros en alguna ocasión. Él mismo tenía cinco hijos y su hermano Moritz cuatro; chicos y chicas... Oh, sí, muchas gracias, todos se encontraban muy bien. ¿Por qué no iban a encontrarse todos muy bien, verdad? En pocas palabras, les iba de maravilla. Luego volvió a traer a colación que la familia seguía aumentando y que su casa se les había quedado pequeña.

—Claro, esto es otra cosa... —dijo—. Ya he podido comprobarlo mientras venía hacia aquí: esta casa es una joya. ¡Una joya! No me cabe ninguna duda... Claro que habrá que ver si, teniendo en cuenta estas dimensiones, el precio... Ja, ja, ja! Porque ya sólo con estos tapices... Le confieso, señora mía, que llevo admirando estos tapices desde que nos hemos sentado. Un salón de un charme indiscutible... Cuando pienso que ha tenido usted el placer de vivir aquí durante toda su vida...

—Con algunos paréntesis... sí —dijo la señora Permaneder con aquella peculiar pronunciación de las erres que no podía evitar en determinadas ocasiones.

—Paréntesis..., sí —repitió el cónsul con una incipiente sonrisa. A continuación dirigió una mirada al senador Buddenbrook y al señor Gosch, y como ambos caballeros estuvieran sumidos en su propia conversación, acercó su butaca al sofá donde estaba sentada la señora Permaneder y se inclinó hacia ella de modo que los fuertes resoplidos que daba constantemente sonaron justo debajo de la nariz de ella. Demasiado educada para volver la cabeza y evitar respirar su aliento, Tony permanecía todo lo erguida que podía en su asiento y le miraba desde arriba con los párpados entornados. A pesar de todo, él se dio perfecta cuenta de lo forzado y desagradable de la situación—. Me parece, señora mía —dijo—, si no me equivoco, que usted y yo ya tuvimos ocasión de hacer negocios en otro tiempo. Claro que aquella vez no se trataba más que..., ¿de qué era? ¿Algún dulce, alguna golosina?... Y ahora se trata de una casa entera...

—No lo recuerdo —dijo la señora Permaneder, estirando el cuello todavía más, pues la cara de él le resultaba indecente y casi insoportable.

—¿Que no lo recuerda?

—Pues no. Con toda sinceridad, no recuerdo nada de ningún dulce. Conservo una vaga imagen de unos bollos de limón con algún embutido muy

graso... o de algún bocadillo para el recreo harto repugnante... No me acuerdo bien de si era suyo o mío... Éramos niños. Por otra parte, lo de la casa es única y exclusivamente asunto del señor Gosch.

Dirigió una rápida mirada de agradecimiento a su hermano, pues él se había dado cuenta de su apurada situación y había acudido en su ayuda, permitiéndose preguntarle al cónsul si consideraba oportuno hacer un pequeño recorrido por la casa antes de nada. Éste accedió, se despidió provisionalmente de la señora Permaneder (ya que esperaba tener el placer de verla de nuevo antes de marcharse), y el senador se llevó a sus dos invitados a través del comedor.

Los condujo escaleras arriba y abajo, les mostró las habitaciones de la segunda planta y las del pasillo de la primera, las dependencias de la planta baja e incluso la cocina y los sótanos. En cuanto a las oficinas, debían abstenerse de pasar, puesto que la visita se realizaba en horario de trabajo de la compañía aseguradora que las tenía alquiladas. Se intercambiaron aquí algunas palabras sobre el nuevo director, de quien el cónsul Hagenström no vaciló en afirmar dos veces seguidas que era un hombre muy honrado, afirmación a la que el senador respondió con el silencio.

Luego caminaron por el jardín desnudo, cubierto por la nieve a medio derretirse, echaron un vistazo al quiosco y regresaron al patio delantero, hacia el lavadero, para, desde allí, recorrer el estrecho camino empedrado a lo largo del muro que conducía al patio trasero, con su espléndido nogal, y ver también el edificio de la parte de atrás. Allí reinaban la decrepitud y el abandono. Entre los adoquines del patio crecían la hierba y el musgo, las escaleras del edificio amenazaban con caerse a pedazos y la familia de gatos callejeros de la sala de billar sólo se inmutaba si se abría la puerta de golpe, eso sí, sin entrar, puesto que el suelo no ofrecía demasiada seguridad.

El cónsul Hagenström guardaba silencio y era obvio que en su cabeza rondaban múltiples planes y cálculos.

—Sí, claro... —decía una y otra vez en un tono de cierta desaprobación, que parecía indicar que, si iba a ser dueño de todo aquello, era evidente que no podía dejarlo en aquel estado. Con la misma expresión permaneció un rato sobre el duro suelo arcilloso de la planta baja, alzando la vista hacia el inhóspito almacén.

—Sí, claro —repitió, dando un empujoncito a la enorme polea, que ya no funcionaba pero seguía colgada en medio del recinto, con su oxidado gancho en la punta y en desuso desde hacía muchos años, y giró sobre sus talones para salir.

—Bien. Mil gracias por su amabilidad y por sus atenciones, señor senador. Hemos terminado —dijo, y guardó un silencio casi absoluto tanto mientras regresaban al edificio principal por el mismo camino por el que habían ido, como después, cuando las dos visitas entraron un instante al salón de los paisajes para despedirse de la señora Permaneder sin llegar a sentarse otra vez y cuando Thomas Buddenbrook los acompañó por las escaleras hasta el portal. Sin embargo, en cuanto se despidieron con las formalidades de rigor y el cónsul Hagenström se dio la vuelta para salir a la calle, pudo verse cómo se dirigía al señor Gosch y cómo entablaban ambos la más animada conversación.

El senador regresó al salón de los paisajes, donde encontró a la señora Permaneder sentada ahora en una butaca junto a la ventana: sin apoyarse en el respaldo y con gesto muy serio, tejía, con dos enormes agujas de madera, una faldita de lana negra para su nieta, la pequeña Elisabeth, y de vez en cuando miraba de reojo por el espejuelo de la ventana. Thomas pasó

un rato dando zancadas de un lado a otro del salón con los brazos cruzados a la espalda.

—Bueno, ahora está en manos del señor Gosch —dijo al fin—, hay que esperar a ver cómo evoluciona el asunto. Creo que va a comprar la finca entera; vivirá en este edificio y se las ingeniará para dar otro uso a la parte de atrás...

Su hermana no se dignó mirarle; tampoco movió un solo músculo para relajar un poco su postura ni dejó de tejer; al contrario, la velocidad con que movía las agujas entre sus manos fue en aumento.

—¡Pues claro que la va a comprar! Va a comprarlo todo —dijo, y lo hizo con la pronunciación uvular de las erres que tal ocasión requería—. ¿Por qué no iba a comprarlo, verdad? En efecto, no tendría ningún sentido que no lo hiciese...

Y, arqueando las cejas, a través de los cristales de los quevedos que ahora necesitaba para hacer labor pero que no sabía bien cómo ponerse, clavó la vista en las agujas, que chocaban entre sí con un suave tintineo y a una velocidad vertiginosa.

Llegó la Navidad, la primera Navidad sin la consulesa. La Nochebuena se celebró en casa del senador, sin las Buddenbrook de la 13reite Strasse y sin los ancianos Kröger, dado que, si ya no se mantenía la tradición de la comida familiar de los jueves, Thomas Buddenbrook tampoco tenía ganas de reunir y hacer regalos a todos los habituales de la cena de Nochebuena de la Mengstrasse. Sólo fueron invitados la señora Permaneder con Erika Weinschenk y la pequeña Elisabeth, Christian, Clotilde, ahora hija de San Juan, y Mademoiselle Weichbrodt, quien, por su parte, sí seguía haciendo su siempre accidentada fiesta navideña y sus regalos el día veinticinco, en los cuartitos siempre demasiado caldeados de la plazoleta Am Mühlenbrink.

Faltó también el grupo de «necesitados» que acudían en Nochebuena a la Mengstrasse y recibían algunos regalos, como prendas de lana o zapatos usados, y tampoco cantó el coro de la Marienkirche. Se limitaron a entonar en familia el Stille Nacht, heilige Nacht en el salón, tras lo cual fue Therese Weichbrodt quien, con la más pulcra exactitud, recitó el capítulo correspondiente a la Navidad en lugar de la consulesa, a quien no le gustaba leer en alto; después, cantando a media voz la primera estrofa de O Tannenbaum, todos recorrieron en procesión la hilera de habitaciones hasta llegar al salón principal.

No había ningún motivo para celebrar nada con especial alegría. No podía decirse que los rostros de los presentes resplandeciesen de felicidad ni que la conversación fuese animada. ¿De qué iban a hablar? No abundaban las buenas noticias. Recordaron a su difunta madre, hablaron de la venta de la casa y del luminoso piso que la señora Permaneder había alquilado al otro lado del Holstentor, en una agradable casa con vistas a la Lindenplatz y a los jardines que lo rodeaban, hablaron de lo que pasaría cuando Hugo Weinschenk fuera puesto en libertad... Entretanto, el pequeño Johann tocó algunas piezas que había estado estudiando con el señor Pfühl y acompañó a su madre en una sonata de Mozart, con alguna que otra equivocación pero con un sonido muy hermoso. Recibió muchas alabanzas y besos, aunque luego Ida Jungmann tuvo que acostarlo, pues aquella noche estaba muy pálido y fatigado a consecuencia de una afección intestinal que acababa de superar.

Incluso Christian, quien tras el altercado con su hermano en el salón del desayuno no había vuelto a mencionar sus intenciones de contraer matrimonio y seguía teniendo la misma, para él tan infausta, relación con su hermano, permanecía totalmente mudo y sin ánimo de bromas. Sin fijar la vista en ninguna parte, hizo un tímido intento de despertar un poco de compasión entre los presentes aludiendo al «tormento» del lado izquierdo de su cuerpo, pero no tardó en marcharse al Club para no regresar hasta la hora de la cena, compuesta por los platos tradicionales... Después, los Buddenbrook pudieron dar por superada aquella Navidad y se sintieron casi aliviados de que así fuera.

A comienzos del año 1872 se desmanteló definitivamente la casa de la difunta consulesa. El servicio se marchó, y la señora Permaneder dio gracias al Señor de que también Mamsell Severin, quien hasta el último momento había puesto en tela de juicio su autoridad en el gobierno de la casa, se despidiera y desapareciera de una vez con todos los vestidos de seda y la ropa blanca de su señora. Luego se vieron los carros de mudanzas en la Mengstrasse y comenzaron a vaciar las amplias estancias de la mansión. El gran baúl tallado, los candelabros de pie bañados en oro y el resto de cosas que correspondían al senador y su esposa fueron trasladados a la Frischergrube; Christian se instaló con lo suyo en un «piso de soltero» de tres habitaciones cerca del Club; y la pequeña familia Permaneder—Weinschenk comenzó su nueva vida en un luminoso piso del Lindenplatz en cuya decoración no faltaba el obligado toque de «distinción». Era un pequeño y bonito hogar con una plaquita de cobre muy brillante en la puerta donde, en coquetas letras, se leía: A. PERMANEDER—BUDDENBROOK, Viuda. Apenas se quedó vacía la casa de la Mengstrasse, apareció por allí toda una tropa de obreros que comenzaron a derribar las dependencias traseras, levantando unas nubes de polvo añejo tan densas que parecía que se había puesto el sol... Finalmente, la finca había pasado a ser propiedad del cónsul Hagenstrüm. Al parecer, había puesto todo su empeño en comprarla, pues no había vacilado en superar una oferta que el señor Gosch había recibido de un caballero de Bremen; y ahora empezaba a revalorizar sus posesiones con el ingenio por el que se le admiraba desde hacía mucho tiempo. Ya en la primavera de aquel año se mudó con su familia al edificio delantero, donde, en la medida de lo posible, lo había dejado casi todo como estaba, con algunas reformas menores y algunas innovaciones inmediatas acordes con los tiempos modernos; por ejemplo, retiró todas las campanillas para llamar al servicio y las sustituyó por timbres eléctricos... Todas las dependencias de la parte trasera habían desaparecido por completo, y en su lugar se construyó un edificio nuevo, de techos altos, hermosos espacios diáfanos y fachada hacia la Bäckergrube, lo que brindaba la posibilidad de instalar comercios y otros negocios. La señora Permaneder había jurado repetidas veces a su hermano que por nada del mundo volvería a dirigir una sola mirada a la casa de sus padres. Obviamente, le resultó muy difícil mantener su palabra, pues por dondequiera que fuese sus pasos la obligaban a pasar por delante de los comercios y escaparates del edificio trasero, que no tardaron en ser alquilados con las mayores ventajas para sus dueños, o por delante de la noble fachada con frontón de la Mengstrasse, bajo cuya inscripción DOMINUS PROVIDESIT ahora se leía el nombre del cónsul Hermann Hagenstrüm. Eso sí, cuando vio esto, la señora Permaneder—Buddenbrook no pudo evitar romper a llorar en plena calle sin importarle que alguien pudiese estar mirándola. Echó la cabeza hacia atrás, como un pájaro que tomase aire para cantar, se llevó el pañuelo a los ojos, dejó escapar un

gemido que encerraba tanto dolor como protesta y, haciendo caso omiso de la gente que pasaba y de las advertencias de su hija, se abandonó al llanto. Era el mismo llanto libre de todo pudor y disimulo de su infancia, el llanto que había conservado en todas las tormentas y todos los naufragios de la vida.

DÉCIMA PARTE

CAPÍTULO I

A menudo, en sus momentos de pesadumbre, Thomas Buddenbrook se preguntaba si aún habría algo que justificara que, aunque sólo fuera un poco, él se considerase superior a sus conciudadanos, a aquellos pequeñoburgueses simplones y de miras estrechas. ¿Dónde habían quedado el imaginativo dinamismo y el audaz idealismo de su juventud? Trabajar como si fuera un juego y jugar con el trabajo, perseguir unas ambiciones concebidas medio en serio, medio en broma, concediéndoles el único valor que pueden tener en cuanto símbolo de otra cosa... ¡Ay!, para llegar a esos compromisos, fruto de un alegre escepticismo, y a esas ingeniosas verdades a medias se requerían grandes reservas de frescura, sentido del humor y buen ánimo; sin embargo, Thomas Buddenbrook se encontraba indeciblemente cansado y hastiado.

Lo que estaba en su mano alcanzar lo había alcanzado ya, y era muy consciente de que el punto culminante de su vida había quedado atrás hacía mucho tiempo, si es que, como solía añadir para sus adentros, podía hablarse siquiera de punto culminante tratándose de una vida tan poco elevada y mediocre.

En lo que concernía estrictamente a los negocios, en todas partes era sabido que su capital se hallaba muy reducido y su empresa en declive. A pesar de todo, entre la herencia de su madre, la parte que le correspondía de la casa de la Mengstrasse y sus propios bienes inmuebles, no dejaba de ser un hombre con una fortuna de más de seiscientos mil marcos. El capital de la empresa, en cambio, no producía nada desde hacía bastantes años; aquellos

negocios que sólo prosperaban de céntimo en céntimo, como el senador se quejara en la época de aquel asunto de la cosecha de Póppenrade, no sólo no habían mejorado desde entonces, sino que habían ido a peor desde el duro golpe que sufriera con ello; y ahora que en todas partes reinaba el movimiento y soplaban aires nuevos, ahora que su ciudad había entrado por fin en la Unión Aduanera y los pequeños comercios tenían la oportunidad de convertirse en respetables empresas en un plazo de pocos años, ahora la Casa Johann Buddenbrook se mantenía estancada, sin sacar ningún provecho de los grandes logros de su tiempo; así pues, cuando alguien preguntaba al jefe cómo marchaban sus negocios, se limitaba a responder con un apático gesto de rechazo con la mano: «Ay, no tenemos grandes alegrías...». Un exitoso comerciante de la competencia, íntimo amigo de los Hagenstróm, había dicho un día que la función del senador Buddenbrook en la Bolsa, en el fondo, era puramente decorativa, y aquella broma, que también aludía al siempre cuidadísimo aspecto físico del senador, fue celebrada y repetida hasta la saciedad por todos los ciudadanos como prodigiosa muestra de ingenio.

Por otra parte, si el senador, entre los golpes de mala suerte y el desánimo que le invadía, se encontraba como paralizado a la hora de contribuir a la mayor gloria del escudo de su Casa, al que con tanto entusiasmo había servido en tiempos, su carrera política al servicio de su comunidad se veía frenada por ciertas barreras externas que nunca podría franquear. Desde hacía años, ya desde que fuese elegido senador, había conseguido en este terreno cuanto estaba a su alcance conseguir. Ahora se trataba de mantener ciertas posiciones o de ejercer ciertos cargos, pero ya no había nada más por conquistar; sólo quedaban el presente y su insignificante realidad, ningún futuro ni ambiciosos planes que llevar a cabo. Cierto era que el senador había sabido ampliar su poder en la ciudad en un radio mucho más amplio del que habría podido abarcar cualquier otra persona en su lugar, y que a sus enemigos les era difícil negar que fuera «la mano derecha del alcalde». Ahora bien, Thomas Buddenbrook nunca podría ser alcalde, porque era comerciante y no tenía estudios, no había terminado el bachillerato y carecía de formación jurídica en particular y de formación académica en general. Con todo, habiendo dedicado su tiempo libre a la lectura de obras históricas y literarias desde muy joven y sintiéndose, en cierto modo, superior a todos los caballeros de su entorno en ingenio, capacidad de raciocinio y formación tanto cultural como espiritual, no podía evitar indignarse por el hecho de que la falta de cualificación oficial le impidiera acceder a la más alta instancia del pequeño reino en el que había nacido.

—¡Qué tontos fuimos —le decía a su amigo y admirador Stephan Kistenmaker, si bien con la primera persona del plural se refería a sí mismo en singular—, al ingresar a toda prisa en la oficina en lugar de terminar los estudios!

Y Stephan Kistenmaker le respondía:

—Sí que tienes razón... Por cierto, ¿por qué dices eso? Ahora, el senador solía trabajar casi siempre solo en el gran escritorio de caoba de su despacho privado; en primer lugar, porque allí nadie veía si apoyaba la cabeza en la mano y se detenía a dar vueltas a esto o aquello con los ojos cerrados, pero, sobre todo, porque la desquiciante parsimonia con la que su socio, el buen señor Marcus, ordenaba una y otra vez sus útiles de escribir y se acariciaba el bigote le habían hecho imposible seguir día a día frente a él, en la mesa de la ventana de las oficinas generales.

Con el paso de los años, la cansina ceremoniosidad del anciano señor Marcus antes de decidir y hacer cualquier cosa se había convertido en una auténtica manía y una rareza, aunque lo que en los últimos tiempos la había hecho insoportable y casi insultante a los ojos de Thomas Buddenbrook era la circunstancia de que, para su estupor, comenzaba a observar rasgos parecidos en su propio comportamiento. Es más, también él, antaño tan ajeno a cualquier tipo de manía, había desarrollado ahora una forma de pedante escrupulosidad, por más que se manifestase de otras maneras y obedeciera a causas anímicas diferentes.

El vacío reinaba en su interior, y ya no había ningún plan que le entusiasmase, ningún trabajo que captase por completo su atención y al que dedicarse con alegría y placer. Sin embargo, su compulsiva necesidad de estar trabajando en algo, la incapacidad de su mente para dejar de maquinarse siquiera un momento, aquel afán de actividad que, sin duda, era muy diferente del placer natural y la sólida satisfacción que sentían sus antepasados en el trabajo; algo artificial, una especie de impulso de sus nervios, una forma de embotar sus sentidos, en el fondo, igual que los pequeños y fuertes cigarrillos rusos que encendía uno tras otro..., todo eso no le había abandonado, pero él lo dominaba peor que antes, o, más bien, se veía dominado por ello, y lo sentía como una tortura, pues conllevaba una infinidad de nimiedades ineludibles. Se sentía agobiado por mil bagatelas, generalmente relacionadas con el mantenimiento de su casa o con su aseo personal, que iba postergando por puro hastío y que su cabeza no lograba retener —y, tanto menos, resolver de una vez por todas— porque perdía el tiempo y las energías en reflexionar sobre ellas de un modo desproporcionado.

Aquella actitud suya que en la ciudad llamaban «vanidad» se había acentuado hasta tal extremo que él mismo comenzaba a sentir cierta vergüenza, sin que tal vergüenza, por otra parte, implicase renunciar a los hábitos que la motivaban. Necesitaba una hora y media entera desde que, habiendo pasado una noche no intranquila pero sí de sueño pesado y poco reparador, entraba en el vestidor en camisón para que le afeitase el señor Wenzel, el barbero de la familia de toda la vida (esto era a las nueve de la mañana y él se levantaba mucho antes), hasta que terminaba de vestirse, se sentía dispuesto a comenzar un nuevo día y bajaba a la primera planta para tomar el té. Su protocolo de aseo cotidiano era tan complejo y, además, obedecía a un orden tan estricto (desde la ducha fría en el baño hasta los detalles finales: retirar la última motita de polvo de la levita y pasarse las tenacillas por las puntas del bigote por última vez) que ya sólo pensar en aquella sucesión infinita de pequeñas tareas lo sumía en una constante desesperación. Sin embargo, tampoco habría sido capaz de abandonar su gabinete sabiendo que había dejado de hacer o no había hecho bien del todo alguna de aquellas absurdas ceremonias que le garantizaban aquella sensación de frescura y de paz inmaculadas, sensación que, por desgracia, desaparecería y debería ser renovada de todos modos unas horas más tarde.

Ahorrraba en todo hasta donde era posible sin dar que hablar en la ciudad..., en todo excepto en su guardarropa, que seguía en manos del sastre más elegante de Hamburgo y para cuyo mantenimiento y reposición no reparaba en gastos. Una puerta que había en una de las paredes de su vestidor y parecía conducir a otra habitación era en realidad un inmenso armario empotrado en el que, en largas hileras de perchas, colgaban de varias barras, combadas por el peso, incontables chaquetas, trajes de esmoquin, levitas de paseo y fracs para todas las estaciones del año y todo

el abanico de actividades sociales imaginables; en varias sillas se apilaban otros tantos pantalones, muy bien doblados para que no se les estropease la raya. La cómoda, con un imponente espejo y cuya superficie casi desaparecía bajo los múltiples peines, cepillos y lociones para el cuidado del cabello y el bigote, guardaba una enorme provisión de ropa interior de todos los tipos, que constantemente se cambiaba, lavaba, gastaba y renovaba...

En aquel vestidor pasaba largos ratos no sólo cada mañana, sino también antes de cada cena de gala, cada sesión en el Senado, cada reunión pública...; en resumen: cada vez que tenía que presentarse y moverse en público, incluidas las comidas diarias en casa, en las que sólo estaban presentes su esposa, el pequeño Johann e Ida Jungmann. Y, cuando salía de allí, el contacto de su cuerpo con la ropa limpia, la impoluta a la par que discreta elegancia de su atuendo, la cara bien lavada, el olor de la brillantina del bigote y el sabor del colutorio bucal le proporcionaban la sensación de satisfacción y de estar dispuesto a entrar en acción con la que un actor que ha terminado de maquillarse y componer su máscara sale a escena... ¡Así era! La existencia de Thomas Buddenbrook ya no era muy distinta a la de un actor; eso sí, de un actor para quien la propia vida hasta su último y más mínimo detalle cotidiano se ha convertido en representación; en una representación que, exceptuando unas escasas y breves horas de soledad y distensión, requiere y consume todas sus fuerzas... La absoluta falta de entusiasmo por algo que de verdad le apasionase, el empobrecimiento y la desolación que reinaban en su interior —una desolación tan profunda que se traslucía en un estado de pesar casi permanente y_xan indeterminado como angustioso—, unidos a un implacable sentido del deber y a la firme determinación de seguir mostrando la máxima dignidad a cualquier precio, de disimular su debilidad por todos los medios y guardar las «apariencias», habían transformado su existencia en eso: en algo artificial, conscientemente forzado, por lo que cualquier palabra, cualquier movimiento, cualquier acción que implicase el más mínimo contacto con otras personas, se convertía en una agotadora e irritante actuación teatral.

Su comportamiento se hacía patente en detalles extraños, peculiares necesidades que él mismo percibía con asombro y disgusto. Al contrario que aquellas personas que no representan ningún papel y que prefieren hacer sus propias observaciones en silencio, sin que nadie les preste atención ni les alcancen las miradas de nadie, al senador no le gustaba vivir de espaldas a la luz del día, saberse en la sombra y teniendo ante sí a los demás bien iluminados; al contrario, prefería sentir esa luz directamente en los ojos y, aun medio cegado, ser él quien, ya en el papel de encantador invitado, ya en el de dinámico hombre de negocios, venerable jefe de su empresa o brillante orador al servicio de su comunidad, viese a la gente —a su público— como una mera masa en la sombra... Sólo eso le proporcionaba un sentimiento de distancia y de seguridad, esa especie de embriaguez ciega de quien sube al escenario a ofrecer una representación con la que consigue el éxito. Es más, era precisamente ese extraño estado de embriaguez de la acción incesante lo que, después de todo, le resultaba más soportable de su vida. Cuando, con una copa de vino en la mano, se levantaba de la mesa y pronunciaba un brindis con encantadores gestos, complacientes modales y palabras brillantemente escogidas que hacían reír a los presentes y cosechaban entusiasmados aplausos, aún podía parecer el Thomas Buddenbrook de antaño pese a la palidez de su rostro; mucho más difícil le resultaba dominarse cuando se quedaba a solas y en silencio. En tales momentos, le asaltaban el cansancio y el hastío más profundos, nublando sus ojos y

apoderándose por completo de las fuerzas que mantenían en tensión los músculos de su cara y la postura de su cuerpo. Un único deseo le invadía entonces: ceder a aquella desesperante apatía, salir huyendo de inmediato y llegar a casa para descansar la cabeza sobre una almohada fresca.

La señora Permaneder había cenado aquella noche en la Fischergrube, ella sola, pues su hija, también invitada, por la tarde había ido a la cárcel a visitar a su esposo y, como le sucedía siempre, después se había sentido muy cansada e indispuesta, y había preferido quedarse en casa.

En la mesa, la señora Antonie había estado hablando de Hugo Weinschenk, cuyo estado de ánimo debía de ser en verdad lamentable, y después habían comentado cuándo se podría solicitar un indulto del Senado con ciertas perspectivas de éxito. Ahora, los dos hermanos y Gerda estaban sentados en la sala de estar, en torno a la mesa redonda que había en el centro, bajo la gran lámpara de gas. Gerda Buddenbrook y su cuñada estaban una frente a otra, ambas haciendo labor. La senadora inclinaba la cabeza sobre un bordado de seda y, a la luz de la lámpara, surgían reflejos oscuros de su espléndida cabellera pelirroja; la señora Permaneder, con los quevedos completamente torcidos —muy poco útiles, por tanto— sobre la nariz, se esmeraba en adornar un diminuto cestito amarillo con un enorme y magnífico lazo de satén rojo. Iba a ser el regalo de cumpleaños de alguna conocida suya. El senador, en cambio, estaba sentado en perpendicular a la mesa en un ancho sillón orejero de respaldo inclinado, con las piernas cruzadas, leyendo el periódico, y de cuando en cuando aspiraba el humo de su cigarrillo ruso para luego expulsarlo a través de los bigotes en forma de columna gris.

Era domingo por la noche, una calurosa noche de verano. El alto ventanal estaba abierto y dejaba que la brisa templada y un poco húmeda inundase la habitación. Desde la mesa, por encima de los frontones grises de los tejados de las casas vecinas, se veían las estrellas entre las nubes pasajeras. Justo enfrente, en la pequeña floristería de los Iwersen, aún había luz. Lejos, más allá de la silenciosa calle, se oía tocar una armónica, desafinando en todas las notas posibles; sin duda, sería alguno de los subordinados del cochero Dankwart. De cuando en cuando, se oía algazara en la calle. Pasaba una tropa de marineros, todos cogidos del brazo cantando y fumando, procedentes de algún local del puerto de dudosa reputación y, con ganas de divertirse, a la busca de otro de reputación todavía más dudosa. Sus vozarrones y sus pasos serpenteantes se perdían en alguna de las callejas laterales.

El senador dejó el periódico sobre la mesa, se guardó los lentes en el bolsillo de la levita y se pasó la mano por la frente y los ojos.

—¡Mira que es malo el Stüttische Anzeigen! —dijo—. Cada vez que lo leo me acuerdo de lo que decía el abuelo de las comidas sosas y poco consistentes: saben igual que si sacaras la lengua por la ventana... En tres minutos de aburrimiento ha terminado uno de leerlo todo. Si es que no trae nada...

—Dios sabe que tienes toda la razón del mundo en lo que afirmas —le secundó la señora Permaneder, dejando su labor y mirando a su hermano por encima de los quevedos—. ¿Qué va a contar un periódico como ése? Toda la vida lo he dicho, incluso cuando no era más que una jovencita tonta, que el StddtischeAnzeigen puede ir directo a la basura. Yo también lo leo,

claro, cuando no tengo otra cosa a mano... Pero que el cónsul tal o cual, comerciante al por mayor, tiene intención de celebrar sus bodas de plata, desde luego es algo que no me quita el sueño. Deberíamos leer otro tipo de prensa, el Kzinigsberger Hartungsche Zeitung o el Rheinische Zeitung, por ejemplo. Ahí sí que encontraríamos...

Se interrumpió. Había tomado el periódico, lo había desplegado de nuevo y, mientras hablaba, sus ojos se habían deslizado por las columnas con displicencia. Pero ahora se habían quedado clavados en un punto, una breve noticia de cuatro o cinco líneas... Enmudeció, se sujetó los lentes con una mano, terminó de leer la noticia con la boca abierta y, al final, soltó dos exclamaciones de espanto, llevándose las palmas de las manos a las mejillas y manteniendo los codos muy despegados del cuerpo.

—¡Imposible!... ¡Pero eso es imposible!... ¡Ay, no! Gerda... Tom... ¡Cómo has podido pasar por alto esta noticia!... Es espantoso... ¡Ay, la pobre Armgard! Tener que acabar así...

Gerda había levantado la cabeza de su labor y Thomas se había vuelto hacia su hermana sobrecogido. Profundamente conmocionada y dando a cada palabra todo el peso del fatal destino, la señora Permaneder leyó en voz alta pero temblorosa aquella noticia que provenía de Rostock y venía a decir que, la noche anterior, el terrateniente Ralf von Mailboom se había quitado la vida con un revólver en su despacho de su finca de Póppenrade. «Según parece, las dificultades económicas han sido el motivo de tal acción. El señor Von Mailboom deja una viuda y tres hijos.» Así concluyó, y luego dejó caer el periódico sobre el regazo, se recostó en el respaldo y miró a su hermano y a su cuñada con ojos suplicantes, sin decir nada y sin alcanzar a explicarse lo sucedido.

Thomas Buddenbrook se había girado hacia otro lado mientras ella leía y ahora tenía la mirada perdida en la oscuridad del comedor, por encima de su hermana, a través de los cortinajes que separaban ambas estancias.

—¿Con un revólver? —preguntó, después de un silencio que se prolongó un par de minutos. Tras otro silencio, dijo lentamente, en voz baja y con cierto tono de burla—: ¡Claro, un caballero de su categoría...!

Luego volvió a sumirse en sus pensamientos. La rapidez con que se retorció la punta del bigote no era en absoluto proporcional a la inmovilidad de su mirada, perdida, ausente, como congelada.

No prestó atención alguna a los lamentos de su hermana ni a las conjeturas que comenzó a hacer acerca del futuro de su amiga Armgard, como tampoco advirtió que Gerda, sin mover la cabeza, mantenía sus ojos clavados en él, aquellos ojos castaños tan especiales, casi juntos y siempre rodeados de sombras azuladas.

CAPÍTULO II

Thomas Buddenbrook jamás habría sido capaz de contemplar el futuro del pequeño Johann con la mirada de hastiado desaliento con que se enfrentaba al resto de su vida. Se lo impedía su sentido de la familia, aquella veneración tan especial, en parte heredada y en parte cultivada por él, hacia la historia más íntima de su casa, tanto por su pasado como por su futuro; y, sin duda, también le influía lo mucho que, fuera por cariño o por curiosidad, esperaba

todo el mundo de su hijo: sus amigos y conocidos de la ciudad, su hermana e incluso las Buddenbrook de la Breite Strasse. Se decía con satisfacción que, por muy agotado y falto de perspectivas personales que pudiera sentirse, al ver a su pequeño heredero volvía a creerse capaz de albergar reconfortantes sueños de futuro, un futuro de feliz prosperidad, de actividad práctica y plácida, de éxito, progreso, poder, riqueza y honor... Es más, se decía que aquella existencia fría y artificial a la que había quedado reducida su propia vida daría paso a la cálida dicha de tener preocupaciones, temores y esperanzas sinceros.

¿Cómo sería —se preguntaba— si él mismo, allá en sus últimos días, una vez retirado y tranquilo, todavía llegara a ver un resurgimiento de los viejos tiempos, de los tiempos del bisabuelo de Hanno? ¿Es que era tan imposible aquella esperanza? Él siempre había considerado la música como su enemiga, pero ¿tan importante era en realidad? Incluso reconociendo que la afición del muchacho por improvisar al piano revelaba un talento no muy frecuente, cierto era también que, en las clases serias impartidas por el señor Pfühl, no había hecho ningún progreso extraordinario. La música, no cabía la menor duda, era una influencia de su madre, y no era nada de extrañar que, en los primeros años de su infancia, ésa hubiese sido la influencia predominante. Sin embargo, ahora comenzaba una etapa en la que también la figura del padre tenía la oportunidad de ejercer cierto influjo sobre el hijo, de atraerlo un poco hacia su lado y contrarrestar tanta influencia femenina con experiencias propiamente masculinas. Y, desde luego, el senador tenía la firme determinación de no dejar pasar ninguna ocasión para hacerlo.

Hanno, que ahora tenía once años, había pasado de curso en Pascua (al igual que su amigo, el pequeño conde Mólln) con unas notas muy justas y dos exámenes de recuperación pendientes: cálculo y geografía. Estaba decidido que elegiría la rama de formación profesional, pues también se daba por hecho que de mayor sería comerciante y se haría cargo de la empresa; y, cuando su padre le preguntaba si le gustaba aquella profesión, respondía que sí..., un sí escueto, parco y un tanto receloso, que el senador intentaba animar y adornar insistiendo una y otra vez con más preguntas... por lo general, en vano.

Si el senador Buddenbrook hubiera tenido dos hijos, no habría dudado en dejar que el segundo terminase el bachillerato y fuese a la universidad. Sin embargo, hacía falta un heredero de la empresa, y, al margen de eso, creía hacerle un favor al pequeño ahorrándole los sufrimientos innecesarios de estudiar griego. Consideraba que las asignaturas de la rama profesional serían más fáciles y que Hanno, dadas su lentitud para comprender ciertas cosas, su tendencia a soñar despierto y distraerse y aquella fragilidad física que le obligaba a faltar al colegio con notable frecuencia, progresaría en estas clases de forma más rápida y honrosa y sin necesidad de esforzarse demasiado. Si el pequeño Johann Buddenbrook conseguía alcanzar un día el éxito profesional para el que había nacido y en el que tenía puestas sus esperanzas la familia, habría que pensar sobre todo en fortalecer su constitución, no precisamente vigorosa por naturaleza, en lugar de forzarla, en parte evitando cualquier tipo de exceso, en parte mediante serie de cuidados especiales y tratamientos reconstituyentes. Con su cabello castaño, que ahora llevaba con raya a un lado y bien cepillado hacia atrás para apartarlo de la frente, aunque seguía tendiendo a formar suaves bucles y a cubrirle las sienes; y con sus largas pestañas y sus ojos de color miel, Johann Buddenbrook no dejaba de llamar la atención en el patio del colegio como

por la calle, porque, pese a su traje de marinero de Copenhague, resultaba un tanto exótico entre sus compañeros, de tipo escandinavo: muy rubios y de ojos azul acero. Últimamente había crecido mucho, pero sus piernas, enfundadas en sus correspondientes medias negras, y sus brazos rodeados por las flotantes mangas de mullida guata azul marino, eran delgados y débiles como los de una niña, y sus ojos, al igual que los de su madre, siempre estaban rodeados de sombras azuladas..., aquellos ojos que, sobre todo cuando miraba de soslayo, tanta desidia y recelo revelaban; su boca, en cambio, se mantenía cerrada en una mueca doliente igual que antaño, o bien se desencajaba un poco cuando, en actitud pensativa, empezaba a hurgarse con la lengua en una muela que no prometía nada bueno, y entonces su rostro adquiría una expresión similar a la de estremecerse de frío...

Según supieron por el doctor Langhals, que ahora se había hecho cargo por completo de la consulta del anciano doctor Grabow y era el médico de cabecera de los Buddenbrook, la falta de vigor de Hanno, así como la palidez de su piel, obedecían a una causa bien fundada, a saber, que el organismo del pequeño, por desgracia, no producía la cantidad suficiente de glóbulos rojos, tan necesarios. No obstante, para combatir esta disfunción, existía un remedio, un remedio extraordinario que el doctor Langhals le recetaba en grandes cantidades: aceite de hígado, sustancioso aceite de hígado de bacalao, bien amarillo, graso y espeso..., dos cucharadas diarias; por expresa e inquebrantable orden del senador, Ida Jungmann se encargaba con tanto cariño como rigor de que el niño las tomara puntualmente, con una cuchara de porcelana. Al principio, Hanno vomitaba después de cada cucharada y su estómago parecía no tolerar aquel tan beneficioso aceite de hígado de bacalao, pero luego se fue acostumbrando y logró mitigar el asco masticando un pedazo de pan de centeno inmediatamente después de cada cucharada.

Todos los demás problemas no eran más que una consecuencia de dicha falta de glóbulos rojos, «fenómenos secundarios», como decía el doctor Langhals mientras se miraba las uñas. Para tratar los dientes de Hanno, hacer los empastes o, si cabe, las extracciones necesarias, contaban con señor Brecht, que vivía en la Mühlenstrasse con su célebre Josephus; y para regular la digestión existía el aceite de ricino, tan beneficioso, espeso y brillante como la plata: se tomaba una cucharada sopera y ésta se deslizaba por la garganta como una salamandra resbaladiza, y durante tres días aún se olía, se paladeaba y se sentía en la boca allá donde uno fuera y estuviera... ¡Ay, por qué sería tan insufriblemente repugnante todo aquello! Una única vez (Hanno había estado muy enfermo en la cama, y se le había detectado una taquicardia inusual), el doctor Langhals, con cierto nerviosismo, había procedido a recetarle un medicamento que había causado un gran placer y un incomparable beneficio al pequeño Johann: píldoras de arsénico habían sido. En lo sucesivo, Hanno las pidió en numerosas ocasiones, casi como si necesitase aquellas pequeñas y dulces píldoras de la felicidad. Sin embargo, nunca más volvieron a dárselas.

El aceite de hígado de bacalao y el aceite de ricino eran buenos remedios, pero el doctor Langhals y el senador estaban enteramente de acuerdo en que no bastaban para convertir al pequeño Johann en un hombre hecho y derecho, si él no ponía también algo de su parte. Por ejemplo, todas las semanas de verano, el profesor de gimnasia, el señor Fritsche, organizaba competiciones de gimnasia al aire libre en el Burgfeld para que los jóvenes varones de la ciudad tuvieran ocasión de demostrar y cultivar el valor, la fuerza, la destreza y la presencia de ánimo. No obstante, para indignación de su padre, Hanno no mostraba hacia tales prácticas más que rechazo, un

rechazo mudo, reservado, casi rayano en la soberbia... ¿Por qué se negaba en rotundo a relacionarse con sus compañeros de clase y otros chicos de su misma edad, con quienes, a fin de cuentas, habría de vivir y trabajar cuando fuera adulto? ¿Por qué se pasaba el día con el tal Kai, aquel pequeño desarrapado que sí, era un buen niño, pero no dejaba de ser un personaje un tanto dudoso y que, desde luego, no podía considerarse una amistad para el futuro? De alguna manera, un muchacho tiene que aprender a ganarse desde el principio el respeto y la confianza de quienes le rodean y crecen con él y de cuya estima dependerá durante el resto de su vida. Ahí estaban, por ejemplo, los dos hijos del cónsul Hagenstrbm, de catorce y doce años: dos mozos espléndidos, robustos, fuertes y audaces, que se enzarzaban en verdaderos combates a puñetazos en los bosquecillos de las afueras, nadaban como las focas, fumaban cigarrillos y estaban dispuestos a cometer cualquier gamberrada. Y sus primos, los dos hijos del doctor Moritz Hagenstróm, el abogado, de constitución más delicada y también más delicadas costumbres, destacaban en el terreno intelectual y eran alumnos modélicos: ambiciosos, obedientes, callados y aplicadísimos, siempre muy atentos y casi consumidos por el deseo de ser siempre los primeros de la clase y sacar un diez en todo; y, en efecto, lo conseguían, y gozaban de la admiración de sus compañeros más torpes y vagos. Ahora bien, al margen de los profesores, ¿qué podían pensar sus compañeros de Hanno, que era un alumno más que mediocre y, sobre todo, blando como una niña, pues trataba de evitar con sumo recelo todo cuanto requiriese un poco de valor, fuerza, destreza o vivacidad? Lo que el senador oía desde la habitación central de las tres que había en la galería de la segunda planta (que era la habitación de Hanno desde que fue demasiado mayor para seguir durmiendo con Ida Jungmann), cuando pasaba por allí de camino hacia su vestidor, eran los acordes del armonio o a Kai contando alguna historia en tono misterioso y a media voz...

Por su parte, también Kai eludía las «competiciones de gimnasia», porque odiaba la disciplina y cuanto implicase acatar unas normas.

—Mira, Hanno —decía—, yo no pienso ir. ¿Y tú? ¡Anda y que se los lleve el demonio! Todo lo que podría ser un poco divertido está prohibido.

Las expresiones del tipo «anda y que se los lleve el demonio» eran de su padre. Hanno, en cambio, respondía:

—Si el señor Fritsche dejara de oler a sudor y a cerveza al menos un día, aún podría pensármelo... En fin, dejemos eso, Kai; sigue con tu historia. No has terminado de contarme lo del anillo que rescatabas del fondo del pantano...

—Muy bien —decía Kai—, pero cuando haga una seña, tienes que empezar a tocar...

Y Kai seguía narrando su historia.

Si es que era cierto lo que contaba, hacía algún tiempo, en una noche muy húmeda, cuando caminaba por un paraje desconocido y misterioso, se había caído por un precipicio de suelo resbaladizo y una insondable profundidad, a cuyo pie había encontrado un pantano negro como la pez, iluminado por el débil y tembloroso resplandor de fuegos fatuos; en su superficie brotaban, con un sonido hueco, infinitas burbujas brillantes como la plata. Una de ellas, una que en cuanto estallaba volvía a resurgir, cerca de la orilla, tenía forma de anillo, y, tras muchos intentos, el muchacho había conseguido atraparla con la mano; y entonces la burbuja, en vez de desintegrarse, había adoptado la forma de un anillo liso y duro que había podido ponerse en el dedo. Él, que con razón había creído de inmediato en

las propiedades mágicas de aquel anillo, con su ayuda había logrado escalar de nuevo el precipicio resbaladizo y se había encontrado de pronto a los pies de un castillo negro, silencioso como la muerte y vigilado por las más siniestras fuerzas, todo envuelto en una niebla rojiza; había entrado y, una vez más con la ayuda del anillo mágico, había roto maléficos hechizos y deshecho encantamientos, ganándose el agradecimiento de sus víctimas... Entonces, en los momentos de mayor misterio, Hanno improvisaba dulces pasajes de acordes al armonio...

Si las historias no presentaban grandes dificultades escénicas, también las representaban en el teatro de marionetas con acompañamiento musical... A las competiciones de gimnasia, en cambio, Hanno sólo iba por expresa e ineludible orden de su padre; y, en tales ocasiones, el pequeño Kai le acompañaba.

Lo mismo que ocurría con la gimnasia, sucedía en invierno cuando los demás se divertían patinando sobre hielo o, en verano, cuando iban a nadar a la casa de baños, de madera, que tenía el señor Asmussen en el río. «¡A bañarse! ¡A nadar!», había dicho el doctor Langhals. «¡El chico tiene que bañarse y que nadar!» Y el senador le había secundado de inmediato. Lo que más reticencia despertaba en Hanno a la hora de ir a bañarse, a patinar sobre hielo o a los campeonatos de gimnasia era que los dos hijos del cónsul Hagenstróm, que participaban en todas estas actividades con los máximos honores, la tenían tomada con él y, a pesar de que vivían en la casa que antaño perteneciese a su abuela, no perdían oportunidad de humillarlo y torturarlo con su fuerza. Le daban pellizcos y se burlaban de él en los campeonatos de gimnasia, le empujaban al montón de nieve en la pista de hielo, se acercaban a él en la piscina con amenazantes ruidos... Hanno no intentaba escapar, lo que, por otro lado, tampoco le habría servido de mucho. Se quedaba allí quieto, con sus bracitos de niña, de pie y con el agua por la barriga..., un agua bastante turbia en cuya superficie flotaban algas y plantas verdes de la orilla (comida para los patos, como solían decir), y con el ceño fruncido, la mirada baja y sombría y una ligera mueca de asco en los labios, veía cómo se le acercaban aquellos dos, dando zancadas y salpicando a su alrededor, seguros de atrapar a su presa. Los hermanos Hagenstróm tenían brazos musculosos, con los que rodeaban y hundían a Hanno en el agua y lo mantenían largo rato sumergido, de manera que tragaba grandes cantidades de aquella agua sucia y luego pasaba otro largo rato agitándose e intentando recuperar el aliento... Una única vez fue vengado..., al menos un poco. Una tarde, justo cuando los hermanos Hagenstrbm lo tenían atrapado bajo el agua, uno de ellos, de repente, lanzó un grito de rabia y dolor y levantó una de sus robustas piernas, de la que le brotaban gruesas gotas de sangre. A su lado emergió del agua el conde Kai Múlln, que de algún modo había conseguido reunir el dinero para entrar en los baños, había ido buceando sin que nadie le viera y había mordido al joven Hagenstróm..., le había mordido en la pierna con todos los dientes, como un perrillo furioso. Sus ojos azules brillaban a través de los mechones de pelo rojizo que le caían, empapados, sobre la frente... ¡Ay, qué cara hubo de pagar su hazaña el pequeño conde, y qué maltrecho salió del agua! Eso sí, el más fuerte de los dos hermanos Hagenstróm cojeaba visiblemente al marcharse a casa...

Alimentos sustanciosos y ejercicio físico de todo tipo: éstos eran los pilares en los que el senador Buddenbrook fundamentaba su labor de enderezar y fortalecer a su hijo. Aunque con no menos empeño trataba de ejercer sobre él cierta influencia intelectual, proporcionándole experiencias directas de la vida práctica para la que había nacido.

Comenzó a introducirle un poco en el campo de su futura profesión, y se lo llevaba consigo cuando iba a algún asunto de negocios en la ciudad, por ejemplo en el puerto, permitiéndole estar presente cuando charlaba, en una mezcla de danés y Plattdeutsch, con los hombres que descargaban mercancías en los muelles, o cuando negociaba con los gerentes en las pequeñas y oscuras oficinas, o cuando daba alguna orden a los trabajadores que izaban las sacas de cereal a las plantas superiores de los graneros y se comunicaban a voces, alargando las palabras y con un timbre hueco, como a través de una bocina... A Thomas Buddenbrook padre, aquel pedacito de mundo entre barcos, cobertizos y almacenes en los que olía a mantequilla, pescado, agua, alquitrán y hierro engrasado se le antojaba el lugar más interesante y maravilloso desde que era pequeño; mas, como aquello no despertaba ningún entusiasmo en su hijo de por sí, tenía que encargarse él de que así fuera...

—A ver, hijo, ¿cómo se llaman los barcos que hacen la ruta de Copenhague?

—Náyade... Halmstadt... Friedericke Oeverdieck...

—Bueno, bueno, si al menos conoces éstos, ya es algo. Ya te aprenderás también los nombres de los demás... Bueno, ya sabes que algunos de esos hombres que ves ahí cargando sacas se llaman igual que tú, mi querido amigo, porque les pusieron ese nombre por tu abuelo. Y entre sus hijos también es frecuente mi nombre, y también el de mamá... Cada año les regalamos algún detalle... Mira, en este almacén ni entramos ni hablamos con nadie; aquí no tenemos nada que decir: es de la competencia...

—¿Quieres venir, Hanno? —dijo en otra ocasión—. Hoy van a botar un barco de nuestra flota. Voy a bautizarlo... ¿Te apetece verlo?

Y Hanno hizo como que le apetecía. Fue con su padre y escuchó el discurso que pronunció para bautizar el barco, observó cómo rompía una botella de champán en el casco y se quedó mirando con expresión ausente cómo se deslizaba el barco por la rampa, toda impregnada de jabón verde, y levantaba altas paredes de espuma al llegar al agua.

Algunos días, como el domingo de Ramos, en que se celebraban las confirmaciones en las iglesias de la ciudad, o el día de Año Nuevo, el senador mandaba sacar el coche para hacer una visita a las casas con las que tenía alguna 'obligación social, y, como su esposa solía disculparse alegando estar indispuesta con migraña o en un estado nervioso delicado, el senador animaba a su hijo a acompañarle. Y también en este caso Hanno decía tener ganas de ir. Subía al coche con su padre y permanecía mudo, sentado a su lado, en los salones donde les recibían, contemplando con ojos impasibles la facilidad y el tacto con que éste sabía tratar a la gente, con qué cuidado variaba de tono y de actitud en cada caso. Observaba cómo, durante un instante y con afable cara de susto, rodeaba con el brazo los hombros del teniente Von Rinnlingen, comandante del distrito, después de que éste, al despedirse, subrayase que sabría hacer buen aprecio del honor de aquella visita; cómo, en otro sitio, se mantenía tranquilo y serio ante un comentario similar y cómo, en una tercera casa, rechazaba la propuesta con un cumplido exagerado y, sin duda, irónico... Todo ello mostraba la facilidad de palabra y de gesto y el dominio de las formas con el fin que el senador desplegaba muy complacido con ostensible gusto en aras de despertar la admiración de su hijo y lograr el efecto esperado sobre su educación.

Sin embargo, el pequeño Johann veía más de lo que debía ver, y sus ojos, aquellos ojos tímidos de color miel y siempre enmarcados por sombras azuladas, lo observaban todo demasiado bien. No sólo veía la seguridad en sí

mismo y la amabilidad con que su padre se comportaba, sino que también veía, con aquella mirada suya tan extraña, tan aguda que resultaba hiriente, lo terriblemente difícil que era actuar así, hacerlo adrede; veía cómo el senador, más pálido y más parco en palabras después de cada visita, se reclinaba en el asiento del coche con los ojos cerrados y los párpados enrojecidos; y veía, con el corazón encogido, cómo en el umbral de la siguiente casa una máscara se deslizaba sobre aquel rostro y cómo, en un instante, aquel cuerpo cansado recuperaba otra vez la elasticidad de sus movimientos... El tratar con la gente, hablar en público, saber comportarse, actuar y hacerse respetar ya no eran, a los ojos del pequeño Johann, una serie de actitudes inocentes, naturales y semiconscientes al servicio de unos intereses prácticos que uno tiene en común con otras personas o que pretende imponer ante otras con intereses distintos, sino una especie de fin en sí mismo, un esfuerzo consciente y artificial para el que, en el lugar de una simpatía sencilla y sincera, se requerían una capacidad de mantener la compostura y un coraje horriblemente difíciles y agotadores. Y, ante la idea de que la gente esperaba que también él, algún día, participase en actos públicos y fuese capaz de actuar de palabra y de hecho bajo la presión de todas las miradas, Hanno cerraba los ojos con un escalofrío de angustiada repugnancia.

¡Ay, pero ése no era el efecto que Thomas Buddenbrook esperaba que ejerciera su personalidad sobre su hijo! Lo que quería despertar en él era más bien una actitud de desenfado y dureza, así como un sentido natural de la vida práctica, ése era el único objeto de todos sus pensamientos.

—Me parece que vives demasiado bien, querido mío —decía cuando Hanno pedía una segunda ración de postre o media taza de café después de comer—. Has de convertirte en un comerciante muy hábil y ganar mucho dinero. Eso es lo que quieres, ¿no? Y el pequeño Hanno respondía:

—Sí.

Algunas veces, cuando el senador invitaba a comer a la familia y la tía Antonie o el tío Christian se burlaban de la pobre tía Clotilde como llevaban haciendo toda la vida, y empezaban a hablar con ella remedando su peculiar manera de estirar las palabras y su tono amable y sumiso, podía suceder que también Hanno, bajo los efectos del pesado vino tinto, poco habitual en la mesa, adoptara ese tono por un momento y se dirigiera a la tía Clotilde con alguna broma. Entonces, Thomas Buddenbrook se reía, se reía en voz alta, a carcajadas y de todo corazón, con una risa casi de agradecimiento, como quien experimenta una profunda satisfacción y se regocija en ella; es más, comenzaba a animar a su hijo y se sumaba también él a la broma, a pesar de que jamás había querido utilizar semejante tono contra su pobre prima. Era tan fácil, tan inofensivo mostrar su superioridad sobre la limitada, sumisa, escuálida y siempre hambrienta tía Clotilde que, por muy inocente que fuese la broma, le parecía una vileza. Ésos eran los escrúpulos que sentía, esa especie de resistencia desesperada y opuesta a su naturaleza escrupulosa que se veía obligado a vencer a diario, en la vida práctica, cuando, una vez más, no alcanzaba a comprender, a superar, cómo era posible analizar una situación, tomar conciencia de ella y, sin embargo, aprovechar la coyuntura sin avergonzarse. Ahora bien, aprovecharse de una situación sin mostrar vergüenza, se decía, indica que uno vale para abrirse camino en la vida.

¡Qué contento, qué feliz y lleno de esperanzado entusiasmo se sentía cada vez que el pequeño Johann daba alguna muestra de que valía para la vida!

CAPÍTULO III

Desde hacía años, los Buddenbrook habían renunciado a aquellos viajes a lugares lejanos que acostumbraban a hacer en los veranos de otra época, e incluso cuando, la primavera anterior, la senadora había expresado su deseo de visitar a su anciano padre en Ámsterdam para volver a tocar dúos de violín con él después de tanto tiempo, su esposo había accedido a ello muy a regañadientes. En cambio, se había mantenido como norma, principalmente por la salud del niño, que todos los años, durante el período de vacaciones escolares, Gerda, el pequeño Johann y la señorita Jungmann se trasladaran al Casino de Travemünde.

¡Vacaciones en la playa! ¿Podía nadie llegar a imaginar la dicha que eso significaba? Después de aquella pesada y agobiante rutina de incontables días de colegio, cuatro semanas enteras de apartamiento del mundo, en paz, sin preocupaciones, entre el olor a mar y el arrullo de las olas de la suave bahía... Cuatro semanas: un período que, al principio, parecía inabarcable e infinito, cuyo final quedaba increíblemente lejano y la mención al cual resultaba una crueldad casi pecaminosa. Jamás había cabido en la cabeza del pequeño Johann cómo algunos profesores se atrevían a expresar en voz alta, el último día de clase, ideas del tipo: «Seguiremos con esto después de las vacaciones y pasaremos a esto o lo otro...». ¡Después de las vacaciones! ¡Incluso parecía que aquel tipo con levita de paño barato y ajado esperaba con ilusión ese día! ¡Después de las vacaciones! ¿Qué podía significar aquello? ¡Si todo cuanto quedaba más allá de aquellas cuatro semanas se perdía como por arte de magia en una borrosa lejanía!

En una de las dos villas de estilo suizo que unidas por una galería cubierta, formaban una línea recta junto con la confitería y el edificio principal del Casino, iqué despertar el de la primera mañana, tras haber superado mejor o peor la entrega de las notas a papá y el viaje en el coche de punto, cargado hasta arriba de equipaje, el día anterior! Un vago sentimiento de felicidad que le cosquilleaba por todo el cuerpo y se aferraba a su corazón le hizo despertar sobresaltado; abrió los ojos y recorrió con una mirada ansiosa y exultante la pequeña y pulcra habitación amueblada en estilo rústico alemán; unos segundos de placentera confusión, aún borracho de sueño..., y entonces comprendió que estaba en Travemünde, que tenía por delante ¡cuatro semanas infinitas en Travemünde! No se movió, se quedó tumbado boca arriba en la estrecha camita de madera amarilla, cuyas sábanas se habían vuelto extraordinariamente finas y suaves de tantos y tantos años de uso; cerró y abrió los ojos varias veces y sintió cómo su pecho se estremecía de felicidad y de inquietud entre lentas y profundas respiraciones.

La habitación estaba bañada por la luz anaranjada del día, que ya se filtraba por el estor a rayas, mientras todo a su alrededor permanecía en calma y tanto Ida Jungmann como mamá dormían todavía. Lo único que se oía era el ruido uniforme y relajante del mozo que rastrillaba la gravilla de los caminos allá abajo y el zumbido de una mosca que, atrapada entre la ventana y el estor, se estrellaba una y otra vez contra el cristal y cuya sombra se proyectaba en la tela como sobre una pantalla, en largas líneas en

zigzag... ¡Silencio! ¡Sólo el rumor del rastrillo y el monótono zumbido! Y esta paz dulcemente animada no tardó en despertar en el pequeño Johann la deliciosa sensación de tranquilo, mimado y exquisito alejamiento del mundo que le infundía aquel lugar de veraneo que amaba por encima de todo. ¡Ay, no!, gracias a Dios, hasta allí no llegaría ninguno de esos tipos con levitas de tela barata y ajada, representantes de la regla de tres y la gramática en la tierra; no llegarían hasta allí porque era un lugar bastante caro...

Un arrebatado de alegría le hizo saltar de la cama y correr descalzo a la ventana. Subió el estor, abrió una de las hojas de la ventana, para lo cual había que levantar el gancho pintado de blanco, y siguió con la mirada a la mosca que se alejaba volando por encima de los caminos de gravilla y los arriates de rosas. El quiosco de música, cubierto por un seto de boj semicircular, todavía estaba vacío y en silencio, frente a los edificios del hotel. El Leuchtenfeld, el «campo del faro», denominado así porque en alguna parte, al final del todo, hacia la derecha, estaba el faro, se extendía bajo el cielo blanquecino, aún cubierto, hasta que la hierba, con extensas calvas de tierra, desembocaba en una zona de altas cañas y otras plantas salinas y, más allá, en la arena de la playa, donde se distinguían las hileras de casetas de mimbre y pequeñas casetas particulares, de madera, que miraban al mar. Y allí estaba el mar, en absoluta paz a la luz de la mañana, formando franjas de color verde botella y azul, lisas o rizadas por las olas, y un barco que venía de Copenhague pasaba entre las boyas pintadas de rojo que le indicaban el camino navegable, y no hacía falta saber si era el Náyade o el Friedericke Oeverdieck. Y Hanno Buddenbrook volvió a respirar profundamente y con callada dicha el aire salado que el mar le enviaba, y él lo saludó con la mirada, con un saludo sin palabras, lleno de agradecimiento y de amor.

Y luego comenzó el día, el primero de aquellos miserables veintiocho días que al principio parecían una bendición eterna y que, una vez transcurridos los primeros, se escapaban a una velocidad desesperante... El desayuno se tomaba en la terraza o bajo el majestuoso castaño que había abajo, delante del parquecillo infantil, donde estaba el columpio grande, y todo (el olor que desprendía el mantel lavado a toda prisa cuando el camarero lo extendía sobre la mesa, las servilletas de papel de seda, el pan diferente al habitual, el hecho de que aquí no se tomara el huevo duro con cucharas de hueso como en casa, sino con cucharillas de café normales y en hueveras de metal...), todo entusiasmaba al pequeño Johann.

Y todo lo que seguía obedecía a un orden libre y flexible, una vida felizmente ociosa y regalada, que transcurría en una absoluta ausencia de preocupaciones y problemas: la mañana en la playa mientras, frente al Casino, la banda tocaba su programa matinal; tumbarse y descansar al pie del sillón de mimbre, soñar despierto y deleitarse jugueteando con la arena suave que no ensucia, dejar que la mirada vague y se pierda sin esfuerzo y sin dolor ninguno en la inmensidad verde y azul del agua, desde donde una maravillosa brisa fresca, fuerte y salvaje llega hasta nosotros sin ningún obstáculo, con total libertad, con un dulce silbido que envuelve los oídos y provoca una agradable sensación de mareo, un sutil aturdimiento en el que la conciencia del tiempo y el espacio y de todo lo que posee límites de algún tipo se desvanece, en un glorioso silencio... Luego, el baño, que aquí resultaba bastante más agradable que en la piscina del señor Asmussen, pues aquí no flotaba alrededor de uno «la comida de los patos»; el agua de color verde y transparente como el cristal salpicaba muy lejos cuando uno la removía; en lugar del fangoso suelo de tablones, aquí la blanda y ondulada

arena mimaba las plantas de los pies; y además, los hijos del cónsul Hagenstróm estaban muy lejos, en Noruega o en el Tirol. Al cónsul le gustaba realizar prolongados viajes de recreo durante el verano... ¿Y por qué no iba a darse ese gusto, no es cierto?... Un paseo, para entrar en calor, a lo largo de la playa hasta la «roca de las gaviotas» o hasta el «templo del mar», un tentempié sentado en el sillón de mimbre..., y ya se acercaba la hora de subir a la habitación a reposar una horita antes de arreglarse para ir a comer a la table d'hôte. La table d'hôte era muy divertida, la temporada de baños estaba en todo su esplendor y mucha gente (familias que tenían amistad con los Buddenbrook, así como otros huéspedes de Hamburgo o incluso ingleses y rusos) llenaba el gran salón del Casino, donde, en una mesita muy finamente puesta, un caballero vestido de negro servía la sopa de una soperá metálica y brillante como un espejo; cada día había cuatro platos, más sabrosos y ricos y, en cualquier caso, preparados de un modo mucho más festivo que en casa, y en numerosos puntos de las largas mesas se bebía champán. A menudo venían caballeros de la ciudad que, aunque no podían permitirse abandonar sus negocios durante toda la semana, también querían divertirse y acudían a ver girar un poco la ruleta después de comer: el cónsul Peter Dóhlmann, que había dejado a su hija en casa y, como siempre, con su estridente vozarrón y en Plattdeutsch, contaba unas historias tan picantes que las señoras de Hamburgo tosían de tanto reír y le rogaban que callase un momento para recuperarse; el doctor Cremer, antaño jefe de la policía y ahora senador; el tío Christian y su amigo, el senador Gieseke, que subía a Travemünde sin la familia e invitaba a Christian Buddenbrook a todo... Más tarde, cuando los adultos se sentaban a tomar café bajo la pérgola de la confitería, al son de la música del quiosco, Hanno se sentaba en una silla al pie de las escaleras y no se cansaba nunca de escuchar... Así se pasaba la tarde. En los jardines del Casino había una caseta de tiro y, a la derecha de las villas de estilo suizo, se encontraban los establos con caballos, burros y vacas, cuya leche recién ordeñada, templada, espumosa y fragante, podía tomarse después para merendar. Podía darse un paseo hasta el «pueblo», a lo largo de la Vorderreihe, desde donde se podía cruzar en barca al Priwall, en cuyas playas a veces se encontraba ámbar, o también podía participar en una partida de cróquet en el parque infantil o sentarse entre los árboles en un banco de la colina que se alzaba detrás del hotel, y en cuya cima estaba la gran campana de la table d'hôte que anunciaba la hora de comer, y pedirle a Ida Jungmann que leyese algo en voz alta... Y, después de todo, lo más inteligente era regresar al mar y, aún a la luz del crepúsculo, con el rostro mirando al horizonte abierto, sentarse en lo alto del muelle, saludar con el pañuelo a los barcos que pasaban y escuchar el chapoteo de las pequeñas olas al romper suavemente contra las rocas y percibir cómo toda la inmensidad que le rodeaba estaba dominada por aquella especie de murmullo, dulce y grandioso a la vez; que resonaba en los oídos de Hanno, invitándole a cerrar los ojos con la más profunda satisfacción. Pero entonces Ida Jungmann decía:

«Vamos, Hanno, nenito, hemos de marcharnos; hora de cenar; enfermarías de muerte si te quedaras a dormir aquí... »

¡Con qué calma, qué sosiego y qué placentero ritmo ordenado latía su corazón siempre que regresaba del mar! Y tras haber tomado la cena con un poco de leche o de cerveza tostada de malta, en su habitación —mientras su madre cenaba más tarde, rodeada de gente, en la veranda acristalada del Casino—, nada más cubrirse de nuevo con aquellas sábanas que el tiempo había hecho tan finas y suaves, a los latidos suaves y acompasados de su

corazón en paz y a los ecos del concierto nocturno que llegaban desde lejos, se sumaba y le vencía el sueño, un sueño sin sobresaltos y sin fiebre.

El domingo, el senador acudía a reunirse con su familia y se quedaba hasta el lunes por la mañana, al igual que otros caballeros a quienes los negocios retenían en la ciudad durante la semana. No obstante, aunque ese día sirvieran helado y champán en la table d'hôte, aunque se organizaran paseos en burro y jornadas de vela hasta alta mar, al pequeño Johann no le gustaban demasiado aquellos domingos. Se perturbaba la calma y se rompía el aislamiento. Por la tarde, una masa de gente de la ciudad que no casaba con aquel lugar («moscas de un día de la buena clase media», como las llamaba Ida Jungmann con desdén, aunque exento de mala intención) abarrotaba el Casino y la playa con intención de tomar café, escuchar a la banda o bañarse, y lo que más le hubiera gustado a Hanno habría sido encerrarse en su habitación a esperar que todos aquellos aguafiestas endomingados se marchasen a sus casas... ¡Ay, qué contento estaba cuando, el lunes por la mañana, todo volvía a los cauces cotidianos, cuando también habían desaparecido de allí los ojos de su padre, aquellos ojos de los que había permanecido lejos durante seis días y que, se había dado perfecta cuenta de ello, habían estado posados sobre él con mirada crítica y escrutadora el domingo entero!

Y ya habían pasado dos semanas y Hanno se decía y afirmaba ante cualquiera que quisiera oírlo que aún quedaban tantos días como los que daban de vacaciones por San Miguel. Eso sí, se trataba de un consuelo engañoso, pues una vez superado el ecuador de las vacaciones, la segunda mitad transcurría mucho más deprisa y, hacia el final, el tiempo se aceleraba, se aceleraba tantísimo que hubiera querido agarrarse a cada hora para no dejarla escapar, para ralentizar cada una de sus respiraciones de aire de mar, para no derrochar la felicidad sin darle el valor suficiente...

Pero el tiempo transcurría sin piedad, entre una alternancia de lluvia y sol, de viento del mar y viento del interior, de calor bochornoso y estruendosas tormentas que no lograban pasar del agua y parecían no querer amainar nunca. Había días en los que el viento del noreste empujaba hasta la bahía una marea entre verdosa y negruzca que llenaba la playa de algas, conchas y medusas y amenazaba con llevarse por delante las casetas. Luego, el mar se veía turbio, revuelto y todo cubierto de espuma. Grandes y potentes olas se levantaban con una calma implacable y aterradora, se inclinaban majestuosas, formando una curva de color verde oscuro y brillante como el metal, e iban a estrellarse sobre la arena con un terrible estrépito de truenos, latigazos y silbidos... Había otros días, en cambio, en los que el viento del oeste empujaba el mar lejos de la playa, de manera que quedaba al descubierto una extensa franja ondulada en la orilla y se veían bancos de arena por todas partes, mientras caía una fuerte lluvia, una verdadera tromba de agua bajo la cual se confundían el cielo, la tierra y el mar, y las ráfagas de viento empujaban la lluvia y estrellaban los torrentes de agua contra los cristales de las ventanas, que quedaban completamente empañados. Esos días, Hanno solía quedarse dentro del Casino, sentado al piano de pared que tenían (un poco desajustado y desafinado, eso sí, de los muchos valeses y escoceses que se tocaban en él durante las reuniones de sociedad) y que, aunque no se prestaba a tan armoniosas fantasías como el gran cola de casa, en cambio, permitía encontrar sonoridades y efectos bastante curiosos con aquel timbre apagado tan peculiar... Y, de nuevo, había otros días de ensueño, azules, de un calor sofocante y sin un soplo de viento, en los que las moscas azules zumbaban al sol por encima del

Leuchtenfeld y el mar, mudo y brillante como un espejo, permanecía absolutamente quieto y liso. Y ya sólo quedaban tres días y Hanno se decía y afirmaba ante todo el mundo que aún eran tantos como los que daban de vacaciones por Pentecostés. Pero, por irrefutable que fuese ese cálculo, ni él mismo lo creía, y hacía tiempo que sobre su corazón pesaba la conciencia de que, a fin de cuentas, el hombre de la levita de paño barato y ajado tenía razón, de que las cuatro semanas sí tenían un final y de que sí era cierto que retomarían sus lecciones allí donde las habían dejado antes de las vacaciones para pasar después a tal o a cual cosa...

El coche cargado con el equipaje se detuvo delante del Casino: había llegado el día. Hanno había dicho adiós al mar y la playa por la mañana temprano; ahora se lo decía a los camareros, que recibían sus propinas correspondientes, al quiosco de música, a los arriates de rosas y a todo aquel verano. Y luego, entre las reverencias del personal del hotel, el coche se ponía en marcha.

Recorrió la avenida que conducía al pueblo y siguió a lo largo de toda la Vorderreihe... Hanno arrimó la cabeza a un rincón del coche y miró por la ventanilla por encima de Ida, que iba sentada frente a él de espaldas a la marcha, huesuda, con su cabello blanco y sus ojos despiertos de siempre. El cielo de la mañana estaba cubierto, de un color blanquecino, y en el Trave se formaban pequeñas olas que el viento impulsaba a gran velocidad. De vez en cuando, algunas gotitas de lluvia salpicaban los cristales. Al final de la Vorderreihe se veía a la gente sentada a la puerta de sus casas remendando redes; algunos niños descalzos se acercaron corriendo a mirar el coche con curiosidad. Ellos se quedaban...

Cuando el coche dejó atrás las últimas casas, Hanno se inclinó hacia delante para ver el faro una vez más; luego se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—El año que viene volverás, nenito —dijo Ida con voz profunda para consolarle; pero esa promesa era justo lo que le faltaba para que su barbilla comenzase a temblar y las lágrimas a correr por debajo de sus largas pestañas.

Su cara y sus manos se habían bronceado con el aire del mar; ahora bien, si la estancia en la playa tenía como fin hacer de él un muchacho más duro, más energético, más vivaz y con mayor capacidad de resistencia, el fracaso no podía ser más estrepitoso: de eso estaba plenamente convencido. Con aquellas cuatro semanas de aislamiento, paz y ensimismada contemplación del mar, su corazón se había tornado aún más blando, delicado, soñador y sensible, aún más incapaz de mantener el valor ante la perspectiva de reencontrarse con las reglas de tres del señor Tietge, de tener que aprender de memoria las fechas históricas y las reglas gramaticales, más incapaz de no dejar tirados los libros en cualquier parte y entregarse a un sueño profundo para escapar a todo, de no sentir el miedo a las mañanas, a las clases, a las catástrofes, a los odiosos hermanos Hagenström y a no poder cumplir las exigencias de su padre. Al rato, sin embargo, le animó un poco el propio viaje en coche, que ahora seguía las rodadas llenas de charcos de la carretera principal, mientras se escuchaba el canto de los pájaros. Hanno pensó en Kai y en el reencuentro con él, pensó en el señor Pfühl, en las clases de piano, en el gran cola del salón y en su armonio. Además, al día siguiente era domingo y, durante el primer día de colegio, el lunes, nunca había nada que temer. Ay, todavía notaba un poco de arena de la playa en sus botines... Le pediría al viejo Grobleben que la dejase dentro para siempre... Que empezara de nuevo todo, la rutina horrible de los tipos con

levita de paño barato y ajado, los hermanos Hagenstrbm y lo que fuera: él poseía lo que poseía. Cuando todo aquello se le viniera encima de nuevo, recordaría el mar y el Casino, y el leve recuerdo del sonido con el que las pequeñas olas se estrellaban contra el muelle en el silencio de la noche, aquel suave chapoteo que le llegaba desde muy lejos, como en un sueño misterioso, habría de bastar para consolarle y mantenerle a salvo de todos aquellos males...

Luego cruzaron el río en barco, llegaron a la Israeldorfer Allee, al Jerusalemborg, al Burgfeld. El coche atravesó el Burgtor, a la derecha del cual se alzaban los muros de la cárcel donde estaba el tío Weinschenk, recorrió la Burgstrasse y el Koberg, dejó atrás la Breite Strasse y bajó frenando por la pronunciada cuesta de la Fischergrube... Allí estaba la fachada roja con el mirador y las cariátides blancas, y, cuando pasaban de la calle —muy calurosa a la hora del mediodía— al fresco del vestíbulo, salió de su despacho para recibirles el senador, con la pluma en la mano...

Y muy poco a poco, con muchas lágrimas silenciosas, el pequeño Johann volvió a acostumbrarse a echar de menos el mar, a pasar miedo y a aburrirse mortalmente, a estar siempre pendiente de los hermanos Hagenstrbm y a consolarse con Kai, con el señor Pfühl y con la música.

Nada más verle, las Buddenbrook de la Breite Strasse y la tía Clotilde le preguntaron qué tal le había sentado el colegio después de las vacaciones, y lo hicieron con esa expresión burlona que indica un mejor conocimiento de la situación y con esa soberbia tan especial con que los adultos tratan los asuntos de los niños con la mayor superficialidad y la menor seriedad posibles; y Hanno hizo frente a sus preguntas.

Tres o cuatro días después de su regreso a la ciudad, apareció en la Fischergrube el médico de la familia, el doctor Langhals, para comprobar los efectos de la estancia en el mar. Tras una conversación bastante larga con la senadora, llamaron a Hanno y le pidieron que se descubriese el pecho para someterle a un examen médico y ver su status praesens, como dijo el doctor mientras se miraba las uñas. Examinó la escasa musculatura de Hanno, la anchura de su pecho y el ritmo de su corazón, pidió información detallada sobre todas y cada una de sus funciones fisiológicas; por último, tomó con una aguja una pequeña muestra de sangre del bracito de Hanno para hacer un análisis en su casa y, en general, siguió mostrándose tan poco satisfecho como de costumbre.

—¡Qué morenos nos hemos puesto! —dijo abrazando a Hanno, que estaba de pie ante él; y posando sobre su hombro aquella manita cubierta de vello negro y mirando hacia arriba, hacia la senadora y la señorita Jungmann, añadió—: Eso sí, seguimos con la misma carita de pocos amigos...

—Siente añoranza del mar —apuntó Gerda Buddenbrook. —Vaya, vaya... Conque, ¿tanto te gusta ir? —preguntó el doctor Langhals, clavando sus ojos vanidosos en la cara de Hanno... A Hanno le cambió el color. ¿Qué significaba aquella pregunta del doctor, que parecía que exigía una respuesta por su parte? En su interior brotó una esperanza absurda y puro fruto de la fantasía, de la soñadora convicción de que, pese a todas las levitas baratas y ajadas del mundo, todo es posible.

—Sí... —logró balbucear, abriendo mucho los ojos para clavarlos, a su vez, en el doctor. Pero el doctor Langhals no esperaba ninguna respuesta en especial.

—Bueno, ya se verá a posteriori el efecto de los baños y del aire puro... A posteriori!—dijo, dándole unas palmaditas en el hombro al pequeño Johann; luego le dio un suave empujón para que caminase, e hizo un gesto con la

cabeza a la senadora e Ida Jungmann (ese bienintencionado gesto de asentir con la cabeza para animar a la familia que hace el médico, conocedor de la situación y, por lo tanto, en una situación de superioridad que mantiene pendientes de sus ojos y labios a todos), se levantó y dio por terminada la consulta.

La persona más dispuesta a entender su nostalgia del mar, esa herida que tanto tardaba en cicatrizar y que, al mínimo roce col] la dura rutina cotidiana, comenzaba a arder y a sangrar de nuevo, era la tía Antonie, a quien siempre causaba un evidente placer oír hablar de la vida en Travemünde y quien se sumaba con todo su corazón a las maravillas impregnadas de nostalgia que contaba el niño.

—Sí, Hanno —le decía—, lo que es verdadero, sigue siendo verdadero para siempre, y Travemünde es un lugar muy hermoso... Hasta el día en que me muera recordaré con profundo gozo las semanas que pasé allí un verano, cuando aún no era más que una jovencita tonta que no sabía nada de la vida. Estuve viviendo en casa de unas personas por las que sentía un gran cariño y que, según parecía, también lo sentían por mí, pues por entonces yo era una cabeza de chorlito, ¿sabes? (ahora que soy una mujer vieja puedo decirlo...), y casi siempre estaba de buen humor. Te digo que era gente muy buena, honrada, de buen corazón y, además, tan inteligente, educada y entusiasta de sus ideales como no he vuelto a encontrar a nadie en el resto de mis días. Ay, sí, conocerles fue algo muy especial y estimulante. Fíjate que lo mucho que aprendí sobre ciertos conceptos y ciertos puntos de vista me ha servido durante toda la vida, y si no se hubiesen interpuesto una serie de cosas, todo tipo de acontecimientos... en fin, ya se sabe cómo es la vida..., de no haber sido así, seguro que la tonta de mí habría sacado mucho más provecho todavía. ¿Quieres saber lo tonta que era tu tía antes? Pretendía sacar las estrellas de colores que se ven en el interior de las medusas. Así que me llevé un montón de medusas a casa, envueltas en un pañuelo, y las coloqué con mucho mimo en la terraza, al sol, para que se evaporase el agua y así quedaran sólo las estrellas. Eso creía yo... Cuando volví a mirar no había más que un inmenso charco... y cierto olor a algas podridas, eso sí...

CAPÍTULO IV

A comienzos de 1873, el Senado dio curso a la solicitud de indulto de Hugo Weinschenk, y el que fuera director de la Aseguradora contra Incendios salió de la cárcel medio año antes del cumplimiento de la condena establecida.

Si la señora Permaneder hubiera podido hablar sinceramente, habría admitido que no era un hecho que la alegrase en demasía, y que habría preferido que las cosas siguieran como estaban hasta el final: Vivía muy tranquila con su hija y su nieta en la casita de la Lindenplatz y tenía trato con la casa de la Fischergrube y con su amiga del pensionado Armgard von Mailboom, de soltera Von Schilling, que al enviudar se había trasladado a la ciudad. Sabía desde hacía tiempo que, en el fondo, no se encontraría a gusto, en el lugar adecuado y rodeada de la dignidad que merecía, sino entre los muros de su ciudad natal, y entre su recuerdo de los años en Múnich, su

cada vez más débil e irritable estómago y su creciente necesidad de tranquilidad, no sentía ni la más remota inclinación a trasladarse a ninguna gran ciudad de la recién unificada patria, y menos aún del extranjero.

—Mi querida niña —decía a su hija—, tengo que preguntarte una cosa, una cosa muy seria! ¿Sigues amando a tu marido con todo tu corazón? ¿Le amas tanto que estarías dispuesta a seguirle, junto con tu hija, allá donde él quisiera marcharse, puesto que, por desgracia, es imposible que se quede en esta ciudad?

Y como la señora Erika Weinschenk, de soltera Grünlich, deshaciéndose en lágrimas que podían significar cualquier cosa, respondiera con el mismo sentido del deber que Tony mostrase antaño ante su padre en circunstancias similares en su villa de las afueras de Hamburgo, se empezó a contar con una separación inminente.

El día en que la señora Permaneder acudió a recoger a su yerno de la cárcel en un coche cerrado fue casi tan horrible como aquel otro en que el director Weinschenk había sido detenido. Lo llevó a su casa del Lindenplatz, y allí se quedó él, tras saludar a su mujer y su hija con sumo embarazo y sin saber qué decir ni qué hacer, en la habitación que le habían preparado, fumando cigarros de la mañana a la noche, sin atreverse a salir a la calle y evitando casi siempre tomar las comidas junto a su familia; era un hombre envejecido y huidizo en extremo. La vida en la cárcel no había deteriorado su físico en absoluto, pues Hugo Weinschenk siempre había sido un hombre de constitución recia, pero estaba profundamente deprimido. Resultaba estremecedor ver cómo el hecho de haber caído, quedando excluido de la vida burguesa, de haber sido condenado por un tribunal de justicia y haber pasado tres años en la cárcel había hundido moralmente por completo a aquel hombre, quien, por otra parte, muy probablemente no había hecho nada distinto de lo que la mayoría de colegas suyos hacían a diario sin pensárselo dos veces y quien, de no haber sido descubierto, habría seguido su camino tan contento y con la cabeza bien alta. Ante los tribunales, había asegurado con la más profunda convicción, y también los entendidos en la materia lo habían corroborado, que la osada maniobra que en su día había llevado a cabo en beneficio y honor de la compañía para la que trabajaba y en el suyo propio, se consideraba en el mundo de los negocios como una usanza, algo no infrecuente. Los abogados, sin embargo, unos caballeros que, en opinión del propio Weinschenk, no tenían ni idea de esas cosas y vivían de acuerdo con otros principios y con una visión del mundo completamente distinta, le habían condenado por fraude, y esa sentencia apoyada por el poder del Estado había minado su autoestima hasta tal punto que ya no se atrevía a mirar a nadie a la cara. Sus ágiles andares, la viveza con la que se contoneaba hasta que la levita le bailaba alrededor de la cintura y meneaba los codos en el aire y recorría con una mirada audaz cuanto se le pusiera por delante, la aplastante espontaneidad con la que, desde las alturas de su ignorancia e incultura, formulaba sus preguntas y contaba sus historias..., todo se había perdido! Tanto se había perdido que su familia se estremecía al ver tanta humillación, cobardía y apática falta de dignidad.

Después de haber pasado ocho o diez días sin hacer otra cosa que fumar, Hugo Weinschenk comenzó a leer periódicos y escribir cartas. Y la consecuencia de esto fue que, otros ocho o diez días más tarde, explicó con palabras vagas que parecía que le ofrecían un puesto en Londres y que, de momento, consideraba mejor viajar él solo para organizarlo todo

personalmente y, una vez estuviese todo en orden, pedir que se reuniesen con él su esposa e hija.

Erika lo acompañó a la estación en un coche cerrado, y él se marchó sin haber vuelto a ver a ninguno de sus demás familiares. Unos días más tarde, desde Hamburgo, llegó una carta dirigida a su esposa en la que daba a entender que estaba decidido a no volver a compartir techo con ella y con la niña y ni siquiera escribirles si no era para ofrecerles unas condiciones de vida dignas. Y ésas fueron las últimas noticias de Hugo Weinschenk. Nadie volvió a saber nada de él. Aunque, pasado un tiempo, la señora Permaneder, experta en tales asuntos y tan discretamente resuelta como era, hizo ciertas indagaciones sobre el paradero de su yerno para, como explicaba dándose importancia, emprender con fundamento una demanda de divorcio por abandono del hogar, resultó que estaba desaparecido, y desaparecido siguió estando para siempre; y así fue como Erika Weinschenk y su hija se quedaron con su madre en el luminoso piso del Lindenplatz.

CAPÍTULO V

El matrimonio del que había nacido el pequeño Johann jamás había dejado de ser un interesante tema de conversación en la ciudad. Con la misma certeza con que podía decirse que cada uno de los miembros de la pareja era de por sí un tanto extravagante y enigmático, podía decirse también que el propio matrimonio tenía un carácter un tanto inusual y sospechoso. Asomarse un poco por detrás de la fachada y, al margen de los puros hechos visibles —por cierto, muy escasos—, intentar saber algo más sobre ellos parecía una misión difícil, pero resultaba hartamente rentable. Así pues, en los salones y dormitorios, en los clubes y casinos, es más, incluso en la Bolsa, la gente hablaba de Gerda y Thomas Buddenbrook tanto más cuanto menos sabían de ellos.

¿Cómo se habían encontrado aquellos dos y cómo era su relación? Recordaban la enorme determinación con la que se había comportado el entonces treintañero Thomas Buddenbrook dieciocho años atrás. «¡Ella o nadie!», habían sido sus palabras, y lo mismo debía de haber sucedido con Gerda, pues hasta los veintisiete había estado dando calabazas a todos los pretendientes en Ámsterdam, y a él, en cambio, le había dado el sí de inmediato. Un matrimonio por amor, debía de pensar la gente; pues, por mucho que les costase aceptarlo, tenían que reconocer que los trescientos mil marcos de la dote sólo habían desempeñado un papel secundario en el asunto. Claro que, por otra parte, eso que suele entenderse como «amor» no se había notado en absoluto, ni siquiera al principio. Lo único que se había podido constatar y desde el principio era una exquisita cortesía en su trato, una cortesía sumamente correcta y respetuosa, en verdad infrecuente entre esposos, y que, inexplicablemente y a pesar de todo, no era fruto de un sentimiento de extrañeza o de una falta de cercanía entre ellos, sino fruto de una confianza mutua, callada y profunda, muy peculiar, de una consideración y un respeto mutuos constantes. Y nada de eso había cambiado con el paso de los años. El único cambio que se había producido era que la diferencia de edad, con lo pequeña que era medida en años, comenzaba a notarse de una forma muy llamativa.

Viendo a la pareja, se hubiera dicho que se trataba de un hombre bastante entrado en años, y también algo entrado en carnes, con una mujer joven. Todo el mundo encontraba que Thomas Buddenbrook estaba muy estropeado —sí, ésa era la palabra que lo definía, a pesar de la vanidad, ya incluso un tanto ridícula, con que seguía su disciplina de cuidados y afeites—, mientras que Gerda apenas había cambiado nada en aquellos dieciocho años. Parecía que la conservara la frialdad nerviosa en la que vivía y que emanaba. Su cabello pelirrojo muy oscuro conservaba exactamente el mismo color; su bello rostro de marfil, sus proporciones regulares; y su figura, la esbeltez y el porte altivo y distinguido. En los ángulos de sus ojos, tal vez demasiado pequeños y juntos, aún seguían las sombras azuladas... No eran unos ojos que inspirasen confianza. Tenían una mirada extraña, y lo que pudiera estar escrito en ellos no estaba al alcance de la gente. Aquella mujer de naturaleza tan fría, tan retraída, tan introvertida, reservada y distante, que sólo parecía insuflar un poco de calor y de vida a su música, despertaba sospechas sin que ninguna llegara a concretarse. La gente partía de las cuatro verdades polvorientas que creía saber sobre la naturaleza humana y las aplicaba contra la esposa del senador Buddenbrook. Las aguas mansas suelen ser profundas. Más de uno decía que lo veía clarísimo. Y puesto que todo el mundo estaba deseoso de enterarse de algo, su limitada fantasía les condujo a suponer que, como no podía ser de otra manera, la bella Gerda debía de estar engañando un poco a su avejentado esposo.

Aguzaron los sentidos y no tardaron mucho en pensar con unanimidad que la relación entre Gerda Buddenbrook y el teniente Von Throta excedía los límites de lo decoroso.

René Maria von Throta, oriundo de Renania, estaba destinado como segundo teniente de uno de los batallones de infantería instalados en la ciudad. El cuello rojo de la casaca resultaba muy favorecedor junto a su cabello negro, peinado con raya al lado y retirado de la blanca frente formando un espeso y ondulado tupé en el lado derecho. Sin embargo, a pesar de que era alto y de complexión fuerte, su persona entera, tanto por sus movimientos como por su manera de hablar y de callar, causaba una impresión en verdad muy poco militar. Le gustaba meter una mano entre los botones de su casaca de diario, medio desabrochada, o quedarse sentado sin hacer nada, con la mejilla apoyada en el reverso de la mano; sus reverencias carecían de toda rigidez, ni siquiera se oía el golpe de los talones, y trataba el uniforme que vestía su musculoso cuerpo de un modo tan descuidado y caprichoso como si fuera un traje de civil. Hasta el bigote de mozalbeta, un bigotillo muy fino que formaba un pequeño triángulo con las comisuras de los labios y al que hubiera sido imposible retorcerle la punta con un mínimo de gracia, contribuía a dar aquella impresión general tan poco marcial. Lo más extraño, en cambio, eran sus ojos: unos ojos grandes, con un brillo extraordinario y tan negros que se antojaban dos abismos insondables y resplandecientes; unos ojos que descansaban sobre las cosas o sobre los rostros con mirada soñadora, seria y ardiente.

Sin duda había ingresado en el ejército en contra de su voluntad o, cuando menos, sin especial amor por la profesión, pues a pesar de su fuerza física era negligente en el servicio y muy poco apreciado por sus camaradas, cuyos intereses y diversiones, los intereses y diversiones propios de jóvenes oficiales que acaban de regresar victoriosos del campo de batalla, apenas compartía. Sus compañeros lo consideraban un desagradable y extravagante «tipo raro»; un tipo que daba paseos en solitario, al que no le gustaban ni los caballos ni la caza ni el juego ni las mujeres, y cuya única razón de ser

parecía ser la música, pues tocaba varios instrumentos y, con sus ojos de fuego y su actitud tan poco militar, relajada y teatral al mismo tiempo, asistía a todas las óperas y conciertos, y en cambio rehuía el Club y el Casino.

Mal que bien realizaba las visitas imprescindibles a las familias ilustres de la ciudad; sin embargo, rechazaba casi todas las invitaciones y, en el fondo, la única casa que frecuentaba era la de los Buddenbrook... Demasiado, pensaba la gente; demasiado, pensaba también el propio senador.

Nadie imaginaba cómo se sentía Thomas Buddenbrook; nadie debía imaginarlo, pero justamente eso, conseguir que nadie supiese nada de su pesar, de su odio, de su impotencia, resultaba terriblemente difícil. La gente empezaba a encontrarle un poco ridículo, aunque tal vez hubieran podido sentir compasión y reprimir aquella idea de haber sospechado, siquiera remotamente, con qué angustiada irritabilidad se mantenía él siempre en guardia ante lo ridículo, aunque llevaba ya mucho tiempo viéndolo venir y sufriendo mientras venía, desde mucho antes de que a nadie se le pasara por la cabeza. También su vanidad, aquella «vanidad» tantas veces objeto de burla, era, en buena medida, consecuencia de su constante preocupación. Él había sido el primero en mostrar suspicacia ante el enorme contraste entre su propio aspecto y la belleza inalterada de Gerda, para quien parecían no pasar los años; y ahora, desde que el señor Von Throta había aparecido en su casa, tenía que combatir y ocultar su inquietud con las fuerzas que le quedaban, estaba obligado a hacerlo si no quería que el mero hecho de hacer patente su preocupación expusiera su nombre al ridículo en la ciudad.

Gerda Buddenbrook y el peculiar joven oficial se habían encontrado mutuamente, como es de suponer, en el terreno de la música. El teniente Von Throta tocaba el piano, el violín, la viola, el violoncelo y la flauta, y todos de modo excelente, y, a menudo, todo el anuncio de su visita que recibía el senador consistía en ver pasar al asistente del señor Von Throta con el estuche del violoncelo cargado a la espalda por delante de las ventanas de poyatas verdes de las oficinas privadas de la empresa y desaparecer después en el interior de la casa... Entonces, Thomas Buddenbrook permanecía sentado en su escritorio y esperaba hasta verlo entrar en su casa también a él, al amigo de su esposa, y hasta que, en el salón de música del piso de arriba, comenzaban a levantarse como olas las armonías de los instrumentos, que cantaban y gemían y proclamaban un gozo sobrehumano y se alzaban al cielo como manos retorcidas y, tras infinitos momentos de éxtasis vago y enloquecido, se debilitaban y sollozaban y se desvanecían en la noche y el silencio. ¡Que se alzarán y se desmoronarán, que llorarán y celebrarán que se abrazarán en un mar de espuma musical y se comportarán todo lo sobrehumanamente que quisieran! Lo terrible, lo que de verdad atormentaba a Thomas Buddenbrook, era la ausencia de sonido que seguía a ello, y que se prolongaba durante mucho, mucho rato allá arriba en el salón, un silencio demasiado profundo y demasiado absoluto como para no causar escalofríos. Ni un paso hacía vibrar el techo, ni una silla se movía; era un momento de silencio oscuro, lleno de alevosía, callado pero porque callaba algo... En esos momentos, sentía tanto miedo que a veces gemía en voz baja.

¿Qué temía? Una vez más, la gente había visto entrar en la casa al señor Von Throta, y, a su vez, el senador veía, como si lo hiciera con los ojos de los demás, la siguiente imagen: a sí mismo, el hombre envejecido, agotado y malhumorado, en su despacho de la planta baja, mientras, arriba, su bella esposa y su galán se entregaban a la música... y no sólo a la música. Sí, así se veían las cosas, él lo sabía. Y, a pesar de todo, también sabía que la

palabra «galán» en el fondo era muy poco adecuada para el señor Von Throta. ¡Ay, casi se habría sentido dichoso de poder llamarle y considerarle así, de poder despreciarle y pensar que era un muchacho ignorante y ordinario, un calavera que simplemente canaliza en el arte su dosis habitual de arrogancia y así conquista a las mujeres! Hizo todo cuanto pudo por etiquetarlo como un personaje así. Con esa única intención hizo que despertaran en su interior los instintos de sus antepasados: la displicente desconfianza del comerciante, hombre ahorrador y bien asentado, hacia esa casta de guerreros aventureros, alocados y carentes de seguridad en los negocios. Tanto en sus pensamientos como en las conversaciones, siempre llamaba al señor Von Throta «el teniente» con cierto desdén; y, no obstante, era muy consciente de que era el peor apodo de todos para describir la naturaleza de aquel joven.

¿Qué temía Thomas Buddenbrook? Nada..., nada nombrable. ¡Ay, ojalá hubiera podido oponerse contra algo tangible, sencillo y brutal! Envidiaba a la gente de la calle por la composición de lugar tan simple que se hacían; sin embargo, mientras permanecía sentado en su escritorio y, con la cabeza en las manos, se torturaba escuchando, sabía demasiado bien que «engaño» y «adulterio» no eran palabras apropiadas para denominar lo que entre tantas melodías y tan escalofriante silencio acontecía en el piso de arriba.

A veces, cuando miraba por la ventana hacia los frontones grises de las casas y hacia los burgueses que pasaban por la calle, cuando posaba los ojos en el cuadro, colgado enfrente, con los retratos de sus antecesores que le habían regalado por el centenario de la empresa y rememoraba la historia de su familia, se decía que todo lo que le pasaba en general era el final, y aquello último en particular tan sólo lo único que faltaba... Y, sin embargo, esta idea casi le reconfortaba, porque le parecía simple, comprensible y sana, imaginable y nombrable en comparación con el tormento sin nombre que era aquel ignominioso enigma, aquel misterioso escándalo del piso de arriba.

Ya no podía soportarlo más; echó el sillón hacia atrás, abandonó la oficina y subió a la casa. ¿Adónde dirigirse? ¿Al salón, para saludar al señor Von Throta con aire desenvuelto y un poco desde arriba, invitarle a cenar y, como ya había sucedido en numerosas ocasiones, recibir una negativa por respuesta? Porque precisamente eso era lo insufrible: que el teniente le evitaba por completo, rechazaba casi todas las invitaciones formales y sólo quería conservar el trato privado y libre con la senadora...

¿Esperar? En alguna parte, tal vez en la salita de fumar... ¿Esperar a que se marchase y después presentarse ante Gerda y sincerarse con ella, pedirle explicaciones? A Gerda no se le pedían explicaciones, con ella no se sinceraba uno. ¿De qué iban a hablar? El vínculo con ella estaba cimentado en la comprensión, el respeto y el silencio. No era necesario ponerse en ridículo también ante ella. Mostrarse celoso sería dar la razón a la gente, proclamar el escándalo, ponerle palabras... ¿Sentía celos acaso? ¿De quién? ¿De qué? ¡No, nada más lejos de eso! Un sentimiento tan fuerte se traduce en acciones, tal vez equivocadas y alocadas, pero también enérgicas y liberadoras. ¡Ay, no!, sólo sentía un poco de miedo a todo aquello, un poco de miedo que le atormentaba y le desasosegaba...

Subió a su vestidor para refrescarse la frente con agua de Colonia y luego bajó de nuevo al primer piso, decidido a romper el silencio del salón a cualquier precio. Sin embargo, cuando ya tenía la mano en el picaporte negro y dorado de la puerta, lacada de blanco, la música comenzó a sonar de nuevo como si estallara de pronto una tormenta, y él se echó atrás.

Bajó por la escalera de servicio hasta la planta baja, cruzó el vestíbulo y el frío pasillo hasta el jardín, regresó sobre sus pasos y se entretuvo un rato en el vestíbulo con el oso disecado y mirando las carpas doradas del acuario que tenían de adorno al pie de la escalera principal, incapaz de quedarse quieto y en paz en ningún sitio, aguzando el oído y sus cinco sentidos, presa de la vergüenza y el pesar, abatido y consumido por el miedo al escándalo, al privado y al público.

Una vez, en un momento semejante, mientras, apoyado en la barandilla de la segunda planta, miraba por el hueco de la escalera al piso en el que todo era silencio, el pequeño Johann había salido de su habitación, había bajado los escasos escalones de la galería e iba por el pasillo a buscar a Ida Jungmann para algo. Rozando la pared con el libro que llevaba en la mano, pretendía pasar por delante de su padre sin levantar la vista y con un simple saludo en voz baja, pero el senador le dirigió la palabra: —Hanno, hijo, ¿qué haces?

—Estoy estudiando, papá; voy a buscar a Ida para que me tome la traducción.

—¿Cómo vas? ¿Qué tienes hoy de deberes?

Y, siempre con los ojos bajos pero raudo y esforzándose visiblemente por estar a la altura con una respuesta correcta, clara e inteligente, Hanno tragó saliva a toda prisa y dijo:

—Tenemos que preparar un texto de Cornelius Nepos, pasar a limpio unas cuentas de comercio, gramática francesa, los ríos de Norteamérica..., la corrección de una redacción...

Hanno guardó silencio, pesaroso por no haber añadido la conjunción «y» al final ni haber hecho bien la cadencia para cerrar la frase, porque ya no tenía más tareas que enumerar y parecía que la respuesta entera había quedado interrumpida, inconclusa. —Nada más —añadió con toda la determinación que pudo, aunque sin levantar la vista.

Pero su padre no pareció prestarle atención. Tenía la mano libre de Hanno entre las suyas y jugueteaba con ella, distraído; obviamente, no se había enterado de nada de lo que el niño había dicho; recorría con sus dedos las delicadas articulaciones de la mano de Hanno y callaba.

Y, entonces, de repente, Hanno oyó por encima de su cabeza algo que no guardaba ninguna relación con la conversación anterior, una voz muy débil, angustiada y casi suplicante que jamás había escuchado antes pero que, en definitiva, seguía siendo la voz de su padre y que decía:

—El teniente ya lleva dos horas con mamá... Hanno...

Y, hete aquí que, al oír aquella voz, el pequeño Johann abrió sus ojos de color miel y los clavó, tan grandes, claros y llenos de amor como no lo habían estado nunca, en el rostro de su padre, aquel rostro con los párpados enrojecidos bajo unas cejas casi sin color, con las mejillas blancas y un poco hinchadas sobre las que se destacaban las puntas del bigote, bien tiesas y estiradas con tenacillas. Sólo Dios sabe hasta dónde comprendió sus palabras. Ahora bien, una cosa era segura, y ambos lo sintieron: que en aquellos segundos, mientras sus miradas descansaban la una en la otra, se desvanecieron toda distancia y frialdad, toda tensión y todo malentendido entre ellos; que Thomas Buddenbrook, al igual que en aquel instante, podía contar con la confianza y entrega incondicional de su hijo en cualquier asunto que no hubiera de abordarse en términos de vigor, dinamismo, desenvoltura y determinación, sino de temor y sufrimiento.

No quiso verlo, se resistía a tomar conciencia de ello. En aquella época, con mayor rigor que nunca sometía a Hanno a constantes pruebas

preparatorias para su futura vida activa, examinaba sus capacidades intelectuales, le instaba a expresar con determinación que le hacía mucha ilusión emprender la profesión a la que estaba destinado y se encolerizaba terriblemente ante cualquier signo de apatía o de resistencia... Porque lo cierto era que Thomas Buddenbrook, a sus cuarenta y ocho años, pensaba que ya tenía los días más o menos contados, y empezaba a dar por supuesta una muerte próxima.

Su estado de salud había empeorado. La falta de apetito y el insomnio, los mareos y aquellos ataques de escalofríos a los que había tenido tendencia desde siempre le obligaban a acudir al doctor Langhals en numerosas ocasiones. Por otra parte, tampoco era capaz de seguir los consejos de su médico. Su fuerza de voluntad se resentía de tantos años de forzada y angustiosa inercia y no era suficiente para cambiar. Thomas Buddenbrook había adquirido el hábito de levantarse muy tarde, por más que cada noche, muy enfadado, tomaba la firme determinación de salir temprano de la cama para dar el paseo antes del desayuno que le había recomendado el doctor. En realidad, habría llegado a hacer lo dos o tres veces... y eso mismo le sucedía con todo. La constante presión a la que sometía su voluntad, sin ningún éxito ni satisfacción, minaba su autoestima y le desesperaba. Estaba muy lejos de renunciar al placer de embotar sus sentidos con los pequeños y fuertes cigarrillos rusos que, ya desde su juventud, fumaba a diario en cantidades ingentes. Sin ningún tapujo, le decía al doctor Langhals a la cara, aquella cara de gesto vanidoso:

—Mire, doctor, prohibirme los cigarrillos es su obligación..., ¡una obligación muy fácil y muy agradable, por supuesto! Atenerme a su prohibición es asunto mío..., así que usted verá. Ay, no, no, hemos de trabajar juntos en beneficio de mi salud, pero compréndame, los papeles no están repartidos con equidad, ¡a mí me corresponde una parte demasiado grande de ese trabajo! No se ría..., no es ninguna broma. Está uno tan terriblemente solo... Voy a fumarme un cigarrillo. ¿Le apetece uno?

Y le ofrecía su pitillera esmaltada.

Pero sus fuerzas iban mermando; lo único que era cada vez más firme era la convicción de que todo aquello no podía durar demasiado y de que la hora de su muerte estaba cerca. Tenía extraños presentimientos. Varias veces, en la mesa, le asaltaba la sensación de que, en el fondo, ya no estaba sentado con su familia, sino que la contemplaba desde una distancia nebulosa... Voy a morir, se decía, y más de una vez llamó a Hanno aparte para decirle:

—Hijo, ten en cuenta que puedo dejáros antes de lo que pensamos. ¡Tienes que estar preparado! Yo también he de tomar las riendas de todo muy joven... ¡Comprende que tu indiferencia me tortura! ¿Estás decidido?... Sí, sí... Eso no es una respuesta... ¡Eso no es una respuesta, como de costumbre! Si estás decidido a hacerlo con valor y con alegría, te pregunto... ¿Crees que ya posees suficiente dinero y no vas a tener que hacer nada? ¡No tienes nada, hijo, bien poco es lo que tienes, dependerás enteramente de ti mismo y de tu trabajo! Si quieres vivir e incluso vivir bien, tendrás que trabajar, trabajar mucho y duramente, todavía más duramente que yo...

Pero no era sólo eso; ya no era únicamente la preocupación por el futuro de su hijo y de su casa lo que le atormentaba. Una inquietud nueva y de distinta índole se apoderó de él y puso en marcha sus cansados pensamientos... Porque, en cuanto el fin de sus días dejó de ser una realidad inevitable pero lejana, abstracta e irrelevante, para convertirse en algo inminente y tangible que requería una serie de preparativos inmediatos, el senador comenzó a reflexionar, a mirar en su interior, a investigar cuál era su

situación ante el problema de la muerte y ante las cuestiones trascendentes..., y ya tras las primeras indagaciones llegó a la conclusión de que su espíritu, aún en un estado de madurez incurable, no se hallaba en absoluto preparado para morir. La fe ciega, aquella profunda religiosidad casi rayana en el misticismo que su padre había sabido compatibilizar con un gran sentido práctico y que, más adelante, había cultivado su madre, siempre le había sido ajena. Durante toda su vida, más bien se había enfrentado a las preguntas primeras y últimas sobre la existencia con el escepticismo cosmopolita de su abuelo; no obstante, demasiado profundo, demasiado inteligente y demasiado necesitado de lo metafísico como para darse por satisfecho con la apacible superficialidad del anciano Johann Buddenbrook, había buscado la respuesta a temas como la vida eterna y la inmortalidad en la historia y se había dicho siempre que él había vivido ya en sus antepasados y que seguiría viviendo en sus descendientes. Esta idea no sólo era acorde con su sentido de la familia y de la religión en un sentido histórico, sino que también le había reconfortado y alentado en su actividad profesional, sus ambiciones y su forma de vida en general. Ahora, sin embargo, era evidente que, ante los cercanos y penetrantes ojos de la muerte, aquella idea se desmoronaba, y no proporcionaba ni siquiera una hora de sosiego y serena aceptación de lo que había de venir.

Aunque en algunos momentos de su vida Thomas Buddenbrook había coqueteado con cierta inclinación por el catolicismo, en lo más hondo de su ser estaba muy firmemente arraigado el sentido de la responsabilidad — serio, riguroso hasta lo mortificante, implacable— de los más verdaderos y fervientes protestantes. No, ante lo Último y lo más Alto, no cabía apoyo externo ninguno, ninguna mediación, absolucón, paliación del dolor ni consuelo. En completa soledad, con autonomía y por los propios medios era como había que desvelar el gran misterio y, a través de una búsqueda realizada con suma diligencia y empeño, alcanzar un estado de claridad y disposición antes de que fuera demasiado tarde, o sucumbir a la desesperación... Y Thomas Buddenbrook se alejó decepcionado y descorazonado de su único hijo, en quien había esperado seguir viviendo fuerte y, rejuvenecido, e, impaciente y atemorizado, comenzó a buscar esa verdad que debía de estar esperándole en alguna parte...

Era pleno verano del año 1874. Redondeadas nubes de un blanco plateado se deslizaban por el cielo azul intenso, por encima de la encantadora simetría del Stadtgarten; en las ramas del nogal del jardín trinaban los pájaros y sus cantos parecían breves preguntas a las que se sumaba el murmullo de la fuente, rodeada por una corona de crecidas varas de lirio de color malva, y el aroma de las lilas se mezclaba por desgracia con el olor a sirope que una brisa cálida traía de la fábrica de azúcar cercana. Para sorpresa de sus empleados, el senador había adquirido la nueva costumbre de abandonar la oficina en cualquier momento de la jornada de trabajo para salir a pasear por su jardín con las manos cruzadas a la espalda, rastrillar la gravilla de los caminos, limpiar el fango de la fuente o reforzar la rama de un rosal... Su rostro, con aquellas cejas casi sin color, una más levantada que la otra, mostraba una expresión seria y atenta al hacer estas cosas; sia embargo, sus pensamientos intentaban avanzar por su propio y tortuoso camino, en la oscuridad, muy, muy lejos de allí.

A veces se sentaba en la pequeña terraza elevada, en el cluims co (?) ya completamente cubierto por las parras y, en realidad sin ver nada, contemplaba el jardín y el muro trasero de su casa roja. El aire era caliente y dulce, y parecía que todos aquellos sedantes sonidos que le rodeaban

intentaran consolarlo, serenarlo y arrullarlo. Cansado de mirar al vacío, de la soledad y el silencio, de cuando en cuando cerraba los ojos para, al instante, enderezarse de nuevo y ahuyentar el sosiego lejos de sí. «Tengo que pensar —decía casi en voz alta...—Tengo que poner todo en orden antes de que sea demasiado tarde ...»Y allí, en aquel quiosco, en la pequeña mecedora de mimbre amarillo, un día se quedó cuatro horas enteras leyendo con creciente emoción un libro que había ido a parar a sus manos de manera medio casual, medio intencionada. Después del segundo desayuno, con el cigarrillo en la boca, lo había encontrado en la salita de fumar, escondido en un recóndito rincón de la estantería detrás de otros gruesos volúmenes; recordaba habérselo comprado a su librero habitual hacía ni se sabe cuánto tiempo a un precio de oferta, sin concederle gran valor: era una obra bastante extensa, mal encuadrada y mal impresa, en un papel delgado y amarillento; contenía la segunda parte de un famoso tratado de metafísica... Se lo había llevado al jardín y ahora, completamente absorto, iba pasando una hoja tras otra.

Le invadió un sentimiento de satisfacción desconocido para él, profundo y agradecido. Era la incomparable satisfacción de ver cómo una mente privilegiada y superior se hacía dueña de esta vida tan dura, cruel y grotesca para someterla y juzgarla..., la satisfacción del que sufre, del que, dadas la frialdad y dureza de la vida, oculta constantemente su sufrimiento con vergüenza y mala conciencia y, de repente, recibe de manos de alguien grande y sabio el derecho fundamental y solemne a sufrir a causa de este mundo; de este mundo que supuestamente es el mejor de todos los mundos posibles pero que, como se demostraba con brillante ironía, es el peor de todos los imaginables.

No lo entendía todo; algunos planteamientos e hipótesis le resultaban confusos, y su mente, muy poco versada en lecturas semejantes, no era capaz de seguir determinados razonamientos. Y, sin embargo, justo aquella alternancia entre claridad y oscuridad, entre apabullada incomprensión, vaga intuición y repentina iluminación le mantenía en ascuas; y pasaron las horas sin que levantara la vista del libro o siquiera cambiase de postura en la mecedora.

Al principio, se había saltado algunas páginas para avanzar más deprisa, inconsciente y ansioso por llegar al meollo de la cuestión, a lo importante, deteniéndose tan sólo en algunos párrafos concretos que llamaban su atención. Sin embargo, más adelante llegó a un capítulo que leyó de la primera a la última letra, con los labios apretados y el ceño fruncido, muy serio, con una seriedad absoluta en el semblante, que parecía muerto, impasible, exento de la menor señal de vida. Dicho capítulo llevaba el título: «Sobre la muerte y su relación con el carácter indestructible de nuestro ser en sí»⁴².

Le faltaban pocas líneas para terminar cuando, a las cuatro de la tarde, llegó la criada a través del jardín para llamarle a la mesa. Él asintió con la cabeza, leyó las líneas restantes, cerró el libro y miró a su alrededor. Sentía que todo su ser se había engrandecido de forma asombrosa y que una pesada y oscura embriaguez se había apoderado de él; su mente flotaba en una extraña nebulosa, fascinada por completo por algo indeciblemente nuevo, arrebatador y lleno de promesas que le recordaba al primer

⁴² El libro en cuestión es, pues, *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer (1819), y el capítulo e141 de los *Complementos al Libro Cuarto*, publicados en 1844 (citado según la edición de Roberto R. Aramayo; Fondo de Cultura Económica—Círculo de Lectores, 2003). (*N de la T*).

enamoramiento, tan anhelante y esperanzado. No obstante, cuando, con manos frías y vacilantes, guardó el libro en el cajón de la mesa del jardín, le ardía la cabeza y notaba una extraña opresión, una tensión preocupante, como si algo en su interior pudiera estallar al no ser capaz de producir ningún pensamiento completo.

«¿Qué es esto? —se preguntaba mientras se dirigía a la casa, subía por las escaleras y se sentaba a comer con su familia...

¿Qué me ha pasado? ¿Qué es lo que he descubierto? ¿Qué se me ha comunicado, a mí: Thomas Buddenbrook, senador de esta ciudad, jefe de la empresa de cereales Johann Buddenbrook... ? ¿Qué ha de depararme el destino? ¿Podré soportarlo? No sé qué ha sido... Sólo sé que es demasiado, demasiado para mi cerebro burgués...»

En ese estado de apabullamiento, de oscura y pesada embriaguez, y con la mente vacía permaneció el día entero. Luego llegó la noche e, incapaz de seguir manteniendo la cabeza sobre los hombros, se fue a la cama temprano. Durmió tres horas con un sueño muy profundo, el más profundo que había conocido en toda su vida. Entonces se despertó de golpe, tan deliciosamente sobresaltado como quien despierta con un amor germinando en su corazón.

Sabía que estaba solo en el amplio dormitorio, pues Gerda dormía ahora en la habitación que fuera de Ida Jungmann, la cual, a su vez, se había trasladado a una de las tres alcobas de la galería para estar más cerca del pequeño Hanno. A su alrededor reinaba la noche cerrada, pues las cortinas de los dos grandes ventanales estaban corridas. En absoluto silencio, con un calor húmedo algo pesado, permaneció tumbado boca arriba, mirando a la oscuridad.

Y hete aquí que, de repente, tuvo la sensación de que la oscuridad se abría ante sus ojos, como si el muro de terciopelo de la noche se desgarrase y le envolviese una visión de una insondable profundidad: una visión eterna de la luz... «¡Continuaré viviendo! —dijo Thomas Buddenbrook casi en voz alta, y sintió que su pecho casi temblaba, como si un sollozo interno lo estremeciese—. Eso es: la conciencia de que la vida continuará... y de que la vida no soy yo, eso no es más que un engaño, sólo ha sido un error del que la muerte dará cuenta. ¡Así es, así es!... ¿Por qué?» Y, con esa pregunta, la noche volvió a cerrar sus ojos. De nuevo se quedó sin ver, sin saber y sin comprender nada en absoluto, y se dejó caer sobre las almohadas como un peso muerto, completamente cegado y agotado por aquella chispa de verdad que le había sido dado vislumbrar hacía un instante.

Y permaneció muy quieto, esperando lleno de anhelo, se sintió tentado de rezar para que volviera y le iluminara otra vez. Y así fue. Con las manos juntas, sin atreverse a hacer el más mínimo movimiento, permaneció tumbado y le fue concedido ver... ¿Qué era la muerte? La respuesta no se le apareció en miserables y altisonantes palabras: la sintió, la poseyó en lo más hondo de su ser. La muerte era una dicha, tan profunda que sólo era posible concebirla en momentos de gracia como aquél. Era el retorno de un camino errático de indecible sufrimiento, la corrección de una grave falta, la liberación de las más penosas cadenas y barreras; reparaba una más que lamentable desgracia. ¿Final y desaparición? ¡Tres veces digno de lástima era quien interpretase aquellos insignificantes conceptos como algo horrible! ¿Qué es lo que habría de finalizar y desaparecer? Aquel su cuerpo... Aquella su persona y su individualidad, aquel pesado, rebelde, defectuoso y odioso obstáculo para ser otra cosa, iotra y mejor! ¿No era cada persona un error y un paso en falso? ¿No ingresaba en una prisión llena de sufrimientos en el mismo momento de nacer? ¡Una cárcel! ¡Una cárcel! ¡Barreras y cadenas por

todas partes! A través de los barrotes de su individualidad, el hombre mira los muros de circunstancias externas que le rodean hasta que llega la muerte y lo llama a regresar al hogar y ser libre... ¡Individualidad! ¡Ay!, lo que se es, lo que se tiene y de lo que se es capaz parece gris, pobre, insuficiente y aburrido; pero lo que no se es, no se tiene y de lo que no se es capaz..., eso es precisamente lo que uno contempla con una ávida envidia que se convierte en amor porque tiene miedo de que se convierta en odio. Yo llevo en mi interior la semilla, el germen, la posibilidad de todas las capacidades y actividades del mundo... ¿Dónde podría estar si no estuviera aquí? ¿Quién, qué, cómo podría ser si no fuera yo, si esta la apariencia de mi persona no me delimitase y mi conciencia no me separase de todos los que no son yo? ¡Organismo! ¡Ciega, desatinada y lamentable erupción de la imperiosa voluntad! ¡Mejor será, en verdad, que esa voluntad flote libre en la noche sin espacio y sin tiempo en lugar de languidecer en una mazmorra malamente iluminada por la temblorosa e inestable llamita del intelecto!

¿Había esperado pervivir en mi hijo? ¿En una persona todavía más temerosa, más débil y más inestable? ¡Qué necedad tan infantil y descaminada! ¿Para qué necesito un hijo? ¡Para nada! ¿Que dónde estaré, cuando esté muerto? ¡Pero si está más claro que el sol y es tremendamente sencillo! Estaré en todos aquellos que, desde el comienzo y hasta el fin de los tiempos, hayan dicho, digan y vayan a decir: Yo; pero, sobre todo, en los que lo digan con más plenitud, fuerza y alegría...

En algún lugar del mundo está creciendo un muchacho, bien formado y bien dotado, con talento para desarrollar sus facultades, crece derecho y sin que nada le perturbe, puro, cruel y valiente, una de esas personas cuya visión aumenta la dicha de los dichosos y lleva a la desesperación a los desdichados: ése es mi hijo. Ése seré yo, pronto..., pronto..., en cuanto la muerte me libere de esta locura miserable, no seré tanto él como yo mientras...

¿He odiado la vida alguna vez, esta vida pura, cruel y fuerte? ¡Necedad y malentendidos! Es sólo a mí mismo a quien he odiado por el hecho de no poder soportarla. Pero a vosotros os amo..., os amo a todos, a los que sois felices, y pronto dejaré de estar separado de vosotros por una estrecha prisión; pronto se liberará aquello que hay en mí y que os ama, se liberará mi amor por vosotros y estará en vosotros y a vuestro lado... ¡Con vosotros y a vuestro lado!

Rompió a llorar; hundió la cara en las almohadas y lloró, conmovido y con la euforia de la embriaguez ante una dicha cuya dolorosa dulzura no iguala ninguna otra dicha en el mundo. Era eso, todo eso era lo que le había provocado aquella sensación de oscura embriaguez desde la tarde anterior, lo que había sobresaltado su corazón en mitad de la noche y le había despertado como un amor recién germinado. Y, en el mismo momento en que le era dado comprenderlo y tomar conciencia de ello (no en palabras ni en una cadena de pensamientos, sino en una repentina y beatífica iluminación interior), ya se sentía libre, salvado, liberado de todas las barreras y cadenas tanto naturales como artificiales. Los muros de su ciudad natal, en los que se había encerrado por propia voluntad y con plena conciencia, se abrían y descubrían ante sus ojos el mundo, el mundo entero; en sus años jóvenes había llegado a ver una pequeña parte, y ahora la muerte prometía regalárselo todo. Las engañosas formas de conocimiento del espacio, del tiempo y, por consiguiente, de la historia, la preocupación por perpetuarse en el tiempo y la memoria a través de los descendientes, el temor a cualquier forma de disolución y descomposición histórica finita..., de todas

esas ideas se liberaba su espíritu, y ya no le impedían comprender la inmutable eternidad. Sólo existía un eterno presente, y aquella fuerza que latía en su interior, que amaba la vida con un amor tan dulce, imperioso y anhelante que dolía —vida de la que su persona no era sino una descaminada manifestación—, siempre encontraría los caminos hacia ese presente. «¡Continuaré viviendo! —le susurró a la almohada, lloró y... al instante siguiente ya no sabía por qué. La actividad de su cerebro cesó, el conocimiento que había vislumbrado se desvaneció, y su interior volvió a quedar vacío, sin nada más que oscuridad muda—. ¡Pero regresará! —se decía—. ¿Acaso no lo he poseído?» Y, mientras sentía cómo iba perdiendo la conciencia y el sueño se apoderaba de él sin remedio, se hizo el solemne juramento de no dejar que se perdiera jamás esa inefable dicha, de reunir todas sus fuerzas y aprender, aprender y estudiar hasta conseguir apropiarse por completo, de forma sólida e inalienable, de la concepción del mundo de la que había partido todo.

Sin embargo, no pudo ser, pues ya a la mañana siguiente, cuando se levantó con un leve sentimiento de vergüenza por las extravagancias espirituales de la noche anterior, intuyó en parte la imposibilidad de llevar a cabo tales propósitos.

Se levantó tarde y tuvo que acudir de inmediato al ayuntamiento para participar en el debate de una de las juntas municipales. La vida pública, social y burguesa en las calles llenas de recovecos y fachadas con frontón de aquella ciudad comercial de mediano tamaño acaparó de nuevo sus fuerzas y pensamientos. Sin abandonar todavía el propósito de retomar aquella lectura maravillosa, comenzó a preguntarse si las experiencias espirituales de aquella noche en realidad significaban algo para él a largo plazo y si, cuando le llegara la muerte, aguantarían de verdad el peso de este hecho. Sus instintos burgueses se resistían a creerlo. También entró en juego su vanidad, el temor a quedar en ridículo con sus supuestas iluminaciones. ¿Eran propias de él semejantes cosas? ¿Le correspondían a alguien como él, el senador Thomas Buddenbrook, jefe de la Casa Johann Buddenbrook?

No volvió a encontrar ocasión para echar un nuevo vistazo a aquel extraño libro que tantos tesoros encerraba, y ni siquiera se planteó comprar los restantes volúmenes de la gran obra a la que pertenecía. La pedantería nerviosa que se había adueñado de él en los últimos años consumía sus días por entero. Agobiado con mil bagatelas cotidianas que su cabeza luchaba por solucionar y mantener en orden, no tenía la suficiente fuerza de voluntad para conseguir repartir su tiempo con racionalidad y provecho. Y más o menos dos semanas después de aquella memorable tarde, llegó a un punto en el que decidió darlo todo por perdido y mandó a la criada que recogiese un libro que, en lugar de estar ordenado donde le correspondía, estaba en el cajón de la mesa del jardín, y lo colocase de inmediato en la estantería.

Y así fue cómo Thomas Buddenbrook, tras haber alzado los brazos en pos de elevadas y supremas verdades, se dejó caer agotado y regresó a los conceptos e imágenes en cuya credulidad había sido formado en su infancia. Rememoró al Dios único y personal, padre de todos los hombres, que había enviado a la tierra una parte de su propia persona para que sufriera y derramara su sangre por nosotros, a aquel Dios que, en el día del juicio Final, nos juzgará a todos y a cuyos pies, a partir de ese inicio de la eternidad, los justos serán recompensados por los sufrimientos padecidos en este valle de lágrimas... Rememoró toda esa historia, un tanto confusa y un tanto absurda, que no exigía ser comprendida, sino creída a ciegas, y que estaría presente

en palabras tan firmes como infantiles cuando llegasen los terrores de su última hora... ¿Era cierto eso?

¡Ay, tampoco aquello le daba la paz! Aquel hombre consumido por la preocupación por el honor de su casa, por su esposa, su hijo, su apellido, su familia; aquel hombre agotado que con tanto esfuerzo y artificio lograba mantener su cuerpo erguido, elegante y correcto, pasó varios días torturándose con la duda de si el alma iría al cielo inmediatamente después de morir o si la vida eterna comenzaría más tarde, con la resurrección de la carne... En tal caso, ¿dónde se quedaba el alma durante ese intervalo? ¿Acaso se lo había enseñado alguien en la escuela o en la iglesia? ¿Qué justificación podía tener el dejar a un hombre en semejante estado de ignorancia? Y a punto estuvo de visitar al reverendo para pedirle consejo y consuelo, pero en el último momento, por miedo al ridículo, renunció a hacerlo.

Al final, concluyó que no tenía sentido seguir pensando en aquello y lo dejó todo en manos de Dios. Eso sí, puesto que había llegado a un término tan poco satisfactorio con la organización de los asuntos del otro mundo, decidió que al menos quedaran bien atados los de éste, cumpliendo así un propósito que se había hecho hacía mucho tiempo.

Un día, después de comer, el pequeño Johann oyó cómo su padre le decía a mamá que, en la sala de estar, donde los Buddenbrook tomaban el café, le esperaba hoy el doctor Fulano de Tal, abogado, para hacer su testamento, cuya redacción no podía postergarse hasta un futuro indefinido una y otra vez. Más tarde, Hanno estuvo tocando el piano durante una hora. Sin embargo, cuando se disponía a salir al pasillo, se encontró con su padre y con un caballero con un largo sobretodo negro, subiendo por las escaleras.

—Hanno —dijo el senador en tono seco.

Y el pequeño Johann se quedó de pie, tragó saliva y se apresuró a responder en voz baja:

—Sí, papá...

—Tengo que trabajar con este caballero en un asunto de suma importancia —prosiguió el padre—. Te pido que te quedes aquí, delante de esta puerta —y señaló la entrada de la salita de fumar—, y vigiles bien que nadie nos moleste, absolutamente nadie, ¿me oyes?

—Sí, papá —dijo el pequeño Johann y se situó delante de la puerta, que se cerró al entrar los dos caballeros.

Permaneció allí de pie, con una mano en el nudo de la corbata que caía sobre su pecho, hurgándose con la lengua en una muela de la que sospechaba lo peor, y escuchando las voces que le llegaban, serias y apagadas, desde el interior de la sala. Tenía la cabeza ladeada, con los bucles castaños cayéndole sobre las sienes, y, bajo el ceño fruncido, sus ojos de color miel, siempre enmarcados por sombras azuladas, miraban de soslayo con una expresión taciturna, muy similar a la que habían mostrado al respirar el aroma de las flores junto con aquel otro olor, extraño y a la vez tan familiar, frente al ataúd de su abuela.

Ida Jungmann pasó por allí y le dijo:

—Pero, Hanno, nenito, ¿dónde te habías metido? ¿Qué haces aquí de pie como un pasmarote?

El aprendiz jorobado de las oficinas subió con un telegrama en la mano y preguntó por el senador.

Y, todas las veces, extendía el brazo horizontalmente el pequeño Johann, con su trajecito azul de marinero y un ancla bordada en la manga, por

delante de la puerta, meneaba la cabeza y, tras un momento de silencio, decía con voz queda pero firme:

—No puede entrar nadie. Papá está haciendo testamento.

CAPÍTULO VI

En otoño, el doctor Langhals, coqueteando con la mirada como una mujer, dijo:

—Los nervios, señor senador..., son los nervios los que tienen la culpa de todo. Y en algunos puntos también la circulación sanguínea deja un poco que desear. ¿Me permite un consejo? Este año debería relajarse un poco. Los cuatro días que ha subido a la playa este verano no le han servido de mucho, como es natural... Estamos a finales de septiembre. Todavía es temporada en Travemünde, aún no se han marchado todos los veraneantes. Váyase allí a pasar unos días, a respirar el aire del mar, senador. Quince días o tres semanas sí logran reparar más de una dolencia...

Y Thomas Buddenbrook le dijo que sí a todo. Cuando su familia se enteró de su decisión, Christian se ofreció a acompañarle.

—Me voy contigo, Thomas —dijo sin más—. Supongo que no tendrás nada en contra —y, a pesar de que el senador, en realidad, tenía muchas cosas en contra, también le dijo que sí a todo.

Se daba el caso de que Christian era más dueño de su tiempo que nunca, pues ante sus constantes problemas de salud se había visto obligado a abandonar también su última actividad empresarial: la agencia de distribución de champán y coñac. Afortunadamente, aquella alucinación del hombre que le hacía señas con la cabeza, sentado en el sofo de su casa al caer la tarde, no se había repetido. Sin embargo, el perpetuo «tormento» del lado izquierdo de su cuerpo había empeorado aún más, y traía consigo otras muchas molestias que él observaba con detenimiento y que después describía, arrugando la nariz, siempre y en todo lugar. A menudo, como ya le sucediera en épocas anteriores, los músculos de la tráquea le fallaban al tragar, de manera que se quedaba como paralizado con el bocado en la garganta y mirando a todas partes con aquellos ojillos pequeños y hundidos. A menudo, como ya le sucediera también, le asaltaba un sentimiento de terror indefinido pero imposible de vencer ante la idea de una repentina parálisis de la lengua, la garganta, las extremidades o incluso del cerebro. Cierto es que jamás se le había paralizado nada, pero, ¿no era mucho peor el terror a que sucediera? Contaba con todo lujo de detalles cómo, un día, al prepararse un té, había arrimado la cerilla encendida a la garrafa de alcohol que tenía abierta en lugar de al infiernillo, con lo que no sólo él mismo sino la casa entera con todos sus habitantes, e incluso tal vez, hasta las casas vecinas, habían estado a punto de perecer en muy trágicas circunstancias... Aquello ya iba demasiado lejos. Y lo que describía con especial detalle, insistencia y esfuerzo por hacerse entender bien era la espeluznante anomalía que venía notando recientemente y que consistía en que, ciertos días, a saber, cuando hacía un tiempo determinado y él se hallaba en un estado de ánimo determinado, no podía ver una ventana abierta sin sentir el terrible y en absoluto justificado impulso de tirarse por ella..., un ansia salvaje y muy difícil de dominar, una especie de arrebató

absurdo y desesperado. Un domingo en que la familia se había reunido a comer en la Fischergrube, les contó cómo, haciendo acopio de sus últimas fuerzas morales, había tenido que arrastrarse hasta la ventana a cuatro patas para cerrarla... Cuando llegó a este punto, la familia entera puso el grito en el cielo y nadie quiso seguir escuchándole.

Estas y otras cosas similares las explicaba con una satisfacción un tanto siniestra. Sin embargo, a lo que no atendía y de lo que no se daba cuenta, pues permanecía en el plano de lo inconsciente y, en consecuencia, se agravaba cada vez más, era la tremenda falta de recato que había llegado a mostrar con el paso de los años. Era espantoso que, en familia, contase anécdotas de una índole que, a lo sumo, habrían podido mencionarse en el Club. Además, también había signos externos de que su sentido del pudor físico estaba en declive. Con la intención de demostrar a su cuñada Gerda, con quien se llevaba muy bien, la extraordinaria calidad de sus calcetines ingleses y, de paso, lo mucho que había adelgazado, no tuvo reparo en remangarse una de las amplias piernas del pantalón a cuadros hasta la rodilla...

—Mira, mira, h¡ate cómo estoy adelgazando... ¿No es llamativo y extraño? —dijo con gesto preocupado, señalando con la nariz arrugada hacia su pierna, huesuda y muy torcida, envuelta en el calzón blanco, bajo el cual se dibujaba una rodilla que daba lástima mirar.

Como ya dijimos, ahora había abandonado toda actividad comercial; no obstante, intentaba llenar las horas del día que no pasaba en el Club con toda suerte de ocupaciones, y le gustaba mucho subrayar expresamente que, a pesar de sus muchos y terribles impedimentos, nunca había dejado de trabajar del todo. Ampliaba sus conocimientos de idiomas y, por amor a la ciencia y sin ninguna finalidad práctica, hacía poco que había empezado a estudiar chino, disciplina a la que se había entregado con gran esfuerzo y aplicación durante quince días. En esos momentos estaba ocupado en «ampliar» un diccionario de inglés que le parecía incompleto; pero como, de todas formas, también volvía a necesitar un pequeño cambio de aires y, al fin y al cabo, era preferible que el senador tuviese compañía durante su viaje a Travemünde, tampoco aquello era una ocupación que le retuviera en la ciudad...

Los dos hermanos se marcharon al mar; fueron en el coche, con la lluvia tamborileando sobre la lona que lo cubría, por una carretera que era un puro charco, y apenas intercambiaron palabra. Christian iba mirando a todas partes sin fijar la vista en ninguna, como si estuviese alerta ante algo sospechoso; Thomas se estremecía de frío, envuelto en su abrigo, con ojos enrojecidos y mirada cansada, con las puntas del bigote, estiradas con tenacillas, muy tiesas y en gran contraste con sus mejillas blanquecinas. Después del mediodía, llegaron a los jardines del Casino, donde la gravilla del camino crujía bajo las ruedas del coche. El anciano Sigismund Gosch, el corredor de fincas, estaba sentado en la veranda acristalada del edificio principal tomando grog hecho con ron. Se levantó, silbó una blasfemia entre dientes y se sentaron con él para tomar también ellos algo caliente mientras les subían las maletas a las habitaciones.

El señor Gosch era uno de los pocos veraneantes que aún no se habían marchado, junto con una familia inglesa, una soltera holandesa y un soltero de Hamburgo que, presumiblemente, debían de estar echando su siestecita antes de la table d'hôte, pues en todas partes reinaba el silencio más absoluto y sólo se oía el chapoteo de la lluvia. Que les aprovechase. El señor Gosch jamás dormía durante el día. Bastante contento estaba si lograba

conquistar unas pocas horas de inconsciencia durante la noche. No se encontraba nada bien, aquella cura de aire puro en tan tardías fechas había de aliviar sus temblores, temblores en todas sus extremidades... ¡Qué demonios! Apenas era capaz de sujetar la copa de grog y —ieso sí que era una contrariedad del demonio!— sólo conseguía escribir en ocasiones contadas, de modo que su traducción de los dramas completos de Lope de Vega progresaba con una lentitud desesperante. Estaba muy deprimido y sus blasfemias carecían de su alegría habitual. «¡Al demonio con todo!», decía, y ésta parecía haberse convertido en su frase favorita, pues la repetía una y otra vez, a menudo totalmente fuera de contexto.

¿Y el senador? ¿Cómo se encontraba? ¿Cuánto tiempo pensaban quedarse los caballeros?

Ay, el doctor Langhals le había enviado allí por los nervios, respondió Thomas Buddenbrook. Naturalmente, él había obedecido sus órdenes pese a aquel tiempo de perros porque, claro, ¿qué no hace uno por miedo a su médico? Y, en el fondo, sí, se encontraba bastante mal. Se quedarían allí hasta que observasen cierta mejoría...

—Por cierto, yo también me encuentro muy mal —dijo Christian lleno de envidia y resentimiento al ver que Thomas sólo hablaba de sí mismo; y se disponía a contar lo del hombre que le hacía señas con la cabeza, lo de la garrafa de alcohol y lo de las ventanas abiertas cuando su hermano se levantó para ir a instalarse en las habitaciones.

La lluvia no amainaba. Revolvía la tierra y bailoteaba en infinitas gotas, salpicando por doquier, sobre el mar que, azotado por el viento del suroeste, se alejaba de la playa. Los vapores pasaban como sombras o barcos fantasma y desaparecían en el horizonte borroso.

Con los huéspedes extranjeros sólo coincidían a la hora de la comida. El senador iba a pasear con el señor Gosch con botas de goma y chanclos, mientras Christian se quedaba en la confitería tomando ponche sueco con la señorita del bufet.

Dos o tres tardes en las que parecía que iba a salir el sol acudieron a la table d'hôte algunos conocidos de la ciudad a los que les gustaba esparcirse de vez en cuando lejos de la familia: el senador Gieseke, el compañero de colegio de Christian, y el cónsul Peter Dóhlmann, quien, por cierto, tenía un aspecto pésimo, pues estaba echando a perder su organismo con el consumo excesivo de Hunyadi Janos, un agua mineral húngara. En tales ocasiones, los caballeros, bien envueltos en sus abrigo de entretiempo, se sentaban bajo la pérgola de la confitería, frente al quiosco de música donde ahora ya no se tocaba nada, se tomaban su café y hacían la digestión de los cinco platos de la comida mientras charlaban y contemplaban el otoño en los jardines del Casino.

Comentaban los acontecimientos de la ciudad, la última inundación, que había anegado los sótanos de muchas casas y obligado a ir en barca en las cavas bajas; un incendio, un fuego en un almacén del puerto; una votación del Senado... Alfred Lauritzen, de la empresa Stürmann & Lauritzen, ultramarinos al por mayor y al detalle, había sido elegido la semana anterior, y el senador Buddenbrook no estaba nada de acuerdo. Permanecía arrebuñado en su abrigo de cuello alto, fumando un cigarrillo tras otro, y ése fue el único momento de la conversación en el que intervino con algunas palabras. Él no había dado su voto al señor Lauritzen, dijo, de eso podían estar bien seguros. Lauritzen era un hombre muy honrado y un excelente comerciante, sin duda alguna; pero pertenecía a la clase media, pura clase media: su padre aún sacaba los arenques del tonel con sus propias manos

para las criadas del otro lado del mostrador..., ¡y ahora tenían al propietario de un comercio al detalle en el Senado! ¡Y pensar que su abuelo, el abuelo de Thomas Buddenbrook, se había enemistado con su propio hijo, su primogénito, por haberse casado con una tendera! Así eran las cosas en otros tiempos.

Pero el nivel baja, claro, el nivel social del Senado se democratiza, mi querido Gieseke, y eso no es nada bueno. La valía como comerciante y el hecho de ser muy trabajador no es suficiente, digo yo, y no deberíamos ceder a la hora de exigir algo más... Imaginar a Alfred Lauritzen en el Senado, con esos pies tan grandes y esa cara de marinero, me ofende... ; algo, no sé qué, me ofende interiormente. Va contra todo sentido del refinamiento; en resumen: es de mal gusto.

Sin embargo, el senador Gieseke también se sintió un poco ofendido. Después de todo, él tampoco era más que el hijo de un jefe de bomberos... No, no, las recompensas debían estar en función de los méritos de cada cual. Por algo era uno republicano. —Por cierto, no debería fumar usted tantos cigarrillos, Buddenbrook; así no le aprovecha nada el aire del mar.

—Ay, sí, voy a parar —dijo Thomas Buddenbrook, dejó a un lado la boquilla y cerró los ojos.

La conversación continuó de manera cansina mientras la lluvia, que, por supuesto, comenzaba de nuevo, nublaba el paisaje. Sacaron a colación el último escándalo de la ciudad, la falsificación de unas letras de cambio firmadas por el comerciante al por mayor Kassbaum, P Philipp Kassbaum & Cía., que ahora estaba entre rejas. A ninguno le quitaba demasiado el sueño aquel asunto; dijeron que era una estupidez lo que había hecho el señor Kassbaum, se rieron un poco y se encogieron de hombros. El senador Gieseke contó que, pese a todo, el comerciante no había perdido su buen humor. Nada más llegar a su nuevo lugar de residencia, había pedido un espejo porque en la celda no tenía. «Hombre, no voy a estar aquí una eternidad, sino dos eternidades —había dicho—, y no puedo estar sin espejo todo ese tiempo.» Al igual que Christian Buddenbrook y Andreas Gieseke, había sido alumno del difunto Marcellus Stengel.

Sin que les cambiara el semblante, los caballeros se echaron a reír de nuevo, y parecía que rieran por la nariz. Sigismund Gosch pidió un grog de ron en un tono que parecía querer decir: «¿De qué me va a servir vivir mal?». El cónsul Dóhlmann pidió una botella de Aquavit, y Christian se dispuso a tomarse el ponche sueco que el senador Gieseke había pedido para ambos. Thomas Buddenbrook no tardó mucho en encender otro cigarrillo.

Y siempre en aquel tono cansino, displicente y escéptico, indiferentes y con la cabeza pesada por la comida, la bebida y la lluvia, hablaron de negocios, de los negocios de cada uno; aunque tampoco este tema animó mucho a nadie.

—Ay, no tenemos grandes alegrías, desde luego... —dijo Thomas Buddenbrook, sintiendo una opresión en el pecho y reclinando la cabeza en el respaldo del sillón con gesto asqueado.

—¿Y usted qué, Dóhlmann? —preguntó el senador Gieseke bostezando—. Veo que se ha dado al Aquavit...

—Si es que ¿de dónde va a sacar uno el carbón para la chimenea? —dijo el cónsul—. Me asomo a la oficina de cuando en cuando. El cabello corto no se tarda en peinar.

—Y todos los asuntos importantes están en manos de Strunck & Hagenstróm —intervino el anciano señor Gosch con aire sombrío, con los

codos casi en el centro de la mesa y su mefistofélica cabeza apoyada en las manos.

—Frente a una montaña de estiércol, no hay quien huela mal —dijo el cónsul Dóhlmann adrede con una pronunciación tan ordinaria que era imposible no caer en mayor cinismo—. ¿Y usted, Buddenbrook? ¿Todavía hace algo?

—No —respondió Christian—, yo ya no puedo más. —Y, sin transición, impelida únicamente por el estado de ánimo general y la necesidad de hacerlo todavía más deprimente, comenzó a contar la historia de su oficina de Valparaíso y de Johnny Thunderstorm con el sombrero medio caído sobre la frente—: Ja, con este calor! ¡Por Dios bendito!... ¿Trabajar? ¡No, sir, ya lo ve usted, sir! —Sus caras y movimientos reflejaban una desidia irreverente y, a la vez, simpática y sin malas intenciones. Su hermano no se movió.

El señor Gosch intentó llevarse a la boca el grog, volvió a dejar la copa sobre la mesa farfullando alguna blasfemia y alzó el puño en señal de odio hacia su propio brazo tembloroso, tras lo cual se acercó de nuevo la copa a los labios, derramó una buena parte y, de pura rabia, se bebió el resto de un trago.

—Usted y sus temblores, Gosch —dijo Dóhlmann—. Debería hacer como yo. Esa condenada Hunyadi Janos... Me muero si no tomo mi litro diario, hasta ahí he llegado; claro que, cuando me la tomo, sí que me pongo a morir de verdad... ¿Se imagina lo que es no conseguir terminar la comida ni un solo día? Quiera decir..., cuando todo es cosa del estómago... —Y añadió una serie de detalles repugnantes acerca de su estado, que Christian Buddenbrook escuchó con vivo interés y arrugando la nariz para responder, a su vez, con una breve pero pormenorizada descripción de su «tormento» personal.

La lluvia había arreciado. Caía perpendicular, como una cortina de agua caía, y su intenso e incesante murmullo llenaba el silencio de los jardines de un modo desolador y sombrío.

—Sí, la vida está podrida —dijo el senador Gieseke, que había bebido mucho.

—Yo ya no tengo ganas de seguir en este mundo —dijo Christian.

—¡Al diablo con todo! —dijo el señor Gosch.

—Por ahí viene Fiken Dahlbeck —dijo el senador Gieseke. Era la dueña del establo de las vacas; al pasar por delante de ellos, con su cubo de leche, sonrió a los caballeros. Corpulenta y descarada, rondaría la cuarentena.

—¡Qué delantera! —exclamó Gieseke, y el cónsul Dóhlmann aderezó el comentario con un chiste harto grosero, del que los caballeros volvieron a reírse por la nariz y en actitud displicente. Luego llamaron al camarero,

—Ya he terminado la botella, Schröder —dijo Dóhlmann—. Tráiganos la cuenta, por favor. En algún momento habrá que pagar... ¿Y usted, Christian? Le invitará Gieseke, supongo.

Pero entonces el senador Buddenbrook reaccionó. Había permanecido todo el tiempo sentado, arrebujado en su abrigo, con las manos sobre el regazo y el cigarrillo en la boca, sin intervenir apenas en la conversación; de pronto, se irguió en el asiento y dijo en tono cortante:

—¿No has traído dinero, Christian? Entonces permíteme que sea ya quien te invite a esa minucia...

Abrieron los paraguas y salieron fuera de la pérgola para dar un pequeño paseo...

De vez en cuando, la señora Permaneder visitaba a su hermano. Esos días iban paseando hasta la «roca de las gaviotas» o el «templo del mar», donde, por algún motivo, a Tony Buddenbrook la invadía un peculiar espíritu revolucionario y un entusiasmo general por no se sabía qué. Insistía una y otra vez en la libertad e igualdad de todas las personas, condenaba en cuatro palabras cualquier jerarquía de clases, lanzaba duras críticas contra los privilegios de las clases altas y el despotismo y reivindicaba expresamente que cada cual fuera recompensado por sus logros y nada más. Y luego empezaba a hablar de «la vida». Hablaba muy bien y entretenía mucho a su hermano. Aquella feliz criatura no había tenido necesidad de reprimir nada ni de guardar silencio sobre nada en toda su vida. No se había callado ni ante las lisonjas ni ante las ofensas que la vida le había traído. Absolutamente a todo, a sus alegrías y sus penas, le había dado expresión en un torrente de máximas banales e infantiles que, al mismo tiempo, daban fe de lo importante que se sentía y su peculiar necesidad de comunicarlo todo a todo el mundo. Cierta era que su estómago le causaba ciertos problemas, pero su corazón era libre y ningún lastre lo oprimía, ni siquiera ella misma sabía hasta qué punto. Ningún sentimiento reprimido la consumía; ninguna experiencia no verbalizada pesaba sobre ella. Y por eso su pasado no la atormentaba. Era consciente de que le había tocado vivir experiencias muy especiales y difíciles, pero nada de ello había dejado en su espíritu ninguna huella de cansancio y pesadumbre, y tampoco ella, en el fondo, creía que fuese así. Eso sí, como todas aquellas desgracias se tenían por hechos consumados, aprovechaba para hacer alarde de todo y contarlo una vez más con gesto muy serio... Se encendía y, presa de la más sincera indignación, enumeraba los nombres de todas aquellas personas que la habían perjudicado, a ella y, por extensión, a toda la familia Buddenbrook, a lo largo de su vida, cuyo número había aumentado de manera considerable.

—¡Trieschke el Lacrimoso! —exclamaba—. ¡Grünlich! ¡Permaneder! ¡Tiburtius! ¡Weinschenk! ¡Los Hagenstróm! ¡El abogado! ¡La Severin! ¡Qué filous, Thomas, Dios les castigará a todos algún día, en eso sí que confío!

Cuando llegaron al «templo del mar» ya comenzaba a caer la tarde; el otoño estaba bastante avanzado. Permanecieron de pie en una de las habitaciones que se abrían a la bahía, en las que olía a madera, igual que en las casetas de la casa de baños, y cuyas toscas paredes estaban llenas de inscripciones, iniciales, corazones y versos. Uno junto al otro, contemplaron la pendiente cubierta de musgo verde que bajaba hasta la playa y la estrecha y pedregosa franja de arena que se extendía a lo largo del mar, revuelto y turbio.

—¡Qué olas tan grandes...! —dijo Thomas Buddenbrook—. ¡Cómo vienen y rompen, vienen y rompen, una tras otra, sin fin, sin sentido, tristes y erráticas! Y, sin embargo, nos tranquilizan y nos consuelan como sólo lo hace lo más sencillo y necesario. He llegado a amar el mar cada vez más... Quizás en otra época me atrajeran más las montañas, porque estaban lejos de aquí. Ahora ya no querría ir por nada del mundo. Creo que sentiría miedo y vergüenza. Allí es todo demasiado azaroso, demasiado irregular, demasiado diverso...; sin duda, me sentiría demasiado inferior. ¿Qué tipo de personas son las que prefieren la monotonía del mar? Yo creo que son las que han pasado mucho tiempo observando su laberinto interior con demasiada profundidad, de modo que lo único que buscan, al menos en el exterior que les rodea, es una cosa: uniformidad... Hay una primera diferencia, menor: en las montañas, uno va trepando y subiendo, mientras que, junto al mar, uno permanece quieto, descansando en la arena. Sin embargo, conozco la mirada

con la que se rinden honores a lo uno y a lo otro. Los ojos que vuelan de cumbre en cumbre son ojos seguros, rebeldes, felices, llenos de ganas de vivir, de firmeza y valor para enfrentarse a lo que se ponga por delante; en cambio, ante la inmensidad del mar que mece sus olas con este fatalismo místico e hipnótico, hay una mirada nublada, consciente y sin esperanza que alguna vez vislumbró las profundidades del triste caos de la existencia... Salud o enfermedad: ahí está la diferencia importante. Uno escala con arrojo la maravillosa diversidad de aquellos parajes llenos de aristas, cumbres y precipicios para poner a prueba su fuerza vital cuando todavía no se ha consumido nada de ella. Pero prefiere descansar en la infinita uniformidad del mundo exterior cuando está cansado de la absurda maraña del interior.

La señora Permaneder, intimidada e incómodamente conmovida, guardó silencio; calló como calla la gente sencilla cuando, en medio de una conversación de sociedad, alguien dice muy serio una gran verdad. «¡Esas cosas no se dicen!», pensó, mirando con firmeza hacia la lejanía del horizonte para no encontrarse con los ojos de su hermano. Y, como si le pidiera disculpas por no poder evitar avergonzarse de él en aquel silencio, le cogió un brazo para rodearlo con los suyos.

CAPÍTULO VII

Había llegado el invierno y pasado la Navidad; era enero, enero de 1875. La nieve, que cubría las aceras como si fuese una masa mezcla de arena y ceniza, dura de tanto pisarla, había sido retirada hacia los lados de la calzada en grandes montones, cada vez más grises, porosos y deshechos, pues el termómetro señalaba algunos grados sobre cero. El suelo estaba mojado y sucio, y de los grises frontones de las fachadas caían gotas del hielo que se derretía. En cambio, por encima de todo ello lucía un cielo de un azul suave e impoluto en el que parecían titilar y bailotear millares de átomos de luz.

El centro de la ciudad bullía de vida, ya que era sábado y día de mercado. Los carniceros habían montado sus puestos bajo los soportales góticos del Ayuntamiento y pesaban el género con manos ensangrentadas. En la plaza del mercado, en cambio, alrededor de la fuente, en todos los puestos vendían pescado. Corpulentas mujeres, con las manos en sus manguitos de piel, ya muy pelados, y con los pies mojados arrimados a sus braseros de carbón, vigilaban a sus fríos y húmedos prisioneros y, con ordinarias voces, invitaban a comprar a las cocineras y amas de casa que rondaban por la plaza. No había peligro de ser engañado. Uno podía estar seguro de comprar género muy fresco, pues muchos de los pescados, grandes y musculosos, seguían vivos... Unos tenían más suerte que otros. Muy apretados pero llenos de energía, algunos nadaban en cubos de agua y no sufrían. Otros, por el contrario, con las branquias todavía en funcionamiento y unos ojos que producían escalofríos, se resistían a perder la vida y se agitaban desesperados en sus bandejas, dando fuertes golpes con la cola hasta que por fin los agarraban y, con un cuchillo muy grande y afilado, les cortaban la cabeza con un chasquido. Largas y gruesas anguilas serpenteaban formando caprichosas figuras. En hondas tinajas se veían enjambres negruzcos de gambas del Báltico. A veces, algún enorme rodaballo se retorció y convulsionaba hasta tal punto que, en su terror enloquecido, brincaba lejos

de la bandeja e iba a parar a la acera embarrada, con lo que su dueña tenía que salir corriendo a buscarlo y devolverlo a su lugar, entre duros reproches por haber intentado huir de sus obligaciones.

En la Breite Strasse, a mediodía, reinaba un intenso movimiento. Niños que volvían del colegio con la cartera a la espalda llenaban la calle con sus risas y sus voces y se bombardeaban unos a otros con la nieve sucia y medio derretida. Jóvenes aprendices de buenas familias de comerciantes, con gorras de marinero danés o elegantemente ataviados a la moda inglesa, con sus correspondientes portafolios bajo el brazo, pasaban a su lado con poca altivez, orgullosos de haberse librado ya del bachillerato profesional. Beneméritos caballeros maduros de cabellos grises, con su bastón de paseo en ristre y sus inquebrantables convicciones nacional—liberales escritas en el semblante, se detenían a mirar con atención la fachada de ladrillo esmaltado del Ayuntamiento, en cuyo portón formaba la doble guardia. Porque ese día estaba reunido el Senado. Los dos guardias de la Infantería, con sus abrigos de uniforme y el fusil al hombro, recorrían el trecho de rigor a zancadas y sin inmutarse por el barro y los charcos de nieve derretida. Se encontraban en el centro, ante la entrada, se miraban, intercambiaban alguna palabra y se separaban de nuevo, cada uno hacia un lado. A veces, cuando se les acercaba algún oficial que, con el cuello del abrigo subido y las manos en los bolsillos, iría detrás de alguna mamsell al tiempo que trataba de lucirse ante las jóvenes de las clases altas, ambos se detenían frente a su garita, se miraban de arriba abajo para comprobar que todo estaba en orden y presentaban armas... Todavía faltaba un buen rato para que salieran los senadores y tuvieran que saludarles a ellos. La sesión había empezado hacía tan sólo tres cuartos de hora. Sin duda, aún tocaría cambio de guardia antes de que terminase.

Entonces, de pronto, uno de los dos soldados oyó que alguien le chistaba muy breve y discretamente desde el interior del edificio y, en ese mismo instante, apareció en el portal la librea roja del ujier Uhlefeldt, que asomaba por la puerta con su sombrero de tres picos y su espadín, visiblemente agitado, pronunciaba un suave «¡Atención!» y se retiraba presuroso, mientras se oía ya el eco de unos pasos que se acercaban por el vestíbulo.

Los soldados abrieron el paso, dieron un golpe con los tacones, estiraron el cuello, sacaron pecho, descansaron el fusil y acto seguido lo presentaron con diestros y concisos movimientos. Entre los dos, con paso bastante ligero y la chistera en la mano, salió un caballero de estatura media que tenía unas cejas casi sin color, una más levantada que la otra, y un bigote negro muy tieso que sobresalía por encima de unas mejillas blanquecinas. El senador Thomas Buddenbrook abandonaba hoy el Ayuntamiento mucho antes del final de la sesión.

Giró a la derecha; por lo tanto, no estaba tomando el camino hacia su casa. Correcto, impecablemente arreglado y muy elegante, avanzaba por la Breite Strasse con aquel andar que lo caracterizaba, como si diera pequeños saltitos, y tenía que saludar a todos los conocidos con los que se cruzaba. Llevaba guantes blancos de cabritilla y el bastón, con puño de plata, bajo el brazo izquierdo. Entre las gruesas solapas del abrigo de piel se veía la corbata blanca del frac. A pesar de todo, su rostro, arreglado y afeitado con disciplinado mimo, se veía descompuesto. Más de uno se dio cuenta al pasar de que se le saltaban las lágrimas, tenía además los ojos enrojecidos y apretaba los labios de una forma muy peculiar, con sumo cuidado y gesto desencajado. A veces, tragaba como si se le hubiese llenado la boca de

líquido, y luego, por los movimientos de los músculos de las mejillas y las sienes, se veía que estaba apretando las mandíbulas.

—¡Vaya, vaya, Buddenbrook! ¿Haciendo novillos de la sesión? ¡Esto sí que es nuevo! —le dijo, al comienzo de la Mühlenstrasse, alguien a quien no había visto venir.

Era Stephan Kistenmaker, su amigo y admirador, el que hacía suyas todas y cada una de las opiniones del senador sobre cualquier cuestión pública. Llevaba la barba cortada en redondo, ya encanecida, y tenía unas cejas sumamente pobladas y una nariz muy larga y porosa. Hacía unos años que, tras haber ganado su buen dinero, se había retirado del negocio de vinos que ahora llevaba su hermano Eduard por cuenta propia. Desde entonces, vivía de rentas, pero como, en el fondo, esta nueva condición le hacía sentir un poco de vergüenza, siempre fingía estar ocupadísimo. «¡Es que estoy desbordado! —decía, pasándose la mano por los cabellos, grises y ondulados a golpe de tenacillas—. Claro que, ¿para qué está el hombre en este mundo si no es para matarse trabajando?» Pasaba horas y horas en la Bolsa dándose aires, pero sin tener nada en absoluto que hacer allí. Ocupaba numerosos cargos insignificantes. Hacía poco, había sido nombrado director de la Casa Municipal de Baños. Con gran diligencia, ejercía de miembro de algún jurado, corredor de comercio, albacea o lo que se terciase, y siempre tenía que secarse el sudor de la frente.

—Pero, Buddenbrook —repitió—, ¿habiendo sesión en el Senado andas por la calle de paseo?

—Ay, eres tú —dijo el senador en voz baja, como si evitara mover los labios—. A ratos se me nubla la vista. Tengo un dolor espantoso.

—¿Dolor? ¿De qué?

—De muelas. Desde ayer. No he pegado ojo en toda la noche. Aún no he ido al médico porque esta mañana tenía cosas pendientes en la oficina y luego no quería perderme la sesión en el Ayuntamiento. Pero no podía aguantar más, así que me dirijo a la consulta del doctor Brecht...

—¿Qué muela es?

—Una de abajo, a la izquierda... La tengo picada, claro... Es insoportable... Adieu, Kistenmaker. Ya comprendes que tengo prisa...

—¿Qué te crees, que yo no la tengo? ¡Mil cosas tengo que hacer! Adieu! Bueno, y que te mejores. ¡Que te la saquen y listo! Siempre es lo mejor, sacarla y fuera...

Thomas Buddenbrook siguió su camino y apretó las mandíbulas, aunque le dolía mucho más al hacerlo. Era un dolor desmesurado, ardiente, como si le taladrasen la boca, un verdadero tormento que se había extendido desde la muela afectada a toda la parte izquierda de la mandíbula inferior. La infección le golpeaba por dentro como si fuese un martillito al rojo vivo, y se le saltaban las lágrimas del calor febril que le subía a la cara. La noche en vela había afectado a sus nervios de un modo terrible. Le había costado un gran esfuerzo hablar sin que se le quebrara la voz.

Una vez en la Mühlenstrasse, entró en una casa con la fachada pintada de amarillo y subió al primer piso, donde había una puerta con una placa de metal en la que se leía: DOCTOR BPLECHT. DENTISTA. En el pasillo se percibía un intenso olor a bistec y a coliflor. De pronto, respiró el aire enrarecido y con fuerte olor a medicinas de la sala de espera a la que le dijeron que pasase.

—¡Siéntese... un momento! —chilló una voz de vieja. Era Josephus, que, desde el fondo de la sala, le miraba malicioso, de reojo, con sus ojillos venenosos, desde su jaula de brillantes barrotes. El senador se sentó a la

mesa redonda e intentó que los chistes de un ejemplar de la revista ilustrada *Fliegende Blätter* le hiciesen algún efecto, aunque pronto la cerró asqueado, se llevó el puño de plata frío a la mejilla, cerró los ojos, que le quemaban, y suspiró. Todo estaba en silencio a su alrededor; sólo se oía a Josephus picoteando los barrotes de la jaula. El señor Brecht no tuvo reparo en dejarle esperar un rato, aunque no estaba ocupado con ningún otro paciente. Thomas Buddenbrook se levantó desasosegado y bebió un vasito de agua de una frasca que había en una mesita y que olía y sabía a cloroformo. Luego abrió la puerta que daba al pasillo y, en tono irritado, dijo al aire que, a menos que fuese una urgencia lo que le retenía, el doctor ya podía tener la bondad de darse un poco de prisa. Sufría fuertes dolores.

Al punto aparecieron por la puerta de la consulta el bigote entrecano, la nariz ganchuda y la calva del dentista.

—Haga el favor —dijo.

—¡Haga el favor! —repitió Josephus.

El senador obedeció sin siquiera una sonrisa. «Un caso difícil», pensó el señor Brecht, y le mudó el color.

Los dos pasaron enseguida al luminoso salón que, delante de la ventana, tenía el sillón reclinable con almohadilla para la cabeza y brazos forrados de felpa verde. Mientras se sentaba, Thomas Buddenbrook explicó brevemente de qué se trataba, apoyó la cabeza en la almohadilla y cerró los ojos.

El señor Brecht ajustó la altura e inclinación del sillón y después comenzó a hurgar en la muela con un espejuelo y una varita de acero. Le olía la mano a jabón de almendras y el aliento a bistec y a coliflor.

—Hemos de proceder a la extracción —dijo después de un rato y palideció más todavía.

—Pues proceda —dijo el senador y cerró los párpados con más fuerza.

Hubo una pausa. El señor Brecht preparaba algo junto a un armarito y seleccionaba el instrumental. Luego se acercó de nuevo al paciente.

—Voy a darle unos toques para paliar el dolor —dijo.

Acto seguido, llevó a efecto lo que había anunciado, pintando generosamente la encía con un líquido de olor acre. Después rogó al senador en voz baja y cariñosa que se quedara muy quieto y abriera mucho la boca y se puso manos a la obra. Thomas Buddenbrook se agarraba con ambas manos a los brazos forrados de felpa del sillón. Apenas había notado cómo el doctor le introducía las tenazas y agarraba la muela, pero luego, tanto por el crujido que salía de su boca como por la presión cada vez más fuerte, más dolorosa y más furiosa a la que estaba sometida toda su cabeza, se dio cuenta de que todo avanzaba por el camino esperado. «¡Gracias a Dios! —pensó—. Ahora todo tiene que seguir su curso. Esto irá en aumento, más y más, hasta llegar a un punto culminante y hacerse insoportable, hasta la verdadera catástrofe, un dolor enloquecido, estridente e inhumano que te desgarrará el cerebro entero... Y luego ya estará superado; sólo he de tener un poco de paciencia.»

Pasaron tres o cuatro segundos. El tembloroso acopio de fuerzas que hacía el señor Brecht se transmitía a todo el cuerpo de Thomas Buddenbrook, que sintió cómo se levantaba un poco del sillón y oyó un débil gemido en la garganta del dentista... De pronto, notó un golpe tremendo, una conmoción, como si le hubieran partido el cuello, acompañado de un chasquido y un crujido seco. Abrió los ojos sobresaltado. La presión había cesado, pero le zumbaban los oídos y el dolor le latía y le ardía en la mandíbula infectada y vapuleada, y comprendió que aquél no era el objetivo que perseguían, no era la solución al problema, sino una catástrofe

prematura que sólo servía para empeorarlo todo... El señor Brecht había retrocedido. Apoyado en el armarito del instrumental y más pálido que la propia muerte, dijo:

—La corona... Ya lo veía venir.

Thomas Buddenbrook escupió un poco de sangre en la palangana azul que tenía al lado, pues la encía estaba lastimada. Luego preguntó semünconsciente:

—¿Qué es lo que veía venir? ¿Qué pasa con la corona?

—La corona se ha partido, señor senador. Me lo estaba temiendo... La muela está sumamente dañada... Pero era mi obligación intentarlo.

—¿Y, entonces, qué?

—Déjelo todo en mis manos, señor senador. —¿Qué hay que hacer?

—Hay que extraer las raíces. Haciendo palanca. Son cuatro. —¿Cuatro? ¿Cuatro veces ha de hacer palanca y tirar?

—Por desgracia, así es.

—Bueno, bueno, ¡pero por hoy ya basta! —dijo el senador y quiso levantarse de golpe, pero se quedó sentado y apoyó la cabeza en el respaldo—. Mi querido Brecht, no puede exigir lo sobrehumano —dijo—. Yo no me encuentro muy fuerte, de todas maneras, y al menos por esta vez estoy exhausto... ¿Tendría la bondad de abrir un poco esa ventana?

Así lo hizo el señor Brecht y luego respondió:

—Por mi parte, senador, no hay ningún problema en que vuelva usted a la consulta mañana o pasado mañana, a la hora que le venga bien, y postergaremos la operación hasta entonces... Permítame que le aplique un desinfectante y le dé de nuevo unos toques para paliar el dolor de momento.

Trajo el desinfectante y el medicamento para dar los toques, y luego el senador se marchó, acompañado por el gesto de encogerse de hombros en señal de condolencia que costó sus últimas fuerzas al señor Brecht, más blanco que la tiza.

—¡Un momento..., por favor! —chilló Josephus cuando atravesaron la sala de espera, y siguió chillando mientras Thomas Buddenbrook bajaba la escalera.

Hacer palanca para extraer la raíz... Bueno, bueno, eso sería mañana. ¿Ahora, qué? A casa a descansar e intentar dormir. El dolor del nervio en sí parecía haberse calmado; sólo notaba una especie de ardor sordo y pesado en la boca. A casa, pues... Y fue caminando lentamente por las calles, devolviendo el saludo a quienes se cruzaban con él de forma mecánica, con la mirada perdida y meditabunda, como si fuera analizando el estado de su cuerpo.

Llegó a la Fischergrube y comenzó a bajar la cuesta por la acera de la izquierda. A los veinte pasos sufrió un mareo. «Voy a tener que entrar en una de las licorerías de enfrente a que me den una copa de coñac», pensó, y se dispuso a cruzar la calle. Cuando había llegado más o menos a la mitad, sucedió lo siguiente: tuvo exactamente la sensación de que algo sacudía su cerebro y de que, a una velocidad vertiginosa y cada vez mayor, una fuerza irrefrenable lo hacía girar y girar en grandes círculos y luego en círculos cada vez más pequeños en torno a un mismo centro, y al final lo lanzaba con una violencia desmesurada, brutal y despiadada contra el centro, duro como la piedra, de todos los círculos... Dio un giro de ciento ochenta grados y, con los brazos estirados, cayó de bruces sobre el pavimento.

Como la calle tenía una pendiente muy pronunciada, el tronco le quedó bastante más bajo que los pies. Había caído sobre la cara, alrededor de la cual no tardó en formarse un charco de sangre. El sombrero rodó un trecho

calle abajo. El abrigo de piel se había salpicado de barro y nieve derretida. Sus manos, con los guantes blancos de cabritilla, habían ido a parar a un charco.

Así yacía en el suelo y así permaneció hasta que se acercaron algunas personas y le dieron la vuelta.

CAPÍTULO VIII

La señora Permaneder subía por la escalera principal recogiendo el vestido con una mano y llevándose el amplio manguito marrón a la mejilla con la otra. Más que andar, corría y tropezaba constantemente, llevaba la capota mal puesta, las mejillas encendidas, y sobre el labio superior se le veían diminutas gotas de sudor. Aunque no había nadie, hablaba sola mientras avanzaba, y entre sus murmullos se diferenciaban de cuando en cuando, con repentino énfasis, algunas palabras a las que el miedo ponía voz:

—No es nada —se decía—. No tiene por qué ser nada grave... No es posible que el buen Dios quiera eso... Él sabe lo que hace; en eso sí que confío... Seguro que no significa nada... ¡Ay, Señor mío, te rezaré todos los días!...

Presa del miedo, no decía más que incongruencias, se abalanzó por la escalera hasta la segunda planta y luego por el pasillo...

La puerta de la antesala estaba abierta y allí salió a su encuentro su cuñada.

El bello rostro de marfil de Gerda estaba completamente descompuesto de horror y asco, y sus ojos castaños, casi juntos y enmarcados por sombras azuladas, brillaban con una mirada rabiosa, trastornada y aterrorizada. Al reconocer a la señora Permaneder, enseguida le hizo señal de que se acercara con el brazo extendido y la abrazó, escondiendo la cabeza en su hombro.

—Gerda, Gerda..., ¿qué pasa? —exclamó la señora Permaneder—. ¿Qué ha sucedido?... ¿Qué significa esto? Dicen que se ha caído... ¿Sin conocimiento? ¿Cómo se encuentra?... El buen Dios no querrá lo peor... Ay, dímelo, por lo que más quieras... Pero no recibió respuesta de inmediato, sino que sintió cómo un escalofrío recorría el cuerpo entero de Gerda. Y luego escuchó un susurro en su hombro...

—¡Ay, qué aspecto traía... —entendió— cuando lo subieron a casa! Toda su vida queriendo evitar que se le viera una sola motita de polvo en la solapa... ¡Qué cruel ironía y qué humillación que el final le llegue así... !

Oyeron un ruido amortiguado. Se había abierto la puerta del vestidor, e Ida Jungmann estaba de pie en el umbral, con un delantal blanco y una palangana entre las manos. Tenía los ojos enrojecidos. Vio a la señora Permaneder y se retiró con la cabeza inclinada para dejarle paso. Su barbilla temblaba y estaba surcada de pequeñas arrugas.

Las cortinas de flores de los grandes ventanales se mecían con la corriente de aire cuando Tony, seguida de su cuñada, entró en el dormitorio. Les llegó una vaharada de fenol, éter y otros medicamentos. En la amplia cama de caoba, tapado con un edredón rojo, Thomas Buddenbrook estaba tumbado boca arriba, ya desvestido y con un camisón bordado. Sus ojos

semicerrados estaban en blanco, sus labios se movían bajo el desgreñado bigote en un constante balbuceo sin sentido, y su garganta emitía de cuando en cuando una especie de gargarismo. El joven doctor Langhals se inclinó sobre él para retirarle de la cara una gasa ensangrentada y sumergió otra en el líquido de un pequeño recipiente que tenía sobre la mesilla de noche. Luego auscultó al paciente y le tomó el pulso... Sentado sobre el cesto de la ropa sucia que había al pie de la cama, estaba él pequeño Johann, que se retorció la corbata del traje de marinerito y, con gesto taciturno, escuchaba los ruidos que emitía la garganta de su padre. La ropa manchada de barro y de sangre estaba en alguna parte, encima de una silla. _

La señora Permaneder se arrodilló junto a la cama, cogió la mano de su hermano, que sintió fría y pesada, y le miró fijamente a la cara... Empezó a comprender que, con independencia de que el buen Dios supiera lo que hacía o no, en cualquier caso parecía querer «lo peor».

—¡Tom! —gimió—. ¿No me conoces? ¿Cómo estás? ¿Es que quieres marcharte de nuestro lado? ¿No querrás marcharte de nuestro lado? ¡Ay, no, no, eso no puede ser!

No sucedió nada que hubiera podido interpretar como una respuesta. Alzó la vista buscando ayuda en el doctor Langhals. Éste seguía allí de pie, con sus bonitos ojos mirando al suelo, y la expresión de su rostro, no exento de autocomplacencia, reflejaba que todo dependía de la voluntad del Señor.

Ida Jungmann entró de nuevo para ayudar en lo que pudiera. El anciano doctor Grabow acudió también, estrechó la mano a todos con una cara larga y dulce, contempló al enfermo meneando la cabeza e hizo exactamente lo mismo que ya había hecho el doctor Langhals... La noticia se había extendido por toda la ciudad a la velocidad del viento. Una y otra vez llamaban a la campanilla de la cancela, y las voces de quienes preguntaban por el estado del senador llegaban hasta el dormitorio. «No se ha producido ningún cambio, ningún cambio...»: todo el mundo recibía la misma respuesta.

Los dos médicos se mostraron partidarios de que, pasara lo que pasara, llamasen a una de las hermanas de la Misericordia para atenderle. Enviaron, pues, a buscar a la hermana Leandra, y vino. Cuando entró en el dormitorio, no había en su rostro el menor rastro de sorpresa o de temor. También esta vez dejó su bolsito de cuero, su cofia y su capa en una silla sin hacer ruido y emprendió su tarea con movimientos suaves y amables.

El pequeño Johann pasó horas y horas sentado en el cesto, lo vio todo y no dejó de prestar atención al gorgoteo que emitía la garganta de su padre. Hubiera tenido que ir a una clase particular de matemáticas, pero comprendió que aquéllos eran acontecimientos ante los cuales nada tenían que decir los tipos de levitas de paño barato y ajado. Tampoco pensó en los deberes del

colegio más que un instante, con desprecio... A veces, cuando la señora Permaneder se le acercaba y lo apretaba contra ella, derramaba algunas lágrimas; pero, en general, permanecía con los ojos secos, con una expresión asqueada y meditabunda en el rostro, respirando con mucho cuidado y agitación, como si temiese percibir en cualquier momento aquel olor tan extraño y a la vez tan familiar...

Hacia las cuatro de la tarde, la señora Permaneder tomó una decisión. Pidió al doctor Langhals que la siguiera a la habitación contigua, cruzó los brazos y echó la cabeza hacia atrás, intentando apoyar la barbilla en el pecho al mismo tiempo.

—Mire, doctor —dijo—, una cosa está en su mano, y le ruego que lo haga. Dígame las cosas bien claras, por favor. Soy una mujer a quien la vida ha

hecho fuerte... He aprendido a soportar la verdad, créame... ¿Seguirá con vida mi hermano mañana? ¡Dígalo sin tapujos!

Y el doctor Langhals apartó sus bonitos ojos, se miró las uñas y habló de la impotencia humana, así como de la imposibilidad de responder a la pregunta de si el hermano de la señora Permaneder sobreviviría a la noche o sería llamado a la gloria del Señor en el siguiente minuto...

—Entonces ya sé lo que tengo que hacer —dijo ella; salió y mandó a un criado en busca del reverendo Pringsheim. Apareció sin revestir del todo, con sotana pero sin la gola almidonada, rozó a la hermana Leandra con una mirada gélida y se sentó junto a la cama en una silla que le tenían preparada. Pidió al enfermo que le reconociera y le prestase oídos unos instantes; y, como este intento resultase vano, se dirigió directamente a Dios en su estilizado dialecto francón y habló con él modulando la voz, ya en tono sombrío, ya con enfáticas palabras, en tanto alternaban en su rostro las expresiones de oscuro fanatismo y dulce transfiguración... Con aquella forma tan peculiar y tan untuosa de pronunciar las erres y deslizarlas por el paladar, el pequeño Johann recordó que, a esas horas, también hubiera tenido que merendar el café y los panecillos con mantequilla de todas las tardes.

El reverendo dijo que ni él ni los presentes debían rogar más por la vida de aquel hombre tan querido y amado, pues ya veían que era la santa voluntad del Señor llevárselo consigo. Tan sólo habían de rogar por que sus últimos momentos fuesen dulces... Y luego, con cuidada declamación y en un tono muy efectivo, recitó dos oraciones habituales en semejantes circunstancias y se puso de pie. Estrechó la mano a Gerda Buddenbrook y a la señora Permaneder, posó ambas manos a los lados de la cabeza del pequeño Hanno y, temblando de tristeza y ternura, contempló las largas pestañas de sus párpados siempre bajos, saludó a la señorita Jungmann, de nuevo rozó con una mirada gélida a la hermana Leandra y se marchó.

Cuando regresó el doctor Langhals, que se había ido a su casa a descansar un poco, encontró todo igual a como lo había dejado. Se limitó a comentar algunas cosas con la enfermera y se despidió. También el doctor Grabow pasó por el dormitorio una segunda vez, comprobó con expresión dulce que todo estaba en orden y se marchó. Thomas Buddenbrook seguía con los ojos en blanco, moviendo los labios sin cesar y haciendo una especie de gargarismo. Cayó la tarde. La escasa luz del crepúsculo invernal que entraba por la ventana iluminó muy suavemente la ropa manchada de barro y sangre que estaba en alguna parte, encima de una silla.

A las cinco, la señora Permaneder se dejó llevar por la irreflexión. Sentada junto a la cama, enfrente de su cuñada, comenzó a entonar un himno, con las manos juntas y pronunciando las erres muy uvulares, como cuando se enfadaba mucho, y todo en voz bien alta:

—Oh, Señor —comenzó a decir—, pon fin a su terrible sufrimiento; da fuerza a sus pies y sus manos y haz que, hasta la hora de la muerte... —Pero rezaba tan desde el fondo de su corazón que sólo pensaba en las palabras que decía en cada momento, sin tener en cuenta que no se sabía la estrofa entera y que, después del tercer verso, iba a quedarse atascada de un modo lamentable. Y así fue, se interrumpió antes de llegar a la cadencia final y, para compensarlo, adoptó una postura aún más digna y erguida. Todos los presentes en la habitación permanecieron expectantes y encogidos de vergüenza ajena. El pequeño Johann carraspeó tan fuerte que casi sonó como un gemido. Después, el único sonido que rompía el silencio fue el gorgoteo que salía de la garganta de Thomas Buddenbrook.

Todos se sintieron aliviados cuando la doncella anunció que, en el cuarto de al lado, habían preparado algo de comer. Sin embargo, cuando apenas habían probado la sopa, apareció la hermana Leandra en la puerta de la habitación de Gerda y les hizo una seña amable.

El senador se moría. Gimió dos o tres veces muy bajito, enmudeció y dejó de mover los labios. Ése fue el único cambio que se produjo en su persona; sus ojos ya estaban muertos antes.

El doctor Langhals, que tardó escasos minutos en llegar, apoyó su larga trompetilla negra en el pecho del senador, escuchó durante un rato y, tras un minucioso examen del cuerpo, concluyó: —Sí, ha fallecido.

Y, con mucho cuidado, con el dedo corazón de una de sus manos pálidas y de dulces movimientos, la hermana Leandra cerró los ojos del difunto.

La señora Permaneder se arrojó al suelo de rodillas junto a la cama, hundió el rostro en el edredón y rompió a llorar en voz alta, sin ningún recato, sin intentar disimular ni reprimir nada, en uno de aquellos arrebatos sentimentales tan sanos y tan propios de su naturaleza feliz... Se levantó con la cara toda mojada, pero reconfortada, aliviada y habiendo recuperado por completo el equilibrio de su espíritu, y al punto se mostró dispuesta a ocuparse de las esquelas que había que confeccionar y enviar sin falta y a toda prisa: una imponente partida de esquelas bien distinguidas...

Entró en escena Christian. Resultó que había recibido la noticia de la caída del senador en el Club y había salido de allí de inmediato. Sin embargo, por miedo a presenciar alguna escena horrible, había dado antes un largo paseo más allá del Burgtor para que no pudiera encontrarle nadie. Ahora acudía a la casa a pesar de todo y, ya en el vestíbulo, se enteraba de que su hermano había fallecido.

—¡Pero eso no es posible! —dijo y subió las escaleras cojeando, sin fijar la vista en ninguna parte.

Luego se acercó al lecho del difunto y se quedó de pie entre su hermana y su cuñada. Allí permaneció, con su cabeza calva, sus mejillas hundidas, su bigote lánguido y su terrible narizota ganchuda, con aquellas piernas esqueléticas y torcidas, un poco encorvado, con una silueta muy similar a la de un signo de interrogación; y sus ojillos hundidos contemplaron el rostro de su hermano, tan gélido, mudo, impasible y distante, se antojaba impenetrable a cualquier juicio humano. Las comisuras de los labios de Thomas se marcaban con una curva descendente que casi le confería una expresión de desprecio. Él, a quien Christian había reprochado que no lloraría su muerte, era quien había fallecido antes, se había muerto sin más, sin decir una sola palabra; distinguido e inmaculado, se había retirado a su mundo de silencio y, sin piedad, abandonaba a los demás a la vergüenza, como tantas otras veces había hecho a lo largo de su vida. ¿Había actuado bien o vilmente al no responder sino con frío desdén a los sufrimientos de Christian, a aquel «tormento», a la alucinación del hombre que le hacía señas, al episodio de la garrafa de alcohol o al problema de las ventanas abiertas? Aquella pregunta ya no tenía sentido, ya no cabía siquiera plantársela, puesto que la muerte, con imprevisible e insoslayable arbitrariedad, lo había designado a él, lo había querido a él y se lo había llevado a él, otorgándole una dignidad, unos derechos y una posición privilegiada frente a todos los vivos y despreciando, en cambio, a Christian, a quien habría de seguir atormentando con cincuenta miserias y nimiedades que no infundían respeto a nadie. Thomas Buddenbrook jamás había resultado tan imponente a los ojos de su hermano como en aquel momento. El éxito es decisivo. Sólo la muerte nos proporciona el respeto de los demás ante nuestras miserias, e incluso las

más penosas se tornan respetables. Tú has vencido, me inclino ante ti, pensó Christian, y, con un torpe y rápido movimiento, se arrodilló y besó la mano fría que descansaba sobre el edredón. Luego se apartó y comenzó a dar vueltas por la habitación sin fijar la vista en ninguna parte. Se presentaron otras visitas: los ancianos Krüger, las Buddenbrook de la Breite Strasse, el anciano señor Marcus. También acudió la pobre Clotilde; se detuvo junto a la cama del difunto, escuálida y cenicienta, y, con gesto apático, juntó las manos, en sus guantes de ganchillo, en gesto de oración.

—No creáis, Tony y Gerda —dijo en tono doliente y alargando las sílabas hasta lo imposible—, que tengo un corazón de hielo porque no lloro. Es que ya no me quedan lágrimas...

Y todos la creyeron al verla tan irremisiblemente polvorienta y marchita. Por fin, todos se retiraron al llegar una mujer, una anciana desdentada que no inspiraba simpatía alguna y venía para ayudar a la hermana Leandra a lavar y amortajar el cadáver.

Avanzada la noche Gerda Buddenbrook, la señora Permaneder, Christian y el pequeño Johann seguían sentados en torno a la mesa redonda del salón, bajo la gran lámpara de gas, trabajando con afán. Tenían que hacer una lista con toda la gente a la que había que enviar una esquila, y luego escribir las correspondientes direcciones en los sobres. De cuando en cuando, a alguno de ellos le venía a la mente un nombre nuevo para añadir a la lista... También Hanno estaba obligado a colaborar, ya que tenía buena letra y el tiempo apremiaba.

El silencio reinaba en la casa y en la calle. Raras veces se escuchaban pasos, que pronto se perdían. La lámpara de gas producía un suave zumbido, pronunciaban algún nombre en voz baja, el papel crujía. A veces, todos se miraban y recordaban lo que había sucedido.

La señora Permaneder escribía muy presurosa y diligente. Sin embargo, como si lo tuviese calculado, cada cinco minutos dejaba la pluma sobre la mesa, juntaba las manos, las levantaba hasta la altura de la boca y prorrumpía en lamentos.

—¡Es que no me cabe en la cabeza! —exclamaba, dando a entender que empezaba a hacerse a la idea de lo que realmente había pasado—. ¡Si es que todo ha terminado! —exclamaba después de forma por completo inesperada, con verdadera desesperación, y echaba los brazos al cuello de su cuñada sollozando, tras lo cual retomaba su trabajo con renovadas fuerzas.

Christian se encontraba en un estado similar al de la pobre Clotilde. Aún no había derramado ni una sola lágrima y se avergonzaba un poco por ello. Aquel sentimiento de vergüenza eclipsaba todos los demás. También en su caso, la constante inspección de sus propias experiencias y miserias interiores había consumido y secado todas sus lágrimas. De cuando en cuando, se erguía en el asiento, se pasaba la mano por la calva y decía con voz ahogada:

—Ay, sí, qué triste, qué triste... —Se lo decía a sí mismo, se lo repetía con insistencia como en un intento de que sus ojos se humedecieran al menos un poco...

De pronto, sucedió algo que trastornó a los cuatro. Al pequeño Johann le entró un ataque de risa. Al escribir, se había topado con un apellido que sonaba extraño y ante cuya comicidad no había podido resistirse. Lo repetía, resoplaba por la nariz, se inclinaba hacia delante, temblaba, hipaba y no era capaz de controlarse. Al principio habían pensado que lloraba; pero no era el caso. Los adultos se le quedaron mirando atónitos, sin dar crédito. Luego, su madre le envió a dormir.

CAPÍTULO IX

De una muela... De eso había muerto el senador Buddenbrook, se decía en la ciudad. ¡Pero, hombre, de eso no se moría uno! Sentía fuertes dolores, el señor Brecht le había partido la corona y, a continuación, se había caído redondo en mitad de la calle. ¿Se había oído alguna vez nada semejante?

De todas formas, daba lo mismo; era problema suyo. De momento, lo que había que hacer era enviar coronas, coronas bien grandes, coronas caras, coronas que redundaran en el propio prestigio, que salieran en los artículos del periódico, que dieran fe de lo respetables y pudientes que eran quienes las mandaban. Así pues, las enviaron: un verdadero alud de coronas que venían de todas partes, tanto de las entidades públicas como de las familias de la ciudad o de particulares; coronas de laurel, de olorosas flores, de plata, con lazos negros o con los colores de la ciudad, con dedicatorias impresas en letras negras o en letras doradas. Y palmeras, palmeras de enormes hojas. Todas las floristerías hicieron un negocio espléndido, y no salió precisamente poco beneficiada la de Iwersen, situada justo enfrente de la casa de los Buddenbrook. La señora Iwersen hubo de llamar a la campanilla de la cancela en numerosas ocasiones para entregar toda suerte de arreglos florales, de parte del senador Tal, del cónsul Cual, del cuerpo de funcionarios... Una de las veces preguntó si tendrían la bondad de permitirle subir un momento para ver al senador. Sí, por supuesto, le respondieron, y ella siguió a la señorita Jungmann por la escalera principal, recorriendo el espectacular vestíbulo con la vista pero sin decir nada.

Caminaba pesadamente, pues se hallaba en estado de buena esperanza, como de costumbre. Con el paso de los años su aspecto se había vuelto un poco más ordinario, aunque sus ojos negros almendrados y sus pómulos de corte oriental seguían dando muestra de un gran atractivo, y se veía que, de joven, debía de haber poseído una belleza extraordinaria. La hicieron pasar al salón, pues allí habían instalado la capilla ardiente de Thomas Buddenbrook.

Estaba en el centro de aquella amplia y luminosa estancia, en la que se habían retirado los muebles, con una mortaja de seda blanca, cubierto con una colcha de seda blanca y en un féretro de interior acolchado en seda blanca, envuelto en un fuerte y casi narcótico olor a nardos, violetas y otros cientos de flores. En la cabecera, en un semicírculo de candelabros de plata, sobre una peana forrada con tela negra, estaba el Cristo de Thorwaldsen. Los centros, coronas, cestas y ramos de flores se habían dispuesto a lo largo de las paredes, por el suelo y sobre la colcha; las palmeras estaban junto al féretro y sus hojas caían sobre los pies del difunto. Su rostro mostraba varias magulladuras, y sobre todo la nariz se veía deformada por el golpe. Sin embargo, sus cabellos se habían peinado igual que los llevaba en vida, y el bigote, que el anciano señor Wenzel había estirado con las tenacillas por última vez, contrastaba bien tieso con las mejillas blancas. La cabeza estaba un poco ladeada, y entre las manos le habían colocado un crucifijo de marfil.

La señora Iwersen se detuvo casi en el umbral de la puerta y desde allí parpadeó para ver el féretro; hasta que la señora Permaneder, de luto riguroso y moqueando de tanto llorar, no apareció entre los cortinajes desde la sala de estar y la invitó a acercarse con dulces palabras, no se atrevió a

avanzar un poquito por el suelo entarimado. Se quedó de pie con las manos cruzadas sobre su prominente vientre, y sus ojos negros almendrados miraron las plantas, los candelabros, los lazos, toda aquella seda blanca y el rostro de Thomas Buddenbrook. Habría resultado muy difícil describir con palabras la expresión de sus rasgos, pálidos y desdibujados por el embarazo. Al final dijo «Ay, sí...», emitió un sollozo, un único sollozo, muy corto y casi inaudible, y se dio la vuelta para marcharse.

A la señora Permaneder le gustaban mucho aquel tipo de visitas. No se movía de la casa y supervisaba con incansable fervor los homenajes que todo el mundo se afanaba por rendir a los restos mortales de su hermano. Con aquella pronunciación uvular suya tan característica, leía en voz alta una y otra vez los artículos de los periódicos en los que, al igual que en el centenario de la empresa, se celebraban sus muchos logros y se lamentaba profundamente la pérdida de tan importante personalidad. Permanecía en la sala de estar durante todas las visitas para dar el pésame que Gerda recibía en el salón; y no tenían fin, pues los visitantes eran legión. Se reunió con distintas personas para tratar aspectos relacionados con la organización del entierro, que debía estar marcado por una distinción insuperable. Organizó también una serie de despedidas formales. Por ejemplo, mandó subir de las oficinas a los empleados para decir el último adiós a su jefe. Luego hizo venir a los trabajadores de los almacenes. Acudieron arrastrando sus enormes pies por el entarimado, hicieron un gesto compungido con la más profunda honradez imaginable y difundieron por la casa un olor a aguardiente, tabaco de mascar y esfuerzo físico. Contemplaron la suntuosa capilla ardiente mientras hacían girar la gorra entre las manos, al principio maravillados y luego ya aburridos, hasta que uno de ellos tuvo el valor de despedirse y la tropa entera le siguió de puntillas, moqueando... La señora Permaneder estaba entusiasmada. Aseguró haber visto cómo a muchos les corrían las lágrimas hasta las toscas barbas. Sencillamente, no era cierto. Aquello no había sucedido. Pero, ¿y si ella había creído verlo y eso la hacía feliz?

Y llegó el día del entierro. El ataúd de metal estaba cerrado herméticamente y cubierto de flores, las velas de los candelabros ardían, la casa se llenó de gente y, rodeado de los familiares del difunto, los de la ciudad y los venidos de fuera, el reverendo Pringsheim se colocó en majestuosa actitud a la cabecera del féretro, descansando su expresiva cabeza sobre la gola almidonada como si ésta fuera un plato.

Un experto empleado, un eficiente cruce entre mayordomo y maestro de ceremonias, había asumido la dirección de la solemne celebración. Con la chistera en la mano, bajó de puntillas por la escalera principal y, susurrando pero con voz firme, puso orden en el vestíbulo, que acababa de ser tomado por un aluvión de funcionarios de aduanas de uniforme y transportistas de la empresa con sus habituales blusones, bombachos y chisteras:

—Los salones están llenos, pero todavía queda algo de espacio en los pasillos...

Después, se hizo un silencio general; el reverendo Pringsheim empezó a hablar, y su voz, con sus artísticas modulaciones e inflexiones, resonó por toda la casa. Pero mientras él, junto al Cristo de Thorwaldsen, alzaba las manos por delante de la cara y luego las bajaba con las palmas hacia abajo y los dedos muy estirados y separados para dar la bendición, abajo, en la calle, ya se detenían delante de la casa el coche fúnebre, de cuatro caballos, y el largo cortejo, que se extendía a lo largo de toda la Fischergrube hasta el río. Por otra parte, frente a la puerta, una compañía entera de soldados formaba en fila de a dos y con el fusil al pie; a la cabeza iba el teniente Von Throta,

cuyos ardientes ojos negros se alzaban hacia el mirador... En la vecindad, desde las ventanas o las aceras, eran muchos los que estiraban el cuello para ver qué iba pasando.

Finalmente, se inició cierto movimiento en el vestíbulo; a una orden, pronunciada en voz baja, del teniente, los soldados chocaron los talones y presentaron armas, el señor VonThrota bajó la espada y apareció el ataúd. Cuatro lacayos con abrigo negro y sombrero de tres picos lo sacaron por la puerta con sumo cuidado, tambaleándose un poco; el viento esparció el aroma de las flores por encima de las cabezas de los curiosos, además de llevarse por delante el plumero negro que lucía el techo del coche fúnebre, revolver las crines de todos los caballos que se alineaban hasta la orilla del río y amenazar con arrancar los velos negros de todos los sombreros de los cocheros y mozos. Algunos copos de nieve caían muy lentamente, trazando un gran arco desde el cielo.

Conducidos por los cuatro lacayos, los caballos del coche fúnebre, todos envueltos en tela negra de manera que no se veían más que sus inquietos ojos, se pusieron en movimiento con parsimonia, la compañía de soldados comenzó a marchar detrás y, uno tras otro, arrancaron también los demás coches. Christian Buddenbrook subió al primer coche, junto con el reverendo. El pequeño Johann iba en el siguiente, con un orondo pariente de Hamburgo. Y muy, muy despacio, con enorme parsimonia, solemnidad y pesadumbre, el cortejo fúnebre de Thomas Buddenbrook emprendió su camino mientras el viento azotaba las banderas a media asta que habían colocado en todas las casas... Los funcionarios y los mozos de los almacenes iban a pie.

Cuando el ataúd, seguido de todo aquel ejército de dolientes, se acercaba a la sepultura de la familia Buddenbrook por el camino interior del cementerio, pasando al lado de las cruces, estatuas, panteones y sauces, la compañía de soldados ya estaba allí formada e hizo el saludo de honor por segunda vez. Desde detrás de los arbustos llegaban las solemnes y contenidas notas de una marcha fúnebre.

Y, de nuevo, se había retirado la pesada lápida de piedra con el escudo familiar en ella esculpido; de nuevo, en la linde del bosquecillo, los caballeros principales de la ciudad rodearon la fosa a la que ahora descendía Thomas Buddenbrook para reunirse con sus antepasados. Allí estaban todos de pie, con la cabeza inclinada o ladeada en gesto doliente, y entre ellos se reconocía por sus corbatas y guantes blancos a los miembros del Senado. Más allá, en cambio, se apelotonaban los funcionarios, transportistas de la empresa, empleados de las oficinas y trabajadores de los almacenes.

La música dejó de sonar, el reverendo Pringsheim habló. Y cuando también sus bendiciones se desvanecieron en el aire invernal, todos los presentes se apresuraron a estrechar la mano al hermano y al hijo del difunto.

Se formó un largo desfile. Christian Buddenbrook recibía los incontables pésames con aquel gesto, entre apurado y ausente, que solía adoptar en las celebraciones. El pequeño Johann, con su grueso chaquetón de marinero de botones dorados, mantenía los ojos, siempre enmarcados por sombras azuladas, fijos en el suelo, sin mirar absolutamente a nadie, y, con una mueca de dolor, ladeaba la cabeza de espaldas al viento.

UNDÉCIMA PARTE

CAPÍTULO I

Uno se acuerda de esta o aquella persona, se pregunta cómo estará y, de pronto, le viene a la memoria que dicha persona ya no pasea por las calles de la ciudad y que en el concierto de voces de la gente ya no se escucha la suya, sencillamente porque ha desaparecido de escena para siempre y descansa en alguna parte, al otro lado del Burgtor, bajo tierra.

La consulesa Buddenbrook, de soltera Stüwing, la viuda del tío Gotthold, había fallecido. La muerte, que todo lo reconcilia y lo transfigura bajo su corona, se la había llevado también a ella, la que tan terrible discordia sembrase antaño en la familia; y sus tres hijas, Friederike, Henriette y Pfiffi, se sentían ahora con derecho a replicar a las condolencias de sus familiares con gesto ofendido, como si quisieran decirles: «Ya veis, ha sido vuestro rechazo lo que la ha llevado a la tumba... ». A pesar de todo, había vivido casi tanto como Matusalén.

También Madame Kethelsen descansaba en paz. Después de haber sufrido de gota durante sus últimos años, había abandonado este mundo dulcemente, sin perder su carácter simple y su fe infantil, para envidia de su erudita hermana, que seguía luchando por compatibilizar esa fe con ciertas dudas racionalistas y que, aunque cada vez se volvía más jorobada y más diminuta, estaba atada a este valle de lágrimas por una constitución más fuerte. El cónsul Peter Dóhlmann había muerto. Había dilapidado toda su fortuna y, finalmente, había sucumbido al Hunyadi Janos, dejando a su hija una renta de doscientos marcos anuales y la esperanza de que, en honor a su apellido, en la ciudad se apiadasen de ella y la admitiesen en el Convento de San Juan.

También Justus Kröger había muerto, y eso sí que era grave, pues ya nada impedía a su pusilánime esposa vender las últimas piezas de plata de su casa para enviar dinero al degenerado Jakob, que seguía llevando una vida disoluta en algún rincón del planeta.

En cuanto a Christian Buddenbrook, en vano se le habría buscado en la ciudad; ya no se hallaba entre sus murallas. Apenas cumplido el año del fallecimiento de su hermano, se había trasladado a Hamburgo, donde había contraído matrimonio ante Dios y los hombres con una señora a la que estaba unido sentimentalmente desde hacía muchísimos años, Aline Puvogel. Nadie había podido impedirselo. Ciertamente es que el testamento del difunto senador establecía que la administración de la herencia de su madre (la mitad de cuyos intereses, por otra parte, iba a parar a Hamburgo de todos modos) quedase en manos de su amigo Stephan Kistenmaker, pero, por lo demás, Christian era dueño de sus acciones... En cuanto corrió el rumor de que se había casado, la señora Permaneder escribió a la señora Aline Buddenbrook una larga carta, encabezada con un «Madame», en la que le exponía, en términos tan escogidos como venenosos, que la remitente jamás habría de considerar familia suya ni a la destinataria ni a sus hijos.

El señor Kistenmaker desempeñaba ahora las funciones de albacea, administrador de la fortuna de los Buddenbrook y tutor del pequeño Johann, y se consideraba muy honrado por ello. Suponían para él una actividad de suma importancia y le servían como justificante para contar en la Bolsa lo desbordado que estaba, acariciándose los cabellos para dar fe de su agobio..., sin olvidar que era recompensado por ello con el puntual ingreso

del dos por ciento de los beneficios en su cuenta particular. Sin embargo, como no había tenido demasiada suerte con los negocios que había hecho en esta su nueva condición, no había tardado mucho en ganarse el descontento de Gerda.

La empresa tenía que ser liquidada y desaparecer, concretamente, en el plazo de un año; así lo había dispuesto el senador en sus últimas voluntades. La señora Permaneder se mostró muy alterada al recibir la noticia. «¿Y Johann, el pequeño Johann, y Hanno?», había preguntado... El hecho de que su hermano hubiese ignorado a su hijo y único heredero a la hora de conservar la empresa suponía para ella una gran decepción y le dolía mucho. Más de una vez lloró al pensar que tendrían que desprenderse de aquel venerable escudo familiar, aquella alhaja transmitida de padres a hijos a lo largo de cuatro generaciones, de que la historia de aquella familia había de tocar a su fin, cuando aún quedaba un sucesor natural. Luego, sin embargo, se consoló con la idea de que el final de la empresa no tenía por qué significar el final de la familia y de que, precisamente por eso, su sobrino tendría que comenzar algo nuevo, una nueva obra que hiciese honor a su elevado destino de conservar el renombre y esplendor del apellido de sus antepasados y hacer florecer la estirpe de los Buddenbrook otra vez. No en vano se parecía mucho a su bisabuelo...

Así pues, se inició el proceso de liquidación de los negocios bajo la dirección del señor Kistenmaker y el anciano señor Marcus, y su desarrollo fue en verdad lamentable. El plazo indicado era demasiado corto, era obligado atenerse a él con sumo rigor y el tiempo apremiaba. Los asuntos pendientes se solucionaron a toda prisa y, desde luego, de un modo muy poco ventajoso. Una tras otra se sucedieron las ventas apresuradas y desfavorables. Los almacenes se convirtieron en dinero efectivo causando notables pérdidas. Y lo que no se echaba a perder por el irreflexivo exceso de celo del señor Kistenmaker, se perdía por la morosidad del anciano señor Marcus, de quien se decía por la ciudad que, en invierno, antes de salir de casa, no sólo se esmeraba en calentar en la estufa su abrigo y sombrero sino también el bastón, y quien, si alguna vez se encontraba en la coyuntura de poder hacer un buen negocio, sin duda dejaba pasar la ocasión... En resumen, todo eran pérdidas. Según figuraba en los papeles, Thomas Buddenbrook había dejado una fortuna de seiscientos cincuenta mil marcos; un año después de la lectura del testamento, la suma con la que se podía contar no era ni en lo más remoto equivalente a ésta.

En la ciudad circulaban los rumores más difusos y exagerados acerca de la desafortunada liquidación de la empresa, alimentados, además, por la noticia de que Gerda Buddenbrook tenía intención de poner a la venta la gran mansión de la Fischergrube. Circulaban toda suerte de historias sobre los motivos que la obligaban a ello y sobre aquella sospechosa disminución de la fortuna familiar, hasta el punto de que en todas partes comenzó a reinar un ambiente que la viuda del senador, desde su casa, al principio vio con asombro y extrañeza, y después con creciente disgusto. Cuando le contó a su cuñada que, un buen día, varios obreros y proveedores se habían presentado a reclamarle de muy malos modos el pago de facturas considerables, la señora Permaneder se quedó petrificada durante largo rato y, a continuación, se echó a reír con terribles carcajadas. Gerda Buddenbrook se indignó tanto que incluso llegó a expresar su deseo de marcharse de la ciudad con el pequeño Johann y regresar a Ámsterdam junto a su padre, para volver a tocar dúos de violín con él. No obstante, esto desencadenó tal estupor y tal aluvión de consternados ruegos de parte de la señora

Permaneder que, por el momento, la viuda del senador prefirió renunciar a dicho plan.

Como era de esperar, las protestas de la señora Permaneder se extendieron a la venta de la casa construida por su hermano. Expresó en voz bien alta sus quejas sobre la pésima impresión que habría de causar aquello en la ciudad y se lamentó de que supondría un nuevo azote para el prestigio de la familia. Con todo, hubo de reconocer que habría resultado muy poco práctico conservar y seguir viviendo en aquella mansión, aquel carísimo capricho de Thomas Buddenbrook, y que el deseo de Gerda de instalarse en una cómoda villa de menor tamaño al otro lado del Burgtor, en una agradable zona ajardinada, estaba muy justificado.

El señor Gosch, Sigismund Gosch, el corredor de fincas, vivió un día glorioso. Un acontecimiento transfiguró su ancianidad, paralizando incluso el constante temblor de sus miembros. Tuvo ocasión de pisar el salón de Gerda Buddenbrook y de sentarse frente a ella en un sillón para negociar cara a cara el precio de su casa. Había conseguido, por fin, parecer jorobado de verdad y, con el cabello blanco como la nieve peinado hacia la cara, cubriendo sienes y frente, y la barbilla puntiaguda como la de una bruja, se quedó mirándola fijamente desde abajo. Se comprometió a hacerse cargo de todo, estiró una mano con gesto teatral y, con mefistofélica sonrisa, ofreció ochenta y cinco mil marcos por la mansión. Era una oferta aceptable, pues parecía inevitable que la venta de aquella casa conllevara ciertas pérdidas. Pero era necesario contar con la opinión del señor Kistenmaker, de modo que Gerda Buddenbrook tuvo que despedir al señor Gosch sin haber cerrado el trato con él, y después resultó que el señor Kistenmaker no estaba dispuesto a dejar que nadie se inmiscuyese en sus funciones. Rechazó la oferta del señor Gosch y se rió de ella, jurando que vendería la casa por mucho más. Y siguió jurándolo y perjurándolo hasta que, para zanjar el asunto de una vez, se vio obligado a vender la casa por setenta y cinco mil marcos a un solterón entrado en años que regresaba de lejanos viajes y deseaba establecerse en la ciudad.

El señor Kistenmaker se encargó también de la compra de la nueva casa, una agradable villa que tal vez resultase un poco cara para su reducido tamaño, pero que estaba situada en una avenida de castaños al otro lado del Burgtor, rodeada de jardines y huertas, y correspondía enteramente a los deseos de Gerda. A esta villa se trasladó la viuda del senador en el otoño de 1876 con su hijo, sus criados y parte del mobiliario y menaje de la otra casa, mientras que el resto, para gran disgusto de la señora Permaneder, tuvo que quedarse en la Fischergrube y pasar a manos del solterón entrado en años. Por si habían sido pocos los cambios, Mamsell Jungmann, Ida Jungmann, después de ocho lustros en la casa, dejó el servicio en la familia Buddenbrook y regresó a su tierra, en la Prusia occidental, para pasar los últimos años de su vida en casa de unos parientes. A decir verdad, fue despedida por la senadora. Cuando la generación anterior se hizo mayor, aquel alma bondadosa tuvo ocasión de ocuparse de Hanno, de cuidarle y mimarle, de leerle los cuentos de los hermanos Grimm y de contarle aquella célebre historia de un tío suyo que había muerto de un ataque de hipo. Pero ahora el pequeño Johann ya no podía considerarse pequeño, ni mucho menos: era un muchacho de quince años a quien, pese a su profundo cariño y su entrega, ya no resultaba de gran utilidad; además, la relación con su madre se había tornado muy tensa desde hacía tiempo. En el fondo, Ida jamás había llegado a considerar como miembro pleno de la familia a aquella mujer que había llegado a la casa mucho después que ella y, por otra parte,

debido a su avanzada edad y a su estrechez de miras de una anciana sirvienta, había empezado a tomarse excesivas libertades. Provocaba la indignación de la señora por considerarse demasiado importante y extralimitarse en ciertas decisiones relativas a la casa... La situación era insostenible, se producían tremendos encontronazos entre ambas y, por más que la señora Permaneder intercedió por ella con la misma ferviente insistencia con que había rogado que no se deshicieran de las dos grandes mansiones y sus muebles, la vieja Ida fue despedida.

Lloró amargamente cuando se acercó la hora de decir adiós al pequeño Johann. El la abrazó, y luego se llevó las manos a la espalda, descansó el peso del cuerpo sobre una pierna, poniendo el pie de la otra de puntillas, y miró cómo se alejaba, con la misma mirada taciturna e introvertida que sus ojos de color miel y siempre rodeados de sombras azuladas habían mostrado frente al cadáver de su abuela, el día de la muerte de su padre, al ver cómo desmantelaban las dos grandes mansiones y en otras ocasiones de índole similar aunque de menor repercusión exterior... Para él, la despedida de la vieja Ida iba consecuentemente asociada a los demás pasos de aquel proceso de desintegración, de descomposición, a los que había asistido ya; a aquel ocaso, a aquel final. Ese tipo de cosas ya no le extrañaban en absoluto; curiosamente, no le habían extrañado nunca. A veces, cuando levantaba un poco la cabeza, con sus bucles castaños y sus labios siempre un poco compungidos, y cuando las delicadas y sensibles aletas de su nariz se abrían, se habría dicho que olisqueaba con cautela el ambiente, el aire que le rodeaba, como si temiese percibir aquel olor..., aquel olor extraño y a la vez tan familiar que no había logrado disimular el aroma de las numerosas flores que rodeaban al ataúd de su abuela.

Siempre que la señora Permaneder iba de visita a casa de su cuñada, se llevaba aparte a su sobrino para hablarle del glorioso pasado de los Buddenbrook y de ese glorioso futuro que, por la gracia de Dios, habrían de agradecerle a él, al pequeño Johann. Cuanto más desolador pareciese el presente, tanto más se deshacía ella en entusiasmadas descripciones de lo distinguida que había sido la vida en las casas de sus padres y abuelos, de cómo el bisabuelo de Hanno había recorrido el territorio alemán en un carro de cuatro caballos... Un día, sufrió un fuerte ataque de dolor de estómago después de que Friederike, Henriette y Pfiffi afirmasen las tres a la vez que los Hagenstróm eran la flor y nata de la sociedad...

Sobre Christian corrían noticias desconsoladoras. El matrimonio no parecía haber influido favorablemente en su estado mental. Repetidas veces habían vuelto a manifestarse aquellas siniestras alucinaciones y aquella manía persecutoria y, a instancias de su esposa y de un médico de su confianza, había sido internado en un sanatorio. No se encontraba a gusto allí, escribía lacrimosas cartas a los suyos y expresaba su más vivo deseo de ser liberado de nuevo de los muros de aquella institución en la que, al parecer, lo trataban con suma severidad. No obstante, allí permanecía retenido y, sin duda, eso era lo mejor para él a pesar de todo. En cualquier caso, eso permitía a su señora retomar la vida independiente que había llevado siempre sin ningún impedimento ni escrúpulo y, además, sin perjuicio alguno de las ventajas, prácticas y no sólo prácticas, que debía a su nuevo estado civil.

CAPÍTULO II

El resorte del despertador saltó y cumplió con su cruel obligación de hacer sonar un timbre. Era un sonido ronco y cansino, en realidad más parecido a una carraca que a un timbre, pues era un despertador con muchos años y mucho uso; no obstante, sonó largo rato —largo hasta lo desesperante— ya que la cuerda estaba dada a conciencia.

Hanno Buddenbrook se estremeció en lo más profundo de su ser. Como cada mañana, sus entrañas se encogieron de rabia, pesar y desesperación con aquel ruido que, con tan mala fe y, al mismo tiempo, con tan buena intención, sonaba en la mesilla de noche, muy cerca de su oído. Sin embargo, ni siquiera pareció rebullir en la cama, no cambió de postura; y sólo abrió los ojos un instante, arrebatado de algún sueño matinal ya borroso.

La alcoba, casi tan fría como la calle en aquel invierno, estaba completamente a oscuras; Hanno no distinguía ningún objeto y no veía las agujas del reloj. Pero sabía que eran las seis porque la noche anterior había puesto el despertador a esa hora... Ayer..., ayer... Mientras permanecía boca arriba, con los nervios en tensión, luchando por decidirse a encender la luz y salir de la cama, poco a poco recobró la conciencia de todo lo que le había colmado de dicha el día anterior.

El día anterior había sido domingo y, como premio por haber dejado que el señor Brecht lo torturase durante varios días consecutivos, le habían permitido acompañar a su madre al Stadttheater para escuchar Lohengrin. La ilusión que le hacía aquella velada había dado sentido a su vida durante toda la semana. Lo único lamentable era que siempre, hasta que llegaba el anhelado día de fiesta, había de pasar grandes sufrimientos que, hasta el último momento, le impedían ilusionarse con libertad y alegría. Sin embargo, llegó el sábado y la mañana de colegio quedó atrás, y el pedal de la máquina del señor Brecht puso en marcha el doloroso zumbido del taladro en su boca por última vez... Ya estaba todo pasado y superado, pues enseguida había decidido que los deberes podrían esperar más allá de la velada del domingo. ¿Qué era el lunes visto entonces? ¿Se antojaba siquiera posible que llegara alguna vez? ¡Quién cree en el lunes cuando va a ir a escuchar Lohengrin la noche del domingo! Hanno pensaba levantarse más temprano el lunes y ocuparse de esas fútiles tareas... ¡y no había más vueltas que darle! Entonces sí se había sentido completamente libre y había dado rienda suelta al gozo de su corazón; se había sentado al piano a fantasear y había olvidado todas las contrariedades.

Y luego, la ilusión se había hecho realidad. Le había invadido con su magia y sus bendiciones, con su temblor secreto, su escalofrío de placer, con sus repentinos sollozos interiores, con toda su embriagadora e inagotable exaltación... Cierto es que los violines baratos de la orquesta local habían dejado un poco que desear en el preludio, y que Lohengrin, un tipo gordo y engreído con una barba rubicunda del color del pan, avanzaba un poco a trompicones en la barca. Además, en el palco contiguo estaba su tutor, el señor Stephan Kistenmaker, que había comentado gruñendo que vaya manera de disipar y distraer de sus obligaciones a un muchacho era aquélla... Pero la dulce y esplendorosa grandeza de la música le había elevado por encima de todo ello.

Pero después había llegado el inevitable final. La melodiosa y resplandeciente dicha enmudeció y se apagó; con la cabeza ardiendo, Hanno

se encontró de nuevo en su cuarto y tomó conciencia de que tan sólo unas pocas horas de sueño, allí, en su cama, le separaban de la cruda realidad. Entonces se apoderó de él aquella sensación de abatimiento absoluto que tan bien conocía. De nuevo sintió cuánto dolor produce la belleza, cómo desemboca en el más profundo sentimiento de vergüenza y anhelante desesperación y, a pesar de todo, consume también todo el valor y la capacidad de subsistir en la vida corriente. Hasta tal punto era presa de un desaliento desesperante y demoledor que, una vez más, se dijo que aquella especie de losa que pesaba sobre él tenía que ser algo más que un cúmulo de problemas personales, una carga que su alma arrastraba desde que alcanzaba a recordar y bajo cuyo peso habría de sucumbir algún día...

Luego había puesto el despertador y se había quedado dormido, con un sueño tan profundo y tan pesado como el de quien no desea despertar jamás. Y ahora había llegado el lunes, y eran las seis de la mañana y no había hecho la tarea de ninguna de las clases.

Se incorporó y encendió la vela de la mesilla de noche. Sin embargo, como sus brazos y sus hombros comenzaron a tiritar por el terrible frío de la habitación, al punto se dejó caer de nuevo y se tapó con el edredón.

Las agujas marcaban las seis y diez... ¡Ay!, ya no tenía mucho sentido levantarse a trabajar, era demasiado: tenía algo que preparar para casi todas las clases, no merecía la pena ni empezar y, de todas formas, ya había pasado la hora a la que se había propuesto levantarse... ¿Le parecía ahora tan ineludible como el día anterior que fuesen a preguntarle la lección en latín y en química? Cabía suponer que sí; es más, la ley de la probabilidad apuntaba a ello. En latín (Ovidio), les había tocado hacía poco a todos los apellidos de las últimas letras del alfabeto, de modo que lo más lógico era que hoy volviesen a los de la A y la B. Ahora bien, tampoco era seguro al cien por cien, no podía darse por sentado sin más. ¡Siempre había excepciones a la regla! ¡Qué no podía obrar la casualidad, por Dios bendito! Y en tanto se demoraba en tales conjeturas, tan engañosas como seductoras, sus pensamientos se emborronaron y se quedó dormido de nuevo.

En su pequeña alcoba de estudiante, fría y desnuda, con su grabado de la Madonna Sixtina en la cabecera de la cama, su mesa de tablero extensible en el centro, su estantería llena de libros encajados a presión y en desorden, un pupitre de caoba de patas rectas, el armonio y el pequeño lavamanos, reinaba el silencio bajo la temblorosa luz de la vela. Se habían formado flores de escarcha en las ventanas, con las persianas sin bajar para que la luz del día entrase antes. Hanno Buddenbrook dormía, la mejilla apretada contra la almohada. Dormía con los labios entreabiertos y los párpados, con sus larguísimas pestañas, profunda y firmemente cerrados, con una expresión de devota y doliente entrega al sueño, y sus suaves bucles castaños le caían sobre la frente. Paulatinamente, la llamita de la mesilla de noche fue perdiendo su resplandor entre amarillento y rojizo hasta que la mañana asomó pálida y sin brillo a través de la costra de hielo del cristal de la ventana.

A las siete, Hanno volvió a despertarse sobresaltado. Ahora había vencido incluso esa pequeña tregua. Había que levantarse y enfrentarse al día; no había nada que lo impidiera. Faltaba una hora escasa para que empezase el colegio... El tiempo apremiaba, y ya ni se planteaba pensar en los deberes. A pesar de todo, permaneció echado un poco más, lleno de amargura, pesar y exasperación ante aquel imperativo despiadado que le llamaba a dejar la cama calentita en mitad de la gélida penumbra y salir al exterior a correr peligros y calamidades entre gentes de rígidos principios y malas

intenciones. «¡Ay!, sólo dos minutos de nada, ¿de acuerdo?», le preguntó a su almohada con desbordante ternura. Y luego, en un arrebató de rebeldía, se concedió cinco minutos enteros más para cerrar un poco los ojos, y de tanto en tanto abría uno de ellos y miraba con desesperación la manecilla del despertador, que seguía avanzando por la esfera sin vacilar, sin incumplir su deber, sin saber nada ni sentir nada.

A las siete y diez, se liberó del edredón, se levantó de un salto y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro con unas prisas tremendas. La vela seguía encendida, pues la luz que entraba por la ventana aún no era suficiente. Al derretir una de las flores de escarcha con el aliento, Hanno vio que una espesa niebla inundaba las calles.

Tenía un frío espantoso. A veces, un doloroso escalofrío sacudía todo su cuerpo. Las puntas de los dedos le quemaban y estaban tan hinchadas que prefirió no intentar siquiera pasarse el cepillo de uñas. Mientras se lavaba el torso, faltó poco para que se le cayera la esponja de la mano, casi muerta, y, durante un momento, se quedó allí de pie como paralizado, desamparado, como los caballos cuando sudan y sale vapor de su cuerpo.

Por fin, con la respiración entrecortada y los ojos vidriosos, se encontró listo para salir junto al galán de noche, cogió la cartera de cuero y, haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban a la vista de la desesperada situación, se dispuso a guardar en ella los libros necesarios para el día («religión, latín, química...»), apretujando unos contra otros aquellos volúmenes estropeados y llenos de manchas de tinta.

Se había convertido en un muchacho bastante alto el pequeño Johann. Hacía tiempo que había cumplido los quince años y ya no iba vestido de marinero de Copenhague, sino con un traje de chaqueta marrón claro, con corbata azul con pintas blancas. Sobre el chaleco se veía la larga y fina cadena de oro que antaño perteneciese a su abuelo, y en el anular de la mano derecha, una mano tal vez demasiado ancha pero finamente torneada, destacaba el anillo, el antiguo sello de la piedra verde, que pasaba de padres a hijos y que ahora le pertenecía a él... Se puso el grueso chaquetón de invierno de lana y el sombrero, agarró la cartera, apagó la vela y echó a correr por las escaleras hasta la planta baja, pasó junto al oso disecado y giró a la derecha para pasar por el comedor.

Ya estaba allí Mamsell Clementine, la nueva ama de llaves de su madre, una muchacha muy delgada con pequeños tirabuzones sobre la frente, nariz puntiaguda y ojos de miope, preparando la mesa del desayuno.

—¿Qué hora es ya? —preguntó Hanno entre dientes, aunque sabía perfectamente la hora que era.

—Las ocho menos cuarto —respondió ella, señalando el reloj de la pared con una mano delgada y colorada, de aspecto gotoso—. Tiene que darse mucha prisa en salir, señorito Hanno... —Colocó una taza humeante en su sitio y le acercó el cestillo con el pan y la mantequilla, el salero y la huevera.

Hanno no dijo nada más, cogió un panecillo y empezó a beberse el cacao de pie, con el sombrero puesto y la cartera bajo el brazo. La bebida caliente le causaba un dolor espantoso en la muela que el señor Brecht acababa de tratarle... Se dejó la mitad, rechazó también el huevo y, con la boca desencajada, emitió un ligero sonido que podía interpretarse como «Adieu!» y salió de la casa a toda velocidad.

Eran las ocho menos diez cuando cruzaba el jardín delantero, dejaba atrás la pequeña villa de fachada roja y, girando hacia la derecha, emprendía la carrera por la avenida, a través del invierno... Diez, nueve, ocho minutos le quedaban. Y el camino era largo. ¡Y con tanta niebla apenas se veía por

dónde iba uno! Hanno respiraba y expulsaba de nuevo aquella niebla espesa y helada, con todas las fuerzas que albergaba su delgado pecho, apretaba la lengua contra la muela, que aún le quemaba por culpa del cacao, y forzaba los músculos de sus piernas hasta un límite absurdo. Iba bañado en sudor y, sin embargo, sentía que todos y cada uno de sus miembros seguían congelados. Comenzó a sentir punzadas en los costados. Con aquel forzado paseo matutino, el escaso desayuno se le revolvió en el estómago; tenía ganas de vomitar, y su corazón no era sino una especie de bola temblorosa y descontrolada que le robaba el aliento.

El Burgtor... ¡Todavía estaba en el Burgtor, y faltaban cuatro minutos para las ocho! Mientras recorría las calles, luchando con el sudor frío, el dolor, las náuseas y la angustia, miraba a su alrededor por si veía a otros escolares... No, nada. Ya no había nadie. Todos estaban ya donde debían estar, y justo entonces comenzaban a dar las ocho. Las campanas de todos los campanarios resonaban a través de la niebla, y las de la Marienkirche, para celebrar la ocasión, para colmo, tocaban el coral «Demos todos gracias al Señor»... Lo tocaban que daba lástima oírlo, según constató Hanno, y su desesperación se convirtió en rabia: esas campanas no tenían ni el más remoto sentido del ritmo y no podían estar peor afinadas... ¡Ay, pero ése no era sino el menor de los males, el menor de todos! Sí, llegaba tarde, ya no era una hipótesis, era un hecho. El reloj del colegio atrasaba un poco, pero llegaba tarde de todas maneras, estaba seguro. Miraba las caras de la gente con la que se cruzaba. Se dirigían a sus oficinas o a sus negocios y no se daban excesiva prisa, no sentían el peso de ninguna amenaza. Algunos respondían a su mirada envidiosa y doliente, le miraban y, viendo lo descompuesto que iba, sonreían. ¿Qué pensarían y cómo juzgarían su situación aquellas personas libres de temor y angustia? «¡Esa sonrisa suya, caballeros, es fruto de la crueldad!», hubiera querido gritarles Hanno. Tal vez imaginaban cuán sumamente deseable sería caer muerto ante el portón del patio..., ante el portón cerrado...

El prolongado timbrado que indicaba el comienzo de la oración del lunes hirió sus oídos cuando todavía estaba a veinte pasos del largo muro de ladrillo rojo, interrumpido por dos portones de forja, que separaba el patio delantero de la calle. Como ya no le quedaban fuerzas para correr y avanzar, simplemente dejó caer el cuerpo hacia delante, de modo que las piernas tuvieron que sostenerle como pudieron para que no cayese de bruces, fueron avanzando hacia delante, tropezando y haciendo eses, y alcanzaron el primer portón cuando había dejado de sonar el timbre.

El señor Schlemiel, el conserje, un hombre bajo con áspera barba y cara de obrero, estaba justo a punto de cerrar.

—Anda, pasa... —dijo y dejó que se deslizase dentro el alumno Buddenbrook...

Quizá, quizás estuviera salvado... La idea era dirigirse hasta su clase con sumo sigilo y sin que nadie le viera, esperar allí el final de la oración, que tenía lugar en el gimnasio, y hacer como si no hubiera pasado nada. Así pues, sin resuello, exhausto y congelado bajo el sudor frío, recorrió el patio, también de ladrillo rojo, y se coló en el interior del edificio por una de las bonitas puertas de vaivén con cristalerías de colores. Todo era nuevo, pulcro y bonito en aquella institución. El tiempo había decidido por ella, y aquellas aulas y muros grises y apolillados de lo que antaño fuera una escuela conventual y donde aún habían estudiado los padres de la actual generación de la ciencia se habían derribado para construir en su lugar unas magníficas y espaciosas nuevas instalaciones. Se había respetado el estilo general, y los

pasillos y cruceros seguían coronados por solemnes bóvedas góticas. Sin embargo, en lo relativo a la iluminación y calefacción, la espaciosidad y luminosidad de las aulas, la acogedora comodidad de las salas de profesores y el equipamiento práctico de las salas de química, física y dibujo, reinaba el sumo confort de los tiempos modernos.

Hanno Buddenbrook, aún agotado, caminaba pegado a la pared y miraba a su alrededor... No, gracias a Dios, no le había visto nadie. Desde otros pasillos le llegaba el eco de las voces de la masa de alumnos y profesores que se agolpaban en dirección al gimnasio para buscar en la oración un pequeño refuerzo para el trabajo de la semana. Donde estaba Hanno, todo estaba en silencio, como muerto, y también el camino por las amplias escaleras de suelo de linóleo se veía despejado. Con sigilo, conteniendo la respiración y aguzando el oído al máximo, se deslizó escaleras arriba. Su clase, que correspondía al penúltimo curso de la secundaria de la rama profesional, la Realschule; estaba en la primera planta, enfrente de las escaleras; la puerta estaba abierta. Desde el último peldaño, se inclinó hacia delante e inspeccionó el largo pasillo, en cuyos lados había sendas hileras de puertas, con rótulos de porcelana en la entrada de las respectivas clases; dio tres raudos y silenciosos pasos y se encontró dentro.

La clase estaba vacía. Los tres grandes ventanales aún tenían las cortinas echadas, y sólo se escuchaba el suave borboteo de las lámparas de gas que colgaban del techo. Sus pantallas verdes distribuían la luz sobre las tres filas de pupitres, de madera clara, con dos asientos cada uno, frente a los cuales se encontraba la cátedra, oscura y distante, con una pizarra en la pared de la cabecera, imponiendo autoridad. La parte inferior de las paredes estaba recubierta por finos listones de madera amarilla; por encima de éstos, el muro, sin pintar, estaba adornado con algunos mapas. En uno de los laterales de la cátedra había una segunda pizarra sobre un caballete. Hanno se dirigió a su sitio, más o menos en el centro de la clase, metió la cartera en la repisa que había bajo la mesa, se desplomó en el duro asiento, apoyó los brazos sobre el tablero y acomodó la cabeza encima. Le invadió una indescriptible sensación de placidez. Aquella estancia desnuda y fría era fea y odiosa, y sobre su corazón se cernía la angustiosa amenaza de toda una mañana de clases con sus mil peligros. No obstante, por el momento podía sentirse a salvo, su integridad física ya no corría ningún riesgo y así al menos podría afrontar las cosas. Además, la primera hora, la clase de religión con el señor Ballerstedt, era bastante inocua... La vibración de la pequeña lengüeta de papel que asomaba por la abertura circular de la pared indicaba que iba entrando el aire caliente, y también las llamas de gas de las lámparas calentaban un poco la clase. ¡Ay, uno podía estirarse bien y dejar que sus agarrotados y helados miembros fueran relajándose y entrando en calor! Un agradable pero malsano calor le subió a la cabeza, hizo zumbar sus oídos y le nubló la vista...

De pronto, percibió un ruido a su espalda y no pudo evitar sobresaltarse y volverse de golpe... Y he aquí que por detrás del último pupitre asomó Kai, el conde Mólln, de medio cuerpo. El joven caballero salió de su escondite, se puso en pie, dio unas cuantas palmadas para sacudirse el polvo de las manos, y se acercó a Hanno con el rostro radiante.

—¡Hombre, Hanno, eres tú! —le dijo—. ¡Y yo que me había agazapado ahí detrás porque, cuando entraste, creí que eras alguno de esos condenados profesores!

Hizo un gallo, pues era obvio que estaba cambiando la voz, lo que aún no había empezado a ocurrirle a su amigo. Había crecido tanto como Hanno, pero, por lo demás, seguía siendo el mismo de siempre. Seguía llevando un traje de color indefinido al que le faltaba algún que otro botón y cuya trasera del pantalón estaba formada por un enorme remiendo. Sus manos seguían sin estar limpias del todo, pero conservaban su forma estrecha y noblemente torneada, con dedos largos y delgados y uñas terminadas en punta. Su cabello rojizo, con una raya mal hecha en el medio, seguía cayéndole sobre la frente de immaculado alabastro, bajo la cual brillaban sus ojos azul claro, de mirada profunda y aguda... El contraste entre aquel acusado desaliño y lo aristocrático de su rostro, de corte delicado, con la nariz ligeramente curva y el labio superior como fruncido, resultaba todavía más llamativo que antes.

—¡Pero Kai! —dijo Hanno con una mueca de disgusto y llevándose la mano al corazón—. ¿Cómo puedes darme un susto así? ¿Qué haces aquí arriba? ¿Por qué te habías escondido? ¿Tú también has llegado tarde?

—¡Qué va! —respondió éste—. Llevo aquí mucho rato... El lunes por la mañana está uno deseando volver a entrar en este lugar, como tú bien sabes, mi querido amigo... No, sólo me he quedado aquí arriba por divertirme. Le tocaba vigilar al «profesor superior inferior» y ya sabes que no va precisamente en contra de su religión conducir a la plebe a la oración... Así que me mantuve muy pegado a sus espaldas todo el rato... Cada vez que se daba la vuelta para vigilar a su alrededor, el místico de él me encontraba justo detrás, hasta que se marchó, y así logré quedarme aquí arriba... Tú, en cambio —dijo en tono compasivo y, con un gesto cariñoso, se sentó al lado de Hanno en el pupitre—, has tenido que correr, ¿eh? ¡Ay, pobre! Parece que te hubiera perseguido el demonio. Si hasta tienes el pelo pegado a las sienes... —Y cogió una regla de la mesa y, muy serio y con mucho cuidado, fue despegando los bucles del pequeño Hanno—. ¿Con que te has dormido?... Por cierto, estoy sentado en el sitio de Adolf Todtenhaupt —se interrumpió y lanzó una mirada a su alrededor—. ¡En el sagrado sitio del primero de la clase! En fin, por esta vez, tampoco pasa nada... O sea, que te has dormido, ¿no?

Hanno había vuelto a apoyar la cabeza sobre los brazos cruzados.

—Es que anoche estuve en el teatro —dijo tras un profundo suspiro.

—¡Anda, claro, se me había olvidado! ¿Tan bonito fue? Kai no recibió respuesta.

—Tú sí que vives bien —prosiguió intentando convencer a su amigo—, deberías pensar en eso, Hanno. Mira, yo no he estado en el teatro en mi vida, y, desde luego, no veo ni la más remota posibilidad de ir alguna vez en años y años...

—Si no fuera por la resaca que deja... —dijo Hanno compungido.

—Sí, esa sensación sí que la conozco —y Kai se agachó para recoger el sombrero y el abrigo de su amigo, que estaban tirados en el suelo, y, sin decir nada, salió al pasillo para colgarlos.

—¿Entonces no te sabrás muy bien los versos de las Metamorfosis? —preguntó cuando volvió a entrar.

—No —dijo Hanno.

—¿Has preparado el parcial de geografía? —No soy nada y no sé nada —dijo Hanno.

—¡Así que tampoco tienes ni idea de química ni de inglés! All right! ¡Entonces estamos hermanados y somos compañeros de armas! —exclamó Kai visiblemente aliviado—. Estoy justo en la misma situación —explicó tan contento—. El sábado no trabajé porque al día siguiente era domingo, y el

domingo tampoco trabajé por guardar la fiesta... No, ¡qué tontería! Sobre todo, porque tenía otras cosas más interesantes en las que trabajar, evidentemente —dijo con repentina seriedad, y un ligero rubor coloreó su rostro—. Sí, sí, hoy puede ser un día bien divertido, Hanno.

—Como me pongan otra falta de aplicación en alguna clase —dijo el pequeño Johann— tendré que repetir curso; y seguro que me la ponen si me preguntan en latín. Toca la letra B, Kai, es que es inevitable...

—Esperemos a ver qué pasa. ¿Qué decía César? «*Las amenazas actúan a mis espaldas; cuando vean el rostro de César...*»⁴³ —Pero Kai no consiguió declamar el pasaje hasta el final. También su estado de ánimo era pésimo. Se dirigió hacia la cátedra, se sentó y comenzó a columpiarse en la butaca con gesto sombrío. Hanno Buddenbrook permanecía con la frente apoyada en los brazos. Pasaron un rato frente a frente, en silencio.

De pronto, desde lejos, comenzó a oírse una especie de murmullo sordo que no tardó en aumentar hasta el vocerío y en acercarse como una amenaza ineludible en el curso de medio minuto.

—La plebe —dijo Kai malhumorado—. ¡Por Dios, qué pronto han terminado! Ni diez minutos de clase hemos perdido...

Se bajó de la cátedra y fue hacia la puerta para mezclarse con los muchachos que entraban. Hanno, por su parte, sólo levantó la cabeza un instante, su boca hizo una mueca de disgusto, y se quedó sentado sin más.

La marea de voces masculinas, aderezada con los gallos de los muchos chicos que estaban cambiando la voz, además de con pesados pasos y ruidos varios, comenzó a expandirse y expandirse escaleras arriba, se tragó el pasillo e inundó también aquella estancia, que, de repente, se encontró llena de vida, de movimiento y de estrépito. Entraron en la clase los jóvenes compañeros de Hanno y Kai, los alumnos del penúltimo curso de la secundaria profesional, unos veinticinco chicos; con desgarrados andares, las manos en los bolsillos o balanceando los brazos en el aire, se dirigieron cada cual a su pupitre y abrieron sus Biblias. Entre ellos había fisonomías agradables y otras que no

lo eran tanto, muchachos sanos y fuertes, otros de aspecto más bien inquietante, tipos larguiruchos o fornidos gamberros que muy pronto serían comerciantes o incluso se enrolarían en algún barco mercante y ya no se preocupaban por nada; y también había algún que otro chaval bajito y empollón, de los que sabían mucho para su edad y brillaban en las asignaturas basadas en aprender las cosas de memoria. Adolf Todtenhaupt, el primero de la clase, lo sabía todo. Jamás en toda su vida le habían preguntado algo a lo que no hubiera sabido responder. En parte, se debía a que estudiaba con callada y ferviente aplicación; en parte, a que los profesores evitaban preguntarle nada que pudiera ignorar: vivir la experiencia de que Adolf Todtenhaupt no supiera una respuesta les habría dolido y avergonzado mucho, habría hecho tambalearse su fe en la perfección humana... Adolf Todtenhaupt tenía una cabeza extrañamente abombada, a la que quedaba pegado el cabello rubio, liso y brillante como un espejo, los ojos grises con ojeras casi negras y unas manos largas y morenas que le asomaban por las mangas, demasiado cortas, de una chaqueta siempre muy bien cepillada. Se sentó al lado de Hanno, sonrió con dulzura y con cierta malicia, y le dio los buenos días con la pronunciación relajada y casi dialectal, propia del argot que se empleaba en el colegio. Luego, mientras todos los que le rodeaban continuaban charlando a media voz,

⁴³ Es una cita del *Julio César* de Shakespeare, acto II, escena segunda (citado según la traducción de Ángel Luis Pujalte, Madrid, Austral, 1990). (*N de la T*).

repasando la lección, riendo o bostezando, se puso a preparar el libro de clase en absoluto silencio, manejando la pluma con una corrección inigualable, siempre con los delgados dedos muy estirados.

Al cabo de dos minutos se oyeron pasos en el pasillo; los que ocupaban los pupitres de las filas delanteras se levantaron sin demasiado entusiasmo y algunos de los que estaban más atrás les secundaron, mientras que otros seguían con lo que estuvieran haciendo sin inmutarse y sin darse cuenta siquiera de que el señor Ballerstedt, maestro superior de primera enseñanza según rezaba su título, ya había entrado en el aula, colgaba su sombrero en la puerta y se dirigía hacia la cátedra.

Era un cuarentón de simpático *embonpoint*⁴⁴ con una gran calva, barba corta de un tono amarillo rojizo, cutis sonrosado y una expresión en los labios húmedos en la que se mezclaban una untuosa benevolencia y una placentera sensualidad. Sacó su libreta de notas y comenzó a hojearla en silencio; mas, como la disciplina de la clase dejaba mucho que desear, levantó la cabeza, estiró el brazo sobre el tablero del pupitre y, mientras su rostro adquiría un tono rojo tan fuerte que la barba se veía amarillo limón por contraste, su puño blanco se movió unas cuantas veces arriba y abajo, sin fuerza; durante medio minuto, sus labios se movieron compulsivamente pero sin resultados y, al final, no alcanzaron a emitir más que un breve, ahogado y quejoso: «A ver...». Luego intentó buscar algún nuevo gesto de reproche, se refugió otra vez en su libreta, se sosegó y con ello se dio por satisfecho. Así era el señor Ballerstedt, maestro superior de primera enseñanza.

En tiempos había querido ser predicador, si bien su tendencia a tartamudear y sus inclinaciones hacia la buena vida mundana le habían decidido a elegir el camino de la enseñanza. Era soltero, poseía cierta fortuna, llevaba un pequeño brillante en el dedo y disfrutaba de corazón comiendo y bebiendo bien. Era el único profesor que sólo trataba con sus homólogos para asuntos profesionales, pues, por lo demás, se movía casi siempre entre los comerciantes solteros de la ciudad, e incluso entre los oficiales de la guarnición local; iba a comer y a cenar al mejor restaurante del lugar y era miembro del Club. Si se cruzaba en alguna parte con alguno de los alumnos de los cursos superiores a las dos o tres de la madrugada, balbuceaba un «Buenos días» y prefería que se corriera un tupido velo sobre el asunto por ambas partes... Hanno Buddenbrook no tenía nada que temer porque casi nunca le preguntaba la lección. El profesor había coincidido con su tío Christian en demasiadas diversiones mundanas como para considerar divertido también entrar en algún conflicto con el sobrino en otras esferas.

—A ver... —repitió, y recorrió la clase con la mirada, agitó de nuevo su puño blanco y sin fuerza, con el pequeño brillante en el dedo, y consultó su libreta—. Perlemann, la sinopsis.

En alguna parte de la clase se levantó Perlemann. Apenas se notó que se levantaba. Era uno de los bajitos y empollones. —Sinopsis —dijo en voz baja y tono obediente, estirando el cuello con una sonrisa temerosa—. El Libro de Job se divide en tres partes. La primera recoge la situación de Job antes de que el Señor le imponga su cruz o castigo, capítulo primero, versículos uno a seis. En segundo lugar, se describe dicha cruz y lo que implica, capítulo...

—Correcto, Perlemann —le interrumpió el señor Ballerstedt, conmovido ante tan titubeante obsequiosidad, y anotó una buena nota para Perlemann en su libreta—. Heinrich, siga usted.

Heinrich era uno de los gamberros larguiruchos que ya no se preocupaban por nada. Se guardó en el bolsillo del pantalón la navaja con la que había

⁴⁴ Gordura, redondez. (*N de la T*).

estado enredando, se puso de pie haciendo mucho ruido, abrió la boca, con el labio inferior colgando, y se aclaró la garganta con ronca y brusca voz de hombre. Todos estaban descontentos de que, después del dulce Perlemann, ahora le tocara el turno a él. Los alumnos dormitaban y medio soñaban en aquella clase bien caldeada, bajo el suave zumbido de las llamas de gas de las lámparas. Todos estaban cansados del domingo y todos habían salido de sus camas calentitas medio encogidos, suspirando y castañeteando los dientes en aquella mañana de niebla. Todos habrían preferido que el pequeño Perlemann siguiera musitando la lección durante toda la hora, mientras que, con Heinricy, podían contar con que habría problemas.

—Es que yo falté el día que dieron eso —dijo en tono grosero. El señor Ballerstedt se indignó y se acaloró, sacudió su puño blanco y sin fuerza en el aire, movió los labios sin que saliera sonido alguno y clavó los ojos, con las cejas arqueadas, en la cara del joven Heinricy. Su cabeza púrpura temblaba por el esfuerzo de buscar palabras para reprenderle, y por fin logró balbucir un «A ver... », con el que quedó roto el maleficio y ganó la batalla.

—¡Con usted no hay manera! —prosiguió con soltura y facilidad de palabra—. Y siempre tiene alguna excusa preparada, Heinricy. Si estuvo enfermo la clase anterior, bien ha tenido tiempo de informarse sobre la materia que tratamos, y, además, si la primera parte del Libro de Job trata de la situación anterior a la imposición de la cruz y la segunda habla de dicha cruz, es de cajón que la tercera parte recogerá la situación posterior al sufrimiento. Pero le falta a usted la dedicación necesaria, y no sólo es un hombre débil, sino que siempre está dispuesto a disimular y defender su debilidad. Ahora bien, sepa usted que, mientras no cambie de actitud, será impensable que mejore y que se enmiende. Siéntese. Wasservogel, siga usted.

Heinricy, insensible y desafiante, se sentó con todo el estrépito imaginable, farfulló una grosería a su compañero y volvió a sacar la navaja para jugar. Se levantó el alumno Wasservogel, un muchacho con los ojos enrojecidos, nariz respingona, orejas de soplillo y uñas mordisqueadas. Con voz aguda y engolada, terminó la sinopsis y comenzó a hablar de Job, el hombre del país de Us, y de cuanto le había acontecido. Tenía el Antiguo Testamento abierto y apoyado en la espalda del compañero de delante e iba leyendo todo en actitud de inocencia absoluta, fingiendo hacer memoria con sumo interés por la materia: clavaba la vista en un punto de la pared y luego, entre carraspeos y tartamudeos, traducía a un penoso alemán moderno lo que acababa de mirar... Aquello era sumamente repugnante, pero el señor Ballerstedt le elogió por todos sus esfuerzos. Wasservogel le iba bastante bien en la vida, gracias a que casi todos los profesores le apreciaban y solían alabar sus logros para demostrarse a sí mismos, demostrar a los demás, demostrarle al propio alumno que su fealdad no era en absoluto motivo de injusticia.

Y continuó la clase de religión. El profesor aún preguntó a algunos muchachos más para tomar nota de sus conocimientos sobre Job, el hombre del país de Us, y, por ejemplo, Gottlieb Kassbaum, hijo de Kassbaum, aquel malogrado comerciante al por mayor, obtuvo una buena nota a pesar de sus diúciles circunstancias familiares porque, con total precisión, supo aportar el dato de que Job poseía un ganado de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientos yugos de bueyes y quinientos burros, además de muchísima servidumbre.

Luego, el señor Ballerstedt les permitió abrir las Biblias, que la mayoría ya había abierto a escondidas, y continuaron la lectura. Cuando llegaban a

algún pasaje que el profesor consideraba necesario explicar, se acaloraba, decía «A Ver...» y, tras los torturados preliminares habituales, pronunciaba una pequeña conferencia, mezclada con toda suerte de consideraciones morales de carácter general sobre el punto en cuestión. Nadie le escuchaba. En la clase reinaban la paz y la somnolencia. Entre la calefacción, encendida constantemente, y las lámparas de gas, el calor era bastante fuerte y el ambiente, con aquellos veinticinco cuerpos respirando y transpirando, estaba muy cargado. Aquel aire tan caldeado, el suave zumbido de las llamas de gas y la monótona voz del alumno que leía en voz alta envolvían el cerebro aburrido de los muchachos y los arrullaban. El conde Kai Mólln tenía abiertas, además de la Biblia, las Historias extraordinarias de Edgar Allan Poe, y leía con la cabeza apoyada en la mano, aquella mano aristocrática y no del todo limpia. Hanno Buddenbrook estaba recostado en el respaldo y hundido en su pupitre, y, con la boca muy relajada y los ojos vidriosos, ardiéndole, miraba el libro de Job, cuyos renglones y letras se habían convertido en una especie de enjambre negruzco. Y su corazón rogaba a Dios que aquella primera clase de la mañana, tan tranquila y libre de todo peligro, no tocara nunca a su fin.

No obstante, como impone el devenir de todas las cosas, la clase sí tocó a su fin, y el hiriente timbre del conserje sonó y resonó por los pasillos, despertando a aquellos veinticinco cerebros de su cálido letargo.

—Hemos terminado por hoy —dijo el señor Ballerstedt, e hizo que le pasaran el libro de clase para firmar y así dejar constancia de que había impartido aquella hora.

Hanno Buddenbrook cerró su Biblia y se estiró con un bostezo nervioso; luego, cuando volvió a bajar los brazos y relajar los músculos, hubo de tomar aire con suma rapidez y esfuerzo para que su corazón volviese a latir con cierta energía después de que, por un momento, la debilidad y la desidia casi le llevasen a olvidar sus funciones. A continuación tenían latín... De reojo, lanzó una mirada de socorro a Kai, que parecía no haberse dado cuenta del final de la clase y seguía absorto en su lectura, sacó de la cartera el libro de Ovidio, encuadernado en cartón imitando mármol, y lo abrió por la página donde estaban los versos que les habían mandado aprender de memoria para ese día... No, no había ninguna esperanza de que pudiera familiarizarse de algún modo con aquellos renglones negros marcados a lápiz, con aquel bloque de versos numerados de cinco en cinco que le devolvía la mirada, oscuro e impenetrable sin remisión. Si apenas entendía su contenido, cómo iba a poder recitar de memoria siquiera un solo Verso. Y, de los versos que tenían que traducir para la clase, no lograba descifrar ni media frase.

—¿Qué significa «*deciderant patula Jovis arbore glandes*»? —preguntó en tono desesperado a Adolf Todtenhaupt, que seguía organizando el libro de clase en el asiento de al lado—. ¡Esto no tiene ningún sentido! Sólo lo hacen para fastidiarnos...

—Las bellotas caían del copudo árbol de Júpiter...⁴⁵. Esto es «bellota»... Mira, yo tampoco sé muy bien cómo es.

—Sóplame un poco si me preguntan, Todtenhaupt—rogó Hanno y apartó el libro. Luego, tras observar con mirada sombría cómo el primero de la clase asentía con la cabeza con gesto displicente y poco comprometido, se giró en el pupitre y se levantó.

La situación había cambiado. El señor Ballerstedt había salido de la clase y, en su lugar, ocupaba ahora la cátedra, muy erguido y envarado, un

⁴⁵ La cita corresponde al verso 106 del Libro I de las *Metamorfosis* de Ovidio, del capítulo titulado «Las edades del hombre» (citado según la traducción de A. Ramírez de Verger y E Navarro Antolín, Madrid, Alianza, 1995). (*N de la T*).

hombrecillo menudo, frágil y de aspecto agotado, con el cuello rojo y demasiado apretado por la camisa, y la chistera, con la abertura hacia arriba, en una de sus manitas cubiertas de pelos blancos. Los alumnos le apodaban «la Araña»; en realidad era el catedrático Hückopp. Como estaba de guardia en los pasillos durante aquel recreo, también le correspondía vigilar que todo se mantuviese en perfecto orden dentro de las aulas...

—¡Apaguen esas lámparas! ¡Descorran esas cortinas! ¡Abran esas ventanas! —dijo, confiriendo a su vocecilla el tono más autoritario que pudo, al tiempo que agitaba el brazo en el aire, como si estuviera accionando una manivela...—. ¡Y todo el mundo al patio, a tomar el aire! ¡Ya están bajando todos ahora mismo, hombre! Las lámparas se apagaron, las cortinas se descorrieron volando, la pálida luz del día inundó la clase y el aire frío y cargado de niebla penetró por los amplios ventanales, mientras los alumnos del penúltimo curso de la secundaria profesional se apelotonaban para salir por delante del señor Hückopp; sólo al primero de la clase se le permitía permanecer arriba.

Hanno y Kai coincidieron en la puerta y bajaron juntos la espaciosa escalera y recorrieron los agradables vestíbulos de la planta baja. Ambos guardaban silencio. Hanno parecía un alma en pena, Kai iba sumido en sus pensamientos. Al llegar al patio grande, con su suelo de ladrillo rojo, húmedo por la niebla, comenzaron a pasear arriba y abajo entre la multitud de compañeros de diferentes edades que pululaban en desordenada algazara.

Otro profesor, éste de aspecto juvenil y con perilla rubia, vigilaba el recreo allí abajo. Era el doctor Goldener, que dirigía un pensionado masculino al que iban los hijos de terratenientes ricos y nobles de Holstein y Mecklemburgo. Por influencia de los jóvenes feudales que tenía a su cargo, el doctor Goldener cuidaba su aspecto de una forma harto inusual entre sus compañeros de profesión. Llevaba corbatas de seda de colores, una levita corta de corte coqueto, pantalones de tonos suaves, sujetos con una tirilla elástica por debajo de los zapatos, y pañuelos perfumados con ribetes de color. Hijo de gente humilde, tal ostentación, en el fondo, no casaba en absoluto con su persona, y, por ejemplo, sus enormes pies resultaban sumamente ridículos dentro de los botines abotonados y puntiagudos que llevaba. Por algún motivo inexplicable, se sentía muy orgulloso de sus manos toscas y coloradas, que no paraba de frotarse, retorcerse y revisarse con auténtico mimo. Solía ladear la cabeza, echándola un poco hacia atrás, y mirar a los alumnos guiñando los ojos, con la nariz fruncida y los labios entreabiertos, en una mueca que parecía querer decir: «¿Qué demonios pasa ahora?». A pesar de todo, era demasiado refinado como para no dejar pasar, con distinguida pose, todas las pequeñas incorrecciones habituales en el patio. Hacía la vista gorda si algún alumno se bajaba un libro para preparar un poco la lección unos minutos antes de la clase, si alguien daba una propina al conserje, el señor Schlemiel, para que le trajese algo de la pastelería, si dos alumnos de tercer curso comenzaban a pegarse y, de inmediato, se formaba a su alrededor un corro de entendidos en la materia, o si alguien que había incurrido en alguna falta de camaradería, valor u honor era arrastrado por sus compañeros de clase hasta la bomba de agua, allá al fondo del patio, para expiar su vergüenza con un buen chorro en la cabeza.

El bullicioso grupo de compañeros de Kai y Hanno era una tropa de valientes, aunque un tanto sin pulir. Habiendo crecido en el ambiente de una patria rejuvenecida y victoriosa en sus campañas militares, veneraban aquellas costumbres que daban muestra de ruda virilidad. Hablaban en una jerga desenfadada y audaz al mismo tiempo, plagada de expresiones

técnicas. La resistencia a la hora de beber y fumar, la fuerza física y las dotes deportivas gozaban de muy alta estima, mientras que los defectos más ignominiosos eran los de ser «blando» o «melindroso». Como le vieses a uno con el cuello de la chaqueta subido para calentarse, podía dar por seguro que le arrastrarían hasta la bomba de agua; ahora bien, como lo encontrasen por la calle llevando bastón de paseo, el castigo público en el gimnasio era tan humillante como doloroso...

La conversación de Hanno y Kai se perdía entre el barullo de voces que llenaban el aire frío y húmedo del patio, completamente diferente y ajena a éstas. Su amistad era conocida en todo el colegio desde hacía mucho tiempo. Los profesores la toleraban con desagrado porque imaginaban que encerraba algo dudoso, opuesto a la norma; los compañeros, incapaces de vislumbrar su naturaleza, se habían acostumbrado a verla con cierto recelo y toleraban a los dos amigos en calidad de marginados, de «tipos raros» a los que era mejor dejar en paz y a su propia suerte... Por otra parte, el conde Mñlln gozaba de cierto respeto por su rebeldía ante cualquier imposición y por el carácter indómito del que tantas veces había dado muestra. En cuanto a Hanno Buddenbrook, ni siquiera el grandullón de Heinricy, que pegaba a todo el mundo, terminaba de decidirse a ponerle la mano encima pese a su melindrosa sensibilidad y su cobardía, pues se lo impedía un extraño temor ante la suavidad de su pelo, ante la fragilidad de sus miembros, ante su mirada turbia, esquiva y fría...

—Tengo miedo —le dijo Hanno a Kai, deteniéndose junto a uno de los muros laterales del patio, apoyándose en él y arrebujándose en el chaquetón con un escalofriado bostezo—. Tengo un miedo terrible, Kai, me duele el cuerpo entero de miedo. ¿Crees que el señor Mantelsack merece que le tenga tanto miedo? ¡Dímelo tú! ¡Ojalá hubiese pasado ya esa condenada clase de Ovidio! ¡Ojalá me hubieran puesto ya esa falta de aplicación en el libro de clase y supiera ya que repito curso y estuviera ya todo decidido! Porque no es eso lo que me da miedo, sino el escándalo que se monta...

Kai se quedó pensativo.

—Ese Roderich Usher es el personaje más increíble que se ha inventado jamás —dijo rápidamente y sin venir a cuento—. Me he pasado toda la hora leyendo.... ¡Ojalá pudiera yo escribir una historia tan buena alguna vez!

El caso era que Kai escribía. A eso se refería también cuando, por la mañana temprano, le había comentado a Hanno que «tenía trabajos más interesantes que los deberes», y éste lo había entendido enseguida. Aquella inclinación a contar historias que mostraba de niño había desembocado en algunas tentativas literarias, y hacía poco había compuesto una obra: un cuento, una aventura de desbordada fantasía en la que todo transcurría bajo una luz tenebrosa, que se desarrollaba en las misteriosas y sagradas entrañas de la tierra, entre el resplandor de los metales y el fuego, y, al mismo tiempo, en las profundidades del alma humana, y las fuerzas primigenias de la naturaleza y las de la mente del hombre se confundían, se invertían, se transformaban y se liberaban de un modo muy especial; todo ello escrito en un lenguaje muy subjetivo, metafórico, un tanto altisonante, impregnado de anhelante romanticismo y tierna pasión...

Hanno conocía bien aquella historia y le gustaba muchísimo, pero ahora no se encontraba con ánimos de hablar de las obras de Kai o de Edgar Allan Poe. Bostezó de nuevo y luego suspiró, mientras canturreaba un motivo que había inventado al piano hacía poco. Tenía por costumbre hacer eso. Solía suspirar a menudo y profundamente, impelido por la necesidad de conferir cierta energía a su débil corazón, y se había habituado a expulsar de nuevo

el aire al compás de algún tema musical, de algún fragmento de melodía de invención propia o ajena.

—¡Mira, por ahí viene «el Buen Dios»! —dijo Kai—. Pasea por su jardín.

—Qué agradable jardín... —dijo Hanno y se echó a reír. Le entró un ataque de risa nerviosa, no podía parar, se tapaba la boca con el pañuelo y miraba por encima de éste hacia aquel a quien Kai había llamado el Buen Dios.

Era el doctor Wullicke, el director del colegio, que acababa de aparecer en el patio: un hombre extremadamente alto con sombrero negro de ala ancha, barba corta, barriga esférica, pantalones demasiado cortos y puños acampanados, siempre muy sucios. Cruzaba el patio de ladrillo rojo a toda velocidad, con una cara tan rabiosa que casi parecía que llorase y señalaba con el brazo extendido hacia la bomba de agua... ¡El agua estaba corriendo! Un tropel de muchachos pasó corriendo por delante de él, todos deseando ser el primero en arreglar el desperfecto cerrando la llave de paso. Una vez arreglado, sin embargo, aún permanecieron largo rato con el rostro consternado, mirando ya hacia la bomba de agua, ya hacia el director, que se dirigía en tono grave, seco e indignado al doctor Goldener, que había acudido presuroso y muy colorado. En su discurso se intercalaban numerosos gruñidos y sonidos labiales no articulados.

El director Wullicke era un hombre terrible. Era el sucesor de aquel anciano filántropo, jovial y sociable, con quien todavía habían estudiado el padre y el tío de Hanno y que había fallecido al poco de comenzar el año setenta y uno. Entonces nombraron director al doctor Wullicke, que hasta el momento había sido catedrático en un liceo prusiano, y con él llegó un nuevo espíritu a aquella antigua escuela. Donde antaño se cultivase la formación humanística como un feliz fin en sí mismo al que aproximarse con serenidad, placer y alegre idealismo, se habían impuesto ahora como máximos valores los conceptos de autoridad, cumplimiento del deber, poder, obediencia y éxito profesional, y el «imperativo categórico de nuestro filósofo Kant» era el estandarte que el director Wullicke blandía en actitud amenazadora en cada uno de sus discursos. El liceo se había convertido en un estado dentro del Estado, donde imperaba la disciplina prusiana con tanto rigor que no sólo los profesores sino los propios alumnos se sentían como funcionarios cuya única preocupación era su propia carrera y cuya única aspiración era ganarse el favor de quienes detentaban el poder... Poco después de la llegada del nuevo director, siguiendo los más altos principios higiénicos y estéticos, se habían iniciado también las reformas y la construcción de las nuevas instalaciones de la escuela, y todo se había llevado a cabo con suma excelencia. Eso sí, cabía preguntarse si un poco más de humanidad, calor humano, alegría, benevolencia y placidez no hubieran hecho del liceo una institución más simpática que les habría aportado mucho más.

En lo relativo a la propia persona del director Wullicke, podía decirse que era de la misma naturaleza enigmática, ambigua, egocéntrica y celosa que el Dios del Antiguo Testamento. Resultaba aterrador, ya fuera sonriendo o resoplando de ira. La aplastante autoridad que tenía en sus manos lo convertía en un hombre caprichoso e impredecible hasta extremos pavorosos. Era capaz de hacer una broma y ponerse como una furia si alguien se reía. Ninguna de sus temblorosas criaturas sabía cómo comportarse en su presencia. No había más remedio que echarse a sus pies y adorarle y, gracias a una sumisión incondicional, si acaso impedir que la tomase con uno en su temible cólera o lo aniquilase en su infinita justicia.

El apodo que le había puesto Kai sólo lo utilizaban él y Hanno Buddenbrook, y se guardaban mucho de darlo a conocer a los demás por

temor a aquella mirada fija y gélida que tan bien conocían... No, no había ni un solo punto que los dos amigos pudiesen compartir con sus compañeros. Incluso la forma de rebeldía y de venganza con la que éstos solían contentarse les resultaba ajena, y despreciaban los apodosos al uso porque revelaban un sentido del humor que ellos tampoco compartían y que ni siquiera les hacía sonreír. ¡Qué burdo, simplón y poco ingenioso era llamar «la Araña» al delgado profesor Hückopp o «la Cacatúa» al señor Ballerstedt, qué ingenua actitud de rebeldía frente a la opresión del «estado»! No, el joven conde Mólln era un poco más mordaz: había impuesto la costumbre entre él y Hanno de hablar de los profesores única y exclusivamente por sus nombres burgueses reales, añadiéndoles siempre «señor»: «señor Ballerstedt», «señor Mantelsack», «señor Hückopp»... Eso implicaba una frialdad irónica y una actitud de desdén especial, una distancia burlona que subrayaba lo ajenos que eran los unos para los otros... Hablaban del «cuerpo de profesores» y, durante recreos enteros, se divertían imaginando qué monstruo fantástico y repugnante podría ser semejante «cuerpo» si se encarnase. Y hablaban de «la institución» en general en un tono que casi la situaba al mismo nivel que el centro donde estaba ingresado el tío Christian.

La visión del Buen Dios, que aún siguió sembrando el terror a su alrededor durante un rato, lanzando estremecedores gruñidos en distintas direcciones debido a los papeles de bocadillos que se veían desperdigados por el suelo, hizo que Kai se pusiera de excelente humor. Se llevó a Hanno aparte, hacia uno de los portones, por el que entraban los profesores que no comenzaban sus clases hasta la segunda hora, y empezó a hacer profundísimas reverencias a los pálidos seminaristas de ojos enrojecidos y muy escasos medios que se cruzaban con ellos cuando se dirigían a los patios traseros para ir a sus clases de sexto y séptimo, los cursos de los más pequeños. Kai se inclinaba de un modo desmesurado, dejaba los brazos colgando y miraba con ojos de cordero degollado a aquellos pobres educadores. Y cuando apareció el anciano profesor de cálculo, el señor Tietge, llevando algunos libros a la espalda con mano temblorosa, bizqueando hasta un límite imposible, encorvado, amarillento y arrojando esputo a su alrededor, dijo con voz sonora: «Buenos días, cadáver» y, a continuación, dirigió su mirada hacia otra parte, una mirada muy lúcida y aguda...

En ese momento sonó el timbre de final del recreo y, desde todos los rincones, los alumnos comenzaron a confluír en las dos puertas de entrada. Hanno, por su parte, no paraba de reír, seguía riéndose todavía en las escaleras y reía tanto que sus compañeros de clase, que subían junto a ellos dos, le miraron a la cara con frialdad, extrañeza e incluso con un poco de asco por tan infantil comportamiento.

En la clase reinaba el silencio y todos los alumnos se pusieron en pie como un solo hombre cuando entró el doctor Mantelsack. Era su tutor, y era costumbre mostrar respeto ante el tutor del curso. Cerró la puerta tras de sí y se agachó y estiró el cuello para comprobar que todos estaban de pie, colgó su sombrero de un clavo y se dirigió presto a la cátedra, subiendo y bajando la cabeza al andar. Se colocó allí y dirigió la mirada hacia la ventana al tiempo que se pasaba el dedo índice estirado, que lucía un espléndido sello, por dentro del cuello de la camisa. Era un hombre de estatura media, con cabello fino y cano, una barba crespa como la de Júpiter y unos ojos de miope de un intenso azul zafiro que brillaban tras los gruesos cristales de los lentes. Iba vestido con una levita abierta de blando paño gris y le gustaba acariciarla suavemente por la parte de la cintura con sus manos arrugadas y

de dedos cortos. Los pantalones, como los de todos los profesores a excepción del doctor Goldener, le quedaban cortos y dejaban a la vista la caña de las botas, de una anchura extraordinaria y brillantes como el mármol.

De pronto, apartó la vista de la ventana, soltó un pequeño suspiro en tono amistoso mientras miraba a los alumnos, que no chistaban en sus pupitres, dijo «Bueno, bueno...» y sonrió a varios de ellos con gesto afable. Estaba de buen humor, era evidente. Un movimiento de alivio recorrió las filas de pupitres. Dependía tanto de que el doctor Mantelsack estuviese de buen humor o no..., todo dependía de ello, pues ya sabían que, de forma inconsciente y sin la más mínima intención de autocrítica, se dejaba llevar por su estado de ánimo del momento. Su injusticia era desmesurada e infinitamente pueril, y su favor podía sonreírle a uno o dejar de hacerlo con la volubilidad de la propia fortuna. Siempre tenía unos cuantos alumnos predilectos, dos o tres, a quienes llamaba de tú y por el nombre de pila, y éstos vivían felices como en el paraíso. Podían responder prácticamente lo que les viniera en gana y el doctor Mantelsack lo consideraría correcto; y, después de clase, charlaría con ellos en el tono más humano. Un buen día, sin embargo, tal vez después de las vacaciones, sólo Dios sabría por qué motivo, uno había sido expulsado del paraíso, había caído y estaba acabado, hundido y olvidado para siempre, y otro alumno recibía el trato de favor y el «tú». A estos bienaventurados les corregía las faltas en los parciales con trazos muy suaves y finos, de manera que, por muy mal que estuviesen sus traducciones, siempre conservaban un aspecto bastante pulcro. En otros cuadernos, en cambio, el doctor Mantelsack empuñaba la pluma con verdadera furia y los llenaba de gruesas marcas rojas, con lo que producían un efecto espeluznante y no ofrecían salvación posible. Y como no contaba las faltas, sino que ponía las notas en función de la cantidad de tinta roja que hubiese gastado por trabajo, sus predilectos siempre salían más que bien parados del asunto. Él, por su parte, jamás se planteaba siquiera que este procedimiento pudiera no estar dentro del más perfecto orden, y ni sabía de la existencia de algo llamado favoritismo. Si alguien hubiera tenido la triste osadía de protestar, habría perdido toda posibilidad de ser tuteado y llamado por el nombre de pila alguna vez. Y ésta era una esperanza a la que nadie quería renunciar...

Ahora, el doctor Mantelsack estaba de pie, con una pierna cruzada por delante de la otra, y hojeaba su libreta de notas. Hanno Buddenbrook estaba encogido en su asiento y se retorció las manos por debajo de la mesa. La B..., ¡hoy tocaba la letra B! De inmediato escucharía su apellido, se pondría de pie y no sabría ni un solo verso del texto, y se produciría un escándalo, una estrepitosa y terrible catástrofe, por muy de buen humor que estuviese el tutor esa mañana... Los segundos se alargaban en un auténtico martirio. «Buddenbrook»..., ahora iba a decir «Buddenbrook»...

—¡Edgar! —dijo el doctor Mantelsack; cerró la libreta, dejando el dedo índice dentro, y se sentó en la cátedra como si todo estuviese en el más perfecto orden.

¿Qué? ¿Cómo? Edgar... Ése era el nombre de pila de Lüders, el gordo de Lüders, que se sentaba junto a la ventana, la letra L, que ni mucho menos tocaba ese día... ¡Ay!, ¿era aquello posible? El doctor Mantelsack estaba de tan buen humor que se había limitado a llamar a uno de sus favoritos sin preocuparle en absoluto a quién le correspondía dar la lección según el turno habitual.

El gordo de Lüders se levantó. Tenía una cara muy chata, como de perro, y ojos castaños de mirada apática. Aunque estaba en un sitio privilegiado, desde donde habría podido leer el texto con toda comodidad y sin que se notase nada, era vago hasta para eso. Se sentía demasiado seguro en el paraíso, y respondió sin más:

—Es que ayer no pude estudiar porque me dolía la cabeza. —Ay, ¿vas a dejarme en la estacada, Edgar? —dijo el doctor Mantelsack pesaroso—. ¿No me quieres recitar los versos de la Edad de Oro? ¡Qué pena tan tremenda, amigo mío! ¿Y dices que te dolía la cabeza? Me parece que eso deberías habérmelo advertido al comenzar la clase, antes de que te preguntase... ¿No te dolía la cabeza el otro día también? Deberías hacer algo al respecto, Edgar, pues si no, no podrás evitar el peligro de ir hacia atrás en lugar de progresar... A ver, Timm, sustitúyale usted.

Lüders se sentó. En ese momento, la clase entera le odiaba. Se vio claramente cómo el buen humor del profesor disminuía en un grado considerable; tal vez en la siguiente clase ya llamaría a Lüders por el apellido y de usted... Se levantó Timm, desde una de las últimas filas. Era un muchacho rubio con aspecto de campesino, dedos gruesos y cortos y una chaqueta marrón claro. Abrió su boca de bocina con gesto voluntarioso a la par que estúpido y se colocó el libro abierto delante con toda la rapidez y disimulo que pudo, esforzándose en no apartar la vista del frente. Luego bajó la cabeza y comenzó a leer en voz alta, estirando cada palabra, tartamudeando, con la monotonía y torpeza de un niño juntando las sílabas de la cartilla: «*Aurea prima sata es aetas...u*»⁴⁶.

Estaba claro que, ese día, el doctor Mantelsack estaba preguntando la lección en un orden del todo azaroso, sin importarle quién llevaba más tiempo sin examinarse. Ya no era una amenaza tan inminente que le tocara a Hanno, sólo podía ser fruto de una infausta casualidad. Hanno intercambió una mirada de alegría con Kai y comenzó a relajar un poco sus músculos y a sosegarse...

De pronto, Timm se interrumpió en su lectura. Ya fuera porque el doctor Mantelsack no le entendía bien mientras recitaba o porque quería moverse un poco, el caso es que abandonó la cátedra, comenzó a pasear por la clase con suma calma y, con su libro de Ovidio en la mano, se detuvo muy cerca de Timm, que se había apresurado a apartar el libro de delante sin que el profesor lo viera y ahora se encontraba completamente perdido. Boqueaba, con aquella boca suya de bocina, miraba al profesor con sus nobles ojos azules, ahora inquietos, y no acertaba a pronunciar ni una sola sílaba.

—Bueno, Timm... —dijo el doctor Mantelsack—, ¿ahora no es capaz de seguir?

Y Timm se llevó las manos a la cabeza, puso los ojos en blanco, respiró con pesar y, por fin, logró decir con una sonrisa enajenada:

—Es que me confunde mucho tenerle justo al lado, doctor. También el doctor Mantelsack sonrió; sonrió halagado y dijo: —Bueno, bueno, serénete y prosiga —y con ello regresó a la cátedra con paso tranquilo.

Y Timm se serenó. Volvió a colocarse el libro delante, lo abrió mientras recorría la clase con la mirada, obviamente intentando calmarse, y luego bajó la cabeza y encontró el pasaje donde se había perdido.

—Estoy contento —dijo el profesor cuando Timm terminó—. Ha estudiado usted bien la lección, de eso no me cabe ninguna duda. Eso sí, carece usted de sentido del ritmo, Timm. Demasiado. Sabe ligar las sílabas y acentuar como procede, pero eso no significa que haya recitado usted verdaderos

⁴⁶ «La primera edad que se creó fue la de oro ...o» (op. cit., v. 89). (*N de la T*).

hexámetros. Tengo la impresión de que ha aprendido el texto de memoria como si estuviera en prosa... Pero, en fin, como dije antes, ha estudiado usted con aplicación, ha puesto cuanto ha podido de su parte, y quien se esfuerza y nunca cesa en su esfuerzo... Puede sentarse.

Timm se sentó, orgulloso y exultante, y el doctor Mantelsack anotó una calificación más que satisfactoria detrás de su apellido. Y lo curioso era que, en ese momento, no sólo el profesor, sino también el propio Timm y todos sus compañeros compartían la sincera opinión de que Timm en verdad era un buen alumno y un estudiante aplicado que merecía sin duda una buena nota. También Hanno se vio incapaz de no compartir semejante convicción, aunque sentía que había algo en su interior que se rebelaba asqueado contra ello... De nuevo escuchó con gran tensión para saber cuál sería el siguiente nombre.

—Mumme —dijo el doctor Mantelsack—. Repita. «Aurea prima...»

¡Mumme, pues! ¡Gracias a Dios, Hanno estaba a salvo! Era raro que el profesor mandase recitar los mismos versos por tercera vez y, para las notas de traducción nueva, hacía poco que le había tocado el turno a la letra B.

Mumme se puso de pie. Era un muchacho muy alto y pálido, de manos temblorosas y lentes de cristales muy gruesos. Sufría mucho de los ojos y era tan miope que le hubiera resultado imposible leer el libro que tuviese delante estando de pie. Él no tenía más remedio que estudiar y, en efecto, había estudiado. Sin embargo, como no tenía ningún talento y, además, no creía que le fuesen a preguntar la lección ese día, no supo contestar demasiado bien y se trabó en la traducción con las primeras palabras. El doctor Mantelsack le ayudó a continuar una segunda vez en un tono menos amistoso, e incluso una tercera, ya harto irritado; ahora bien, cuando Mumme se atascó por completo, el profesor estalló:

—¡Esto es absolutamente deficiente, Mumme! ¡Síntese! ¡Triste figura es usted, de eso puede estar seguro, mentecato! Además de tonto, vago...

Mumme se hundió en su asiento. Era la viva imagen de la desdicha, y en aquel momento no había nadie en la clase que no le despreciara. De nuevo, Hanno sintió una sensación de asco, una náusea, y se le hizo un nudo en la garganta. Al mismo tiempo, observaba con una lucidez terrible lo que sucedía a su alrededor. El doctor Mantelsack, muy enérgico, escribió en su libreta unos signos que no auguraban nada bueno detrás del nombre de Mumme y recorrió la lista de alumnos con gesto sombrío. La ira le había hecho volver al orden de ese día, estaba comprobando a quién le correspondía dar la lección esa mañana... Estaba claro lo que iba a suceder. Y mientras esta conclusión lo abrumaba casi por completo, Hanno ya estaba oyendo su nombre; lo oía como en un mal sueño...

—¡Buddenbrook! —El doctor Mantelsack había dicho «Buddenbrook», el nombre aún resonaba en el aire y, sin embargo, Hanno seguía sin creerlo. Habían comenzado a silbarle los oídos. Permaneció sentado.

—¡Señor Buddenbrook! —repitió el doctor Mantelsack, y clavó en él sus ojos de miope de un intenso azul zafiro que brillaban tras los gruesos cristales de los lentes—. ¿Nos hace usted el favor... ?

De acuerdo, no había otra salida. No podía evitarse. Había sucedido de un modo muy distinto al esperado pero, en cualquier caso, todo estaba perdido. Él estaba preparado para afrontarlo. ¿Se armaría un escándalo muy grande? Hanno se puso de pie y estaba ya a punto de poner alguna excusa absurda y ridícula, a decir que había «olvidado» estudiar aquellos versos, cuando, de pronto, se dio cuenta de que el compañero de delante le tendía el libro abierto.

Era Hans Hermann Kilian, un muchacho bajito y moreno, de cabello grasiento y hombros anchos. Quería ser oficial y rebosaba camaradería, hasta tal punto que no era capaz de dejar a nadie en la estacada, ni siquiera a Johann Buddenbrook, a quien, por otra parte, no podía soportar. Incluso le señalaba con el dedo el verso por el que debía empezar.

Y Hanno clavó la vista en el libro y comenzó a leer. Con voz vacilante y el ceño y los labios fruncidos, leyó el pasaje de la Edad de Oro, la primera que había surgido, la que cultivaba la lealtad y el bien, sin autoridad, por propia iniciativa, sin ley, dijo en latín. No se leían amenazas en tablas de bronce ni suplicante la gente temía el rostro de su juez.*

Leía con expresión torturada y asqueada, intencionadamente mal y sin conexión entre las palabras, ignoraba adrede las indicaciones para ligar las sílabas y versos que Kilian tenía puestas a lápiz, pronunció algunos versos de forma incorrecta, tartamudeaba y aparentaba avanzar a duras penas, sin dejar de pensar que el profesor lo descubriría todo y se le echaría encima en cualquier momento... El inmenso placer de ver el libro abierto delante de él le producía una especie de cosquilleo bajo la piel; no obstante, también sentía un profundo asco, y se esforzó en engañar con la mayor torpeza posible para así hacer el engaño tanto menos ignominioso. Después calló y en la clase se hizo un silencio que él no se atrevió a romper levantando la vista. El silencio era estremecedor; Hanno estaba convencido de que el doctor Mantelsack lo había visto todo y tenía los labios completamente blancos. Por fin, el profesor suspiró y dijo:

—¡Oh, Buddenbrook, *si tacuisses!*⁴⁷. Disculpe usted que, haciendo una excepción, le haya hablado de tú. ¿Sabe lo que acaba de hacer? ¡Acaba de echar por tierra toda la belleza de ese texto! ¡Se ha comportado como un vándalo, como un bárbaro!... En el fondo, es usted un humorista, Buddenbrook, su nariz le delata. Cuando me pregunto si acaba usted de tener un ataque de tos o de recitar unos versos sublimes, casi me inclino por lo primero. Timm ha demostrado carecer de sentido del ritmo, pero a su lado es un genio, ¡un rapsoda!⁴⁸. Siéntese, infeliz. Ha estudiado usted, es evidente; estudiar, ha estudiado. No puedo ponerle una mala nota. Se ve que se ha esmerado cuanto ha podido... Oiga, ¿no dicen que es usted dotado para la música, que toca el piano? ¿Cómo es posible?... En fin, está bien, siéntese; estudiar, ha estudiado con aplicación, está bien...

Escribió una buena nota en su libreta y Hanno se sentó. Sucedió lo mismo que antes con Timm, el rapsoda. No pudo evitar percibir el elogio que encerraban las palabras del doctor Mantelsack como si fuese cierto. En ese momento, compartía la seria y sincera opinión de que era un alumno con poco talento pero aplicado al fin y al cabo, de que había salvado la situación con relativa dignidad, y sintió claramente que todos sus compañeros, sin excluir a Hans Hermann Kilian, compartían esa misma opinión. De nuevo sintió una especie de náusea; pero estaba demasiado agotado como para reflexionar sobre todo aquello. Pálido y tembloroso, cerró los ojos y quedó sumido en un letargo...

⁴⁷ El dicho entero es: *Si tacuisses, philosophus mansisses*: «Si te hubieras callado, habrías seguido siendo un filósofo». *Del Consuelo de la Filosofía* (II, 7) de Boecio. (*N de la T*).

⁴⁸

Versos 90—93 de la *Metamorfosis* de Ovidio (ed. cit.), con alguna elipsis. (*N de la T*).

El doctor Mantelsack, por su parte, continuó con la clase. Pasó a los versos que tenían que traducir en casa y nombró a Petersen. Petersen se levantó, despejado, valiente y confiado, en actitud osada, dispuesto a lidiar en aquella batalla. Y, con todo, aquella mañana le depararía la derrota. Sí, no habría de terminar aquella clase sin que se produjera una catástrofe mucho más terrible que la del pobre Mumme, el miope.

Petersen iba traduciendo y, de cuando en cuando, lanzaba una mirada a la otra parte del libro, hacia una página en la que, en realidad, no estaba el texto de esa lección. Lo hacía con habilidad. Fingía que había allí algo que le perturbaba, pasaba la mano por encima y soplabla como para quitar una mota de polvo o algo similar. A pesar de todo, la catástrofe se produjo.

El doctor Mantelsack realizó, de repente, un movimiento brusco que hizo reaccionar a Petersen de la misma manera. Y, en ese mismo instante, el profesor bajó de la cátedra (o, más bien, se lanzó en picado desde ella) y se dirigió hacia Petersen a grandes y veloces zancadas.

—Tiene una traducción escrita en el libro, una traducción —le dijo cuando estuvo a su lado.

—Una traducción en el libro... ¿Yo?... No... —balbució Petersen. Era un muchacho bien parecido con un tupido flequillo rubio que le cubría la frente y unos ojos azules de una belleza extraordinaria que ahora titilaban de miedo.

—¿Que no tiene una traducción escondida?

—No..., no, señor profesor..., señor doctor... ¿Una traducción escondida?... Le aseguro que no tengo ninguna traducción escondida... Está usted en un error... Eso es una sospecha infundada... —Petersen hablaba como no suele hablarse normalmente. El miedo hacía que utilizase unas palabras demasiado escogidas con la intención de conmover al profesor—. No le engaño —dijo con un apuro tremendo—. Yo siempre he sido honrado... ¡Toda la vida!

Pero el doctor Mantelsack estaba más que seguro de su triste sospecha.

—Deme su libro —dijo con frialdad.

Petersen mantenía agarrado su libro; lo levantó con ambas manos en actitud suplicante y siguió declamando, aunque con lengua de trapo:

—Créame, por Dios..., señor profesor..., señor doctor... En el libro no hay nada..., no llevo ninguna traducción escondida en el libro... Yo no he hecho trampas jamás... Siempre he sido honrado...

—Deme el libro —repitió el profesor dando una patada al suelo.

Entonces, Petersen se vino abajo y su rostro se tornó completamente gris.

—De acuerdo —dijo y entregó su libro—, aquí está. Sí, hay una traducción en el libro. Compruébelo usted mismo, aquí está... ¡Pero no la he mirado! —exclamó de pronto hacia la clase.

El doctor Mantelsack hizo oídos sordos a aquella mentira absurda, fruto de la desesperación. Sacó el papelito oculto, lo observó con la misma cara que habría puesto ante un pedazo de basura maloliente, se lo guardó en un bolsillo y lanzó el libro de Ovidio a la mesa de Petersen con gesto displicente.

—El libro de clase —pidió en tono apagado. Adolf Todtenhaupt, muy cumplidor, le llevó el libro de clase, y Petersen recibió una amonestación por engaño como consecuencia de la cual estaría en la lista negra durante mucho tiempo y no podría pasar al curso siguiente en Pascua.

Es usted la vergüenza de la clase —añadió aún el doctor Mantelsack y regresó a la cátedra.

Petersen se sentó, condenado a la desgracia. Se vio claramente cómo su compañero de pupitre se apartaba un poco de él. Todos le miraban con una mezcla de asco, compasión y espanto. Había caído y ahora estaba solo,

totalmente abandonado, por el mero hecho de haber sido descubierto. Sólo cabía una única opinión sobre Petersen: que era la «vergüenza de la clase». Todos reconocieron y aceptaron su caída sin oponer ninguna resistencia, del mismo modo en que habían asumido los éxitos de Timm y Buddenbrook y la desgracia del pobre Mumme... Y el propio Petersen hizo lo mismo.

De entre los veinticinco jóvenes, aquellos que poseían una constitución sólida y eran fuertes y valientes para afrontar la vida tal como es aceptaron las cosas tal como habían venido y, en ese momento, ni se sintieron ofendidos ni se plantearon siquiera que todo aquello pudiera no estar en perfecto orden y ser lo más normal del mundo. Sin embargo, también había otros que, con la vista clavada en un punto, estaban sumidos en sombrías reflexiones... El pequeño Johann miraba fijamente las anchas espaldas de Hans Hermann Kilian, y sus ojos castaños, siempre rodeados de sombras azuladas, reflejaban asco, rebeldía y temor... El doctor Mantelsack, sin embargo, siguió dando clase. Preguntó a otro compañero, a cualquiera, por ejemplo a Adolf Todtenhaupt, pues ese día ya no tenía ningunas ganas de seguir poniendo a prueba a los alumnos dudosos. Y luego aún le tocó a uno que había preparado poco la traducción y ni siquiera sabía qué significaba «patula Jovis arbore, glandeso, de manera que tuvo que decirlo Buddenbrook... Lo dijo bajito y sin levantar la vista, y sólo porque el doctor Mantelsack le había preguntado directamente a él, y el profesor asintió con la cabeza al oír su respuesta.

Y cuando el profesor dejó de preguntar la lección, la clase perdió todo interés. El doctor Mantelsack dejó que alguna de las mentes privilegiadas del grupo siguiera traduciendo por su cuenta y le prestó tan poca atención como los restantes veinticuatro compañeros, que empezaron a preparar las tareas de la clase siguiente a escondidas. Ya daba lo mismo. Por hacer eso no podían ponerle a uno ninguna nota, ni buena ni mala, ni tampoco juzgar su aplicación. Además, la clase iba a terminar enseguida. Se había terminado: ya estaba sonando el timbre. Así lo había querido el destino para Hanno. El profesor incluso había asentido con la cabeza con una frase que había dicho.

—¡Bueno! —le dijo Kai cuando se dirigían a la sala de química, en medio del tropel de compañeros—. ¿Qué me dices ahora, Hanno? «Cuando vean el rostro de César...» ¡Has tenido una suerte increíble!

—Tengo ganas de vomitar, Kai —dijo el pequeño Johann—. No quiero tenerla, no quiero tener suerte, me pongo enfermo... Y Kai sabía que, de haberse visto en la situación de Hanno, se habría sentido igual.

La sala de química era un aula abovedada con bancos corridos y escalonados a modo de anfiteatro, una larga mesa para hacer experimentos y dos vitrinas llenas de matraces. Al igual que en la otra clase, la atmósfera estaba muy cargada y caldeada, y aquí, además, impregnada de los vapores del ácido sulfhídrico con el que habían estado haciendo experimentos en la hora anterior, con lo cual olía a rayos. Kai abrió la ventana de golpe, arrancó a Adolf Todtenhaupt su cuaderno y se puso a copiar a toda prisa la lección que habrían de mostrar a continuación. Hanno y muchos otros hicieron lo mismo. Así pasaron la breve pausa entre clase y clase, hasta que sonó de nuevo el timbre y entró el doctor Marotzke.

A éste Hanno y Kai lo apodaban «el Profesor Superior Inferior». Era un hombre moreno, de estatura media, con una piel extrañamente amarillenta, dos grandes protuberancias en la frente y un pelo y unas barbas muy recios y pringosos. Siempre parecía que hubiese trasnochado y no se hubiera lavado, lo que, sin embargo, no era más que una falsa impresión. Daba clase de ciencias naturales, aunque su especialidad eran las matemáticas, y se le

consideraba un eminente teórico en la materia. Le encantaba hablar de los pasajes filosóficos de la Biblia y, a veces, cuando estaba de buen humor y con ganas de elucubrar, se rebajaba y accedía a exponer interpretaciones esotéricas de ciertos pasajes enigmáticos de las Escrituras a los alumnos de los cursos superiores... Por otra parte, era oficial del ejército en la reserva y, además, se sentía muy orgulloso de ello. Como funcionario de la enseñanza y militar al mismo tiempo, gozaba de la más alta estima del director Wullicke. De todos los profesores, era el que mayor importancia concedía a la disciplina: miraba a los alumnos, de pie y bien tiesos, como si pasara revista y exigía respuestas breves y concisas. Aquella peculiar mezcla de misticismo y bravura resultaba un tanto repulsiva.

Todos mostraron sus apuntes pasados a limpio y el doctor Marotzke recorrió las filas, dando golpecitos con el dedo en cada uno de los cuadernos, sin darse cuenta de que algunos alumnos, que no tenían la lección de ese día, le presentaban cuadernos de otras asignaturas o lecciones de días anteriores.

Luego comenzó la clase; y al igual que con Ovidio, llegó el momento de demostrar con cuánta aplicación habían estudiado aquellos veinticinco muchachos sus lecciones sobre el boro, el cloro o el estroncio. Hans Hermann Kilian fue elogiado por el profesor por saber que el Ba S04 o baritina era el material más usado en las falsificaciones. En general, como quería ser oficial, era el mejor en aquella clase. Hanno y Kai no sabían nada de nada y sus respectivas notas en la libreta del doctor Marotzke fueron pésimas.

Cuando pasó el rato de preguntar la lección, interrogar a los alumnos y poner notas, también la clase de química perdió prácticamente todo su interés. El doctor Marotzke comenzó a hacer unos cuantos experimentos, a hacer explotar algunas sustancias o mezclar otras para que cambiasen de color, si bien tampoco eso tenía otro objeto que llenar el resto de la hora. Por último, dictó los contenidos que tenían que preparar para la clase siguiente. Luego sonó el timbre y también quedó atrás la tercera clase de la mañana.

Todos estaban muy alborotados (menos Petersen, a quien el destino había azotado aquel día), pues ahora llegaba una clase divertida en la que nadie tenía nada que temer y que no prometía más que risas y toda suerte de trastadas. Era la clase de inglés, con el profesor Modersohn, un joven filólogo que se encontraba a prueba en el liceo desde hacía unas semanas, o que, en descripción del joven conde Mólln, estaba ofreciendo una función como artista invitado en espera de ser contratado para la plantilla. Sin embargo, las expectativas de que esto sucediera eran escasas; los alumnos se divertían demasiado en sus clases...

Algunos se quedaron aún en la sala de química, otros subieron al aula, pero en este breve recreo ninguno habría de pasar frío en el patio, pues también la vigilancia de los pasillos le tocaba al señor Modersohn, que no se atrevía a mandar bajar a nadie. También era una buena ocasión de preparar alguna broma especial para su recibimiento...

Ni siquiera bajó el volumen de la algazara en el aula cuando sonó el timbre indicando el comienzo de la cuarta hora. Todo el mundo charlaba y se reía, regocijándose ante el baile que sería la clase. El conde Mólln, con la cabeza apoyada en ambas manos, siguió leyendo la historia de Roderich Usher, y Hanno permaneció sentado, observando el espectáculo en silencio. Algunos alumnos imitaban voces de animales. El canto de un gallo casi hizo temblar las paredes, y, al fondo del todo, Wasservogel gruñía igual que un cerdo sin que se notase cómo aquellos sonidos salían de su interior. En la pizarra de la pared se veía un enorme dibujo hecho con tiza, una cara feísima

y bizca, obra de Timm, el rapsoda. Y luego, cuando el señor Modersohn entró, fue incapaz de cerrar la puerta tras de sí por más que lo intentó, porque habían metido una piña en el quicio y tuvo que ir Adolf Todtenhaupt a sacarla.

El profesor Modersohn era un hombre bajito y bastante feo que adelantaba un hombro al andar, tenía una barba negra muy poco poblada y solía torcer el gesto con cara avinagrada. Le apuraba tremendamente dar clase. Siempre guiñaba sus ojillos brillantes, tomaba aire y abría la boca como si quisiera decir algo. Pero no encontraba las palabras adecuadas. A tres pasos de la puerta de entrada pisó un petardo, un petardo de una calidad tan especial que cuando estallaba parecía dinamita. Se sobresaltó mucho, sonrió de puro embarazo, hizo como si no hubiera pasado nada y se quedó de pie delante de la fila central de pupitres, apoyando la palma de la mano en el tablero del primero como tenía por costumbre, encorvado y torcido. Pero como los alumnos conocían bien tal costumbre, habían manchado de tinta esa parte de la mesa para que el señor Modersohn se manchase toda la mano, una manita diminuta y torpe. De nuevo, hizo como si no se diera cuenta, se llevó la mano húmeda y negra de tinta a la espalda, guiñó los ojos y dijo con voz débil y suave:

—El orden en esta clase deja bastante que desear.

En ese instante, Hanno Buddenbrook clavó la mirada en su cara descompuesta de desesperación y sintió que le quería. Pero el gruñido de Wasservogel cada vez sonaba más fuerte y más real, y, de repente, una lluvia de guisantes secos se estrelló contra el cristal de la ventana, rebotaron y cayeron de nuevo, rodando por la clase y haciendo ruido.

—¡Está granizando! —dijo alguien en voz alta y clara, y pareció que el señor Modersohn se lo creía, pues se retiró a su cátedra sin indagar más y pidió el libro de clase. No lo hizo para poner una amonestación por mal comportamiento a nadie, sino porque, a pesar de haber impartido ya cinco o seis clases a aquel grupo, con algunas excepciones seguía sin saberse los nombres de los alumnos y se veía obligado a leerlos de la lista para preguntarles la lección.

—Feddermann —dijo—, ¿quiere recitar el poema, por favor? —¡No ha venido! —gritó una amalgama de voces. Eso sí, Feddermann estaba repantigado en su asiento, lanzando guisantes por doquier con una destreza asombrosa.

El señor Modersohn guiñó los ojos, deletreó para sí otro nombre de la lista y dijo:

—¡Wasservogel!

—¡Se ha muerto! —gritó Petersen, muy amante del humor negro. Y entre pataleos, gruñidos, graznidos y risotadas, todos corearon que Wasservogel se había muerto.

El señor Modersohn guiñó los ojos una vez más, miró a su alrededor, torció el gesto con aire avinagrado y volvió a examinar el libro de clase, señalando con su manita diminuta y torpe el nombre que iba a pronunciar a continuación.

—Perlemann —dijo sin confiar demasiado en el éxito.

—Por desgracia, ha caído en la locura —dijo Kai, el conde Mólln, en voz clara y firme; y también esto fue coreado y aplaudido por la alborotada clase.

Entonces, el señor Modersohn se puso de pie y se enfrentó a la algarabía general gritando:

—¡Buddenbrook! ¡Me hará usted un trabajo como castigo! ¡Y si vuelve a reírse, tendré que amonestarle!

Luego volvió a sentarse. En efecto, Buddenbrook se había reído; con el chiste de Kai le había dado un ataque de risa, que intentaba silenciar pero no conseguía contener. Le parecía muy divertido y sobre todo el «por desgracia» le hacía desternillarse de risa. Sin embargo, cuando el señor Modersohn le regañó, se tranquilizó y se quedó mirando al joven profesor con gesto sombrío y en silencio. En ese momento, vio al profesor con una nitidez absoluta, cada miserable pelillo de su barba, bajo la cual asomaba la carne por todas partes, y sus ojos castaños, brillantes y descorazonados; vio que las mangas de la camisa le quedaban tan largas y tan anchas por encima de sus manitas diminutas y torpes que parecía que llevase un doble puño; vio toda su miseria y su desesperación. Y también vio lo que había en su interior. Hanno Buddenbrook era casi el único a quien el señor Modersohn conocía por el nombre, y se valía de ello para dictarle trabajos de castigo y tiranizarle. Si conocía al alumno Buddenbrook sólo se debía a que se diferenciaba del resto por su comportamiento tranquilo, y se aprovechaba de su carácter modoso para demostrarle constantemente la autoridad que no se atrevía a imponer a los gamberros de sus compañeros. «Con tanta injusticia, hasta la compasión se hace diúcil en este mundo —pensaba Hanno—. No quiero ser uno de los que le atormentan y se meten con usted, profesor Modersohn, porque eso me parece brutal, feo y ordinario, ¿y cómo me responde? Pero así son las cosas, así son y así serán siempre en todas partes —pensaba Hanno, y de nuevo brotaban en su interior el temor y las náuseas—. ¡Y que, para colmo, tenga que ver con una nitidez tan repugnante cómo es usted!»

Por fin dio con un alumno que no había muerto ni caído en la locura y estaba dispuesto a recitar los versos en inglés. Era un poema llamado «The monkey», una rima harto infantil que el profesor pretendía que aprendiesen de memoria aquellos jóvenes deseosos de lanzarse a la mar, a los negocios o a la vida adulta y sería lo antes posible.

Monkey, little merry fellow, Thou art nature's punchinello... Tenía un buen número de estrofas y el alumno Kassbaum las iba leyendo directamente del libro. Ante el señor Modersohn no sentían ningún tipo de reparo. Y la algazara general había aumentado aún más. Todos movían los pies bajo la mesa y se oía cómo restregaban las suelas de los zapatos contra el suelo polvoriento. El gallo cantaba, el cerdo gruñía y los guisantes secos volaban por los aires. El descontrol se había apoderado de los veinticinco. Habían despertado los desordenados instintos de sus dieciséis, diecisiete años. Se mostraban en alto los dibujos más obscenos, que luego circulaban entre los pupitres y eran celebrados con carcajadas de entusiasmo...

De repente, todos callaron. El alumno que leía en voz alta interrumpió su lectura. Algo encantador rompió aquel repentino silencio. Un delicado tintineo de campanillas que procedía de las últimas filas inundó el aula con una dulce y tierna melodía sentimental. Alguien había traído un reloj con carrillón que se había puesto a tocar «A ti, a ti te llevo en mi corazón» en mitad de la clase de inglés. Y justo en el momento en el que se extinguían aquellas delicadas notas, sucedió algo terrible... Como el estallido de una tormenta, el siguiente acontecimiento, cruel, demoledor y paralizante. "

Sin haberse oído llamar, la puerta se abrió de golpe, de par en par, y entró por ella un ser muy alto y monstruoso, emitió un gruñido y, con un solo paso lateral, se plantó en medio de la clase, frente a las hileras de pupitres... Era el Buen Dios.

El señor Modersohn se había puesto gris como la ceniza y se apresuró a bajar a rastras el sillón de la cátedra y a limpiarlo con su pañuelo. Los alumnos se habían puesto de pie como impulsados por un resorte, todos a

una. Como muestra de temeroso respeto, apretaban las manos contra los costados, se ponían de puntillas, agachaban la cabeza e incluso se mordían la lengua. Reinaba el silencio más profundo. Alguien suspiró ante tan duro esfuerzo, y luego todo volvió a quedar en silencio.

Durante un rato el director Wullicke pasó revista al pelotón, levantando los brazos, con aquellos puños acampanados y siempre sucios, para bajarlos de nuevo con los dedos muy abiertos, como un pianista que quisiera abarcar el teclado entero.

—Sentaos —dijo con su voz de bajo. Él tuteaba a todo el mundo.

Los muchachos se hundieron en sus pupitres. El señor Modersohn le acercó el sillón con manos temblorosas y el director se sentó a un lado de la cátedra.

—Por favor, seguid con la clase —dijo, y aquello sonó tan terrible como si hubiese dicho: «Ahora sí que vamos a ver qué pasa aquí, y pobre del que... ».

Era evidente por qué se había presentado. El señor Modersohn tenía que hacer una demostración de sus dotes didácticas, rendir cuentas ante el director de lo que el penúltimo curso de la secundaria de la rama profesional había aprendido en las seis o siete clases que habían dado con él; la existencia y el futuro del señor Modersohn estaban en juego. El profesor ofrecía una estampa ciertamente lamentable cuando volvió a subir a la cátedra y pidió a un alumno que repitiera el poema «The monkey». Y, si hasta entonces tan sólo se había examinado y puesto notas a los alumnos, ahora también el profesor estaba en esa situación... ¡Ay, qué mal paradas salieron ambas partes! La aparición del director Wullicke había pillado a todos completamente desprevenidos y, a excepción de dos o tres, nadie se sabía la lección. El señor Modersohn no podía pasarse la hora entera preguntando a Adolf Todtenhaupt, que siempre lo sabía todo. Como, en presencia del director, ya no era posible ir leyendo «The monkey» del libro, el resultado de la demostración fue desastroso, y, cuando continuaron con la lectura de Ivanhoe, el único que fue capaz de traducir algo fue el joven conde Mólln, gracias al interés personal que tenía en la novela. Los demás sólo alcanzaron a entresacar algunas palabras sueltas entre carraspeos y titubeos consternados. También le tocó el turno a Hanno Buddenbrook y no fue capaz de traducir ni un renglón. El director Wullicke emitió un sonido similar al que se produce al frotar violentamente la cuerda más grave de un contrabajo. El señor Modersohn se retorció las manitas diminutas y torpes, manchadas de tinta, y repetía en tono lastimero:

—¡Con lo bien que suele ir la clase! ¡Con lo bien que suele ir la clase!

Aún lo repetía cuando sonó el timbre, dirigiéndose desesperado en parte a los alumnos y en parte al director. Sin embargo, el Buen Dios se levantó de su sillón tieso como un árbol, con los brazos cruzados, lanzó una mirada por encima de las cabezas de los muchachos e hizo un gesto displicente con la cabeza. A continuación, pidió el libro de clase y poco a poco fue poniendo faltas de aplicación a todos aquellos cuyo rendimiento en clase había sido bajo o nulo, a seis o siete muchachos de una vez. Al señor Modersohn no podía apuntarlo, pero era el peor parado de todos; permanecía de pie, muy pálido, descorazonado y hundido. Eso sí, también el nombre de Hanno Buddenbrook figuraba entre aquellas faltas de aplicación.

—Ya me encargaré yo de hundir vuestra carrera —dijo el doctor Wullicke. Y luego desapareció.

Sonó el timbre, la clase había terminado. Tenía que ser así. Sí, así eran las cosas siempre. Cuando uno más miedo tenía, como por una ironía del destino, salía del apuro e incluso con bastante honor; sin embargo, cuando

no esperaba ningún problema, le sobrevinía la desgracia. Definitivamente, era imposible que Hanno pasara de curso en Pascua. Se levantó y salió del aula con los ojos cansados, hurgándose con la lengua en la muela enferma.

Kai se le acercó, le rodeó con el brazo y bajó con él al patio entre los compañeros que, muy excitados, discutían sobre los extraños acontecimientos que acababan de vivir. Miró a su amigo a la cara con temor y cariño al mismo tiempo y dijo:

—Perdóname por haber traducido en lugar de callarme para que también me pusieran una falta a mí, Hanno. Es una injusticia...

—¿No dije yo en la clase anterior lo que significaba *patula Jovis arbore glandes*? —respondió Hanno—. Qué le vamos a hacer, Kai, no le des más vueltas. Más vale dejarlo estar.

—Ya, más vale... De modo que el Buen Dios pretende hundir tu carrera... Pues tendrás que ir haciéndote a la idea, Hanno. Si ése es su inescrutable deseo... «Carrera»..., ¡qué palabra tan encantadora! En fin, la carrera del señor Modersohn también se ha ido al traste. Nunca será profesor numerario, el pobre. Sí, se ve que hay profesores auxiliares y profesores superiores, pero lo que no hay es profesores en sí. Esto es algo que no se entiende tan fácilmente; será que sólo pueden entenderlo las personas más adultas y maduras por su mayor experiencia de la vida. Se podría decir que alguien es profesor o no lo es; lo que no entiendo es cómo se puede ser profesor superior. Podría uno ir a ver al Buen Dios o al señor Marotzke y exponerles la idea. ¿Qué pasaría? Lo tomarían como una ofensa y te hundirían por cometer semejante irreverencia, cuando, en realidad, habrías mostrado una opinión mucho más elevada de su profesión que la que tienen ellos mismos... En fin, dejémosles, son una pandilla de bestias...

Iban paseando por el patio y Hanno escuchaba en actitud complaciente lo que Kai decía para hacerle olvidar la falta de aplicación que le habían puesto.

—Mira, aquí hay una puerta, la puerta del patio; está abierta y al otro lado está la calle. ¿Qué pasaría si saliéramos un rato a pasear por la acera? Tenemos un recreo, nos quedan seis minutos; y podríamos estar de regreso puntualmente. Pero el caso es que es imposible. ¿Lo entiendes? Aquí está la puerta, está abierta, no hay ni una reja delante ni nada, ningún impedimento: éste es el umbral. Y, sin embargo, es imposible, la mera idea de salir es imposible..., aunque sólo fuera por un segundo. En fin, dejémoslo... Pero veamos otro ejemplo: resultaría totalmente desencaminado decir que ahora el reloj marca más o menos las once y media. No, decimos: es hora de la clase de geografía. ¡Así es como lo vemos! Pero yo pregunto a cualquiera: ¿es que esto es vida? Todo está distorsionado... ¡Ay, Señor, ojalá esta institución nos liberase de una vez de su amantísimo abrazo!

—Sí, ya. . . , ¿y entonces, qué? Ay, no, Kai, quita, quita..., seguiría siendo lo mismo. ¿Qué íbamos a hacer? Aquí, al menos está uno a salvo. Desde que murió mi padre, el señor Kistenmaker y el reverendo Pringsheim se dedican a preguntarme cada día qué quiero ser de mayor. No lo sé. No puedo responder nada. No puedo ser nada. Me da miedo todo eso...

—¡Pero, hombre! ¿Cómo puedes hablar con tanto desaliento? Tú con tu música...

—¿Mi música, qué, Kai? Eso no va a ninguna parte. ¿Tú me ves a mí de gira por el mundo, dando conciertos? Primero, no me lo permitirían, y segundo, jamás seré lo bastante bueno. Casi no sé nada, sólo improvisar y fantasear un poco cuando estoy solo. Además, lo de viajar por el mundo todo el tiempo debe de ser espantoso... Tu caso es muy distinto. Tú tienes más valor. Tú te mueves aquí dentro y te ríes de todo y sabes cómo hacerles

frente. Tú escribirás, contarás bellas y extrañas historias a la gente; bien, eso ya es algo. Y seguro que llegas a ser famoso, tienes tanto talento... ¿A qué se debe? Tú eres más divertido... A veces, en clase, nos miramos..., como pasó hace un rato, durante la clase del señor Mantelsack, cuando amonestó a Petersen después de que todos habíamos estado leyendo la lección del libro. Los dos pensamos lo mismo, pero tú haces una mueca y te sientes orgulloso... Yo no soy capaz. Me resulta tan cansado... Quiero dormir y no volver a saber nada de nadie. ¡Quiero morir, Kai! Ni siquiera me hace ilusión llegar a ser famoso. Me da miedo, eso es lo que pasa, como si eso estuviera mal... Yo no puedo llegar a ser nada en la vida, tenlo por seguro. Hace poco, después de la clase de confirmación, el reverendo Pringsheim le dijo a alguien que más valía darme por perdido porque procedía de una familia podrida...

—¿Eso dijo? —preguntó Kai con vivo interés.

—Sí, se refería a mi tío Christian, el que está en Hamburgo, interno en un sanatorio. Sin duda, tiene razón. Deberían darme por perdido. ¡Qué agradecido les estaría!... Tengo tantas penas, y todo me resulta tan difícil... Pongamos, por ejemplo, que me hago un corte en un dedo, me hago daño en alguna parte... Es una herida que a cualquiera le cicatrizaría en ocho días. A mí me dura cuatro semanas. No quiere cicatrizar, se infecta, se convierte en algo grave y me trae tremendas complicaciones... Hace poco, el señor Brecht me dijo que mis perspectivas con la dentadura eran muy desalentadoras, que casi todas las piezas estabañ ya picadas y maltrechas, por no hablar de las que me han ido sacando. Eso, ahora. ¿Y con qué voy a masticar cuando tenga treinta o cuarenta años? No hay ninguna esperanza para mí...

—Bueno... —dijo Kai y aligeró un poco el paso—, pero ahora me vas a hablar un poco de tu piano. Verás, quiero escribir una historia maravillosa, maravillosa... A lo mejor empiezo luego, en la clase de dibujo. ¿Vas a tocar esta tarde?

Hanno guardó silencio un instante. La sombra de una ardiente turbación oscureció su mirada.

—Sí, supongo que tocaré —dijo—, aunque no debería hacerlo. Debería practicar los estudios y sonatas que me ha mandado el profesor y luego dejarlo. Pero sí, claro, tocaré, no puedo evitarlo, aunque empeora las cosas aún más.

—¿Empeora las cosas? Hanno no respondió. —Es que no sé qué cosas tocas... —dijo Kai. Y luego ambos guardaron silencio.

Estaban en una edad extraña. Kai se había ruborizado muchísimo y miraba al suelo pero sin bajar la cabeza. Hanno estaba pálido. Estaba sumamente serio y sus ojos velados miraban hacia un lado.

Entonces, el señor Schlemiel tocó el timbre y subieron a la clase.

Era la hora de geografía en la que tenían un parcial, un examen especial muy importante sobre la región de Hessen—Nassau. Entró en el aula un hombre de barba roja y levita larga de color marrón. Tenía la cara pálida y, en sus manos, de poros muy abiertos, no crecía ni un solo pelo. Ése era el profesor superior ingenioso, el doctor Mühsam. De vez en cuando sufría vómitos de sangre y siempre hablaba en un tono irónico, porque creía que su ingenio era tan grande como sus sufrimientos. En su casa tenía una especie de archivo de Heinrich Heine, una colección de papeles y objetos relacionados con el poeta irreverente y enfermo. Ahora marcaba las fronteras de Hessen—Nassau en la pizarra de la pared y, con una sonrisa melancólica a la par que sarcástica, pedía a los caballeros que recogiesen en sus cuadernos las peculiaridades que presentaba dicha región. Parecía que

se estaba burlando tanto de los alumnos como de la región de Hessen—Nassau; y, sin embargo, era un parcial muy importante al que todos tenían mucho miedo.

Hanno Buddenbrook no sabía nada de Hessen—Nassau, o no mucho, prácticamente nada. Intentó echar un vistazo al cuaderno de Adolf Todtenhaupt, pero «Heinrich Heine», quien, a pesar de su prepotente y sufrante ironía, vigilaba cualquier movimiento con suma atención, no tardó en darse cuenta y dijo: —Señor Buddenbrook, estoy tentado de mandarle cerrar el cuaderno, pero me temo que con eso le haría un favor demasiado grande. Continúe.

El comentario contenía dos bromas. Primero, el hecho de que el doctor Mühsam llamase a Hanno «señor»; segundo, la idea del «favor». Hanno Buddenbrook, por su parte, siguió inclinado sobre su cuaderno como un ave que incubaba un huevo y, al final, entregó una hoja casi en blanco, y salió al pasillo con Kai.

La mañana de hoy ya estaba superada. Feliz aquel que había salido bien parado de todas las clases y no tenía ninguna falta de nada pesándole sobre la conciencia. Podía sentarse a dibujar libre y contento en la luminosa sala donde impartía su clase el doctor Drágemüller.

La sala de dibujo era espaciosa y tenía mucha luz. En las repisas de las paredes había numerosas estatuas de escayolas de la Antigüedad, y en un gran armario se guardaban toda suerte de piezas de madera y muebles de casa de muñecas que también se utilizaban como modelos. El señor Drágemüller era un hombre rechoncho con barba redonda y una peluca castaña, lisa y barata que se le despegaba de la nuca de un modo harto sospechoso. Tenía dos pelucas, una de cabello más largo y otra más corto; si se había cortado la barba, se ponía la de pelo más corto... En otros aspectos, también era un hombre con ciertas peculiaridades graciosas. En lugar de «el lápiz» decía siempre «el grafito». Además, emanaba un olor a óleo mezclado con alcohol allá donde se encontrase, y algunos decían que bebía petróleo. Sus clases más divertidas eran las que impartía en sustitución de algún colega, en alguna materia que no fuera dibujo. Entonces disertaba sobre la política de Bismarck, acompañando su discurso con un vehemente y muy curioso movimiento en espiral desde la nariz hasta el hombro, y hablaba con odio y temor de la socialdemocracia. «¡Hemos de mantenernos unidos! — solía decir a los malos estudiantes, agarrándolos por el brazo—. ¡La socialdemocracia está en puertas.» Su afán de actividad resultaba un tanto compulsivo. Se sentaba al lado de un alumno, envolviéndole en un fuerte olor a alcohol, le lanzaba unas cuantas palabras sueltas, como «¡Perspectiva! ¡Claroscuro! ¡El grafito! ¡La socialdemocracia! ¡Unión!», y se marchaba a toda prisa.

Durante la clase Kai se dedicó a escribir su nueva obra literaria, y Hanno la ocupó en recrear en su interior una obertura de orquesta. Después, la clase tocó a su fin, todos bajaron al patio con sus cosas, salieron por el portón abierto y se fueron a sus casas. Hasta llegar a la pequeña villa de ladrillo rojo en las afueras de la ciudad, al otro lado del Burgtor, Hanno y Kai hacían juntos el camino, con sus libros bajo el brazo. Desde allí, el joven conde Mólln aún tenía que caminar solo un hermoso trecho hasta la casa de su padre. No llevaba ni siquiera un abrigo fino.

La niebla de la mañana se había convertido en nieve y caía en gruesos copos esponjosos para convertirse en barro al llegar al suelo. Al llegar a la portezuela del jardín de los Buddenbrook se separaron, pero cuando Hanno

ya había recorrido la mitad del jardín delantero, Kai volvió sobre sus pasos y le rodeó el cuello con el brazo:

—No te desespere... Y mejor será que no toques —le dijo en voz baja; después, su figura esbelta y desastrada desapareció en el tumulto de copos de nieve.

Hanno dejó sus libros en el vestíbulo, en la bandeja que le tendía el oso disecado, y fue a la sala de estar a saludar a su madre. Estaba sentada en la chaise longue, leyendo un libro de tapas amarillas. Mientras Hanno avanzaba por la alfombra, ella le miró, con aquellos ojos castaños y casi juntos, siempre enmarcados por sombras azuladas. Cuando el muchacho se detuvo delante de ella, le cogió la cabeza entre las manos y le dio un beso en la frente.

Hanno subió a su cuarto, donde la señorita Clementine le había preparado el segundo desayuno, se lavó un poco y comió. Cuando hubo terminado, sacó del pupitre un paquete de aquellos cigarrillos rusos pequeños pero fuertes que ya no le eran desconocidos y comenzó a fumar. Luego se sentó al armonio y tocó una pieza muy difícil, compuesta con sumo rigor y en estilo fugado, de Bach. Por último, cruzó las manos detrás de la cabeza y miró la nieve que caía en silencio absoluto al otro lado del cristal. Era lo único que se veía. Ya no había un encantador jardín con una fuente de murmullo cristalino bajo su ventana. La vista quedaba cerrada por el muro gris lateral de la villa contigua.

A las cuatro tomaban la comida principal. Gerda Buddenbrook, el pequeño Johann y la señorita Clementine estaban solos. Más tarde, Hanno preparó el salón para tocar con su madre y la esperó sentado al piano. Tocaron la Sonata Opus 24 de Beethoven. En el adagio, el violín cantaba como un ángel; no obstante, Gerda se retiró el instrumento del hombro con gesto insatisfecho, lo miró malhumorada y dijo que no estaba bien afinado. No quiso seguir tocando y subió a su habitación a reposar.

Hanno se quedó solo en el salón. Se acercó a la puerta de cristales que daba a la veranda y pasó unos minutos mirando al jardín de la parte delantera, reblandecido por la nieve. De pronto, retrocedió un paso, corrió bruscamente la cortina de color crema, de manera que el salón quedó bañado en una suave penumbra amarillenta, y se dirigió al piano con excitación. Allí, sin embargo, aún permaneció unos instantes quieto, de pie, y su mirada, fija y a la vez perdida en un punto, se ensombreció lentamente, como cubierta por un velo, se nubló... Hanno se sentó al piano y comenzó una de sus fantasías.

El motivo principal era muy sencillo, una nadería, el fragmento de una melodía inexistente, una figura de compás y medio; y, cuando lo tocó por primera vez, con una fuerza que nadie habría podido sospechar en él, en el registro grave y como voz independiente, como si los trombones de la orquesta al unísono anunciaran con enérgico brío lo que habría de ser la materia prima y el punto de partida de cuanto siguiera, era imposible imaginar qué pretendía ser aquello. Sin embargo, cuando repitió el motivo en el discanto, con un timbre de plata sin brillo, dentro de una armonía, se reveló que, esencialmente, estaba compuesto por un único giro de resolución, un anhelante y doliente paso de una tonalidad a otra..., una breve y fútil invención que, sin embargo, adquiriría un valor muy peculiar, misterioso y precioso por la sublime delicadeza y la solemne determinación con que se exponía e interpretaba. Y, a continuación, comenzó una serie de tiradas muy agitadas, un incesante ir y venir de síncopas en pos de algo desconocido, errabundas y desgarradas por los gritos de un alma presa del desasosiego al

haber escuchado algo y no querer callarlo, sino repetirlo una y otra vez en distintas armonías, preguntando, lamentándose, muriendo, clamando y prometiéndose una respuesta. Y las síncopas se hacían cada vez más violentas, acosadas por presurosos tresillos; los gritos de angustia que surgían de ellas, sin embargo, fueron tomando forma, se fundieron, se convirtieron en una melodía y llegó el momento en el que alcanzaron la fuerza para doblarse en forma de canto ardiente y suplicante, entonado en primer plano por el coro de vientos. El desasosiego constante, aquel oleaje caótico e irrefrenable había cesado, estaba vencido, y con un ritmo tan sencillo como firme entraba ahora este coral arrepentido, como una oración infantil... Terminaba con una especie de cadencia eclesiástica. Después venía un calderón y un silencio. Pero, de repente, muy bajito, con una sonoridad de plata sin brillo, reaparecía el primer motivo, aquella fútil invención, aquella figura tonta y enigmática a la vez, aquel dulce paso de una tonalidad a otra. Y de ahí brotaba una tremenda agitación y un acelerado trajín de notas y figuras, dominado por acentos a modo de fanfarria, manifestaciones de una determinación casi salvaje. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué se estaba preparando? Parecían trompetas llamando a ponerse en camino. Y entonces se produjo un momento de recogimiento y concentración, se ensamblaron motivos de ritmos más marcados y dieron lugar a una nueva figura, una atrevida improvisación, una especie de canción de caza de carácter impetuoso y audaz. Con todo; no era alegre, en lo más hondo encerraba un coraje desesperado; sus llamadas eran, al mismo tiempo, gritos de miedo; y, una y otra vez, en distorsionadas y extrañas armonías, se escuchaba dulce, errabundo y atormentado aquel motivo inicial tan enigmático... Y entonces comenzaba un pasaje de constantes cambios, cuyo significado y objeto no alcanzaba a adivinarse, una huida de aquellas aventuras del sonido, el ritmo y la armonía de las que Hanno no era dueño, sino que se formaban por sí solas bajo sus dedos en movimiento y que él iba viviendo sin conocerlas de antemano... Estaba ligeramente inclinado sobre el teclado, con los labios entreabiertos y la mirada profunda, perdida, y los suaves bucles castaños le caían sobre las sienes. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué estaba viviendo Hanno? ¿Superaba terribles obstáculos, mataba dragones, escalaba acantilados, atravesaba torrentes y muros de fuego? Y siempre, como una risa estridente, o también como la promesa de una dicha indecible, se deslizaba entre las notas el primer motivo, aquella nadería, aquel paso de una tonalidad a otra... Es más, era como si ese motivo incitase cada vez a nuevos e ímprobos esfuerzos, le seguían tiradas en octavas a una velocidad vertiginosa que desembocaban en un desesperado clamor, y luego se iniciaba un crescendo, un lento e imparable aumento de la tensión, un ascenso cromático que denotaba un anhelo salvaje e irrefrenable, interrumpido bruscamente por repentinos y estremecedores pianissimi que contribuían a crear mayor tensión todavía, pues producían la sensación de que el suelo desaparecía bajo los pies y uno se hundía en aquel mar de deseo... Una vez pareció que querían hacerse oír como un memento lejano y débil los primeros acordes de aquella oración arrepentida y suplicante, pero muy pronto los había sepultado la marea de disonancias cada vez más terribles que crecía, se abalanzaba hacia delante, se retraía un instante para levantarse otra vez con gran esfuerzo, se hundía y se alzaba de nuevo en pos de una meta inefable que había de alcanzarse, que había de llegar alguna vez, en ese preciso instante, en ese terrible punto culminante en el que el angustioso anhelo había alcanzado un grado insoportable... Y llegó, ya no era posible contenerlo más, las convulsiones del deseo no habían podido

prolongarse un solo segundo más; llegó como si se rasgase un telón inmenso, se abriesen de golpe los más sólidos portones, se apartasen espesas matas de espinas, se derrumbasen muros de fuego... Llegó la disolución de la tensión, la resolución de la disonancia, el cumplimiento de los deseos, la absoluta satisfacción, y, con exultante júbilo, la inmensa maraña de sonidos se deshizo en una consonancia que, con un dulce y ardiente ritardando, no se demoró en llegar a otra... ¡Era el motivo, el motivo inicial lo que se escuchaba! Y lo que se inició a continuación fue una fiesta, un triunfo, una desmesurada orgía de aquel motivo que ahora inundaba resplandeciente todas las octavas, sollozaba, se desvanecía en un tremolo, cantaba jubiloso, gemía y se imponía victorioso, secundado por el poderío de la orquesta entera con todo su abanico de registros y sonoridades, perladas, tintineantes, cálidas, atronadoras... Había algo brutal, una extraña entrega apática y, al mismo tiempo, algo ascético y religioso, algo que podía llamarse fe y abandono de uno mismo en semejante culto fanático a aquella nada, a aquel jirón de melodía, a aquella invención armónica tan infantil y de apenas compás y medio... Había algo pecaminoso en la desmesura e insaciabilidad con la que se disfrutaba y se explotaba; una especie de cinismo desesperado, una voluntad que incitaba a desear y a sucumbir así en el ansia con la que se extraía de ella hasta la última gota de su dulzura, hasta exprimirla por completo, rayando en el asco y el exceso, hasta que, por fin, por fin, por puro agotamiento después de haber dado mil rodeos, se dibujaba un largo arpeggio en modo menor, pianissimo, subía un semitono para resolver en mayor y, tras un instante de melancólica vacilación, moría.

Hanno se quedó un momento sentado, en silencio, con la barbilla apoyada en el pecho, las manos en el regazo. Luego se levantó y cerró la tapa del piano. Estaba muy pálido, las rodillas le temblaban sin fuerza y le ardían los ojos. Pasó a la sala contigua, se estiró sobre la chaise longue y permaneció allí durante muchísimo tiempo, sin mover un solo músculo.

Más tarde llegó la hora de la cena, después de la cual jugó una partida de ajedrez con su madre, en la que quedaron en tablas. Pasada la medianoche, seguía sentado al armonio en su cuarto, a la luz de una vela y, puesto que ya no podía hacer ruido, tocaba sin sonido tan sólo en su imaginación, a pesar de que tenía la firme intención de levantarse a las cinco y media para hacer las tareas más importantes de las clases del día siguiente.

Así era un día en la vida del pequeño Johann.

CAPÍTULO III

El tifus cursa como sigue.

El enfermo se siente dominado por un desánimo general que no tarda en agravarse para convertirse en desesperación y fragilidad extrema. Al mismo tiempo, se apodera de él un agotamiento físico que no sólo afecta a músculos y tendones, sino a las funciones de todos los órganos internos, no siendo el último de ellos el estómago, que rechaza toda ingestión de alimento. Se produce una fuerte necesidad de dormir, pero pese al terrible cansancio, se duerme con un sueño agitado, superficial, angustiado y muy poco reparador. El cerebro duele; se siente entumecido, oprimido, envuelto en una extraña nebulosa, y es presa de los mareos. Un dolor indefinido se

apodera de todos los miembros. De vez en cuando, sin ningún motivo, se sangra por la nariz... Esto es el preámbulo.

Después se produce una fuerte tiritona que sacude el cuerpo entero y hace castañetear los dientes, síntoma de que va a subir la fiebre; en efecto, acto seguido ésta alcanza la máxima temperatura. Sobre la piel del pecho y el vientre aparecen pequeñas manchas rojas aisladas, del tamaño de una lenteja, que desaparecen al hacer presión sobre ellas con el dedo pero que vuelven a verse de nuevo en cuanto éste se retira. El pulso se dispara; llega a los cien latidos por minuto. Así, con cuarenta grados de fiebre, transcurre la primera semana.

Durante la segunda semana, desaparecen todos los dolores de cabeza y de las extremidades pero, a cambio, se incrementan notablemente los mareos, y el zumbido en los oídos es tan brutal que incluso puede causar una pérdida de audición. El rostro del enfermo adquiere una expresión embobada. La boca comienza a quedarse abierta, la mirada nublada y perdida. También se nubla la conciencia: la somnolencia se apodera del enfermo, que a menudo cae en un profundo sopor que, sin embargo, no puede considerarse un sueño normal. Entretanto, sus desvaríos y las excitadas fantasías que le causa la fiebre invaden la habitación. El estado de extenuación y miseria de su cuerpo raya en lo sucio y repugnante. Ahora, las encías, los dientes y la lengua se ven recubiertos por una capa negruzca que apesta su aliento. Con el vientre hinchado, el enfermo permanece boca arriba sin moverse. Se hunde en la cama con las rodillas separadas. Todo su organismo funciona a una velocidad desorbitada, atropellada y superficialmente, la respiración se agita y el pulso se dispara a ciento veinte por minuto. Los párpados están semicerrados, las mejillas ya no están al rojo vivo por la fiebre, sino que han adquirido un tono azulado. El número de manchas rojas como pequeñas lentejas en el pecho y el vientre se multiplica. La temperatura del cuerpo alcanza los cuarenta y un grados... En la tercera semana, el enfermo llega al máximo grado de debilidad. Deja de delirar en voz alta, y ya nadie puede decir si su mente ha quedado sumergida para siempre en el vacío de las tinieblas o si, enajenada y ajena al estado de su cuerpo, vaga ahora por un mundo de profundos y lejanos sueños de los que ningún signo visible ni audible da noticia. El cuerpo presenta un estado de insensibilidad infinita... Éste es el momento decisivo.

En determinados individuos, pueden darse circunstancias que dificulten la diagnosis. ¿Qué pensar, por ejemplo, cuando los primeros síntomas de la enfermedad (el decaimiento, el desánimo general, la falta de apetito, el sueño desasosegado y los dolores de cabeza) ya se manifestaban antes casi siempre, incluso cuando el paciente, esperanza de todos los suyos, estaba completamente sano? ¿Cuando, a pesar de la mayor intensidad con que se presentaban ahora, no parecían nada fuera de lo habitual? Un médico eficiente y con sólidos conocimientos de la materia, como, por decir un nombre, el doctor Langhals —el guapo doctor Langhals, con sus manos pequeñas y cubiertas de vello negro—, no tardará mucho en llamar al proceso por su nombre, y la aparición de las fatales manchas rojas en el pecho y el vientre lo confirmará con total seguridad. No tendrá la menor duda acerca de las medidas que adoptar y los remedios que aplicar. Se encargará de que el enfermo esté instalado en una habitación lo más espaciosa posible, cuya temperatura no supere los diecisiete grados. Insistirá en la necesidad de mantener una higiene muy rigurosa y de airear la cama una y otra vez para evitar en lo posible, aunque en determinados casos no lo es durante mucho tiempo, que el cuerpo se llague. Insistirá también en que

se limpie constantemente la cavidad bucal con una gasa húmeda; en cuanto a la medicación, recetará, por ejemplo, una mezcla de yodo y yoduro potásico, quinina y antipiréticos, y recomendará, sobre todo, puesto que la enfermedad afecta fuertemente al estómago y los intestinos, seguir una dieta muy ligera pero muy sustanciosa. Intentará combatir la fiebre con baños: cada tres horas, también durante la noche, el enfermo deberá ser sumergido de cuerpo entero en una bañera de agua caliente que se irá enfriando de manera progresiva desde la zona de los pies. Después de cada baño, tomará alguna bebida tonificante, como un poco de coñac o incluso champán...

Ahora bien, se recurre a todas estas medidas, por así decirlo, a la buena de Dios, por si pudieran servir para algo, ya que no se sabe hasta qué punto revisten algún sentido, valor y objeto. Porque hay una cosa que el médico no sabe; hay una pregunta respecto a cuya respuesta no puede sino dar palos de ciego y esperar en la más absoluta incertidumbre hasta la tercera semana, hasta que se produzca la crisis y la balanza se incline definitivamente hacia un lado u otro. No sabe si esa enfermedad a la que ha dado el nombre de «tifus» significará en este caso un mal, en el fondo, de poca importancia, la desafortunada consecuencia de una infección que tal vez hubiera podido evitarse y que puede ser combatida con los recursos de que dispone la ciencia médica..., o si, por el contrario, no es sino una forma de disolución de la vida, la vestidura de la propia muerte, que perfectamente habría podido manifestarse bajo otra máscara distinta y contra la cual no hay fármaco que valga.

El tifus cursa como sigue: entre sus lejanos sueños enfebrecidos, en medio de su delirio, la voz inconfundible y alentadora de la vida llama al enfermo. Dura y fría llegará la voz a su alma por el extraño camino ardiente que ha comenzado a recorrer y que desemboca en la sombra, en el frío, en la paz. El enfermo aguzará el oído un instante para escuchar esa llamada clara, alegre e incluso un tanto burlona, que le invita a regresar sobre sus pasos y le llega desde un lugar casi olvidado y que ya había dejado muy, muy atrás. Si algo despierta en su interior, una cierta sensación de estar rehuyendo cobardemente sus obligaciones, un cierto sentimiento de vergüenza, de energía renovada, de valor y de alegría, de amor y de pertenencia a ese mundo bullicioso, burlón y brutal que había dejado a sus espaldas, no importa cuánto haya avanzado ya por el sendero extraño y febril: dará media vuelta y vivirá. Sin embargo, si se estremece de temor y aversión al escuchar esa voz de la vida, si ante ese recuerdo, ese alegre sonido que intenta alentarle, niega con la cabeza, extiende la mano con gesto de rechazo y sigue avanzando por el camino de huida que se abre ante él..., entonces no; está claro: morirá.

CAPÍTULO IV

—¡Eso no está bien, Gerda, no está bien! —dijo la anciana señorita Weichbrodt en tono de preocupación y reproche y, sin duda, por enésima vez. Esa noche, se encontraba sentada en el sofá del salón de la que fuera su alumna, en el círculo que, alrededor de la mesa redonda del centro de la estancia, forman Gerda Buddenbrook, la señora Permaneder, su hija Erika, la

pobre Clotilde y las tres hermanas Buddenbrook de la Breite Strasse. Las cintas verdes de la cofia caían sobre sus hombros de niña; se había tornado tan diminuta en los últimos años que tenía que levantar por completo uno de los hombros para poder gesticular con el brazo sobre el tablero de la mesa.

—No está bien, permíteme que te diga que eso no está bien, Gerda... — repitió con voz encendida y temblorosa al mismo tiempo—. Ya tengo un pie en la sepultura, no me queda más que un soplo de vida y pretendes..., pretendes abandonarnos a todas, separarte de nosotras para siempre..., marcharte lejos de aquí. Si se tratase de un simple viaje, de una visita a Ámsterdam..., pero ¡para siempre! —Y meneó su anciana cabecita de pájaro, con aquellos ojos castaños tan inteligentes y ahora ensombrecidos—. Es cierto que has perdido muchas cosas...

—No, lo ha perdido todo —intervino la señora Permaneder—. No debemos ser egoístas, Therese. Gerda desea marcharse y se marchará, no hay nada que hacer. Vino con Thomas, hace veintiún años, y todos la hemos querido siempre, por más que ella nos odiase a nosotros... ¡Ay, sí, Gerda, así ha sido siempre, no me contradigas! Pero Thomas ya no vive, y... ya nadie vive. ¿Qué significamos nosotras para ella? Nos duele, sí, pero ve con Dios, Gerda, y aún hemos de agradecerte que no te marches incluso antes, cuando murió Thomas...

Era una noche de otoño, después de la cena; el pequeño Johann (Justus, Johann, Kaspar) llevaba unos seis meses enterrado —por supuesto, con las bendiciones del reverendo Pringsheimallende el Burgtor, en la linde del bosquecillo del camposanto, bajo la gran cruz de piedra arenisca y la lápida con el escudo de la familia. Desde la calle llegaba el murmullo de la lluvia sobre los árboles ya medio desnudos de la avenida. De vez en cuando, una ráfaga de viento estrellaba las gotas de agua contra los cristales. Las ocho mujeres iban vestidas de negro.

Era una pequeña reunión familiar de despedida, la despedida de Gerda Buddenbrook, que se disponía a abandonar la ciudad y regresar a Ámsterdam para volver a tocar dúos de violín con su anciano padre, como antaño. Ninguna obligación la retenía allí. La señora Permaneder no tenía nada que objetar a su decisión. Había tenido que aceptarla, si bien lo lamentaba en lo más hondo de su corazón. Si la viuda del senador se hubiese quedado en la ciudad, habría mantenido su posición social y su fortuna donde estaban, y, así, al menos se habría conservado algo del prestigio del apellido familiar... Sea como fuere, Madame Antonie tenía intención de llevar la cabeza bien alta mientras siguiera con vida y hubiera alguien para mirarla. Su abuelo había salido a recorrer el territorio alemán con un carro de cuatro caballos...

A pesar de la agitada vida que tenía a sus espaldas y de lo delicada que estaba del estómago, no aparentaba los cincuenta años que tenía. Ciertamente su rostro se veía ahora un tanto apagado y cubierto por una suave pelusilla, y sobre el labio superior —¡aquel coqueto labio superior de Tony Buddenbrook!— cada vez crecían más pelitos; sin embargo, entre los cabellos que asomaban bajo la cofia de luto, peinados con raya en medio y lisos, no había ni una sola cana.

Su prima, la pobre Clotilde, se tomó la partida de Gerda como uno ha de tomarse todas las cosas que acontecen en esta vida: con indiferencia y dulzura. Antes, durante la cena, se había servido copiosas cantidades de todo; ahora permanecía allí sentada, tan escuálida y tan gris como siempre, hablando con suavidad y como si estirase las palabras.

Tampoco para Erika Weinschenk, de treinta y un años, suponía ningún disgusto especial la partida de su tía. Había sufrido experiencias muy duras y había aprendido desde muy temprano a vivir en la resignación. En sus ojos de mirada cansada y de un azul acuoso —los ojos del señor Grünlich— se leía la sumisa conformidad con una vida frustrada, y lo mismo se percibía en el tono apagado, a veces un poco quejumbroso, de su voz.

En cuanto a las Buddenbrook de la Breite Strasse, las hijas del tío Gotthold, seguían mostrando las mismas caras avinagradas y acres de siempre. Friederike y Henriette, las mayores, con los años se habían vuelto cada vez más delgadas y afiladas, mientras que Pfiffi, la menor, de cincuenta y tres años, resultaba demasiado bajita y entrada en carnes...

También habían invitado a la anciana consulesa Kröger, la viuda del tío Justus, pero había dicho que estaba indispuesta, aunque tal vez no tuviese ningún vestido presentable que ponerse; no se sabía.

Hablaron de la partida de Gerda, del tren en el que pensaba viajar y de la venta de la villa y los muebles, de la que se había hecho cargo el señor Gosch, el corredor de fincas. Gerda no se llevaba nada, partía tal como había venido.

Entonces, la señora Permaneder comenzó a hablar de la vida, interpretándola desde su faceta más importante, y formuló sus consideraciones sobre el pasado y el futuro, aunque sobre el futuro había más bien poco que decir.

—Ay, sí, cuando yo me muera, también Erika podrá marcharse de la ciudad si quiere —dijo—; eso sí, yo no soy capaz de adaptarme a ningún otro lugar, de modo que mientras yo viva, nos mantendremos unidas las pocas que quedamos... Una vez a la semana vendréis a comer a mi casa... Y luego leeremos los papeles de la familia —y acarició la carpeta que tenía delante—. Sí, Gerda, yo me haré cargo de ella, y te agradezco mucho que me lo hayas entregado. Así se hará... ¿Me oyes, Tilda? Aunque también podrías ser tú la que nos invitase, pues, en el fondo, tu situación no es peor que la de las demás. Ay, así es la vida... Unos esforzándose una y otra vez, levantándose y luchando una y otra vez..., y tú, en cambio, te has pasado la vida sentadita, esperando lo que hubiera de llegar con toda la paciencia del mundo. Pero, mira, Tilda: eres una pava, y no me lo tomes a mal...

—¡Oh, To-ony...! —dijo Tilda sonriendo.

—Siento no despedirme de Christian —dijo Gerda, y así salió a colación Christian. Las expectativas de que saliese algún día del sanatorio en el que estaba eran escasas, aunque su estado no parecía ser tan crítico como para que no pudiera llevar una vida más o menos normal fuera de él. Sin embargo, aquella situación resultaba demasiado agradable a su esposa; según afirmó la señora Permaneder, se había puesto de acuerdo con el médico, de modo que era de esperar que Christian terminase sus días en aquella institución.

Entonces se hizo un silencio. En voz baja y vacilante, la conversación derivó hacia los acontecimientos del pasado más reciente, y cuando se mencionó el nombre del pequeño Hanno, el salón volvió a quedarse en silencio; sólo se oía, cada vez con más fuerza, el murmullo de la lluvia de la avenida.

Un impenetrable velo de misterio rodeaba la última enfermedad de Hanno, que debía de haberse desarrollado de una forma en verdad estremecedora. Ninguna de ellas miraba a las demás a la cara mientras, con voz queda, se hacían algunos comentarios muy vagos y con palabras muy escogidas. Después recordaron aquel último episodio..., la visita de ese joven

conde de aspecto desastrado que se había abierto paso hacia la habitación del enfermo casi con violencia. Hanno había sonreído al oír su voz, y eso que, para entonces, ya no reconocía a nadie, y Kai no dejaba de besarle las manos.

—¿Que le besó las manos?—indagaron las Buddenbrook de la Breite Strasse.

—Sí, muchas veces.

Aquí todas permanecieron un rato pensativas.

De pronto, la señora Permaneder rompió a llorar.

—¡Le quería tanto! —sollozó—. Es que no sabéis cuánto le quería..., más que todas vosotras... Sí, perdóname, Gerda, tú eres su madre... ¡Ay, era un ángel!

—Ahora es un ángel —la corrigió Sesemi.

—Hanno, pequeño Hanno —continuó la señora Permaneder mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas apagadas y cubiertas por una suave pelusilla—. Tom, papá, el abuelo y todos los demás... ¿Dónde están todos ahora? Ya no los volveremos a ver. ¡Ay, es tan duro y tan triste!

—Volveremos a verlos —dijo Friederike Buddenbrook y cruzó firmemente las manos sobre el regazo, bajó los ojos e hizo un gesto como si clavase la nariz en el aire.

—Sí, eso creen algunos... ¡Ay, Friederike! Hay momentos en los que eso no es ningún consuelo, y que Dios me castigue; momentos en los que una duda de la justicia y de la bondad..., de todo. La vida, ya sabéis, hace que en nuestro interior se rompan ciertas cosas, que la fe en ciertas cosas se pierda... Volver a verlos... ¡Ojalá fuera así!

Y entonces, Sesemi Weichbrodt se elevó todo lo alto que pudo por encima la mesa. Se puso de puntillas, estiró el cuello y dio un golpe sobre la mesa que hizo temblar la cofia que llevaba en la cabeza:

—*¡Es así!* —dijo con toda su fuerza y mirándolas a todas con gesto desafiante.

Allí estaba, vencedora en la dura batalla que, durante toda su vida, había librado contra las dudas de su mente racional de profesora; jorobada, diminuta e incluso temblando por la firmeza de sus convicciones: una pequeña, categórica y ferviente profetisa.

— o —